TRATADO DE
SOCIOLOGÍA

COLECCIÓN UNIVERSITARIA

Serie: Filosofía y Ciencias Sociales

301
T. 29
1

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PATAGONIA
BIBLIOTECA CENTRAL

TRATADO DE SOCIOLOGÍA

dirigido por
GEORGES GURVITCH

UNIVERSIDAD DE LA PATAGONIA
"SAN JUAN BOSCO"
B
REGIST
CLASIF
06005V1

TOMO PRIMERO

INTRODUCCIÓN – SOCIOLOGÍA GENERAL – MORFOLOGÍA SOCIAL – SOCIOLOGÍA ECONÓMICA – SOCIOLOGÍA INDUSTRIAL

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE LA PATAGONIA
BIBLIOTECA CENTRAL
REGISTRO Nº 06005 V1
CLASIFICACION .... por ......
37

G. Balandier, R. Bastide, F. Braudel, L. Chevalier, G. Friedmann, P. George, A. Girard, G. Granai, G. T. Guilbaud, G. Gurvitch, J. Lhomme, A. Marchal, H. Mendras, J. D. Reynaud, J. R. Tréanton y J. Weiller

EDITORIAL
KAPELUSZ
Moreno 372 • Buenos Aires

Título de la edición original:
TRAITÉ DE SOCIOLOGIE (Tome premier)
Publicada por *Presses Universitaires de France*, París (©, 1958)

Traducción de
María C. Eguibar y Alicia M. Vacca

Revisión de
León Dujovne

Todos los derechos reservados por (©, 1962)
Editorial Kapelusz, S. A. — Buenos Aires.
Hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Publicado en febrero de 1962.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

ÍNDICE

Pág.

Prólogo, por León Dujovne IX

Nota del Director XXV

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN

Capítulo

1. Objeto y método de la sociología 3
   1. Principales definiciones propuestas hasta el presente 3
   2. Ensayo de definición 21
2. Breve reseña de la historia de la sociología 31
   1. Los precursores 32
   2. Los fundadores 36
   3. La sociología a fines de siglo XIX y a comienzos del siglo XX .. 50
3. Sociología y Psicología 73
4. Historia y Sociología 93
5. Sociología, Etnología y Etnografía 111
6. Los problemas de la estadística 129
7. Técnicas de investigación sociológica 153

SEGUNDA PARTE

PROBLEMAS DE SOCIOLOGÍA GENERAL

Palabras preliminares 175

1. Sociología profunda 177
2. Microsociología 195
3. Grupos particulares y clases sociales 211
   1. Grupos particulares 211
   2. Las clases sociales 226
4. Las estructuras sociales 233
5. Las sociedades globales y los tipos de estructuras 245
6. Las reglas de la explicación en sociología. Las variaciones de las fórmulas del determinismo sociológico 267

TERCERA PARTE

PROBLEMAS DE MORFOLOGÍA SOCIAL

Capítulo Pág.

1. Sociología geográfica 287
   1. Introducción 287
   2. Las bases geográficas de la sociología rural 288
   3. Las bases geográficas de la sociología industrial y urbana .. 298
2. Demografía social 309
3. El problema de la sociología de las ciudades 329
   1. La descripción social de las ciudades 330
   2. La sociología de las ciudades 344
4. Sociología del medio rural 355
5. Sociología de las regiones subdesarrolladas 375

CUARTA PARTE

PROBLEMAS DE SOCIOLOGÍA ECONÓMICA

1. Economía política y sociología económica 393
   1. Relaciones entre la economía política y la sociología económica 393
   2. El paso del análisis a la sociología económica 404
2. Sociología de los sistemas, regímenes y estructuras económicas . 437
   1. Ensayo de especificación 437
   2. Ensayo de tipología 451
   3. Contenido social de los sistemas, los regímenes y las estructuras económicas 468
3. Sociología de las fluctuaciones económicas 481
   Introducción 481
   1. Los fenómenos sociales. Consecuencias de las fluctuaciones económicas 484
   2. Los fenómenos psicosociales. Elementos amplificadores de las fluctuaciones económicas 489
   3. Los fenómenos sociales. Elementos motores de las fluctuaciones económicas 492
   Conclusión 499

QUINTA PARTE

PROBLEMAS DE SOCIOLOGÍA INDUSTRIAL

Preliminares 505

1. Sociología de las técnicas de producción y del trabajo 507
2. Psicosociología de la empresa 529
3. Sociología del sindicalismo, de la autogestión obrera y de los conflictos del trabajo 553
4. Vida de trabajo y vida fuera del trabajo. Industria y sociedad ... 577

PRÓLOGO

Una de las exteriorizaciones notables de la actividad editorial que se desarrolla en nuestro país en los últimos tiempos, fue la publicación del Nuevo tratado de psicología, *dirigido por Georges Dumas. Esta obra excepcional fue publicada por la Editorial Kapelusz. Con esa publicación la mencionada empresa puso al alcance del lector de lengua castellana una de las obras más celebradas de la cultura francesa y de la ciencia contemporánea en una disciplina que atrae el interés de estudiosos especializados y de los hombres cultos en general. Ahora, con la publicación del* Tratado de sociología, *dirigido por el profesor Georges Gurvitch, la Editorial Kapelusz presta un servicio no menos útil a la cultura en lengua española. Hace poco que esta monumental obra apareció en París con el sello de Presses Universitaires de France. La Editorial Kapelusz se ha apresurado a hacerla conocer en nuestro idioma. El nombre mismo del director de la obra ya es por sí solo una seguridad de elevada jerarquía científica. No es fácil encontrar en la sociología de nuestros días personalidades de prestigio igual al del prestigioso maestro de la Sorbona. Sus trabajos y los de los otros treinta colaboradores que llenan las mil doscientas páginas de los dos volúmenes de este tratado en su texto original, constituyen, en su conjunto, una completa exposición de las ideas más aceptables y de los conocimientos más firmes en los distintos sectores del campo de estudio de la sociología. Así lo habrá de reconocer todo lector, estudioso especializado en sociología u hombre de cultura general atento al examen de los variados y complejos problemas que suscita la vida colectiva. Estos problemas reclaman hoy la atención de los investigadores con más urgencia probablemente que en épocas anteriores. La claridad en la exposición y en el análisis de las cuestiones y la precisión en el enunciado de los resultados a que el estudio científico conduce son méritos sobresalientes de este tratado. Es él simultáneamente historia del pensamiento, exposición de teorías sobre la vida social, sistemática disposición de referencias a hechos sociales y puesta en relieve de las intrincadas situaciones creadas por las invenciones técnicas y las circunstancias políticas mundiales de los últimos decenios.*

Una somera indicación del contenido del Tratado *y un rápido comentario a sus particularidades más salientes permiten confirmar lo que acabamos de decir. El primer tomo del* Tratado, *que el lector tiene en sus manos, comprende cinco secciones diferentes. La primera tiene por fin examinar el objeto y el* *método de la sociología, examinar las definiciones que de ella se han propuesto; trazar un esbozo de su historia; fijar las relaciones que guarda con otras disciplinas, como la psicología, la historia, la etnología y la etnografía; determinar las particularidades del empleo de la estadística y de la técnica de la encuesta en las investigaciones sociológicas. En esta primera sección colaboran seis estudiosos· Georges Gurvitch, Roger Bastide, Fernand Braudel, Georges Balandier, G. Th. Guilbaud y Georges Granai. Cada uno de ellos contribuye eficazmente a que el lector pueda formarse una visión certera de los conocimientos alcanzados con relación a los temas apuntados. Las cuestiones, los métodos y las teorías del pensamiento sociológico actual aparecen ilustrativamente relacionados con cuestiones y orientaciones del pensamiento sociológico del pasado y con la información filosófica. La sociología y su historia aparecen encuadradas dentro del contexto de un conjunto de disciplinas afines a ella o linderas con ella. Con precisión se marcan las fronteras allí donde es posible; con claridad convincente se explican las dificultades de tal demarcación cuando es necesario.*

La segunda sección se ocupa de los problemas de la sociología general. Sus 108 páginas, escritas por Gurvitch, ofrecen al estudioso algo así como el telón de fondo sobre el cual se van a diseñar los contenidos de las secciones siguientes. El lector aprende mucho con la lectura de esta segunda sección, informándose sobre los problemas de la sociología general y su desarrollo histórico. Los problemas presentes del conocimiento y las situaciones actuales de la realidad tienen sus antecedentes. Conocerlos es indispensable para estimar debidamente lo contemporáneo. En este capítulo, como en otros, se advierte un esfuerzo por lograr algo que no creemos que se haya intentado con igual empeño en ningún otro tratado de sociología: establecer la vinculación entre la reflexión filosófica sobre los hechos sociales y la comprobación de datos empíricos reveladores de estos hechos. El Tratado de sociología *a que nos estamos refiriendo, en ningún momento es mera reflexión abstracta, mero juego especulativo. En ningún momento es tampoco mera acumulación de datos, ingenua aglomeración de referencias a hechos particulares. Las referencias a hechos particulares adquieren sentido en función de un pensamiento interpretativo; se procura que este pensamiento no sea afirmación arbitraria, sino que se legitime por las comprobaciones empíricas. Por eso mismo, en esta sección segunda del* Tratado *como en general, en su conjunto, el lector adquiere, a la vez, una ajustada información en materia de teoría sociológica y adquiere, también, un ventajoso aprendizaje de la viva realidad social, ambas cosas armonizadas en el mayor grado posible.*

Hemos dicho que la segunda sección del Tratado, *la que se ocupa de problemas de sociología general, sirve de telón de fondo a la materia tratada en las tres secciones siguientes del primer volumen. Es así, en efecto. En estas secciones se investigan los problemas de morfología social, los problemas de sociología económica y los* *problemas de sociología industrial. Cada una de las secciones comprende trabajos vinculados entre sí aunque escritos por distintos autores. Ello ocurre también en las restantes secciones de todo el tratado, a tal punto que con frecuencia el autor de un trabajo se refiere a otros que lo siguen o lo preceden. Los estudios se complementan de manera que llegan a ofrecer el aspecto de una acabada investigación sobre cada tema particular y sobre los temas generales dentro de los cuales los temas particulares se hallan incluidos. Algunos de los temas adquieren una significación sobresaliente, inclusive para orientar el conocimiento de las gentes en asuntos que se discuten en la actualidad. Así, por ejemplo, uno de los capítulos de la tercera sección del tratado estudia la "sociología de las regiones subdesarrolladas". En su investigación, el autor, que lo es muy prestigioso, define lo que se entiende por subdesarrollo. En relativamente pocas páginas logra enseñar al lector cómo en el enfoque de la sociología de las regiones subdesarrolladas debe acercarse a los hechos e intentar cuidadosamente su interpretación. Para ello ha de librarse en lo posible de sus prejuicios, de sus hábitos mentales derivados de su condición de miembro de una sociedad determinada. Ello le es indispensable para poder percibir adecuadamente aquello que quiere conocer de manera plena, cierta.*

En los sucesivos capítulos de la tercera sección, los sociólogos que los han redactado —Pierre George, Alain Girard, Louis Chevalier, Henri Mendras y Georges Balandier— ofrecen en cierto modo un cuadro de la humanidad de nuestro tiempo, un animado cuadro de aspectos fundamentales de su vida. Mencionamos hace un momento la sociología de las regiones subdesarrolladas. Antes de este capítulo, otros cuatro, que se ocupan sucesivamente de sociología geográfica, de demografía del ambiente rural, nos muestran hechos, realidades de nuestro tiempo. A la vez destacan el modo de encararlas, de investigarlas científicamente, con un estudio que no es sólo acumulación de datos sino, a la vez, investigación empírica y explicación de los hechos a la luz de concepciones razonables. Razonables, y no inventadas arbitrariamente. Ellas son válidas precisamente porque sirven de guía al investigador en la multitud de las averiguaciones que ha de efectuar.

Lo que ocurre con la tercera sección ocurre también con las otras dos que completan este primer tomo del Tratado. *La cuarta sección se ocupa de problemas de sociología económica. Tres autores —Jean Lhomme, Jean Weiller y André Marchal— estudian sucesivamente los temas que designan estos títulos: "Economía política y sociología económica", "Sociología de los sistemas, regímenes y estructuras económicas" y "Sociología de las fluctuaciones económicas". En estos capítulos, todos concernientes a problemas de la relación entre economía y configuración de las sociedades, el lector se entera —e insistimos de modo particular en ello— no solamente de lo que sobre distintos hechos piensan diversos autores, sino que se entera de los hechos que suscitan la reflexión de los investigadores; que* *suscitan su afán por describir e interpretar la realidad y una vez más es el* Tratado *exhibición de la realidad humana de hoy vinculada a los antecedentes que la engendraron; descripción de sus particularidades; muestra de métodos de investigación adecuada a su objeto propio y, a la vez, teoría, interpretación de los hechos, teoría acerca del enlace entre unos y otros.*

En estas breves páginas de introducción no pretendemos —ni tendría sentido hacerlo— presentar en detalle, todo lo que se dice en el Tratado de sociología. *Pero a guisa de ejemplo nos parece interesante señalar cómo en la parte de la cuarta sección que se ocupa de sociología de las fluctuaciones económicas, su autor, André Marchal, estudia sucesivamente estos temas: Los fenómenos sociales, consecuencias de las fluctuaciones económicas; Los fenómenos psicosociales, elementos amplificadores de las fluctuaciones económicas, y los fenómenos sociales, elementos motores de las fluctuaciones económicas. He aquí un claro ejemplo de cómo la visión de un autor abarca las distintas faces de un mismo fenómeno humano y muestra la relación entre ellas. Y ciertamente cuando decimos "fenómeno humano" no aludimos a algo que el investigador invente sino a algo que el investigador descubre en la concreta vida social.*

Un Tratado de sociología *como éste, naturalmente, no puede dejar de lado los hechos y los problemas que se vinculan a uno de los rasgos más notables de la vida social de nuestro tiempo. Nos referimos a los problemas de sociología industrial. El gran desarrollo de la técnica en los últimos tiempos, por la irrupción en ella de espectaculares adelantos de la ciencia, ha de repercutir naturalmente en la vida colectiva. Por tanto, ha de engendrar problemas que son, justamente, propios del gran auge de la industria. El desarrollo de la industria crea condiciones especiales de vida en el trabajo y también modalidades especiales de vida fuera del trabajo. Es decir, aparece el tema de la relación entre industria y sociedad. Trabajar en una empresa industrial de nuestro tiempo implica hallarse colocado en una situación especial que no ha habido en otros tiempos, porque en ellos no existía la misma relación recíproca que existe hoy entre la industria y la sociedad en la cual ella se presenta. Esta realidad nueva, esta repercusión de la industria en la labor de quienes trabajan en ella y en el modo de vivir fuera del trabajo, ha sido estudiada inteligentemente en la quinta sección del primer tomo del* Tratado de sociología, *dedicada a los problemas de sociología industrial. Mas, antes de haber llegado a esto era necesario hacer el estudio de la sociología de las técnicas de producción y del trabajo. Y esto se ha hecho, como también se ha estudiado en sus dos aspectos, por decirlo así, la repercusión que tiene el orden industrial desarrollado. Por un lado, se hacía necesario estudiar la psicosociología de la empresa, y por otro lado hacía falta estudiar la sociología del sindicalismo, de la autogestión obrera y de los conflictos del trabajo. Y también esto ha sido estudiado por autores conocidos y prestigiosos en este orden de investigaciones: Georges*

Friedmann, Jean-Daniel Reynaud y Jean-René Tréanton. Así, la primera parte del Tratado *nos ofrece desde una introducción sobre el objeto y el método de la sociología, sobre su historia, sobre la relación de la sociología con otras disciplinas, hasta una sucesión de capítulos sobre temas particulares de sociología. Temas encarados de una manera que importa a la vez una presentación de la realidad social de nuestro tiempo o de los últimos tiempos.*

El primer tomo del Tratado de sociología *se ocupa en su primera mitad de los problemas generales de la sociología, de la historia de ella, de sus relaciones con disciplinas conexas por su objeto. La segunda mitad del volumen que el lector tiene en sus manos está dedicada al estudio de determinadas ramas de la sociología, de determinadas sociologías especiales. Otra ha de ser necesariamente la distribución del contenido del segundo tomo de la obra, que no tardará en ser publicado por la misma Editorial Kapelusz. Él está dedicado naturalmente en su totalidad a problemas sociológicos particulares. El estudio de ellos en sucesivos capítulos pone de manifiesto, como se ha señalado en un comentario aparecido en la* Revue française de sociologie, *"la variedad de los sectores sociológicos y también su heterogeneidad". Como ocurre con el primer tomo, también los trabajos que integran el segundo están escritos por especialistas de competencia notoria y de singular capacidad de exposición. Por eso mismo el desarrollo del asunto que trata cada uno de los autores no está sometido o trabado por un esquema preconcebido, por una anticipada y coercitiva sistematización del conjunto de la obra. Las diversas cuestiones particulares de cada una de las ramas de la sociología van apareciendo espontáneamente en función de la peculiaridad de su objeto y de la versación y de la penetración de los especialistas. Ellas se van encadenando merced a lo que resulta del empleo del mejor método de encararlos. De este modo la unidad de la obra se deriva de una suerte de espontánea congruencia de diversos trabajos individuales bien pensados y bien elaborados, sin ningún desmedro —al contrario, con la plena acentuación— de la personalidad de cada autor.*

El primer tomo termina con el estudio de la sociología industrial. El segundo tomo se inicia con la sexta sección de la totalidad de la obra y trata de los problemas de la sociología política. Ella comprende cuatro capítulos diferentes, escritos por Maurice Duverger los dos primeros, y por François Goguel y Georges Dupeux los siguientes. La introducción a una sociología de los regímenes políticos es seguida por la "sociología de los partidos políticos". A la sociología electoral están dedicados dos capítulos. Uno de ellos referente a Francia y el otro a los países anglosajones. Los estudios que en Francia se hacen sobre sociología electoral consideran las elecciones en sus "dimensiones historicogeográficas". En cambio, los estudios anglosajones prestan atención preferente al análisis de los factores determinantes de la conducta del elector. En el primero de los capítulos de la sección a que nos referimos, su autor observa que el *desarrollo de la sociología política se retardó por los conflictos de frontera entre disciplinas diversas, conflictos que aún no están totalmente resueltos. En este caso los conflictos procedían, y sigue siendo así en alguna medida, de los problemas de estructura política, que, abordados con frecuencia por los juristas, fueron a menudo considerados de ámbito demasiado "abstracto y formal". A su vez, los sociólogos que han analizado los problemas de estructura se vieron en dificultades por la ignorancia de los mecanismos técnicos del poder. El problema derivado de la situación que acabamos de apuntar rápidamente aún no está resuelto, conforme lo declara Maurice Duverger. Pero su bien formulado planteo y alguno de los parágrafos del capítulo, especialmente el que se intitula "Regímenes políticos y contexto social", pueden ser tan útiles al sociólogo como al político, al estadista o al gobernante. En lo que se refiere a la sociología electoral, el capítulo respectivo concluye indicando la relación que hay entre el enfoque psicológico y el enfoque sociológico de las actitudes de los ciudadanos con respecto a los objetos visibles de la política, a los candidatos, a los partidos, a los problemas de la vida pública. El autor de ese capítulo, Georges Dupeux, hace notar cómo los dos enfoques apuntados, el psicológico y el sociológico, se dirigen a la misma realidad pero toman el problema en niveles diferentes de explicación. "El enfoque psicológico capta el fenómeno en el momento en que se produce, o casi en ese momento. Las actitudes políticas son los antecedentes inmediatos del voto, y por eso el conocimiento de estas actitudes, de su orientación y de su intensidad permite predecir el comportamiento electoral. Pero no permite explicarlo. Por eso, es menester remontar el tiempo y considerar las actitudes más como resultantes, como variables determinadas por las características sociológicas de los individuos. El estudio del pasaje de los hechos sociales a los procesos psicológicos abre un nuevo campo de investigaciones".*

Con las líneas que acabamos de reproducir del último capítulo de la sexta sección del Tratado, *que es la primera incluida en su segundo tomo, concluye esta sección, para dejar paso a la* Sociología de las obras de civilización. (Sus ramas principales). *Esta sociología es la que abarcan la séptima y la octava secciones del* Tratado. *Las cuestiones estudiadas allí son diversas, como son diversas las manifestaciones de la vida. Todas ellas aluden a hechos en los cuales se graba la impronta de la sociedad. Entre los temas estudiados en la séptima sección figuran los de la sociología de las religiones, los problemas de la sociología del conocimiento, los problemas de la sociología de la vida moral, los de la sociología del derecho y los de la sociología criminal. Los autores de estos capítulos son Gabriel Le Bras, Georges Gurvitch y Henri Lévy-Bruhl. Los asuntos de estos capítulos y la manera en que ellos son encarados ponen inmediatamente en evidencia que se trata de estudios cuyo conocimiento es indispensable al curioso de la sociología en cuanto tratan de aspectos fundamentales de la vida social. Y, además, ellos son pro-*

vechosos para el especialista filósofo a quien interesa de manera particular el problema gnoseológico, el problema del conocimiento; útiles, no menos, al estudioso de la moral. El jurista, el filósofo del derecho, puede sacar provecho sin duda del estudio que sobre los problemas de la sociología del derecho ha escrito Gurvitch y del que Henri Lévy-Bruhl escribió sobre cuestiones básicas de sociología criminal. Con esto queremos destacar las ventajas de la amplitud de la información, de la seria y bien asentada cultura filosófica de los autores de los trabajos que acabamos de mencionar. La lectura de estos trabajos —y lo mismo ocurre también con la de los otros— permite al hombre de pensamiento recoger sugestiones útiles del enfoque sociológico particular con que pueden ser encaradas la religión, el problema del conocimiento, la moral y el derecho en sus distintos aspectos.

Las obras de la civilización son diversas y variadas. La civilización es un hecho social, es una realidad colectiva de exteriorizaciones múltiples. Por tanto es legítimo, más todavía, es indispensable, para una sociología que no quiere reducirse a consideraciones generales, el examen sociológico de los distintos rubros, por así decirlo, de la civilización. En la octava sección del Tratado, *es decir, la tercera entre las incluidas en el segundo tomo de la obra, son estudiados los problemas de la psicosociología de la infancia; los de la sociología del lenguaje; los de la sociología del arte, con un apéndice especial dedicado a la sociología de la música; los de la sociología de la literatura y, por último, los problemas del entrecruzamiento de las civilizaciones y de sus obras. Los autores de los respectivos capítulos son Jean Piaget, Georges Granai, Pierre Francastel, René Bonnot, Albert Memmi y Roger Bastide. El capítulo del cual es autor Jean Piaget es el de psicosociología de la infancia. Es decir, es un capítulo de la sociología dedicado especialmente a la infancia y su conducta en la sociedad, a la relación del desarrollo del niño con la vida social. Piaget es autor bien conocido por diversos trabajos de psicología, sociología y teoría del conocimiento. Dicho mejor, por sus trabajos que abarcan cuestiones linderas o comunes a estas tres disciplinas. No es del caso resumir aquí lo que expone en las 26 páginas del texto original. Pero creemos no equivocarnos al afirmar que el más versado psicólogo de la infancia puede aprender algo con la lectura de este capítulo en el cual la destreza del observador, la agudeza en la investigación de conexiones entre distintos hechos y la presentación de explicaciones de ellos, resultan sin duda de un extraordinario acierto y de una utilidad sobresaliente. En las relativamente pocas páginas de este primer capítulo de la octava sección del tratado, hay una excepcional abundancia de datos, de ideas y de reflexiones.*

Lo mismo cabe señalar con relación a los problemas de la sociología del lenguaje estudiados por Georges Granai. Lo que se dice en este segundo capítulo de la octava sección interesa al sociólogo y al lingüista, al hombre para quien el lenguaje constituye el objeto *de un estudio especializado. El lingüista puede aprovechar para lo suyo tanto como el sociólogo para lo de él, lo que sobre los problemas de la sociología del lenguaje aquí se dice. Igualmente, nadie podría enterarse sin agrado y sin ese sentimiento que da la lectura ilustrativa del contenido del tercer capítulo de la misma sección, que se ocupa de problemas de la sociología del arte, con un apéndice sobre sociología de la música. Francastel, y en medida naturalmente más limitada, Bonnot, al ocuparse, respectivamente de los problemas de la sociología del arte y de la música en particular, tratan los problemas del arte en cuanto objeto de teoría estética. Así, también aquí el hombre de inteligencia filosófica que se consagra al estudio del arte, de la belleza, el esteta, puede recoger útiles enseñanzas del estudio qué de la sociología del arte han hecho los dos autores nombrados.*

Frecuentemente, cuando se hace la historia de las distintas sociologías especiales y se atiende en particular a la sociología de la literatura y los problemas de ella, se suele recordar la obra de Mme. de Staël publicada en 1800 con el título De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales. *También se suele mencionar un libro, aparecido sesenta y tres años después, libro muy conocido, de Hipólito Taine y que lleva el título* Historia de la literatura inglesa. *Pero ni entre Mme. de Staël y Taine, ni en lo que va transcurrido después de Taine, se ha estudiado plenamente el tema de la sociología que se enuncia como "sociología de la literatura". ¿De qué ha de tratar esta sociología? ¿Cuáles son los factores sociales que influyen en la creación literaria? ¿Cuáles actúan sobre el público destinatario de la literatura? ¿Qué es el crítico en materia literaria? ¿Qué es el crítico frente al lector común y frente al autor? Todo esto está muy bien examinado en las páginas de Albert Memmi, jefe de trabajos en la Escuela Práctica de Altos Estudios de la Sorbona.*

Los capítulos a que hemos aludido y que están incluidos en las secciones séptima y octava del Tratado de Sociología *versan sobre los problemas sociológicos de las obras de civilización. Ahora bien, las civilizaciones no siempre permanecen aisladas, suelen entrar en contacto recíproco y también suelen entrecruzarse. Por eso mismo comienza Roger Bastide, profesor de la Sorbona, el quinto capítulo de la octava sección señalando que son los historiadores quienes primero fueron atraídos por el estudio de los encuentros entre las civilizaciones, entre civilizaciones que chocan entre sí y que se mezclan con el correr del tiempo. Pero, los historiadores a quienes este hecho debió necesariamente interesar, no han extraído de sus descripciones "un cuerpo de doctrina sistemático". Por otro lado, la etnología, cuando ella apareció, no se interesó al principio nada más que por descubrir lo más primitivo. Fue menester la revuelta de los pueblos de color contra la colonización o la desaparición de los autóctonos incapaces de soportar el choque de la civilización occidental, para que la sociología se ocupara de los proble-*

mas que suelen llamarse de "transculturación". Entonces la etnología comienza a apartarse lentamente de las necesidades prácticas, de las cuestiones planteadas por los misioneros o por los administradores de colonias. Ella se desenvuelve gradualmente hasta esforzarse por elaborar una teoría general de las sociedades. Roger Bastide muestra cómo fue desenvolviéndose el problema al que nos referimos a partir del momento en que la etnología, al desembarazarse del evolucionismo, se consagró ante todo a la clasificación de las áreas culturales. Bastide traza las grandes líneas de lo que debe ser la sociología de los encuentros y de los entrecruzamientos de civilizaciones. Realiza su trabajo con escrupuloso espíritu científico. Estudia diversos hechos normales y otros que califica de patológicos y que pertenecen a la "patología de la transculturación" que tiene sus grados diversos. Llega a la conclusión de que la sociología permite "dialectizar" los fenómenos entre polos opuestos, civilización y sociedad, causalidad interna y externa, estructura y memoria colectiva, "evitando a la vez las exigencias del idealismo cultural, del psicologismo y del materialismo marxista".

Con el trabajo de Bastide termina la octava sección del Tratado. *La novena a su vez se ocupa de los problemas de la psicología colectiva y de la psicología social. Comienza con un capítulo de introducción de Georges Gurvitch sobre los "fenómenos psíquicos totales". Se trata de una noción correlativa de la de "fenómenos sociales totales". A continuación son estudiadas la psicología de las relaciones interpersonales, la psicología de los grupos, la de las clases sociales y la de los conjuntos vastos. Después de haberse examinado el problema de la personalidad de base se estudia, por último, la relación entre sociología y psicoanálisis. Los autores de los sucesivos capítulos son Jean Stoetzel, François Bourricaud, Henri Lefebvre, Mikel Dufrenne y Roger Bastide. La psicología colectiva y la psicología social, particularmente la primera, tienen antecedentes muy ilustres en Francia. Se puede decir que una y otra han tenido sus más notables comienzos justamente en lengua francesa. Los temas que se estudian en estas dos psicologías importan al psicólogo no menos que al sociólogo. Ya vimos que hay estudios de los aspectos sociológicos de la economía. Se han investigado los fenómenos psicosociales que obran como elementos de amplificación de las fluctuaciones económicas. Hay en la vida psíquica de los individuos factores sociales y hay algo así como una presencia psíquica permanente en los fenómenos sociales. Se trata de cuestiones en las que el sociólogo puede sacar provecho de las investigaciones, de las verificaciones y conclusiones del psicólogo. Y también se trata de estudios en los cuales el psicólogo por su parte puede sacar ventajas de lo que investiga, comprueba, establece y explica la sociología. Las relaciones interpersonales son cosa que acontece en la sociedad; a la sociología, ciencia de la sociedad le ha de interesar naturalmente la psicología de estas relaciones interpersonales. Si en la sociedad hay grupos diversos, ellos se han de distinguir,* *entre otros rasgos, por rasgos psicológicos, y lo mismo acontece con las clases sociales. Puede haber una psicología de los conjuntos vastos y puede plantearse el problema de la personalidad de base que los constituye. Son éstos justamente temas que fluyen con toda naturalidad de una visión que procura abarcar lo más posible de la sociedad. Así, nos encontramos con capítulos escritos por sociólogos especializados en distintos dominios. Con sus investigaciones pueden enriquecer y naturalmente enriquecen a la sociología. Ahora bien, Freud ha contribuido a la sociología, y esto hace tiempo que se ha reconocido. Y no sólo Freud, sino que también Adler y Jung han ofrecido contribuciones a las diversas ciencias sociales. Se justifica, por consiguiente, el estudio de la relación entre sociología y psicoanálisis, estudio que Roger Bastide realiza sobre la base de una bibliografía considerable y con un tono personal y a la vez objetivo que le permite examinar distintas teorías y resumir y estimar adecuadamente distintas investigaciones. Bastide cree que se irá abriendo el camino para que se produzca entre sociología y psicoanálisis una labor de concierto, una labor que permitirá ahondar en el conocimiento de lo psíquico y de lo social.*

En distintas ciencias del hombre, en sociología y en historia, por ejemplo, suele utilizarse la noción de sociedad arcaica. ¿Qué es una sociedad arcaica? A responder a esta pregunta está destinado el primer capítulo de la décima y última sección de este Tratado de sociología, *sección que se ocupa de los "problemas de la relación entre sociedades llamadas arcaicas y sociedades históricas". Por los temas a que esta sección está dedicada, es evidente que sus capítulos tratan de responder a la pregunta sobre la relación que hay entre etnología y sociología. Se trata a la vez de estudiar las relaciones que existen entre las sociedades* primitivas *y las sociedades* civilizadas. *El primer capítulo de esta sección —ya lo vimos— se ocupa del concepto de sociedad arcaica. Los dos siguientes, de la compenetración de métodos etnológicos y sociológicos y de la "dinámica de las relaciones exteriores de las sociedades* arcaicas". *Sus autores son Jean Cazeneuve, Paul Mercier y Georges Balandier. Es ésta una de las cuestiones de más interés fuera del marco estricto de la sociología. ¿Qué es una sociedad arcaica y qué es una sociedad histórica? ¿Qué relaciones hay entre los métodos que se utilizan para estudiar las sociedades arcaicas y los que se utilizan para estudiar las sociedades históricas? ¿Qué relaciones hay entre los métodos etnológicos y los sociológicos? Cuestiones en extremo interesantes, hemos dicho, ellas tienen un atractivo profundo porque en definitiva giran en torno de unos problemas teóricos, especulativos, comunes a la sociología y a la filosofía de la historia y de unas cuestiones más prácticas, bien concretas, de la vida social, económica y política de nuestro tiempo. ¿Qué es lo que hace que una sociedad deje de ser arcaica para convertirse en histórica? ¿Cómo se mueven las sociedades arcaicas? ¿Cuáles son las reacciones de las sociedades arcaicas frente a las conquistas de sociedades históricas? Sobre estos* *problemas han enunciado apreciaciones diversas estudiosos de distintos países. Lo que de esencial se ha dicho en distintas lenguas aparece expuesto en los tres capítulos de los tres autores franceses que acabamos de nombrar. Se trata de temas arduos, de esos que fácilmente escapan al esfuerzo por ceñirlos, analizarlos y llegar a un resultado preciso acerca de ellos. La notable agudeza de ideas y la notable claridad de exposición ha permitido a los investigadores franceses hacer tres capítulos sobre otros tantos asuntos que a primera vista reclamarían un desarrollo mucho más extenso, acaso para no llegar a ningún resultado o, para demostrar solamente la complejidad de lo que está en juego. Se trata de tres capítulos excepcionalmente valiosos para todo lector ilustrado a quien interese la historia del hombre, el destino de la humanidad, las raíces y el crecimiento de la civilización.*

Hemos trazado un apresurado resumen del contenido de los diez capítulos del Tratado de sociología. *Habría sido superfluo prolongarlo. El lector sacará igualmente gran provecho de una lectura directa sin la necesidad de un previo sumario del contenido del libro, cuya lectura le hemos demorado un poco. Al cabo de ella reconocerá que acierta F. A. Isambert en un comentario suyo publicado en el número enero-marzo de 1961 de la* Revue Française de Sociologie. *Isambert juzga que el* Tratado de sociología *dirigido por Georges Gurvitch es una de esas obras que es menester siempre tener a mano para consultarla y volver a consultarla. No podríamos por nuestra parte destacar mejor que Isambert algunos rasgos del conjunto del libro. Expresa Isambert que por su método el* Tratado *aparece ante todo "como un excelente revelador del carácter no sistemático del desarrollo de la sociología". Agrega que las grandes divisiones hechas por Durkheim han cedido a causa del desarrollo casi autónomo de las diversas líneas de investigación. "Allí donde un objeto parece poder reivindicar su especificidad, nace una* sociología *especial. El arte es uno de los campos reconocidos de la sociología, pero la literatura parece ocupar un lugar aparte. Se constituye entonces una* sociología de la literatura, *cuya problemática es distinta. Allí donde un camino de investigación parece privilegiado, se destaca una rama. Así es cómo se habla de una* sociología electoral *que largamente ha hecho sus ensayos".*

En estas condiciones, declara Isambert, cabía esperar discrepancias. Ellas son evidentes. En la "Babel sociológica" ciertos términos son objeto de conflictos en cuanto a su interpretación. Es lo que ocurre con el término "estructura", en nombre del cual se han roto lanzas con ardor. Pero el conflicto, observa el mismo Isambert, es excepcional. Más frecuente es la simple diversidad de los ángulos del enfoque. Bajo este aspecto, el contraste más llamativo es sin duda proporcionado por el estudio de Jean Piaget, "Problemas de la psicosociología de la infancia", que se ocupa del proceso educativo. Y aquí lo notable está en que Piaget, con autoridad reconocida, es-

tudia la manera en que el niño, en todo tiempo y en todo lugar, nace a la vida social. Isambert se detiene en comentar otros capítulos del Tratado. *Así, por ejemplo, son sin duda de particular interés sus reflexiones sobre la relación entre historia y etnología y sociología. Sólo hemos aludido rápidamente a lo que dice Isambert respecto del capítulo de Piaget sobre los problemas de la psicosociología de la infancia, capítulo que en verdad trata del proceso educativo.*

Lo que nos importa es destacar que para el comentario de la Revue Française de Sociologie, *la sociología aparece a través de su diversidad misma y de sus posibilidades de adaptación; ella se afirma en los diversos campos que aborda. Y continúa: "Como consecuencia de una especie de* consensus *implícito del conjunto de los sociólogos, predomina una* estrategia periférica *que permite a las tentativas de sistematización general aprovechar de un terreno ya conquistado. Sin duda la discusión, el intercambio entre una rama y otra debe ahora intensificarse. A esta discusión aporta la presente obra una contribución irreemplazable".*

Nos ha parecido pertinente trascribir un juicio aparecido en una revista especializada porque en él se demuestra cómo además de lo mucho que enseña y de lo bien que enseña el Tratado de sociología *dirigido por Gurvitch, contiene una riqueza de ideas con posibilidades de repercusión excepcional en el futuro desarrollo del pensamiento sociológico. Aquí podríamos concluir nuestro prólogo. Sin embargo, para hacer justicia a este* Tratado de sociología *nos parece oportuno —aun corriendo el riesgo de la repetición— insistir en la observación de que en él no hay solamente acumulación de referencias a hechos, mera investigación empírica, ni tampoco solamente especulación teórica desvinculada de verificaciones de los hechos. Hay en este* Tratado, *a la vez, notables esfuerzos de investigación de los fenómenos sociales, de los hechos que son objeto de la sociología, una ordenada presentación de los hechos en inteligentes teorizaciones sobre ellos. Inteligentes y prudentes. Pero hay más todavía, y nos parece legítimo insistir en esta circunstancia: junto a la presentación de los temas y de las doctrinas sociológicas, junto a la presentación de métodos de investigación en sociología, hay una exhibición de la realidad social de nuestro tiempo, de nuestro mundo. Presentación en la que este mundo aparece como único y, a la vez, como diverso, con pronunciados matices que distinguen un sector de otro. Junto con la presentación de la metodología y de doctrinas sociológicas, este* Tratado *exhibe, por así decirlo, las raíces de las que este mundo ha crecido. No es éste un mundo humano que haya aparecido repentinamente, de improviso, como venido de otro planeta. Se trata de un mundo generado por circunstancias que lo precedieron, por antecedentes que lo determinaron, por factores que en cierto modo hubieron de suscitarlo, acaso, necesariamente. Y la ciencia que ha de estudiar la sociedad o las sociedades de este mundo tampoco aparece como habiendo surgido repentinamente.*

Ella resulta en las páginas de los autores franceses contempo-

ráneos como el producto de una lenta elaboración, lenta y a veces también acelerada por la acción de diversos factores. De este modo la sociología que aparece sistemáticamente desarrollada en el presente Tratado *tiene su historia, a la vez que ella utiliza en sus investigaciones como uno de los métodos más eficaces, el método histórico.*

Pero esta sociología, que es sociología europea y, acaso más precisamente, sociología francesa, no lo es de manera exclusivista, ni mucho menos. Los sabios franceses que han escrito el Tratado de sociología *han procurado aprovechar las investigaciones y las conclusiones de autores de distintos países de fuera de Francia, particularmente de autores de lengua inglesa, y más especialmente aún de autores norteamericanos en muchos casos. No es que los autores franceses encaren los temas de la misma manera que los autores norteamericanos. Con frecuencia se advierten diferencias entre los puntos de vista respectivos. Pero el vasto campo de observación a que han atendido los autores norteamericanos hace que puedan resultar provechosas algunas de las conclusiones o algunas de las comprobaciones a que la sociología norteamericana ha llegado. Así, es este tratado una muestra del desenvolvimiento de la cultura europea, de la vieja y grande cultura de Europa y al propio tiempo una muestra de cómo esta cultura puede, por lo menos en lo que se refiere a observación de hechos, enriquecerse o sacar algún provecho de lo que se hace en el Nuevo Mundo, en nuestra América. Historia de la realidad sociológica y presentación de esta realidad en sus distintos aspectos a la vez que sociología, estudio de la realidad y su historia: he aquí lo que es este* Tratado.

El presente Tratado de sociología *está escrito, naturalmente, por y para especialistas en el estudio sociológico. Quienes lo han redactado son sociólogos, y en más de un caso sociólogos versados en disciplinas de fuera de la sociología, con una versación que enriquece a esta última. Y está pensado este* Tratado *para lectores que son o aspiran a ser sociólogos. Pero es conveniente, a pesar de ser verdad lo que acabamos de decir, hacer una aclaración. Libro escrito ordenadamente y con una gran claridad, como suele ser frecuente en obras francesas, ésta que el lector podrá leer ahora en español se mantiene siempre, por decirlo así, en un alto nivel en cuanto a su contenido. Por otra parte, la destreza de la exposición hace que, sin desmedro del nivel del contenido, la forma lo haga accesible aun a quienes no están mayormente ejercitados como especialistas en la lectura de obras de sociología. Así, por lo que en él se dice y por la manera en que se dice, este* Tratado, *conforme ya lo indicáramos, es de lectura no sólo accesible, sino gratísima y sin duda también muy provechosa, para el hombre culto en general.*

En nuestro tiempo se habla mucho de sociología. Y se habla cada vez más. En algunas disciplinas, que no son estrictamente sociológicas, se suele utilizar, para designarlas, un aditamento que alude a la posible ventaja que ellas pueden extraer de su colaboración con la sociología. Así, por ejemplo, se habla de psicología social *y se habla también de aspectos sociales de la teoría del conocimiento. ¿Qué es la sociología? ¿Qué ha de pensar sobre ella el hombre que quiere tener una idea precisa de esta disciplina de tanto relieve en nuestro tiempo? A esta pregunta cabe responder con la vaguedad de la generalización o bien con alguna muestra particular de lo que en un campo determinado puede alcanzar la investigación sociológica. Pero ni aquella generalidad ni esta especialidad pueden satisfacer a quien esté dotado de una cultura seria y amplia y de una curiosidad genuina. En el presente* Tratado *se encuentra una presentación de la sociología como una parte fundamental del conocimiento en nuestra época, rica en hallazgos y también rica en problemas aún no resueltos. Al propio tiempo encuentra el lector la ubicación de este sector de los conocimientos humanos dentro de un cuadro general del saber.*

Para el lector de idioma español, el Tratado *puede ser aleccionador en un sentido muy particular. Para hacer preciso lo que acabamos de decir, nos parece cómodo tomar uno o dos ejemplos ilustrativos. Los lectores de idioma español pertenecen en su casi totalidad a países que pueden ser llamados subdesarrollados. Por otra parte, los lectores de lengua española oyen hablar de países subdesarrollados y de la acción que otros países, no subdesarrollados, quieren o prometen llevar a cabo en ellos. ¿Qué es eso de país subdesarrollado, qué representa el subdesarrollo como hecho de nuestro tiempo y como problema que ha de ser encarado y resuelto por la humanidad en cuanto la humanidad tienda a darse formas de organización internacional de utilidad general? Pese a que la de subdesarrollo o la de país subdesarrollado sean expresiones frecuentemente utilizadas, no es muy común que se tenga una idea clara de lo que son el subdesarrollo o el país subdesarrollado. Más todavía, lo que los países subdesarrollados sean y lo que ellos representen como problema para el mundo, constituye una realidad que va mucho más allá del ámbito de los países de habla española. Hay un problema político mundial vinculado a la existencia de países subdesarrollados, algunos de ellos independientes, otros en vías de lograr su independencia. Y, sin embargo, pese a que se habla de eso mucho, difícilmente encontrará el lector en otra parte una determinación tan precisa como en este* Tratado *de lo que se entiende por país subdesarrollado o por países en estado de subdesarrollo; de lo que esto significa como problema que la humanidad toda debe resolver.*

Otro ejemplo: en los últimos tiempos se han hecho en distintos países, e incluso en el nuestro, algunas investigaciones de eso que se llama sociología política para unos casos, y para otros casos, sociología electoral. ¿Qué es esa sociología política y qué es esa sociología electoral? ¿Cuál es su objeto específico de investigación y cuáles son los resultados a que se ha llegado en el estudio de distintos temas particulares de sociología política y de sociología electoral? El lector encontrará en las páginas del presente Tratado, *dedicadas a estos temas, una información suficientemente precisa como* *para formarse una idea exacta del asunto. Podrá, además, orientarse para reflexionar sobre cuestiones particulares de la vida política y de los fenómenos electorales de su país. Y si tiene inclinación o necesidad de actuar como investigador sociólogo, evidentemente podrá extraer de este* Tratado *enseñanzas aplicables en trabajos sobre cuestiones vinculadas a nuestra vida pública. El presente* Tratado *es una fuente de información y una guía para pensar sobre fenómenos y situaciones sociales; una guía para observar la realidad social, una muestra de cómo hay que vincular los distintos hechos que la integran para comprenderlos, para que no aparezcan como un caos, confuso, abigarrado.*

El presente Tratado de sociología *está dirigido y escrito por hombres que saben lo suyo, que se manejan con soltura, con seguridad, en sus respectivas especialidades. Pero son hombres en quienes la versación especializada no está acompañada de ignorancia de aquello que no cae dentro del campo de sus especialidades. Se trata de hombres formados y que actúan en un ambiente de muy elevada cultura, hombres que desarrollan sus actividades habituales en uno de los más selectos centros de estudio y de pensamiento con que tradicionalmente cuenta la humanidad occidental. Este* Tratado de sociología *es un tratado francés que tiene como núcleos de elaboración la Sorbona y otras escuelas distinguidas. Sus autores saben historia y también filosofía; son hombres de cultura literaria. De esta manera, su especialidad científica, en vez de circunscribir sus horizontes mentales, viene a resultar ampliándolos en la medida en que sus mentes de sociólogos no son mentes exclusivamente de sociólogos. Esta circunstancia trae una consecuencia importante, que nos parece necesario destacar. El presente es un* Tratado de sociología *y no un libro cuyos autores hayan sido seducidos por el sociologismo. Este tratado es una muy calificada, no igualada muestra de lo que puede hacer la inteligencia del hombre aplicada al conocimiento de los distintos aspectos de la vida social, empleada con método, con claridad, sin soberbia y sin timidez.*

LEÓN DUJOVNE

[illegible]

[illegible] del campo de este [illegible]. Se trata de [illegible] académica [illegible] y también filósofo, un hombre de cultura literaria [illegible]

[illegible]

NOTA DEL DIRECTOR

El presente Tratado de sociología *es una obra colectiva. Dieciséis especialistas han aportado su contribución al primer volumen y no es menor el número de autores que han prometido su colaboración para el segundo. A todos ellos nuestro agradecimiento por sus considerables esfuerzos, ya realizados o por realizar.*

En el estado actual de desarrollo de las ramas particulares de la sociología, y en ausencia de un acuerdo general sobre la manera de plantear los problemas y sobre sus soluciones, un Tratado de sociología *redactado por un autor único sólo pondría de manifiesto las orientaciones y las opiniones personales de él. Ahora bien, lo que se ha querido es dar una idea, todo lo objetiva y lo amplia que sea posible, del campo y de la situación presente de la sociología. Este propósito sólo se pudo alcanzar gracias a la colaboración de hombres de ciencia cuyas concepciones y centros de interés son muy diversos.* Naturalmente, pertenece a cada autor la plena responsabilidad por su contribución.

El trabajo del director se ha limitado a elaborar un anteproyecto del temario, a cuidar de que, en general, él se realizara y a esforzarse, finalmente, por evitar en todo lo posible los malentendidos en la expresión y en la terminología. La gran mayoría de los autores ha cooperado con buena voluntad en esta labor del director, quien les está sumamente reconocido.

Este Tratado *se propone servir como libro de consulta para los estudiantes, los investigadores y los representantes de las ciencias afines; en suma, a un vasto público cultivado. Sin embargo, no se trata en modo alguno de un diccionario, ni de una enciclopedia y aún menos, claro está, de un manual. Esta obra quisiera convertirse en punto de partida para estudios más profundos en sociología, tanto en su conjunto como en sus ramas especiales.*

GEORGES GURVITCH

París, 30 de julio de 1958.

PRIMERA PARTE

INTRODUCCIÓN

1 OBJETO Y MÉTODO DE LA SOCIOLOGÍA

GEORGES GURVITCH, PROFESOR DE LA SORBONA

1. Principales definiciones propuestas hasta el presente

Tal como lo ha destacado vigorosamente Augusto Comte —inventor del término y uno de los fundadores de la sociología— esta ciencia, la última en aparecer, es también la más compleja de todas. Esto es verdad, no sólo en cuanto a la situación de la sociología con respecto a las ciencias naturales, sino también en cuanto a su lugar entre las ciencias del Hombre, se llamen éstas psicología, economía, derecho, ciencia de las costumbres, lingüística, antropología, geografía humana, demografía, etc., o bien historia y etnología, ciencias sociales privilegiadas estas dos y las más próximas a la sociología. La extrema complejidad de la sociología proviene de una doble causa: a) del campo de la realidad que ella explora —la realidad social tomada en su carácter específico irreductible a toda otra esfera de lo real; b) del método que aplica al estudio de ese campo y que consiste en "la toma en consideración del conjunto", en la tipología discontinuista y, por lo tanto, en el indispensable recurso a la dialéctica. El objeto de la sociología nació de la unión del complejo campo de la realidad en presencia del cual nos encontramos y del método complejo adaptado a su estudio, razones por las cuales ha heredado esta doble complejidad.

Así, no es tarea fácil definir la sociología como ciencia. Evidentemente, la dificultad de circunscribir una ciencia por anticipado se presenta en todas; sólo después de haberla estudiado y, sobre todo, después de haber conseguido contribuir en ella, se sabe lo que es. Entre tanto, la sociología, que no ha alcanzado todavía la edad de la madurez y que no ha llegado aún a la unión, tan deseada por todos, de la teoría y de la investigación empírica, se encuentra en una encrucijada. Se enfrenta allí con una multiplicidad de ciencias del hombre, nacidas antes y con las cuales interfiere. ¿Es superior, igual o inferior a ellas? ¿Debe absorberlas o, al contrario, disolverse en su conjunto? ¿O hacer la síntesis de ellas, o bien afirmarse como base de su colaboración, sirviéndoles de punto de reunión? ¿La agudeza de estos interrogantes ha dado origen a una variedad de definiciones del objeto y del método de la sociología que, en su mayor parte, no están exentas ni de preconceptos ni de posturas dogmáticas.

Eliminemos primeramente aquellas que no precisan el objeto ni el método de la sociología y cuyas presuposiciones implican la negación, a veces inconsciente, de la posibilidad misma de su existencia. Tal es, por ejemplo, la definición propuesta por un lógico, en verdad, eminente, J. S. Mill (1806-1873): "La sociología es la ciencia de objeto social más general y más abstracto, o bien, simplemente, la ciencia de los caracteres más generales de la sociedad". Como esta definición no da ninguna indicación acerca de los caracteres de lo "social" o de la "sociedad", ni sobre los criterios y los límites de la generalización a emprender, únicamente se puede interpretar a Mill de dos maneras. Una de ellas sería que confunde lo social con lo general, y entonces ignora, no sólo todo carácter específico de la realidad social, sino también su misma existencia. La otra sería la que cuenta con la competencia exclusiva de las ciencias sociales especiales, de las cuales la sociología no haría más que generalizar los resultados. Entonces, aun suponiendo que tal generalización fuera posible, la sociología estaría desprovista de toda consistencia, pues se limitaría a seguir el paso de las ciencias mencionadas y no aportaría ninguna explicación nueva. En verdad, esta segunda interpretación es la que ha prevalecido en el pensamiento de Mill y de sus numerosos discípulos. En prueba de ello, citaré, por una parte, la tendencia bastante difundida en transformar a la sociología en un simple común denominador, en una especie de tapa de las ciencias sociales especiales, y por otra, el hecho de recurrir a estas últimas para hallar "el factor predominante" de la realidad social. He tenido ya ocasión de denunciar este hecho como uno de los principales "falsos problemas de la sociología del siglo XIX" [1].

Además, ciertos autores de la actualidad, que se creen de vanguardia, al proclamar con suficiencia que la sociología sólo es el *"corpus" de las ciencias sociales*, no hacen sino repetir lo que hay de más malo en la definición de J. S. Mill. Sólo como consecuencia de un malentendido estos autores pueden considerar la dispersión de la sociología en el conjunto de las diversas ciencias sociales especiales como una marcha hacia la integración de estas últimas en la "ciencia del Hombre"; integración que, precisamente, sólo puede realizarse bajo el doble patrocinio de la sociología y la historia.

Se ha creído poder superar las insuficiencias de la definición de Mill y las dificultades que suscita, enunciando la idea de que la sociología sólo se ocupa de la metodología de las ciencias sociales especiales, las cuales, en cambio, estudiarían las manifestaciones concretas de la vida social [2]. Es harto probable que la intervención de la sociología tenga por resultado el llevar las ciencias sociales, constituidas antes que ella, a hacerse un examen a sí mismas. Pero lo que es aún más seguro es que ese examen es provocado precisamente por relaciones complementarias y por implicaciones mutuas y divergencias entre las ramas especiales de la sociología y las ciencias sociales correspondientes (por ejemplo, sociología del derecho y ciencia técnica del derecho, sociología económica y economía política, etc.). Reducir la sociología a una confrontación entre los métodos de las otras ciencias sociales sería, en primer lugar, arrojarla al campo de la epistemología, es decir, negarle la condición de ciencia, integrándola por la fuerza en la filosofía; además, eliminado el método sociológico, principal elemento de comparación, se tornaría particularmente estéril la discusión metodológica.

---

[1] *La vocation actuelle de la sociologie.* (2a. ed., vol. I, 1957, págs. 48-52).

[2] HUNTINGTON CAIRNS, *Sociologie et sciences sociales.* (La sociologie au XXe siècle, vol. I, 1947, págs. 1-8.)

Hay autores, alemanes, norteamericanos y belgas, que queriendo independizar la sociología de las ciencias sociales especiales, sin amenazar por ello la autonomía de estas últimas, han tratado de fundar sus definiciones de la sociología sobre presuposiciones formalistas. Georges Simmel inaugura la serie. Si se quisiera resumir su definición tal como resulta de su estudio, traducido al francés, *Comment les formes sociales se maintiennent* (Année sociologique, vol. I, 1898) y de su *Soziologie* (1908), se la podría incluir en esta fórmula: "La sociología estudia las formas de la vida social como continentes opuestos a sus contenidos, siendo estos últimos el objeto de las ciencias sociales especiales. A su vez, los hechos sociales consisten en una interacción mental *(psychische Wechselwirkung)* entre los individuos; por eso la sociología estudia las formas de las relaciones interpersonales". El gran mérito de esta definición está en haber presentido que las generalizaciones del sociólogo no pueden ir más allá de la búsqueda de tipos distintos. Pero su inmenso error es el haber querido excluir del estudio sociológico todas las obras culturales y todas las actividades concretas de los grupos y de las sociedades. ¿Qué serían éstos sin la Religión, el Derecho, la Moralidad, el Arte, el Saber, la Economía y la Técnica, a quienes dan origen? El mismo Simmel no ha podido mantener su punto de vista: entre las "formas" ha incluido la subordinación, el poder, la competencia y prácticas variadas, y, en una obra posterior (*Grundfragen der Soziologie,* 1917) ha distinguido la "sociología pura o formal" y "el estudio sociológico de la vida histórica" (concerniente a los productos de la vida social); dos sociologías que están, por lo demás, llamadas a completarse. Durkheim ha señalado con razón lo arbitrario de la oposición en sociología, entre forma y materia; ha destacado igualmente que Simmel designa con el mismo término de "forma" primeramente la densidad y la dimensión, luego especies de grupos, y más tarde formas de relación social. "Qué extraña ocurrencia sería —agrega Durkheim— imaginar el grupo como una especie de forma vacía, de molde cualquiera que podría recibir indiferentemente cualquier clase de materia"[3]. El mal está precisamente en que Simmel es nominalista e individualista; es tan insensible a la irreductibilidad de los grupos y de las sociedades a relaciones interpersonales como es insensible a la constitución de las estructuras. El campo de lo social y su realidad es en Simmel evanescente, y esto le permite comprender la oposición entre formas y materias sociales, en un sentido geométrico, en otro kantiano, o bien en un tercero aristotélico. Estos sentidos sólo son tres maneras diferentes en que su idealismo disfraza la destrucción de la realidad social.

En Alemania, von Wiese y Vierkand[4] (primera manera); en Estados Unidos, Bogardus, Park y Burgess[5] y Znaniecki[6] (primera manera) y, sobre todo, H. Becker (traductor de von Wiese) y, en Bélgica, E. Dupréel, se han mostrado favorables, con matices, reservas y concesiones diversas, a la delimitación formalista entre sociología y ciencias sociales especiales. Bastará aquí que nos detengamos un instante en las definiciones de von Wiese y Dupréel. Según von Wiese, *(Allgemeine Soziologie,* 3ª ed., 1955)[7], la sociología es la "teoría de las relaciones *(Beziehungslehre)* interhumanas" *(Zwischen-Menschliches, Mensch-Mensch Zusammenhang),* pudiendo dichas relaciones ser interindividuales o combinarse en conjuntos *(soziale Gebilde)* que dependen de las imaginaciones subjetivas de los miembros de estos últimos. Todo lo que es grupo y sociedad se le aparece, pues, a von Wiese como una ficción, lo mismo que todo lo que es obra cultural y civilización, es del campo de las ciencias sociales especiales o de la filosofía, y no de la sociología. Al querer dejar atrás el psicologismo de la sociología de Simmel, von Wiese sólo lo refuerza combinando su nominalismo individualista con el sensualismo behaviorista. Si no se aceptan estas premisas, la definición de la sociología de von Wiese no conduce a ninguna clarificación, más aún, porque al insistir con razón en el "relativismo" indispensable a la sociología, ese autor incurre en un contrasentido enorme: en vez de estudiar las variaciones de la naturaleza misma de lo social según los cuadros sociales en que se manifiestan, concluye reduciendo todos los cuadros sociales a las relaciones interpersonales.

El filósofo y sociólogo belga E. Dupréel que en una obra más antigua (*Le rapport social,* 1912), y bajo la influencia combinada de Simmel y Tarde, había definido la sociología como el estudio de las distintas relaciones sociales, parece dejar atrás el formalismo al volver a tratar este tema en su *Sociologie générale,* (1948). Expresa, en efecto, que la sociología puede definirse como "ciencia de los grupos sociales", de los cuales busca los tipos teniendo en cuenta su "fuerza social", su "estructura", su "tendencia a la organización" y la "jerarquía social que les es propia". Sin embargo, no encontramos aquí, no sólo consideración alguna relativa a las obras culturales, la economía, la técnica, etc. (en una palabra, nada sobre los contenidos de la vida de los grupos), sino además se nota una falta absoluta de conciencia de la irreductibilidad de los grupos y de la sociedad en su carácter de realidades indescomponibles. Para Dupréel, "el grupo social es una colección de individuos unidos entre sí y que se distinguen de todos los otros por relaciones sociales positivas y complementarias" *(op. cit.,* pág. 20; págs. 17-41). Ahora bien, nos parece que esta definición omite varios puntos esenciales y se muestra formalista tanto con respecto al objeto como en lo concerniente al método de la sociología. El grupo es una unidad colectiva real, pero parcial, integrada en una sociedad; esta unidad predomina sobre los antagonismos (relaciones negativas) así como también sobre las relaciones positivas de los individuos y de los Nosotros. Así, todas las relaciones presuponen conjuntos preexistentes; los grupos y las sociedades tienen sus "obras que realizar" y son creadores de sus propios modelos, signos, símbolos, ideas, valores, o, si éstos provienen de conjuntos más vastos, los modifican y los adaptan; esas obras culturales cimentan sus estructuras. Vemos, pues, que las definiciones formalistas de la sociología, por más llenas que estén de espíritu de conciliación, chocan siempre con las mismas dificultades y sólo pueden superarlas abandonando su base.

---

[3] E. Durkheim, *La sociologie et son domaine scientifique.* (Revista Italiana di Sociologia, 1900, vol. IV), y Durkheim y Fauconnet, *Sociologie et sciences sociales.* (Revue Philosophique, 1903, págs. 401 y sigs.).

[4] Alfred Vierkand, *Gesellschaftlehre* (1923).

[5] R. E. Park y E. W. Burgess, *Introduction to the Science of Sociology* (1921).

[6] F. Znaniecki, *The Method in Sociology.* (1934)

[7] Primera edición, vols. I y II, 1926.

En exacta oposición con las definiciones formalistas de la sociología, se sitúan las definiciones "culturalistas" que disuelven el campo de esta ciencia en la "cultura" o la "civilización". Una de las manifestaciones recientes de esta reacción contra el "formalismo" y que conduce al error opuesto, es la "antropología cultural" norteamericana, que pretende suceder a la sociología. Otra manifestación es la sociología cultural de Alfred Weber. Las raíces del culturalismo abstracto son múltiples; filosóficamente, ellas provienen del neokantiano H. Rickert (1863-1936), quien oponía la cultura, como todo lo vinculado a los valores, a la naturaleza que no lo estaría[8]. Desde el punto de vista etnológico, la primera fuente es Sir Edward Tylor (1832-1917) *(Primitive Culture,* 1891), quien concebía la cultura como un producto y una obra de los hombres que viven en sociedad; estas dos orientaciones se unen, con diferentes matices, en los etnólogos norteamericanos, de origen germánico, A. L. Kroeber, C. Wiessler, y más recientemente C. Kluckhohn[9]; se exasperan en Frobenius, Spengler y el británico Toynbee, y se convierten finalmente en una verdadera parodia en Ruth Benedict, la etnógrafa norteamericana que, en sus *Patterns of Culture* (1934), encuentra el tipo de civilización apolínea entre los indios Pueblo (en particular entre los Zuñis) y el tipo de civilización dionisíaca entre los indios Kwakiutl y los habitantes de Dobu[10]. La definición de la sociología que se podría extraer de estas concepciones diversamente acentuadas sería aproximadamente ésta: dado que los grupos y las sociedades no son más que los órganos ejecutores de una partitura previamente orquestada que se llama "sistema" o "forma" de una civilización o de un área de civilización, sólo queda a los sociólogos buscar los diferentes tipos, numerosos para unos (Toynbee distingue cerca de veinte) y escasos para otros (Spengler sólo reconoce cuatro). Más próximo a la historia concreta y a su interpretación, se mantiene Alfred Weber[11] *(Kulturgeschichte als Kultursoziologie,* 2ª ed., 1950, y *Prinzipien des Geschichte und Kultursoziologie,* 1951); pero como introduce una oposición bastante artificial entre civilización, sociedad y cultura, no llega, sin embargo, a fijar los límites del campo de la sociología. En su notable informe sobre las "civilizaciones" (*Civilisation, le mot et l'idée,* Semaine du Centre International de Synthèse, 1930, págs. 81-106), Marcel Mauss, al concebir la realidad social como "fenómeno total", ha demolido las bases mismas del culturalismo abstracto en sociología. "La civilización es un fenómeno social de segundo grado —escribe—, pero como todo fenómeno social, tiene sus fronteras y su espíritu" (pág. 190). "La forma de una civilización es el total de los aspectos especiales que revisten las ideas, las prácticas y los productos comunes, o más o menos comunes, a un cierto número de sociedades dadas, inventoras y portadoras de esa civilización" (pág. 91). Al juzgar severamente el "juego imaginativo" que separa las civilizaciones de las sociedades que las crean o las realizan modificándolas, Mauss señala que existen tan pocas civilizaciones sin sociedad como sociedades sin civilización. Todos los fenómenos sociales son, en algún grado, obra de voluntad colectiva, y quien dice voluntad humana dice elección entre diversas opciones posibles" (pág. 97), entre las diferentes estructuras y las obras culturales implicadas en ellas.

---

[8] *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung.* (1a. ed., 1896; 5a. ed., 1929) y *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft* (6a. ed., 1926).

[9] En particular, A. L. KROEBER, *The Nature of Culture* (Chicago, 1952); C. KLUCKHON y MURRAY (directores), *Personality in Nature* y *Society and Culture* (1948); finalmente, A. L. KROEBER y C. KLUCKHON, *The Concept of Culture. A critical Review of Definitions* (Papers of the Paebody Museum, vol. XLI, Cambridge, 1950).

Sólo después de haber eliminado las definiciones que por anticipado van en desmedro de la sociología haciéndola esclava de las ciencias sociales especiales, o bien encadenándola a presupuestos tan poco fértiles como el formalismo, por un lado, o su antípoda, el culturalismo abstracto, por el otro, se puede llegar a abordar en forma más positiva el problema que nos interesa.

En los grandes fundadores de la sociología, Saint-Simon, Proudhon, Comte, Marx y Spencer, cuyas concepciones serán evocadas en el breve esbozo histórico del capítulo siguiente, no encontramos definiciones de ella adecuadas a su pensamiento efectivo. La estrecha unión de la sociología y de la filosofía de la historia, de la cual ellos partían, desviaba su atención del análisis explícito de las fronteras y de las particularidades de método de la nueva disciplina. Es más bien sobre el objeto de la sociología, o más exactamente, sobre el carácter específico del campo de lo real de que ella hace su objeto, que los fundadores de la sociología nos aportan indicaciones que serían útiles de mencionar aquí. "La fisiología social" (término con el cual Saint-Simon designa la sociología) es la rama central de la "ciencia del Hombre" que estudia "la sociedad en acción" y los esfuerzos colectivos "materiales y espirituales" que sobrepasan a los esfuerzos individuales de los participantes con los cuales se entremezclan. Según Comte, la sociología tiene por campo la sociedad humana (que él identifica con la Humanidad), tomada como una totalidad real que se impone a sus participantes y se presenta, a la vez, como el "objeto" y el "sujeto", la experiencia y el esfuerzo, "lo especulativo y lo activo", totalidad que implica la religión, la moral, la educación y el conocimiento como sus elementos reguladores. La realidad social que es, según Proudhon, una totalidad inmanente caracterizada por el esfuerzo colectivo voluntario, la acción, el trabajo, la competencia y la lucha de los grupos y las clases, comporta varios planos o dimensiones: las fuerzas colectivas, la razón colectiva o conciencia colectiva, la justicia y "el ideal" afectivo, a menudo en lucha entre sí, el derecho y, más ampliamente, las reglamentaciones sociales, y por último, la creación colectiva. Para Marx, la sociedad, las clases sociales y el hombre —que son totalidades concretas— se crean a sí mismos en la "praxis", en la cual se entremezclan y confrontan, de una manera dialéctica, las "fuerzas productivas" y las "relaciones de producción" o "estructuras sociales"; la "producción espiritual de las ideas, de las representaciones y de la conciencia" está implicada en la "producción material" y los "modos de acción común (de las clases sociales, por ejemplo)" pueden convertirse, en algunos cuadros sociales, en "una fuerza productiva" de la cual sólo están excluidas las "superestructuras ideológicas". Finalmente, para Spencer —el único entre los padres de la sociología que no ha podido resistir a la tentación naturalista y al evolucionismo biológico—, los puntos de referencia para el estudio de la realidad social son, a pesar de sus preconcepciones, las "instituciones", los "controles sociales" (reglamentaciones sociales) y las "estructuras", términos que él ha introducido sin llegar nunca a precisarlos.

---

[10] Cuando C. Lévi - Strauss, en su *Anthropologie structurale* (1958, pág. 353) cree, para las necesidades de una polémica, poder citar a Ruth Benedict como "estructuralista", compromete todo el movimiento o... confía en la ignorancia de sus lectores.

[11] Nacido en 1868 y muerto en 1958; hermano del célebre sociólogo Max Weber.

Al proponerse definir el objeto y el método de la sociología, Durkheim (1858-1917) y su escuela se han hallado frente a una herencia rica y compleja que pedía ser aclarada. Esta toma de conciencia, digámoslo por anticipado, ha tenido más éxito en lo que concierne a la fijación de los límites del campo a estudiar que en lo que respecta al método a aplicar y, por lo tanto, al objeto así constituido. Durkheim ha dado tres definiciones sucesivas de la sociología: dos son explícitas y la tercera está implícitamente contenida en las obras del último período de su vida.

La primera definición, extraída de las *Règles de la méthode sociologique* (1ª ed., 1894) [12], será reconstituida combinando varias citas: "La sociología no es el anexo de ninguna otra ciencia: es una ciencia distinta y autónoma"; "un hecho social sólo puede ser explicado por otro hecho social" (pág. 177), y "debe ser tratado como una cosa" (pág. 36-39), pues la sociedad y el grupo "piensan, sienten y actúan en forma distinta de lo que lo harían sus miembros si estuvieran aislados" (págs. 126-128); así, para la sociología, el hecho social es "toda manera (de ser y) de hacer, establecida o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una fuerza exterior" (pág. 19). Los términos de esta definición provocaron algunos malentendidos y Durkheim, en el prefacio de la segunda edición de las *Règles,* se vio obligado a explicar que "tratar los hechos de cierto orden como cosas, no es... clasificarlos en tal o cual categoría de lo real; es adoptar frente a ellos una cierta actitud mental" (pág. XI), es decir, considerar los hechos sociales como un mundo desconocido, inaccesible a la introspección. Ese desconocido se revela finalmente como el mundo de las "representaciones colectivas" (*ibíd.,* pág. IX). En el texto de las *Règles,* Durkheim reemplaza, a menudo, "fuerza exterior" —término que tiene varios sentidos— por "presión" (por ejemplo, en las págs. 125 y 129), a lo cual agrega las "corrientes sociales libres" (págs. 9 y sigte., y 13-14) que nos penetran y nos atraen. Y no tiene reparos en escribir en el prefacio citado: "Por consiguiente, aceptamos gustosos el reproche que se ha hecho a esta definición de no expresar todos los caracteres del hecho social y, por lo tanto, de no ser la única posible" (pág. XX).

---

[12] Lo citamos según la 8a. ed., 1927.

Esto nos lleva a la segunda definición de la sociología, lanzada primeramente por Mauss y Fauconnet en *La grande encyclopédie française* (1901), y aceptada luego durante cierto tiempo por el mismo Durkheim. Según esta definición, la sociología es la *Ciencia de las instituciones. "Las instituciones son el conjunto de los actos y de las ideas ya instituidas que los individuos hallan ante sí y que más o menos se les imponen".* Durkheim, a su vez, escribe en el prefacio citado: *"Se puede... llamar instituciones a todas las creencias y a todos los modos de conducta instituidos por la colectividad. La sociología se puede definir como la ciencia de las instituciones, de su génesis y de su funcionamiento"* (pág. XXII-XXIII). Esta definición, que durante los tres últimos decenios ha conocido un éxito considerable en los Estados Unidos, donde había sido preparada por la influencia de la sociología spenceriana, fue rápidamente abandonada por Durkheim y Mauss. Es indiscutible, sin embargo, que ella fija en forma más matizada y amplia los límites del campo estudiado por la sociología que el recurso a la presión y a su tratamiento como una cosa. Pero ha sido imposible hallar un sentido unívoco del término "institución", que cubre aspectos de la realidad tan diferentes como los grupos, los procedimientos, las obras culturales, etc.; además, en esta definición se ha descuidado muchísimo el elemento volcánico, creador, innovador, efervescente y revolucionario de la vida social, considerada bajo el aspecto institucional, de preferencia en su expresión cristalizada o "cadavérica" (Mauss). (Volveremos a la crítica del institucionalismo en sociología, al hablar de los ensayos norteamericanos recientes). Por otra parte, la segunda definición ha fomentado las ansias de supremacía de la sociología durkheimiana con respecto a las demás ciencias sociales. En efecto, en la misma época en que la sociología era concebida como "ciencia de las instituciones", Durkheim reclamaba la disolución, en el seno de la sociología, de todas las ciencias sociales especiales nacidas antes que ella [13]. Dado que la ciencia técnica del derecho se ocupa de las instituciones jurídicas, que la economía política se ocupa de las instituciones económicas, que la lingüística se ocupa del lenguaje como institución, que la historia se ocupa de la génesis de las instituciones, etc., Durkheim y sus discípulos, negándose a toda distinción entre campo y método, daban como concluyente el que todas esas disciplinas y muchas otras más debían disolverse en las ramas correspondientes de la sociología. Sin embargo, olvidaban que, en primer lugar, al estudio de un mismo campo es posible aplicar métodos diversos: tipológico (sociología), sistematizador y analítico (la mayoría de las ciencias sociales especiales), singularizador (historia y etnografía); luego, que puede estudiarse el mismo campo en sus distintos niveles: modelos y reglas jurídicas (ciencia del derecho), base ecológico-morfológica (geografía social), signos y símbolos del lenguaje (gramática), etc., mientras que la sociología y la historia toman siempre en consideración el conjunto de los niveles entremezclados en el fenómeno social total. La pretensión de supremacía de la escuela durkheimiana, al querer disolver en el seno de la sociología todas las ciencias sociales especiales, provocó la obstinada resistencia de estas últimas, las cuales, por otra parte, al defenderse, se han "sociologizado" de una manera inmanente. Estas luchas se han apaciguado ahora y se prevé una colaboración confiada entre las ramas especiales de la sociología y las ciencias sociales particulares. Los dos, Durkheim y Mauss, han contribuido a los comienzos de esta nueva orientación; el primero, haciendo presentir en su tercera y última definición de la sociología la pluridimensionalidad de su objeto; el segundo, haciendo resaltar que el objeto específico de la sociología era el "fenómeno social total". Lo que falta, en uno y en otro, es el reconocimiento neto de la pluralidad de los métodos complementarios para estudiar la realidad social.

Si se quisiera resumir en una fórmula sintética y exhaustiva la definición del objeto y del método de la sociología a que Durkheim había llegado en la última etapa de su carrera, se podría, sin riesgo de error, transcribir como sigue: *La sociología es una ciencia que estudia, con una visión de conjunto, de manera tipológica y explicativa, los diferentes grados de cristalización de la vida social, cuya base se encuentra en los estados de la conciencia colectiva, irreductibles y opacos a las conciencias individuales; esos estados se manifiestan en influencias, instituciones y presiones, símbolos exteriormente obser-*

---

[13] DURKHEIM y FAUCONNET, *Sociologie et sciences sociales* (Revue philosophique, 1903, op. cit.).

vables que se materializan en la transfiguración de la superficie geográfico-demográfica y penetran, al mismo tiempo, en todos esos elementos por medio de las ideas, los valores y los ideales a los cuales tiende la conciencia colectiva en su aspecto de libre corriente de pensamiento y de aspiración.

En esta definición se debe destacar primeramente la atribución de un lugar invariablemente preponderante en la realidad social a la conciencia colectiva, a las ideas, valores e ideales que de ella dependen; de ahí el "hiperespiritualismo" de su sociología que Durkheim no tiene ningún reparo en reconocer[14]. Mucho más provechoso es el esbozo de una distinción, dentro de la realidad social, entre los niveles o estratos. Durkheim se encuentra aquí, al mismo tiempo, con Proudhon, Marx, Bergson y Hauriou y prepara así la sociología de profundidad. En efecto, acentúa algunos estratos, tales como la base morfológica, las fuerzas, las organizaciones, los ritos o los procedimientos (estos tres últimos reunidos en el término "institución"), las presiones, los símbolos, los valores, las ideas y los ideales colectivos, y, por último, las representaciones, las creencias y las aspiraciones colectivas. Apoyándose en esos estratos, Durkheim distingue tres ramas particulares de la sociología: la "morfología social", la "fisiología social" (que comprende todas las "maneras de hacer colectivas", tales como las obras culturales, por una parte, y las actividades técnicas, económicas y políticas, por la otra) y la "psicología colectiva". Si bien tienen sus puntos de apoyo en diferentes estratos de la realidad social, estas ramas particulares de la sociología retornan sin cesar, según Durkheim, a su conjunto indisolublemente ligado y se entremezclan continuamente. Un paso más (paso que, sin embargo, Durkheim, detenido por su espiritualismo de la conciencia colectiva sublimada no ha dado) y hubiéramos sido llevados a los "fenómenos sociales totales" que Mauss señala con razón como el objeto específico de todo estudio sociológico.

El punto crucial de la precisión que Durkheim aportó al método sociológico consiste en la doble apelación a la aplicación de una vista de conjunto y a la explicación de "los fenómenos que se producen en el todo social por las propiedades características del todo". Pero, por una parte, incurrió en el error de reducir toda explicación al establecimiento del vínculo causal, olvidando las correlaciones funcionales, el cálculo de probabilidades, las regularidades tendenciales y las integraciones directas en los conjuntos; y, por otra parte, no ha aclarado suficientemente el sentido del recurso a los tipos sociales, si bien ha querido, con su búsqueda de los "tipos sociales cualitativamente distintos los unos de los otros", liberarse de los prejuicios del evolucionismo unilineal. Ha escrito, en efecto: "Si no existe más que una sola especie social, las sociedades particulares no pueden diferir entre ellas, sino en grados... Si, por el contrario, existen tipos sociales cualitativamente distintos los unos de los otros, por más que se los acerque, no podremos hacer que se unan... el desarrollo histórico pierde así la unidad ideal y simplista que se le atribuía; se fracciona, por así decirlo, en una multiplicidad de trozos que, por diferir específicamente los unos de los otros, no podrían unirse de manera continua" *(Règles,* pág. 96).

---

[14] *Philosophie et sociologie* (2a. ed., 1951, pág. 48), también, *Les formes élémentaires de la vie religieuse* (1912, págs. 620-627 y 636-637).

Lamentablemente, Durkheim no ha conseguido realizar este programa. Ha distinguido solamente cuatro tipos de sociedades, de los cuales tres son "segmentarios", formados por la repetición de los clanes y de las tribus (tipos polisegmentario simple, polisegmentario compuesto y polisegmentario doblemente compuesto) y un tipo de sociedad "constituido, no por la repetición de los segmentos..., sino por un sistema de órganos". Este cuarto tipo, evidentemente más amplio y cualitativamente más distinto que los otros tres, corresponde, en suma, a toda sociedad evolucionada en la que predomine la "solidaridad orgánica" *(Règles,* págs. 104-109). Esta tipología de las sociedades sólo es una reproducción corregida de la de Spencer[15] y se declara, por otra parte, francamente evolucionista. No renuncia a la identificación gratuita entre "lo elemental" y "lo arcaico" (siendo las sociedades arcaicas tan complejas como las nuestras), no ofrece ningún criterio que permita establecer los tipos de las sociedades históricas y finalmente, abusa de la cuantificación de los segmentos repetidos para tratar de llegar a tipos cualitativamente distintos. Este fracaso de Durkheim en cuanto a la aplicación del método tipológico (fracaso que él mismo reconoce parcialmente en *L'année sociologique,* 1910, vol. XI y 1913, vol. XII, al proponer correcciones a su tipología), tanto se debe a que no distingue diferentes géneros de "tipos sociales", como a la falta de análisis de las implicaciones, de los presupuestos y de los procedimientos indispensables para construir una tipología sociológica. Es allí donde aparece el problema de la *comprensión.*

Ignorado por Durkheim, este problema fue destacado en la sociología de Max Weber (1864-1920), cuyo principal aporte es la tipología cualitativa, fundada en la construcción de "tipos ideales". Reproduzcamos primeramente la definición que el mismo Weber da de la sociología, al comienzo de su monumental obra *Wirtschaft und Gesellschaft* (1922), en la cual, en forma bastante paradójica, no menciona directamente su método tipológico: *La sociología... es una ciencia que se propone comprender por interpretación los significados internos de las conductas sociales* (soziales Handeln deutend verstehen will) *y llegar de este modo a su explicación causal. Una conducta es social cuando el significado que le es atribuido por uno o más agentes humanos se relaciona en ese sentido* (pág. 1). Weber tomó el término "comprensión" del filósofo e historiador Dilthey (1833-1911)[16], en cuya obra significa "captación directa"

---

[15] Véase más adelante, cap. II.

[16] *Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften* (1910) y *Einleitung in die Geisteswissenschaften* (1883); trad. francesa: *Introduction à l'étude des sciences humaines* (París, 1943).

—intuitiva— de las totalidades reales concretas y de los significados humanos relacionados con ellas. Pero Weber, partidario de la tesis de la conciencia cerrada, replegada sobre sí misma, niega toda posibilidad de intuición y él mismo reconoce gustoso el carácter individualista y nominalista de su concepción de la realidad social. Rechaza de entrada, toda aprehensión inmediata y no reconoce más que un cúmulo o una colección de conductas individuales que se caracterizan como sociales en cuanto se orientan hacia las conductas de otras personas, con la ayuda de los significados internos (es decir subjetivos). Para él, *la "comprensión" sólo es el conocimiento de los estados internos de los agentes humanos dispersos y de los significados que ellos atribuyen a sus conductas llamadas sociales; como la comprensión no es accesible más que a las conciencias individuales, estas últimas deben interpretar los significados y los valores que las guían.* Por eso, Weber combina en la misma expresión "comprensión" e "interpretación", y habla con preferencia de la *comprensión interpretativa (deutendes Verstehen).* Formalmente, se trata sólo de los "significados subjetivos" a los que Weber opone los "significados objetivos" de los cuales se ocupa la filosofía. Cabría preguntarse si de esta manera, la "sociología de la comprensión interpretativa" no sucumbe a la tentación de disolver la sociología en la psicología individual a la cual Weber acuerda, en efecto, una importancia muy grande en la investigación sociológica. Pero, en realidad, el psicologismo de Weber está fuertemente limitado por su *culturalismo* que le viene, por un lado, de su inmensa erudición histórica y, por el otro, de los preconceptos espiritualistas que comparte con Rickert y que consisten en considerar todas las ciencias sociales como "ciencias de la cultura" *(Kulturwissenschaften),* atribuyendo a los modelos, reglas, ideas y valores el papel de "factor predominante". Y es precisamente uniendo los "significados internos" de las conductas sociales a los significados y valores culturales —esos intermediarios entre los significados subjetivos y los objetivos— que Weber trata de tender un puente entre la psicología, la sociología general y la "sociología histórica". El "culturalismo" de Max Weber (exagerado, luego, por su hermano Alfred) lo lleva a acordar un lugar preeminente en sociología a las sistematizaciones de los significados culturales hechas por los teólogos, los juristas, los moralistas, etc. Considera que la sociología de la Religión, del Derecho, etc., debe contentarse con estudiar las repercusiones unilaterales de las trabazones de los dogmas, las normas y los valores —elaboradas por las ciencias sociales especiales— sobre las conductas sociales que las realizan y no pone sino implícitamente el problema de las correlaciones funcionales recíprocas. Si el "culturalismo" weberiano parece sugerir, una vez más, a la sociología que ceda el paso a las ciencias sociales especiales, bajo otro aspecto, sin embargo, le ayuda a formular el problema de los tipos cualitativos llamados "ideales", fundados en la comprensión interpretativa.

Por otra parte, en su polémica contra Rickert —quien negaba la posibilidad de la sociología como ciencia de la cultura porque ella pretende generalizar en un campo en que no cabe la generalización— Weber descubre el método tipológico. En sociología, los tipos no son considerados ni como especies biológicas, ni como etapas del desenvolvimiento histórico (caras a los evolucionistas), ni como "esencias" (en el sentido fenomenológico). Se trata de construir tipos conscientemente, basándose en la comprensión interpretativa de los sentidos de conductas (entre ellas, los valores), sentidos primeramente internos pero que se unen luego a los significados culturales. Esos tipos son intermediarios entre generalización e individualización; su generalidad no tiene, sin embargo, nada que ver con un promedio y la individualización proveniente de los significados no es idéntica a la irrepetibilidad; por otra parte, los "sentidos internos" o subjetivos son más individualizados que los "sentidos culturales".

Los tipos ideales, construidos por los sociólogos, son "imágenes mentales obtenidas por racionalizaciones utópicas" de las conductas sociales, partiendo de sus significados. Esos tipos son *irreductibles* los unos con relación a los otros, además de *discontinuos* y *cualitativos*. Son estilizaciones conscientes y voluntarias en las cuales se acentúa, se elimina y se exagera, para llegar a imágenes coherentes de aspecto original que puedan servir como cuadros de referencias operatorias. Weber insiste sobre el carácter pragmático y hasta un poco arbitrario de esos tipos. Únicamente el paso de los "sentidos subjetivos" a los "sentidos culturales" suministrados, según Weber, por las sistematizaciones de las ciencias sociales especiales, le parece limitar el carácter hipotético y hasta un poco utópico de su tipología.

En todo caso, se comprueba en la obra de Weber una dispersión bastante inquietante de "tipos ideales". Se trata de tipos de relaciones sociales, tipos de grupos, tipos de sociedades globales, tipos de poder, tipos de procedimientos, tipos de carismas, tipos de luchas, tipos de religiones, etc., o de tipos de civilizaciones enteras. Esta dispersión da, a veces, la impresión de que las "formas sociales" de Simmel han servido de prototipos a la tipología de Weber. En todo caso, lo que une a los dos sociólogos es la concepción nominalista de la realidad social que destruye el carácter específico de la misma. Weber reduce los hechos sociales a las "probabilidades" de las conductas individuales y a los significados, ignorando todos los otros planos de la realidad social: la base morfológica, los aparatos organizados, los símbolos, los papeles, las actitudes y la mentalidad colectiva. En igual forma que Simmel, von Wiese y la mayoría de los sociólogos norteamericanos, reduce toda la realidad social a las relaciones entre los individuos, insistiendo en la idea de que el grupo sólo es una red de relaciones interindividuales, la unificación de las cuales es sólo una "probabilidad". Las clases (probabilidades de monopolio) y las sociedades globales (probabilidades de unificación de grupos y de realización de sistemas de significados) se hallan en la misma situación. Weber ignora por completo el problema de las estructuras sociales, no capta los fenómenos sociales totales en ninguna de sus escalas y empobrece la realidad social hasta aniquilarla. Debemos remitirnos al capítulo siguiente para hallar algunas informaciones complementarias sobre la sociología de Max Weber.

Limitémonos aquí a reconstruir la definición completa del objeto y del método de la sociología, según Weber: *La sociología es una ciencia de la cultura que busca los tipos ideales de las probabilidades de las conductas individuales que tienen un carácter social y estudia sus significados internos y sus significados culturales procediendo por comprensión interpretativa y llegando, de este modo, a la explicación causal de sus realizaciones en las conductas.* Si Weber ha dado un doble paso hacia adelante por su reconocimiento del carácter cualitativo y discontinuista de los tipos construidos por la sociología y por su negativa a renunciar a la explicación en favor de la comprensión, no ha dejado por ello de cometer varios errores graves y de sufrir fracasos. Podemos anotar en su pasivo: a) la unión arbitraria de la comprensión y la interpretación subjetiva; b) la imposibilidad de justificar el paso de los significados internos (subjetivos) a los significados sociales y culturales; c) su renuncia a todos los criterios objetivos que permiten construir los tipos; d) la unión de éstos con un culturalismo espiritualista; e) su dispersión y su inaptitud para ser aplicados a los fenómenos sociales totales y a sus estructuras; f) la destrucción de la realidad social por un nominalismo probabilista e individualista que hace a Weber incapaz de comprender la sociedad, los grupos, las clases, los Nosotros así como también sus obras directas; esta demolición sólo se disimula por la inmensa erudición histórica de Weber; g) la combinación del formalismo, del culturalismo y del psicologismo, que no entran en síntesis, ya que forman "islotes de aceite" y se conservan heterogéneos, y h) la ausencia, finalmente de todo espíritu dialéctico. Es este defecto el que probablemente ha impedido a Weber captar las totalidades concretas, sobrepasar la conciencia cerrada, ver que la comprensión y la explicación no son sino momentos del mismo proceso, que la tipología cualitativa no se puede aplicar en el vacío y que las ciencias sociales particulares y las ramas especiales de la sociología se hallan constantemente envueltas en movimientos complementarios, de implicación mutua, de polarización y de reciprocidad de perspectivas.

Cuando no caen en un *behaviorismo* naturalista grosero y "cuantofrénico"[17] o en un psicologismo de las *inter-personal relations,* las definiciones que de la sociología dan los autores norteamericanos recientes, las que muestran a menudo cierto sincretismo, asombran por el frecuente recurso a los términos "comunicación", "papeles" y "estatutos", "sistemas sociales", "instituciones" e "institucionalizaciones". En conjunto, el empleo de estos términos delata la creciente inquietud de los teóricos norteamericanos ante la demolición del carácter específico de la realidad social, disuelta en un conjunto, en una colección de individuos dispersos por la influencia combinada del behaviorismo naturalista, de los promedios estadísticos, del formalismo y del nominalismo weberiano. El punto de partida de esta reacción se ha de buscar en un pensador profundo, G. H. Mead. En su obra póstuma, *Mind, Self and Society* (1934) (que no deja de estar en relación con las ideas de su amigo C. H. Cooley —el único sociólogo norteamericano que ha concebido la realidad social como un todo y que ha insistido sobre la imposibilidad de oponer el individuo y la sociedad como términos de una alternativa), Mead ha tratado de describir en forma más concreta el nacimiento común del Yo (*Self*), de los Otros, de los grupos y de la sociedad entera, partiendo de un mismo y único proceso social que es "acción de comunicación". Ésta consiste en el intercambio de los papeles sociales, "los papeles asumidos por Otro", que conducen al "Otro generalizado", que equivale a la sociedad y a la razón. Son los papeles sociales asumidos que hacen nacer el Yo por la interiorización de los Otros, concretos, primero, y generalizados, luego. Esto hace resaltar no solamente el carácter social de los Yo sino también la imposibilidad de los papeles sociales sin sus trabazones activas que constituyen la sociedad. En el capítulo II volvemos brevemente a las ideas de Mead y a la apreciación crítica de ellas. Señalemos solamente que su influencia se hace sentir en la mayoría de las definiciones recientes de la sociología norteamericana, que han tratado de sobrepasar la comunicación y la trabazón de los papeles sociales integrándolos en "instituciones", "sistemas" o "estructuras".

---

[17] Sobre la cuantofrenia de la sociología norteamericana véase: P. SOROKIN, *Fads and Foibles in Modern Sociology* (1956, cap. VII y VIII); trad. francesa con el título de: *Tendances et déboires de la sociologie americaine contemporaine* (París, 1959).

Así, Florian Znaniecki une la sociología a las ciencias de la cultura; la define, en efecto, como una ciencia empírica de las "instituciones" en su calidad de grupos organizados que tienen funciones oficiales, por una parte, impuestas por la otra. En esos grupos se realizan, por acciones sociales en que actúa el "coeficiente humano", papeles sociales (individuales o grupales) conformes a los modelos. Infortunadamente, aun cuando Znaniecki hace un esfuerzo visible por sintetizar (*Cultural Sciences,* 1953; *Social Actions,* 1936; *The Social Role of the Man of Knowledge,* 1940), no se ve lo que el término "institución" pueda añadir a los grupos conocidos por los juristas como "corporaciones", por una parte, y como "fundaciones", por la otra, lo cual, contrariamente a los deseos manifiestos del autor, limitaría considerablemente el objeto de la sociología sin contribuir a precisar el método específico de la misma con relación a las ciencias sociales especiales. Para Linton, la sociología y la antropología estudian las "instituciones consideradas como combinaciones de reglas, estatutos y papeles, así como su equipo cultural" (*The Study of Man,* 1936; *The Cultural Background of Personality,* 1946). Como en esta definición todos esos elementos carecen de unión y como no se plantea el problema de la realidad del grupo y de la sociedad, la palabra "institución" sólo cubre un vacío. Otras definiciones de la sociología como ciencia de las instituciones sólo restringen arbitrariamente el campo de ella, evitando toda precisión sobre la realidad de los grupos y de las sociedades y sus relaciones con las obras culturales, ya sea que comprendan bajo el término "instituciones" las "costumbres reconocidas y sistematizadas" (Sumner y Keller); los "procedimientos y los ritos bien determinados", vinculados o no a las asociaciones (Mac Iver); "los grupos permanentes integrados en una sociedad" (Herzler, Chapin y W. Hamilton), o bien "los grupos más importantes reconocidos en una sociedad", es decir, jerarquizados según una escala de valores (Hiller y Panunzio)[18]. Al mismo tiempo, y dado que se desvían del problema del método y que se combinan con la búsqueda de las fases de desenvolvimiento, o bien (y preferentemente), con la pura descripción sociográfica con sistematizaciones de significados, esas definiciones no contribuyen en absoluto a una clarificación de las relaciones entre la sociología y las ciencias sociales especiales.

En su definición de la sociología, P. A. Sorokin da la primacía al estudio del carácter específico de la realidad "sociocultural" como "sistema a la vez significativo, causal y funcional" *(meaningful, causal y functional system),* en que "los elementos significativos y culturales" predominan sobre la "interacción humana" (*Society, Culture and Personality,* 1947). Sorokin trata de sobrepasar el nominalismo individualista norteamericano y weberiano pero solamente lo logra reforzando preconceptos espiritualistas. Así, en la "síntesis" de los tres elementos que constituyen el objeto de todo estudio sociológico, "los apoyos materiales", los "agentes humanos" y los "significados inmateriales", estos últimos, independizados de la realidad social, son los que predominan constituyendo "sistemas" culturales (en los cuales se hallan integrados los "sistemas sociales") y suministrando los criterios de "síntesis", las bases de los tipos y los focos de sus fluctuaciones cíclicas. Además de sus presuposiciones dogmáticas, se puede reprochar a esta definición la vaguedad y la imprecisión del término "sistema" que designa una totalidad social real en marcha —totalidad que, justamente, no se reduce nunca a un "sistema" puesto que es esfuerzo, acto y combate contra los obstáculos e inversión de las escalas y de las jerarquías—, o bien una sistematización coherente de los significados, modelos, símbolos, ideas y valores que son válidos en un cuadro real particular pero del cual se los separa entonces artificialmente. Únicamente el juego dialéctico complejo, ignorado por Sorokin, entre "fenómenos sociales totales", estructuras parciales y globales, ramas especiales de la sociología y ciencias sociales particulares sistematizadoras puede resolver estos problemas que el mismo Sorokin tiene el mérito de haber contribuido a plantear.

Talcott Parsons *(Social System,* 1951), influido por todas estas definiciones, y también por Spencer, Durkheim y Weber, ha tratado de unirlas a todas, pero su esfuerzo ha fracasado completamente. Parsons considera que la sociología estudia los sistemas sociales que consisten en las interacciones de las conductas y de los papeles asumidos, interacciones orientadas hacia una escala común de valores, estabilizada en las estructuras que se fundan en la "institucionalización" de los modelos culturales, reglas y estatutos. Es fácil observar que, para Parsons, los términos "sistemas", "estructuras" e "instituciones" (tomados en una variedad de sentidos diversos) se definen y se sostienen los unos a los otros, velando así la incapacidad del autor, tanto para precisarlos bien como para comprender la realidad social en su calidad de totalidad específica y dinámica. Además, Parsons unas veces confunde "tipo" (en el sentido weberiano) y "estructura", y otras los distingue, al darse cuenta de que, en último caso, se trata de realidades.

---

[18] Para una crítica más detallada, véase mi libro: *Vocation actuelle de la sociologie* (1 vol., *op. cit.*. págs. 423-427).

Vamos a terminar esta revista de las definiciones del objeto y del método de la sociología deteniéndonos en la que está implícitamente contenida en los últimos escritos de Mauss (1872-1950), pues consideramos que abre nuevas perspectivas. Mauss ha definido la sociología como una ciencia que aplica el método de toma de vista de conjunto al estudio de los "fenómenos sociales totales". He aquí algunos textos de Mauss que, en primer lugar, vamos a reproducir y, luego comentar y criticar, si fuera necesario. "En las sociedades, se capta algo más que las ideas y las reglas; se captan hombres y grupos... Se los ve moverse... Percibimos fuerzas móviles... Después de haber forzosamente dividido y abstraído un poco, es menester que los sociólogos se esfuercen por recomponer el todo... El estudio de lo concreto, que es el todo completo, es posible y más cautivante, aún más explicativo, en sociología" que en otras ciencias (*Sociologie et anthropologie,* 1950, pág. 276). Los fenómenos sociales totales "son más que temas, más que elementos de instituciones, más que instituciones complejas, hasta más que sistemas de instituciones... Son todos completos" (*ibíd.*, pág. 275). "Hemos visto sociedades en estado dinámico o fisiológico. No las hemos estudiado como si estuvieran solidificadas, en un estado estático o más bien cadavérico, y menos todavía las hemos descompuesto y disecado en reglas de derecho, en mitos, en valores y en precios" (*ibíd.*, pág. 275). Esos "fenómenos son a la vez jurídicos, económicos, religiosos, estéticos, morfológicos, etc." (*ibíd.*, pág. 274). "El principio y el fin de la sociología es distinguir el grupo entero y su total comportamiento" (*ibíd.*, pág. 276). "Se ve cómo se puede estudiar... la vida social en su totalidad" (*ibíd.*, pág. 279). "Los hechos sociales totales... ponen en movimiento... la totalidad de la sociedad" (*ibíd.*, pág. 274). Al considerar el todo en conjunto hemos podido percibir lo esencial, el movimiento del todo, el aspecto viviente, el instante fugitivo en que la sociedad y los hombres adquieren conciencia de sí mismos... Hay en esta observación concreta de la vida social, un medio de hallar hechos nuevos que sólo comenzamos a entrever" (págs. 275 276). El recurso a los "fenómenos sociales totales" puede dar satisfacción a los historiadores, los cuales "objetan con justicia que los sociólogos hacen demasiada abstracción y separan demasiado unos de otros los diversos elementos de las sociedades" (pág. 276). Puede también dar satisfacción a los psicólogos, pues equivale a reconocer el hecho de que, en sociología, se trata siempre del "hombre completo", del "hombre total" en que "cuerpo, alma y sociedad, todo se mezcla" y donde "fenómeno social total" y "hombre total" tienden a corresponderse y cubrirse (*ibíd.*, págs. 276 y 303-305).

En su concepción de la sociología como captación explicativa de los fenómenos sociales totales, Mauss reacciona: a) contra la primacía dogmática de la conciencia colectiva y contra el hiperespiritualismo de Durkheim en su última manera, en nombre de un realismo relativista y empirista; b) contra el institucionalismo que él mismo ha contribuido a introducir, en nombre de las totalidades volcánicas en marcha, esas reservas de movimientos y esos focos en acción de fuerzas explosivas; c) contra la separación de la comprensión y de la explicación que en ninguna parte se llaman mutuamente tanto como en sociología, y especialmente contra la reducción weberiana de la comprensión a la interpretación de los sentidos internos de las conductas individuales; d) contra todo género de culturalismo abstracto; e) contra toda separación de la sociología y de la historia en lo que atañe al campo de lo real constituido por los fenómenos sociales totales, comenzando solamente la distinción en lo concerniente al método.

Sin embargo, luego de haber abandonado la tipología evolucionista y casi cuantitativa de Durkheim, Mauss vacila en aceptar o más bien, no precisa la tipología cualitativa que distinguiría la sociología de la historia. La razón de ello es que Mauss identifica los fenómenos sociales totales con las sociedades globales (no encara los fenómenos sociales totales al nivel de la microsociología, de los grupos particulares y de las clases sociales). Ahora bien, para establecer los tipos de las sociedades globales en su carácter de fenómenos sociales totales, es indispensable pasar por los tipos de sus estructuras. Y Mauss, que no ha elaborado este concepto, en su *Fragment d'un plan de sociologie descriptive* (Annales, 1935) titubea visiblemente en lo relativo a la medida de generalización posible de los fenómenos totales. Además, no se encuentra en su obra ninguna indicación de los puntos de referencia que permiten captar esos fenómenos y sus movimientos. La falta de acentuación de los planos de profundidad cuya pluridimensionalidad provoca un perpetuo vaivén de implicaciones mutuas y de polarizaciones; una atención insuficiente a la tensión entre los elementos aestructurales, estructurables y estructurados que se oponen en los macrocosmos sociales —estando sus fenómenos sociales totales comprendidos en un movimiento de estructuración, desestructuración, reestructuración y dispersión de las estructuras; la negativa, en fin, de encarar el drama que se desarrolla entre la escala microsociológica, la de los grupos particulares, la de las clases y la de las sociedades globales, que hacen valer cada una sus propios fenómenos sociales totales [19]; todos estos silencios y todas estas reticencias han limitado el alcance y la influencia de la nueva orientación de la sociología indicada por Mauss. Las dificultades que ha encontrado no tienen sino un mismo y único origen; sus prejuicios contra la dialéctica que él identificaba erróneamente con la filosofía hegeliana o con la filosofía marxista. No ha visto que la dialéctica, como demolición operatoria de los conceptos en favor de las experiencias siempre renovadas, es una depuración previa a toda filosofía y a toda ciencia y que no hay ningún medio de poner en evidencia las totalidades sociales en marcha sin recurrir a los procedimientos de dialectización. Para que la sociología sea una tipología de los fenómenos sociales totales, la dialéctica debe integrar el método sociológico. Es lo que vamos a tratar de demostrar en los párrafos siguientes.

2. *Ensayo de definición*

Dado que la realidad social no es estudiada únicamente por la sociología sino también por ciencias sociales especiales, constituidas antes que ella y parcialmente autónomas, no se puede definir el carácter específico de la sociología sin precisar, a la vez, su campo y su método cuya interpenetración da nacimiento a su objeto.

El campo de la sociología es la realidad social —esa participación de lo humano en lo humano— irreductible a toda otra realidad. Ella se manifiesta, en primer lugar y ante todo, en los "fenómenos sociales totales" o totalidades en marcha— focos de ebullición volcánica comprendidos en un movimiento de flujo y reflujo, reservas de ímpetu de los actos y los esfuerzos colectivos que deben perpetuamente luchar contra obstáculos externos e internos y por medio de los cuales los Nosotros, los grupos y las sociedades se crean y se modifican a sí mismos. Múltiples significados humanos son producidos por los fenómenos sociales totales y penetran o vienen a insertarse en ellos. Sus obras, no solamente las obras culturales y materiales sino también sus estructuras [20] —esos equilibrios precarios de jerarquías múltiples—, sin hablar de las organizaciones, los modelos y las actividades diferenciadas, no expresan sino muy parcialmente y muy inadecuadamente las totalidades subyacentes que se hacen, deshacen y rehacen constantemente. La intensidad del movimiento o, más exactamente, los tiempos o la multiplicidad de los tiempos en que se producen los fenómenos sociales totales son variables; éstos últimos pueden estar adelantados o atrasados con relación a sus estructuras. Sea como fuere, su todo indescomponible prima siempre en todas sus manifestaciones aestructurales, estructurables y estructuradas: está ontológicamente presente antes que todas sus expresiones, obras y cristalizaciones y no se deja separar completamente por ninguna de ellas.

---

[19] Para el examen sistemático de todos estos problemas, véase más adelante, la sección II de este *Tratado*.

[20] Para la definición del concepto de estructura, véase más adelante, sección II, y *La vocation actuelle de la sociologie* (vol. I, *op. cit.*, págs. 429 y sig.).

Los fenómenos sociales totales son pluridimensionales, dispuestos en pisos, capas, planos y profundidad, los cuales pueden servir como puntos de referencia para reconstituir su unidad indisoluble. Hay un vaivén perpetuo de la corteza exterior de la sociedad —su base morfológica (geográfica, demográfica, ecológica, instrumental, etc.), pasando por los aparatos organizados, las prácticas cotidianas flexibles, los modelos técnicos, los signos y los símbolos, y yendo hasta las conductas colectivas derogatorias o novadoras que modifican las prácticas y los modelos y crean símbolos nuevos, hasta los valores e ideas colectivos y, finalmente, hasta la mentalidad social, a la vez colectiva e individual. Todas esas capas en profundidad forman un conjunto indisoluble en los fenómenos sociales totales sin que esto excluya una cierta discontinuidad entre las capas y la posibilidad de conflictos entre ellas. La acentuación de los planos, su intensidad, sus adelantos y sus atrasos varían con cada cuadro social, cada Nosotros, cada grupo, cada clase, cada sociedad global, cada elemento microsociológico y cada unidad macrosociológica que representen por sí mismos fenómenos sociales totales. A esto se agrega la inversión de la jerarquía de los planos según los diferentes tipos de estructuras parciales y globales, así como también el cambio de su acentuación que sobreviene como consecuencia de modificaciones en las circunstancias [21].

Los fenómenos sociales totales no son solamente pluridimensionales y no se reducen exclusivamente a las sociedades globales. Los Nosotros (masas, comunidades y comuniones), los grupos particulares y las clases sociales son también fenómenos sociales totales. Los grupos particulares son microcosmos de Nosotros y, por consiguiente, fenómenos sociales totales como las clases sociales y las sociedades globales son macrocosmos de grupos particulares, cada uno de los cuales representa una totalidad. La riqueza de los fenómenos sociales totales sólo puede ser comprendida en su plenitud al darse cuenta que la tendencia a la preeminencia de lo global sobre lo parcial admite gradaciones casi infinitas y que un drama perpetuo se desarrolla entre los fenómenos sociales totales parciales y globales los cuales pueden a la vez ser complementarios, estar en situación de implicación mutua, de ambigüedad, de polarización y de reciprocidad de perspectivas. Este juego dialéctico complejo entre los diferentes cuadros y escalas de los fenómenos sociales totales es tan importante como el de los planos de profundidad y brinda un segundo punto de referencia para la captación de las totalidades sociales en marcha.

En fin, cuando se toman los fenómenos sociales totales al nivel de las unidades colectivas reales (grupos, clases y sociedades globales) —y no al nivel de los Nosotros y de las relaciones con los Otros, que son astructurales por excelencia— se asiste a una lucha encarnizada entre los elementos aestructurales, estructurables y estructurados, completada por la que libran lo espontáneo y lo organizado; esto último no es más que un posible peón en el tablero de los equilibrios que constituyen una estructura. Las estructuras, comprendidas en un incesante movimiento de estructuración, desestructuración, reestructuración o dispersión, están en relaciones tirantes con los fenómenos sociales totales subyacentes que las hacen posibles, sin hablar de la lucha de los grupos y las clases sociales y de sus conflictos con la sociedad global en que están integrados. Son, pues, los desplazamientos, las tensiones, los conflictos y los antagonismos inscriptos en el cuadro de los fenómenos sociales totales, los que hacen resaltar mejor su extrema riqueza. Su movimiento dialéctico pone de manifiesto a la vez su totalidad indisoluble y el desgarramiento que les es propio. La misma dialéctica prohibe oponer la realidad social a las civilizaciones. Los fenómenos sociales totales son los productores y, también, a menudo, los beneficiarios de las obras culturales y de las civilizaciones. Los fenómenos sociales totales no son nunca idénticos a ninguno de sus contenidos y representan siempre más que su conjunto, y con mayor razón aún, más que la suma de los mismos. Lo que está en juicio aquí es la vida misma de la realidad social y su movimiento infinitamente intenso y complejo.

---

[21] Para desarrollos más detallados sobre la "sociología profunda", véase, más adelante, sección II, y *Vocation actuelle* (2a. ed. 1957, vol. I, págs. 63-115).

Esta realidad puede ser estudiada según tres métodos diferentes:

A) Según un método sistematizador y analítico, que persigue habitualmente fines prácticos y que, apoyándose en un solo plano de profundidad separado más o menos artificialmente de la totalidad, trata de hacerlo coherente a fin de obtener el mayor rendimiento en un cuadro social específico cuyo presupuesto no se hace habitualmente consciente. Tal es el procedimiento de la mayoría de las ciencias sociales especiales. Así, por ejemplo, la "ciencia del derecho", en el sentido técnico de la palabra, no toma en consideración sino los modelos y los símbolos abstractos del derecho, sistematizados a fin de facilitar su aplicación por los tribunales y los servicios administrativos de un país dado. Así, la gramática no tiene en cuenta más que los signos y símbolos de un lenguaje a fin de facilitar por su sistematización su difusión y su enseñanza en un círculo determinado. Así es como la geografía (la cual, hasta cuando es física, se conserva humana y por lo tanto social) no pasa del plano morfológico de la realidad social cuando describe los relieves, los climas, las poblaciones, el suelo y los recursos, con relación a las necesidades de un cuadro social específico. A su vez, la economía política clásica analiza y sistematiza ciertos modelos económicos y determinadas conductas colectivas regulares concernientes a la producción más eficaz y a los intercambios más ventajosos, a fin de indicar los mejores medios de llegar a la prosperidad en un cuadro social determinado (cuya variabilidad se le escapa a menudo).

B) El segundo método de estudio de la realidad social es *individualizador,* más bien, *singularizador,* y es propio de dos ciencias sociales especiales, la historia y la etnografía que, como la sociología, estudian los fenómenos sociales totales tomados en conjunto. La etnografía, empero, encuentra algunas dificultades para pasar de la estructura al mismo fenómeno social total, porque trata con sociedades no prometeanas, es decir, sociedades carentes de la conciencia de los cambios y los vuelcos posibles, producidos por la acción humana concentrada. La historia, por el contrario, logra, mejor que la sociología, seguir las peripecias del desbordamiento de los fenómenos sociales totales subyacentes por sobre las estructuras. La historiografía, en su calidad de ciencia, estudia las sociedades prometeanas (o históricas) en lo que tienen de irrepetible y único, colocando su movimiento singularizado en un pasado hecho presente y en un presente hecho pasado; esto implica la reconstrucción de los dos, partiendo siempre de una sociedad dada, desde el ángulo de una clase o un grupo determinado, a fin de llegar a una continuidad de las estructuras y los tiempos, de los cuales la historia misma revela, pues, su multiplicidad y su singularidad. La paradoja que consiste en estudiar una realidad privilegiada desde el punto de vista de la discontinuidad y que estrecha el vínculo entre causa y efecto en la explicación, es compensada, primeramente por el carácter particularmente ideológico de la "verdad histórica", luego por "la ambigüedad de los tiempos históricos" (tiempos reales y tiempos proyectados por los historiadores; tiempo transcurrido, ya pasado y reconstruido solamente; tiempos múltiples y, sin embargo, presupuestos continuos, etc.)[22] y finalmente por la intensificación simultánea de la comprensión y de la explicación en la ciencia de la historia. Estas características de la forma en que la historia estudia la realidad social no están de ningún modo destinadas a comprometerla; aspiran por el contrario, a demostrar su carácter específico y la necesidad de su colaboración fraternal con la sociología, a la que suministra, no sólo los materiales más indispensables, sino también los esquemas explicativos más firmes que aseguran los pases y las transiciones entre los fenómenos sociales totales y sus estructuras[23]. A su vez, la sociología suministra a la historia el armazón de sus cuadros conceptuales, de los que forman parte los tipos de estructuras, y puede igualmente ayudarle a reducir en todo lo posible el carácter ideológico de su verdad.

---

[22] Los historiadores y los sociólogos están empeñados, en estos momentos, en una discusión sobre la multiplicidad de los tiempos. En esta discusión, los "tiempos reales", las "tomas de conciencia de los tiempos" y las "maneras de dominar los tiempos" no se distinguen suficientemente, del mismo modo que no se advierte siempre el hecho de que los tiempos sociales múltiples, al constituir escalas variadas según los tipos de las estructuras y de las sociedades globales, penetran los unos en los otros y forman unidades siempre nuevas. En estas condiciones, las críticas formuladas por Fernand Braudel en el Cap. IV de esta sección (véase, más adelante, "Historia y sociología"), contra toda conceptualización sociológica de los "tiempos múltiples", nos parecen poco fundadas. ¿Cómo comprobar las unificaciones casi infinitas de los tiempos múltiples según los fenómenos sociales totales globales y concretos sin haber, primeramente, captado esos tiempos en conceptos? El historiador, al rehusar el concurso del sociólogo, ¿no se priva aquí de un arma eficaz de análisis? A este respecto, véase mi curso mimeografiado, *La multiplicité des temps sociaux* (París, 1959, C.D.U.) y también, más adelante, secciones II y III de este *Tratado*.

[23] Véanse mis dos estudios: *La crise de l'explication en sociologie* (Cahiers Internationaux de Sociologie, vol. XXI, 1956, págs. 13-18) y *Continuité et discontinuité en histoire et sociologie* (Annales, 1957, Nº 1, págs. 73-84).

C) El tercer método de estudio de la realidad social es el método de la *tipología cualitativa y discontinuista,* propio de la sociología, el cual se vincula necesariamente, por una parte, a la *aplicación de una vista de conjunto* que rehusa sacrificar tanto la unidad como la multiplicidad, y, por otra parte, al recurso a la dialéctica empirista, única capaz, al frustrar toda tentación de modificar los tipos y de estabilizar la vista de conjunto, de hacer resaltar toda la complejidad del método sociológico[24].

1. El método tipológico, tan distinto del método generalizador de las ciencias naturales como del método analítico, sistematizante de la mayoría de las ciencias sociales especiales y del método singularizador de la historia y la etnografía, construye, en sociología, tipos cualitativos y discontinuos, pero que, sin embargo, pueden repetirse. Así, este método generaliza hasta cierto límite, pero en el afán de hacer resaltar mejor el carácter específico del tipo. Al construir tipos diferentes según la variedad de los cuadros sociales reales y de sus estructuras, este método singulariza hasta cierto punto, pero lo hace para reconocer mejor los cuadros que pueden repetirse. Utiliza los datos de la historia, pero con el fin de acentuar las discontinuidades y hasta las rupturas entre Nosotros, grupos, clases y sociedades globales, por una parte, y fenómenos sociales totales y estructuras, por la otra. Presupone la comprensión de los conjuntos y de sus significados, pero lo hace para hacer de estos últimos elementos inmanentes de las totalidades en marcha. Retiene, a veces, las sistematizaciones ofrecidas por las ciencias sociales especiales, pero, como otros tantos puntos de referencia, para buscar planos de profundidad subyacentes y demostrando la relatividad de toda cohesión de modelos, símbolos y significados según la particularidad del fenómeno social total. En sociología, el método tipológico no tiene sentido más que cuando se aplica a las totalidades y a sus estructuras. Esos tipos no son elaborados para fijar las imágenes de Épinal, simulacros endurecidos, o "racionalizaciones utopistas" (Weber), y no se dividen en "fenotipos" y en "genotipos" (Kurt Lewin). Representan cuadros de referencias dinámicas, adaptados a los fenómenos sociales totales y llamados a promover la explicación en sociología.

Basta darse cuenta de ese carácter intermediario de los tipos sociológicos entre generalización, singularización y sistematización, entre explicación y comprensión, entre repetición y discontinuidad, para verificar que no pueden construirse de manera provechosa sin recurrir a la dialéctica que se rehusa a la inmovilización de los conceptos.

Esta observación se confirma si se hace una distinción entre tres clases de tipos que están a menudo confundidos y que, en realidad. son complementarios. simétricos (en relaciones de reciprocidad de perspectivas) o se hallan mutuamente implicados, en relaciones de polarización: los tipos microsociológicos, los tipos de grupos particulares y los tipos de sociedades globales[25].

---

[24] Véanse mis estudios: *L'hyper-empirisme dialectique. Ses applications en sociologie* (Cahiers Internationaux de Sociologie, vol. XV, 1953, págs. 3-33) y *Réflexions sur les rapports entre philosophie et sociologie* (*Ibid.*, vol. XXII, 1957, páginas 3-14).

a) Los tipos microsociológicos son los tipos de los vínculos sociales (los Nosotros en relación con los Otros), o dicho de otra manera, las "manifestaciones de la sociabilidad". Son los tipos de los fenómenos sociales totales aestructurales que se actualizan, se combinan y se combaten en la forma más variada en el seno de cada grupo por pequeño que sea, como en el seno de cada sociedad global. Los tipos microsociológicos son los más abstractos y los más generales, pues admiten una frecuente repetición en el interior de los cuadros macrosociológicos.

b) Los tipos de grupos particulares son tipos de fenómenos sociales totales que constituyen unidades colectivas reales pero parciales (uni o multifuncionales), unidades que son estructurables o estructuradas. Estos tipos son más concretos que los tipos microsociológicos, pero menos concretos que los tipos de las sociedades globales y de las clases sociales. Efectivamente, la repetición de estos tipos en los diversos cuadros globales produce géneros diferentes (por ejemplo, el clan en las sociedades llamadas arcaicas, la familia doméstica en las sociedades llamadas patriarcales, la sociedad matrimonial en las sociedades actuales, etc.).

c) Los tipos de clases sociales y de sociedades globales son tipos de fenómenos sociales totales suprafuncionales que representan macrocosmos de grupos particulares. Estos tipos son los más concretos y los más próximos a la existencia histórica, es decir, que sólo se repiten rara vez. El hecho de que las clases y las sociedades globales se hallen siempre estructuradas, hace que sea más fácil construir sus tipos pasando por sus estructuras, tanto más cuanto que los fenómenos sociales totales correspondientes son de una gran riqueza.

El establecimiento de los tipos de estructuras globales presupone la utilización de una serie de criterios que no tienen nada de arbitrario o de utópico y de los cuales, los más importantes son: a) la jerarquía de los grupos funcionales, a veces en competencia con la de las clases sociales; b) la combinación de las formas de sociabilidad que se actualizan en el conjunto y en los grupos particulares; c) la acentuación de los planos de profundidad cuya importancia, dinamismo y relaciones mutuas varían; d) la escala de las formas de división del trabajo y de acumulación; e) la jerarquía de las reglamentaciones sociales o "controles sociales"; f) el sistema de los modelos, signos, señales, símbolos, ideas y valores; en suma, de las obras culturales de una civilización, las cuales cimentan la estructura global y g) la escala de los tiempos sociales; h) la jerarquía de los determinismos sociales, que da la fórmula particular del determinismo sociológico que varía con cada tipo de sociedad.

---

[25] Para una exposición más detallada de esas tres tipologías y sus relaciones, véase, más adelante, sección II, así como también mi obra *Vocation actuelle de la sociologie* (2a. ed., 1957, vol. I, págs. 1-206, 281-399 y 443-504).

La distinción de tres especies de tipos sociológicos (abstracto o microsocial, abstracto-concreto o concerniente a los grupos y concreto o concerniente a las sociedades globales y a las clases sociales) conduce a las siguientes conclusiones: a) las tres clases de tipos sirven de puntos de referencia para su construcción sucesiva, ayudándose mutuamente para su verificación recíproca; es decir, que se encuentran en relaciones dialécticas complementarias, de implicación mutua o de reciprocidad de perspectivas..., sin excluir por ello la posibilidad de polarizaciones de intensidades diversas; b) la construcción de los tipos sociales acentúa más la comprensión —la captación directa del conjunto y de los significados que forman parte de él— cuando se trata de las sociedades globales y de las clases sociales en que los problemas de las civilizaciones y de las obras culturales están más intensamente implicados, que cuando se trata de los fenómenos microsociales o grupales, de los cuales es más fácil construir los tipos, y c) no sólo la intensidad y la importancia respectiva de las capas en profundidad, así como de los elementos aestructurales y estructurados son esencialmente variables, no sólo la jerarquía de los grupos se invierte según los tipos de estructuras y de fenómenos sociales totales subyacentes, sino también la escala de los determinismos sociales que provocan cambios en las sociedades globales es diferente según esos tipos. Si, por ejemplo, en la sociedad burguesa y capitalista, el determinismo de los modelos económicos y técnicos ha representado en todo cambio un papel de primer plano, no es del todo seguro que, en otros tipos de sociedades, la base morfológica y especialmente demográfica, las creencias mágicas y religiosas (o su conflicto), el derecho, el saber o hasta la planificación racionalmente deseada, etc., no hayan podido o no puedan colocarse a la cabeza de los determinismos sociales cuya unificación específica es la que constituye el determinismo sociológico. Este relativismo radical que, en sociología, es la consecuencia de la tipología dialéctica, se confirma igualmente en el trastorno de las propiedades mismas de la realidad social cuyas características cambian con cada tipo de los fenómenos sociales globales y a veces parciales, y hacen surgir una concepción diferente de la "naturaleza" misma de lo social.

2. El segundo aspecto del método sociológico, que consiste en tomar siempre en consideración *todos los planos, todas las escalas y todos los sectores* (aestructurales, estructurables y estructurados) de la realidad social a la vez, en masa, *aplicándoles una vista de conjunto,* se encuentra igualmente ligado al método dialéctico. ¿Cómo estudiar, en efecto, el vaivén, la interpenetración y la tensión entre los planos, las escalas (Nosotros, grupos y sociedades globales), los elementos (aestructurales, estructurados y estructurables), lo espontáneo y lo organizado, los movimientos (de estructuración, desestructuración y reestructuración), entre individuo y sociedad —todos indisolublemente ligados y en conflicto virtual y actual—, sin recurrir a la dialéctica? ¿No es haciendo pasar todos esos elementos por la prueba dialéctica de la complementación, de la implicación mutua, de la ambigüedad y de la reciprocidad de perspectiva cómo se puede obtener una imagen concreta de la realidad social y sus tipos mientras se hacen y se deshacen?

Desde este punto de vista, nada puede ilustrar mejor la diferencia entre la sociología y las ciencias sociales particulares que las mismas ramas especiales de la sociología, tales como la sociología económica, la sociología morfológica o demográfica, la sociología industrial, la sociología del derecho, del lenguaje, del saber, de la religión, la psicología colectiva, etc. Pues si, a semejanza de las ciencias sociales particulares, las ramas especiales de la sociología parten de uno de los planos o sectores de la realidad social que ellas acentúan, hacen todo lo posible para no quedar allí y terminan siempre vinculando su punto de partida a todos los otros planos y sectores, es decir, que lo integran en el fenómeno social total, sus cuadros y su movimiento. La dialéctica vence aquí la sistematización.

Pero, se nos preguntará, dado que la historia estudia también los fenómenos sociales totales aplicándoles una vista de conjunto, ¿no es también tributaria de la dialéctica?, y ¿lo es en el mismo grado? Contestaré que la historia no puede, ciertamente, evitar el apelar a la dialéctica que es el camino que toma el hombre en marcha para captar las totalidades reales en movimiento que, de cerca o de lejos, llevan su sello, incluyendo la misma realidad social. Sin embargo, la historia, si no se deja absorber por una filosofía de la historia que es su peor enemiga, necesita de la dialéctica mucho menos que de la sociología. En efecto, al buscar la singularidad del desarrollo y la continuidad de los pasos, la historia no se encuentra, como la sociología, ante discontinuidades múltiples especialmente acentuadas a fin de ser construidas en los tipos cualitativos de los fenómenos sociales totales, aestructurales, grupales y globales. El pluralismo dialéctico es, pues, esencialmente la característica del método sociológico, de su manera específica de aplicar la toma de vista de conjunto, sin absorber la multiplicidad en la unidad.

3. Empirismo, relativismo y pluralismo dialécticos, que ya hemos ilustrado al pasar este tercer aspecto del método sociológico. Nos limitaremos a agregar un solo ejemplo, el del problema —que también ya hemos evocado a menudo— de las relaciones entre la sociología y las ciencias sociales particulares, problema cuya solución de principio hemos indicado. Sin embargo, no se puede negar el hecho de que, en los diferentes giros de su desarrollo recíproco, sus relaciones han sido muy diversas. Sólo podemos darnos cuenta de la situación real poniendo la sociología y las ciencias sociales particulares primeramente en relación de complementos dialécticos, luego en relación de implicación mutua, más tarde en relación de ambigüedad dialéctica, (cuando se aman tanto que una quisiera absorber a la otra), y también en relación de polarización (cuando se hacen competencia). Así, Durkheim, habiendo exigido la disolución de las ciencias sociales particulares en la sociología y provocado una violenta reacción de éstas, ha logrado, empero, sus fines sin saberlo, pues las ciencias sociales particulares se han "sociologizado" en una forma inmanente, conservando, sin embargo, una autonomía metodológica. La reciprocidad de perspectiva, es decir, la simetría dialéctica, es la tarea que la sociología debe proponerse con respecto a las ciencias sociales particulares, pero que no ha podido aún realizar completamente.

Creemos poseer ahora los elementos esenciales que nos permitirán tratar de dar nuestra propia definición de la sociología. *La sociología es la tipología cualitativa y discontinuista —fundada en la dialéctica— de los fenómenos sociales totales aestructurales, estructurables y estructurados que ella estudia a la vez en todos los planos en profundidad, en todas las escalas y en todos los sectores, a fin de seguir sus movimientos de estructuración, desestructuración, reestructuración y dispersión, hallando su explicación en colaboración con la historia.*

Si se quisiera llegar a una fórmula más breve, se podría decir que la sociología es una ciencia que estudia *los fenómenos sociales totales en el conjunto de sus aspectos y de su movimiento, captándolos en tipos dialectizados microsociales, grupales y globales en tren de hacerse y deshacerse.*

La sección II dará una idea más precisa de esta concepción de la sociología. En cuanto al inventario de los problemas de la sociología y sus ramas principales, corresponde al temario del presente *Tratado.*

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Sólo damos aquí una bibliografía muy reducida concerniente a las discusiones sobre el objeto y el método de la sociología, para evitar, en todo lo posible, la repetición de las indicaciones bibliográficas que se encuentran al final de los capítulos de la sección II, consagrada a los problemas de la sociología general.

Aron (R.). *La sociologie allemande contemporaine* (2ª ed., París, 1950).
Becker (H.) y Boshoff (A.) (editores). *Modern Sociological Theory* (Nueva York, 1957).
Bouglé (C.). *Bilan de la sociologie française contemporaine* (París, 1936).
Dilthey (W.). *Introduction à l'étude des sciences humaines* (trad. francesa, París, 1943).
Durkheim (E.). *Les règles de la méthode sociologique* (9ª ed., París, 1947).
— *Sociologie et philosophie* (París, 2ª ed., 1951).
— *Les formes élémentaires de la vie religieuse* (París, 1912, Introducción y Conclusión).
Durkheim (E.) y Fauconnet (P.). *Sociologie et sciences sociales* (Revue philosophique, mayo 1903).
Dupréel (E.). *Sociologie générale* (París, 1948).
Eubank (E. F.). *The Concepts of Sociology* (Nueva York, 1932).

Gittler (J. B.) (editor). *Review of Sociology* (Analysis of a Decade, Nueva York, 1957).

Gurvitch (G.). *La vocation actuelle de la sociologie* (2ª ed., vol. I, París, 1957, Introducción y Capítulo I).

— *Tres capítulos de historia de la sociología: Comte, Marx y Spencer.* Trad. esp., Galatea - Nueva Visión, Buenos Aires, 1959, 148 p.

— *La crise de l'explication en sociologie* (Cahiers internationaux de sociologie, vol. XXI, 1956).

— *Réflexions sur les rapports entre philosophie et sociologie* (Cahiers internationaux de sociologie, vol. XXII, 1957).

— *Hyper-empirisme dialectique* (Cahiers internationaux de sociologie, vol. XV, 1953).

König (R.), director, *Soziologie* (Francfort, 1958).

Mauss (M.) y Fauconnet (P.). *Sociologie (Grande Encyclopédie française*, t. XXX, París, 1901).

Mauss (M.). *Sociologie et anthropologie* (París, 1950, IIª y IIIª Partes).

— *Civilisation. Le mot et l'idée* (Semaine du Centre de la Synthèse, 1930), (págs 31-106).

Mill (J. S.). *System of Logic* (vol. I, VIª Parte, trad. francesa, París, 1897). *(La logique des sciences morales).*

Parsons (T.). *Elements pour une sociologie de l'action* (trad. francesa, 1955).

Simmel (G.). *Soziologie* (1908).

Sorokin (P.). *Society, Culture and Personality* (Nueva York, 1947).

Weber (M.). *Wirtschaft und Gesellschaft* (Tubingen, 1922).

— *Gesummelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre* (Tubingen, 1922).

Wiese (L. von). *Allgemeine Soziologie* (3ª ed., 1955, vol. I y II).

Znaniecki (F.). *Cultural Sciences* (Urban, 1952).

2

BREVE RESEÑA DE LA HISTORIA DE LA SOCIOLOGÍA

GEORGES GURVITCH, PROFESOR DE LA SORBONA

Esta brevísima reseña tiene un objetivo muy limitado. Sólo se trata aquí de recordar los jalones más sobresalientes del camino accidentado y atormentado que la sociología recorrió desde su fundación. Como algunas de sus repercusiones resuenan todavía en la actualidad, serán ellas las que determinen la elección de estos escasos puntos de referencia. Huelga decir que, en esta rapidísima vista retrospectiva, tomada a vuelo de pájaro, serán únicamente las maneras típicas de plantear los problemas las que retengan nuestra atención. Se sobreentiende asimismo que dejaremos completamente de lado toda la historia de la filosofía social y de las doctrinas políticas, que es tan antigua como el pensamiento humano y contiene implícitamente reflexiones sobre la realidad social y sobre su movimiento. Sea que la "sustancia", la "esencia" y la "naturaleza" de la sociedad se identifiquen con un ideal cuya validez o realización la filosofía social se ocupa de justificar o de predecir transformándose en filosofía de la historia, o que se discuta, como en las doctrinas políticas y sociales, sobre caminos y medios para acelerar dicho acontecimiento o para llegar a él, en los dos casos, sólo se toca indirectamente, "sin reír ni llorar" (Spinoza), la vida social empírica y sus cuadros, en toda su relatividad y variabilidad. Y sólo cuando éstas se convierten en el principal, si no exclusivo objeto de estudio —por la separación de los juicios de realidad y de los juicios de valores— la sociología ve la luz en calidad de ciencia.

Sin embargo, no se puede negar el doble hecho de la aparición de una "presociología" en los filósofos sociales que conceden gran importancia a la observación empírica desinteresada de la realidad social y de la supervivencia de rastros de filosofía de la historia en los fundadores de la sociología (a pesar de todos sus esfuerzos tendientes a suplantar con esta rama autónoma del saber a su desafortunada predecesora). Así, aun en este rapidísimo resumen histórico, es tan imposible pasar en completo silencio al lado de precursores de la sociología como Aristóteles, en la antigüedad, y Hobbes, Spinoza, Leibniz y Montesquieu, en los tiempos modernos, como dejar de señalar en

Saint-Simon, Proudhon, Comte, Marx, Spencer y hasta en Durkheim y Mead, secuelas de una filosofía de la historia que, por otra parte, puede ser aislada de su obra propiamente sociológica.

1. *Los precursores*

En *Ética a Nicómaco, La Política* y *La Constitución de los Atenienses* (la única que se conserva de su serie de descripciones de 158 ciudades griegas y extranjeras), Aristóteles (385-322 a. C.), al buscar las entelequias en el ser real en que actúan (pues ellas son, para él, a la vez las causas finales y las causas eficientes), se ve llevado, en lo que concierne al hombre *(zoon politicon),* a estudiar las conductas efectivas, tanto individuales como colectivas. Encuentra así la realidad social que en él se presenta bajo el cuádruple aspecto de *filia* (la sociabilidad o solidaridad), *coinonia* (los grupos particulares), *Politeia* (el Estado, identificado por él con la sociedad global que es el coronamiento de los grupos) y *nomos* (el conjunto de las reglas de conducta social que comprende los hábitos, las prácticas, los usos, las costumbres, el derecho de diferentes géneros y la moral; en una palabra, lo que, en los países anglosajones, se llama actualmente "controles sociales").

La traducción del término *filia* como "amistad" ha perjudicado mucho a la comprensión de las ideas sociológicas de Aristóteles. Hay, según él, una multiplicidad de especies de *filia;* ella puede fundarse lo mismo en el amor, en el placer o en el interés, estar relacionada con el parentesco, el civismo, la participación en una cofradía o cualquier otra asociación voluntaria, o significar la simple amistad pasajera o duradera. La *filia* prevalece sobre el *nomos,* del cual es la fuente profunda, y la *coinonia* puede comprender varios géneros de *filia,* aunque imponga a veces un género particular de ella. Del mismo modo, Aristóteles distingue varias especies de agrupamientos: la familia conyugal y doméstica que es al mismo tiempo una empresa económica, los pueblos, las ciudades, las asociaciones voluntarias y, por último, el Estado, idéntico para él al conjunto de la sociedad. Esta última es la *coinonia politike* a la cual se superpone el aparato organizado —el régimen político o forma de gobierno. Los regímenes son todos "relativamente buenos" en la medida en que se adaptan a las situaciones variables en la *coinonia;* estas últimas conciernen a la densidad demográfica, a las diversas industrias y actividades económicas incluyendo los intercambios y los medios monetarios y, en fin, a la distribución de las riquezas entre los estratos y el número de esos estratos. Como los equilibrios entre esos factores son extremadamente móviles, la relatividad de las formas gubernamentales es muy grande. Evidentemente, Aristóteles busca con preferencia las formas perfectas y estables de la *filia,* de la *coinonia,* del *nomos,* de la sociedad global y del régimen político, siempre fundado en el "justo medio" y presupone un orden preestablecido entre esos elementos;

allí es donde sus vistas sociológicas profundas se encuentran limitadas por su metafísica dogmática. Queda, sin embargo, el hecho de que, a pesar de ese finalismo, Aristóteles ha entrevisto algunos problemas fundamentales de la sociología.

Entre Aristóteles y Montesquieu se sitúa la "física social" de Hobbes (1588-1679) y Spinoza (1632-1677), que reemplazaba las entelequias por las fuerzas mecánicas, cuya combinación debía explicar los fenómenos sociales, como también todos los otros fenómenos. Sin embargo, guiados por su riguroso racionalismo y tratando, por intermedio del *contrato* y de la *obligación,* de integrar las fuerzas individuales en una fuerza colectiva, uno y otro han tratado de evitar las consecuencias del naturalismo y del atomismo que amenazaban llevarlos a un individualismo extremo. El entrechocar de los individuos-átomos y sus fuerzas *(bellum omnia contra omnes),* al entrar en contradicción con la tendencia a la conservación, los lleva a seguir su razón; ésta exige que se pongan de acuerdo para concentrar sus fuerzas particulares en una fuerza colectiva predominante, la de la sociedad idéntica al Estado, cuyo poder público garantiza el orden y la paz. Mientras Hobbes sólo introducía las exigencias de la razón para llegar a la constitución de una fuerza predominante y aplastante, Spinoza, por el contrario, considerando que la razón humana era ella misma una fuerza, emparentada, por otra parte, con la razón infinita de Dios, concluía que ella impedía al poder social actuar mecánicamente, penetrándolo por una parte y deteniéndolo por la otra en virtud de la invencibilidad de la conciencia individual. Sin embargo, ambos partidarios de un derecho natural individualista, luego de haber transformado la sociedad identificada con el Estado en un Individuo agrandado que se proyecta fuera de la totalidad concreta de sus miembros, llegaban a doctrinas políticas opuestas (absolutista en Hobbes y democrático-liberal en Spinoza), basadas en sus metafísicas dogmáticas. Sin embargo, Spinoza, más sociólogo que Hobbes, ha ofrecido un análisis incomparablemente más sutil de la variación de las combinaciones de fuerzas cualitativamente diversas que constituye la trama de los varios tipos de sociedades-estados. Por lo tanto, lo que Comte ha dicho de Hobbes —"que ha señalado los primeros gérmenes tan mal conocidos de la verdadera ciencia social" *(Cours de philosophie positive,* vol. VI, 57a. lección)— estaría más justificado si se aplicara a Spinoza.

Montesquieu (1689-1755), en su célebre obra *El espíritu de las leyes* o *De la relación que las leyes deben tener con la constitución de cada gobierno, las costumbres, el clima, la población, la religión, el comercio,* etc. (1748), ha tratado de sintetizar la rica herencia de Aristóteles con las enseñanzas de la "física social", especialmente en la forma que le había dado Spinoza. El título de su obra implica un triple significado; Montesquieu se propone, en efecto: a) buscar bajo la corteza de las leyes establecidas por el legislador, "las costumbres y las maneras que son instituciones de la nación en general", la "naturaleza del gobierno" —"lo que lo hace ser tal" y "su principio"— "lo que lo hace actuar", o mejor, la trama variable de la sociedad subyacente y "el espíritu general que de ella resulta"; b) establecer "leyes" —"las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas"— que explicarían la génesis, no sólo de las diferentes reglamentaciones jurídicas, costumbres y gobiernos, sino también de los tipos de sociedades, de su espíritu general y de los principios (significados) que los inspiran; c) mostrar que esas "leyes", dependientes de una multiplicidad de factores variables, están limitadas a situaciones particulares y sólo representan regularidades tendenciales, permaneciendo constante únicamente la tendencia de toda institución, de todo régimen, de todo poder, como también de todo hombre, a errar y a pervertirse.

"Varias cosas gobiernan a los hombres: el clima, la religión, las leyes, las máximas del gobierno, los ejemplos de las cosas pasadas y las costumbres, de todo lo cual resulta un espíritu general". Entre esos factores heterogéneos no se puede establecer ninguna jerarquía porque todos son equivalentes y su importancia depende del conjunto de la sociedad en cuestión. "Siendo relativas a la configuración del país; al clima, glacial, ardiente o templado; a la calidad del terreno, a su situación, a su tamaño; al género de vida de los pueblos, labriegos, cazadores o pastores; al grado de libertad que tolera la constitución; a la religión de los habitantes; a sus inclinaciones; a su riqueza; a su número; a su comercio; a sus costumbres, a sus maneras...", las llamadas "leyes" varían conjuntamente con todos esos elementos. Hasta la moralidad cambia según el cuadro social. "Las religiones de los países cálidos son indulgentes con la lujuria; las de los países fríos con la ebriedad." La "virtud" (probidad y espíritu de sacrificio) corresponde al régimen republicano, el "honor" al régimen monárquico y el "temor" al régimen despótico.

El relativismo y el empirismo sociológicos de Montesquieu son infinitamente más consecuentes que los de sus predecesores. Montesquieu se opone tanto al finalismo como al racionalismo; limita toda generalización. "Dice lo que es y no lo que debe ser" y "no justifica los usos sino que los explica", avanzando hacia la observación y el estudio comparativo. La importancia que acuerda a los "principios" que inspiran las conductas, los regímenes, las instituciones, el recurso al "espíritu general" (es decir, a las obras culturales) y a la mentalidad colectiva, lo liberan de la tendencia naturalista. Sin embargo, Montesquieu no sólo no logra fijar límites al objeto y al método de la sociología, sino que tampoco logra evitar la identificación entre Estado y Sociedad, así como tampoco deducir el liberalismo individualista (que es su ideal) de sus ricas comprobaciones de hechos. Todo eso no impide que su orientación sociológica revele ciertas consonancias muy modernas.

Algunos decenios antes que Montesquieu, el genial filósofo alemán Leibniz (1647-1716) —beneficiario de la herencia intelectual del jurista holandés Hugo Grotius (1583-1645)— consiguió debilitar grandemente ese prejuicio que Aristóteles no había logrado eliminar: que la sociedad global es idéntica al Estado. Además, en su importante opúsculo *Divisio Societatum,* puso de relieve que la sociedad es un macrocosmos de grupos múltiples, a menudo equivalentes, cuya jerarquía es variable y en la cual el grupo político no ocupa ningún lugar privilegiado resultante de su naturaleza. Los discípulos de Leibniz —Nettelbladt, en primer lugar—, simplificando sus ideas, opusieron el *regimen societatis* o bloque de grupos de actividad varia, preferentemente económica, al *regimen civitatis* o bloque de grupos locales que culmina en el Estado. Éste fue el origen de la oposición entre la sociedad civil y económica *(bürgerliche Gesellschaft)* y el Estado. Formulada por primera vez por el historiador y estadístico alemán A. L. Schlötzer, esta oposición ha sido objeto de meditación para gran número de pensadores alemanes, franceses y británicos durante la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX.

En Alemania, fue J. G. Fichte (1762-1814) quien predijo por primera vez la desaparición inminente del Estado, disuelto en la Sociedad. Su discípulo Krause (1781-1832), en una obra netamente orientada hacia un pluralismo sociológico, *Imagen de la Humanidad* (1811), describió el complicado engranaje de los "agrupamientos de fondo" y de los "agrupamientos de objeto limitado", de los que forma parte el Estado; insistió en la idea de que la sociedad global no podía manifestarse completamente en ninguno de esos agrupamientos (de donde sacaba en conclusión, de una manera dogmática, un ideal federalista válido para todos los tiempos y para todos los lugares). Como reacción contra estos dos pensadores, Hegel (1770-1831), volviendo a la tradición, creyó poder sobrepasar la antítesis entre la "familia" y la "sociedad civil" en el Estado. En Inglaterra, A. Ferguson (1723-1816) publicó un *Ensayo de historia de la sociedad civil* (1767), mientras que en Francia, inspirados por la doble influencia de Malebranche y Leibniz, los economistas-fisiócratas Quesnay (1694-1774), Le Trosne, Dupont de Nemours y Mercier de La Rivière (cuya contribución a la presociología se ignora habitualmente) insistieron mucho antes que Saint-Simon, Proudhon y Marx sobre la preponderancia de la sociedad económica sobre el Estado; esos autores concebían la primera como un "orden fundamental y esencial" cuya marcha el Estado es incapaz de modificar; sin embargo, reducían en una forma arbitraria la actividad de la sociedad a la producción agraria y no evitaban ni su idealización ni su inmovilización, lo cual limitaba grandemente su orientación sociológica.

Al hablar de la presociología, podríamos asimismo detenernos en la economía política clásica, particularmente en Adam Smith (1723-1790). A pesar de la condena justificada que sociólogos tan diferentes como Comte y Marx han lanzado contra la "ceguera doctrinal de la metafísica económica", la abstracción del *homo oeconomicus* y el "perpetuismo" del cuadro social en el cual los economistas clásicos los encerraban, A. Smith ha logrado una descripción sociológica parcialmente válida, al menos para el cuadro del capitalismo competitivo;

se podría, asimismo, señalar el contenido sociológico de los análisis de Malthus (1766-1834) —fundador de la demografía— y de Quetelet (1796-1875) —el notable protagonista de la estadística social. Pero como las relaciones entre esas disciplinas y la sociología serán discutidas en otros capítulos de este *Tratado,* nos limitamos aquí a mencionar estos nombres.

2. *Los fundadores*

El hecho de que el padre espiritual de la sociología contemporánea sea más bien Saint-Simon (1760-1825) que Comte ha sido claramente destacado por Durkheim, a pesar de las afinidades personales que lo inclinaban con preferencia hacia el último. En su curso sobre *Le socialisme* (póstumo, 1927), Durkheim escribe de manera llamativa: "Saint-Simon no solamente ha trazado el plan de esta nueva ciencia (la sociología); ha tratado de realizarlo. Se encuentran en Saint-Simon los gérmenes ya desarrollados de todas las ideas que han alimentado la reflexión de nuestra época". Por lo demás, Durkheim toma conscientemente de Saint-Simon el término "fisiología social": "maneras de hacer de la sociedad". Para Saint-Simon, la "fisiología social" era idéntica a la sociología como estudio de la "sociedad en acción"; era "la ciencia de la libertad" (*Industrie,* III Parte, 1818). Este autor trata de la sociología, sobre todo en *Essai sur l'organisation sociale* (1804), *L'histoire de l'homme* (1810), la *Mémoire sur la science de l'homme* (1813), *L'organisateur* (1819-1820) y *Le sistème industriel;* lo que es la realidad social, la relación material entre producción material y producción espiritual, las fases "militar" e "industrial", las épocas "críticas", la disolución futura del Estado en la Sociedad económica y finalmente las clases sociales. Para Saint-Simon, la sociedad es un "vasto taller" "que está llamado a dominar no a los individuos, sino a la naturaleza". "La reunión de los hombres constituye un verdadero ser", pero este ser es esfuerzo, a la vez colectivo e individual, y su "capacidad en espiritualismo y materialismo es igual". Dado que el esfuerzo humano es simultáneamente espiritual y material, estos dos aspectos están inseparablemente ligados en la vida de las sociedades. Es por eso que Saint-Simon puede afirmar a la vez "que no hay sociedades sin ideas comunes y que la moral es el vínculo necesario de la sociedad" y que "es en la industria donde residen, en último análisis, todas las fuerzas reales de la sociedad". La producción material transforma la propiedad (por ejemplo, "la propiedad industrial, distinta, independiente y pronto rival de la propiedad territorial"); ahora bien, "la forma del gobierno no es más que una forma y la constitución de la propiedad es el fondo; por lo tanto, esta constitución es la que sirve de base al edificio social". Sin embargo, la producción espiritual y la producción material se confunden y no son sino abstracciones una de otra. "Todo régimen social es la aplicación de un sistema filosófico y es por consiguiente imposible instituir un nuevo régimen sin haber establecido antes un nuevo sistema filosófico al cual debe corresponder". Al leer estos textos comprobamos que Saint-Simon sólo ve en la economía, en la vida moral y en la vida intelectual aspectos de una actividad colectiva total; lo que le interesa es la correspondencia entre estructura social, producción económica, propiedad, régimen político, ideas intelectuales y morales, así como sus posibles conflictos. "En todos los tiempos y en todos los pueblos, hallamos una correspondencia entre las instituciones sociales y las ideas". Así, aparece planteado el problema de la sociología del conocimiento; por ejemplo, a los regímenes militares (conquista, esclavitud, servidumbre y agricultura) corresponde el conocimiento teológico, y a los regímenes industriales, el conocimiento técnico del cual el conocimiento científico no es más que un sucedáneo.

Según Saint-Simon, la relación entre Estado y Sociedad económica depende del carácter de esta última. El Estado es indispensable para gobernar la sociedad económica, tanto en el tipo militar como en la "época crítica" (prolongada por los legistas y los metafísicos) en que, a pesar de su impulso, la industria permanece en estado anárquico, sin organizarse efectivamente. Al contrario, el debilitamiento del Estado se impone cuando los "productores" (trabajadores e industriales) llegan a la administración de la industria: cuando "la administración de las cosas reemplaza al gobierno de las personas". El sociólogo se interesará menos por esta predicción utópica de la disolución del Estado en la Sociedad económica que en su doble implicación sociológica. Saint-Simon ve en el Estado una manifestación de la dominación de una clase sobre las otras y en esta ocasión, de la clase menos productiva y más ociosa: primeramente la clase militar, y luego, la de los "legistas y metafísicos", y por último, la de los "burgueses" —rentistas y propietarios ociosos de los capitales y los medios de producción. A estas clases se opone la clase de los "productores" que comprende los patronos industriales, los comerciantes, los cultivadores, los jefes de trabajos y los obreros, y que luego se restringe dando la preferencia a los trabajadores, "a la clase más numerosa y más pobre" y hasta, más exactamente, a los "proletarios". Si en la *Industrie* y en el *Organisateur,* Saint-Simon, bajo el término de "productores" comprende sobre todo a los patronos, por el contrario, en *Le système industriel* (1821), piensa preferentemente en "la clase que no tiene otros medios de existencia que el trabajo de sus brazos". Por otra parte, en un fragmento inédito, colocado a justo título por los editores de las *Obras de Saint-Simon y Enfantin* (1868-1876, vol. X, págs. 107-172) inmediatamente después del *Catechisme des industriels* (1823-1824), leemos: "Estando la clase de los proletarios tan adelantada en civilización fundamental como la de los propietarios, la ley debe clasificarlos como socios" (págs. 125 y sig.). No parece que esa clase comprendiera a los patrones y los jefes de industria, aunque Saint-Simon parece continuar creyendo que no existe antinomia entre estas clases...

La otra implicación sociológica de la muy discutible predicción de la desaparición del Estado, es la oposición del estrato organizado y que se ha tornado rígido de la realidad social a las fuerzas espontáneas de esta última, que lo sumergen y lo hacen estallar. Particularmente tiene este significado la famosa "parábola" contenida en el *Organizador* (1819-1820), la cual comprueba que la súbita desaparición, en una noche, del aparato gubernamental no produciría ningún trastorno en la sociedad global y no sería quizás notada inmediatamente.

Las limitaciones y las dificultades que encuentra la sociología de Saint-Simon tienen una doble base: a) el panteísmo latente que conduce a una armonía optimista y monista, la que resuelve demasiado fácil y rápidamente los conflictos y las antinomias entrevistos en la realidad social: entre las clases, entre el Estado y la Sociedad, entre el Amor y el Derecho y entre la Tecnocracia y el Humanismo; b) la confusión entre la Sociología ("Ciencia del Hombre" o "Fisiología Social") y la filosofía de la historia que anuncia el advenimiento del "período orgánico" en que "la pirámide social" se establece por sí misma y en el cual no surge ya conflicto alguno.

En forma paradójica, la sociología de Proudhon (1805-1865) —eslabón intermedio entre la de Saint-Simon y la de Marx— fue a la vez más realista y más dogmática. Más realista, porque, para él, la "ciencia social" —término con el cual designa la sociología a la cual subordina todas las ciencias del hombre, incluso la Economía política y la Historia— no tiene más objeto que revelar las antinomias sociales siempre nuevas que surgen en la sociedad, caracterizada por un pluralismo inextricable de los grupos y de las clases que se enfrentan, por una multiplicidad de sus aspectos que se entremezclan en diferentes grados y por una perpetua transformación de sus manifestaciones (división y organización del trabajo, formas de la propiedad, del Estado, del poder, del Derecho, etc.). Proudhon, es más utopista, no obstante su lucha contra la filosofía de la historia y su rechazo de las teorías corrientes del progreso en provecho del esfuerzo colectivo que renueva constantemente (revoluciones permanentes) y no está nunca seguro del éxito. Lo es porque cree "en la reconciliación universal por la contradicción universal", en el papel predominante de las ideas en la realidad social (elemento platónico), en particular en la idea de justicia, "ese astro central" en torno al cual gira la vida social, y en los equilibrios estables que permiten pasar del pluralismo social como hecho al pluralismo social como ideal.

Antes de precisar lo que corresponde al activo o al pasivo en la sociología de Proudhon —cuyas etapas principales podemos seguir desde su primera memoria *Qué es la propiedad* (1840), pasando por *La creación del orden en la humanidad* (1843), *El sistema de las contradicciones económicas* (1846, vols. I y II), *La idea general de la revolución en el siglo XIX* (1851), *La filosofía del progreso* (1851), *De la justicia en la Revolución y en la Iglesia* (1858, vols. I, II y III; particularmente los Estudios IV, V y IX: *El Estado, El trabajo y Progreso y decadencia*), *La guerra y la paz* (1861), *La capacidad política de la clase obrera* (1865) y *La teoría de la propiedad* (1860)—

citaremos algunas definiciones que Proudhon propone de esta ciencia: "La ciencia social es el conocimiento razonado y sistemático... de lo que es (la sociedad)... en toda su vida..., en todos sus principios y en la integridad de su existencia" (*Contr. ec.*, vol. I). Para el representante de esta ciencia, "la sociedad es un ser viviente dotado de inteligencia y actividad propias, regidas por leyes especiales que sólo la observación descubre" *(ibíd.)*. "He aquí que se nos muestra una ciencia en la cual nada nos es dado *a priori*, ni por la experiencia ni por la razón; una ciencia en la que la humanidad saca todo de sí misma, números y fenómenos..., hechos e ideas... Después de haber producido la razón y la experiencia social, la humanidad procede a la construcción de la ciencia social" que estudia "la creación (humana) misma, tomada, por así decirlo, en el acto mismo de crear" (*Contr. ec.*, vol. II). Aquí, "el materialismo y el idealismo son igualmente inadmisibles" *(ibíd.)*. Por otra parte, "¿queréis conocer al hombre? Estudiad la sociedad. ¿Queréis conocer la sociedad? Estudiad al hombre. El hombre y la sociedad se sirven recíprocamente de sujeto y objeto; el paralelismo, la sinonimia... es completa" *(ibíd.)*[1].

No disponemos de lugar suficiente para detallar el desarrollo de la sociología proudhoniana. Procederemos por simple enumeración de su contenido así como de las dificultades. El contenido consiste en los siguientes puntos: 1) la realidad social comporta varios aspectos o planos; es multiforme y pluridimensional. Implica las "fuerzas colectivas", la "razón colectiva", la "idea de justicia" frecuentemente en lucha con el "ideal" (afectivo), el derecho, y más ampliamente las reglamentaciones sociales (los signos, reglas, símbolos, etc.); en fin, el esfuerzo colectivo voluntario, del cual el trabajo es una manifestación; 2) esta realidad social es, en su conjunto, esfuerzo, acción, trabajo, competencia y lucha de los grupos y de las clases, que culmina en guerras y revoluciones; estas últimas son capaces de transformar la acción militar en batallas por el dominio de las fuerzas de la naturaleza; 3) la espontaneidad colectiva representa un papel esencial en el engranaje social; sin ella no podrían funcionar las fuerzas colectivas, la razón colectiva, la justicia, las reglamentaciones sociales, ni el esfuerzo colectivo; 4) existe en cada sociedad una multiplicidad de grupos y clases que posee una realidad efectiva. El pluralismo sociológico se impone por los hechos; 5) las revoluciones sucesivas y casi permanentes son necesarias para promover la justicia y la razón que son esencialmente colectivas. Esta promoción no tiene nada de automático y está ligada al esfuerzo colectivo libre. La regresión y la decadencia acechan por todas partes a la sociedad y al hombre si ellos no renuevan constantemente su esfuerzo. La regresión es, sociológicamente, tan real como el progreso; 6) mientras el trabajo permanece ajeno, las fuerzas colectivas y el poder económico y político son acaparados por las clases poseedoras, instaurando, en la época capitalista, un "feudalismo industrial"; 7) las ideas, la razón colectiva (tanto como la individual) y la justicia, están ligadas a la acción y al trabajo y tienen tendencia a "retornar a la acción". Cuando este contacto se pierde y no se realiza en la lucha, el esfuerzo y la creación colectivos, las ideas y la razón degeneran y no son más que sombras; 8) por una dialéctica de las contradicciones que no se resuelven, pero incitan a experiencias siempre renovadas y a esfuerzos y luchas siempre recomenzados, la sociología puede estudiarse mejor. La "ciencia social", es decir, la sociología, tiene como base metodológica la dialéctica negativa.

---

[1] Se observa que PROUDHON no ha tenido necesidad de esperar a Th. Sitt para insistir sobre la "reciprocidad de perspectiva" entre lo colectivo y lo individual.

Las principales dificultades del pensamiento sociológico de Proudhon, algunas de las cuales han sido expuestas por Marx, no sin exageración, tienen su origen en: 1) su dogmatismo inconsciente en cuanto a la jerarquía de los planos de la realidad social. Para él, la idea de justicia está siempre en la cima de dicha jerarquía y no sufre limitaciones más que por parte del ideal afectivo; viene después la razón o conciencia colectiva; luego, el derecho que sirve de intermediario con relación a las "fuerzas colectivas"; después de él las otras reglamentaciones sociales, entre ellas la religión que sólo es una autodivinización de la sociedad (concepción que ha podido influir en Durkheim); finalmente, el esfuerzo que se manifiesta en el trabajo, las fuerzas colectivas, terminan la serie. El hecho de que esta jerarquía pueda invertirse en algunos tipos de sociedades, por ejemplo, en la democracia industrial del mañana, es a lo que Proudhon parece hacer alusión por su pragmatismo laborista, pero sin poner suficientemente de relieve la relatividad y las diferentes variaciones de esta escala; 2 la preeminencia del derecho sobre las demás reglamentaciones sociales y la de la justicia sobre los otros valores positivos pecan por el mismo dogmatismo; 3) la indecisión con respecto a las relaciones entre grupos y clases sociales: cuando las clases sociales se constituyen, ¿engloban todos los otros grupos? ¿La sociedad va a terminar en el equilibrio de ciertas clases (antiguas, tales como los obreros y los campesinos, o nuevas, todavía en formación) o bien en la eliminación de todas ellas, conservando, sin embargo, la multiplicidad de los grupos? 4) en el sentido exacto que debe atribuirse al término "revolución" en los diferentes tipos de "estructuras sociales": ¿qué hay que entender, en particular, por "revolución social"? 5) la oscilación entre pragmatismo, racionalismo atemperado ("ideal-realismo") y realismo humanista, la cual, al no llegar a ningún resultado claro, produce en la sociología proudhoniana, oscilaciones entre empirismo y utopismo; 6) la falta de distinción entre pluralismo como hecho, como técnica y como ideal, lo que conduce a Proudhon a una falta de análisis en cuanto a los medios de llegar a los equilibrios sociales que lo atraen; 7) porque se esfuerza por equilibrar elementos contradictorios y por conservarse ascendente y apologética, la dialéctica proudhoniana, no obstante su carácter negativista, no logra vencer al dogmatismo.

Karl Marx (1818-1883) salió de un sansimonismo hegelianizado (llamado en forma bastante imprecisa "hegelianismo de izquierda"). Su sociología es mucho más potente que la de sus predecesores, pero él no habría podido desarrollarla si no se hubiera apoyado a la vez en Saint-Simon, Proudhon y Feuerbach. Si bien no es dudoso que Marx ha sido por igual economista, filósofo, historiador y doctrinario político-social, ninguno de los aspectos de su obra, considerados separadamente, o aun simplemente combinados, hacen justicia suficiente a la originalidad y a la particularidad de su pensamiento. Pues el aspecto principal, fundamental, de éste, es la sociología: la integración de las manifestaciones parciales de la realidad social en "cuadros totales" cuya explicación hay que buscar en los confines de la historia y del análisis estructural. Así, su dialéctica sólo era un medio para llegar a una sociología no dogmática. Esto se manifiesta en particular en la eliminación de la falsa alternativa entre individuo y sociedad ("el hombre total" y "la sociedad total", solamente son dos direcciones de la misma totalidad) y en la descripción de los diferentes grados de las tensiones y las implicaciones mutuas, entre las infra y las supraestructuras o planos de la realidad social; los demás aspectos de la dialéctica —dialéctica de las alienaciones, de las contradicciones económicas, de las luchas de clase y de las revoluciones— conducen, igualmente, de retorno a la sociología; únicamente la dialéctica histórica, en la cual se confunden, en Marx, la ciencia de la historia y la filosofía de la historia, es aparentemente una excepción. Sin embargo, sus obras históricas sólo fueron una búsqueda de materiales concretos para su sociología y un esfuerzo para hacer que en la explicación colaboraran la sociología y la historia. La originalidad de los análisis económicos de Marx reside en el hecho de que este autor desarrolla por primera vez una sociología económica que él opone a la economía clásica, integrando la actividad económica en el fenómeno total de la sociedad; es la sociología económica de un solo tipo de estructura global, el del capitalismo competitivo, el cual absorbe, por otra parte, toda su atención. La teoría de la ideología (cuyos sentidos son múltiples y en su mayor parte ligados a la "alienación" entendida como "desrealización" —*Entwirklichung*— y "pérdida en la proyección" —*Entfremdung*—) presenta, bajo la forma que Marx le ha dado, aspectos muy discutibles. Pero ella ha abierto, sin embargo, el camino a esa parte de la sociología llamada hoy sociología del conocimiento. Finalmente, ciertos sentidos del concepto de alienación, tales como, a) medida de la objetivación de lo social *(Vergegenständligung);* b) medida de la autonomía de lo social *(Verselbständligung);* c) exteriorización más o menos cristalizada de lo social *(Entäusserung),* y d) medida de su trascendencia *(Veräusserung),* tienen un alcance sociológico preciso si se los considera fuera de sus aplicaciones políticas, más bien utópicas, ligadas a la idea de la "liberación total" del hombre y de la humanidad, "reconciliados definitivamente consigo mismos". Se trata de grados de expresión (obras), de cristalización, de estructuración, de organización y de trascendencia de diversas manifestaciones de la realidad social, las cuales pueden entrar en conflicto con los actos colectivos que son la base de la misma y con los elementos espontáneos de la sociedad; esto explicaría la ruptura posible de la reciprocidad de perspectivas entre lo colectivo y lo individual y las diferentes formas de esclavitud que amenazan tanto a las sociedades, a las clases y a los grupos como a los individuos.

Conviene rechazar con energía la negación —a veces formulada— de la posibilidad de la sociología marxista, ya sea que esta negación se base en la enunciación de la *praxis,* implicando la imposibilidad de oponer la ciencia a la acción en el campo de lo social, o que invoque la tesis según la cual el marxismo no es más que una "explicación de la historia". Los primeros sociólogos creyeron todos —cada uno a su manera— en la identidad de lo teórico y lo práctico o, como decía Comte, en "la unidad de lo especulativo y lo activo". En esto, Marx no fue una excepción. El desencanto vino mucho más tarde, cuando la sociología hubo logrado, primeramente, liberarse de la confusión con la filosofía de la historia y luego, por intermedio de la sociología del conocimiento plantear el problema de la relatividad de los "coeficientes humanos" en sociología. En cuanto a las relaciones entre sociología e historia, estas dos ciencias no tienen enemigo peor que la filosofía de la historia. Pero, hasta tanto las dos consigan liberarse de esta última, una dialéctica se instala entre ellas: si la explicación dada por la historia es más sólida, está fundada en encadenamientos irrepetibles y los cuadros elaborados por la sociología no pueden servir de base a fórmulas que serían comparables a llaves que abren todas las puertas...

Nos falta espacio para seguir los matices del desarrollo de la sociología de Marx desde sus obras de juventud, tales, particularmente, como *Economía política y filosofía* (1843-1844) y *La ideología alemana* (1845-1846), pasando por el período intermedio de *La miseria de la filosofía* (1847), *La lucha de clases en Francia* (1850) y *El 18 de brumario de Luis Bonaparte* (1852), para llegar a *La crítica de la economía política* (1859), *El capital* (1er. vol. 1867; 2º vol., publicado por Engels en 1885; 3er. vol., publicado por el mismo autor en 1894), *La guerra civil en Francia* (1871) y *La crítica del programa de Gotha* (1882).

Nos limitaremos aquí a algunas citas: "La vida social es esencialmente práctica". "Lo que (los hombres) son coincide con su producción, tanto por lo que producen como por la manera en que producen". Sin embargo, esta producción, o como dice más frecuentemente Marx, "las fuerzas productivas", no se reducen en modo alguno a las fuerzas materiales o instrumentos, ni, más ampliamente, a la producción económica. A semejanza de Saint-Simon, Marx habla igualmente, en sus primeras obras, de la "producción espiritual", la cual está, por otra parte, implicada en la "actividad material". "Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etcétera, pero se trata de los hombres reales." La conciencia, que está "determinada por la vida" y, como dirá más tarde Marx, por el "ser social", forma, sin embargo, parte, al igual que las obras culturales, de las "fuerzas productivas", si se toma este término en un sentido suficientemente amplio. Lo mismo ocurre con los grupos, las clases, las estructuras y las organizaciones sociales, habitualmente designadas por Marx como "relaciones de producción" ("las relaciones de producción, en conjunto, forman lo que llamamos la sociedad"; *Lohnarbeit und Kapital,* póstumo), las cuales pueden, en ciertas condiciones, entrar en conflicto con las "fuerzas productivas". En otras condiciones, esas "relaciones sociales", en su calidad de "modos de acción común, son ellas mismas fuerzas productivas". En particular, "de todos los instrumentos de producción, el mayor poder productivo es la misma clase revolucionaria" *(Miseria de la filosofía).* En *La ideología alemana,* Marx distingue netamente cuatro planos de realidad social en relaciones dialécticas complementarias, de implicación y de posible polarización: a) las fuerzas productivas materiales; b) los cuadros sociales ("relaciones de producción" o "estructuras sociales", entre ellos las "clases sociales"); c) la "conciencia real", a la vez colectiva e individual, incluidas sus obras culturales (lenguaje, derecho, saber, arte, etc.), y d) la ideología o deformaciones partidarias del plano precedente, ligadas frecuentemente a la "alienación" entendida como "desrealización" y "pérdida en la proyección". En la *Introducción a la economía política,* Marx no distingue sino la infraestructura económica —la base real— y la superestructura ideológica, pero incluye en la primera, a la vez, las fuerzas productivas, las relaciones de producción y el conocimiento no ideológico (tales las ciencias naturales, la técnica y la sociología marxista) y, en la segunda incluye el lenguaje, el derecho, la moral, el arte, el conocimiento de las ciencias humanas (a causa de su carácter comprometido); en una palabra, la mayor parte de las obras culturales, al lado de sus deformaciones utópicas, mitológicas y partidarias. Esta simplificación no implica, sin embargo, ningún progreso, pues la "infraestructura económica" toma el sentido del conjunto de la sociedad y la "superestructura ideológica", el de una gran porción de sus obras culturales, encontrándose las dos, por otra parte, en una dialéctica de "reciprocidad de las influencias" como lo ha recordado Engels en su carta a Starkenburg (1896).

La sociología de las clases sociales (muy complejas y muy matizadas en Marx) presupone, además del papel representado en la producción, la circulación y la distribución de las riquezas, la participación en los antagonismos sociales que se manifiestan en la lucha por el poder político y la "toma de conciencia de clase", en fin, la afirmación de la clase como totalidad. Al dejar abierta la cuestión concerniente al número de clases y a los tipos de sociedades en que aparecen, lo mismo que al señalar los conflictos entre las "fracciones" de una misma clase y los signos anunciadores de la posible formación de la clase tecno-burocrática (supervisores, directores, altos funcionarios, etc.), Marx ha legado a la sociología un problema muy importante que, junto a los de la sociología económica, a los de la sociología de las revoluciones y a los de la sociología del conocimiento, debe ser tratado y profundizado.

Las dificultades de la sociología de Marx residen, por una parte, en la multiplicidad de sentidos de conceptos tan importantes como "fuerzas productivas", "alienación" e "ideología" y, por otra parte, en la falta de una elaboración suficiente de la teoría de las clases sociales, así como de la del determinismo sociológico y sus límites. A esto se añade la ausencia de un relativismo suficientemente desarrollado que demuestre que la primacía de las fuerzas materiales y, más ampliamente, de "la económica", no es en sí más que la característica del tipo capitalista de la sociedad. Esto mismo es verdad con respecto a las clases que no parecen desempeñar un papel más que en las sociedades industrializadas. Es de lamentar, asimismo, la tendencia de Marx a reducir el número de los planos de profundidad de la realidad social y, sobre todo, el desconocimiento del hecho de que la jerarquía de estos últimos es esencialmente variable según los tipos de los cuadros sociales parciales y globales. Se ha de señalar la vacilación ante el reconocimiento de la indeterminación en el interior de los tipos de las sociedades globales, indeterminación mucho mayor de lo que Marx quiere admitir, en especial cuando analiza el resultado (el único posible, según él) de la descomposición del capitalismo; en realidad, éste puede ser reemplazado por estructuras sociales diferentes (por ejemplo, por el comunismo, por la tecnocracia, por el colectivismo descentralizador y pluralista, etc.). Esto está ligado al elemento ascendente y apologético de su dialéctica que Marx no ha conseguido vencer y que está vinculado a su filosofía de la historia, a la que todo su realismo no alcanza a eliminar. Finalmente, la predicción de la "desalienación" total, de la disolución de las clases sociales, de la desaparición del Estado y de toda ideología no tiene nada de sociológico. Sólo es una profecía que, como todas las profecías, no es más que la afirmación de un ideal preconcebido, el cual no proviene en modo alguno de un análisis científico, sino que deriva de una utopía escatológica.

Augusto Comte (1798-1857) comienza designando la sociología como "física social", tomando el término de Hobbes (*Curso de filosofía positiva,* vols. I-III, 1832-1839); inventa el término "sociología" a partir del IV volumen del *Curso* (1840) y consagra a ésta el VI volumen (1842). Comte se inspira en de Bonald (1754-1840), en de Maistre (1754-1821) y en Bossuet (1627-1704); combina estas influencias con las de Condorcet (1734-1794), Montesquieu y, muy particularmente, de Saint-Simon, del cual fue secretario durante algunos años. Si bien sus obras ulteriores, *Discurso sobre el conjunto del positivismo* (1848), *Sistema de política positiva* (1852-1854), en tres volúmenes, *Catecismo positivista* (1852) y *Síntesis subjetiva* (1856), ponen de relieve otras fases de su pensamiento, no presentan por ello ninguna ruptura de continuidad con su *Curso,* contrariamente a lo que pretenden Mill y Littré, admiradores de esta última obra. Como "ciencia de las ciencias", la sociología sólo separa previamente "la ciencia y el arte"; de allí la fórmula preliminar de la segunda lección del *Curso* (vol. I): "ciencia, por lo tanto previsión, previsión, por lo tanto acción". A partir de la lección 50 (vol. IV), Comte comprueba que las ciencias han tenido su origen en las artes y la técnica y han nacido de las necesidades prácticas del hombre, "no siendo la preponderancia de nuestras facultades afectivas indispensables únicamente para sacar a nuestra débil inteligencia de su letargo nativo", sino también como motor de acción. Y en el *Curso* (vol. VI, lecciones 57-60) Comte ya atribuye a la sociología el establecimiento "de la más íntima armonía permanente y espontánea entre acción y especulación, entre los puntos de vista activo y especulativo". En las obras subsiguientes, este autor reduce lo activo y lo afectivo al amor, al cual subordina la inteligencia; de ahí el cambio de acentuación, de perspectivas y de conclusiones políticas. Sólo daremos algunas citas de Augusto Comte, particularmente aquellas que conciernen a la relación entre la sociología y las matemáticas. Luego de haber recordado los temas principales de su sociología, nos limitaremos a resumir, en algunas líneas, sus conquistas y sus flaquezas.

La sociología, que "hace predominar el espíritu de conjunto" sobre los elementos dispersos, debe, para salvaguardar lo que tiene de más característico, mantener su supremacía sobre el "espíritu matemático" (*Curso,* vol. VI, lección 58). "La supremacía matemática no podría producir más que una unión precaria y estéril, a la vez que forzada e insuficiente, siempre fundada en vagas y quiméricas hipótesis" *(ibíd.).* "Toda ciencia fundamental ha tenido que defenderse de las invasiones de la precedente, tendientes a una dominación estéril y opresiva". Sobre todo "contra la invasión matemática deben resistir las ciencias más complejas" (lec. 59). En la "estática social" o "teoría del orden", Comte trata del "consenso social" (integración e interpenetración de todos los aspectos, actividades y manifestaciones de la realidad social en el mismo todo indescomponible de la sociedad), de la "espontaneidad de la sociabilidad", de la familia, de la distinción entre "unión" (de la cual la última es un ejemplo) y "cooperación" y, finalmente del Estado que, según Comte, es "la necesaria reacción Universal del conjunto sobre sus partes" (*ibíd.,* lec. 50). La "Dinámica social", que Comte expone en las lecciones 51 a 57 del *Curso* (vol. VI), se define como "la ciencia del movimiento necesario y continuo de la humanidad o, más brevemente, la ciencia de las leyes del progreso", las cuales se reducen a la ley "de los tres estados, teológico, metafísico y positivo", probablemente imitada de Turgot. En la interpretación que de ella da Comte, esta ley se basa en la doble presuposición: a) "de un pueblo único al cual serían idealmente trasladadas todas las modificaciones consecutivas efectivamente observadas en los distintos pueblos" (lec. 48), y b) de la unión fundamental del conocimiento con el ser social durante las dos primeras fases, y de su separación de los cuadros sociales que ella se revela capaz de imponer en la tercera fase, que se supone final.

Debemos reconocer a la obra sociológica de Comte los méritos siguientes: 1) ha tratado de determinar el lugar exacto de la sociología entre las otras ciencias sociales; 2) ha hecho resaltar el carácter irreductible de la realidad social y ha vinculado esta irreductibilidad a la concepción de la Sociedad como totalidad real y concreta, que por otra parte, erróneamente, identificó con la Humanidad; 3) ha tratado de enriquecer la sociología con las adquisiciones de historiadores y etnógrafos, considerando que la sociología podía a su vez ayudarlos y hasta guiarlos; 4) ha criticado con éxito el individualismo y el nominalismo sociales, los cuales, después de Comte, sólo pueden estar a la defensiva; 5) no obstante su cientificismo monista inicial que hubiera podido inclinarlo hacia el naturalismo sociológico, Comte ha resistido con energía a este último, mostrando una comprensión muy viva de la irreductibilidad de la sociología a las ciencias naturales; 6) es así como ha rechazado, primero, el panmatematismo y ha tratado de demostrar que el terreno de aplicación de las matemáticas en sociología es extremadamente restringido y que un empleo demasiado automático de éstas amenazaría destruirla; 7) ha comprobado, luego, que el objeto de la sociología, siendo a la vez sujeto y objeto, la conquista y el esfuerzo, el creador y lo creado, se encuentra en una situación muy particular cuando se lo estudia; en efecto, se estudia a sí mismo y no puede evitar, en este estudio, el hacer valer el "coeficiente humano", incluyendo en él los valores y las ideas de que está penetrada la realidad social, y 8) la insistencia sobre este carácter específico del objeto de la sociología, ligado a significados y esfuerzos humanos —y, por lo tanto, con la discontinuidad aumentada (de la cual Comte no adquiere, por otra parte, en modo alguno conciencia)—, lo lleva a plantear un doble problema: a) el del papel que representan en todas las sociedades las reglamentaciones sociales (religión, moral, educación, conocimiento, etc.), lo que los anglosajones llamarían luego "controles sociales", y b) el de la "sociología del conocimiento", problema planteado de una manera distinta de la suya por Saint-Simon y Marx, y que Comte utiliza sobre todo para poner de manifiesto su confianza en la "filosofía positiva" llamada a dirigir la sociedad y no a depender de ella...

Pasamos ahora de los méritos y conquistas a los defectos y dificultades de la sociología de Comte: 1) el mayor de sus defectos es la identificación de la sociología con la "filosofía positiva" que, bajo la corteza del cientificismo, esconde una metafísica dogmática de inspiración teológica; 2) la sociología, elevada al rango de primera filosofía, se transforma, primeramente en Sociatría, luego en Sociocracia, para convertirse finalmente en una Sociolatría. Se encuentra así proyectada, por una parte, hacia la moral y la política y, por otra, hacia la religión, de manera que nada propio le queda ya; 3) aun cuando, en su explicación del concepto de "positivo", Comte acuerda importancia a lo "relativo", lo que más le falta es precisamente el "relativismo sociológico". A sus ojos, la "naturaleza humana" permanece invariable a través del "progreso", lo que ocurre también con la mentalidad colectiva y con la relación entre conocimiento, moralidad y religión. Del mismo modo, ni siquiera se le ocurre la idea de que se podría hacer sociología de la vida moral más bien que tratar de sacar, de la sociología, una meta moral altruista; la invariabilidad de jerarquía de las ciencias —que varía en realidad según los tipos de sociedad— confirma ese dogmatismo. A este respecto, Saint-Simon, Proudhon y Marx estuvieron mucho más adelantados que Comte; 4) Comte es un espíritu esencialmente antidialéctico; se impide así resolver los problemas que plantea; 5) habiendo comprobado, por ejemplo, que el objeto de la sociología es un sujeto-objeto, Comte no consigue llegar a una interpenetración efectiva entre "método objetivo" y "método subjetivo". Es que no se da cuenta de la relatividad de esos dos términos y de sus múltiples grados, lo que se manifiesta en el hecho de que se llega a lo subjetivo a través de una crisis de la objetividad y a lo objetivo a través de una crisis de la subjetividad; 6) asimismo, queriendo hacer triunfar en sociología el punto de vista de la totalidad concreta, Comte se priva de todo medio de captarla, y esto lo conduce a transformar el todo de la sociedad en un sujeto agrandado, proyectado fuera de sus miembros, es decir, al Super-individualismo; 7) esto último viene a reforzar el monismo y el unitarismo que son propios de Comte y lo hacen incapaz de adquirir conciencia de los diferentes grados de la unidad inmanente en la pluralidad y de la pluralidad inmanente en la unidad, que caracterizan a las totalidades sociales; 8) el Estatismo fundamental de Comte encuentra aquí un aporte importante, reforzado por su negación del Derecho como forma de reglamentación social, negación basada en la confusión del derecho con el individualismo jurídico; 9) la separación artificial de la "estática" y la "dinámica" sociales —que ha hecho tanto mal a la sociología, además de ser un paso atrás, con relación a Saint-Simon y sobre todo a Proudhon (Marx pertenece a la generación siguiente)— no se debe solamente a la influencia de las ciencias naturales y a la metafísica del "orden" y del "progreso", sino también a la ausencia de todo análisis dialéctico, y 10) la confusión del "consenso social" con la armonía, la ausencia de todo estudio de las luchas entre grupos (incluyendo los grupos profesionales), la reducción de estos últimos a la familia y al Estado, presentados, la primera, como la célula primordial, y el segundo, como la encarnación exhaustiva de la sociedad global y finalmente, la negación más o menos consciente de la lucha de las clases, contribuyen a reforzar el giro dogmático, antirrelativista y hasta fantasmagórico de la sociología de Comte, el cual, a pesar de todos sus méritos, mira más bien hacia el pasado de esta ciencia que hacia su porvenir.

Herbert Spencer (1820-1903), aunque tome, como él mismo lo señala, el término "sociología" de Augusto Comte, presenta muy pocos rasgos comunes con este último y se encuentra, a menudo, en conflicto con él. A pesar de la distinción entre "inorgánico", "orgánico", y "superorgánico", Spencer, al contrario de Comte, profesaba un monismo continuista y naturalista que suprimía las diferencias entre las ciencias naturales y las ciencias del hombre. Él fue, pues, el primer representante de una sociología de tendencia naturalista. Particularmente impresionado por la biología y las leyes de evolución que dicha ciencia establece, Spencer considera que esas leyes tienen una aplicación universal y propone una fórmula única, "integración por diferenciación", pero evita la pendiente fatalista admitiendo la posibilidad de disolución, opuesta a la evolución, y que consistiría en una "desintegración por semejanza". Al mismo tiempo, y contrariamente a Comte, era partidario de una psicología individual, independiente de los cuadros sociales y de la psicología colectiva. Y recurría a menudo, en sociología, a las "explicaciones psicológicas" (por ejemplo, al "miedo a los vivos", que engendraría el poder político, y al "miedo a los muertos", que originaría la religión) que tomaba directamente de sus *Principios de psicología* (vols. I y II, 1866), escritos antes que los *Principios de sociología* (vols. I-III, 1876-1890). Entre sus obras (de las cuales las dos que acabamos de mencionar pertenecen a su *Sistema de filosofía sintética,* vols. I-X, 1862-1896) hay que señalar también *Estática social* (1850), *El estudio de la sociología* (1873) y, sobre todo, *La sociología descriptiva* (vols. I-VIII, 1897-1902), redactada, bajo su dirección, por sus colaboradores.

Si Spencer ha recurrido a análisis organológicos en sociología, lo hizo, sobre todo, con el fin de hacer resaltar la irreductibilidad del todo social con relación a sus partes y de tomar, de la biología, la distinción entre "estructura" y "función", términos éstos que se han hecho tan populares en la sociología contemporánea, especialmente en la anglosajona *(Principios de sociología,* vol. I, cap. IV, "Estructuras sociales", y cap. V, "Funciones sociales"). Pero Spencer ha insistido siempre en el carácter "supraorgánico" de lo social y ha señalado cuatro puntos de desemejanza entre la sociedad y los seres biológicos; 1) el organismo es simétrico mientras que la sociedad es asimétrica; no tiene cuerpo efectivo; 2) el organismo es continuo mientras que la sociedad está dispersa y sus miembros poseen una libertad de desplazamiento, o al menos de movimiento, imprevisible; 3) la estructura de la sociedad, sus órganos y sus subgrupos no están definitivamente localizados y estabilizados; 4) en el organismo, la conciencia está vinculada a un centro nervioso, mientras que en la sociedad es difusa. Spencer olvida agregar una quinta diferencia que él mismo ha contribuido a poner de relieve (al menos parcialmente) al hablar de los "controles sociales" (término que ha hecho fortuna y que debería ser traducido al francés como *réglementations sociales* —"reglamentaciones sociales"—): las obras técnicas y culturales de la sociedad, los significados, signos, modelos, símbolos, ideas y valores y, en particular, el lenguaje, la religión, el derecho, el arte, la moral, el conocimiento, etc.

Por otra parte, Spencer ha sido el primero en hablar de los "tipos sociales" (*simple society, compound society, doubly compound society* y *triply compound society);* sin embargo, no ha sabido romper el círculo estrecho del evolucionismo unilineal. Ha recurrido constantemente al concepto de "instituciones" (vol. I, 3a. parte), distinguiendo las "instituciones domésticas", las "instituciones políticas", las "instituciones ceremoniales", las "instituciones eclesiásticas", las "instituciones profesionales" y las "instituciones industriales". En fin, ha apelado ampliamente a los materiales etnográficos y a los procedimientos comparativos en sociología. Su influencia sobre la sociología anglosajona de los dos lados del Atlántico es grande, aun cuando ésta no se da plenamente cuenta de ello.

Las dificultades que suscita la sociología de Spencer son las siguientes: 1) la fórmula general de la evolución es tan amplia que no designa nada preciso (los términos "integración" y "diferenciación" poseen $n + 1$ sentidos), sin hablar del hecho de que carece totalmente de prueba; 2) las leyes de evolución no son válidas ni en el sector suborgánico ni en el supraorgánico; 3) dejando de lado toda discontinuidad y toda intervención del esfuerzo humano creador, así como el mundo de los significados, el evolucionismo spenceriano conduce, en sociología, a un determinismo más riguroso aún que aquel al cual apelan Comte, por una parte, y Marx, por otra; 4) el naturalismo sociológico que Spencer manejó con prudencia ha dado luego resultados nefastos; 5) la psicología a la cual recurre es muy rudimentaria y se funda en varias presuposiciones insostenibles: a) la inmutabilidad de la naturaleza humana; b) el racionalismo mecanicista y utilitario, y c) la limitación de lo psíquico al individuo, afirmándose esta psicología individual como independiente de la psicología colectiva; 6) el análisis organicista recubre una falta de distinción entre tres conjuntos reales de carácter diferente: a) sistemas mecanicistas en las fuerzas en interacción; b) sistemas orgánicos en que esta interacción de las fuerzas es imposible sin una finalidad recíproca y c) conjuntos sociales en que el todo y los miembros se engendran recíprocamente en una acción común, haciendo cambiar enteramente las totalidades en marcha; 7) Spencer ignora completamente la existencia de las clases sociales y de sus luchas en las sociedades del tipo industrial; 8) ha utilizado muy arbitrariamente materiales etnográficos e históricos coleccionados sin método; la interpretación que de ellos ha dado, ha sido rechazada después por todos los etnógrafos y sociólogos y 9) no obstante su naturalismo y su superdeterminismo, la sociología de Spencer implica una doctrina política preconcebida que da la preferencia a las sociedades industriales sobre las sociedades militares y, en el interior de las primeras, a un liberalismo individualista muy avanzado, que se opone a todo género, no sólo de estatismo, sino de colectivismo y de economía planificada.

En Francia, tanto Tarde como Bergson, Durkheim y Lévy-Bruhl, han reaccionado contra las concepciones de Spencer; lo mismo ha ocurrido en Alemania, ya se trate de Tönnies, Simmel, von Wiese o Max Weber.

Para terminar estos párrafos dedicados a los "fundadores" de la sociología, es indispensable detenerse en Frédéric Le Play (1806-1884) y su escuela. Ex alumno de la Escuela Politécnica y católico ferviente, atraído en su juventud por el sansimonismo, Le Play ha buscado las correlaciones entre los tipos de familias —consideraba la familia como la célula primordial de la sociedad—, la organización del trabajo y el "lugar": la base geográfica y demográfica. Su importancia sociológica se basa menos en sus conceptos teóricos que en su método de investigación empírica que combina la descripción monográfica intensa y la estadística, método que aplicó en particular a los presupuestos familiares y muy especialmente a los presupuestos familiares obreros. Le Play se convirtió así con sus discípulos en el predecesor de los *social surveys* británicos y, más ampliamente, de toda la investigación empírica en sociología, de la cual se enorgullece tanto la sociología norteamericana. Le Play evitaba, por otra parte, el término "sociología", prefiriendo el bastante vago de "Ciencia social", sin darse cuenta de que era el término utilizado por su contemporáneo Proudhon. Entre sus obras más importantes, hay que citar *Los obreros europeos* (1855), *La organización del trabajo* (1870), *y La organización de la familia* (1871).

Henri de Tourville (1843-1903) y Edmond Demolins (1852-1907), el autor de *Comment la route crée le type social* (2 vol.), fueron sus continuadores más distinguidos. Desgraciadamente, el empirismo descriptivo y el método cuantitativo no han impedido que Le Play y su escuela quisieran fundar sobre la "Ciencia social" una doctrina social y política que niega todo conflicto de clases y hasta de grupos y llama a la Iglesia y al Estado combinados a defender la familia y a organizar el trabajo (Le Play, *La reforme sociale en France* (1864), y *La constitution, essentielle de l'humanité* (1881); asimismo, las revistas *La Réforme sociale y La science sociale)*. La influencia de la escuela de Le Play se hace sentir hasta el presente en los investigadores empíricos inspirados en el catolicismo social (por ejemplo, en el círculo de la revista *Économie et humanisme,* dirigida por L. J. Lebret).

3. La sociología a fines del siglo XIX y a comienzos del siglo XX

Los primeros esfuerzos para superar la necesidad de una opción entre las "sociologías del orden" y las "sociologías del progreso" y para liberar la sociología de toda unión con la filosofía de la historia, tomaron primeramente la forma poco fructífera de la búsqueda del "factor predominante" en la vida social. Así se constituyeron las escuelas "geográfica", "biológica", "tecnológica"; la escuela "psicológica" con G. Le Bon (1841-1931), autor de *La psychologie des foules* (1895) y el economista V. Pareto (1848-1923), autor del *Traité de sociologie générale* (1º y 2º vols., 1917-1919); este último vinculaba su nebulosa teoría de los instintos, base de sus análisis de los "residuos emocionales y de las derivaciones intelectuales", a su concepción de "la circulación de las *élites";* finalmente, la escuela "espiritualista" con el norteamericano L. F. Ward (1841-1913) y el ruso-francés E. de Roberty (1843-1915). Todas ellas, cualesquiera que fuesen sus matices, han sucumbido a la tentación irrisoria de descomponer la realidad social en factores aislados, los cuales, precisamente a causa de su separación, pierden su carácter social, y pretender explicar así la realidad social por medio de elementos que se han tornado extrasociales[2].

Sería injusto, a pesar de las apariencias, clasificar en conjunto la sociología de Gabriel Tarde (1843-1904) como perteneciente a la escuela psicológica. Tarde, que comenzó su carrera con obras de sociología de la criminalidad (en particular, *La criminalité comparée,* 1888, y *Les transformations du droit,* 1893), y que la terminó con una crítica muy pertinente de *La psychologie des foules,* de Le Bon, *L'opinion de la foule* (1901); insistió, no solamente en *La logique sociale* (1895) y *L'opposition universelle* (1897), sino ya en su obra más conocida y relacionada con la psicología social, *Les lois de l'imitation* (1890), en la gran riqueza de la vida social. Ésta, además de su aspecto psicológico, está constituida por las obras de la civilización: lenguaje, instrucción, educación, religión, moral, derecho, poder político, industria y arte, así como también por las oposiciones y las adaptaciones que se realizan en las luchas, las asimilaciones, las asociaciones, los usos, las costumbres y las modas; en fin, las multitudes, esos grupos reunidos (que pueden ser multitudes atentas, multitudes festivas, multitudes amantes —las cuales tienen una importancia mayor que las multitudes que odian) y los "públicos" de diversos géneros, esos grupos a distancia, representan en la realidad social un papel considerable.

La aguda polémica entre Tarde y Durkheim (este último ha obtenido visiblemente la victoria) ha acreditado la idea inexacta de que Tarde era el antípoda de Durkheim. En realidad, Tarde, que pertenece a una generación muy anterior, ha reaccionado sobre todo contra el evolucionismo y el biologismo de la sociología spenceriana que él ataca en la mayoría de sus obras, oponiéndole la discontinuidad de la invención y de la imitación, la "exaltación" de la vida social, la importancia de las obras culturales y el conjunto de esos elementos que producen "ondulaciones infinitas". Sin embargo, Tarde limita la invención a las iniciativas individuales; compara la imitación primeramente al sonambulismo, luego a una influencia, a un acto de decisión y más tarde a la simpatía; la apoya preferentemente en las costumbres (imitaciones-costumbres) y las modas (imitaciones-modas) y termina en un círculo vicioso que consiste en explicar la imitación por las obras culturales y las obras culturales por la imitación. A este respecto es válida la bien conocida crítica formulada por Durkheim contra Tarde en *Le suicide* (1897): "Es imposible designar con el mismo nombre de imitación el proceso en virtud del cual se elabora un sentimiento colectivo en el seno de una reunión de hombres, aquel del cual resulta nuestra adhesión a las reglas comunes o tradicionales de conducta y aquel, en fin, que determina en los corderos de Panurgo a arrojarse al agua porque uno de ellos había empezado. Una cosa es sentir en común, otra cosa es inclinarse ante la autoridad de la opinión y otra cosa, finalmente, es repetir automáticamente lo que los otros han hecho" (1a. parte, cap. IV, pág. 115).

---

[2] Véanse mis críticas en *La vocation actuelle de la sociologie* (2a. ed., 1957, vol. I, págs. 48-52).

Sin dejar de reconocer bien fundada a la crítica de Durkheim, hay que señalar, sin embargo, que ciertos errores son comunes a Tarde y a Durkheim: los dos ignoran, en particular, la inmanencia recíproca y la dialéctica entre la conciencia individual y la conciencia colectiva, pues permanecen fieles a la teoría de la conciencia cerrada, replegada sobre sí misma. Además, Durkheim olvida que la reproducción imitativa puede no ser contagiosa y automática, sino fundarse en signos y símbolos, es decir, en la comunicación de las conciencias. Durkheim acuerda a la vez demasiado y demasiado poco a Tarde: demasiado porque la imitación no es nunca en los hombres puramente automática; es siempre comunicación y, como toda comunicación, sólo es posible dentro del horizonte de la fusión de las conciencias en un Nosotros, un grupo, una clase o una sociedad global de un tipo particular. Le acuerda demasiado poco porque niega la posibilidad de una psicología interpersonal e intergrupal, la cual es posible y tiene un papel que desempeñar en la sociología siempre que se establezca en conexión con la psicología colectiva propiamente dicha y en relación con los signos y los símbolos.

En conjunto, las ideas de Tarde han ejercido una influencia mucho mayor en el extranjero que en Francia. Sobre todo en los Estados Unidos han encontrado sus concepciones numerosos partidarios, entre los cuales se cuentan Baldwin (1861-1934), Ellwood (1873-1946) y Ross (1866-1950).

La obra sociológica de Émile Durkheim (1858-1917), cuyas bases metodológicas hemos expuesto en el capítulo precedente[3], ocupa un lugar excepcional por su coherencia científica, por su importancia y, finalmente por su influencia, tanto en Francia como en el extranjero. Es hasta el presente el esfuerzo más exitoso tendiente a una unión entre teoría sociológica e investigación empírica. En su primera obra *De la division du travail social* (1893), al distinguir con energía la "división del trabajo técnico" y "la división del trabajo social", Durkheim ha tratado de demostrar que el desarrollo de éste último conducía a la preponderancia de la "solidaridad orgánica" (por desemejanza) sobre la "solidaridad mecánica" (por semejanza); lo cual se verificaría por la creciente multiplicación de los grupos particulares, la expansión paralela del Estado y del contrato, la limitación progresiva del "derecho represivo", por el "derecho restitutorio", en fin, por la integración parcial de la conciencia colectiva en la conciencia individual y por la "fortificación" de la personalidad humana. Al mismo tiempo, Durkheim echa las bases de una sociología jurídica, puesto que las diferentes especies de derecho son para él los símbolos más visibles de las solidaridades. Prepara, asimismo, el terreno a la morfología social al afirmar que la "densidad material", con preferencia demográfica, en combinación con la "densidad moral", deben ser tomadas en consideración en el estudio de la intensificación de la división del trabajo social. Su segunda obra, *Le suicide* (1897), es un modelo de investigaciones empíricas sobre la sociedad contemporánea: el amplio uso de las estadísticas no impide en modo alguno que Durkheim llegue a explicaciones causales. Trata de demostrar que el suicidio es función de la desintegración de relaciones sociales, ya se trate de grupos religiosos y familiares (así, afirma que los católicos se suicidan menos que los protestantes y las personas casadas menos que las solteras y las divorciadas) o del "amorfismo" y de la "anomía" de la sociedad contemporánea en su conjunto. Solamente el "suicidio altruista", que Durkheim cree deber oponer al "suicidio egoísta" y al "suicidio anómico", estaría basado en una integración demasiado fuerte del individuo en la colectividad, lo cual confirmaría la explicación del suicidio según la medida de la integración social. Por otra parte, Durkheim distingue las "causas sociales" y las "causas individuales" (por ejemplo, psicopatológicas) de los suicidios y observa que el sociólogo sólo debe tener en cuenta las primeras, puesto que las segundas no alteran en nada la acción de éstas. Uno de los resultados, inesperados para el mismo Durkheim, de sus investigaciones sobre el suicidio, fue el descubrimiento de la fuerza de la anomía y del amorfismo en la sociedad contemporánea. Este descubrimiento, al limitar su tesis inicial de la preponderancia siempre creciente de la "solidaridad orgánica", incitó a Durkheim a buscar nuevos medios prácticos capaces de reforzar esa solidaridad [4].

---

[3] Véase el cap. I. *Objeto y método de la sociología.*

Entre la obra de la cual acabamos de hablar y el último gran libro de Durkheim, *Les formes élémentaires de la vie religieuse* (1912), se ubica una serie de otros escritos: por una parte, las obras inéditas, tales, en particular, como *L'éducation morale* (1903), publicado por P. Fauconnet en 1925, y *Leçons de sociologie: Physique des moeurs et du droit* (1900), publicado por G. Davy en 1952 [5], y por otra parte, los estudios sobre *Les représentations collectives et les représentations individuelles* (1899), *La détermination du fait moral* y *Les jugements de réalité et les jugements de valeurs,* reunidas por C. Bouglé en una colección, *Philosophie et sociologie* (1925; 2a. ed., 1951). En estos escritos, Durkheim pasa de la sociología de la vida moral a una filosofía moral de base sociológica, atribuyendo a la Sociedad, primero, la "conciencia colectiva", y después, el carácter de "Bien supremo", de fundamento de la validez de los deberes, de encarnación del "sistema de los valores ideales" y de fuente de los "ideales" que superan a los valores [6]. Esto es lo que ha dado a un intérprete tan calificado como C. Bouglé la posibilidad de escribir: "El sociologismo durkheimiano es... un esfuerzo para fundar y justificar de manera nueva las tendencias espiritualistas" (Prefacio de *Philosophie et sociologie,* pág. XV) [7]. Esa inclinación hacia el "hiper-espiritualismo" sólo nos interesa aquí en la medida en que indica claramente los límites de la sociología de Durkheim y el fracaso de su esfuerzo hacia el relativismo consecuente. Observemos, sin embargo, que son las dificultades para precisar su tan importante concepto de "conciencia colectiva", así como el juego complejo de la trascendencia y de la inmanencia de la conciencia colectiva con relación a las conciencias individuales —dificultades debidas a la ausencia de la idea de la "conciencia abierta" ("intencional" en diversos grados) y de todo análisis dialéctico— las que lo han llevado a ese callejón sin salida.

---

[4] Véase el prefacio a la 2a. ed. de *De la division du travail social* (1902), en el que Durkheim parece inclinarse hacia un género nuevo de corporatismo con el fin de hacer más eficaz la solidaridad orgánica.

[5] En esta última obra, se trata preferentemente de la moral profesional; asimismo, véanse sobre este tema, las tres lecciones póstumas redactadas en 1898-1900 y publicadas por Marcel Mauss en la Revue de métaphysique et de morale (1937, Nos. 3 y 4).

Les formes élémentaires de la vie religieuse es la obra más rica en hechos y en ideas que Durkheim haya escrito. Contiene, a la vez, una sociología de la religión, una explicación de la prohibición del incesto, una teoría del totemismo (que él considera como una religión) y, finalmente un ensayo de sociología del conocimiento. Ligada al ejercicio colectivo de lo Sagrado opuesto a lo profano, y presuponiendo la existencia de una Iglesia, la religión como tal es, según Durkheim, una autodivinización de la sociedad. "No cabe duda de que una sociedad tiene todo lo necesario para despertar en los espíritus, por la sola acción que ejerce sobre ellos, la sensación de lo divino, pues ella es a sus miembros lo que un Dios es a sus fieles" (págs. 295 y sig.). Por consiguiente, la religión (es decir, la conciencia colectiva sublimada en Dios) es el origen del alma individual, de la Moral, del Derecho y del Conocimiento (fuerza física y causalidad), como es el origen de su desviación en Magia. El totem sólo es el emblema o el símbolo de una fuerza sagrada, anónima e impersonal, que emana del clan y lo domina. Esta fuerza, particularizada en el clan, se generaliza en el Mana, pues el totem no simboliza sino el Mana colectivo del clan. Ahora bien, el "Mana totémico" y el "Mana generalizado" sólo son otros nombres de la conciencia colectiva, del clan, en primer lugar y de la de la sociedad tribal, luego. Así, Durkheim defiende a un tiempo la tesis de que la religión es colectiva, no sólo por sus orígenes y su ejercicio, sino también por sus contenidos, y de que es el origen de toda la civilización humana. Aquí sus concepciones se unen directamente a la religión del "gran Ser de la Humanidad", de Augusto Comte, y a la teoría de Hegel del Espíritu absoluto que se realiza en el Espíritu objetivo.

---

[6] *Détermination du fait moral* (1906) y *Jugements de valeur et jugements de réalité* (1911) en la obra citada (págs. 48-90 y 117-145); asimismo, *Les formes élémentaires* (*op. cit.*, págs. 603-607). Para el análisis crítico detallado, debo remitir a mi *Morale théorique et science des moeurs* (2a. ed., 1948, págs. 100-108) y a mi estudio *La science des faits moraux et la morale théorique chez Durkheim* (*La vocation actuelle de la sociologie*, 1a. ed., 1950, págs. 526-553).

[7] También, del mismo autor, *Leçons de sociologie sur l'évolution des valeurs* (1922).

Con respecto al problema de la sociología del conocimiento que había ya promovido en *Quelques formes primitives de classification* (Année Sociologique, 1901-1902), Durkheim llega, en *Les formes élémentaires de la vie religieuse,* a la conclusión de que las categorías lógicas "son sociales en segundo grado... No sólo es la sociedad la que las ha instituido, sino que les sirven de contenido diferentes aspectos del ser social... El ritmo de la vida social se halla en la base de la categoría del tiempo; el espacio ocupado por la sociedad ha suministrado la materia de la categoría del espacio; la fuerza colectiva ha sido el prototipo de la fuerza eficaz, el elemento esencial de la categoría de causalidad... El concepto de totalidad no es más que la forma abstracta del concepto de sociedad" (*ibíd.,* págs. 628-630). La distinción entre lo sensible y lo inteligible, la materia y la forma, lo *a posteriori* y lo *a priori,* los datos de los sentidos y la razón, correspondería, según Durkheim, a la distinción entre el individuo y la colectividad. Infortunadamente, Durkheim, considerando con justicia que el arraigo del conocimiento en la realidad social no compromete la validez del saber, termina proponiendo el carácter colectivo de un conocimiento como justificación filosófica de su veracidad; confunde así, erróneamente, sociología del conocimiento y epistemología.

Renunciamos a dar aquí una apreciación crítica de la contribución de Durkheim, que hemos hecho en otra obra de manera detallada[8]. Preferimos comentar los trabajos de su principales discípulos. Éstos han aportado a menudo correcciones esenciales y dado más flexibilidad al pensamiento del Maestro.

El más importante y más original continuador de Durkheim fue Marcel Mauss (1872-1950). En el capítulo I de este *Tratado* expusimos su concepción de los "fenómenos sociales totales", que reacciona contra el espiritualismo y el evolucionismo de Durkheim. Por otra parte, Mauss está en desacuerdo con Durkheim en lo concerniente a la relación entre Magia y Religión en los diferentes tipos de sociedades arcaicas. En su notable estudio *Esquisse d'une théorie générale de la magie* (1903), Mauss y H. Hubert han asociado la Magia al Mana no sagrado, preparando así el terreno para el reconocimiento de la irreductibilidad de la fuerza sobrenatural inmanente o mágica y de la fuerza sobrenatural trascendente o religiosa. Los análisis de Lehmann, Malinowski, Maurice Leenhardt (*Do Kamo,* 1947) y, bajo cierto aspecto, de Evans Pritchard, han confirmado esta manera de ver. El hecho de que la "Magia no es un simple derivado de la religión"[9] resalta con particular nitidez en el magistral estudio de Mauss *Le don, forme archaïque de l'échange* (Année Sociologique, nueva serie, vol. I, 1923). Mauss describe en él, de una manera impresionante, el peligro mágico contenido en el "don" y descubre la base mágica de la obligación de restituir, y más ampliamente, de la circulación de los bienes, del intercambio de las propiedades alienables y transmisibles, y, finalmente, de su misma apropiación. Además de sus muy importantes discursos sobre *Rapports réels et pratiques entre Psychologie et Sociologie* (1924, Communication a la Société de Psychologie) y *Une catégorie de l'esprit humain:* la *Notion de personne* (1938, Huxley Lecture) —estos dos textos están reproducidos en la colección *Sociologie et anthropologie* (1950)—, hay que mencionar especialmente el estudio de Mauss *Les variations saisonnières des sociétés esquimos* (1906, Année Sociologique, vol. IX), que fija los límites del sentido del término morfología social comprendida como el estudio de la base material, geográfica, demográfica e instrumental de la sociedad.

---

[8] *La vocation actuelle de la sociologie* (1a. ed., 1950, págs. 189-212, 351-408, 431-436 y 526-553) y *Eléments de sociologie juridique* (1940, págs. 13-19 y 76-96).

[9] M. MAUSS y HUBERT, *Mélanges d'histoire des religions* (Prefacio, 1926, páginas XXIII-XXV).

Maurice Halbwachs (1877-1945) es, después de Mauss, el continuador más importante y más independiente de Durkheim. Contrariamente a su maestro, Halbwachs muestra un vivo interés por el problema de las clases sociales. Trata de dar de ellas una nueva definición, en la cual, además del hecho de estar jerarquizadas, figura, no sólo su papel en la producción, sino también el grado de su participación en el "hogar" que encarna el ideal de la sociedad, lo mismo que sus "necesidades" y sus niveles de vida (*Les classes ouvrières et les niveaux de vie,* 1913; *Les cadres sociaux de la mémoire,* 1925, cap. VII; *L'évolution des besoins dans les classes ouvrières,* 1933; *Les classes sociales,* 1938, curso roneografiado, y finalmente, *Psychologie des classes sociales,* colección de estudios, 1954). Se le debe, además, una firme actualización de los problemas de *Morphologie sociale* (1935), así como nuevos análisis sustanciales en *Les causes du suicide* (1930). Halbwachs demuestra que todo suicidio puede y debe ser explicado, a la vez, por causas sociales (incluso los casos psicopatológicos) y por causas individuales —las cuales, lejos de excluirse, se completan— y que es la oposición del cuadro rural y del cuadro urbano, mucho más que la de los grupos religiosos, la que resulta de las estadísticas que conciernen al suicidio. Finalmente, Halbwachs ha elaborado una teoría original de la memoria colectiva. En *Les cadres sociaux de la mémoire* (1925), ha insistido, sobre todo, en el hecho de que el recordar y la localización de los recuerdos no pueden efectuarse sin cuadros sociales, los que sirven de base a la "reconstrucción" que constituye la memoria; en la *Topographie légendaire*[10] (1941), este autor ha encontrado una confirmación de ese punto de vista al comprobar la variación de las localizaciones de los recuerdos de los diferentes grupos religiosos. En su obra póstuma, *La mémoire collective* (1950), va aún más lejos, oponiendo memoria histórica (reconstrucción) y memoria colectiva (reconstitución), e insistiendo sobre "memorias colectivas múltiples" que se remontan al pasado según los diversos tiempos sociales en que viven los grupos. La memoria individual consiste en la participación en varias memorias colectivas y en el cruzamiento específico entre esas memorias. Así puede a menudo afirmarse la reciprocidad de perspectivas entre las dos memorias.

---

[10] El título completo de esta obra es: *La topographie légendaire des Evangiles en Terre Sainte.*

Los otros discípulos de Durkheim, François Simiand (1873-1935), autor de la obra fundamental *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie* (1932) [11], Marcel Granet (1884-1940), Célestin Bouglé (1870-1940) [12], Paul Fauconnet (1874-1938) [13] y Georges Davy (nacido en 1884) [14], han desarrollado y afinado las concepciones de Durkheim, aplicándolas a la sociología económica, a la civilización y al pensamiento chinos, a la sociología política y a la sociología jurídica.

La oposición directa a la sociología durkheimiana ha estado representada en Francia, por una parte, por René Worms (1869-1926), partidario de un organicismo ampliado (*La sociologie, sa nature, son contenu, ses attaches,* 1921, y *Philosophie des sciences sociales,* 1903-1907, 3 vol.) y por otra parte por Gaston Richard (1881-1945), inspirado en el idealismo criticista de Renouvier (en particular, *La sociologie générale et les lois sociologiques,* 1912). Pero ni uno ni otro han contado con un auditorio numeroso.

Aun cuando no haya estado nunca en polémica directa con Durkheim y aunque haya publicado todas sus obras sobre la "mentalidad primitiva" dentro del marco de la colección *Travaux de l'Année Sociologique,* dirigida primeramente por Durkheim y luego por Mauss, Lucien *Lévy-Bruhl* (1857-1939) tomó en realidad la dirección de una corriente de pensamiento sociológico francés muy diferente de la orientación de la escuela durkheimiana, la única que goza de un prestigio independiente. En particular, su nombre marca una fecha en la formación de la sociología del conocimiento y en su emancipación de toda toma de posición filosófica. En su obra *La morale et la science des moeurs* (1902), Lévy-Bruhl somete a una crítica penetrante todo género de "metamorales", incluso aquellos que querrían hacer surgir la filosofía moral de la sociología: al proponerse conocer y prescribir al mismo tiempo, las metamorales se basan en el postulado de una naturaleza humana (individual y social) idéntica, la cual formaría un todo armonioso, excluyendo el conflicto de los deberes. No parece dudoso el hecho de que esta crítica de la confusión entre sociología de la vida moral y filosofía moral, aunque apuntando más directamente a Comte, Spencer y Mill, esté también dirigida a Durkheim y su tendencia a identificar la "solidaridad orgánica", primero, y la "conciencia colectiva", luego, con el "Bien supremo"[15]. La divergencia se acentúa con la aparición de *Fonctions mentales dans les sociétés inférieures* (1910), donde se manifiesta una orientación no sólo "más empirista y más relativista"[16] que la de Durkheim, sino también más dirigida hacia la discontinuidad y la negación del evolucionismo unilineal. Es verdad que en esta obra —en la cual, a las leyes de la lógica formal de los civilizados se opone la "ley de participación" mística de los primitivos— se trata todavía de una "prelógica", término que debía ser abandonado luego a causa de sus consonancias continuistas. En *La mentalité primitive* (1922), el abismo entre las dos mentalidades se ahonda más, pues la representación del tiempo y del espacio y la categoría de causalidad son en los dos casos esencialmente diferentes. Esto conduce al hecho de que, primitivos y civilizados viven en dos mundos exteriores diferentes y se hallan sometidos a lógicas irreductibles. Sin embargo Lévy-Bruhl queda todavía persuadido de que la experiencia acumulada por las ciencias racionales es la única válida y de que ella domina nuestra misma experiencia cotidiana. Por eso es que caracteriza como "impermeables a la experiencia" (a la nuestra, se entiende), la mentalidad y la lógica de los "primitivos".

---

[11] Asimismo, *La méthode positive en science économique* (1912) y *Les fluctuations économiques à longue période et la crise mondiale* (1932).

[12] *Les idées égalitaires* (1899), *Essais sur le régime des castes* (1908), *La sociologie de Proudhon* (1911) y *Leçons de sociologie sur l'évolution des valeurs* (1922).

[13] *La responsabilité* (1920).

[14] *La foi jurée* (1932), *Des clans aux empires* (1924) y *Sociologues d'hier et d'aujourd'hui* (1930, 2a. ed., 1949).

Pero en *L'âme primitive* (1928), nuestro autor va mucho más lejos: descubre, mucho antes que los norteamericanos Linton y Kardiner[17] que la persona humana no es idéntica en los diferentes tipos de sociedades y demuestra que la experiencia inmediata, como la experiencia construida del Yo, de los Otros, del Nosotros, de la Sociedad, no son las mismas entre los primitivos y los civilizados. La personalidad de los primitivos, por ejemplo, es mucho más fuerte que la nuestra gracias a las dependencias místicas proyectadas en el mundo, de las cuales algunas partes se integran en el Yo y aumentan su potencia; pero ese Yo es mucho menos diferenciado que el Yo de los civilizados. En estos análisis, la oposición de Lévy-Bruhl a las construcciones de Durkeim se acentúa cada vez más.

A partir de su obra *Le surnaturel et la nature dans la mentalité primitive* (1931) Lévy-Bruhl introduce "la categoría afectiva de lo sobrenatural", que desempeñará, en sus análisis, un triple papel: a) demostrar que la "participación" no es una "ley lógica", sino una manera de vivir, de actuar y de ser actuado; b) probar, a la inversa de Durkheim, que en las sociedades arcaicas hay una oposición posible entre lo natural y lo sobrenatural, y c) hacer resaltar, en fin, las variaciones de la intensidad de la categoría afectiva de lo sobrenatural en las sociedades arcaicas, lo cual permite darse cuenta de la combinación de los grados del misticismo y de la racionalidad en la misma mentalidad colectiva. Por una parte, esta nueva posición opone aún más la mentalidad primitiva y la mentalidad civilizada, señalando que las mismas experiencias inmediatas —y no sólo los conceptos— propias de las dos mentalidades son diferentes; por otra parte, las acerca un poco al comprobar, según las circunstancias y los sectores de la vida social, combinaciones variadas de las dos mentalidades. La única solución de esta paradoja sería reconocer, no dos, sino una pluralidad de mentalidades, de lógicas y de sistemas de conocimientos, en correlación con los diversos tipos de estructuras de las sociedades, tanto arcaicas como civilizadas, cosa que Lévy-Bruhl, mientras matizaba su pensamiento, no ha tenido tiempo de precisar.

---

[15] A este respecto, véase mi estudio ya citado, *La science des faits moraux et la morale théorique chez Durkheim* (La voc. act. de la soc., 1a. ed., 1950, páginas 526-567) y *Morale théorique et science des moeurs* (*op. cit.*, págs. 88 y sig.).

[16] Véase la carta del 4 de marzo de 1930, a Georges Davy, citada en el estudio de este último: *Pour le centième anniversaire de la naissance de L. Lévi-Bruhl* (Revue philosophique, 1957, Nº 4, pág. 471).

[17] A. Kardiner (en colaboración con R. Linton). *The Individual and his Society* (1939) y *The Psychological Frontiers of Society* (1945).

En sus últimas obras, *La mithologie primitive* (1935) y *L'expérience mystique et les symboles chez les primitifs* (1938), Lévy-Bruhl se esfuerza por demostrar que la realidad suprasensible no es "sacada en conclusión" por los primitivos, sino que les es "inmediatamente dada" y que "esta experiencia que les suministra datos sobre lo sobrenatural, más rica por ello, y más amplia que la nuestra, no se deja encerrar en un cuadro de conceptos" (*Mithologie primitive*, págs. 26-27). Insiste, asimismo, en la verificación de que los símbolos son aquí, por encima de todo, "vehículos de participación" y, en mucho menor grado, medios de expresión; enuncia la hipótesis de que bajo los pelajes, los plumajes y los follajes de los totems se esconden seres humanos sublimados.

En los *Carnets Posthumes*, publicados por Maurice Leenhardt en 1949, y en los cuales es a veces difícil discernir los textos que expresan el pensamiento efectivo del autor, de la formulación concisa de las objeciones a las cuales se aprestaba a responder, Lévy-Bruhl distingue de una manera impresionante entre "diferentes clases de participación": a) las dependencias místicas; b) la bi o multipresencia; c) los símbolos; d) la participación del individuo en su grupo y recíprocamente; e) la participación entre el grupo y su totem; f) entre el grupo y los antepasados míticos, y g) entre el grupo y el suelo, etc. (págs. 88-123 y 138-149). No parece dudoso que esos géneros de participación múltiples no sean místicos en el mismo grado, lo cual prepara el terreno a una conclusión que Lévy-Bruhl, como ya lo hemos dicho, no ha sacado, pero que se impone luego de sus infatigables trabajos: la de la diversidad de tipos de sociedades y sus lógicas.

Si bien se puede reprochar a Lévy-Bruhl el haber insistido demasiado en lo "mental" y demasiado poco en el "fenómeno social total" y su estructura, de la cual lo mental forma parte, hay que reconocer, al mismo tiempo, que se ha aproximado sensiblemente a la tipología cualitativa y que, si bien utilizando la comprensión de los sentidos de las conductas colectivas[18], ha superado la anticuada oposición de lo subjetivo y de lo objetivo. Aquí, el pensamiento de Lévy-Bruhl se encuentra con el de Mauss: al igual que este último, ha abandonado el objetivismo del positivismo, pero sin caer en el subjetivismo interpretativo de Max Weber.

---

[18] Véanse mis observaciones en *Morale théorique et science des moeurs* (*op. cit.*, págs. 29 y sig.).

Sin formar una escuela, varios sociólogos, etnólogos y psicólogos franceses han sido influidos por diversos aspectos del pensamiento de Lévy-Bruhl. Debemos citar a Charles Blondel (1876-1939), Albert Bayet (nacido en 1880), Henri Wallon (nacido en 1879), Daniel Essertier (1888-1931), Maurice Leenhardt (1878-1954) y finalmente, por la distinción de los géneros de conocimiento y el esfuerzo para independizar la sociología del saber de toda toma de posición filosófica, al autor de esta reseña.

En Alemania, recordaremos las orientaciones histórico-sociológicas de Wilhelm Dilthey (1833-1912), quien ha sacado a la luz el problema de la "comprensión"; la psicoetnosociología, de tendencia positivista y evolucionista, de Wilhelm Wundt (1832-1920), el autor de la monumental *Völkerpsychologie* (1900-1920, en 10 vol.); algunos autores de segundo orden como A. Schäffle (1931-1903), organicista; L. Gumplowicz (1838-1909), darwinista social; F. Oppenheimer (1864-1943), ecléctico, influido a la vez, por el biologismo, el psicologismo y el proudhonismo. Finalmente, al lado del fundador del formalismo sociológico, Georg Simmel (1858-1918), del cual ya hemos hablado en el primer capítulo de este libro, merecen ser más especialmente mencionados: Ferdinand Tönnies (1855-1936), L. von Wiese (nacido en 1876), Max Scheler (1874-1928), Theodor Litt (nacido en 1880), Karl Mannheim (1893-1947), sin hablar de Max Weber (1864-1920), del cual hemos expuesto más arriba (cap. I) la metodología, pero no las aplicaciones concretas de la misma.

Las concepciones de F. Tönnies son difíciles de clasificar, pues este autor ocupa un puesto intermedio entre el formalismo, el evolucionismo y la filosofía de la historia (*Gemeinschaft und Gesellschaft,* 1887, 2a. ed., 1912, y *Einleitung in die Soziologie,* 1931), sin renunciar a la descripción estadística (*Kritik des öffentlichen Meinung,* 1922). Su oposición de la "comunidad" y de la "sociedad", de la cual se ha abusado tanto en Alemania, está tomada de Hegel y sustituye la de la "familia" (tesis) y la "sociedad civil" (antítesis), aunque rechazando el "Estado" como síntesis; se inspira, además, en la teoría de los instintos y en el vitalismo para la interpretación de la "comunidad"[19], y en el individualismo mecanicista y racionalista de Hobbes para la interpretación de la "sociedad" y de todo lo que es organización. Tönnies identifica su oposición, por una parte, con las fases históricas de desenvolvimiento; por otra, con ciertos grupos particulares y ciertas relaciones sociales [20]; no logra distinguir micro y macrosociología.

---

[19] Ésta no tiene nada que ver ni con el grado medio de la fusión parcial en el Nosotros, que el autor de estas líneas ha opuesto a la Masa y a la Comunión, como elemento microsociológico y que debería ser traducido en alemán como *Gemeinsamkeit,* ni con la comunidad en el sentido de los personalistas católicos que han hecho de ella un ideal.

L. von Wiese, del cual hemos expuesto ya la concepción general de la sociología (cap. I) como teoría de las relaciones interhumanas (*Beziehunghlehre*), trata no sólo de liberar la sociología de la filosofía de la historia, sino también de eliminar toda colaboración entre ella y la historia. Este autor distingue, en las relaciones interhumanas, los "contactos sociales", las "relaciones sociales" propiamente dichas (de acercamiento y alejamiento de diferentes grados) y los "conjuntos sociales" que sólo son combinaciones de las relaciones sociales derivadas de la imaginación concordante de sus miembros; entre esos conjuntos, von Wiese distingue: Masas, Grupos y "Colectivos abstractos" (por ejemplo, las Iglesias, los Estados, las clases sociales, las naciones, etc.). No se puede sino aprobar el esfuerzo de von Wiese para eliminar de su clasificación toda evaluación; pero debemos lamentar, además de su nominalismo, su ficcionalismo, su formalismo y su individualismo, la confusión entre formas de sociabilidad y unidades colectivas reales, la falta de distinción de diferentes criterios de clasificación y la ausencia de toda consideración de la relación entre los aspectos espontáneos, estructurados y organizados de la realidad social, así como también de todo análisis de los planos en profundidad [21].

Apoyándose en su fenomenología de la intuición afectiva, tanto colectiva como individual, Max Scheler ha tratado de distinguir entre "comunidad vital" (*Lebensgemeinschaft*), fundada en el flujo de la experiencia simpática (*Miteinanderfühlen*), "personalidad colectiva compleja", fundada preferentemente en el amor como intuición colectiva de la actualización suprema de los valores (Iglesia y Nación, por ejemplo) y, finalmente, "círculo cultural" (*Kultur-Kreis*); Scheler les ha opuesto, por una parte la "masa", fundada en el "contagio sentimental" y, por otra parte, la "sociedad", fundada en el cálculo racional. Esta clasificación de los cuadros sociales se basa preferentemente en consideraciones psicológicas muy discutibles; confunde varios principios de divisiones y se vincula a segundas intenciones dogmáticas (primacía de las personas colectivas complejas). Mucho más preciosa es la contribución de Scheler a la sociología del conocimiento y a la sociología de la vida moral. Insistiendo con razón en el hecho de que la "puesta en perspectivas sociológicas del saber y la moralidad no prejuzga nada en el problema de su validez", Scheler introduce fructuosas distinciones entre conocimiento filosófico, conocimiento de los Otros, conocimiento científico, por una parte, y, por la otra, entre variaciones de la intuición de los valores, variaciones de los actos de preferencia concernientes a su orden, variaciones de los juicios y de los deberes, variaciones de los modelos (*Vorbilder*) y de las conductas efectivas. Infortunadamente, Scheler no ha logrado vencer una serie de presuposiciones dogmáticas, tales como la preeminencia de la *Kultursoziologie* sobre la *Realsoziologie* —cuya distinción misma es muy discutible— o la estabilidad de la jerarquía de los valores, de la de los géneros de conocimientos y de la de las manifestaciones de la moralidad. Aquí Scheler deja que su toma de posición filosófica triunfe sobre su tendencia al relativismo sociológico [22].

---

[20] Véase nuestra crítica de TÖNNIES en *La voc. act. de la soc.* (2a. ed., vol. I, págs. 226-230).

[21] Para la crítica de las concepciones de VON WIESE, véase *La voc. act. de la soc.* (*op. cit.*, vol. I, págs. 232-245).

A. Vierkand (1867-1954) que, ya tarde, se volvió igualmente hacia la fenomenología, no ha llegado a conclusiones sociológicas de mucho relieve [23].

Inspirándose a la vez en Leibniz, Hegel y la fenomenología, Theodor Litt, en su libro *Individuum und Gemeinschaft* (3a. ed., 1926), ha descripto la reciprocidad de perspectivas entre las conciencias individuales y la conciencia común. Sin embargo, no ha tomado en consideración en este análisis ni las diferencias entre Nosotros, Grupos y Sociedades globales, ni entre estados, opiniones y actos mentales y su coloración, intelectual, emotiva o voluntaria. Además, se ha mantenido exclusivamente en el terreno psicológico, sin plantear ni el problema de las estructuras y de las organizaciones sociales, ni el de las obras culturales. Se ha limitado, pues, a indicar un campo de investigaciones y no ha tocado otras soluciones, tales como la complementaridad, la implicación mutua y las polarizaciones posibles —soluciones que podrían imponerse en las situaciones concretas.

Max Weber ha aplicado su método de comprensión interpretativa de los sentidos internos que conducen a los tipos ideales, en particular a la sociología de las religiones, a la jurídica, a la política y a la económica. Además de *Wirtschaft und Gesellschaft* (1922), de la cual ya hemos hablado y que es su obra principal, Weber ha dejado una importante producción. Nos limitaremos a indicar aquí aquellas de sus obras que interesan directamente a la sociología: *Gesammelte Aufsätze zur Religionssoziologie* (tres volúmenes, 1921; aquí se encuentra, entre otros, su célebre estudio *La ética del protestantismo y el espíritu del capitalismo*), *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre* (1922), *Gesammelte Aufsätze zur Soziologie und Sozialpolitik* (1924), y *Gesammelte Politische Schriften* (1921). A propósito de su tesis según la cual "el protestantismo es una de las causas del capitalismo moderno" (aceptando la fórmula muy prudente y restrictiva de su intérprete francés), nos limitaremos a reproducir el excelente resumen siguiente: "Nunca seguro de su elección, el calvinista busca sus causas aquí abajo. Las encuentra en la prosperidad de su empresa. Pero no puede valerse del éxito para descansar ni utilizar su dinero con fines de lujo o placer. Debe, pues, volver a emplear ese dinero en la empresa: formación del capital por obligación ascética de ahorro. Más aún, sólo el trabajo regular, racional, el cálculo que permite a cada instante darse cuenta de la situación de la empresa y sólo el comercio pacífico, están de acuerdo con el espíritu de esta moral. Pues el calvinista es dueño de sí mismo, desconfía del instinto y las pasiones, es independiente, no tiene confianza más que en sí mismo, estudia y pesa su conducta como debe hacerlo el capitalista[24]". Sin embargo, aun aceptando la interpretación según la cual Weber no tendía a refutar el marxismo oponiéndole una teoría idealista de la historia, sino que quería simplemente hacer resaltar las causalidades múltiples y variables según los tipos sociales, y reconociendo que, en *Wirtschaft und Gesellschaft,* Weber plantea el problema del papel de las clases sociales en la formación de la religión (Weber señala la tendencia general de las clases no privilegiadas hacia las religiones de salvación), hay que reconocer, sin embargo, que su método lo ha llevado a conclusiones falsas. Las obras culturales (incluso la religión) y sus sistematizaciones (en el presente caso, las doctrinas teológicas) son artificialmente separadas del engranaje del fenómeno social total y de su estructura, para ser erigidas en causas —aunque sólo sean parciales— de los comportamientos individuales dispersos y de sus significados subjetivos. Aquí no se ha captado efectivamente la dialéctica de la religión y las otras obras culturales, a la vez productos y productores de la realidad social. ¿Cómo asombrarse de que, en este campo, la tentativa weberiana haya fracasado completamente? En efecto, historiadores tan reputados como R. H. Tawney, en su libro *Religion and the rise of capitalism* (1926) y A. Fanfani, en *Catholicism, protestantism and capitalism,* han demostrado que en los países católicos y no calvinistas, el capitalismo ha tomado un impulso tan grande como en los otros; capitalismo que, por otra parte, ha logrado implantarse sin la menor dificultad en el Japón, a pesar del confucianismo y del budismo.

---

[22] Véanse las obras de SCHELER, *Der Formalismus in der Ethik und die materiale Wertethik* (2a. ed., 1931; trad. francesa de M. de Gandillac, París 1955), *Wesen und Formen der Sympathie* (3a. ed.. 1931), *Moralia, Schriften zur Soziologie und Wissenschaftslehre* (I, 1923), *Die Wissensformen und die Gesellschaft* (1926). Para la exposición y la crítica del conjunto, mis *Tendances actuelles de la philosophie allemande* (2a. ed., 1949, págs. 67-152), *La voc. act.* (2a. ed., *op. cit.*, páginas 230-232) y mi estudio *Le problème de la sociologie de la connaissance* (Revue philosophique, 1958-1959).

[23] Su mérito principal es el de haber organizado y dirigido, en forma muy competente, el excelente *Handwörterbuch der Soziologie* (1931).

En su sociología del Derecho, partiendo de las diferentes sistematizaciones de las reglas del derecho y de las varias representaciones del "orden legítimo" que repercuten en los comportamientos efectivos, Weber se ha convertido involuntariamente en el campeón de una técnica jurídica particular, característica del derecho romano en la época de su cristalización y su penetración por los principios del *imperium* y del *dominium,* en vez de mostrar la relatividad de esta técnica jurídica en relación con los cuadros sociales. La sociología jurídica de Weber, al describir el proceso de la "racionalización", "material" primero, "formal" luego, del derecho, cae en una especie de evolucionismo inesperado. Weber ignora, además, que bajo las reglas jurídicas rígidas y establecidas por organizaciones (leyes y estatutos), existen reglas flexibles vinculadas a las prácticas jurídicas, así como también reglas inventadas *ad hoc*; omite el hecho de que, por debajo de las reglas, están el derecho espontáneo y, finalmente, creencias colectivas vivientes que dan una eficiencia real al derecho y se manifiestan en "hechos normativos" diversos. La sociología del derecho de Weber es todavía mucho menos lograda que su sociología de la religión y que su misma sociología política, no obstante el abuso, en esta última, de los conceptos de carismas, de "tradicionalismo" y de "burocracia".

---

[24] R. Aron, *La sociologie allemande contemporaine* (2a. ed., 1950, páginas 135-141).

Se ha elogiado a Weber por haber tratado de hacer la síntesis entre *sociología sistemática* y *sociología histórica*. Si, por sociología sistemática, se entiende la sociología general, y, por sociología histórica, el estudio de la riqueza de la vida social en su constante devenir, debemos decir que Max Weber ha fracasado en su tarea. Ello es así tanto más cuanto que, bajo la sociología general, se esconde en él la sociología formalista de Simmel —al cual se sentía ligado por su común nominalismo social— y bajo la sociología histórica, se esconde la historia de las sistematizaciones teológicas, jurídicas y otras. Ahora bien, los dos extremos no se han unido sino por la sumisión de la sociología formal a la sociología llamada "cultural" que, a su vez, cedía su puesto a las ciencias sociales especiales. El monumental esfuerzo de Weber se termina, así, con un formidable fracaso desde el punto de vista sociológico; pues la síntesis de la sociología general y de la sociología histórica únicamente podía producirse por la doble superación de la sociología formal —transformada en tipología de los fenómenos sociales totales— y de la sociología histórica— transformada en rama especial de la sociología que estudia la economía y las obras culturales como parte integrante de los fenómenos sociales totales de carácter global.

Después de Max Weber y Scheler, la contribución alemana más importante es la de Karl Mannheim cuyas últimas obras fueron escritas en inglés. Su obra, consagrada principalmente a la sociología del conocimiento, combina las influencias de Marx (particularmente en la interpretación que de ella ha dado un eminente marxista reciente, George Lukacs, en su libro *Geschichte und Klassenbewusstsein*, (1923), Scheler, Weber y el pragmatista norteamericano John Dewey. La obra principal de Mannheim, *Ideologie und Utopie* (1929, 2a. ed. corregida, en inglés, 1936; trad. francesa, 1954), ha sido completada por *Mensch und Gesellschaft im Zeitalter des Aufbaus* (1935); *Diagnosis of our Time* (1943); *Liberty Power and Democratic Planification* (1951), *Essays on the Sociology of Knowledge* (1952) y *Essays on Sociology and Social Psychology* (1953). Estas tres últimas publicaciones son póstumas pero contienen estudios en su mayoría conocidos antes. Podemos asignar al crédito de Mannheim los siguientes puntos: 1) una marcha progresiva hacia la idea de una correlación funcional entre cuadros sociales y conocimiento, de la cual las relaciones de causa a efecto quedarían excluidas; 2) el establecimiento de una correlación del conocimiento, no sólo con las clases sociales, sino con una serie de otros grupos particulares: generaciones, sectas, iglesias, profesiones, escuelas, etc.; 3) la ampliación del campo de la sociología del conocimiento hacia la inclusión de los medios de expresión y comunicación, tales como los signos y los símbolos variables según los medios a los cuales se dirigen, y 4) la conciencia de la posibilidad de una colaboración, tanto negativa como positiva, entre la sociología del conocimiento y la epistemología.

El pasivo de Mannheim concierne esencialmente a los aspectos siguientes: 1) Mannheim es prisionero de los prejuicios según los cuales toda puesta en perspectiva sociológica deterioraría la validez del conocimiento; 2) concentra todos los problemas de la sociología del conocimiento en torno a los de la "ideología" (justificación en el pasado o en el presente de tomas de posición) y de la "utopía" (la misma justificación pero vuelta hacia el futuro), que son, las dos, "situacionalmente trascendentes", es decir, "inadaptadas" a una ocasión o estructura social histórica presente o futura; 3) considera, con un optimismo asombroso, que las *"élites intelectuales"* serían capaces de eliminar el coeficiente social del conocimiento, y 4) no sin ingenuidad, espera que la sociología del conocimiento conduzca a la reconciliación de las diferentes "visiones del mundo" y contribuya a resolver gran número de problemas epistemológicos. Al hacer esto, no parece darse cuenta del peligro extremo de confundir sociología y epistemología [25].

Entre los restantes sociólogos alemanes de la generación precedente, mencionaremos también a Hans Freyer (nacido en 1887), salido del neohegelianismo [26] y a Theodor Geiger (1891-1953), influenciado primeramente por Tönnies y luego por la sociología norteamericana [27].

Para terminar esta brevísima reseña histórica, nos queda por señalar algunos jalones en el desarrollo del pensamiento sociológico británico, por una parte, y del norteamericano por otra, en los primeros decenios del siglo xx, desde la muerte de Spencer.

En Gran Bretaña, asistimos a una rivalidad de influencia entre Benjamín Kidd (1858-1916) —autor de *Social Evolution* (1894), inspirado en el darwinismo— y Graham Wallas (1858-1932) —autor de *Human Nature in Politics* (1908), y de *The Great Society* (1914), que se inclina hacia un empirismo relativista en base a un psicologismo ampliado. Esta rivalidad debía terminar en favor del último; en efecto, un promotor tan importante de la sociología como Harold Laski (1892-1950), se declaraba deudor de Wallas.

[25] Para la exposición crítica de Mannheim, véanse: mi estudio *Le problème de la sociologie de la connaissance* (Revue philosophique, 1958-1959) y la introducción de Paul Kcsemeti en *Essays on the Sociology of Knowledge* (1952, págs. 1-33).

[26] *Soziologie als Wirklichkeitswissenschaft* (1930) y *Einleitung in die Soziologie* (1931).

[27] *Die Masse und ihre Aktion* (1926), *Die soziale Schichtung des Deutschen Volkes* (1932), *Die Klassengesellschaft im Schmelzspiegel* (1949) y *Die Modifikazion der sozialen Schichtungen* (1951); asimismo, *Vorstudien zur Soziologie des Rechts* (1947) e *Ideologie und Wahrheit* (1953).

Por otra parte, la rama británica de la escuela de Le Play, con Patrick Geddes (1854-1932) y Víctor Branford (1864-1930) —fundadores del "grupo de Edimburgo"— así como también Charles Booth (1840-1916), de quien fue colaboradora Beatrix Webb (1858-1943), introdujeron en Gran Bretaña las encuestas empíricas de gran envergadura (*social surveys*). La más célebre fue *Life and Labour of the People of London,* en 17 volúmenes (1889-1903). Rowntree, W. Beveridge, Llewellyn-Smith, A. M. Carr-Saunders y D. Cardog-Jones han participado en una serie de nuevas encuestas.

La enseñanza de la sociología propiamente dicha fue introducida en la "London School of Economics" (fundada en 1895) por L. T. Hobhouse (1864-1929), el autor de *Mind in Evolution* (1901), *Morals in Evolution* (1906), *Elements of Social Justice* (1921) y *Social Development* (1924), para no citar más que sus obras propiamente sociológicas. En colaboración con M. Ginsberg y C. H. Wheeler, publicó en 1915 un estudio descriptivo: *The Material Culture and Social Institutions.* Aun cuando coloca la idea de evolución en el centro de sus investigaciones, Hobhouse toma posición netamente tanto contra Spencer como contra Hegel; insiste en el carácter específico de lo social, en la multiplicidad de sus tipos y en la intervención del esfuerzo humano, que quita todo automatismo a la evolución; su pensamiento tiene por eje la idea de la correlación entre sociedad y razón humana, debiendo la evolución de la primera conducir al triunfo de la segunda. Esta unión del evolucionismo y del racionalismo (ambos susceptibles de ser fuertemente discutidos) como base de la sociología representa el elemento más objetable de la concepción de Hobhouse, que, por otra parte, ha sido un gran inspirador de ideas.

E. A. Westermarck (1862-1939), también profesor de sociología en la "London School of Economics", fue tanto etnógrafo y moralista como sociólogo. Sus obras *The History of Human Marriage* (1894-1898); 2a. ed., 1921, *The Origin and the Development of Moral Ideas* (1906) y *Ethical Relativity* (1932), hacen amplio uso del método comparativo y explotan una mina de riquísimos materiales. Su insistencia sobre el carácter emotivo de las costumbres (de lo cual Westermarck trata, erróneamente, de deducir una filosofía moral) es más convincente que su muy discutible tesis sobre el origen monogámico de la familia.

Morris Ginsberg (nacido en 1889), sucesor de Hobhouse y autor de *The Psychology of Society* (1921), *Studies in Sociology* (1932), *Sociology* (1934), y *Reason and Unreason in Society* (1947), es un sociólogo lleno de espíritu crítico y de penetración. Ginsberg trata de establecer un estrecho contacto entre la sociología y todas las ciencias del hombre, sin renunciar por ello a la colaboración posible entre filosofía y sociología, lo cual no puede sino reforzar el empirismo relativista de esta última[28].

Si en Inglaterra los centros de enseñanza e investigación sociológica se han mantenido escasos, en los Estados Unidos su número se ha hecho muy pronto exuberante. Entre los sociólogos de la anterior generación, al lado de Ward, Ellwood y Ross, cuyos nombres hemos tenido ya ocasión de mencionar, hay que citar a W. C. Summer (1840-1910), autor de *Folkways* (1907) y *The Science of Society* (1927, vols. I-IV, en colaboración con A. G. Keller); A. Small (1854-1926), autor de *General Sociology* (1905) y *Between Eras, from Capitalism to Democracy* (1913); F. H. Giddings (1855-1931), con *Principles of Sociology* (1896), *Descriptive and Historical Sociology* (1911) y *Studies in the Theory of Human Society* (1924) y finalmente, sobre todo, a C. H. Cooley (1864-1929), con *Human Nature and the Social Order* (1902), *Social Organization* (1909) y *Social Process* (1918).

---

[28] Además de sus obras ya citadas, véase *On the Diversity of Morals* (Londres, 1956).

Contrariamente a Ward, Sumner insiste en el papel de los instintos en la evolución social (en particular, habla de los instintos de *self-maintenance, self-perpetuation* y *self-gratification*); describe el paso de las prácticas (*folkways*) a las tradiciones (*customs*), de éstas a las costumbres (*mores*) y de las costumbres a las instituciones; acentúa el carácter lento y más bien automático de las transformaciones sociales y opone los *in-groups* y los *out-groups.* Su mérito reside en la unión que establece entre sociología, etnología e historia, así como también en su orientación empirista y realista. A. Small se ha interesado especialmente en los conflictos y en los modos de cooperación entre grupos (términos con los que describe el "proceso social" que constituía el centro de su investigación). F. H. Giddings, que comenzó con una teoría de la "conciencia de la especie", de la cual la conciencia de clase sería uno de los géneros, se volvió luego hacia el problema de la "opinión pública" unida a los juicios de los miembros de los grupos en lo concerniente a las cuestiones de actualidad. Cada vez más persuadido de la complejidad de la vida social que no puede ser reducida a los solos aspectos psicológicos y se caracteriza por una multiplicidad de conflictos y cohesiones, semejanzas y desemejanzas, en que interviene una pluralidad de factores, Giddings fue el iniciador de una vasta aplicación, a la sociología, tanto de las estadísticas como de las investigaciones empíricas descriptivas.

C. H. Cooley es el más profundo de los autores mencionados y su investigación presenta algunas analogías con la sociología de Durkheim, a la que, sin embargo, no ha conocido. Cooley concentraba su interés en la irreductibilidad de la realidad social a toda otra realidad y la irreductibilidad de las conductas colectivas a las conductas individuales. La tesis principal de Cooley es que es imposible oponer el individuo y la sociedad como alternativas. Son *twin-born* y *twin-developped;* se trata, entonces, de elementos inseparables que nacen y evolucionan al mismo tiempo y que se hallan en relaciones complementarias y de implicación mutua. La vida social se trasciende sin cesar por la producción de los valores y los ideales. "La mayor debilidad del idealismo es que no llega a poner de relieve las totalidades sociales vivientes que dan nacimiento a sus propios ideales." Por otra parte, Cooley ha elaborado la teoría (que ha hecho fortuna en los Estados Unidos) de los "grupos primarios" o íntimos *(face to face)*, opuestos a los "grupos secundarios". Según él, es en los grupos íntimos, tales como la familia, los grupos de juego, de camaradas, de vecinos, etc., que la interpenetración entre individuo y sociedad es particularmente intensa. Si bien recuerda a Durkheim por su tendencia hiper-espiritualista y por su esfuerzo para extraer de la sociología una doctrina moral, Cooley se distingue de él por la falta de elaboración de sus ideas y por la ausencia de todo estudio morfológico y estructural así como de todo contacto con la investigación empírica, la historia y la etnología. Por lo tanto, si se exceptúa su concepción de los "grupos primarios" —la cual ha tenido una influencia más bien lamentable al contribuir a provocar, en los Estados Unidos, un interés muy exagerado por los "grupos pequeños"—, el pensamiento de Cooley no ha tenido mucha resonancia; sin embargo, algunas de sus ideas no son ajenas a las concepciones de G. H. Mead (1863-1932) cuya importancia ya hemos señalado en el primer capítulo.

Contrariamente a Cooley, Mead reduce toda la realidad social a las comunicaciones interindividuales que él interpreta como conversaciones por gestos simbólicos transformados en lenguaje, el cual es un conjunto de "símbolos significativos" que Mead opone a los "símbolos no significativos" (pelea de perros, por ejemplo). La capacidad de captar los símbolos significativos está ligada a la facultad de desempeñar los papeles representados por los Otros, poniéndose así en su lugar y accediendo al mismo tiempo a la facultad de representar su propio papel en la realidad social. Es que los símbolos significativos están ligados a la comprensión del significado de los gestos comunicados a los demás, lo cual presupone la capacidad de desempeñar los mismos papeles. Mead da dos ejemplos privilegiados: por una parte, el equipo deportivo cuyos miembros, en el curso de una competencia, cambian sin cesar de papel y de lugar; por otra parte, un juego de niños organizado (*game*), opuesto al juego espontáneo (*play*). Ahora bien, al dirigirse a los equipos deportivos y a los jardines de infantes para comprender mejor los papeles sociales y los símbolos significativos vinculados a ellos, Mead no advierte que deja así de lado el problema crucial: la diferenciación social y, por lo tanto, la existencia de los papeles sociales privilegiados e inaccesibles, lo mismo que la de los papeles organizados, los impuestos, los regulares y los habituales. Para decirlo todo, Mead deja de lado los papeles sociales estructurales en el momento mismo en que trata de comprender la sociedad según los papeles sociales. El mismo empleo del término "símbolo no significativo" es muy criticable, pues reduce el concepto de símbolo a la manifestación de una actitud, confundiendo el "símbolo significativo" con toda "expresión", sin tener en cuenta la relación entre símbolo y signo inadecuado. La reducción de la acción a la comunicación y de la comunicación al lenguaje delata un profundo racionalismo; además, la reducción de la razón a la sociedad se revela en realidad como la reducción de la sociedad a la universalidad. La disolución de la vida social en la trabazón de los papeles sociales intercambiados conduce nuevamente al individualismo, por una parte, y al nominalismo, por otra, no pudiendo la psicología social más perfeccionada reemplazar a la psicología colectiva, ni, con más razón aún, a la sociología. Así quedan sin respuesta las preguntas: "¿Cómo son posibles las comunicaciones? ¿En qué forma son válidos los símbolos significativos? ¿Cómo se integran los papeles sociales en un conjunto?" Estas reservas no pueden impedirnos reconocer que Mead fue un pensador profundo y penetrante, uno de los más grandes suscitadores de ideas con que se haya beneficiado la sociología norteamericana.

Comenzadas sobre todo después de la guerra de 1914, alrededor de los años 1918-19-20, las investigaciones empíricas de la sociología norteamericana no parecen haber sufrido la influencia de Mead, aunque hayan visto la luz en el ambiente de la Universidad de Chicago. En sus comienzos, ellas no eran, sin embargo, hostiles a la unión con la teoría. Así, la gran encuesta de W. Thomas y F. Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America* (3 vols., 1918-1921) y la de Park, Burgess y Mac Kensie *The City* (1925), sobre el crecimiento rápido de las ciudades, parten de hipótesis teóricas precisas. Esto es también verdad con respecto a *Systematic Source Book of Rural Sociology* (1930-1932), por P. Sorokin, C. Zimmermann y C. Galpin, y a *The Middletown* (1929) y *The Middletown in Transition* (1936), por Robert Lyndt, quien, en su libro *Knowledge for What* (1943), ha denunciado directamente la mecanización de las encuestas empíricas, revelando las implicaciones conformistas inconscientes de la pretendida descripción "para ver".

El exagerado entusiasmo por la "testomanía" y la "cuantofrenia" [29] y la tendencia a transformar la sociología en una sociografía que renuncia a toda explicación, comenzaron a manifestarse solamente hacia 1930 y chocan, por otra parte, desde hace algunos años, con una reacción bastante fuerte.

Ya hemos tenido ocasión de citar los nombres y, a veces, las obras de teóricos norteamericanos de la generación precedente, tales como F. Znaniecki (nacido en 1882), P. A. Sorokin (nacido en 1889), el antropólogo R. Linton (1890-1952) y R. M. Mc Iver (nacido en 1882) [30]. Entre estos autores, el más interesante es, sin discusión, Sorokin, el cual, a una erudición excepcional, une el más agudo sentido de la irreductibilidad de la realidad social a los elementos que la componen y una clara conciencia de la necesidad de la colaboración entre sociología e historia. Se le deben, entre otras, dos obras consagradas a la sociología del conocimiento, *Socio-Cultural Dynamics* (vols. I-IV, 1937-1944), en la que se acumulan materiales empíricos considerables y se estudian "fluctuaciones de los sistemas de verdades" derivados principalmente del conocimiento filosófico y científico, de acuerdo con "sistemas socio-culturales" y *Socio-cultural Causality, Space and Time* (1943), en la cual el espacio y el tiempo son puestos en perspectiva sociológica. Si su teoría de los movimientos cíclicos entre las épocas teológico-intuitiva *(ideational)*, racionalista *(idealist)* y sensualista *(sensate)* demanda serias reservas y si podemos lamentar la acentuación demasiado pronunciada de la "mentalidad cultural" en los cuadros sociales globales, sus análisis concretos son a menudo fructíferos[31].

---

[29] Véase la gran crítica de P. SOROKIN en *Fads and Foibles in Modern Sociology* (1956, págs. 51 y sigs. y 102 y sigs.). La trad. francesa de este libro aparecerá con el título *Les tendances et les déboires de la sociologie américaine* (1959).

[30] *Society* (1931; 2a. ed., 1949), *Social Causation* (1942) y *The Web of Government* (1947).

A la lista de los sociólogos norteamericanos, a la vez teóricos e investigadores empíricos, debemos agregar el nombre del fundador de la sociometría, J. L. Moreno (nacido en 1892), autor de *Who shall survive?* (1ª ed., 1934; 2ª ed. ampliada y corregida, 1952; trad. francesa con el título *Les fondements de la sociométrie,* 1954). Moreno ha reaccionado a un tiempo, contra el behaviorismo, la "cuantofrenia" y el psicoanálisis y ha tratado de captar las expresiones de la espontaneidad social en una forma experimental, en particular por medio de la organización de "psicodramas" y "sociodramas". Ha aportado correcciones esenciales a la concepción racionalista de los "papeles sociales" cuyas bases emotivas ha puesto de relieve; pero no ha conseguido dejar atrás las *interpersonal relations* y penetrar hasta los fenómenos sociales totales y sus estructuras[32]. De los múltiples encuentros de la sociología y del psicoanálisis que han sido intentados en los Estados Unidos (y de los cuales se dará cuenta en un capítulo del segundo tomo de este *Tratado*), sólo mencionaremos aquí la investigación de las variaciones de la "personalidad de base" en las cuales ha insistido A. Kardiner (nacido en 1891), en sus obras escritas en colaboración con R. Linton y que ya citamos: *The Individual and his Society* (1939) y *The Psychological Frontiers of Society* (1945).

Termina aquí nuestra reseña histórica, pues las contribuciones de la generación presente de sociólogos en actividad, en pugna, en evolución y en formación serán discutidas a lo largo de este *Tratado;* asimismo, los aspectos teóricos de esta contribución han sido examinados en mi *Vocation actuelle de la sociologie* (2ª ed., vol. I, 1957) y en varios de mis artículos recientes.

---

[31] A las obras ya citadas de Sorokin, hay que agregar su importante *Social Mobility* (1927).

[32] *Psychodrama* (1946) y *Sociometry, Experimental Method and the Science of Sociometry* (1951). Para la exposición y la crítica de las teorías de Moreno, véase mi estudio *Microsociologie et sociométrie* (La vocation actuelle de la sociologie 2a. ed., vol. I, págs. 246-280), lo mismo que mi artículo *Reflexion sur la sociologie du théâtre* (Les lettres nouvelles, 1956, fasc. 2, págs. 196-210).

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

A) Obras

Aristóteles. *Ethique à Nicomaque.*

Montesquieu. *L'esprit des lois.*

Saint-Simon. *Mémoire sur la science de l'homme.*

Proudhon (P. J.). *De la justice dans la Révolution et dans l'Eglise* (Estudios IV, V y IX).

Marx (Karl). *L'idéologie allemande.*

— *Le 18 brumaire de Louis Bonaparte.*

Comte (A.). *Cours de philosophie positive* (vol. VI).

Spencer (H.). *Principles of Sociology* (vol. I).

Durkheim (E.), Mauss (M.), Lévy-Bruhl (L.), (principales obras citadas en este capítulo).

B) Trabajos

Aron (R). *La sociologie allemande contemporaine* (2ª ed., París, 1950).

— *Essai sur la théorie de l'histoire dans l'Allemagne contemporaine* (París, 1938).

Barnes (H. E.) y Becker (H.). *Social Thought from Lore to Science* (vol. I-II, 2ª ed., Nueva York, 1952).

Blondel (C.). *Introduction à la psychologie collective* (París, 1928, 1ª Parte, cap. III).

Bogardus (E. S.). *The Development of Social Thought* (Nueva York, 1940).

Bouglé (C.). *La sociologie de Proudhon* (París, 1911).

— *Bilan de la sociologie française contemporaine* (París, 1936).

Davy (G.). *Sociologues d'hier et d'aujourd'hui* (2ª ed., París 1949).

Gurvitch (G.). *Saint-Simon, sociologue* (curso roneotipado) (París, 1955, C.D.U.).

— *Proudhon sociologue* (curso roneotipado). (París, 1955, C.D.U.).

— *Tres capítulos de historia de la sociología: Comte, Marx y Spencer.* Trad. esp. Galatea - Nueva Visión, Buenos Aires, 1959.

— *La sociologie du jeune Marx (La vocation actuelle de la sociologie,* 1ª ed., París, 1950, págs. 568-602).

— *Le problème de la conscience collective dans la sociologie de Durkheim (ibid.*, págs. 351-408).

— *L'idée du droit social* (París, 1932, págs. 171-710).

— *Eléments de sociologie juridique* (París, 1940, págs. 33-133).

— y Moore (W. E.) (bajo la dirección de). *La sociologie au XX*^{e} *siècle* (vol. II, París, 1947).

Honigsheim (P.) y Eisermann (G.). *Geschichte der Soziologie (Die Lehre von der Gesellschaft;* bajo la dirección de G. Eisermann; Stuttgart, 1958, págs. 1-64).

House (F. N.). *The Development of Sociology* (Nueva York, 1936).

Lefebvre (H.). *Pour connaître la pensée de Marx* (París, 1948).

Schoeck (H.). *Soziologie. Geschichte ihrer Probleme* (Munich, 1952).

Sorokin (P. A.). *Les théories sociologiques contemporaines* (trad. francesa, París, 1938).

Victoroff (D.). *G. H. Mead, sociologue et philosophe* (París, 1955).

3 SOCIOLOGÍA Y PSICOLOGÍA

ROGER BASTIDE, DIRECTOR DE ESTUDIOS EN LA
ESCUELA PRÁCTICA DE ALTOS ESTUDIOS
(VI SECCIÓN)

El problema de las relaciones entre la psicología y la sociología ha estado, lamentablemente, ligado a uno de esos falsos problemas que Georges Gurvitch denunciara en *La vocation actuelle de la sociologie,* el de las relaciones entre el individuo y la sociedad. Por eso, ha sido necesario liberarse primeramente de ese falso problema para que pudiera establecerse una colaboración provechosa entre psicólogos y sociólogos.

Se puede decir que ha sido la idea de "conciencia colectiva", entrevista primero por la *Völkerpsychologie* y luego por el organicismo, pero enunciada en Francia en términos científicos y no a través de una filosofía romántica o biológica, la que ha permitido la separación de las relaciones entre sociología y psicología del problema de las relaciones entre la conciencia individual y las presiones de la sociedad. En efecto, Durkheim, al afirmar que de la reunión de los individuos nacía una conciencia colectiva que no podía identificarse con la simple adición de las conciencias individuales y al afirmar, en *La division du travail social,* que "la mayor parte de nuestros estados de conciencia derivan... no de la naturaleza psicológica del hombre en general, sino de la manera en que los hombres, una vez asociados, se afectan mutuamente", hacía salir el problema de la colaboración entre dos ciencias vecinas del de las relaciones entre el individuo y la sociedad. Entonces, el problema se hubo de plantear en términos nuevos: ¿Cuáles son las relaciones posibles entre la conciencia colectiva, por un lado, y, por el otro, las manifestaciones mecánicas, orgánicas o anónimas de la sociedad?

Desgraciadamente, estábamos todavía demasiado cerca del viejo problema para que no reapareciese bajo una forma disimulada, el de la preeminencia de los niveles de explicación o de la jerarquía de la realidad. También Tarde, como con acierto lo ha señalado Charles Blondel [1], reconocía la existencia de una psicología colectiva, distinta de la psicología individual, con sus dos grandes categorías informadoras, la lengua y Dios (hoy diríamos: lo sagrado). Pero tendía un puente entre la psicología individual y la psicología colectiva con su teoría de la comunicación interindividual. Durkheim, a su turno, reconocía la existencia de una conciencia individual, pero la reducía a la sensación, a las imágenes de la memoria y a las leyes de asociación de las ideas[2]. Abría luego un foso casi infranqueable entre esta psique individual y la psique colectiva. ¿No demostraban, en efecto, las estadísticas que cuando se pasaba del nivel microscópico de las relaciones interindividuales al nivel macroscópico de los comportamientos de conjunto, se encontraba uno en presencia de realidades irreductibles?[3]. Pero lo que era sólo una observación válida en el orden epistemológico, Durkheim lo traducía en términos existenciales. En efecto, ciertamente admitía, a título puramente teórico, que cabría que fueran idénticas las representaciones individuales y representaciones colectivas, cosa que permitiría "la posibilidad de una psicología enteramente formal que sería una especie de terreno común a la psicología individual y a la sociología" mental. Pero, en el fondo creía que las representaciones colectivas obedecían a sus propios engranajes, los cuales dependían de la explicación sociológica. Sin embargo, los dos, Tarde y Durkheim, habían partido probablemente de la misma filosofía, la monadología de Renouvier. Y, como las conciencias son cerradas unas con respecto a otras, es necesario, o que lo social no sea en último caso más que lo individual comunicado por el lenguaje, o bien que lo individual sea socializado desde afuera por un espíritu colectivo trascendente y superior a los individuos. Había, así, en el uno como en el otro, una "jerarquía de la realidad" que hacía imposible la cooperación de los psicólogos y los sociólogos.

---

[1] *Introduction à la psychologie collective* (págs. 73-88).

Esto lo puso bien de manifiesto el desarrollo de la psicología colectiva durkheimiana, que hubo de conducir a tensiones entre las dos ciencias y no a la cooperación entre ellas. La parte que Durkheim había dejado a la psicología individual pura iba a ser gradualmente disminuida por sus discípulos. Halbwachs demostraba que las necesidades, si bien provenían de la animalidad, sólo se hacían humanas aceptando la jerarquización que de ellas hacían la sociedad o sus diversas clases; de la misma manera, las imágenes del pasado no se transformaban en recuerdos, reconocidos y localizados, sino insertándose en "los cuadros sociales de la memoria". Lévy-Bruhl reconocía que el sistema sensorio-motor es el mismo en todos los hombres; pero las sensaciones puramente físicas no se convierten en percepciones sino pasando a través de una mentalidad colectiva, lo que hace que las percepciones de los "primitivos" se distingan por su naturaleza de las de los "civilizados". C. Blondel, finalmente, hacía soportar tratamientos análogos a la afectividad, a la voluntad y a la personalidad. Lo cual hacía que la sociología no dejase a los psicólogos más que el sueño del hombre dormido, la cenestesia y (al menos provisionalmente, a la espera de Mauss) las técnicas del cuerpo[4].

---

[2] *Représentations individuelles et représentations collectives* (Revue de Métaphysique et de Morale, 1898) y *Sociologie et philosophie* (2a. ed., París, 1951. págs. 1-48).

[3] La psicología contemporánea confirma este dato, pero dejándolo en el plano epistemológico. Véase, por ejemplo, STOETZEL, *Théorie des opinions* (Presses Universitaires de France, 1943): diferencia entre las curvas de las opiniones privadas y públicas.

Era natural que ante esta invasión de un campo que consideraba tradicionalmente suyo, la psicología haya reaccionado. Estaba dispuesta a aceptar que la sociedad sea necesaria al ejercicio de las funciones mentales y que influya sobre su juego, pero se rebelaba contra la idea de una conciencia colectiva que vendría a modelarnos desde afuera y constituiría una realidad extraña por naturaleza al hombre psíquico. Si la vida mental espontánea no posee ninguno de los caracteres esenciales del pensamiento socializado, ¿cómo pueden aplicarse a ella los cuadros sociales? Los cuadros pueden permitir que se ejerzan las funciones psíquicas, pero no pueden crearlas partiendo de la nada. La vida colectiva, por el contrario, no puede existir sino por la comunicación entre los hombres y esta comunicación supone la anterioridad lógica de un pensamiento conceptual. Si las sociedades humanas se distinguen de las sociedades animales, es justamente por la existencia previa, en los hombres, de la facultad de abstraer y de generalizar y, más allá, de la atención voluntaria. Si la razón es hija de la ciudad, es pues, porque, primeramente, la ciudad ha sido hija de la razón[5].

Así, la idea de conciencia colectiva, que hubiera podido hacer posible, entre psicólogos y sociólogos, una cooperación colocada en un terreno más vasto que el de las relaciones entre individuo y sociedad, terminaba, al contrario, agravando el conflicto. Y era así porque esa conciencia colectiva sólo estaba definida bajo su aspecto trascendente. La cooperación no podía nacer en la subordinación de una de las dos ciencias a la otra; y no se efectuará sino a medida que se reemplace el realismo objetivista por el flujo de los fenómenos, por el tiempo vivido en que lo individual y lo social, lo psíquico y lo institucional van a unirse y a interpenetrarse.

Es menester, pues, que veamos cómo se planteaba el problema en las otras sociologías nacionales. No se sorprenda el lector de que en esta exposición histórica dejemos de lado a pensadores tan célebres como Pareto o Mac Dougall. Es que ellos no contribuyen a superar el debate Tarde-Durkheim sobre la jerarquización de lo real. Nuestro proyecto no es hacer una historia, sino buscar, a través de la historia de las relaciones entre psicólogos y sociólogos, los aportes positivos para una coordinación.

---

[4] M. HALBWACHS, *La classe ouvrière et les niveaux de vie: recherches sur la hiérarchie des besoins dans les sociétés industrielles contemporaines* (Alcan, 1913), *Les cadres sociaux de la mémoire* (Presses Universitaires de France, 1925) y *La mémoire collective* (Presses Universitaires de France, 1950); C. BLONDEL, *La mentalité primitive* (Stock, 1926), e *Introduction à la psychologie collective* (A. Collin, 1928), y en el *Tratado de psicología*, de DUMAS (Editorial Kapelusz S. A., Buenos Aires), los capítulos de C. BLONDEL, *Las voliciones* y *La personalidad*.

[5] R. LACOMBE, *La thèse sociologique en psychologie* (Revue de Métaphysique et de Morale, 1926, págs. 351-377).

Ahora bien. Parece ser que los alemanes han aportado tres contribuciones positivas a esta coordinación. En primer lugar, el marxismo, al mostrar que el hombre se construye al mismo tiempo que construye la realidad, introduce la dimensión histórica en las relaciones entre lo psíquico y lo social y, a través de esta dimensión, se hace posible una primera conciliación. En segundo lugar, la fenomenología, al abrir, con Max Scheler, las conciencias cerradas las unas a las otras en la institución afectiva de la simpatía o en los impulsos del amor, nos permite pasar de la comunicación de Tarde a la comunión social y, así, de la trascendencia de la conciencia colectiva a su posible inmanencia; lo social no aparece más como algo externo y añadido al animal, sino en el interior de la experiencia íntima de los sujetos donde no hay ni Yo ni Otros proyectados hacia afuera, sino una relación viva entre los dos. Se podría tal vez hallar un puente entre esta sociología fenomenológica y la de la comprensión interpretativa de Max Weber, para quien las conductas humanas se definen por sus "significados internos". Se ha observado ciertamente que los significados sociales dados por los hombres de sus instituciones no son siempre del mismo orden que los significados individuales y que los dos géneros de significados se avienen difícilmente. Sin embargo, hay que reconocer que Max Weber buscaba esta unión, admitiendo significados culturales que, según él, pueden ser más o menos inconscientes para los individuos. Es de lamentar que haya ignorado otra sociología de la comprensión, la de Lucien Lévy-Bruhl, que mostraba el peligro de la etnocentria en esta búsqueda de los significados. En todo caso, estas diversas tendencias permitían comprender mejor la inmanencia de lo psíquico en lo social y de lo social en lo psíquico, lo que Litt expresaba con el término "reciprocidad de las perspectivas", en un sentido muy diferente, por otra parte, del que Georges Gurvitch le ha dado posteriormente. Finalmente, la tercera contribución positiva sería la de la escuela "cultural" que ve en las "obras", derecho, religión y ciencias, los productos del espíritu colectivo, lo que hace que la conciencia colectiva sea también, para las generaciones que se suceden en el tiempo, una realidad trascendente.

Desdichadamente, estas tendencias diversas no se encuentran unas con otras. Es verdad que la fenomenología hace posible un conocimiento de lo social por dentro, pero ella deja de lado el tiempo histórico, la existencia de algo que pesa sobre las conciencias individuales y las remodela. La escuela cultural, por su parte, demuestra que el espíritu se puede alcanzar por fuera tanto como por dentro, es decir a través del análisis de sus "obras", pero su concepción de la historia resulta un poco limitada al lado de la dialéctica marxista. En una palabra, el pensamiento alemán nos ofrece diversos elementos de un sistema que permitiría un mejor trabajo en común de los sociólogos y de los psicólogos, pero son elementos que permanecen dispares.

Tal vez, lo que impidió a esos elementos reunirse fue el hecho de que estaban integrados en filosofías diferentes. En cambio, la sociología y la psicología norteamericanas quieren ser "empíricas". Ahora bien, ¿qué nos presenta la experiencia? Hombres que actúan en situaciones o configuraciones sociales. G. H. Mead reconoce que el behaviorismo (conductismo) es quien ha permitido volver a ubicar el problema de las relaciones entre la psicología y la sociología en su verdadero terreno, haciendo del comportamiento de los individuos un conjunto de reacciones a estímulos venidos del mundo exterior o del mundo social. La psicología pura estudiaría las respuestas a los estímulos naturales, la psicología social, las respuestas a los estímulos sociales y la sociología esos estímulos sociales. Las relaciones entre estas tres ciencias se plantean, pues, en términos nuevos, de situaciones y ajustes, o de adaptaciones a situaciones. Pero, ¿no hay una diferencia esencial entre los estímulos naturales y los estímulos sociales? El behaviorismo pretende que sólo captamos al prójimo a través de sus gestos y sus palabras, mas esos gestos y esas palabras únicamente nos determinan porque tienen un significado para nosotros; es necesario, pues, reintroducir la conciencia en las reacciones de comportamientos, conservando cuidadosamente la técnica de estudio del behaviorismo. Ahora bien, esta conciencia que se va a reintroducir es la que había sido estudiada por W. James y Baldwin. W. James había sostenido, a la vez, la idea de flujo de la conciencia y la de la permeabilidad de los Yo; sin embargo, esas dos ideas permanecían todavía separadas. Baldwin las reunió demostrando que la permeabilidad de las conciencias las unas en las otras se realizaba justamente en el interior del flujo. La contribución de Cooley y Mead hubo de consistir en operar una nueva síntesis entre el "situacionismo" de los behavioristas y la psicología genética de Baldwin.

La introspección, dice Cooley, nos demuestra que la conciencia del Yo no puede separarse de la de los Otros: *non cogito, sed cogitamus.* Existe, por otra parte, en los grupos primarios, una conciencia social que es más que la suma de las conciencias individuales y que, en los grupos secundarios, se ensancha en opinión pública. Esta conciencia social es el producto de la cooperación, de lo cual resulta que individuo y sociedad sean hermanos gemelos, partes inseparables de un mismo todo orgánico. Mead, a su vez, analiza el proceso en el curso del cual el Yo se forma en la conducta: "El niño se convierte gradualmente en un objeto social en su propia experiencia, y el modo en que actúa respecto de sí mismo es en gran parte análogo al modo en que actúa respecto de los demás." Este análisis del proceso por el cual el Yo y los Otros se forman simultáneamente en la acción social, está acompañado en este autor de un análisis de esta acción social que conduce a la noción de "papel"; el individuo asume diversos papeles, pero ellos le son delegados desde fuera, lo que implica el control de la sociedad sobre nuestros diversos Yo; ese control puede ser creador, cuando el medio social modifica nuestra naturaleza orgánica, pero, recíprocamente, el individuo puede actuar sobre el medio y transformarlo. En resumen, no hay experiencia psicológica individual aislada de la experiencia social, no hay tampoco una experiencia psicológica colectiva trascendente; lo que existe es una experiencia global a la vez individual y colectiva [6].

Mead y Cooley han inspirado a la vez a los psicólogos y a los sociólogos, lo que hizo que en los Estados Unidos fuera posible la cooperación entre los unos y los otros, por lo menos sobre las bases comunes tomadas de estos dos pensadores. Aquí sólo podemos indicar brevemente algunas etapas de esa cooperación.

I. *La definición de la situación.* Lo que había hecho difícil el acercamiento de las dos disciplinas, fue el hecho de que se buscara ese acercamiento en la subordinación. Los norteamericanos, en cambio, lo buscaron en la integración. Los valores, para Thomas y Znaniecki, abarcan todos los objetos sociales que son accesibles a los miembros de un grupo y que (a diferencia de los objetos naturales) tienen un significado para ellos; las actitudes son los procesos de conciencia que determinan la actividad, real o posible, de los individuos en el mundo social; ellas representan la parte opuesta de los valores, el "dentro" con respecto al "fuera", o, si se prefiere, el aspecto subjetivo de la "cultura". Mientras que el psicologismo sólo quiere ver en un hecho social el hecho psicológico general y el sociologismo sólo quiere ver, en las conciencias individuales, la repercusión de la sociedad, "la causa de un fenómeno social o individual no es otro hecho social o individual sino siempre una combinación de los dos" o, mejor aún, "la causa de un valor o de una actitud no es otro valor u otra actitud, sino la combinación de un valor y de una actitud" [7]. La "situación" se encuentra así definida como un fenómeno psicocultural; es, por un lado, un fenómeno psicológico, puesto que contiene elementos afectivos, intelectuales y voluntarios, pero es al mismo tiempo un fenómeno cultural, puesto que los objetos que orientan esos sentimientos, conceptos o acciones son objetos comunes a todos los miembros del grupo y que el comportamiento de cada uno de sus miembros está determinado por el de los otros "actores". Por otra parte, se ha de observar que la situación así definida no se confunde con la definición que cada actor puede dar por sí mismo de esa situación, es decir que si lo psíquico y lo social se hallan integrados, lo social no se reduce, sin embargo, a lo psicológico [8].

II. *El encuentro de la antropología cultural y la psicología.* Con este encuentro, las dos causalidades integradas por Znaniecki iban a separarse para, sin duda, reestructurarse luego, pero esta vez genéticamente. Por medio del estudio comparativo de las civilizaciones, la antropología cultural señalaba: 1) que los comportamientos humanos eran mucho más "respuestas culturales" que "respuestas humanas" (Ruth Benedict); 2) que la personalidad cambiaba en las diversas civilizaciones según la diversidad de los "modelos" culturales propuestos por la educación al niño (H. Mead), por lo tanto, que las actitudes eran producto de los medios sociales, pero también, y 3) que los "cambios sociales", y, en particular, los procesos de "aculturación", multiplicaban las respuestas personales a las situaciones de crisis y que, por consiguiente, las actitudes psíquicas individuales eran un factor activo de la evolución colectiva (Herskovits). Linton y Kardiner se dedicarían a sintetizar esta doble causalidad en un sistema de integración de lo psíquico y lo cultural a estratos superpuestos: el de las "instituciones primarias", es decir, educativas y formadoras de las actitudes —el de la "personalidad de base", que es el estrato de la conciencia, a la vez colectiva, puesto que es común a todas las personalidades formadas por las mismas instituciones primarias, e individual, puesto que la conciencia colectiva no se encuentra más que en las psiquis particulares—; finalmente, el estrato de las "instituciones secundarias" que son los efectos de la conciencia colectiva así definida en el plano institucional. La integración es llevada a punto tal que los mismos fenómenos deben ser hallados partiendo de los métodos psicológicos (Rorschach, biografías, etc.) y partiendo del análisis de la cultura; la psicología no aporta nada que la antropología no haya descubierto ya, pero el antropólogo sólo ha podido hacer hipótesis y el psicólogo hace la verificación experimental de ellas [9].

---

[6] Los libros fundamentales que marcan las etapas de esta creciente cooperación son los de Baldwin, *Interprétation sociale et morale du développement mental* (trad. francesa, 1899). Ch. H. Cooley, *Social Organization* y *Social Process* (Nueva York, 1909 y 1920). G. H. Mead, *Mind, Self and Society* (Chicago, 1934).

[7] Thomas y Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America* (tomo I, Boston, 1918).

III. *La sociología de los grupos pequeños.* Con las tendencias precedentes, hemos superado el nivel de la jerarquización de lo real, pero estamos siempre en el campo de las explicaciones causales. Quedaba por franquear esta última etapa, lo que ha sido, en el fondo, la obra del *gestaltismo* y constituye lo que Lewin ha llamado la revolución copernicana de las ciencias humanas. Lewin considera, en efecto, que el reemplazo de la lógica de las esencias por la de las relaciones, es decir, de la lógica de Aristóteles por la de Galileo, nos impide hacer derivar el comportamiento humano de la "naturaleza" de cada uno de los elementos del grupo tomado separadamente, así como de la "naturaleza" del grupo. Las actitudes psíquicas individuales son función de sus relaciones dinámicas con los diversos aspectos de la situación y no pueden ser comprendidas más que por los conjuntos sociales en que están integrados los individuos. Recíprocamente, los conjuntos sociales sólo pueden ser comprendidos a partir de sus elementos, individuales y colectivos. El análisis funcional suplanta así al proceso causal. No podemos seguir todas las investigaciones que se han hecho en el terreno de la sociología de los grupos pequeños: topología de Lewin, sociometría de Moreno o di-

---

[8] F. ZNANIECKI, *Cultural Sciences* (Urbana, 1952).

[9] Sobre este conjunto de teorías y su análisis crítico, véase M. DUFRENNE, *La personnalité de base* (Presses Universitaires de France, 1953).

námica de los grupos; nos bastaba con señalar, como lo intentamos, la revolución epistemológica que ellas implican.

Sin embargo, se ha de observar que si, por un lado, avanzábamos hacia el acercamiento de las dos ciencias, retrocedíamos por el otro. Mead cometía, tal vez, el error de no ir más allá de la comunicación interindividual para reconocer la existencia de estados de comunión o por lo menos vinculaba la comunicación a los gestos y al lenguaje, es decir, al mundo de los símbolos; el encuentro entre la psicología y la sociología se efectuaba así en el plano de la inteligencia. La sociología de los grupos pequeños, por su parte, establecía muchas relaciones funcionales entre la psicología individual y la psicología colectiva, pero para ella, como para Kardiner, "la única psicología que está directamente en relación con la sociología es aquella cuyo interés principal se dirige hacia la vida afectiva y emocional"[10] (espontaneidad, de Moreno; conflictos dinámicos o tensiones de los campos estructurales, de Lewin, etc.). En resumen, la reconciliación de la psicología y la sociología se hacía, pues, dividiendo al hombre en dos mitades heterogéneas. Por consiguiente, la psicología social norteamericana sólo puede servirnos en nuestra tarea de integración de las dos disciplinas vecinas con la condición de que la superemos a nuestra vez.

En Francia, fue Marcel Mauss quien, en 1924, y luego del período de luchas entre imperialismos rivales, concluyó el primer tratado de paz que permitió la colaboración de los psicólogos y los sociólogos.

La circunstancia era entonces favorable. Los psicólogos habían eliminado sucesivamente la teoría de las funciones separadas e independientes, el asociacionismo que explicaba los hechos psíquicos por la agrupación de elementos autónomos, y la concepción sintética tendía a hacer predominar la idea del "hombre total" sobre la del hombre dividido. La sociología, por su lado, había rechazado las explicaciones unilaterales que daban el predominio a tal o cual factor, demográfico, económico, religioso, para descubrir con Mauss los fenómenos sociales totales que unifican todos esos factores en su funcionamiento global: "(los psicólogos) sienten vivamente su privilegio y, sobre todo los psicopatólogos, tienen la certeza de estudiar lo concreto. Todos estudian o debieran observar el comportamiento de seres totales y no divididos en facultades. Hay que imitarlos. El estudio de lo concreto, que es lo completo, es posible, más cautivante y más explicativo aún en sociología. Observamos reacciones completas y complejas de cantidades numéricamente definidas de hombres, de seres completos y complejos. Nosotros también describimos lo que son, en sus organismos y sus *psychai*..."[11] Esta noción de hecho social total iba a ser, pues, el punto de unión entre una psicología concreta y una sociología igualmente concreta que se encontraban en la mediación del funcionamiento y del flujo de lo vivido: "Son todos, sistemas sociales íntegros cuyo funcionamiento hemos tratado de definir. Hemos visto sociedades en estado dinámico o fisiológico. No las hemos estudiado como si estuvieran solidificadas... y menos todavía las hemos descompuesto y disecado... Es considerando el todo en conjunto que hemos podido percibir lo esencial, el movimiento del todo, el aspecto vivo, el instante fugitivo en que la sociedad y en que los hombres adquieren conciencia sentimental de sí mismos y de su situación frente a los demás"[12].

---

[10] Citado por G. Gurvitch en *La vocation actuelle de la sociologie* (París, 1957, 2a. ed., vol. I, págs. 44-45).

[11] M. Mauss, *Essai sur le don* (Sociologie et anthropologie, Presses Universitaires de France, 1950, pág. 276).

Hemos de recordar los artículos principales de ese tratado de paz y colaboración, que fue posible merced a la convergencia de la psicología globalista con la sociología de los fenómenos totales[13].

En primer lugar, la psicología y la sociología tienen un terreno diferente. Ante todo, no hay sólo una psicología del hombre, sino también una psicología del animal. Del mismo modo, no hay sólo una sociología de las representaciones colectivas, sino que detrás del espíritu del grupo, está el grupo, su extensión en el espacio, su funcionamiento y su historia. Desde este triple punto de vista, morfológico, estadístico e histórico, la sociología no tiene nada de común con la psicología. Pero al lado de esos campos bien separados, hay todo un sector común que depende a la vez del psicólogo y del sociólogo, el de las representaciones y las prácticas colectivas. Georges Gurvitch ha expresado muy bien el modo en que Mauss encara las relaciones entre las dos ciencias simbolizándolas por dos círculos que se cortan de manera que sólo se superponen parcialmente.

Es en este terreno común que la colaboración debe reemplazar a la tensión. Todos los progresos realizados por la psicología en el análisis de los elementos de la conciencia o en el análisis de la agrupación de esos elementos permite progresos paralelos de la sociología. Mauss da como ejemplos de ello las nociones de vigor mental, de psicosis, de actividad simbólica del espíritu y de instinto. Recíprocamente, la sociología puede aportar a la psicología una contribución entre las más importantes. Mientras que el psicólogo sólo capta el simbolismo raras veces y, en general, únicamente en las conductas patológicas, el sociólogo lo capta de manera constante y en inmensas series de hechos normales, de la mitología al lenguaje. Del mismo modo, el estudio del ritmo sólo podrá avanzar cuando su análisis, en vez de aplicarse a un solo individuo, tenga en cuenta su carácter social. En el fondo, no hay hecho social de naturaleza psíquica que no pueda instruir al psicólogo, pues el sociólogo, al despojarlo de sus variantes individuales, lo ofrece a la consideración del psicólogo en su esencia, en cierto modo, en su pureza fundamental.

---

[12] *Id., ibíd.* (pág. 275).

[13] M. Mauss, *Rapports réels et pratiques de la psychologie et de la sociologie* (Sociologie et anthropologie, págs. 281-310).

Pero, ¿cómo hacer pasar esta colaboración de la teoría a la práctica? La respuesta es: por una verdadera revolución de la psicología: "En realidad, en nuestra ciencia, en sociología, encontramos raras veces o casi nunca, salvo en materia de literatura pura, de ciencia pura, al hombre dividido en facultades. Tratamos siempre con su cuerpo y con su mentalidad íntegros, presentados a un tiempo y de un solo golpe. En el fondo, cuerpo, alma, sociedad, todo aquí se mezcla. Los que nos interesan ya no son hechos especiales de tal o cual parte de la mentalidad, son hechos de un orden muy complejo, el más complejo imaginable. Son lo que yo propongo llamar fenómenos de totalidad, en los que toman parte, no solamente el grupo, sino también, a través de él, todas las personalidades, todos los individuos en su integridad moral, social, mental y, especialmente, corporal o material. Pero el estudio de estos fenómenos complejos requiere, precisamente de vuestra parte, un cierto número de progresos." En resumen, cabría comparar las relaciones entre la psicología y la sociología con el problema de las relaciones entre las matemáticas y la sociología. Los sociólogos, para dar a su disciplina un carácter más científico, hicieron un llamado a las matemáticas ya creadas y los resultados fueron decepcionantes; hoy dirigen a las matemáticas, preguntas precisas y les piden que inventen nuevas técnicas que pueden ayudar a darles una respuesta. Del mismo modo, los sociólogos, digamos de Tarde a Malinowski, han pedido a una psicología que no estaba hecha para ellos, datos considerados sabidos, y aquí también la sociología ha tomado un camino equivocado. Es menester, por el contrario, que planteen a los psicólogos interrogantes precisos (Mauss da dos ejemplos, el del hombre total para la elaboración de la sociología de las sociedades modernas y el de la espera para una sociología de la magia), y que el psicólogo forje instrumentos nuevos. La psicología no hará progresar la sociología sino con la condición de que la sociología, a su vez, la haga, al mismo tiempo, progresar.

En una palabra, la colaboración es, si se me permite el término, interfecundante, *en la medida en que se hace programática.* Éste es, en mi opinión, el aporte esencial de Mauss. Debemos preguntarnos, pues, qué se ha realizado, del programa propuesto por él, desde su conferencia sobre las *Relaciones reales y prácticas de la psicología y la sociología.*

I. *El aporte de la psicología.* Piaget ha intentado la integración de la psicología y la sociología en los dos planos de la psique individual y de la psique colectiva. Se habla mucho de la socialización del niño, pero esta socialización no ocurre según los mismos procesos en las diversas etapas de su desarrollo. Nuestro autor distingue tres estratos de la evolución intelectual, aquel en que dominan las funciones sensoriomotrices, aquel otro en que domina el pensamiento representativo y aquel, en que dominan por fin, las operaciones mentales. La sociedad interviene en cada una de estas tres etapas, pero en la primera, bajo la forma de la imitación, en la última, bajo la del intercambio y la cooperación; la etapa intermedia, que llama "egocéntrica", es la de la función simbólica, oscilante entre el símbolo individual y el símbolo colectivo; pero lo que lo define sobre todo es el hecho de que el niño, en este período de su desarrollo, asimila a su propia actividad lo que le viene de afuera y confunde el punto de vista de los demás con el suyo. Así, cuanto más nos elevemos de los niveles elementales a los niveles superiores de la actividad intelectual, más imposible se hace la separación de lo social y lo individual; en la cima, son los dos aspectos indisociables de un mismo instrumento de coordinación.

Pero esta psicología socializante se acompaña de una sociología psicologizante. Se puede, en efecto, generalizar de la psique individual a la psique colectiva la ley hallada en psicología genética. Esta última psique pasará por las mismas etapas de evolución: las técnicas, las ideologías sociocéntricas y el pensamiento científico; y, así como el desarrollo del niño es función del paso de la familia a los grupos de cooperación, como el grupo de juego, del mismo modo el desarrollo de la psique colectiva es función del paso de los grupos tradicionales a los grupos de asociación [14].

Con H. Wallon, daremos un paso más. Se recordará que la escuela durkheimiana terminaba, con Ch. Blondel, haciendo de la emotividad algo puramente psicológico. H. Wallon, por el contrario, hará de ella el primer instrumento de la comunicación entre los hombres; tal vez el estudio que los etnólogos han realizado de las ceremonias religiosas entre los pueblos arcaicos como instrumento de comunión social le ha servido de punto de partida; en todo caso, es por medio de la psicología genética que lo va a establecer. El niño comienza por un estado de comunión total entre su medio y su conciencia, un estado de indiferenciación entre el individuo y el grupo, estado que Wallon designa con el nombre afortunado de "sincretismo primitivo". La interiorización, es decir, la construcción del "Yo" y la exteriorización, es decir, la construcción del "socius", luego de esta primera indiferenciación, se hacen paralelamente; pero desde el momento que se ha partido de una misma realidad, el "socius" será siempre de la misma naturaleza que el "Yo". No podemos seguir a Wallon en esta doble construcción simultánea que hace que, por medio de la asimilación a sus diversos medios, la psique del individuo se sumerja en el espíritu colectivo mientras se individualiza debido a los papeles que está llamado a representar en el interior de los grupos. Solamente observaremos que si la sociedad, bajo su forma "larvada" de un "socius" pertenece a la "sustancia misma del psiquismo individual", entonces, contrariamente a Durkheim, la comunicación es posible por esta razón, no porque un pensamiento social se agregue desde afuera al pensamiento individual. Aquí, la psicología encuentra la sociología de Georges Gurvitch, como lo veremos dentro de un instante. Sin embargo, agrega Wallon, el hecho de que el niño sea genéticamente un ser social, no le da desde el comienzo la posesión de un patrimonio común y también es menester situar al individuo dentro de los cuadros de su civilización que lo supera. Esto da lugar a que las relaciones entre la psicología y la sociología no puedan reducirse a las relaciones subjetivas entre las personas y también aquí la psicología encuentra las conclusiones de la sociología de G. Gurvitch [15].

---

[14] Todos o casi todos los libros de J. Piaget deberían ser citados aquí. Nosotros nos contentaremos con indicar como más especialmente importantes para nuestro tema, *Epistémologie génétique* (t. III, Presses Universitaires de France) y el artículo *Pensée égocentrique et pensée sociocentrique* (Cahiers internationaux de sociologie, vol. X, 1951).

Si la psicología genética nos conduce a una integración de la psicología y la sociología, lo mismo ocurre con la psicología histórica. Cuando A. Comte condenó la psicología introspectiva, lo hizo para dejar el puesto vacante a la "síntesis subjetiva". El espíritu puede ser conocido, pero a través de sus obras, y es reflexionando sobre los productos del trabajo humano que es posible llegar al conocimiento de sí mismo [16]. Pero si Comte había entrevisto un método capaz de integrar la psicología en la sociología, no se había interesado más que en las estructuras intelectuales captadas a través de las obras religiosas o científicas. Meyerson nos demuestra, con ayuda de ejemplos significativos, que se pueden analizar todas las funciones psíquicas a través de las obras culturales, puesto que "los actos de los hombres conducen a instituciones y a obras", pero también que esas obras reaccionan sobre los comportamientos humanos para institucionalizarlos. Una psicología semejante, comparativa e histórica, nos permite separarnos de la llamada psicología general que quisiera conocer al hombre *sub specie aeternitatis* y comprender los mecanismos de aparición y de transformación de nuestras diversas funciones: memoria, imaginación, noción de persona, percepción del mundo exterior... El espíritu, en efecto, se construye al construir sus obras, mitos o técnicas, ciencias o bellas artes. Pero Meyerson no se ha contentado con dar algunos ejemplos de esta psicología histórica, sino que ha establecido sólidamente su principio: los actos humanos son significativos y porque son significativos sólo pueden ser comprendidos por sus significados, cristalizados en objetos sociales. O, más exactamente, que se cristalizan, descristalizan y recristalizan a lo largo del tiempo. También aquí la psicología encuentra las nociones de la sociología contemporánea que ve, en el plano de los signos y los símbolos, el punto principal de encuentro e integración de las dos ciencias [17].

II. *El aporte de la antropología.* Lévi-Strauss partió de Mauss, pero dice que el hecho social es más que una simple síntesis de elementos discontinuos, forma un sistema que se encarna en una experiencia individual; en el hombre y solamente en el hombre se integran las tres dimensiones, la sociológica con sus aspectos sincrónicos y la histórica con sus aspectos diacrónico y psicofisiológico. Sin embargo, esta integración no impide que las diversas formas de expresión del hombre, desde los reflejos hasta las representaciones, individuales o colectivas, sea en definitiva cosa social. En resumen, el hecho social total sólo puede ser captado en una experiencia individual concreta, pero los diversos elementos de esta experiencia concreta únicamente bajo forma de hecho social pueden formar una totalidad. Para comprenderla es, pues, menester captarla a la vez desde dentro y desde afuera. El lugar eminente de la etnografía se debe al hecho de que ésta nos permite reconciliar los dos imperativos, el de la subjetividad y el de la objetividad. En efecto, "toda sociedad diferente de la nuestra es objeto" y sabemos cuán múltiples son las sociedades que interesan al etnólogo; "pero esta serie ilimitada de objetos, que constituye el objeto de la etnografía, y que el sujeto debería arrancar dolorosamente de sí mismo si la diversidad de las costumbres y de los usos no lo pusiera en presencia de una división hecha por anticipado, la cicatrización histórica o geográfica no podría nunca hacerle olvidar... que proceden de él y que su análisis, conducido con la mayor objetividad, no podría dejar de reintegrarlos a la subjetividad" [18]. Mas, ¿cómo penetrar en subjetividades que pertenecen a pueblos diferentes? Queda por resolver esta dificultad que presenta la búsqueda de las estructuras fundamentales. En efecto, el análisis estructural de los usos, de las instituciones y de las conductas, permitiría descubrir ciertas analogías entre manifestaciones de la vida en sociedad, muy alejadas en apariencia las unas de las otras, pero esas estructuras sociales no son sino la "objetivación" de estructuras mentales (y quizás hasta psicofisiológicas, es decir, impresas en la estructura de los centros nerviosos) [19], lo cual hace que encontremos aquí también un privilegio de la etnografía, el de hacernos alcanzar, con el método comparativo, la actividad formal del espíritu. Para Lévi-Strauss, la conciencia colectiva no consistiría pues, en contenidos diversos y movientes, sino en "formas" inconscientes (y por consiguiente accesibles sólo por intermedio del análisis objetivo de las diversas civilizaciones): "La actividad inconsciente del espíritu consiste en imponer formas a un contenido, y esas formas son fundamentalmente las mismas para todos los espíritus, antiguos y modernos, primitivos y civilizados" [20]. Si nos estuviera permitida una interpretación de este pensamiento, diríamos que M. Lévi-Strauss repite la tentativa kantiana de la *Crítica de la Razón Pura* (ese mismo Kant, por otra parte, que escribió una *Antropología*, actualmente demasiado olvidada), pero mientras Kant trata de encontrar las categorías de la razón, también ellas vacías e inconscientes, a través del análisis de las diversas ciencias occidentales, lo cual hace que no pueda alcanzar más que "nuestra" subjetividad, Lévi-Strauss trata de hallar las estructuras fundamentales del espíritu humano en lo que éste tiene de universal, a través del análisis de las nociones, aparentemente caóticas, de la etnografía. En una palabra, mientras Meyerson, más heracliteano, parte de las "obras" culturales para captar las metamorfosis de las funciones psicológicas, Lévi-Strauss, más eleático, se sirve de ellas para descubrir las bases de una psicología formal y general.

---

[15] H. Wallon, *L'évolution psychologique de l'enfant* y *Les origines du caractère chez l'enfant* (Presses Universitaires de France). *L'étude psychologique et sociologique de l'enfant* y *Les milieux, les groupes et la psychogenèse de l'enfant* (Cahiers internationaux de sociologie, vols. III y XVI).

[16] J. Lacroix, *La sociologie d'A. Comte* (Presses Universitaires de France, 1956, págs. 50-59).

[17] I. Meyerson, *Les fonctions psychologiques et les oeuvres* (Vrin, 1948).

---

[18] LÉVI-STRAUSS, *Introduction à l'oeuvre de Mauss* (Mauss, *op. cit.*, páginas XXIX-XXX).

[19] *Anthropologie structurale* (Plon, 1958, págs. 106 y 223).

[20] *Histoire et ethnologie* (Revue de Métaphysique et de Morale, LIV, 3-4, 1949, pág. 386).

III. *Los datos de la sociología.* Al hacer de la sociología la ciencia de la libertad y de los obstáculos que ésta encuentra, Georges Gurvitch da a los actos la preeminencia sobre las obras y por eso, como a Marx y Mauss, la separación de las ciencias humanas le parece enteramente relativa. Reconoce, ciertamente, a la psicología y a la sociología campos que, por lo menos actualmente, no se recubren todavía; el ideal hacia el cual se tiende, y nadie ha hecho más que él para realizarlo, es aumentar el área en que las dos ciencias se integran definitivamente.

La psicología norteamericana ha comenzado esta integración, pero es menester superarla si queremos desembarazarnos del falso problema: individuo contra sociedad. La conciencia colectiva existe al lado de la conciencia individual y esto hace que el establecimiento de relaciones reales entre la psicología y la sociología se efectúe tanto en el campo de las relaciones entre la conciencia colectiva y los grupos, como en el de las relaciones entre las conciencias individuales y las estructuras o situaciones sociales, y en el de las relaciones entre esas conciencias individuales y la conciencia colectiva. Pero esa conciencia colectiva nunca es solamente trascendente, sino que es siempre también inmanente a los individuos. "En las profundidades más íntimas de nuestro yo encontramos la conciencia colectiva, e inversamente, comprobamos que, en los estados más intensos, esas conciencias colectivas dejan de ejercer una presión sobre las conciencias individuales. Las conciencias colectivas están en cada uno de nosotros y cada uno de nosotros está en las conciencias colectivas"[21]. De ahí el principio de reciprocidad de perspectivas, al cual volveremos dentro de un instante. Antes debemos observar, en efecto, que la conciencia colectiva, al cesar de ser únicamente trascendente, cesa de ser únicamente constreñidora y es flujo, evolución incesante y perpetua creación. La invención y la libertad dependen de la sociología tanto como de la psicología.

No se puede establecer desde ahora una alternativa entre psicología individual y psicología colectiva; y menos aún reducir las dos a la psicología social, la de las relaciones entre el *ego* y el *socius*, pues las relaciones entre los individuos se establecen siempre en el seno de un Nosotros. La comunicación, como lo ha demostrado Mead, ciertamente sólo es posible a través de los símbolos, pero son los diversos Nosotros los que ofrecen a los individuos los símbolos que les permiten entrar en contacto: "En el fondo, no existe en el flujo psíquico efectivamente experimentado, ni conciencia individual, ni conciencia de los demás, ni tampoco conciencia colectiva. Existen acentuaciones del "yo" que se construye como una tendencia hacia la conciencia individual; una acentuación de la *comunicación* entre el "yo" y los "otros" que se construye como un proceso intermental y una acentuación del Nosotros, como tendencia hacia la conciencia o la "mentalidad colectiva" [22]. De esto resulta que, junto al principio de la reciprocidad de perspectivas jugaría también, en la trama viviente del flujo de lo psíquico, la dialéctica de la ambigüedad y la polarización. Y es este principio de polarización el que impide que la integración de lo psicológico y sociológico se torne pura confusión, haciendo caer al investigador, sea en el error del psicologismo, o bien en el del sociologismo.

---

[21] G. GURVITCH, *La vocation...* (2a. ed., vol. I, pág. 108).

Podemos, pues, volver ahora al principio de la reciprocidad de las perspectivas. Georges Gurvitch ha definido, según el modelo de los fenómenos sociales totales, lo que llama "los fenómenos psíquicos totales". Observa que la psicología contemporánea está en plena crisis de crecimiento y que los psicólogos no están de acuerdo sobre la cuestión de saber si el Yo (*Je*) es más psíquico que el Mi (*Moi*), lo intelectual o lo voluntario que lo afectivo, lo inconsciente que lo consciente, los actos que los estados mentales. Es que, en verdad, "lo psíquico, hablando en general, es un drama de tensión creciente y decreciente hacia la reacción espontánea, que puede ser, por otra parte, individual, interpersonal o colectiva, preferentemente las tres cosas a la vez. Tenemos, en lo psíquico, no sólo grados crecientes y decrecientes de tensión hacia la espontaneidad, sino también tendencias entrecruzadas hacia lo colectivo (Nosotros, grupos, clases, sociedades globales), lo interpersonal (interindividual o intergrupal) y lo individual. En estas condiciones, el concepto de fenómeno psíquiso total podría aparecer como particularmente en su lugar, puesto que comprende, a la vez, todos los grados de lo psíquico, todas sus colaboraciones, todas sus manifestaciones inconscientes, conscientes y subconscientes; todas sus tendencias hacia lo colectivo, lo interpersonal y hacia lo individual; en fin, el conjunto de las situaciones conflictuales en que se inserta lo psíquico" [23]. Este texto es muy importante, porque demuestra que la sociología suministra a la psicología el esquema de clasificación y comprensión de los estados psíquicos. Y ésta es justamente la consecuencia de la reciprocidad de perspectivas. ¿Qué nos muestra, en efecto, la sociología? Primeramente, que hay tres géneros de tipos sociales: microsociológicos, grupos y sociedades globales. A cada orden de esta tipología, corresponde una psicología diferente. Por ejemplo, para las formas de la sociabilidad, masa, comunidad y comunión, tres grados de profundidad del yo, desde el yonúmero hasta el yo verdaderamente personal de la comunión; a cada grupo, como la clase social, o a cada sociedad, como las sociedades carismáticas, corresponden igualmente conciencias colectivas, de clases o de *etnias*, mentalidades propias. Si se pasa de la tipología a la sociología profunda, vemos igualmente que a cada plano de lo social, o casi, corresponde un plano de lo psíquico; por ejemplo, en el plano de las actitudes, las actitudes de los individuos cambian según los grupos a los cuales pertenecen y que les imponen papeles diferentes. Lo mismo ocurre en los otros planos de la realidad. Pero si la vida psíquica se manifiesta así en todos los planos de la realidad social, si hay que situarla siempre en el ser social, ello no excluye que se la pueda estudiar de manera independiente. Sólo el paralelismo establecido entre la psicología y la sociología confirma el hecho de que psiquismo individual y psiquismo colectivo tienen las mismas capacidades y las mismas estructuras.

---

[22] Así, las relaciones de subordinación se tornan simples diferencias de acentuación en una realidad total.

[23] *Les phénomènes sociaux totaux et la science de l'homme* (Esprit, mayo de 1956, págs. 390-7); asimismo, *La vocation...* (2a. ed., vol. I, págs. 21-22, 46-47 y 106-113).

Las querellas que pueden levantar, unas contra otras, algunas de las teorías que acabamos de resumir no deben engañarnos. En los diversos países, y en todos los planos de la investigación, hay una convergencia de evolución notable y es sólo esta convergencia de evolución lo que queríamos hacer aparecer. Podemos resumirla en dos leyes:

1. En la época de Tarde y Durkheim, el conflicto provenía del hecho de que psicólogos y sociólogos no se colocaban en el mismo terreno; la psicología colectiva era una psicología del hombre concreto, la psicología individual una psicología del hombre en general. La integración sólo se efectuó en la medida en que psicólogos y sociólogos se han ubicado, unos y otros, en lo concreto. Habría que hacer quizás una excepción con Levi-Strauss, el cual, como lo hemos visto, busca las estructuras formales del espíritu, pero —si nos referimos a sus *Structures élémentaires de la parenté*— vemos, para emplear el lenguaje kantiano que utilizamos al definir su tarea, que la etnografía nos coloca más en el "esquematismo" que en lo "analítico". Es decir, nos coloca más en el campo intermedio de la inserción de lo estructural en lo concreto, que en lo abstracto propiamente dicho.

2. Si volvemos a tomar la imagen de Georges Gurvitch, de los dos círculos que se cortan, vemos que el sector común a los dos ha ido ensanchándose sin cesar, en detrimento de las partes exteriores y que aún esas partes exteriores nos aparecen sólo como "acentuaciones", a partir del centro de la parte secante, de una realidad polarizada sea hacia la psique individual, sea hacia la psique colectiva.

Tales son las relaciones *reales* entre la psicología contemporánea y la sociología de hoy. ¿Cuáles son las consecuencias de ellas para sus relaciones *prácticas?* Ésta es para nosotros la cuestión esencial, en el momento en que se confrontan las dos ciencias.

Primeramente la sociología advierte a los psicólogos contra sus pretensiones de construir una psicología general y abstracta que definiría la naturaleza humana como común denominador de todas las formas de lo social. La psicología experimental, y hasta la psicología fisiológica, que quieren alcanzar, detrás de las percepciones, los recuerdos o las actitudes, los mecanismos, los procesos y las leyes generales de la percepción, de la memoria o de la actividad, corren el riesgo de generalizar lo que solamente es válido en el interior de una sola civilización o de un momento de la duración histórica. Los *tests* y las experiencias de laboratorio son también, como la ciencia o la religión, "obras culturales" y no pueden alcanzar más que las estructuras de la propia cultura que las construye. Nosotros no captamos nunca, a través de ellos o de ellas, más que conductas; ahora bien, el concepto de "fenómeno psicológico total" nos recuerda aquí oportunamente que esas conductas, aunque simplificadas por los aparatos del laboratorio, son conductas en que el cuerpo, la psique individual y la sociedad están inextricablemente mezclados y actúan y reaccionan unos sobre otros. Y luego, que esas conductas son interpretadas a través de la teoría del aparato y, por lo tanto, a través de un sistema de conceptos propios de una cierta civilización. Estas observaciones no significan, naturalmente, que rechacemos ese género de investigaciones, sino simplemente que debemos completar su resultado con la fórmula consagrada en las ciencias naturales "todas las condiciones iguales" y que esas condiciones iguales, correspondan, en las ciencias del hombre, a condiciones sociales.

Este primer punto no merece una presentación más extensa. Pero hay un segundo tipo de relaciones prácticas que, así nos parece, no ha atraído bastante la atención de los sabios de una y otra disciplinas: las relaciones complementarias. Los sociólogos se ven llevados a hacer preguntas a los psicólogos, como, por ejemplo, según lo hemos dicho más arriba, Marcel Mauss, que reclamaba una psicología de la espera para captar mejor los fenómenos de magia. Ahora bien, a falta de una respuesta de los psicólogos, los sociólogos se han visto obligados a referirse a otra psicología, que ya había sido hecha, la de la ansiedad o la angustia. Quizás han hecho bien, pero también es posible que hayan sido llevados a conclusiones erróneas, por no disponer de ese estudio de la espera que Mauss reclamaba. Del mismo modo, Georges Gurvitch dice cuán interesante sería un estudio del escándalo para captar mejor, en lo vivo, la mentalidad colectiva en rebelión contra sus obras. El psicólogo puede también verse llevado por sus propias investigaciones a hacer preguntas precisas a los sociólogos. Pero no vemos todavía entablarse —salvo muy raras veces— un diálogo constructivo entre psicólogos y sociólogos.

No olvido que existen, sobre todo en el sector etnográfico, equipos compuestos de psicólogos y sociólogos que trabajan de concierto en una misma realidad, social y cultural. Pero, como lo observa Levi-Strauss, el psicólogo no hace, en general, más que confirmar, por otros procedimientos, lo que el antropólogo ya sabía. Y sin duda, esta confirmación tiene evidentemente su interés. A menos que provenga del hecho de que unos y otros parten de las mismas presuposiciones y estructuras, o sea las del pensamiento occidental. No hacemos alusión a otro tipo de trabajo de equipo, que consistiría en hacerse mutuamente, sobre puntos bien determinados, preguntas netamente orientadas. La sociología haría así avanzar a la psicología, haciéndole abordar campos todavía mal explorados, y, recíprocamente, esos progresos de la psicología, podrían traer progresos correspondientes de la sociología. El ejemplo de las relaciones entre el psicoanálisis y la sociología es plenamente típico a este respecto; nos encontramos actualmente en presencia de psicoanalistas que hacen mala sociología y de sociólogos que hacen mal psicoanálisis (porque los psicoanalistas tienen necesidad de la sociología y los sociólogos, a su vez, tienen necesidad del psicoanálisis para comprender ciertos fenómenos, sea psicoanalíticos o sociales), en lugar de trabajar de concierto, haciéndose *modestamente* preguntas sobre los puntos oscuros de sus respectivas investigaciones.

Finalmente, la reciprocidad de perspectivas nos ofrece un método de investigación que nos parece particularmente fecundo. Cada vez que nos encontramos ante sociedades, instituciones, organizaciones cristalizadas, estructuras rígidas, lo social nos es más fácilmente accesible que lo psíquico; por consiguiente (sobre todo si se trata de sociedades desaparecidas o diferentes de las nuestras), hay que partir de lo externo para ir hacia lo interno, de las obras para ir hacia el espíritu, y el método que debemos seguir es el método sociológico. Por el contrario, cada vez que nos encontremos ante sociedades trastornadas, desestructuraciones, reestructuraciones, estados de transición, lo psíquico (tanto colectivo como individual, se entiende) es más fácilmente accesible que lo social. Pues, lo social hállase en vías de cambiar y lo psíquico nos muestra las líneas de la evolución y los obstáculos encontrados. El método será entonces psicológico. Los fenómenos de "aculturación" son completamente típicos a este respecto, sea que nos muestren, en los grupos duramente afectados, la degradación de los sistemas sociales en un caos de actitudes individuales, sea que nos muestren en los grupos que se reestructuran, la "reinterpretación" de lo antiguo en términos nuevos y de lo nuevo en términos antiguos.

Pero esta reciprocidad de perspectivas corre el riesgo de hacerse peligrosa en su empleo metodológico, si se olvida que "es al mismo nivel, en el mismo grado de profundidad que hay que confrontar el Nosotros, el Yo y los Otros"[24]. Y, agregaremos, no solamente al mismo nivel, sino también en los mismos cuadros microsociológicos de grupos o sociedades globales. Es inútil recordar los errores, hoy superados, debidos al desconocimiento de esta regla, como la que hace extensiva la psicología de las multitudes a la de las instituciones sociales, o, más cerca de nosotros, la del sociologismo que absorbe lo mental en los otros planos de la realidad social, olvidando las "corrientes libres" del psiquismo, colectivo e individual. Esta regla de prudencia que quiere que nos coloquemos siempre en el mismo plano o en el mismo cuadro tipológico, no debe hacernos olvidar, sin embargo, que, siendo los fenómenos psíquicos y sociales fenómenos totales, hay una dialéctica de los niveles inferiores a los niveles superiores y recíprocamente. Esto hace que el fenómeno psíquico, individual o colectivo, deba ser situado en su ser social y es justamente a causa de ello que, como lo decíamos hace un instante, se puede, según los casos, pasar de lo externo a lo interno y de lo interno a lo externo. No debe tampoco hacernos olvidar que esos tipos o esos planos tanto pueden entrar en conflicto como completarse y penetrar los unos en los otros. Nos parece que la psicología de las tensiones debe ser puesta aquí en relación con esos conflictos de cuadros o de niveles.

---

[24] *La vocation*... (1a. ed., pág. 91).

Pero aquí se presenta una nueva y última dificultad. Mauss observaba que si el sociólogo y el psicólogo tenían algunas palabras diferentes, propias de sus respectivas disciplinas, utilizaban cada vez más un lenguaje común. Esto es verdad; pero, ¿atribuyen el mismo sentido a las mismas palabras? El trabajo en común necesita un vocabulario idéntico. Si no, una vez eliminadas las confusiones precedentes, una confusión todavía más grave podría introducirse en su diálogo. Nos está, pues, permitido sacar en conclusión que sólo el trabajo conjunto de los sociólogos y de los psicólogos en la investigación práctica permitirá estudiar mejor los "fenómenos psíquicos totales", como recíprocamente, el trabajo conjunto de los psicólogos y de los sociólogos permitirá estudiar mejor los "fenómenos sociales totales". El acuerdo sobre las "relaciones reales" es ahora bastante general, de un lado como del otro, para que nos pongamos a trabajar juntos.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Para las obras anteriores a 1927, véase la excelente bibliografía comentada de Daniel Essertier, *Psychologie et sociologie* (París, 1927). Para las conclusiones de la escuela sociológica francesa, véase: Charles Blondel, *Introduction à la psychologie collective* (París, 1928).

Para la psicología social y la sociología psicológica norteamericanas. véase, en francés:

Girod (R.). *Attitudes collectives et relations humaines, tendances actuelles des sciences sociales américaines.* (Presses Universitaires de France, 1953).

Dufrenne (M.). *La personnalité de base, un concept sociologique* (París, 1953) (contiene una importante bibliografía, págs. 330-342).

Gurvitch (G.) y Moore (W.). *Sociologie du XXe siècle* (París, 1947, vol. I) (cap. XIX de J. W. Woodar).

Virtoroff (D.). *G. H. Mead, sociologue et philosophe* (París, 1955).

Kahn (P.). *Le symbole dans la psychologie sociale de Mead* (Cahiers internationaux de sociologie, vol. V. París, 1949).

En inglés:

Mead (G. H.). *Mind, Self and Society* (Chicago, 1934).

La síntesis actual de los problemas, expuestos en los Estados Unidos por las relaciones entre la psicología social y la sociología, se halla en: Becker (H.) y Boskoff (A.) *Modern Sociological Theory in continuity and change* (Nueva York, 1957) (en particular, el capítulo XIX de Young (K.) y Freeman (L.) *Social Psychology and Sociology*). Véase, igualmente, Lindzey (G.) (bajo la dirección de). *Handbook of Social Psychology* (vols. I y II, Cambridge, Mass., 1954).

Para la manera reciente de plantear el problema, en Francia, véase, sobre todo:

Mauss (M.). *Sociologie et anthropologie* (París, 1950).

Gurvitch (G.). *La vocation actuelle de la sociologie* (2a. ed., vol. I, París, 1597).

Année psychologique. — Année sociologique. — Cahiers internationaux de sociologie. — Human Relations. — Journal of Social Psychology. — Journal of Social and Abnormal Psychology.

4 HISTORIA Y SOCIOLOGÍA

FERNAND BRAUDEL
PROFESOR EN EL COLEGIO DE FRANCIA

Algunas observaciones previas situarán, así lo espero, el presente capítulo. En él, casi siempre, entiendo por *sociología*, esa ciencia global que querían hacer, al comienzo de este siglo, Émile Durkheim y François Simiand —esa ciencia que la sociología no es todavía, pero hacia la cual no cesará de aspirar, aunque nunca llegue a serlo plenamente. Entiendo por *historia* una investigación científicamente conducida, digamos, en rigor, una *ciencia*, pero compleja: no hay *una* historia, *un* oficio de historiador, sino oficios, historias, una suma de curiosidades, puntos de vista y posibilidades, suma a la cual mañana se agregarán aun otras curiosidades, otros puntos de vista y otras posibilidades. ¿Me haré comprender mejor por un sociólogo —que tiene tendencia, como los filósofos, a ver en la historia una disciplina de reglas y métodos definidos perfectamente y una vez por todas— diciendo que hay tantas maneras, discutibles y discutidas, de abordar el pasado como actitudes frente al presente? ¿Que la historia puede hasta considerarse como un cierto estudio del presente?

Dicho esto, que no se espere encontrar aquí una respuesta, o tan siquiera una tentativa de respuesta, a las habituales interrogaciones sobre las relaciones entre historia y sociología, o una continuación de la polémica, reiniciada constantemente y nunca la misma, entre esos vecinos que no pueden ni ignorarse ni conocerse perfectamente y que, en sus disputas, cuando se definen, lo hacen unilateralmente. Hay falsas polémicas como hay falsos problemas. En todo caso, el diálogo del sociólogo con el historiador es casi siempre un falso diálogo. Cuando François Simiand polemiza contra Charles Seignobos, cree hablar con la historia, mientras que habla con cierta historia, la que se ha llamado, con Henri Berr, *historizante* [1]. Cuando se opone, en la misma época, a Henri Hauser, tiene frente a sí al más brillante historiador de su generación, es cierto, pero demasiado brillante, demasiado hábil abogado, afirmado en éxitos precoces y en las antiguas reglas de su oficio. Hubiera debido dirigirse a Paul Lacombe para tener un adversario de su talla. ¿Pero no corría el riesgo, justamente, de ponerse de acuerdo con él?

---

[1] La célebre controversia, sin embargo, comenzó también a propósito del libro de PAUL LACOMBE, *De l'histoire considérée comme science* (París, 1894). El artículo de FRANÇOIS SIMIAND, *Méthode historique et science sociale* (Revue de synthèse historique, 1903, págs. 1-22 y 129-157), lleva, en efecto, como subtítulo *Étude critique d'après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos.* Pero la obra de Paul Lacombe no es prácticamente discutida.

Ahora bien, la polémica es posible solamente cuando los adversarios se prestan a ella, consienten "en batirse a sable" [2], para hablar como un historiador irritado y divertido que replicaba, hace mucho tiempo, en 1900, a su crítico, precisamente el mismo Paul Lacombe. Este apasionado por la historia, con su voluntad de hacer una "historia-ciencia", podía, me imagino, entenderse con François Simiand, sociólogo. Un poco de cuidado hubiera bastado. ¿Paul Lacombe no llegaba, en su deseo de salir de las *impasses* y dificultades insolubles de nuestro oficio, hasta a evadirse del tiempo? "¡El tiempo! —decía—, pero si no es nada en sí; objetivamente, no es más que una idea nuestra..." [3]. Desgraciadamente, François Simiand no atacará a Paul Lacombe sino incidentalmente y se lanzará contra otros adversarios irreductibles. En verdad, hay siempre *una* historia que puede ponerse de acuerdo con *una* sociología o a la inversa, devorarse una a otra. Georges Gurvitch [4], en su artículo de polémica histórico-sociológica, el de fecha más reciente en ese género —al menos para mi conocimiento— rehusa entenderse con Henri Marrou, pero se entendería más fácilmente conmigo... Con todo, habría que considerarlo bien: entre historiador y sociólogo no hay quizás ni disputa, ni acuerdo perfecto.

I

La primera y esencial precaución sería tratar de presentar rápidamente la historia, pero en sus definiciones más recientes, pues ninguna ciencia cesa de definirse nuevamente, de buscarse. Todo historiador es forzosamente sensible a los cambios que aporta, aún involuntariamente, a un oficio flexible, que evoluciona por sí mismo bajo el peso de conocimientos, tareas y entusiasmos nuevos, debido también al movimiento general de las ciencias del hombre. Todas las ciencias sociales se contaminan las unas a las otras y la historia no escapa a esas epidemias... De ahí sus cambios de ser, o de maneras, o de rostro.

Si nuestra mirada retrospectiva comienza con este siglo, tendremos a nuestra disposición, por lo menos, diez análisis y mil retratos de la historia, sin contar las posiciones que se delinean en las obras mismas de los historiadores, ya que éstos se inclinan gustosamente a creer que manifiestan mejor sus interpretaciones y sus puntos de vista en una obra que en una discusión precisa y formal de su pensamiento (de allí el reproche divertido de los filósofos, para quienes los historiadores no saben nunca muy exactamente la historia que hacen...).

---

[2] XÉNOPOL (Revue de synthèse historique, 1900, pág. 135, Nº 2).

[3] *La science de l'histoire d'après M. Xénopol* (Revue de synthèse historique, 1900, pág. 32).

[4] *Continuité et discontinuité en histoire et en sociologie* (Annales E. S. C., 1957, págs. 73-84).

Al comienzo de la serie, coloquemos, puesto que todo el mundo lo hace todavía, la clásica *Introduction aux sciences historiques* de Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos[5]. Señalemos, junto a ella, el juvenil artículo del joven Paul Mantoux (1903)[6]; luego, mucho más tarde, después del clásico de Raymond Aron. *Introduction à la philosophie de l'histoire*[7], punto de vista de un filósofo sobre la historia, llegamos al *Métier d'historien* de Marc Bloch[8], obra póstuma e incompleta (bastante alejada, sin duda, de la que hubiera hecho aparecer su autor, si la muerte no lo hubiera sorprendido trágicamente). Venimos luego a los chispeantes *Combats pour l'histoire*, de Lucien Fèbvre, colección de artículos que él mismo ha reunido[9]. No olvidemos, al pasar, el rapidísimo ensayo de Louis Halphen[10], ni el brillante libro de Philippe Aries[11], ni el alegato existencialista de Eric Dardel[12], ni aquel artículo de André Piganiol[13], ni el discurso de Henri Marrou[14], interesante y fino, demasiado atento, quizá para mi gusto, únicamente a los espectáculos de una historia de la antigüedad y demasiado imbuido del pensamiento de Max Weber, preocupado, por consiguiente, más allá de toda medida, por la objetividad de la historia. Objetividad y subjetividad en materia social: este problema que apasionó al siglo XIX, descubridor de los métodos científicos, ¿es hoy primordial? En todo caso, no nos es específico, es universal. He aquí una debilidad del espíritu científico, que sólo se puede superar, Henri Marrou lo dice con razón, redoblando la prudencia y la honradez. Pero, por favor, ¡no exageremos más de la cuenta, el papel del Historiador, aunque lleve una H mayúscula!

Abreviada, incompleta y limitada deliberadamente a la literatura francesa concerniente al tema, esta cortísima bibliografía permitiría, sin embargo, situar las polémicas pasadas: las jalona con bastante aproximación. Pero, por el contrario, los libros y los artículos señalados no dicen la multiplicidad real y fundamental de la historia, y sin embargo, esto es lo esencial. El movimiento profundo de la historia de la actualidad, si no me engaño, no consiste en elegir entre caminos y puntos de vista diferentes, sino en aceptar y sumar esas definiciones sucesivas en las cuales se ha intentado en vano encerrarla; pues todas las historias son nuestras.

---

[5] Agregar a ésta, CHARLES SEIGNOBOS, *La méthode historique appliquée aux sciences sociales* (París, 1901).

[6] *Histoire et sociologie* (Revue de synthèse historique, 1903, págs. 121-140).

[7] París, 1948, 2a. ed. La primera edición es de 1938.

[8] *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (1a. ed., 1949, París; 3a. ed., 1959). Sobre este hermoso libro, véase la penetrante nota de J. STENGERS, *Marc Bloch et l'Histoire* (Annales E. S. C., 1953, págs. 339-337).

[9] París, 1953.

[10] *Introduction à l'histoire* (París, 1946).

[11] *Le temps de l'histoire* (París, 1954).

[12] *Histoire, science du concret* (París, 1946).

[13] *Qu'est-ce que l'histoire?* (Revue de Métaphysique et de Morale, 1955, páginas 225-247).

[14] *De la connaissance historique* (1954). A completar con los hermosos boletines que da H. J. MARROU sobre la historiografía en la Revue historique (1953, págs. 256-270; 1957, págs. 270-289).

Al comienzo de este siglo, se repetía gustosamente, mucho después de Michelet, que la historia era "resurrección del pasado". ¡Hermoso tema, hermoso programa! La "tarea de la historia es conmemorar el pasado, todo el pasado", escribía Paul Mantoux, en 1903. Mas, de ese pasado, ¿qué se retenía, en realidad? Nuestro joven historiador de 1903 respondía sin vacilar: "Lo que es particular, lo que no sucede más que una vez es del campo de la historia"[15]. Respuesta clásica, imagen de la historia que proponen gustosos, con exclusión de toda otra, filósofos y sociólogos. Émile Bréhier, el historiador de la filosofía, en la nave que nos conducía hacia el Brasil en 1936, no quería abandonarla, en el curso de nuestras amistosas discusiones. Lo que se repetía de la vida pasada era, para él, del campo de la sociología, de la tienda, pues, de nuestros vecinos. Todo el pasado no era, entonces, nuestro. Pero no discutamos. Como todo historiador, yo también he sido atraído por los hechos singulares, por esas flores de un día que se marchitan tan pronto y que no se tienen dos veces entre los dedos. Más aún, creo que hay siempre, en una sociedad, viva o difunta, miles y miles de singularidades. Y sobre todo, si se toma esta sociedad en su conjunto, se puede afirmar que no repetirá nunca lo que ella es en su totalidad: se presenta como un "equilibrio" provisional, pero original, único.

Apruebo, pues, a Philippe Aries que hace girar su historia en torno a un reconocimiento de las diferencias entre las edades y las realidades sociales. Pero la historia no es sólo la diferencia, lo singular, lo inédito —lo que no se verá en dos oportunidades. Y, por otra parte, lo inédito no es nunca perfectamente inédito. Convive con lo repetido o lo regular. Paul Lacombe decía, con respecto a Pavía (24 de febrero de 1525) o, mejor, a Rocroi (19 de mayo de 1943), que ciertos incidentes de estas batallas "dependen de un sistema de armamento, de táctica, de costumbres y hábitos guerreros que se encuentran en un buen número de otros combates de la época"[16]. Pavía es, en cierto modo, el comienzo de la guerra moderna, un acontecimiento más en una familia de acontecimientos. En realidad, ¿cómo creer en esta historia exclusiva de los acontecimientos únicos? François Simiand[17], al citar a Paul Lacombe, estaba de acuerdo con él y repetía por su cuenta la afirmación del historiador: "No hay un hecho en el que no se pueda distinguir una parte de individual y una parte de social, una parte de contingencia y una parte de regularidad". Así, desde el comienzo de este siglo, una protesta, una duda al menos, se elevaba contra esa historia reducida a los acontecimientos singulares y, por ende, prestigiosos, esa historia "lineal", "eventual", *acontecimiental,* acabará por decir Paul Lacombe.

---

[15] *Art. cit.* (pág. 122).

[16] Véase más arriba, *art. cit.* (Nº 2, pág. 84).

[17] *Art. cit.* (pág. 18).

Sobrepasar el acontecimiento era sobrepasar el corto tiempo que lo contiene, el de la crónica o del periodismo —esas tomas de conciencia de los contemporáneos, rápidas, al día—, cuyos rastros nos devuelven, tan vivo, el calor de los acontecimientos y de las existencias pasadas. Lo mismo podría uno preguntarse si, más allá de los acontecimientos, no hay una historia, inconsciente esta vez, o, mejor, más o menos consciente, que escapa en gran parte a la lucidez de los actores, los responsables o las víctimas: ellos hacen la historia, pero la historia los arrastra.

Esta búsqueda de una historia *no-acontecimiental* se impuso en forma imperiosa al contacto de las otras ciencias del hombre, contacto inevitable (las polémicas dan prueba de ello) y que, en Francia, se organizó, después de 1900, gracias a la maravillosa *Revue de synthèse historique,* de Henri Berr, cuya lectura retrospectiva es tan emocionante; luego, después de 1929, gracias a la vigorosa y eficacísima campaña de los *Annales*, de Lucien Fèbvre y Marc Bloch.

Desde entonces, la historia se ha dedicado a captar los hechos de repetición tanto como los singulares y las realidades conscientes tanto como las inconscientes. A partir de ese momento, el historiador ha querido ser, y se ha hecho, economista, sociólogo, antropólogo, demógrafo, psicólogo, lingüista, etc. Estos nuevos vínculos de espíritu han sido, al mismo tiempo, vínculos de amistad, de corazón. Los amigos de Lucien Febvre y Marc Bloch, fundadores, animadores ellos también de *Annales,* constituyeron un coloquio permanente de las ciencias del hombre, de Albert Demangeon y Jules Sion, geógrafos, a Maurice Halbwachs, el sociólogo; de Charles Blondel y Henri Wallon, psicólogos, a François Simiand, el filósofo-sociólogo-economista. Con ellos, la historia se apoderó, bien o mal, pero de manera decidida, de todas las ciencias de lo humano; por obra de sus conductores quiso ser una imposible ciencia global del hombre. Al hacer esto, se abandonó a una supremacía juvenil, pero con el mismo derecho y en la misma forma que casi todas las ciencias humanas de entonces, pequeñas naciones en realidad, las cuales, cada una por su cuenta, soñaban con devorarlo, atropellarlo y dominarlo todo.

Desde entonces, la historia ha continuado en la misma forma, nutriéndose de las demás ciencias del hombre. El movimiento no se ha detenido, si bien, como era de esperar, se ha transformado. Es largo el camino[18] desde *Métier d'historien,* testamento de Marc Bloch, a los *Annales* de posguerra, conducidos, en realidad, bajo la dirección única de Lucien Febvre. Los historiadores, demasiado poco preocupados por el método y la orientación, apenas lo habrán notado. Sin embargo, después de 1945, el interrogante volvió a plantearse: ¿cuáles eran el papel y la utilidad de la historia? ¿Ésta era, o debía ser, solamente el estudio exclusivo del pasado? Si para los años transcurridos, la historia se obstinaba en abarcar todas las ciencias del hombre, ¿no tendría esto consecuencias inevitables para ella? Dentro de su sector, la historia era todas las ciencias del hombre. Pero, ¿dónde terminaba el pasado?

---

[18] Véase cuán juicioso y como de otra época, parecerá el artículo de JEAN MEUVRET, *Histoire et sociologie* (Revue historique, 1938).

Todo es historia, se dice como en broma. Claude Lévi-Strauss escribía aún últimamente: "Pues todo es historia; lo que ha sido dicho ayer y lo que ha sido dicho hace un minuto es historia"[19]. Yo agregaré: lo que ha sido dicho, o pensado, o hecho, o solamente vivido. Pero si a la historia, omnipresente, le interesa lo social en su totalidad, es siempre a partir de ese movimiento mismo del tiempo que, sin cesar, trae la vida pero la arrebata, la apaga y vuelve a encender su llama. La historia es una dialéctica de la duración; por ella y gracias a ella, es estudio de lo social, de todo lo social, y por lo tanto del pasado y también del presente, uno y otro inseparables. Lucien Febvre lo ha dicho y repetido durante los diez últimos años de su vida: "La historia, ciencia del pasado, ciencia del presente".

Se comprenderá que el autor de este capítulo, heredero de los *Annales*, de Marc Bloch y Lucien Febvre, se sienta en una posición bastante particular para encontrar, "sable en mano", al sociólogo que le reprochare el hecho de no pensar como él, o de pensar demasiado como él. La historia se me aparece como una dimensión de la ciencia social; forma con ella una unidad. El tiempo, la duración y la historia se imponen en realidad, o debieran imponerse a todas las ciencias del hombre. Sus tendencias no son de oposición, sino de convergencia.

2

He escrito ya[20], algo en contra de Georges Gurvitch, que sociología e historia eran una sola aventura del espíritu, no el revés y el derecho de una misma tela, sino la tela misma, en todo el espesor de su trama. Esta afirmación, claro está, es discutible y no se podría sostener de un extremo al otro. Pero responde, en mí, a un deseo, hasta imperioso, de unificación de las diversas ciencias del hombre, para someterlas menos a un trato común que a una problemática común que las liberaría de una cantidad de falsos problemas, de conocimientos inútiles y prepararía, luego de las podas y ajustes que se imponen, una futura y nueva divergencia, capaz, entonces, de ser fecunda y creadora. Pues se impone una nueva proyección de las ciencias del hombre.

No se puede negar que, frecuentemente, historia y sociología se unen, se identifican, se confunden. Las razones de ello son simples; por un lado, está esa supremacía, ese inflarse de la historia; por el otro, esa identidad de naturaleza: la historia y la sociología son las únicas ciencias "globales", susceptibles de extender su curiosidad a cualquier aspecto de lo social. La historia, en la medida en que es todas las ciencias del hombre en el inmenso sector del pasado, es síntesis, es orquesta. Y si el estudio de la duración *en todas sus formas* le abre, como yo creo, las puertas de lo actual, entonces está en todos los puestos del festín. Allí se encuentra regularmente al lado de la sociología (que es, por vocación, también ella, síntesis) y que la dialéctica de la duración obliga a volverse hacia el pasado; lo quiera ella o no.

---

[19] *L'anthropologie structurale* (París, 1958, pág. 17).

[20] *Annales E.S.C.* (1957, pág. 73).

Aun si, según la vieja fórmula, se considera la sociología como "esa ciencia de los hechos cuyo conjunto constituye la vida colectiva de los hombres", aun si se la ve, por predilección, buscando las estructuras nuevas que se elaboran en el calor y la complejidad de la vida actual, todo en lo social, ¿no va a depender de su curiosidad y su juicio? Lo colectivo, sí, pero hay que separarlo bien de lo individual o encontrarlo en lo individual: la dicotomía debe repetirse siempre. La renovación, pero no hay renovación sino con respecto a lo que es antiguo y no quiere siempre morir en el fuego de lo actual en que todo arde; la leña nueva y la leña vieja, ésta no más rápido que aquélla.

Por lo tanto, el sociólogo no puede sentirse desterrado en los campos de trabajo de la historia; encuentra allí sus materiales, herramientas, vocabulario, problemas, sus mismas incertidumbres. Evidentemente, la identidad no es completa y a menudo se disimula: está el juego de las formaciones, los aprendizajes, las carreras, las herencias, la textura del oficio, las técnicas diferentes de información que impone la variedad de las fuentes de documentación (pero esto es verdad en el interior mismo de la historia: el estudio de la Edad Media y el del siglo XIX exigen una actitud distinta frente al documento). La historia, puede decirse, es uno de los oficios menos estructurados de la ciencia social, por lo tanto, uno de los más flexibles y más abiertos. Entre nosotros, las ciencias sociales están quizás presentes más a menudo aún que en la sociología misma, cuya vocación es, sin embargo, contenerlas a todas. Hay una historia económica cuya riqueza avergüenza, estoy seguro, a la muy flaca y anémica sociología económica. Hay una maravillosa historia geográfica v una vigorosa geografía histórica que no pueden parangonarse a la ecología puntillista de los sociólogos. Hay una demografía histórica (es historia, o no es) al lado de la cual la morfología social es cosa ligera. Hay, asimismo, una historia social mediocre, pero que no podría enriquecerse en contacto con los malos estudios de la sociología tipológica (por no decir lo que sería pleonasmo: la sociología social). Y es muy probable que la historia cuantitativa, del tipo de la de los programas de Ernest Labrousse y sus alumnos (Congreso histórico de Roma, 1955), obtenga, en el campo del estudio de las clases sociales, una ventaja decisiva sobre la sociología abstracta, demasiado preocupada, en mi opinión, por el concepto de clases sociales en Marx o en sus émulos.

Pero detengámonos allí. Sería demasiado fácil hacer corresponder, punto por punto, lo que intentan los sociólogos y lo que hacemos nosotros, los historiadores; la sociología del conocimiento y la historia de las ideas, la microsociología y la sociometría por una parte, y, por la otra, la historia de superficie, llamada acontecimiental, esa microhistoria en que la crónica policial es vecina del acontecimiento sensacional, explosivo, *sociodrama,* a decir verdad, y que puede extenderse a las dimensiones de una nación o de un mundo... En cierto momento, hasta no aprecio más, con claridad, la diferencia que puede haber entre esas actividades colindantes, entre sociología del arte e historia del arte; entre sociología del trabajo e historia del trabajo; sociología literaria e historia literaria; entre historia religiosa, al nivel de Henri Brémond, y sociología religiosa, al nivel excepcionalmente brillante de Gabriel Le Bras y de sus discípulos... ¿Y las diferencias, cuando existen, no podrían suprimirse si el menos brillante de los dos siguiera la línea del más brillante? Así, el historiador no está suficientemente atento a los signos sociales, a los símbolos y a los papeles sociales regulares y subyacentes. Pero numerosos ejemplos lo prueban; un esfuerzo pequeño bastaría para que el historiador viera aparecer esos problemas bajo sus propios ojos. Se trata de desplazamientos y faltas de atención, no de imperativos o exclusividades del oficio.

Otro signo fraternal de esas correspondencias: el vocabulario tiende a identificarse de una ciencia a otra. Los historiadores hablan de crisis *structurale;* los economistas de crisis *structurelle;* Levi-Strauss vuelve a *structurale* en su último libro, *Anthropologie structurale*[21]. Diremos nosotros, del mismo modo, ¿*conjonctural,* que suena mal, o *conjoncturel*? La palabra *acontecimiental,* creada por Paul Lacombe (éste dudaba, ya he dicho, entre eventual y *acontecimiental*), adoptada por François Simiand y que ha llegado hasta los historiadores hace cerca de diez años, ha sido lanzada desde entonces en una órbita común. La palabra "plano" ha salido del pensamiento de Georges Gurvitch y se aclimata mal que mal entre nosotros. Diremos que hay planos de la realidad histórica, más aún, planos de la explicación histórica, y por lo tanto, posibles planos del acuerdo o la polémica histórico-sociológica: cabe disputar o reconciliarse cambiando de piso.

Pero dejemos este juego que sería fácil proseguir. Más vale mostrar su interés. El vocabulario es el mismo o se hace el mismo, porque, cada vez más, la problemática es la misma, bajo el signo cómodo de dos términos victoriosos por el momento: *modelo* y *estructura.* El modelo hizo su aparición en las aguas vivas de la historia como "herramienta de artesano", pero al servicio de las tareas más ambiciosas; *la* o *las* estructuras nos asedian: se habla demasiado de estructuras, aun en *Annales,* decía Lucien Febvre en uno de sus últimos escritos[22]. En realidad, la ciencia social debe, sea como sea, construir el modelo, la explicación general y particular de lo social y reemplazar una realidad empírica y desconcertante por una imagen que sea más clara y más fácil de explotar científicamente. Debe, pues, elegir, mutilar, reconstruir, dosificar, aceptar las contradicciones y casi buscarlas. ¿Lo social tiene, o no, esa estructura escalonada, "hojaldrada", para usar la expresión del doctor Roumeguère[23]. ¿Cambia la realidad con cada piso o estrato? Entonces es verticalmente discontinua. ¿Está estructurada en todo su espesor o en un cierto espesor solamente? Fuera de las envolturas duras de las estructuras se situarían zonas libres, no organizadas, de la realidad. Lo estructurado y lo no estructurado, hueso y carne de lo social. Pero el movimiento que arrastra a la sociedad, ¿está él también estructurado, puede decirse, según el esquema de una estructura llamada "dinámica"? O, si se quiere, ¿hay una regularidad de las fases necesariamente repetidas en todos los fenómenos de evolución histórica? ¿El "movimiento de la historia" no actuará a ciegas...?

---

[21] *Op. cit.* (París, 1958).

[22] Prefacio de *Séville et l'Atlantique,* de HUGUETTE y PIERRE CHAUNU (t. I, pág. XI). "Y luego ¿*estructuras*? Palabra de moda, lo sé, hasta, a veces se exhibe en *Annales,* con exceso, según mi gusto."

En verdad, estos problemas se unen e imbrican, o debieran reunirse y engranarse. Por una paradoja aparente, el historiador, en este caso, sería tal vez más simplificador que el sociólogo. En efecto, por más que pretenda, hasta el fin, que lo actual es también de su campo, el historiador lo estudia mal y con menos frecuencia que lo social pasado, decantado y simplificado por mil razones que es inútil señalar. El presente, por el contrario, es un llamado a lo múltiple, a lo complicado, a lo "pluridimensional". ¿No oye, no percibe ese llamado quizás tan bien como el sociólogo, observador de las efervescencias de lo actual?

3

Esta mirada circular deja una impresión de analogía e identidad bastante pronunciada. Los dos oficios, en su conjunto, tienen los mismos límites, la misma circunferencia. Poco importa si aquí está mejor trabajado el sector histórico y, allá, el sector sociológico: un poco de atención y trabajo y los sectores corresponderían mejor y alcanzarían, sin dificultad, los mismos éxitos.

Esta analogía sólo podría ser rechazada —y quién sabe aun así— en caso de que el sociólogo no quisiera la intrusión del historiador en lo actual. Pero, ¿sería posible, luego, reducir la totalidad de nuestras oposiciones a un dudoso contraste entre ayer y hoy? De los dos vecinos, uno se introduce en el pasado que, después de todo, no es su campo específico, en nombre, si se quiere, de la repetición; el otro penetra en el presente en nombre de una duración creadora de estructuraciones y desestructuraciones, y también de permanencia. Repetición y comparación, por un lado, duración y dinamismo, por el otro, hacen presa en lo real, son herramientas que cada uno puede usar. ¿Es tan claro el límite entre lo real vivido y lo real que se vive o se va a vivir? Los primeros sociólogos sabían bien que lo actual sostenía únicamente una parte de su construcción. Debemos forzosamente, decía François Simiand, "buscar los hechos y los casos de experiencia en la relación del pasado de la humanidad" [24].

---

[23] Coloquio de la Escuela de Altos Estudios, VI Sección, sobre las estructuras (resumen dactilografiado, 1958).

Menos aún creo en una oposición de los estilos. ¿Es la historia más continuista y la sociología más discontinuista? Así se ha sostenido, pero, ¡qué pregunta mal hecha es ésta! Para estar completamente seguros, sería menester poner las obras mismas frente a frente, ver si esas oposiciones en nuestros oficios respectivos, son internas o externas. No olvidemos, además, que en la actualidad la discontinuidad no hace sino abordar en claro la reflexión histórica. Marc Bloch, por haber planteado prematuramente este gran problema, en vísperas de la guerra de 1939, desencadenó en el campo de los historiadores, una de las discusiones más vanas.

En verdad, cada historiador, como cada sociólogo, tiene su estilo. Georges Gurvitch lleva al exceso y al escrúpulo su deseo de una sociología complicada, hiperempírica, a imagen de una realidad que él juzga, no sin razón, frondosa. C. Lévi-Strauss rechaza y destruye esa frondosidad para descubrir la línea profunda, pero estrecha, de las permanencias humanas. ¿Es menester elegir y decidir, a todo precio, quién es, de los dos, el sociólogo? Cuestión de estilo, repito, y de temperamento. Lucien Febvre tuvo, él también, la preocupación de lo frondoso y lo diverso, y su estilo, como a dos voces, se prestó más y mejor que otro a esos diseños complicados y repetidos a gusto. Fustel, por el contrario, es simple y preocupado por la línea trazada por un solo movimiento de la mano. Michelet explota en líneas múltiples. Pirenne y Marc Bloch serían mucho más continuistas que Lucien Febvre. Pero, tanto como a sus temperamentos, ¿no lo deben al espectáculo que contemplan: una Edad Media occidental en que el documento se oculta? Con el siglo XV, y más aún con el XVI, mil voces, que antes no se hacían oír, se elevan. Comienzan las grandes charlas de la época contemporánea. En resumen, para mí no hay un estilo de la historia del cual ésta se pueda salir. Del mismo modo en la sociología, Durkheim es de una simplicidad autoritaria, lineal. Lo mismo Halbwachs, que, una vez por todas, clasifica. Marcel Mauss es más variado, pero casi no lo leemos —y con razón—; oímos su pensamiento que repercute en sus discípulos y que se mezcla, así, vivo, en la corriente de la investigación actual.

En total, las diferencias que buscamos en nuestra vecindad, no son según estas fórmulas o distinciones fáciles. Hay que llevar el debate (o, mejor, nuestra investigación, pues no se trata de una polémica que debamos reanimar) al corazón de la historia, a los diversos planos del conocimiento y del trabajo histórico, primeramente, y, luego, a la línea de la duración, de los tiempos y las temporalidades de la historia.

---

[24] *Art. cit.* (pág. 2).

4

La historia se sitúa en diferentes planos, yo diría de buen grado tres, pero es sólo una manera de hablar, simplificando mucho. Habría que hablar de diez y de cien planos; de diez y de cien duraciones diversas. En la superficie, una historia acontecimiental se inscribe en el tiempo corto: es una microhistoria. A mitad de la pendiente, una historia circunstancial sigue un ritmo más amplio y más lento. Hasta ahora, se la ha estudiado sobre todo en el plano de la vida material, de los ciclos o interciclos económicos. (La obra maestra de esta historia es el libro de Ernest Labrousse[25] sobre la crisis, en realidad semiinterciclo [1774-1791], que sirve de plataforma de lanzamiento a la Revolución Francesa). Más allá de este "recitativo" de la circunstancia, la historia estructural, o de larga duración, discute siglos enteros; se halla en el límite de lo móvil y lo inmóvil y, debido a sus valores largo tiempo fijos, hace figura de no variante frente a las demás historias, más prontas para transcurrir y para cumplirse y que, en suma, gravitan en torno a ella.

En resumen, tres series de niveles históricos con los cuales, infortunadamente, la sociología no está todavía en contacto. Ahora bien, a esos distintos niveles, el diálogo con la historia no podría tener el mismo carácter o, por lo menos, la misma animación. Hay, sin duda, una sociología de la historia y del conocimiento histórico en cada uno de esos tres niveles, pero esa sociología queda por construir. Nosotros, los historiadores, sólo podemos imaginarla.

Una sociología de lo acontecimiental sería el estudio de esos mecanismos rápidos, siempre ubicados y nerviosos, que registran, día a día. cómo se hace la supuesta historia del mundo, esa historia abusiva en parte, en la cual los acontecimientos se encadenan y gobiernan unos a otros, y en la cual los grandes hombres son regularmente vistos como directores de orquesta autoritarios. Esta sociología de lo acontecimiental sería, también, la repetición del antiguo diálogo (lo repetido, lo inédito); sería, asimismo, la confrontación de la historia tradicional, por una parte, y de la microsociología y la sociometría, por la otra; ¿son éstas, como yo pienso, más ricas que la historia superficial y por qué? ¿Cómo determinar el lugar de esta ancha napa de historia en el complejo de una sociedad en lucha con el tiempo? Todo eso sobrepasa, si no me equivoco, las antiguas querellas. El hecho diverso (sino el acontecimiento, ese sociodrama) es repetición, regularidad, multitud, y nada nos dice, de manera absoluta, que su nivel sea sin fertilidad, o valor científico. Habría que fijarse bien.

Si, a propósito del acontecimiento, nuestra imaginación no descansa casi, por el contrario, todo está por construir, iba a decir inventar, en lo que concierne a la circunstancia, ese personaje ignorado o casi ignorado por la sociología. ¿Es la circunstancia bastante fuerte, o no, para perturbar los juegos de profundidad, favorecer o contrariar los vínculos colectivos, estrechar éstos, tender y quebrar aquéllos? François Simiand no ha hecho más que esbozar una sociología del tiempo circunstancial, según los flujos y reflujos de la vida material. El impulso (la fase A) y la facilidad que ofrece, al menos en ciertos sectores, ¿mantendría, o no, en su lugar los juegos sociales y las estructuras? Con el reflujo de cada fase B, la vida material (y no solamente ella, se entiende) se reestructura, busca otros equilibrios, los inventa, moviliza fuerzas de ingeniosidad o, por lo menos, les da libre curso... pero, en esos sectores, los trabajos de los historiadores y los economistas no han acumulado aún bastantes datos, ni diseñado bastantes cuadros válidos para que se vuelva a utilizar o se prolongue el esbozo de Simiand. Por otra parte, la historia circunstancial no será completa si, a las circunstancias económicas, no se les agrega el estudio de las circunstancias sociales y las demás situaciones concomitantes del repliegue o del impulso. El entrecruzamiento de las circunstancias simultáneas será sociología eficaz.

---

[25] *La crise de l'économie française à la veille de la Révolution* (París, 1944).

En el plano de la historia de larga duración, no basta con decir que historia y sociología se unen y respaldan: se confunden. La larga duración es la historia interminable y duradera de las estructuras y grupos de estructuras. Para el historiador, una estructura no es solamente arquitectura o ensambladura; es permanencia, a menudo más que secular (el tiempo es estructura); ese gran personaje atraviesa inmensos lapsos sin alterarse; si se deteriora en ese largo viaje, se recompone en el camino, restablece su salud y, finalmente, sus rasgos sólo se alteran lentamente.

He tratado de mostrar[26], no me atrevo a decir demostrar, que toda la nueva investigación de Claude Lévi-Strauss —comunicación y matemáticas sociales mezcladas— es coronada por el éxito solamente cuando sus modelos navegan en aguas de larga duración. Cualquiera que sea el comienzo elegido para su camino —la microsociología o cualquier otro plano— la estructura sólo se destaca cuando llega a esa planta baja del tiempo, medio adormecido: vínculos primitivos de parentesco, mitos, ceremoniales e instituciones, derivan del flujo más lento de la historia. Entre los físicos está de moda hablar de falta de peso. Una estructura es un cuerpo sustraído a la gravedad, a la aceleración de la historia.

Pero el historiador fiel a las enseñanzas de Lucien Febvre y de Marcel Mauss querrá siempre captar el conjunto, la "totalidad" de lo social. Se ve así llevado a cotejar planos, duraciones, tiempos diversos, estructuras, circunstancias y acontecimientos. Este conjunto constituye, a sus ojos, un equilibrio global bastante precario y que no puede mantenerse sin constantes ajustes, choques o deslizamientos. En su totalidad, lo social, en lucha con su devenir, es idealmente, en cada corte "sincrónico" de su historia, una imagen siempre diferente, si bien esta imagen repite mil detalles y realidades anteriores. ¿Quién lo negaría? Por eso es que la idea de una estructura global de la sociedad inquieta e incomoda al historiador, aun si, entre estructura global y realidad global, subsiste, como es justo, una diferencia considerable. Lo que el historiador quisiera salvar, en el debate, es lo incierto del movimiento de la masa, sus diversas posibilidades de deslizamiento, libertades y algunas explicaciones "funcionales" hijas del instante o del momento. En esta etapa de la "totalidad" —no me atrevo a decir de la "totalización"— en el momento, en suma, de pronunciar la última palabra, el historiador volvería así hacia las posiciones antisociológicas de sus maestros. Toda sociedad es, también ella, única, aun cuando muchos de sus materiales sean antiguos; se explica fuera de su tiempo, sin duda, pero también en el interior de su propio tiempo; ciertamente es, en conformidad con el espíritu mismo de Henri Hauser y Lucien Febvre, "hija de su tiempo", de aquel, claro está, que la encierra; función de ese tiempo y no solamente de las duraciones que comparte con otras experiencias sociales.

---

[26] F. BRAUDEL, *Histoire et sciences sociales: la longue durée* (Annales E. S. C., 1958, 4).

5

¿Me he dejado tentar por ilusiones fáciles? He mostrado cómo el oficio de historiador desborda por sobre sus antiguos límites, cómo discute el campo mismo, o casi, de la ciencia social, y cómo proyecta su curiosidad en todas direcciones. Al comienzo de este siglo, hacia la psicología: es la época en que Werner Sombart afirma que el capitalismo es, primeramente, espíritu. (Mucho más tarde, siempre en esta misma línea de conquista, Lucien Febvre hablará de "herramientas mentales"). Luego, alrededor del año 1930, hacia la economía política coyuntural que François Simiand revela a los historiadores franceses, y luego, por mucho tiempo, hacia la geografía. Se observará lo poco que el marxismo ha asediado nuestro oficio en este siglo. Pero sus infiltraciones, tentaciones e influencias son múltiples y poderosas: ha faltado solamente, en esta primera mitad del siglo xx, una obra maestra de historia marxista que hubiera servido de modelo y de punto de reunión. La esperamos todavía. Pero, esta enorme influencia ha desempeñado su papel entre las numerosas transformaciones de nuestro oficio, que han obligado al historiador a desprenderse de sus hábitos, a contraer nuevos, a salir de sí mismo, de sus aprendizajes, más aún, de sus éxitos personales.

Estas migraciones y metamorfosis tienen, sin embargo, un límite secreto, exigente. El historiador no sale nunca del tiempo de la historia: ese tiempo se adhiere a su pensamiento como la tierra a la azada del jardinero. Sueña, claro está, con escaparse. Incitado en parte por la angustia de 1940, Gaston Roupnel[27] ha escrito, a este respecto, palabras que hacen sufrir a todo historiador sincero. He citado también la antigua reflexión de Paul Lacombe, historiador: "El tiempo no es nada en sí, objetivamente"[28]. ¿Pero se trata aquí de verdaderas evasiones? Personalmente, durante una cautividad bastante morosa, he luchado mucho para escapar a la crónica de esos años difíciles (1940-1945). Rechazar los acontecimientos y el tiempo de los acontecimientos era ponerse al margen, a resguardo, para mirarlos un poco de lejos, juzgarlos mejor y no creer demasiado en ellos. Pasar del tiempo corto, al tiempo menos corto y muy largo (si existe, este último sólo puede ser el tiempo de los sabios), y, luego, llegado a ese término, detenerse, considerar todo nuevamente y reconstruir, ver girar todo en torno a sí mismo: la operación es como para tentar a un historiador.

---

[27] *Histoire et destin* (París, 1943, *passim*).

¿Pero, esas huidas sucesivas no lo arrojan, en definitiva, fuera del tiempo del mundo y del tiempo de la historia, imperioso por ser irreversible y porque corre al mismo ritmo que la tierra gira? En realidad, las duraciones que distinguimos son solidarias las unas de las otras: no es tanto la duración lo que es creación de nuestro espíritu, sino las divisiones en trozos de esa duración. Ahora bien, esos fragmentos se unen al término de nuestro trabajo. Larga duración, circunstancia y acontecimiento, encajan sin dificultad, pues todos se miden por una misma escala. Del mismo modo, participar en espíritu en uno de esos tiempos, es participar en todos. El filósofo, atento al aspecto subjetivo, interno, de la noción de tiempo, no siente nunca ese peso del tiempo de la historia, de un tiempo concreto, universal, como ese tiempo de la circunstancia que Ernest Labrousse describe, al comienzo de su libro, como un viajero siempre idéntico a sí mismo que recorre el mundo e impone idénticas exigencias, cualquiera que sea el país donde desembarca, el régimen político o el orden social que aborda.

Para el historiador, todo comienza y termina por obra del tiempo, un tiempo matemático y demiurgo, del cual sería fácil reír; un tiempo como exterior a los hombres, que los impele, los obliga, y se lleva sus tiempos particulares de colores diversos: el tiempo imperioso del mundo.

Los sociólogos, claro está, no aceptan esta noción demasiado simple. Están mucho más próximos a la dialéctica de la duración, tal como la presenta Gaston Blanchard[29]. El tiempo social es simplemente una dimensión particular de tal o cual realidad que yo contemplo. Interior a esta realidad como puede serlo a un individuo, es uno de los signos —entre otros— que la afectan, una de las propiedades que la marcan como un ser particular. El sociólogo no se siente incomodado por este tiempo complaciente al que puede, a voluntad, cortar, dotar de esclusas, poner de nuevo en movimiento. El tiempo de la historia se prestaría menos al doble juego ágil de la sincronía y la diacronía: dicho tiempo no permite imaginar la vida como un mecanismo cuyo movimiento se puede detener para presentar cómodamente una imagen inmóvil de aquélla.

---

[28] Véase más arriba (pág. 124, nº 1).

[29] *Dialectique de la durée* (2a. ed., 1950).

Este desacuerdo es más profundo de lo que parece: el tiempo de los sociólogos no puede ser el nuestro; repugna, si no me equivoco, a la estructura profunda de nuestro oficio. Nuestro tiempo es medida, como el de los economistas. Cuando un sociólogo nos dice que una estructura no cesa de destruirse para reconstituirse, aceptamos gustosos la explicación que la observación histórica confirma, por otra parte. Pero nosotros querríamos, en medio de nuestras exigencias habituales, saber la duración precisa de esos movimientos, positivos o negativos. Los ciclos económicos, flujo y reflujo de la vida material, se miden. Una crisis estructural social debe igualmente ubicarse en el tiempo, a través del tiempo; situarse exactamente en sí misma y más aún con relación a los movimientos de las estructuras concomitantes. Lo que interesa apasionadamente a un historiador es el estrecruzarse de esos movimientos, su interacción y sus puntos de ruptura, cosas todas que sólo pueden registrarse en relación al tiempo uniforme de los historiadores, medida general de todos esos fenómenos, y no al tiempo social multiforme, medida particular de cada uno de esos fenómenos.

Estas obstinadas reflexiones las formulará un historiador, con razón o sin ella, hasta cuando penetre en la sociología acogedora, casi fraternal, de Georges Gurvitch. ¿Un filósofo[30] no lo definía hace muy poco como "el que arrincona la sociología contra la historia"? Ahora bien, hasta en su misma obra, el historiador no reconoce ni sus duraciones ni sus temporalidades. El vasto edificio social de Georges Gurvitch se organiza según cinco arquitecturas esenciales: los planos de profundidad, las sociabilidades, los grupos sociales, las sociedades globales y los tiempos, siendo este último andamiaje, el de las temporalidades, el más nuevo, el último construido y como añadido al conjunto.

Las temporalidades de Georges Gurvitch son múltiples. Distingue toda una serie de ellas: el tiempo de larga duración y de movimiento lento, el engañoso o tiempo sorpresa, el cíclico o de danza en el mismo lugar, el atrasado con relación a sí mismo, el que alterna el atraso con el adelanto, el adelantado con relación a sí mismo, el explosivo[31], etc. ¿Cómo podría el historiador dejarse convencer? Con esta gama de colores, le sería imposible reconstituir la luz blanca unitaria que le es indispensable. Pronto también advierte que ese tiempo camaleón marca, sin más, con un signo suplementario, con un toque de color, las categorías distinguidas anteriormente. En la ciudad de nuestro amigo, el tiempo, recién llegado, se aloja naturalmente en casa de los demás; se hace a la medida de esos domicilios y sus exigencias, según los planos, las sociabilidades, los grupos y las sociedades globales. Es una manera diferente de volver a escribir, sin modificarlas, las mismas ecuaciones. Cada realidad social segrega su tiempo o sus escalas de tiempo como conchillas. Pero, ¿qué ganamos con ello nosotros, los historiadores? La inmensa arquitectura de esa ciudad ideal permanece inmóvil. La historia está ausente de ella. El tiempo del mundo, el tiempo histórico, se encuentra allí como el viento en la morada de Eolo, encerrado en una piel de chivo. Los sociólogos no tienen, finalmente e inconscientemente, nada contra la historia, sino contra el tiempo de la historia, esa realidad que continúa violenta aunque se trate de arreglarla y diversificarla, esa imposición a la cual el historiador no escapa jamás. Los sociólogos escapan a ella casi siempre; se evaden, ya en el instante, siempre actual, como suspendido por encima del tiempo, ya en los fenómenos de repetición que no son de ninguna edad; se evaden, por lo tanto, en un acto opuesto al espíritu que los acantona, sea en lo acontecimiental más estricto, o bien en la duración más larga. ¿Es lícita esa evasión? Allí está el verdadero debate entre historiadores y sociólogos.

---

[30] GILES GRANGER, *Evénement et structure dans les sciences de l'homme* (Cahiers de l'Institut de Science économique apliqué, Serie M, nº 1, págs. 41-42).

[31] GEORGES GURVITCH, *Déterminismes sociaux et liberté humaine* (París, 1955, págs. 38-40).

6

No creo que sea posible escamotear o esquivar la historia. Es necesario que el sociólogo tenga cuidado. La filosofía (de la cual viene y en la cual permanece) lo prepara demasiado bien para sentir esa necesidad concreta de la historia. Las técnicas de la encuesta sobre lo actual traen aparejado el riesgo de consumar ese alejamiento. Todos esos investigadores de lo vivo, un poco apresurados y apremiados, además, por sus empleadores, harán bien, a su vez, en desconfiar de una observación rápida, a flor de piel. Una sociología acontecimiental llena nuestras bibliotecas y los archivos de los gobiernos y las empresas. Lejos de mí la idea de rebelarme contra esta boga o declararla inútil. Pero, ¿qué puede valer, científicamente, si no registra el sentido, la rapidez o la lentitud, la ascensión o la caída del movimiento que arrastra todo fenómeno social, si no se pone en relación con el movimiento de la historia, con las percusiones de su dialéctica que corre del pasado al presente y hasta al porvenir mismo?

Quisiera yo que los jóvenes sociólogos, en sus años de aprendizaje, se tomaran el tiempo necesario para estudiar, aunque sea en el más modesto archivo, la más simple de las cuestiones de historia; que tuviesen, una vez al menos, fuera de los manuales esterilizantes, un contacto con un oficio simple, pero que sólo se comprende practicándolo —como todos los demás oficios, sin duda. No habrá ciencia social, a mi ver, sino en una reconciliación y una práctica simultánea de nuestros diversos oficios. Lanzarlos el uno contra el otro —cosa fácil— es una controversia que se ejecuta sobre aires muy antiguos. Lo que necesitamos es música nueva.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

1. Más aún que los libros citados en el curso de este artículo, que ilustran los conflictos entre la historia y la sociología, yo aconsejaría a los jóvenes sociólogos leer algunas obras capaces de hacerles tomar un contacto directo con la historia y, más especialmente, con esta forma de la historia que es vecina de su propio oficio.

Los títulos que se indican a continuación, constituyen una selección de obras entre otras numerosas y posibles que variarán siempre, según los gustos e inquietudes de cada uno.

VIDAL DE LA BLACHE. *La France, tableau géographique* (París, 1906).
BLOCH (M.). *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* (París-Oslo, 1931); *La société féodale* (París, 1940, vol. I y II, 2ª ed. 1949).
FEBVRE (L.). *Rabelais et les problèmes de l'incroyance au XVIᵉ siècle* (París, 1943).
DUPRONT. *Le mythe de Croisade. Etude de sociologie religieuse* (París, 1956).
FRANCASTEL (P.). *Peinture et société* (Lion, 1941).
BRAUDEL (F.). *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (París, 1949).
CURTIUS (E.). *Le Moyen Age latin* (P.U.F.).
HUIZINGA. *Le déclin du Moyen Age* (trad. francesa, París, 1948).
LABROUSSE (E.). *La crise de l'économie française à la veille de la Révolution* (París, 1944).
LEFEBVRE (G.). *La Grande Peur* (París, 1932).

2. Los estudios metodológicos sobre la historia forman legión. Recordemos algunos de los escritos que hemos citado:

ARIÉS (P.). *Le temps de l'histoire* (París, 1954).
BLOCH (M.). *Métier d'historien* (París, 1949, 3ª ed., 1959).
BRAUDEL (F.). *Histoire et sciences sociales: la longue durée* (Annales E.S.C., 1954).
FEBVRE (L.). *Combats pour l'histoire* (París, 1953).
MARROU (H.-J.). *De la connaissance historique* (París, 1954).
PIGANIOL (A.). *Qu'est-ce que l'histoire?* (Revue de métaphysique et de morale, París, 1955, págs. 225-247).
SIMIAND (F.). *Méthode historique et science sociale* (Revue de synthèse historique, 1903, págs. 1-22 y 129-157).

5 SOCIOLOGÍA, ETNOLOGÍA Y ETNOGRAFÍA

GEORGES BALANDIER, DIRECTOR DE ESTUDIOS
DE LA ESCUELA PRÁCTICA DE ALTOS ESTUDIOS
(VI SECCIÓN)

Movimientos de flujo y reflujo

Esta mitad del siglo XX es, para las ciencias sociales y humanas, la hora de las discusiones. Todas tratan, con mayor o menor impaciencia, de multiplicar los avances hacia las disciplinas vecinas. Cada una de ellas, al afrontar sobre todo los problemas contemporáneos, ha adquirido más conciencia de sus límites y de sus debilidades; trata de remediar su situación contemplando la idea de una colaboración con las ciencias más próximas; renuncia, de buen o mal grado, a sus primeras ambiciones o a su antiguo imperialismo. Las relaciones entre sociología y etnología (o antropología, en el sentido anglosajón), psicología y antropología, sociología e historia, etc., nunca se han examinado y discutido tanto como en el curso del último decenio. Conferencias, artículos de revistas y obras especiales dan testimonio de ello. En el mismo período, vemos multiplicarse las investigaciones de carácter interdisciplinario mientras los especialistas comienzan a operar fuera de sus campos de acción tradicionales. Los "estudios regionales" (o *area studies*), en particular, exigen la concentración de los esfuerzos y de las disciplinas —historia, sociología y etnología, ciencias económicas y políticas, etc.— sobre una región determinada; tienden a un inventario total[1]. Los etnólogos ya no se limitan únicamente a las culturas y sociedades "primitivas" o "arcaicas"; aplican ahora sus métodos a las sociedades contemporáneas, complejas y organizadas en gran escala. Se ven así llevados a hallar un "puesto distintivo", especialmente al lado de los sociólogos. En otro lugar veremos si esa transferencia de la práctica etnológica es legítima, eficaz o simplemente ilusoria. Por otra parte, la atención acordada a los países que se ha convenido en llamar "subdesarrollados" o "preindustriales" ha despojado, en muchos casos, al etnólogo de su monopolio. Éste debe dar a su acción un carácter

[1] Bul. int. des Sciences Sociales (Les *area studies:* problèmes de méthode, IV, 4, 1952).

más específico en la misma medida en que demógrafos, economistas, sociólogos y *political scientists* no limitan más su actividad principal a las sociedades de tipo europeo. Lo prueba la bibliografía de los trabajos recientes que conciernen a Asia, Cercano Oriente y África.

En semejante contexto, no es fácil definir con claridad las relaciones entre disciplinas estrechamente asociadas, como en el caso de la sociología, la etnología y la psicología. Además, toda una corriente de pensamiento se dedica a asegurar el desarrollo de "una" ciencia social, efectuando la "integración" de ciencias hasta ahora bien distintas. A este respecto es significativo un volumen editado en 1954, bajo la dirección de J. Gillin[2]: examina las convergencias existentes entre etnología, psicología y sociología, estos tres "enfoques" que abarcan las distinciones, clásicas ahora, entre cultura, personalidad y sociedad; busca los medios de edificar una ciencia del hombre social (*a science of social man*), dejando de lado, sin embargo, el papel de las ciencias económicas y políticas y de la historia. Esta tendencia a la unificación obedece a múltiples causas, al mismo tiempo que revela el estado de crisis del pensamiento social que se dedica al análisis de las realidades y problemas contemporáneos. Dicha tendencia expresa una fuerte necesidad de eficacia ante esos problemas de importancia vital para todos los pueblos. Manifiesta, además, la preocupación de abolir, dentro de plazos razonables, la diferencia en materia de madurez existente entre ciencias sociales y ciencias físicas. Tales ambiciones han suscitado vivas críticas. Según A. L. Kroeber, la palabra "integración" ha adquirido todos los caracteres de un fetiche y revela una especie de "monismo infantil" que es más religioso que científico[3]. Para Kroeber, la impaciencia en materia de integración de las ciencias sociales es la mejor revelación de la falta de madurez de éstas.

El problema de las relaciones actuales entre sociología y etnología no se simplifica en nada con esas evoluciones recientes. Durante un largo período, cada una de ellas se ha esforzado por imponer su preeminencia. Tal fue el caso de la antropología cultural en los Estados Unidos: A. L. Kroeber, al hacer de la "cultura" el único campo verdaderamente distintivo del universo humano, se veía llevado a afirmar esta primacía. Y G. P. Murdock, si bien de manera menos categórica, continúa pensando que sólo la antropología cultural permite disponer de una gama de casos suficientemente variada y constituye así el árbitro decisivo de "la universalidad de las proposiciones establecidas por las ciencias sociales"[4]. En Francia, la sociología se esforzó por ocupar esta posición de superioridad mientras que la etnografía, y en menor grado la historia, le aportaban los materiales que servían de base a las elaboraciones teóricas. Quería ser la ciencia por excelencia de la sociedad, que coronara el edificio de las otras ciencias sociales. Pero las ambiciones de la escuela durkheimiana no eran a la medida de los resultados obtenidos; la dominación sociológica (en Francia) no llegó a establecerse más que la dominación antropológica (en los Estados Unidos). En el curso de los decenios pasados, las dos disciplinas tuvieron una existencia separada, a pesar de su asociación, a veces, en los nombres de departamentos universitarios. Pero, las diferenciaciones, que se produjeron en el seno de ellas, se presentan en forma paralela. Son, a menudo, los mismos capítulos que figuran en dos libros distintos y redactados a propósito de dos realidades demasiado netamente separadas, la de las "sociedades tradicionales" y la de las "sociedades modernas". Mas, acabamos de verlo, la división no puede ser estanca. Nuevos vínculos y también nuevas relaciones de fuerzas, tratan de organizarse. Mientras las ciencias sociales no estén inobjetablemente constituidas como ciencias, el campo que cubren variará de extensión bajo el efecto de ese doble movimiento de flujo y reflujo que revela sus ambiciones y sus relativos fracasos.

---

[2] J. GILLIN, *For a Science of Social Man: Convergences in Anthropology. Psychology and Sociology* (Nueva York, Macmillan, 1954).

[3] A. L. KROEBER, *The Knowledge of Man* (Columbia University Bicentennial Conference, V, oct. 1954).

[4] G. P. MURDOCK, *Sociology and Anthropology* (Gillin, *op. cit.*, págs. 29-30).

Etnografía, etnología y antropología

Los tres términos son frecuentemente empleados con sentido equivalente mientras que se trata de actividades bien diferenciadas. La definición de la *etnografía* da lugar a un amplio acuerdo, cualesquiera que sean las "escuelas" y las orientaciones nacionales. La etnografía exige el trabajo "sobre el terreno", la observación directa, aún más, la participación del investigador que está constantemente en busca de las mejores vías de acceso. Se mantiene al nivel de la descripción y tiende a una presentación tan completa como sea posible de un grupo (y de una cultura) cuya reducida extensión parece permitir una captación completa. Su medio de expresión, es, por excelencia, la monografía que reúne y clasifica los materiales recogidos. Tiende a constituir una colección de los tipos sociales y culturales, en la misma forma en que la historia natural realiza el inventario exhaustivo de las especies animales y vegetales. En este sentido, el museo etnográfico constituye una prolongación indispensable de las investigaciones sobre el terreno. La etnografía representa una primera fase necesaria: todos los maestros, pese a la diversidad de sus intereses y sus opiniones teóricas, obligan a los investigadores principiantes a dirigirse al terreno y a "describir" el grupo y la cultura abordados.

La *etnología* realiza una segunda etapa. Sin excluir la observación directa, tiende hacia la síntesis y no podría contentarse únicamente con los materiales recogidos de primera intención. "Esa síntesis, precisa C. Lévi-Strauss, puede operarse en tres direcciones: geográfica, si se procura integrar conocimientos relativos a grupos vecinos; histórica, si se tiende a reconstituir el pasado de uno o varios pueblos; sistemática, finalmente si se aísla, para dedicarle una atención especial, un tipo de técnica, de hábito o de institución"[5]. La comparación efectuada a través del espacio o (y) a través del tiempo, se impone en este caso como procedimiento de investigación. Las preocupaciones histórico-geográficas son, en general, predominantes en los límites de esta disciplina, pues conciernen a los orígenes, los centros y las vías de difusión. Radcliffe-Brown, insistiendo en las primeras de esas preocupaciones, proponía reservar el término etnología a los trabajos de *historia cultural;* a esos estudios que, bajo la influencia de Boas y, sobre todo, de Kroeber y Wissler, han sido los más numerosos en los Estados Unidos, hasta cerca del año 30. Su definición iba acompañada de un juicio de valor desfavorable: tales estudios le parecían quedar más acá de las exigencias que debiera tener todo especialista de ciencia social[6].

En un comienzo se estimó como suficiente la distinción entre etnografía y etnología, sea porque pareciese que el grado de síntesis alcanzado por la etnología no se debía sobrepasar, o bien porque las síntesis de un grado superior dependían de otras disciplinas —sociología y filosofía, historia y geografía humana. Francia, por ejemplo, se encontró en este segundo caso; semejante situación ayuda a comprender, en parte, el papel de "servidora" de las grandes disciplinas que la etnología desempeñó allí largo tiempo y el retraso de los aportes teóricos franceses en ese campo, destacando algunas brillantes y raras excepciones.

En los países anglosajones, donde se ha formado una *antropología* social o cultural, ésta representa una nueva y última etapa de la síntesis. Se apoya en la experiencia de la etnografía y la etnología. Se esfuerza, en un ambicioso vuelo, por trascender la diversidad que revelan la geografía y la historia. Tiende a descubrir "propiedades generales" que caracterizan toda vida en sociedad. Lévi-Strauss lo muestra sin ambigüedad: "La antropología tiende a un conocimiento global del hombre, que abarque el tema en toda su extensión histórica y geográfica; aspira a un conocimiento aplicable al conjunto del desarrollo humano, desde, digamos, los homínidos, hasta las razas modernas; y tiende a conclusiones, positivas o negativas, pero válidas para todas las sociedades humanas, desde la gran ciudad moderna hasta la tribu melanesia más pequeña"[7]. La tarea está netamente definida; se pueden apreciar toda su extensión y todos sus riesgos. La antropología, que parte de un reconocimiento de la diversidad de las sociedades, de los grupos y de las culturas, aspira a un nivel de generalidad en que todas las diferencias se hayan abolido sin habérselas explicado previamente. Del mismo modo, después de haber manifestado una sensibilidad particular a la evolución de las sociedades y las culturas y acordado un privilegio a las actividades de tipo historicista, tiende a expulsar la historia, los conceptos de evolución y revolución del campo de sus preocupaciones. Ambiciona, con impaciencia alcanzar la roca sobre la cual se supone que están erigidos todos los edificios sociales.

---

[5] C. Lévi-Strauss, *Place de l'anthropologie dans les sciences sociales et problèmes posés par son enseignement* (Sociologie, psychologie sociale et anthropologie culturelle, U.N.E.S.C.O., 1954).

[6] A. R. Radcliffe-Brown, *The Methods of Ethnology and Social Anthropology* (South African Journal of Science, 20, 1923); asimismo, *The Present Position of Anthropological Studies* (Proceedings, British Association for the Advancement of Science, 1931).

[7] *Op. cit.* (pág. 110).

Se impone una observación más. Los términos de antropología cultural o social —el primero empleado, sobre todo, en los Estados Unidos, el segundo, en Gran Bretaña— no pueden ser considerados como equivalentes que no susciten ningún problema, puesto que revelan orientaciones teóricas diferentes. Hace algunos años una polémica entre G. P. Murdock y R. Firth, nos lo ha mostrado claramente[8]. Es menester precisar la distinción entre "orden cultural" y "orden social", entre estudio de tipo culturalista y estudio de tipo sociológico. Para Radcliffe-Brown, en particular, la antropología social es esencialmente una "sociología comparada" que encara los hechos sociales bajo el doble aspecto de las estructuras y las funciones. Pero los conceptos deben precisarse antes de continuar el examen de las relaciones entre ciencias vecinas.

El concepto de cultura y sus críticos

El concepto es de origen inglés, pues por primera vez lo definió E. B. Tylor en su *Primitive Culture,* aparecida en 1874; pero luego ese concepto orientó la mayor parte de los trabajos emprendidos por los antropólogos norteamericanos. Concierne inicialmente, por referencia a la oposición ahora clásica entre naturaleza y cultura, al conjunto de las diferentes características que existen entre el hombre y el animal. Encara al hombre de acuerdo a sus técnicas y a sus creaciones, materiales e inmateriales —"el hombre y sus obras", según el título mismo de una obra de M. J. Herskovits. La cultura es el producto de la actividad de los hombres que viven en sociedad: "un capital a la vez material e ideal".

Los fenómenos culturales, debido a su aparente independencia respecto de las leyes biológicas y psicológicas, pudieron ser presentados como pertenecientes al campo de lo "superorgánico". Kroeber ha formulado este punto de vista[9], observando que los fenómenos de la naturaleza se clasifican en tres órdenes muy distintos: a) el campo de lo inorgánico, en el que las ciencias químicas y físicas pueden estudiar la materia y la energía; b) el campo de lo orgánico, en el que la biología y la psicología consideran los organismos vivientes y su comportamiento orgánico, y c) el campo de lo superorgánico, en el que las ciencias sociales deben encarar los fenómenos culturales e históricos. Estos tres niveles, mencionados en un orden de complejidad creciente, se implican mutuamente, pero, desde el punto de vista del conocimiento, requieren procedimientos científicos muy diferentes. Sólo el tercero es característico del hombre definido como creador de cultura y portador de historia; dos aspectos peligrosamente separados por algunos de los antropólogos contemporáneos.

---

[8] *American Anthropologist* (vol. 53, nº 4, 1951).

[9] A. L. KROEBER, *The Superorganic* (American Anthropologist, vol. 19, 1917).

No existe todavía ni definición, ni teoría de la cultura que pueda obtener una adhesión sin reticencias. En realidad, un recuento célebre permitió comprobar que se han propuesto, por lo menos 250 definiciones de la cultura. Unas, las menos numerosas, tienen un carácter materialista; tal es el caso de L. White[10] que vincula el nivel cultural de una sociedad dada a la cantidad de energía de que esta última se ha hecho poseedora, que asocia la evolución de la cultura a los progresos realizados en la utilización de las fuentes de energía. Otras, aparecidas alrededor del año 1830, revelan las preocupaciones "psicologizantes" de la antropología norteamericana, la importancia crucial acordada a la relación individuo-sociedad y personalidad-cultura. L. White ha formulado críticas categóricas contra tal orientación. Ve en ella "una interpretación psicológica y psiquiátrica de la cultura que es la del antiguo idealismo revestido de una nueva terminología"[11].

Estas nuevas tendencias, a pesar de que constituyen una herejía frente a la doctrina edificada por los fundadores de la antropología cultural (Boas, Wissler y Kroeber), se han afirmado sobre todo con las tomas de posición de un investigador de gran talento, Edward Sapir. A partir de 1928, este último muestra que la noción de cultura, en su acepción oficial, es una "ficción estadística", una colección heterogénea de los productos de la actividad de los hombres que viven en sociedad. Sapir encara la cultura como un "sistema de comportamientos" cuya formación es ampliamente inconsciente, que se impone a los individuos y, al mismo tiempo, la considera como un "sistema de comunicaciones" entre los individuos. Esta toma de posición debía contribuir a orientar el interés de los antropólogos; por una parte, hacia los trabajos de los psicólogos y el de los "especialistas de lo inconsciente"; por la otra, hacia las investigaciones de los lingüistas, en la medida misma en que el lenguaje es el prototipo de los medios de comunicación. He ahí dos campos que se han beneficiado con una explotación intensiva en el curso de los últimos decenios y que se han incorporado al campo de la antropología cultural de espíritu tradicional. Tan es así que se pueden señalar, desde ahora, tres centros principales de interés en el cuadro de las investigaciones antropológicas: a) la cultura encarada desde el ángulo de la historia cultural (tradición de Boas y Kroeber, sobre todo); b) la cultura considerada en sus relaciones con la personalidad (orientación dada por Sapir), y c) la cultura estudiada con referencia a las recientes teorías de las comunicaciones (con la ilustración proporcionada por algunas de las investigaciones de C. Lévi-Strauss).

---

[10] L. White, *Energy and the Evolution of Culture* (American Anthropologist, julio-sept. 1943).

[11] L. White, *La théorie de l'ethnologie aux Etats-Unis* (La revue internationale, 22, abril-junio 1950).

Sin embargo, el concepto de cultura sigue siendo equívoco; lo demuestran las definiciones más frecuentemente citadas. La cultura es siempre una abstracción, un universo construido para las necesidades del análisis antropológico. R. Linton lo ha recordado: "La forma, el contenido y hasta la existencia de las culturas no sólo se pueden deducir de los comportamientos a los cuales dan nacimiento… La cultura en sí misma es directamente imperceptible, aun para los individuos que participan de ella". Por su parte, C. Kluckhon y W. H. Kelly señalan este mismo aspecto: "Se pueden ver los individuos que construyen una sociedad, pero no se puede ver nunca una cultura"[12]. Del mismo modo, la cultura sigue comprendiéndose, sobre todo, en términos de comportamientos y valores. Para M. J. Herskovits, "una cultura se compone de las formas de creencias y comportamientos que han recibido la sanción social y que los miembros de un grupo humano han asimilado". Para Linton, a quien ya he citado, el contenido de la cultura consiste en "comportamientos aprendidos" y en sus "resultados". Sus últimos trabajos y, sobre todo, los de A. Kardiner[13], representan uno de los puntos culminantes de esta interpretación de la cultura que aporta, al mismo tiempo, técnicas nuevas y una teoría de la realidad social que contribuye a la edificación de una "sociología psicológica", según la expresión de M. Dufrenne[14].

En esto hay riesgos. En primer lugar, el de acordar a los sistemas culturales una casi autonomía o el de disolver la realidad social en la realidad cultural, olvidando las complejas relaciones que esos dos órdenes de fenómenos mantienen. So pretexto de captación "total", el antropólogo da a su ciencia una posición privilegiada y se convierte en defensor de un imperialismo científico poco justificado hasta el presente. Se debe señalar otra dificultad. A la diversidad de los grupos o los particularismos, corresponde una diversidad igual de culturas con variantes a menudo notables. En su estudio de los nuba, del Kordofan (Sudán), S. F. Nadel ha mostrado muy bien que cada grupo, a veces simple microgrupo, tiene sus propios caracteres culturales acompañados de manifestaciones psicológicas también originales. El problema aparece aún más claramente en las sociedades complejas organizadas en gran escala, en las que intervienen la oposición de ciudad y campaña, los antagonismos de clases, etc. Dufrenne, considerando la noción de "personalidad de base" impuesta por Linton y Kardiner, revela involuntariamente la gravedad de esa prueba y la elude con una afirmación prudente: "No se trata ciertamente de negar esas barreras y la realidad de las clases. Pero parece que esta realidad no rompe irremediablemente la cultura global si se pueden operar acercamientos entre las clases"[15]. Algunos antropólogos norteamericanos han intentado superar la dificultad introduciendo el concepto de "subculturas", pero, entonces, el desmenuzamiento se puede llevar muy lejos; ¿y quién no ve que de este modo la representación de la cultura como sistema y totalidad resulta radicalmente afectada?

---

[12] *The Concept of Culture*, en R. Linton, *The Science of Man in the World Crisis* (Nueva York, 1945).

[13] Véase, en particular, A. Kardiner, *The Individual and his Society* (Nueva York. 1939).

[14] M. Dufrenne, *La personnalité de base: un concept sociologique* (París P. U. F., 1953).

Las investigaciones realizadas al abrigo de la antropología "aplicada" y las nuevas condiciones de investigación creadas por la evolución de las naciones y de los pueblos después de la segunda guerra mundial, han devuelto el vigor a las críticas formuladas contra las definiciones y las teorías de la cultura. C. W. Hart, en un excelente inventario consagrado a las relaciones entre antropología y sociología, ha señalado:

"Considerado de una manera positiva, el desafecto con respecto al concepto de cultura nació de la convicción de que el comportamiento humano puede ser mejor estructurado en términos de interacciones, considerándose a éstas en particular, entre pueblos más bien que entre individuos o elementos culturales. En la medida en que esta evolución implica una óptica "de situación" más que una óptica de orden psicológico, el resultado es que orienta a los antropólogos, de una manera paradójica si se recuerda el número de artículos de orientación psiquiátrica publicados por sus revistas, hacia las posiciones sociológicas de Radcliffe-Brown y los funcionalistas ingleses[16].

Estructuras y funciones

Durante su estada en la Universidad de Chicago (1931-1937), Radcliffe-Brown constituyó un centro de conjunción para todos los adversarios de la interpretación tradicional de la ciencia antropológica. Atacó enérgicamente las dos orientaciones preponderantes en los Estados Unidos: los trabajos de espíritu historicista así como también los que desplazaban la antropología hacia la psicología, el psicoanálisis y la psiquiatría. Por su intermedio, las influencias comteanas y durkheimianas se hacían sentir fuertemente. Los términos "antropología social" y "sociología comparada" (que se podría también llamar sociología diferencial) parecen significativos de esta toma de posición.

Con Radcliffe-Brown, los conceptos de *estructuras sociales* y de *función* vuelven a ser de actualidad, si bien el análisis de sus vicisitudes debiera comenzar con Spencer y ciertos sociólogos del siglo XIX, entre ellos el alemán Albert Schäffle. Para el antropólogo británico, la noción de *estructura* se refiere a un cierto arreglo ordenado de los elementos sociales y de los rasgos constitutivos de la cultura; la de *función* se refiere a la interconexión existente entre la estructura social y los procesos de la vida en sociedad, a los medios por los cuales la sociedad global mantiene su cohesión y sus características propias [17]. Así, un rasgo de la cultura o un elemento de la estructura social es "explicado" de acuerdo a su relación funcional con los otros elementos y a su papel con respecto a la conservación del orden existente. Los dos conceptos quedan ligados de una manera necesaria. Se volvió a ellos después de haber descubierto que todos los aspectos de la vida social constituyen un conjunto significativo y que cada uno de ellos sólo puede ser comprendido y, luego, explicado si es "situado" con relación a todos los demás. A este respecto, las enseñanzas de los investigadores norteamericanos y las de los investigadores británicos concuerdan: sea que consideren el sistema de las producciones y obras humanas (perspectiva de la antropología cultural) o que consideren el sistema de las relaciones humanas que las hacen posibles (perspectiva de la antropología social), organizan el proceso de sus actividades de investigación con referencia a "totalidades". Todos se esfuerzan por captar esa totalidad que es el hombre viviente, que actúa y produce en el cuadro de tal o cual sistema de relaciones sociales. Sus descubrimientos en ese campo confirman los de Marx (hombre total y sociedad total se recubren), Marcel Mauss (noción de fenómeno social total) y también de Georges Gurvitch.

---

[15] *Op. cit.* (pág. 257).

[16] C. W. HART, *Cultural Anthropology and Sociology*, en H. BECKER y A. BOSKOFF (ed.), *Modern Sociological Theory* (Nueva York, 1957).

Los estudios debidos a A. R. Radcliffe-Brown distinguen las "estructuras concretas", que suministra la observación y constituyen una realidad empírica, de las "formas estructurales" que son esencialmente modelos o esquemas de explicación de la realidad social. Las primeras se captan directamente y se las debe aprehender como conjuntos expresivos. A las segundas se las utiliza luego como procedimiento de explicación. Esta distinción no ha sido aceptada por todos los discípulos del maestro inglés: según uno de ellos, el africanista M. Fortes, la estructura social es siempre "una abstracción que sirve de punto de referencia para analizar situaciones sociales concretas".

El concepto de función [18], si bien fue uno de los que más se utilizaron en el transcurso de los últimos decenios, es todavía uno de los más ambiguos. Según Radcliffe-Brown, todo sistema social tiene una "unidad funcional" que se puede definir de la manera siguiente: "La condición gracias a la cual todas las partes del sistema social trabajan juntas con un grado suficiente de armonía o de cohesión, sin producir conflictos durables que no puedan ser resueltos o contenidos". Esto vuelve a plantear la discutida cuestión de la "salud" de las sociedades y lleva a precisar los grados de salud social o de unidad funcional. Una toma de posición semejante corre el riesgo de subestimar las desarmonías y las tensiones propias de toda sociedad, así como los movimientos internos que hacen que toda sociedad tenga una historia. Puede apoyarse en una ideología mal dilucidada, valorizando los aspectos estáticos de las sociedades y de las culturas en detrimento de los aspectos dinámicos, lo que conduciría a devolver la vida, bajo un rostro moderno, a las "sociologías del orden". Un antropólogo británico, Gregory Bateson[19], ha aportado algunas correcciones. Este autor se ha esforzado por despojar el funcionalismo de toda teleología y encara el concepto de función asociándolo al de "equilibrio dinámico", gracias al cual muestra que todo sistema social, a pesar de sus apariencias estáticas, comporta al menos cambios de poca magnitud que surgen continuamente y se compensan unos a otros.

---

[17] A. R. RACDLIFFE-BROWN, *Structure and Function in Primitive Society* (Londres, 1952).

[18] H. M. KALLEN, *Functionalism* (*Encyclopedia of the Social Sciences,* vol. 6, 1931); A. R. RADCLIFFE-BROWN, *On the Concept of Function in Social Sciences* (*op. cit.*); R. FIRTH, *Function* (Yearbook).

Las confusiones a que se presta el término de función aparecen, por otra parte, en la obra de B. Malinowski. La fórmula puede expresar allí la unión durable que existe entre dos o varios elementos, así como la relación de cada uno de éstos con el "todo" que constituye la sociedad o la cultura. Pero se refiere, por otra parte, a una teoría de la cultura en que cada uno de los elementos constitutivos tiene por función satisfacer las necesidades (fundamentales o secundarias) del individuo[20]. Esta relación necesaria con los apremios fundamentales permitiría, así, comprender las culturas como comportando todas las mismas "piezas", cualesquiera que sean sus grados de complejidad y la diversidad de sus formas.

Se ve que el concepto de función se utiliza aquí en tres acepciones diferentes. La crítica más radical fue formulada por Lévi-Strauss: "Allí donde Mauss —escribe— encaraba una *relación constante* entre fenómenos, en la que se encuentra su explicación, Malinowski se pregunta solamente *para qué sirven,* a fin de buscarles una justificación. Esta posición aniquila todos los progresos anteriores, puesto que reintroduce un aparato de postulados sin valor científico"[21]. Se hace necesaria una observación. Si se admite que el antropólogo se propone como objeto el descubrimiento de las propiedades comunes a todas las manifestaciones (pasadas y presentes) de la vida social, se debe considerar el procedimiento de Malinowski como una de las tentativas más importantes hechas en ese sentido. Dicho procedimiento establece una relación constante entre los sistemas de instituciones y el complejo de las necesidades primarias específicas de la naturaleza humana. Malinowski se esfuerza por llegar a la explicación de los fenómenos sociales por un procedimiento de reducción del orden sociocultural al orden psicofisiológico. Este proceder parece difícilmente aceptable. Pero, sin embargo, no es más vulnerable que aquel que consiste en vincular los hechos sociales y culturales a estructuras mentales y a operaciones lógicas que se suponen universales para captar las propiedades generales. Es sabido que éste es uno de los caminos seguidos por C. Lévi-Strauss en ocasión de sus recientes trabajos. Las dos tentativas están demasiado determinadas por el deseo de llegar, con el primer impulso, a explicaciones integrales.

---

[19] G. Bateson, *Naven* (Cambridge, 1936).

[20] B. Malinowski, *A Scientific Theory of Culture and Other Essays* (Chapel Hill, 1944).

[21] C. Lévi-Strauss, *Introduction à l'oeuvre de Mauss*, en M. Mauss, *Sociologie et anthropologie* (París, 1950).

Originalidad de la etnología y la antropología

No basta decir que la antropología se propone como objeto, a favor de la diversidad de los casos observados o contados, poner de manifiesto ciertas propiedades generales de la vida en sociedad. La sociología y la filosofía tienen, en medida amplia, esa misma preocupación. Conviene ahora mostrar, cómo el objeto mismo de las investigaciones antropológicas conduce a una percepción original de la realidad social y obliga a recurrir a métodos particulares probados en diversos grados. El aspecto en que se insiste más frecuentemente es la calidad de "extraño" del antropólogo frente a las sociedades y las culturas que ha elegido estudiar; es, según la fórmula de C. Lévi-Strauss, "el astrónomo de las ciencias sociales". En este caso, la empresa científica exige del investigador continuos aprendizajes y un incesante esfuerzo de comprensión; debe integrarse por el método de la observación participante, buscar las mejores comunicaciones con los "observados", hallar un sentido a configuraciones no habituales, etc.[22]. Su trabajo sobre el terreno se efectúa al abrigo de la participación y la comprensión. Se ve llevado, no sólo a aprehender las teorías indígenas concernientes a la realidad social, sino también a llevar su acción más adelante, a fin de alcanzar una objetividad que no sea relativa. Éste es el objeto ideal (quizás para siempre inaccesible) que C. Lévi-Strauss pone en evidencia: "No se trata sólo de elevarse por encima de los valores propios de la sociedad o del grupo del observador, sino también de sus *métodos de pensamiento;* de llegar a una formulación válida, no sólo para un observador honesto y objetivo, sino para todos los observadores posibles"[23]. Se reconoce aquí el privilegio que G. P. Murdock acordaba ya únicamente al antropólogo.

Por otra parte, en la misma medida en que concentraba sus esfuerzos en los pueblos llamados "primitivos", la antropología abordaba un tipo de sociedad que debía orientar sus teorías generales. El antropólogo opera sobre *sociedades de dimensiones reducidas* que fueron por largo tiempo ignoradas por los demás especialistas de las ciencias sociales. Debía necesariamente realizar una investigación total —haciéndose ecólogo, historiador, sociólogo, lingüista, economista, etc.— y podía hacerlo, en razón de la escala del sistema observado. La naturaleza de su investigación lo llevaba así a descubrir más fácilmente la vida social como un "todo" cuyos elementos están orgánicamente ligados unos a otros; este aspecto ha sido encarado bajo los rubros precedentes y explica la exigencia de *totalidad* expresada por la mayoría de los antropólogos.

---

[22] Véanse a este respecto, los testimonios de C. LÉVI-STRAUSS, *Tristes tropiques* (Plon, 1955); G. BALANDIER, *Afrique ambigüe* (Plon, 1957, y G. CONDOMINAS, *Nous avons mangé la forêt* (Mercure de France, 1957).

[23] *Place de l'anthropologie dans les sciences sociales* (*op. cit.*).

Estos últimos se han encontrado en presencia de sociedades en las que las relaciones entre individuos tienen, más que en las sociedades modernas, un carácter *directo* o *personal*. Es una cuestión de dimensión y nivel cultural. Buen número de sociedades de las llamadas arcaicas, no disponen de una escritura de uso común y poseen pocos medios indirectos para comunicarse entre individuos. Radcliffe-Brown ha insistido en el hecho de que, en talos casos, las relaciones más directas entre individuos (sobre todo las que se definen por los sistemas de parentesco) son de la misma naturaleza que las existentes entre individuos alejados. La sociedad global parece allí más homogénea de lo que son nuestras sociedades complejas, y las relaciones con los demás parecen más auténticas. Esto lleva a C. Lévi-Strauss a mostrar la investigación antropológica orientada hacia el estudio de los *casos* y *niveles de autenticidad*[24]. Esto permite comprender, sin embargo, la aplicación de las técnicas etnográficas a ciertos aspectos de las sociedades modernas: a pueblos, a unidades de vecindad dentro de una gran ciudad o a empresas; el investigador se encuentra allí en un terreno que le es familiar.

Agreguemos una observación del género de las precedentes. El antropólogo aborda sociedades y grupos en que la *tradición* desempeña un papel determinante, pues los comportamientos se remiten a ella en forma más o menos explícita para justificarse y valorizarse. El antropólogo se encuentra, en general, ante una sociedad más preocupada por la conformidad que por la reflexión crítica sobre sí misma. Queda asombrado, como lo ha señalado bien E. Sapir, ante el hecho de que los comportamientos se moldean de una manera inconsciente en semejante medio. Este aspecto puede beneficiarse con una atención especial e incitar al antropólogo, como lo precisa C. Lévi-Strauss, a proponerse como tarea esencial la dilucidación de las manifestaciones colectivas e inconscientes. Tal orientación, unida a la obligación de captar configuraciones significativas, ha conducido a la antropología a valorizar ciertos aspectos de la realidad social: los sistemas de valores, el universo de los símbolos, los comportamientos y las actitudes. Dicha ciencia ha subestimado, en cambio, los aspectos materiales (cantidad y distribución de los hombres, cantidad y distribución de las riquezas producidas: la base demográfica así como la base económica), los cuales no tienen menor importancia en las sociedades llamadas primitivas que en las nuestras. Ha otorgado un lugar casi exclusivo al análisis cualitativo y sus modos de explicación derivan, en su mayor parte, de la tradición idealista.

---

[24] *Ibíd.*, págs. 120-122.

Evolución de la antropología y desaparición de los "primitivos"

Desde la segunda guerra mundial, el antropólogo es cada vez más solicitado, en menor proporción a causa de su técnica que de sus conocimientos relativos a pueblos que han permanecido por largo tiempo "al margen". Se ve conducido al primer plano de la escena científica porque las nuevas naciones de Asia y África intervienen en el campo de las relaciones internacionales, donde ahora se han impuesto. Su influencia se acrecienta y, al mismo tiempo, los problemas propios de los países llamados "subdesarrollados" aparecen como los más graves de esta época. Los gobiernos, las instituciones internacionales y los organismos que tienen por objeto la asistencia técnica, dan a la antropología aplicada cada vez mayor oportunidad de probar su eficiencia.

En Gran Bretaña, durante los años que siguieron a 1930, los etnólogos fueron empleados por las administraciones de los territorios coloniales o debieron estudiar las condiciones y las consecuencias de la acción misionera. Ésos fueron los comienzos, según la expresión de Brown y Hutt, de la "antropología en acción". En los Estados Unidos, una sociedad para la antropología aplicada (S. A. A.) recibió su estatuto definitivo en 1941, después de haberse fijado como tarea: "Promover la investigación científica de los principios que permiten controlar las relaciones de los seres humanos, unos con respecto a otros, y fomentar la aplicación de esos principios extendidida a la solución de problemas prácticos"[25]. Después de la guerra, Francia tomó también este camino, sobre todo con la creación (si bien tardía) de un Consejo superior de Investigaciones sociológicas en el extranjero.

Los primeros animadores de esta escuela interesada en la actividad práctica hicieron figura de "jóvenes turcos" de la antropología, pues abordaron, en particular, las concepciones tradicionales de la cultura, la pasión sentida por los "verdaderos primitivos" (y por las ilusiones que implica esta noción), una actividad más orientada por la tribu como unidad de investigación (*tribal oriented research*) que por la consideración de problemas precisos, el carácter demasiado estático de las teorías clásicas.

Los efectos de la nueva orientación son, sobre todo, de orden crítico. Conviene, sin embargo, señalar sus aportes positivos en el campo de los trabajos concernientes a los cambios sociales y culturales. Éstos completan los que se deben a las investigaciones que estudian los contactos y conflictos culturales y los procesos de "aculturación", que serán examinados en un capítulo especial del segundo volumen. Son los materiales nuevos, más que las nuevas contribuciones teóricas, lo que cuenta actualmente en el inventario. En ciertos casos, las tomas de posición anteriores eran un obstáculo a todo descubrimiento importante en ese campo; el ejemplo de Malinowski, demasiado orientado por su concepción de la cultura y su rechazo de la historia, es el más notable a este respecto [26]. En otros casos, demasiado poco numerosos, las innovaciones de orden metodológico y teórico —como el notable estudio de H. G. Barnett [27] que versa justamente sobre la innovación— son inobjetables. Como mínimo, este orden de investigaciones ha sometido los conceptos de estructura y función a la prueba de la historia y de la dinámica que hace que las sociedades "preservadas" sean hoy imposibles de hallar.

---

[25] Esta sociedad publica una revista, *Human Organization.*

Se ha observado ya que la antropología se desarrolla, mientras que las sociedades llamadas "arcaicas" desaparecen o, cuando menos, pierden sus caracteres distintivos. No estamos ya en la época en que los esquimales, los arunta, los toda, etc., constituían su terreno predilecto y su caza reservada. Diseminados actualmente en vastas regiones del mundo, en las que se plantean los problemas del desarrollo económico y social, la construcción de las naciones y la modernización de las culturas, los antropólogos no tienen más monopolio. Trabajan a menudo junto a otros especialistas que desconfían de la supremacía antropológica y deben poner de manifiesto la originalidad de su acción. Para ello, no basta presentar la antropología como una sociología de las "rusticidades rezagadas", sino, por el contrario, emprender una renovación teórica que se ha hecho urgente [28]. No basta tampoco, como lo ha sugerido Evans-Pritchard, considerar a los antropólogos como "especialistas" de determinadas regiones del mundo, bajo la etiqueta del africanismo, del indianismo, etc. Sería apegarse a una tradición en desuso que ha hecho de la antropología una "historia natural de la diversidad humana".

Pero los antropólogos se esfuerzan, por otra parte, en aplicar sus técnicas al estudio de las sociedades modernas. Éste es, para ellos, el mejor medio de hacer reconocer la originalidad de su disciplina. ¿Qué opinión podemos formarnos de sus tentativas? Una confrontación reciente, bajo los auspicios de la "American Sociological Society", permite una primera evaluación [29]. El punto de vista antropológico fue presentado por J. Gillin, el cual afirma la necesidad de la colaboración de los antropólogos en dos campos: el estudio de las comunidades locales y el de las "subculturas", en el interior de las configuraciones modernas organizadas en gran escala; y el análisis de estas últimas en términos de estructura y de función. A cada uno de esos sectores de investigación aporta el antropólogo sus métodos (relación directa con el "observado", participación y "enfoque" comprensivo) y su equipo teórico para abordar los conjuntos culturales. J. Gillin no deja de admitir que se trata aquí de una contribución al esfuerzo colectivo realizado por todos los especialistas de las ciencias sociales y humanas. El punto de vista sociológico ha sido formulado por Bryce Ryan que pone de relieve el carácter diferente de los métodos (cualitativos, por una parte, y cuantitativos, por otra), los niveles de investigación (observación en escala pequeña y observación en gran escala) y los niveles de generalización, de las "acentuaciones" en la representación de la realidad social y cultural. Aunque manifestando sus temores con respecto al imperialismo antropológico, Bryce Ryan plantea la cuestión de una integración de las dos disciplinas en una "ciencia social" que puede abordar mejor los problemas modernos[30].

---

[26] B. MALINOWSKI, *The Dynamics of Culture Change* (New Haven, 1945).

[27] H G. BARNETT, *Innovation* (Nueva York, 1953).

[28] Que ha comenzado gracias a las contribuciones de C. LÉVI-STRAUSS, en Francia; S. F. Nadel y M. Gluckman en Gran Bretaña, etc.

[29] *The Application of Anthropological Knowledge to Modern Mass Society* (Human Organization, 15, 4, 1957).

Antropología y sociología

Al analizar el contenido de una obra reciente, consagrada a la teoría sociológica por un grupo de sociólogos[31], quedamos asombrados ante la multiplicidad de las referencias antropológicas en la mayoría de los capítulos. Una amplia comunicación existe ahora entre las dos disciplinas. Pero, ¿es por eso más fácil precisar sus relaciones? Tornamos a la cuestión inicial. C. Lévi-Strauss muestra que las relaciones continúan bajo el signo del equívoco ya que la evolución de estas ciencias ha llevado a distinguir mal la "verdadera diferencia" que existe entre ellas. Para establecer una distinción clara, Lévi-Strauss opone una objetividad ligada a un sistema de pensamiento (la del sociólogo) a una objetividad aceptable para todos los sistemas de pensamiento (la del antropólogo). Dice así:

"En su esfuerzo (se trata del sociólogo) por aclarar interpretaciones y significados, espera, en primer lugar, explicar su propia sociedad; son sus propias categorías lógicas y sus propias perspectivas históricas lo que aplica al conjunto ... Mientras que el antropólogo, colocado frente a la misma tarea, se esforzará voluntaria y conscientemente también (no existe la certeza de que lo logre) por formular un sistema válido tanto para el más lejano indígena como para sus propios conciudadanos o contemporáneos"[32].

Así, pues, el antropólogo se esforzaría por no manipular siempre sólo la moneda de lo absoluto. La meta es ambiciosa y sin duda inaccesible. Esta toma de posición comporta un cierto número de implicaciones: postula una unidad cierta, una homogeneidad en los tipos sociales y culturales, pasados y contemporáneos, homogeneidad de la que no estamos científicamente seguros. Para afirmar esta unidad, se exige la búsqueda de un "sustrato universal" que puede descubrirse, sea en el inconsciente —"término mediador entre yo y otros", según la fórmula de Lévi-Srauss—, sea en estructuras mentales universales, comprendidas con la mediación de las categorías fundamentales del espíritu humano, como lo sugiere también Lévi-Strauss[33]. Pero en ese nivel, la antropología, que parte, sin embargo con la etnografía, de un inventario de la diversidad de las realizaciones humanas, descubre propiedades tan generales y tan abstractas que tienen un valor explicativo insuficiente. No tiene más en cuenta la incidencia de las *situaciones*, de las condiciones concretas e históricas en los sistemas sociales y culturales. Elude, así, una de sus tareas principales: la explicación de las "diferencias" que revela el inventario de esos sistemas proseguido a través del espacio y del tiempo. El contacto con las obras de varios de los sociólogos modernos será saludable, pues incitará a equilibrar esa impaciencia por llegar a las explicaciones integrales. El ejemplo de G. Gurvitch, que insiste sobre el carácter empírico y relativista de la actividad sociológica, parece provechoso a este respecto.

---

[30] *Op. cit.*; comunicación seguida de un comentario debido a un antropólogo, R. Patrick.

[31] H. Becker y A. Boskoff (ed.), *Modern Sociological Theory in Continuity and Change* (Nueva York, 1957).

[32] *Place de l'anthropologie dans les sciences sociales* (*op. cit.*, págs. 116-117).

Esta opción por el "todo o nada" incide evidentemente en la presentación que hacen los antropólogos de las sociedades y culturas llamadas primitivas. Éstas, así como también su funcionamiento, son descriptas de una manera demasiado sistemática, sin manifestar suficientemente la diferencia existente entre la teoría y la realidad. Dan así una impresión de "social perfecto" mientras que toda cultura y toda sociedad, en grados diversos, nunca funcionan más que de manera aproximativa. Tal orientación conduce a idealizar las sociedades consideradas, sin tener suficientemente en cuenta las reticencias del individuo y los antagonismos o conflictos de intereses, el movimiento interno que origina la coexistencia de elementos caducos y elementos nuevos en gestación. Conduce también a reducir al mínimo la influencia del acontecimiento, el papel de las evoluciones y movimientos sociales; de tal suerte que, bajo ciertos aspectos, la antropología moderna puede aparecer como una "antihistoria". Pero la obligación de considerar en la actualidad un mundo en vías de transformación total, y no solamente el universo de los primitivos estimados auténticos, debe provocar un cambio en las actividades intelectuales. También allí serán útiles las comunicaciones establecidas con los sociólogos, pues llevarán a considerar las "desviaciones sociales", los procesos de estructuración y desestructuración, los equilibrios instables, etc.[34].

Estas observaciones no significan que la sociología deba movilizarse continuamente en socorro de la antropología. Cada una en su sector, estas dos ciencias han elaborado técnicas de investigación que se completan. Han llegado así a certezas comunes; por ejemplo, al descubrimiento de que sus esfuerzos deben tender a captar al hombre total y la sociedad total[35]. Han aumentado, con diversidad suficiente, el capital de informaciones de que disponen ahora los especialistas de las ciencias sociales. En cierta medida, comienzan a corregirse mutuamente de sus insuficiencias, sus excesos y sus ambiciones sin mañana; se imponen, una a otra, una mirada más crítica con respecto a sus dogmatismos respectivos. Están sometidas a la misma prueba: ayudar a resolver los problemas que impone este mundo ansioso. Para descifrar mejor lo más actual, que es, en muchos aspectos, lo más complejo, no pueden seguir ignorando ni los aportes de los economistas y los historiadores modernos, ni ese impresionante esfuerzo por discutir todo nuevamente que fue el marxismo en sus orígenes. He ahí vecindades poco familiares hasta entonces a la antropología tradicional.

---

[33] Véase su "Introducción" a la obra de M. MAUSS, en *Sociologie et anthropologie*.

[34] A. BOSKOFF, *Social Change* (en la obra ya citada, *Modern Sociological Theory*).

[35] Para un examen crítico de la noción de totalidad, véase H. LEFEBVRE, *La notion de totalité dans les sciences sociales* (Cah. int. de sociologie, vol. XVIII, 1955).

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

BALANDIER (G.). *Sociologie actuelle de l'Afrique noire* (París, 1955).

BECKER (H.). Y BOSCOFF (A.). (ed.) *Modern Sociological Theory* (Nueva York, 1957).

DUFRENNE (M.). *La personnalité de base: un concept sociologique* (París, 1953).

GILLIN (J.). (ed.). *For a Science of Social Man: Convergences in Anthropology, Psychology and Sociology* (Nueva York, 1954).

GLUCKMAN (M.). *Custom and Conflict in Africa* (Oxford, 1955).

KARDINER (A.). *The Individual and his Society* (Nueva York, 1939).

KROEBER (A. L.). (ed.). *Anthropology Today* (Chicago, 1953).

LÉVI-STRAUSS (C.). *Anthropologie structurale* (París, 1958).

LINTON (R.). (ed.). *The Science of Man in the World Crisis* (Nueva York, 1945).

MALINOWSKI (B.). *A Scientific Theory of Culture and Other Essays* (Chapel Hill, 1944).

MAUSS (M.). *Sociologie et anthropologie*, con una Introducción de C. LÉVI-STRAUSS (París, 1950).

RADCLIFFE-BROWN (A. R.). *Structure and Function in Primitive Society* (Londres, 1952).

6 LOS PROBLEMAS DE LA ESTADÍSTICA

G. TH. GUILBAUD, DIRECTOR DE ESTUDIOS
DE LA ESCUELA PRÁCTICA DE ALTOS ESTUDIOS
(VI SECCIÓN)

La síntesis, intentada en toda época, del conjunto de los resultados de una disciplina científica solamente es provisional. Se oye, a menudo, a los usuarios de la estadística quejarse de que los instrumentos de análisis que utilizan por necesidad han sido forjados para otros; ¿por qué lo que viene de la biometría o de la economía debe ser bueno para el sociólogo o el psicólogo? Pero, para la estadística, como para las matemáticas, y como para muchas otras disciplinas, no es el caso de comenzar nuevamente: un traje cortado a medida, tal vez, ¿pero el tejido no es el mismo para todos?

No sería razonable que un sociólogo o un biólogo quiera constituir enteramente una estadística particular que no tome nada de las estadísticas ajenas. Toda imitación es peligrosa; se siente uno tentado, dicen, de aplicar recetas; lo cual es cierto. Es excelente denunciar el peligro. ¿Cuál es el remedio? Primeramente, reconocer la existencia de una ciencia estadística, ampliamente independiente de su objeto o, para decirlo mejor, una estadística general.

Para dar una idea de lo que ella es, la formulación matemática es, con frecuencia, indispensable —aquí se la evitará al máximo, no sin riesgos— y el estudio histórico de la evolución de las ideas es de gran utilidad. A continuación, nos limitaremos a un bosquejo bastante grosero.

Para un excelente especialista francés del siglo pasado, en estadística, la situación de la ciencia a que nos referimos era clara: "La estadística es la ciencia de los hechos sociales" (Moreau de Jones, *Eléments de statistique,* 1847). ¿Qué ha ocurrido, pues, desde esa fecha? ¿La estadística ha renegado de sus orígenes? El verdadero objeto de la estadística no han sido nunca las sociedades humanas como tales, sino solamente ciertos aspectos, ciertos modos de aprehensión de la realidad social. En primer lugar, el número, es decir, por una parte, la cantidad (o más bien la cuotidad) y, por otra, los números. Luego, y, precisamente hay que decirlo, sobre todo, la detección de algunas regularidades, la búsqueda de "leyes". Desde los orígenes, la mortalidad y la natalidad presentan un "orden" global más allá de las apariencias contingentes. No olvidemos que, una vez que se hubo comprobado esta regularidad, ella inspiró una confianza tal que no tardó en constituir la base de una industria (los seguros) "en la misma forma en que se utiliza la fuerza del viento y la corriente de los ríos" (M. Bloch, 1878).

De esos orígenes de la estadística, queda el nombre (pero, ¿quién ve todavía "estado" en "estadística"?) y más aún, queda la situación creada a la estadística en la enseñanza y la investigación; es muy raro que se enseñe la estadística sola, la estadística pura. Es estadística y economía, estadística y biología, estadística y psicología, y así sucesivamente, y los términos econometría, biometría, psicometría, no tienen, a menudo, otro significado. Hasta en algunos casos, el análisis en dos componentes es casi imposible: así ocurre con la demografía.

Y, sin embargo, convendría reconocer que la estadística se ha esforzado por obtener su autonomía: una metodología estadística, nacida a la clara conciencia de sus fines hace 50 años, con pretensiones universales aunque sin estatuto epistemológico reconocido. No reclamó el epíteto de *Novum Organum,* aunque tenía algunos títulos para ello.

La elección de la palabra "población" para designar todo conjunto estadístico, caracteriza los estudios de los primeros estadígrafos; pero, actualmente se estudiará bajo el nombre de población, el conjunto de automóviles que circulan en un país dado en una fecha dada, así como una colonia de microbios, un lote de tubos electrónicos, las palabras de un vocabulario, o los hombres de un grupo. Notemos que en la jerga estadística, la palabra "población" designa el conjunto mismo que se tiene en vista y no, como en el lenguaje usual, el número de los individuos. Para designar ese número, se dirá con preferencia "efectivo".

En muchos casos, este efectivo puede ser considerable. Aunque se hayan podido reunir los informes individuales, el ponerlos en orden plantea ya verdaderos problemas de método.

El motor permanente de toda actividad *estadística* es, en efecto, el siguiente: lo real es siempre demasiado complejo y la descripción exhaustiva es impracticable.

Reduzcamos la dificultad eligiendo un ejemplo simplificado, como ser una población humana bien delimitada. De cada uno de los individuos que la componen, me intereso en una característica única bien definida; digamos, para fijar las ideas, la edad. Imaginemos que un recuento completo sea posible: he aquí el registro en que están anotados los nombres (o los indicadores de identidad que se deseen, matrículas u otros) y las edades frente a cada nombre. Para comenzar, hay que decir esto: lo que el estadista quiere aprehender no es, a decir verdad, la población como conjunto de individuos, sino el conjunto de las edades. El anonimato es reglamentario. Se dirá: la *distribución estadística,* para designar esta población de cifras que será nuestra única preocupación. ¿Qué queda de nuestro registro cuando se borran los nombres? Una serie de números. Si la población es numerosa, tengo que hallar un medio de tomar conocimiento de la distribución que no sea la lectura de la lista en el orden del registro (el cual sólo puede ser alfabético, es decir, probablemente del todo extraño a mis preocupaciones actuales). Ordenar los individuos por rango de edad y agruparlos en clases anuales o decenales será ya un progreso, quiero decir, un medio de no perderse en la diversidad empírica. Simplificar el dato siempre complejo, he aquí mi primer movimiento, muy espontáneo; pero, si yo simplifico demasiado entonces el escrúpulo es sólo superficial.

El ideal sería un discurso ordenado, no como una lista cualquiera, de la que hay que esperar el final para saber realmente, sino con un orden eficaz y didáctico, un orden tal que, desde las primeras palabras, yo vea los grandes rasgos del objeto que se describe y que prosiga perfeccionando progresivamente la descripción, de modo que yo esté libre de detenerme donde quiera, obteniendo cada vez el mayor conocimiento posible por el número limitado de informes que he aceptado oír.

Tales métodos de descripción progresiva son bien conocidos: el jueguito de los "retratos", los cuestionarios destinados a identificar las plantas, los procedimientos de diagnóstico del análisis químico y muchos otros esquemas taxonómicos proceden de una lógica común. Se puede decir, en cierta medida, que el estadista decide operar según principios análogos, construyendo una serie de clasificaciones que encajan unas en otras, una serie de filtros, o de tamices, cada vez más finos.

Conservemos nuestro ejemplo simple, demasiado simple, de una distribución de edades. Suponiendo conocido el efectivo total de la población estudiada, daré los efectivos de algunas clases, primeramente muy amplias, por ejemplo: menos de 20 años, más de 60 años, entre 20 y 60. Será un primer grado de clasificación, un primer vistazo panorámico que puedo refinar subdividiendo en grados sucesivos. Puedo elegir libremente los cortes entre las clases; se puede entonces pensar en definir las clases, no por límite de edad, sino por su contenido y este modo de proceder tendrá tal vez el mérito de estar más adaptado al objeto del estudio ya que el tamiz no ha sido preparado por adelantado. En esta segunda perspectiva se ubicarán informes como el siguiente: la mitad de la población tiene menos de 38 años, la otra mitad 38 ó más (edad media). Después de lo cual se indicarán cuatro fracciones iguales (los cuartiles) y así sucesivamente: deciles, centiles (generalmente "cuantiles" o bien "fractiles", si no se quiere precisar el fraccionamiento), técnica ésta de empleo muy cómodo y muy difundido en la actualidad.

Se pueden introducir muchas variantes, aun conservando el estilo de clasificación. Indiquemos solamente, al pasar, algunas direcciones posibles. Todo informe, en este estilo, se compone de tres datos numéricos: un intervalo de la variable estudiada (la edad) definido por sus dos fronteras y su contenido (en fracción del efectivo total).

Pero la pregunta puede ser hecha en diversas formas: ¿Qué contiene el intervalo de 18 a 45 años? ¿Cuál es la edad por debajo de la cual se encuentra determinado tanto por ciento de la población? (el conjunto de respuestas constituye la *función de distribución*); o si no, ¿cuál es el menor de los intervalos que contienen tanto por ciento de la población? (el conjunto de respuestas constituye la *función de concentración*). Queda por organizar una serie de preguntas de este estilo, o, más bien, varias series, entre las cuales se elegirá la más oportuna, según la naturaleza de la población estudiada y la característica distribuida. En principio, estos cuestionarios podrían ser prolongados hasta el examen completo de la distribución, de manera que quede libre el grado de precisión del conocimiento requerido.

A pesar de sus variantes, este primer estilo no agota las posibilidades de descripción progresiva. Hay otra escala muy conocida: la que utiliza *los promedios.* No es quizás necesario ser estadígrafo para entender lo que se quiere decir, y que es un informe sobre la distribución, si se dice que la edad media es de 34 años. Pero no es necesario tampoco ser muy entendido para darse cuenta de que dos distribuciones muy diferentes pueden dar el mismo promedio: el informe dado por el promedio es, pues, insuficiente, como lo es el que da la mediana. Ahora bien, el promedio ordinario puede ser considerado como el primer informe de una serie que, como la serie de los fractiles, puede procurar una descripción progresiva (y completa si se quiere) de la distribución. Se trata de la serie de los momentos. Nosotros no podemos detenernos en detalles técnicos; bastará esbozar la idea general. Es sabido que, al promedio de una característica numérica (como la edad), se tiene la costumbre de asociar el promedio de los cuadrados, el promedio de los cubos, de cualquier potencia de esta variable. El procedimiento parece menos natural que el de las clases, pero su empleo está justificado, como se sabe, por ciertas comodidades. Citemos, al pasar, una de ellas. La descripción de una población aislada no es la meta final: habrá que saber comparar diversas poblaciones, y, en particular, comparar entre ellas varias partes de una misma población. Ahora bien, basta un instante de reflexión para ver, por ejemplo, que la mediana, así como los otros fractiles, que se recomendaban por la simplicidad de su definición, son difíciles de utilizar en las operaciones de división y reunión de las poblaciones. Supongamos que se tienen dos poblaciones de las cuales se conocen las medianas respectivas: se las reúne para constituir una nueva población; la nueva mediana no es función de las dos medianas parciales. Por el contrario, la ley de composición de los promedios es simple; el promedio general es un promedio de los promedios parciales. Es un privilegio considerable. Se trata entonces de construir una serie de características numéricas que posean el mismo privilegio de aditividad y que puedan constituir una descripción progresiva, partiendo del promedio como término inicial. Este papel se demuestra fácilmente y puede ser desempeñado por los promedios de x, de x^2, x^3, etc., de x^k que se llamará *momento* de orden k. La profundización de esta idea conduce a la *función generadora,* de Laplace, y a las funciones llamadas *características* entre los modernos.

La descripción por medio de los momentos es ciertamente menos intuitiva que la descripción por medio de los fractiles. Puede ser útil tratar de captar mejor el significado de los momentos y de darse cuenta de los vínculos que existen entre los dos estilos descriptivos. Algunos ejemplos bastarán para indicar el camino. Se trata siempre de una variable (más arriba era la edad) que llamaremos *(x)*, la cual es susceptible de adquirir diversos valores, digamos, para fijar las ideas: $x = 0, 1, 2 \ldots$, etc.

Una distribución estadística asocia, a cada uno de estos posibles valores, un efectivo, número de los individuos que realizan, sea $x = 0$, $x = 1$, etc., o bien una frecuencia, relación de esos efectivos parciales con el efectivo global. Designemos esas frecuencias como f_0, f_1, f_2, *etc.* Son números (esencialmente positivos) que verifican primeramente la igualdad:

$$f_0 + f_1\, f_2 + \text{etc.} = 1$$

Si se da el promedio, que llamaremos M (¹), se tendrá:

$$f_1 + 2f_2\, 3f_3 + \text{etc.} = M\,(^1)$$

y si se da también el segundo momento M (²):

$$f_1 + 4f_2 + 9f_3 + 16f_4 + \text{etc.} = M\,(^2)$$

Uno puede, entonces, darse cuenta de que esas condiciones vinculan las frecuencias f: no pueden más ser cualesquiera. Claro está, hay una infinidad de distribuciones que tienen los mismos momentos M (¹) y M (²), pero tienen, sin embargo, algo en común, forman una familia de la cual se puede intentar un análisis completo.

Supongamos, por ejemplo, que cuatro valores de x sean posibles: $x = 0, 1, 2$ ó 3, y partamos de la distribución "uniforme" que afecta el 25 % de la población por cada valor. Entonces, $M\,(^1) = 1{,}5$ y $M\,(^2) = 3{,}5$. Si se examinan todas las distribuciones que tienen los mismos dos momentos, se verá que los valores intermedios, $x = 1$ y $x = 2$, comportan juntos la mitad del efectivo, estando la otra mitad situada en los extremos ($x = 0$ y $x = 3$). Se verá también que, a cada uno de esos valores extremos debe atribuírsele, como mínimo 1/6 del efectivo total, y 1/3 como máximo.

Tales ejercicios permiten apreciar mejor el alcance de las proposiciones generales que establecen un vínculo entre el conocimiento de los momentos y ciertas particularidades de la repartición. Entre las proposiciones, hay que citar la que estableció Bienaymé en 1853 y que fue generalizada por Tchebycheff. Supongamos que se conocen los dos primeros momentos, es decir el promedio y la variante-tipo; la regla de Bienaymé permite entonces formar intervalos que encuadran el promedio y contienen ciertamente tal o cual proporción del efectivo que se desea. Así, volviendo a las edades, si sé que el promedio es 34 y la variante-tipo 7, puedo, colocando dos variantes-tipo a un lado y a otro, obtener el intervalo 20-48 y afirmar que, tres cuartos, por lo menos, de la población están contenidos en esta clase central. Se constituye así una especie de diccionario que permite traducir al estilo de clases diversos informes dados en estilo de momentos.

Antes de ir más lejos, hay que volver a la noción primitiva de distribución estadística. El ejemplo sumariamente presentado más arriba concernía a una característica numérica simple; a cada individuo se asociaba un número. Ahora bien, hay que esperar, y no solamente en las ciencias sociales, encontrar características cuyo enunciado no pueda reducirse a un número: sea que se trate de una característica cualitativa imposible de medir, sea que, aun pudiendo medirla, se necesiten varios números para hacerlo.

En todos los casos, se empezará por diseñar la variedad de las características abordadas. El caso más simple será el de un número pequeño de categorías bien definidas: el estado civil, por ejemplo. En este caso, la distribución estadística consiste en dar simplemente los efectivos de cada categoría: solteros, casados, viudos y divorciados, y no hay más nada que agregar. Aquí nada hay que recuerde medianas ni promedios. Pero puede suceder que las categorías sean más numerosas y, esto suele ocurrir al mismo tiempo, no tan bien separadas. Se puede pensar en las categorías llamadas socio-profesionales de la estadística oficial o, si no, en una encuesta de opinión. No siempre cabe enumerar fácilmente posiciones, estatutos y actitudes, sociales o no. Hay que comenzar, sin embargo, por analizar esa "variedad". A veces, se puede establecer una *gama*, es decir, dar un sentido a la locución "situado entre", y disponer las categorías en una serie bien ordenada. En ese caso, la mediana (y los fractiles) vuelven a adquirir significado, pero no así el promedio ni ningún otro momento (al menos mientras la gama no se haya transformado en escala de medida, lo cual puede ser imposible) [1].

Si es radicalmente imposible constituir una gama, acaso exista por lo menos una configuración más o menos visible. Se da uno cuenta de ello probando grupos parciales: si parece imposible reunir en una sola clase A, B, C, sin añadirle D, eso puede ser comprendido como una indicación de *situación* respectiva en lo que se podría llamar una "paleta" de las categorías. En otros términos, el estudio de los posibles cortes es lo que deberá sacar a luz la topología del sistema. Un caso interesante es aquel en que la configuración espacial deseada está dada desde el comienzo: sea como esquema figurativo (reja, enrejado, árbol genealógico, etc., o bien como realidad geográfica. En este último caso, la descripción por clases no es otra cosa que la descripción por regiones, y se ve el interés que puede presentar, entre otras, la búsqueda de las regiones de extensión mínima que contengan tal porcentaje del efectivo total.

---

[1] La presencia de marcas numéricas no debe llamar a engaño; no se puede, sin precauciones, tratar números de orden como números ordinarios sometidos a las reglas de suma y multiplicación.

El caso geográfico no está, por otra parte, muy alejado de aquel en que tenemos que tratar con un carácter mensurable pero complejo, es decir, que debe ser representado por varios números. No hay que abandonar demasiado fácilmente esta complejidad: supongamos que una encuesta sobre los presupuestos domésticos haya permitido caracterizar cada matrimonio de una población de ellos por sus gastos e ingresos. En vez de tratar separadamente las dos distribuciones, se deberá primeramente explotar su asociación. La representación gráfica es aquí una gran ayuda: un punto del plano, definido por sus dos coordenadas, representará cada unidad de nuestra población. Los dos estilos mencionados más arriba son permitidos aquí, ya sea dibujando cortes de clases (encajadas unas en otras o separadas) evaluando su contenido, ya sea calculando promedios y los diversos momentos (dos promedios, dos variantes-tipo, el primer coeficiente de correlación y lo demás). Sin embargo, está bien claro que serán más difíciles de manejar los instrumentos ya definidos, función de repartición, función de concentración y función característica.

Cualesquiera que sean las dificultades especiales que se encuentren, uno ve constituirse los modos de empleo de la noción extremadamente general de distribución estadística y de sus descripciones progresivas. En esta lógica —o esta gramática si se prefiere— consiste la estadística llamada descriptiva. Ocurre bastante a menudo que se presenta esta parte, aparentemente la más simple, de la técnica estadística como un primer capítulo. No está mal hecho, pero conviene señalar, en seguida, que este primer capítulo no puede, de ninguna manera, constituir sus desarrollos en forma autónoma.

He ahí un punto importante —desconocido a veces, no sin graves daños— y que conviene exponer.

En las páginas precedentes, hemos intentado situar, muy sumariamente, algunos de los sistemas usuales de "filtros" que permiten comprender las distribuciones estadísticas por medio de una acción progresiva. Esa progresión ha sido organizada, ya se ha dicho, para permitir el alto en el camino: si, de derecho, la descripción puede ir tan lejos como se desee, de hecho, no se va nunca, por decirlo así, hasta el final. Cuántas veces ocurre que uno se contenta con dar medianas y deciles —o hasta, simplemente, una región a 95 %— o bien el promedio y el segundo momento (en forma de variación o de variante-tipo), rara vez el tercero (en forma de índice de asimetría), es decir, de una manera general, los primeros informes solamente.

Se debe ciertamente reivindicar el derecho de emplear esas descripciones incompletas —con vistas a las cuales, justamente, se elaboraron las técnicas—; uno debe poder contentarse con dibujar las "grandes líneas" y dejar de lado los "detalles". Pero se advierte entonces toda la importancia de una estadística descriptiva bien hecha y que no es ni simple ni fácil: aprender a distinguir los detalles de lo esencial, o, más exactamente, a jerarquizar los detalles de importancia desigual. ¿Deberá uno limitarse a los consejos del sentido común y confiar en los prácticos, cada uno en su campo? Sucedía a menudo en el pasado, y sucede aún actualmente, que el *Tratado de estadística* se atrincheraba en esta posición prudente y enunciaba las reglas formales del cálculo sin creerse autorizado a hablar de su empleo. Se enseña a calcular correctamente promedios (agreguemos, también variantes-tipo y coeficientes de correlación), fingiendo ignorar que la primera tentación del que se vea enfrentado a los frondosos resultados de la encuesta será de reducir los datos empíricos a ese promedio. a esa variante-tipo, a ese coeficiente y contentarse con ello, y que su segunda tentación será de rechazarlo todo como demasiado simplista.

¿Qué es lo que no se ha dicho de las insuficiencias del promedio? ¿Por qué la mediana ha sido menos maltratada? ¿Qué es lo que no se ha encontrado para replicar sobre sus virtudes? Una de las tareas —y no de las menores— de la estadística es manifestar en qué cuadro de hipótesis, tal o cual reducción de las observaciones empíricas es legítima o no.

Es tradicional recordar el caso, bastante especial, del astrónomo o el físico que, habiendo hecho medidas —de la declinación de una estrella o de un calor específico o del magnetismo terrestre— encuentra natural, dicen, sacar el promedio de todas las medidas tomadas y declarar que el número *único* así obtenido representa el resultado del conjunto de sus experiencias. Pero, en semejante materia, se supone: 1) la existencia de un valor *verdadero* de la dimensión a medir; 2) la presencia inevitable de elementos perturbadores y variables que deforman ese valor verdadero; 3) la construcción de un modelo teórico que exponga el mecanismo de esos errores de medida, y 4) algunas razones para preconizar la *apreciación* del valor verdadero con el ministerio del promedio.

Es cierto que la teoría (estadística) de los errores de observación se ha constituido partiendo de intuiciones inmediatas: valor central, valor más probable, compensación de las variantes, etc. Pero ha necesitado construcciones matemáticas bastante largas. Citemos a uno de los fundadores de la doctrina, Laplace: "Los fenómenos de la naturaleza están, en la mayoría de los casos, rodeados de tantas circunstancias extrañas y un número tan grande de causas perturbadoras combinan sus influencias que es muy difícil reconocerlos. Esto sólo se puede conseguir multiplicando las observaciones o los experimentos, a fin de que, destruyéndose recíprocamente los efectos extraños, los *resultados medios* pongan en evidencia esos fenómenos y sus elementos diversos"; he ahí el nivel del sentido común, pero he aquí las exigencias del cálculo: "Se determinan, por medio de la teoría de las probabilidades, los *resultados medios* más ventajosos o que se presten menos a error. Pero esto no basta; es necesario, además, calcular la probabilidad de que los errores de esos resultados estén comprendidos dentro de ciertos límites; sin eso, no se tiene más que un conocimiento imperfecto del grado de exactitud obtenido. Fórmulas apropiadas a esos fines son, pues, un verdadero perfeccionamiento del método de las ciencias . . . el análisis que ellas exigen es el más delicado y el más difícil de la teoría de las probabilidades . . . " (Laplace, *Introduction à la théorie analytique des probabilités,* París, 1814.)

Sin entrar aquí en detalles, conviene señalar que hasta en el caso en que un simple promedio de medidas basta para la apreciación, no se presentará nunca esta apreciación como verdadero valor. Se cree que este verdadero valor existe, se sabe que es inaccesible. Pero si hay que dar una cifra, se presenta la menos imprudente, la más ventajosa, "la que se preste menos a error", proveyéndola, como lo pide Laplace, de un margen de incertidumbre.

El resumen de la serie de las observaciones comportará, no uno solo, sino dos números —en ciertos casos simples serán el promedio y la variante—, el primero como la mejor apreciación posible y el segundo como indicación de la magnitud que debe temerse en el error inevitable. Finalmente, por otra parte —y gracias, principalmente, al mismo Laplace [2], se constituye un método de análisis de resultados de experimentos, método esencialmente *estadístico.*

Conviene, sin embargo —cualesquiera que sean la belleza y la fuerza de esta construcción—, no perder de vista el problema planteado: las medidas de nuestro astrónomo tendían a una realidad bien definida, pues existía un valor verdadero (ése es, por lo menos, el postulado). Se puede hacer una comparación: se encuentran rastros de proyectiles en una pared y se supone que alguien se ha ejercitado tirando al blanco. ¿Dónde estaba el blanco? Pero el asunto cambiaría completamente si se tratara de un blanco móvil; y más aún si no hubiera habido absolutamente ningún blanco.

Ahora bien, si es natural servirse del promedio de varias medidas tomadas en condiciones homogéneas y que dan resultados muy próximos unos a otros, para representar el conjunto, no es menos evidente que la edad media, o el salario medio en una población no se justifican en absoluto de la misma manera ya que no pueden, evidentemente, tener un significado del mismo orden: edad "verdadera" y salario "verdadero", no significarían nada.

Hay que volver una vez más a Laplace: se determina, dice, el resultado medio más ventajoso, el que se presta menos a error. No se trata de dar el valor *verdadero,* se trata de un compromiso. No es sin razón que vemos marchar, una al lado de otra, la lógica del juicio probable y la lógica del juego. Pero para aclarar la conducta de nuestro astrónomo, como para guiar a un jugador en sus martingalas, nos hace falta un "modelo" construido según los principios de la teoría de las probabilidades. En el caso de los errores de observación, Laplace nos propone el célebre, demasiado célebre, modelo que reparte las probabilidades de desviación según una exponencial del cuadrado de la desviación. Forma bastante sutil, que había entrevisto Moivre, y a la cual la opinión pública, injusta como suele ser hubo de asociar el nombre de Gauss [3].

---

[2] Desde las primeras memorias de 1774, se encuentra planteado el problema: determinar el *medio* en que uno debe colocarse entre varias observaciones dadas de un mismo fenómeno.

Sin detenernos en la forma particular de esta ley, recordemos solamente que hay una ley, muy exacta; ley de los errores, se ha dicho algunas veces, pero, en realidad, ley de probabilidad de los errores, susceptible, sin embargo, de verificaciones experimentales (intentadas por primera vez en 1838, por el astrónomo Bessel). Para saber si un dado es honesto, es decir para verificar si el as tiene realmente una probabilidad sobre seis, ni más ni menos, se arrojará el dado varias veces seguidas y se hará la estadística de los puntos obtenidos; del mismo modo, aquí se debe prever una cierta conformidad (pero no rigurosa) entre la ley de probabilidad de los errores y el extracto estadístico de las desviaciones, es decir, finalmente, la forma de la población de las medidas. Habrá que precisar, no solamente un histograma que tenga vagamente la forma de una "campana", sino una conformidad analítica.

Se ve así aparecer una convergencia entre la estadística y la teoría de los errores (convergencia entrevista por Laplace y desarrollada por Cournot y Poisson, pero muy poco firme hasta fines del siglo XIX).

Cada medida es una unidad estadística, un individuo, y su conjunto constituye una población. La distribución de las medidas no es arbitraria; pero no está tampoco sometida a una "ley", como la de Kepler que impone una forma a las órbitas planetarias. La mejor manera de representarse las cosas es el azar: la población de las observaciones debe ser considerada como una muestra de una población más vasta, la población de las observaciones *posibles*. Ver lo real como extracción aleatoria dentro de lo posible, es la clave de todo el sistema: se van a confrontar las estadísticas de lo real (resultados de extractos, encuestas, recuentos, etc.), con la estadística de lo posible (que se llama Cálculo de Probabilidades).

Al mismo tiempo, la noción misma de error, y la correlativa de valor verdadero no son ya muy necesarias. Cada medida tomada es la extracción de un número en un sorteo o, por lo menos, una cosa análoga, aunque, a la inversa de lo que ocurre en las loterías, los diversos números no son igualmente probables, pues la población de bolillas en la bolsa tiene cierta estructura; hay, por ejemplo, concentración alrededor de un valor "central" o "típico" (pero, en fin de cuentas, no más verdadero que otros).

---

[3] Dejemos, por el momento, impune, la torpeza del que tuvo la idea de suprimir el nombre propio y de decir, no ya Ley de Gauss, ni siquiera de Laplace, sino "Ley normal". Canonización ésta que debía hacer muchos daños y que no ha cesado de hacerlos en el momento de escribir estas líneas.

He aquí, pues, la primera idea de modelo probabilista: los caracteres de una población sometida a la observación son vinculados a los de una población ideal o población-madre, la que ha dado origen a la población empírica. Las primeras formas de este esquema que vienen a la mente recuerdan muy directamente la lotería o —según el vocabulario tradicional— la *urna* y sus bolillas. Aun antes de la época en que se trataba de representar como un juego de azar el mecanismo de los errores de observación (en astronomía, primeramente) este tipo de explicación había penetrado ya en el estudio científico de los fenómenos humanos. Pero, ¿la metáfora de la urna no es demasiado simplista? El mismo Laplace nos llama la atención sobre ello: "He visto hombres que deseando ardientemente tener un hijo, no se enteraban sino con pesar de los nacimientos de varones en el mes en que iban a ser padres. Imaginándose que la relación entre estos nacimientos y los de las mujeres debía ser la misma al final de cada mes, juzgaban que los varones ya nacidos hacían más probables los próximos nacimientos de las mujeres. Así la extracción de una bolilla blanca de una urna que encierre un número limitado de bolillas blancas y negras en una proporción dada, aumenta las probabilidades de extraer una bolilla negra la próxima vez. Pero esto no ocurre más cuando el número de las bolillas de la urna es ilimitado, como se debe suponer, para asimilar este caso al de los nacimientos." Pero, ¿qué es esa "urna" infinita? A decir verdad, la imagen de la urna y de las bolillas, adoptada con una plausible preocupación didáctica, es verdaderamente de aquellas de las que uno puede preguntarse si no han hecho más mal que bien. ¿El "modelo", entonces, tiene necesidad de ser un objeto que se pueda tocar y manipular? Lo que se desea es describir un *proceso aleatorio* adecuado, y no hacer realizar un proyecto de máquina por un artesano. La idea misma de proceso aleatorio ha tardado mucho tiempo en destacarse, pero es hoy suficientemente clara para que se abandone, cuando es menester, el conjunto de los accesorios.

Examinemos más de cerca la ventaja que se obtiene cuando uno quiere representarse los resultados de una encuesta estadística como resultados de un proceso aleatorio. Bastará evocar el esquema más simple, que se designa ordinariamente con el nombre de Bernoulli, una serie de pruebas repetidas, independientes las unas de las otras, y con probabilidades fijas. A cada prueba, cierto acontecimiento puede realizarse o no, siendo p la probabilidad de realización. Se efectúan N pruebas y se anota como n el número de éxitos. La frecuencia (proporción de éxitos con relación a las pruebas, o sea $n : N = f$) no puede predecirse en forma determinada. Hay más: todos los valores de f son *posibles*. Pero no son igualmente probables, y se puede demostrar por medio del cálculo que aquellos valores que difieren mucho de p son muy poco probables. (Menos, cuanto más grande sea N; precisar este enunciado es establecer, con Jacques Bernoulli, la primera ley de "grandes números" conocida).

Supongamos ahora que se efectúen varias series de N pruebas. A cada una de esas series está asociada una frecuencia *f*; de ahí una población, en el sentido estadístico del término, y una distribución estadística para las *f*. ¿Qué se puede decir de esta distribución? Conviene aquí no abusar de una "ley de los grandes números" imaginada vagamente. Primero, hay que afirmar —como hace un momento, para una *f* única —que toda distribución de las *f* es posible a priori. Pero se agregará que las diversas formas son desigualmente probables.

Se ha obtenido, entonces, de esta manera un modelo que puede suministrar distribuciones estadísticas; todas las distribuciones así fabricadas tienen algo en común —una "ley"— pero esa ley no se expresa como conformidad con un arquetipo. Lo aleatorio, una vez introducido al comienzo de la construcción, permanecerá siempre presente. Y esa inseguridad misma nos da la flexibilidad que necesitamos, junto con el modo de utilizarla. Pues es menester que sepamos conducir con propiedad una verificación experimental.

Ya hemos tenido oportunidad de señalar que los primeros ensayos de la ciencia estadística se desarrollaron en ocasión del estudio de los fenómenos demográficos. Buffon nota la proporción de los sexos en los nacimientos, en las parroquias situadas alrededor de Montbard, hacia 1770. Dicha proporción no es realmente fija, varía de una parroquia a otra. ¿Se puede hallar una característica común, a pesar de la diversidad? ¿Se tiene el derecho de sumar todos los resultados juntos para calcular una cuota "media" de masculinidad? Evidentemente, los estadistas del siglo XVIII pensaron, no sin algunos tanteos, en un esquema de Bernoulli. Volvamos a las anotaciones precedentes: N será el número de nacimientos en un determinado lugar y en un cierto período, *n* el número de varones y *f* la proporción *n*: N. ¿Pero cómo elegir *p*, parámetro fundamental del modelo, probabilidad de un nacimiento masculino? Es el problema de la estimación de parámetros, cuyo planteo se remonta a Bayes (probabilidad de las causas, 1765). Dividamos la dificultad y operemos en dos etapas.

Supongamos, en primer lugar, que tenemos una idea a priori sobre esa probabilidad. ¿Por qué no $p = \frac{1}{2}$, por ejemplo? Es una teoría; hay que verificarla. Se va a hacer, entonces, el extracto estadístico de las *f*. Pero, cualquiera que éste sea, es, por su misma construcción, *posible;* pero más o menos probable. Y uno sabe bien que si lo que se ha comprobado es demasiado improbable en comparación con la teoría, la teoría estará equivocada. Como cuenta Diderot que decía el abate Galiani, hay que decir que los dados están cargados si el saltimbanquis saca tres seis, cinco veces seguidas. El dar una forma regular a este procedimiento de *decisión* conduce a la construcción de lo que a veces se llaman "*tests* de hipótesis", y que son verdaderos "criterios estadísticos". Se trata de calificar de verosímil o (altamente) inverosímil una hipótesis presentada, que será, en consecuencia, aceptada o rechazada. Si la hipótesis es rechazada, se deberá cambiar, pero progresivamente. Y uno puede, además, formar criterios que ayuden a ello. Por ejemplo, se podrá examinar la hipótesis: ¿la probabilidad de un nacimiento masculino (cuya existencia se postula) puede ser la misma en el país A y en el país B? Esta hipótesis no es incompatible con la observación de dos frecuencias diferentes f_A y f_B, pero se hace muy poco verosímil si la diferencia es grande. Tales exámenes, provistos evidentemente de un procedimiento cifrado, podrían llamarse criterio (o *test*) de homogeneidad. Es así que, comparando los registros de bautismos en Londres y en París, Laplace sacó en conclusión (por medio de un cálculo un poco diferente de nuestros *tests* modernos, pero análogo en su espíritu): "Se puede apostar trescientos mil contra uno que, en Londres, la posibilidad de los bautismos de varones es mayor que en París. Esta probabilidad se acerca tanto a la certidumbre que hay motivo para buscar la causa de esa superioridad". Esta conclusión debe ser señalada: el juicio de la estadística sólo es una incitación a la investigación. Notemos, de paso, que Laplace se orienta hacia una explicación sociológica, y no biológica.

Vayamos, finalmente, a la estimación propiamente dicha. Se ha construido un mecanismo aleatorio, regulado de acuerdo con un parámetro (aquí p) y capaz de producir una distribución (aquí, de la variable f). Así como p no "determina" la distribución observable, es igualmente imposible obtener una determinación propiamente dicha del valor del parámetro p, pues con relación a la elección de p, se llega solamente a juicios de probabilidad. En ciertos problemas (que no es indispensable precisar aquí) se puede dar un sentido exacto a la expresión: *máximo de verosimilitud.* Pero conviene señalar también la importante noción de *resumen exhaustivo.* La observación que se ha hecho debe ser una de las posibilidades de realización ofrecidas por el modelo, y esta posibilidad es dotada de una probabilidad por la elección del valor del parámetro p. Se puede muy bien concebir que varias realizaciones tengan la misma probabilidad, sea cual fuere la elección de p. Resultará de ahí que el conocimiento completo de la observación no es necesario, y que se sabe todo lo que se debe saber cuando se han dado simplemente algunas características de la distribución observada. Así para limitarnos a un caso muy simple, si se han observado varias pruebas que realizan o no cierto acontecimiento, el número de los éxitos basta para orientar la elección de la probabilidad desconocida.

Se ve entonces aparecer aquí un lazo muy profundo entre la teoría de la estimación y la estadística descriptiva. El promedio, por ejemplo, se convertirá en un procedimiento justificado, si resume verdaderamente y en forma completa lo que se debe saber de la observación para poder elegir los parámetros del modelo. Se puede así dar un sentido preciso a la técnica espontáneamente adoptada por los profesionales; pero es necesario, se ve, un cuadro de hipótesis, es decir, un modelo.

En presencia de una distribución estadística, uno se pregunta, en efecto —para emplear un lenguaje usual e impreciso—, si tal o cual particularidad de la distribución "no será simplemente debida al azar". Para no dar un sentido equívoco a semejante pregunta, hay que decir cómo uno se representa ese "azar". Una vez hecha esta declaración, se ve bien el interés de un análisis que separe lo contingente, lo no-significativo (bajo forma de azar) para no retener sino lo permanente, lo esencial. Es, pues, finalmente una posibilidad de respuesta a la pregunta: cómo describir sin sumergirse en los detalles. Y, como se recordaba al comenzar, es la pregunta-clave de toda estadística.

Pero queda por elegir ese "azar" que sirve para discernir lo importante de lo que no lo es. Abordamos aquí un campo del todo fundamental de la estadística, la cual no puede prescindir del "azar", ¿pero qué azar? En los comienzos, los juegos suministraron el material necesario: primero los dados que daban 6, 36, etc., probabilidades iguales; luego la lotería, es decir la famosa *urna* llena de bolillas coloreadas en proporciones variables. Claro está, la composición de esa urna, que basta imaginar para hacer los cálculos, debe ser constante; o, como se dice, hay que volver a poner la bolilia en la urna después de haberla sacado. La comodidad de este modelo ha causado algunos daños: algunos han podido creer que era el único modelo posible; otros, que era el modelo ideal, el mejor de todos los modelos. Se entiende que esas ideas falsas no las encontraréis en Pascal, Bernoulli, Laplace ni Cournot, pero, ¿quién en nuestros días, aprende la estadística leyendo los clásicos?

Detengámonos un instante en algunos prejuicios. La idea de un azar "puro" —de un azar, pues, más puro que otro— y la idea de un fenómeno "perfectamente aleatorio", fueron ideas-fuerzas, pero no ideas claras. Es interesante encontrar, acá y allá, testimonios de la dificultad. He aquí lo que dice S. F. Lacroix (1816): "Cuando las diversas probabilidades de un juego tienen rigurosamente la misma posibilidad, tanto por la construcción de los instrumentos aleatorios como por la manera de utilizarlos, los acontecimientos pasados no podrán tener ninguna influencia sobre los acontecimientos futuros". Y he aquí a J. Bertrand (1889): "Supongamos diez millones de electores. Atribuyamos seis millones de votos a un partido y cuatro solamente a la minoría. Se forman mil colegios de diez mil electores cada uno: todo candidato que reúna más de cinco mil sufragios será electo. La opinión aprobada por los cuatro décimos de los votantes será representada proporcionalmente por cuatrocientos diputados. Las leyes del azar no le acuerdan nada: sobre mil representantes, ni uno solo para ella. El cálculo reduce a cero, por decirlo así, la verosimilitud de toda otra hipótesis. Supongamos... que un jugador se compromete a pagar tantos millones como diputados haya de la minoría... No podría (es la respuesta rigurosa, si no aceptable) ofrecérsele equitativamente más de un céntimo. Ese céntimo podría costarle caro. Las minorías, aun mucho menores, obtienen algunos representantes. No estando los electores asociados por la suerte, las influencias locales triunfan sobre las leyes del azar..." No se hablaría más así actualmente, dando un sentido tan restrictivo a las palabras "azar" y "leyes del azar". Pero se debe anotar la conclusión de Bertrand según la cual, "con gran desconfianza, siguiendo las huellas de Condorcet, hay que iluminar las ciencias morales y políticas con la antorcha del Álgebra".

Así ocurren a menudo las cosas: se empieza por levantar barreras; "he ahí el único azar verdadero", después de lo cual, es fácil rechazar todo esfuerzo de conquista: "Ese azar (así definido, es decir, limitado) no sirve para nada en tal campo" —por ejemplo, en las ciencias del hombre.

Pero continuemos nuestra lectura, siempre de J. Bertrand: "Muchos jugadores, preocupados por la *regularidad* necesaria de los *promedios,* buscan en las jugadas que preceden la suya una indicación y un consejo...: la ilusión descansa en un sofisma; se alega la ley de Bernoulli como cierta mientras que es sólo probable. En veinte mil pruebas en la ruleta, el negro no puede salir más de diez mil quinientas veces —si las diez mil primeras jugadas han dado seis mil veces negro—, las diez mil siguientes han contraído una deuda con el rojo. *Se hace demasiado honor a la ruleta: ella no tiene conciencia ni memoria*".

El cálculo de las probabilidades (y la estadística) debía, pues, estar así obligado a no estudiar nunca sino lo que no tiene conciencia ni memoria. Pero la frase, hermosa y llamada al éxito, era ya desmentida antes de haber sido escrita. ¿Conciencia? Cuando Montmort y Bernoulli se preguntan cómo aconsejar al jugador de "Hère" (antepasado de nuestro Bacará) —cuando el mismo Bertrand se pregunta si hay que jugar o no al cinco, al Bacará—, ¿de qué se trata? De las primeras investigaciones sobre los juegos en que la reflexión y la habilidad de los jugadores se mezclan al azar "puro". ¿Memoria? ¿Los partidos de Pascal y Fermat no están ya en el tiempo irreversible, donde lo que es depende de lo que fue? ¿Y no es éste el humilde comienzo del análisis secuencial moderno?

La segunda mitad del siglo XIX tomaba un camino demasiado estrecho al reservar el cálculo de las probabilidades a los modos más ciegos de producción del azar. Correspondió a H. Poincaré y A. A. Markoff el mérito de continuar una vieja tradición, interrumpida por un momento[4].

"Batir" los naipes, dice Littré, es "mezclarlos *a fin* de que sólo el azar presida la distribución". Esto es definir un procedimiento por sus intenciones. Pero, ¿los gestos tradicionales realizan correctamente su fin? ¿Por qué, cuando el mazo ha sido mezclado durante bastante tiempo, admitimos que los diversos ordenamientos son igualmente probables? ¿Que el rey de diamantes tiene tantas probabilidades de estar aquí como allí? Nada hay menos evidente, observa Poincaré, pues el punto de partida, la disposición de los naipes antes de ser mezclados, depende de las peripecias de la partida precedente, y se pretende realmente borrar todos los rastros de lo que ha ocurrido antes de jugar la segunda mano. Se trata, para hablar como Bertrand, de abolir toda memoria. Ahora bien, cada uno de los gestos elementales en que consiste el mezclado usual, no está desprovisto de memoria: consiste en efectuar algunas permutas, es decir, en pasar de un orden a otro. Pero un solo gesto no puede transformar un orden dado en otro cualquiera; por eso es que la confianza que se tiene en la eficacia del mezclado está proporcionada a la duración de las manipulaciones; demasiado breve, no serviría. Dos estados sucesivos del mazo de naipes no son independientes el uno del otro, si están bastante próximos. ¿Cómo es que esta dependencia disminuye cuando la distancia aumenta?

---

[4] El mismo J. Bertrand se muestra consciente de ello en su capítulo *Las leyes de la estadística;* escribe: "Todas las maneras de consultar al azar no son equivalentes; sin querer negarlo, uno se ha mostrado a menudo demasiado poco severo al hacer elección entre ellas".

Para Poincaré, este problema debía servir para aclarar muchos otros fenómenos físicos: la mezcla de los líquidos o los gases, por ejemplo. Tomemos una metáfora: la del paseo al azar en una red de calles. Supongamos que, en cada cruce, echo suertes para tomar una dirección. Este azar no destruye por completo el encadenamiento; alguien que conociese solamente mi punto de partida, no se encontraría, para prever mi situación actual, en la ignorancia o la indiferencia total. Pero se presiente, sin embargo, que el conocimiento de la posición inicial da una información cada vez más vaga a medida que mi paseo se prolonga. Es esta vaga intuición lo que hay que precisar por medio del cálculo. Dicho cálculo suministra resultados que no eran fáciles de prever; así, si la red es regular y cada cruce presenta cuatro direcciones, se puede apostar a que el paseante pasará por tal cruce designado con anticipación, cualquiera que sea su punto de partida; basta ser paciente. La sabiduría de los pueblos decía ya: todos los caminos conducen a Roma —sin precisar la duración del peregrinaje. Pero, ¿hubiera sido capaz de prever que la apuesta dejaba de ser recomendable para otras redes de calles? Si se toma una red regular, pero situada en el espacio (en cada cruce hay seis direcciones) no es más absolutamente seguro, ni siquiera casi seguro, que se deba pasar a la larga por tal punto designado con anticipación.

"Paseo al azar" puede ser una designación metafórica. Si se quiere hablar un lenguaje abstracto, se imaginará, con Markoff (1907), una serie de estados posibles (son los diversos ordenamientos del mazo de naipes, los diversos cruces de la red de calles). El paso de un estado a otro es aleatorio, y este azar será definido, no por la probabilidad de *estar* en tal estado, sino por la probabilidad de *pasar* de un estado a otro. Una de las aplicaciones propuestas por Markoff merece un poco de atención: se trata del empleo de la estadística en la descripción del lenguaje. Desde hace mucho tiempo se ha comprobado que las frecuencias de las letras en un texto escrito son bastante estables, sin ser, claro está, rigurosamente constantes. Esta comprobación había sido utilizada a menudo para ayudar a descifrar mensajes transmitidos por medio de una escritura secreta. ¿Se puede representar esta estabilidad (y sus fluctuaciones) con un modelo probabilista? Una urna que contenga las letras según proporciones dadas es un modelo demasiado grosero. Markoff propone vincular la probabilidad de aparición de una letra a la naturaleza de la letra precedente. Tomando como ejemplo un texto de Pouchkine *(Eugen Onegin):* demuestra que si la relación de las frecuencias entre vocales y consonantes es más o menos constante, es sin embargo, imposible representarse las fluctuaciones en torno a este promedio como resultado del "simple azar" que da la urna de Bernoulli; en cambio, si se imaginan dos urnas, de las cuales, una servirá para sacar la sucesora de una vocal y la otra la de una consonante, el modelo se torna mucho más satisfactorio.

Con las investigaciones de Markoff y Poincaré, estaba dada la señal de partida y vimos desarrollarse un estudio sistemático de los procesos aleatorios, en los que el azar desempeña su papel fundamental, sin exigir que, a cada instante, se haga tabla rasa de todo el pasado del fenómeno. Los acontecimientos sucesivos son, es verdad, aleatorios, si bien mutuamente "encadenados". El tratamiento sistemático de las probabilidades "en cadena" permitía enriquecer prodigiosamente el arsenal de los modelos, hasta entonces casi exclusivamente tributarios del material de casino.

El desarrollo de las ideas teóricas y los esquemas probabilistas abstractos marcha, evidentemente, a la par con el de las aplicaciones en diversos campos científicos. Con el nombre de mecánica estadística, se construyeron varias síntesis, que prolongan las primeras investigaciones sobre los gases y dan un fundamento nuevo a la termodinámica clásica. Las ciencias de la vida comenzaron también a plantear problemas del mismo género; está claro que la presencia de un encadenamiento es esencial para el estudio cuantitativo de las poblaciones humanas o animales. Se crearon diversos modelos de procesos aleatorios a pedido de la demografía (mortalidad, natalidad, migraciones, epidemias, etc.).

Como en el campo del estudio de los fenómenos sociales es donde más a menudo se ha observado lo inadecuado de las hipótesis de independencia, se puede ver allí un campo preparado para el empleo de procesos aleatorios menos sumarios que el de la urna de Bernoulli. Éste era, por otra parte, el pensamiento profundo de los estadistas de fines del siglo precedente. A este respecto deben recordarse las tentativas de W. Lexis (hacia 1880), por ejemplo —hoy un poco olvidadas en los manuales en favor de los trabajos posteriores de K. Pearson— para estudiar las formas de la dispersión en los fenómenos sociales. En lo sucesivo, la investigación teórica en estadística se ha encontrado más a menudo puesta al servicio del biólogo, mientras que las exigencias propias de la sociología no han sido casi tomadas en consideración; un subdesarrollo análogo es de lamentar en lo que concierne a la estadística económica.

La reducción del azar a ciertos esquemas privilegiados, considerados como los únicos que dan el "verdadero" azar, como los únicos que representan lo aleatorio en estado "puro", ha representado, desde hace un siglo, un papel más importante de lo que se cree. Las maneras de consultar la suerte son muy diversas, y pueden dar resultados extremadamente variados; uno tiene casi vergüenza de enunciar semejante banalidad, pero ocurrió lo siguiente: se han podido formular "leyes del azar", las cuales no hacen sino dar forma rigurosa (precisando las hipótesis necesarias) a la creencia corriente en una regulación a la larga, una compensación de las variantes o de los errores. Uno no se extrañaba más, pues, de que el azar fuera definido de manera tan estricta.

La historia de las investigaciones estadísticas sobre las desigualdades económicas y sociales suministraría muchas ilustraciones de esas vistas demasiado limitadas. Los hombres y los grupos son desiguales; uno puede preguntarse, como hacía Rousseau, cuál es la parte de la desigualdad "natural" y la parte de "lo que resulta de la acción humana". Se puede pretender, con Lassalle, que la desigualdad de las riquezas resulta de las "áleas" de la vida social. Un problema se plantea: ¿cuál es el papel del azar? Cuando Pareto (1896), para combatir las tesis de Lassalle, averigua si el "azar" explica o no la desigualdad de las rentas, para él y sus contemporáneos, esto significa simplemente: ¿se pueden asimilar las distribuciones que dan las estadísticas, fiscales u otras, a la ley conocida de los errores de experiencia, es decir, a la ley de Gauss? Es verdad que la naciente biometría había comprobado que esta ley prestigiosa representaba en forma bastante conveniente ciertas desigualdades físicas: en efecto, las tallas y los pesos de un grupo humano homogéneo dibujan bastante bien la famosa curva. ¿Era una razón suficiente para establecer la equivalencia? Claro está, Pareto debió llegar a una conclusión negativa: las rentas no están estadísticamente distribuidas según la ley llamada "normal". Pero hizo más: mostró que las distribuciones de las rentas tienen una forma muy notable, bastante estable a través de las épocas y de las sociedades más diversas, y propuso una formulación analítica. Más tarde, esta fórmula hubo de atraer la atención por su extraña universalidad: la distribución de las poblaciones de las ciudades, la concentración industrial, diversas estadísticas geográficas, lingüísticas, etc., presentan los mismos caracteres que las estadísticas originalmente compiladas por Pareto. ¿No se podía pensar entonces que se trataba de una ley muy general, tan formal tal vez como la de Laplace y Gauss?

Pero, ¿de dónde procede el privilegio de esta última? La justificación invocada más a menudo en favor de la ley normal es aquella que resulta de las propiedades establecidas por Laplace (1812), generalizadas por Liapounoff (1901) y algunos otros: se trata de la distribución de una suma de la cual cada componente es aleatorio. Mediante algunas hipótesis sobre esos componentes, se establece que la ley de probabilidad de la suma está próxima a ser gaussiana cuando el número de componentes es muy grande. La aplicación de tal proporción es evidente: un error de medida puede así ser considerado como resultante de la adición de un gran número de errores parciales, independientes los unos de los otros, errores que son, todos, del mismo orden de dimensión y contribuyen, cada uno en una proporción pequeña, al error total. Cabe traducir esas hipótesis en un lenguaje matemático bastante preciso para poder entonces aplicar el teorema citado. Cada vez que uno pueda, de esta manera, representarse la dimensión de un fenómeno como resultante de la adición de una multitud de variables, se podrá tratar de utilizar el mismo esquema: habrá que examinar si los diversos elementos componentes son independientes (en probabilidad) y si alguno de ellos no es preponderante.

Se comprende bien que estas condiciones son bastante restrictivas y que, en particular, en los fenómenos económicos o sociales es difícil admitirlas. Pero el privilegio aparente de la ley normal fue mejor comprendido el día en que Paul Lévy (1935) se preguntó cuáles son las leyes estadísticas que pueden ser ley-límite de una suma de términos en gran número. Está, se sabía, la ley de Gauss, pero también están algunas otras, de las cuales algunas tienen un parentesco notable con la ley de Pareto. Es el grupo importantísimo de las distribuciones "estables", es decir, aquellas cuya forma no se modifica por la adición de las dimensiones.

Por este camino se encuentra la exigencia fundamental de toda explicación, a saber, un modelo; aquí un proceso aleatorio, y se aclara al mismo tiempo la naturaleza profunda de ciertas permanencias estadísticas, o, si se prefiere, se da uno cuenta mejor de la naturaleza de las regularidades introducidas por los "grandes números".

Es necesario que nos detengamos un poco en la "ley de los grandes números". A Jacques Bernoulli (1703) se le debe el primer enunciado correcto de una proposición que no carece de relación con la intuición común y hasta con la experiencia de cada uno. Pero al querer reducir el teorema a un máximo de buen sentido, se corre el riesgo de cometer graves errores. En primer lugar, se ha de advertir que el cálculo de Bernoulli no se aplica más que a un modelo muy especial (repetición de una prueba que puede suministrar uno u otro de dos resultados contrarios con probabilidades constantes). Poisson había visto bien que era menester liberarse de esas hipótesis restrictivas si se quería enunciar una proposición que mereciese el tan ambicioso título de "ley de los grandes números"; a decir verdad, ese título era más bien un programa de investigaciones, una invitación a generalizar los primeros esquemas simples. Desde Poisson, la realización del programa ha avanzado mucho. Pero mientras se proseguía el trabajo verdaderamente matemático, se trataba también de establecer una comunicación entre los diversos teoremas asintóticos y la idea intuitiva de la "regularización del azar" por medio de la repetición de la experiencia o la extensión de la encuesta. Establecer esto último fue mucho más difícil que establecer los teoremas. Cada uno se forja, al nivel de su experiencia, una ley de grandes números personal, a veces, más rica que las construcciones del cálculo de las probabilidades, pero en todos los casos difícilmente comparable.

No se trata aquí de saber quién ha incurrido en culpa de abuso. ¿Son los estadísticos, los matemáticos o los "otros"? No intentemos una encuesta difícil; pero observemos las consecuencias. En algunas discusiones, o querellas, todo parece ocurrir como si "ley de los grandes números" significara que, para comprender un fenómeno, hubiera que dirigirse siempre al mayor número posible de observaciones. Pero ¿quién no ve que esta recomendación aparentemente banal puede inducir, para enriquecer la colección, a "meter en el mismo saco" cosas que no lo soportan? Peligro real, parece, en historia y en sociología. Y se dirá que "la ley de los grandes números no se aplica". Pero, ¿qué ley? Tal vez hubiera sido mejor no seguir a Poisson, dejar "ley" y "grandes números" y hablar, como se hace a menudo en la actualidad, de formulación asintótica, de convergencia en probabilidad, etc.

Volvamos al esquema clásico: una frecuencia f depende del número de pruebas N; ¿qué sucede cuando N aumenta indefinidamente? No se puede decir sin precauciones de lenguaje que f tiene un límite, pues esta frecuencia es aleatoria. Para medir la longitud de un círculo, se incriben en él polígonos regulares y se dice que el perímetro del polígono, que es una función del número de los lados, tiene por límite la longitud del círculo. Es decir, que se puede obtener una aproximación tan exacta como se quiera, con la condición de tener libertad de elegir polígonos que tengan un número de lados tan grande como sea necesario. En el presente caso, no es incorrecto decir que la frecuencia f es una aproximación de la probabilidad p, pero no cabe decir que se puede obtener una aproximación *tan exacta como se quiera;* esto significa, en efecto, que la diferencia entre lo que se observa y lo que se quiere alcanzar (entre el perímetro poligonal y la circunferencia del círculo) puede tornarse inferior a esa exigencia de precisión que se quiere. No es posible aquí: es siempre *posible* que el desvío entre frecuencia y probabilidad sea grande. Pero se deberá decir: una aproximación *tan segura como se desee.* Es decir, que las probabilidades de tener una gran diferencia entre f y p serán tan débiles como se quiera; la aproximación no es más o menos exacta, es sólo más o menos probable que sea bastante exacta. En el caso de la circunferencia, la precisión interviene sola; aquí intervienen simultáneamente precisión y seguridad: márgenes de error y probabilidad de no salirse de esos márgenes.

Desde un punto de vista matemático muy estrecho, uno se satisface a menudo con una afirmación de existencia: el límite (definido correctamente, aquí, en probabilidad) existe. Desde un punto de vista más amplio, es necesario (y el usuario tiene mucho interés en ello) precisar las modalidades de esta convergencia. ¿Qué valor de N elegir para que se pueda apostar tanto contra uno a que la diferencia entre *f* (observable) y *p* (ideal) sea inferior a tal valor dado? Esto significa que las leyes de grandes números deben ser refinadas para ser verdaderamente útiles.

Por otra parte, su utilidad es múltiple; hasta aquí, hemos insistido en los vínculos lógicos que existen entre una estadística aparentemente descriptiva y una estadística formal y probabilista; para separar lo importante de lo que no lo es, se considera lo real como muestra tomada del seno de lo posible. Pero cuando se habla de muestra, se evoca más bien la técnica de la investigación; es la observación lo que sólo es una parte de lo real observable. Si yo quiero estudiar las características del trabajo (tal o cual "trabajo") en la población activa francesa, la mayor parte del tiempo no puedo pensar en el examen completo. La encuesta exhaustiva es imposible. Pero, ¿cómo pasar del conocimiento de la muestra al de la población total? La primera idea, espontáneamente aplicada, antes que toda teoría, consiste en desear que la muestra sea una imagen fiel, una especie de miniatura de la población, al menos en lo que concierne a las distribuciones estadísticas estudiadas; es decir, que la muestra sea "representativa". Para eso, es evidentemente necesario tener cierto conocimiento de la población total y saber qué pensar de las relaciones que pueden existir entre los caracteres ya conocidos y los que se quieran estudiar.

Si me intereso especialmente en la duración del trabajo, y si, para hacerlo, elijo cierto número de individuos en cada región y en cada profesión, está claro que hubiera debido reflexionar previamente: 1) sobre la relación entre profesión, región y duración del trabajo, y 2) sobre la manera de sacar la muestra en cada compartimento (región -profesión).

Debe reflexionarse que tal vez no sea posible, ni necesario, transformar esa reflexión en un cálculo propiamente dicho. Sin embargo, la experiencia muestra que es mucho más difícil de lo que se cree escapar a las ilusiones sin una disciplina verdaderamente severa.

La severidad extrema está, en cierto sentido, representada por el sondeo clásico con sorteo (y sus modalidades: estratos, racimos, etc.), el que nos reconduce directamente a los cálculos que habíamos evocado en las páginas precedentes.

La urna —o sus perfeccionamientos— reaparece, y ya sabemos estimar la confianza que se debe atribuir a los resultados. La investigación sociológica no puede ignorar —y no ignora— los modernos refinamientos de la teoría de los sondeos y de las modalidades de su aplicación. Pero hay que comprobar que dicha ciencia no puede siempre aprovechar los notables edificios teóricos que se le ofrecen. Se puede lamentar entonces que el asunto tome forma de dilema: sondeo por "cuota" o bien sondeo aleatorio. Sería urgente establecer formas intermedias, o, más exactamente, demostrar que un mínimo de exigencias teóricas es indispensable para conducir bien una investigación. Para ello, es necesaria la construcción de modelos que representen lo mejor posible el procedimiento de elección. El terreno no está completamente inexplorado: conviene aprovechar toda la riqueza de los métodos de planificación de los experimentos *(design of experiment)*. Reservada por largo tiempo a la experimentación biológica, agrícola y médica, esta teoría se desarrolla rápidamente, y debiera constituir pronto una verdadera lógica (y práctica) de la experimentación. Debe poder asimilar, sin destruirlas, las diversas "reglas del método" constituidas en varias ciencias de la observación. Las orientaciones recientes de la teoría de las probabilidades dan buenas esperanzas en ese sentido. Señalemos, sobre todo, la tendencia, que se afirma, a tratar los problemas de la decisión estadística como problemas de acción más que de conocimiento: no hay regla de razonamiento inductivo, decía Neyman, sino reglas de conducta inductiva. Este punto de vista, praxeológico, ha dado ya importantes resultados en el control estadístico industrial y ha hecho posible gran número de síntesis eficaces en el plano teórico. Pero no es, probablemente, más que un modesto comienzo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA GENERAL

HISTORIA

Es sumamente *útil* conocer los grandes clásicos: Buffon, Laplace, Cournot, Poisson, Quetelet, Galton, Poincaré, etc., y, cuando se puede, leerlos en el original.

Para tener una idea de la situación al comienzo del siglo, se podrá dar un vistazo a los artículos *Calcul des probabilités*, *Théorie des erreurs* y *Statistique*, en la *Encyclopédie des Sciences Mathématiques* (París-Leipzig, 1909-11).

Se encontrarán algunos informes útiles en WESTERGAARD, *Contributions to the History of Statistics* (Londres, 1932); para el período anterior a Laplace, véase también TODHUNTER, *A History of the Mathematical Theory of Probability* (1865).

TÉCNICAS Y MÉTODOS

1º Para quienes temen las matemáticas, los textos, citados a continuación, de BOREL (1,2), FRECHET, DARMOIS (2,4), VESSEREAU, YULE y KENDALL, MONJALLON y YATES, podrán aclarar las ideas fundamentales y las principales técnicas.

2º Sin exigir una verdadera especialización matemática, sino solamente algunos conocimientos y hábito: FISHER (1,2), NEYMAN, DARMOIS (1,3), MORICE y CHARTIER, THIONET y FINNEY.

3º Más difíciles: CRAMER, BLACKWELL y GIRSHICK y SAVAYE.

4º Servirá de obra de consulta y bibliografía: KENDALL.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

BLACKWELL (D.). y GIRSHICK. (M. A.). *Theory of Games and Statistical decisions* (Nueva York, Wiley, 1954, 355 págs.).

BOREL (E.). *Les probabilités et la vie* (col. «Que sais-je?», nº 91, París, P. U. F., 1943).

BOREL (E.). *Probabilité et certitude (ibid.*, nº 445, París, 1950).

CRAMER (M.). *Mathematical Methods of Statistics* (Princeton, 1956, 575 págs.).

DARMOIS (G.). *Statistique mathématique* (París, Doin, 1928).

DARMOIS (G.). *Statistique et applications* (col. A. Colin, nº 174).

DARMOIS (G.). *Les mathématiques de la psychologie* (mémorial des sciences mathématiques, fasc. 98) (51 págs.).

DARMOIS (G.). *L'analyse des corrélations* (conferencia del Palacio de la Découverte, 17 enero 1948) (20 págs.).

FINNEY (D. J.). *Experimental Design and its Statistical Basis* (Chicago University Press, 1955, 169 págs.).

FISHER (R. A.). *Statistical Methods por Research Workers* (Oliver and Boyd, Edinburgh, 1ª ed., 1925, 354 págs.).

FISHER (R. A.). *The Design of Experiments (ibid.*, 1ª ed., 1935, 242 págs.).

FORTET (R.). *Calcul des probabilités* (París, C.N.R.S., 1950, 330 págs.).

FRECHET (M.). *Les mathématiques et le concret* (París, P.U.F., 1955, 438 págs.).

FRECHET (M.). y HALBWACHS. *Le calcul des probabilités à la portée de tous* (París, Dunod, 1924, 297 págs.).

HALPEN (E.). *La notion de vraisemblance, essai sur les fondements du calcul des probabilités et de la statistique mathématique* (Publicación del Instituto de Estadística de la Universidad de París, vol. 4, fasc. 1, 1955, págs. 41-92).

KENDALL (M. G.). *The Advanced Theory of Statistics* (2 vol., Griffin, Londres, 1948).

MONJALLON. (A.). *Introduction à la méthode statistique* (París, Vuibert, 1954, 279 págs.).

MORICE (E.). y CHARTIER. (F.). *Méthode statistique* (2 vol., París, 1954).

MORLAT (G.). *L'usage du calcul des probabilités* (Revue d'Économie politique, 1956, nº 6, págs. 899-907).

NEYMAN (J.). *First Course in Probability and Statistics* (Holt, Nueva York, 1950, 350 págs.).

SAVAGE (L. J.). *The Foundations of Statistics* (Nueva York, Wiley, 1954, 294 págs.).

THIONET. *La méthode des sondages* (París, I.N.S.E.E., 1953, 2 vols.).

VESSEREAU (A.). *La statistique* (col. «Que sais-je?», nº 281, París, P.U.F., 1947).

WESTERGAARD (H.). *Contributions to the History of Statistics* (King. Londres, 1932, 280 págs.).

YATES (F.). *Méthodes de sondage pour recensements et enquêtes* (París, Dunod, 1951).

YULE (U.). y KENDALL (M. G.). *An Introduction to the Teory of Statistics* (1ª ed., 1911; 14ª ed., 1950; Griffin, Londres, 701 págs.).

7

TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN SOCIOLÓGICA

GEORGES GRANAI, MAESTRO DE CONFERENCIAS DEL
INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS DE TÚNEZ

Una confusión que parece actual y tácitamente admitida con inquietante frecuencia en la literatura sociológica (o que se pretende) concierne a los dos conceptos de *método* y *técnica*. Así, se hablará indiferentemente de método o técnica estadística, de método o técnica gráfica, de método o técnica del cuestionario, etc.

Esta confusión —que es prueba de una peligrosa indigencia conceptual— es algunas veces índice de formalismo operatorio y de una lamentable separación entre la teoría y la práctica sociológicas.

En este capítulo, consagrado a las técnicas de investigación sociológica, ha parecido oportuno precisar, en primer lugar, la distinción entre los conceptos de método y técnica, así como la relación que admiten, antes de pasar a describir las principales técnicas ordinariamente empleadas por el sociólogo en su investigación empírica. Así definidas en su relación con el método que las suscita, no se correrá el riesgo de que las técnicas del sociólogo oculten, con su diversidad, la unidad y la originalidad de ese proceso complejo en que consiste la investigación sociológica.

El objeto de la investigación sociológica es tan diverso como la realidad social a la cual se aplica: de las sociedades globales a las relaciones entre los individuos, pasando por las diversas formas de grupos y la red de sus relaciones; de los aspectos más materiales de la existencia social a los más evanescentes, y de las manifestaciones más "instituidas" a aquellas que son más inesperadas en su aparición, la realidad social presenta un relieve accidentado, con innumerables planos que subrayan su profundidad.

Pero cualquiera que sea el *plan de ataque* elegido en la realidad social, el sociólogo debe permanecer fiel a una intención metodológica que no cesa de ser idéntica a sí misma, a pesar de la aparente diversidad del objeto al cual se aplica, pues la diversidad de los aspectos captados en la realidad social supone al mismo tiempo el reconocimiento de la profunda unidad que gobierna su juego complejo. Se pone aquí de manifiesto esa contradicción (que sólo es aparente) del método sociológico: por una parte, la realidad social se especifica en cuadros, escalas, y aspectos diversos, irreductibles los unos a los otros y discontinuos los unos con relación a los otros; pero, por otra parte, esos cuadros sociales, esas escalas y esos aspectos no adquieren su verdadero significado (y, desde luego, no son susceptibles de ser *explicados* por el sociólogo) sino en la medida en que la investigación permite volver a ubicarlos en el "fenómeno social total" del cual son solidarios y que ellos expresan siempre imperfectamente. La naturaleza objetiva de la realidad social conduce, pues, al sociólogo a encarar *totalidades*, cualquiera que sea el plan de ataque *particular* que adopte en su investigación. La investigación no puede ser sociológica sino con la condición de no efectuar ninguna "puesta entre paréntesis" que mutile un aspecto cualquiera de la realidad social.

Esa necesidad de tomar en consideración, como lo indica en esta misma obra Georges Gurvitch (véase cap. I), "todos los *planos*, todas las *escalas* y aspectos de la realidad social a un tiempo, a la vez, *aplicándoles una vista de conjunto*" (véase, asimismo, *La vocation actuelle de la sociologie*, 2a. ed., vol. I, París, 1957, págs. 8 y sig.), nos lleva a señalar una característica esencial de la investigación sociológica cuyas implicaciones teóricas y prácticas merecen gran atención y que puede ser formulada así: cualquiera que sea el aspecto encarado por el sociólogo en su investigación, los fenómenos que se propone estudiar están siempre vinculados a unidades colectivas reales, a cuadros globales o parciales, en una palabra, a una *realidad grupal*. En ningún momento puede el sociólogo aislar los fenómenos estudiados de la realidad grupal a que están vinculados. Por olvidar esta referencia necesaria a la *sociedad real*, incurre en un triple peligro que desvirtúa el carácter de su investigación.

El primer peligro consiste en la separación, ya sea operatoria u ontológica, entre *sociedad* y *cultura*. Semejante separación (que es frecuentemente obra de la etnología) supone, implícitamente o de manera explícita, que las manifestaciones tanto materiales (por ejemplo, las herramientas, y las técnicas) como simbólicas (por ejemplo, el conjunto de las reglamentaciones sociales) de un grupo o de una sociedad global, pueden ser estudiadas independientemente de las unidades colectivas reales que las subtienden y de los individuos situados, en el espacio o en el tiempo, que son, en última instancia, los agentes o los destinatarios de esas manifestaciones. Ahora bien, la naturaleza *simbólica* de las obras culturales nos remite necesariamente a las conciencias vivas, colectivas e individuales a la vez, de las cuales son, en cierto grado, la expresión y cuya cohesión en cambio, fomentan. El error de las escuelas "culturalistas" clásicas fue considerar los "hechos culturales" *por ellos mismos*, aislándolos, como el naturalista considera las especies naturales y, en definitiva, eliminar al hombre de la escena etnográfica para no conservar más que sus obras, desprovistas, por otra parte, de significado. Pero la antropología moderna comete un error tan grave como éste cuando considera, no ya los hechos culturales indebidamente aislados, sino el *todo* de la cultura como un *sistema simbólico* que puede ser descripto independientemente de la sociedad real que expresa. Al naturalismo de los primeros ensayos etnológicos se substituye un formalismo "culturalista" igualmente peligroso.

El segundo peligro en que incurre la investigación sociológica cuando olvida hacer referencia a la sociedad real, es precisamente aquel que se manifiesta en la asimilación abusiva del *grupo restringido* al "grupo pequeño" por una parte, y por otra, al *agrupamiento particular,* en el sentido de unidad colectiva real. El enorme desarrollo dado, principalmente por la psicología social norteamericana, a las investigaciones concernientes a las relaciones interpersonales y a la "dinámica de grupo", no deja de ejercer influencias en la investigación sociológica misma y de promover un "continuismo" psicosociológico que permitiría trasladar los resultados obtenidos en los "grupos pequeños" (que se trate de *grupos de laboratorio,* constituidos para las necesidades de la experiencia, o de grupos restringidos, tales como los grupos de trabajo indebidamente aislados de su contexto real) a las unidades colectivas reales y a las sociedades globales. Influencia tanto más perniciosa cuanto que desarrolla en el investigador un verdadero *fetichismo de la técnica operatoria,* desviándolo irremediablemente del objeto esencial de la encuesta, a saber: la *explicación.* Ciertamente no se podría poner en duda el interés del desarrollo de una psicología interpersonal, y conceptos tales como los de "estatuto", "papel" y "actitud", para limitarnos a estos ejemplos, constituyen instrumentos esenciales, tanto para el psicólogo como para el sociólogo en el estudio del individuo y del grupo. Pero los estatutos, los papeles y las actitudes, en una palabra, los sistemas completos de interacciones a que pueden ser legítimamente reducidos, están ligados al conjunto de las estructuras globales o parciales de la sociedad, de la cual no pueden dar cuenta por sí mismos. En la medida en que la sociología limita su objeto a las relaciones entre individuos (de los cuales estudia las modalidades, experimentalmente en el laboratorio), ella se obliga a no abordar nunca los problemas fundamentales de la sociedad, a dejar fuera de discusión el problema de las fuerzas globales o parciales que se ejercen sobre la estructura de los grupos reales, la condicionan y la modifican.

En tercer lugar, otra asimilación abusiva, que procede de una concepción *estadística* de lo social, presenta el riesgo de desvirtuar la investigación sociológica. Se trata, esta vez, de la asimilación, corriente en las encuestas llamadas de opinión pública, de la realidad sociológica a una "población" estadística, es decir, un conjunto de individuos definidos por una misma característica. El profesional de la opinión pública, en efecto, opera generalmente, no sobre grupos reales, sino sobre conjuntos abstractos, más o menos homogéneos, construidos en base a una o varias características (demográficas, profesionales, económicas, religiosas, etc.), ellas mismas elegidas según el objeto de la encuesta. Es evidente que la "población" así obtenida no tiene más nada en común con la realidad social efectiva de la cual es abstraída; el conjunto de los individuos que tienen determinada renta anual, o que asisten el domingo al oficio católico no constituye una unidad colectiva real, y la encuesta que concierne a semejante población no podría aspirar a tener un significado sociológico. Las investigaciones que proceden por "sondeo", operando sobre una "muestra" de población (por ejemplo, la población de una aglomeración urbana, demasiado vasta para ser considerada en conjunto) muestran la misma carencia sociológica si la muestra no está formada de acuerdo con un conocimiento profundo de la población total, es decir, de las unidades colectivas reales que la componen y de la compleja red de sus relaciones. Solamente a ese precio, se pueden trasladar al todo los resultados obtenidos sobre la muestra. Como lo observa muy justamente un profesional de la investigación sociológica, "el buen sentido indica que no hay solución real del problema del sondeo sin un cierto conocimiento de la población total. Si no se sabe absolutamente nada sobre el conjunto de la población a estudiar, es en vano imaginar algo sobre la parte no examinada". (L. J. Lebret, *Guide pratique de l'enquête sociale,* t. I, París, 1952, pág. 43).

Hemos destacado la doble exigencia metodológica que, según nos parece, gobierna toda actividad empírica del sociólogo: la sumisión a los *fenómenos sociales totales,* de los cuales son solidarios los diversos aspectos de la realidad social; la referencia necesaria a las *unidades colectivas reales, parciales o globales,* como "terreno" de la investigación sociológica, sin que ningún subterfugio teórico u operatorio permita al sociólogo eludir el contacto con la *sociedad real.*

La relación del método sociológico con las técnicas de investigación de la realidad social no admite ambigüedad: en la medida en que permanece fiel a la doble exigencia metodológica señalada más arriba, *la investigación sociológica es una operación estratégica compleja* que siempre aborda y explora campos muy diversos de la realidad social y que no podría ser sometida a ninguna técnica exclusiva de investigación. *Las técnicas de investigación sociológica sólo son los procedimientos operatorios que permiten la aplicación del método sociológico al objeto elegido para el estudio.*

Por lo demás conviene observar todavía que el fetichismo de los instrumentos y los procedimientos operatorios es tanto menos admisible en sociología en cuanto *el sociólogo no controla nunca totalmente su objeto de estudio,* a pesar del cuidado que pueda poner en fijar los límites de su campo de investigación. Ahora bien, esa imposibilidad de control absoluto no proviene, como se podría pensar, de una imperfección del método o de las técnicas; proviene del objeto mismo de la sociología: las sociedades, en cualquier nivel o en cualquier escala que se las considere, no son nunca objetos totalmente determinados a los cuales se puedan aplicar procedimientos de determinación absolutos. Como consecuencia de esta característica principal del fenómeno social, la investigación empírica no consiste en la aplicación pura y simple de una teoría general a la realidad social (¿la propia experiencia del sociólogo no modifica sin cesar la realidad captada?). Pero la investigación empírica no podría tampoco limitarse a la aplicación ciega de recetas operatorias en las cuales consistirían las técnicas: toda técnica, por probada que sea, debe adaptarse a la investigación que implica siempre una parte de imprevisto; se afina con el uso, se transforma, da origen a procedimientos operatorios nuevos, y se combina, en fin, con otras técnicas. "El carácter diferencial de la sociología contemporánea —observa a este propósito Georges Gurvitch— se manifiesta por igual en la diferenciación de las técnicas de investigación según los sectores, las escalas, los tipos, las estructuras, las circunstancias y los casos. Parece indiscutible el hecho de que todas *las técnicas de investigación sociológica deben ser dialectizadas*, no sólo a fin de controlarse recíprocamente en todos los casos en que su multiplicidad se impone, sino también para servir efectivamente a su objeto: la captación de los fenómenos sociales totales en marcha, por medio del establecimiento de tipos que no detengan el movimiento de las totalidades sociales de diferentes géneros." (*La vocation*..., t. I, pág. 14).

Esta flexibilidad de las técnicas y su multiplicidad subrayan bastante su necesaria subordinación al método que inspira la investigación sociológica. Por lo demás, ninguno de los procedimientos operatorios empleados en la investigación es propiedad exclusiva de la sociología; por ejemplo, ni las técnicas de observación, ni las de la entrevista, ni, sobre todo, los procedimientos estadísticos pertenecen únicamente al sociólogo. Una sumisión ciega de su parte a uno cualquiera de los procedimientos técnicos, revela incapacidad para formular sociológicamente y para resolver los problemas que la realidad social le plantea. Es tiempo, ahora, de pasar revista a los principales tipos de técnicas que utiliza el sociólogo en su investigación empírica.

Las técnicas utilizadas por la investigación sociológica corresponden a cuatro tipos principales. Se distinguirán en esta revista: 1) las técnicas de observación; 2) las técnicas basadas en la comunicación verbal con los sujetos investigados, de las cuales la *entrevista* representa el procedimiento más habitualmente empleado; 3) las técnicas de experimentación, y 4) las técnicas de medida y control estadístico. Tipos generales que se subdividen a su vez en procedimientos particulares adaptados a los niveles, a las escalas, a los cuadros sociales y, en fin, a las circunstancias, a los cuales se aplican, de manera que no podría haber una lista cerrada de los procedimientos operatorios de la sociología.

Por otra parte, estos cuatro tipos generales de procedimientos técnicos no se excluyen: aparecen en forma concomitante o sucesiva en el curso de la investigación. Su importancia respectiva es siempre función del objeto de la investigación misma, del cuadro social o de las manifestaciones colectivas que retienen el interés del investigador. Así, las investigaciones de ecología y morfología sociales acordarán la preeminencia a las técnicas de observación y a los procedimientos de medida estadísticos, mientras que los estudios de las actitudes colectivas emplearán en primer lugar las técnicas de entrevista conjuntamente con los procedimientos de control estadístico; o, aun, si la investigación encara la escala microsociológica de los fenómenos sociales, podrán emplearse en primer término técnicas de experimentación de tipo sociométrico.

1. *Las técnicas de observación*

En la medida en que la investigación sociológica no puede eludir el contacto con la *sociedad real,* los procedimientos simples de observación conservan inevitablemente una importancia esencial, cualquiera que pueda ser el refinamiento aportado a las técnicas de representación, de medida y de control.

a) *La observación directa libre.* Al comienzo de toda investigación sociológica (cuyo objeto consista en el estudio de los aspectos morfológicos y ecológicos, aparentemente los mejor *observables,* o bien, por el contrario, que quiera alcanzar los niveles "profundos" de la realidad social, por ejemplo, las actitudes, o los valores colectivos) la observación directa es *libre*: corresponde a la inevitable fase "fenomenológica" de la investigación y deja amplio campo a la intuición del investigador que capta los fenómenos en los cuales se interesa, en su doble relación, con el conjunto social, todavía confusamente percibido, por una parte, y, por otra, con su propia experiencia; permite una organización progresiva de las hipótesis de investigación y una primera y provisional fijación de límites del campo de estudio, lo que hace así posible la observación metódica.

b) *La observación directa metódica.* La observación directa metódica es un procedimiento de observación *controlado* que supone hayan sido formuladas hipótesis de investigación, en base a las cuales se pueda elaborar un plan razonado: *el cuestionario de investigación,* especie de momento metódico para uso del investigador. Pero hay que señalar aquí que si bien el cuestionario de investigación tiene por objeto esencial ordenar y controlar las observaciones, no podría constituir el cuadro *ne-varietur* de las actividades del investigador. Aquí reside, en efecto, el peligro del cuestionario: de su experiencia pasada y de los resultados obtenidos por su propia disciplina, el sociólogo se siente tentado a inferir los cuadros de su observación actual. Existe el riesgo de que el sistema de conceptos que aplica a la realidad social, le proporcione una imagen falsa, en cierto modo *prefabricada.* El etnógrafo Marcel Griaule ha advertido bien esta dificultad que pesa sobre tantas investigaciones en el "terreno": "El único cuestionario válido es el que el usuario mismo crea y perfecciona; primero, según datos más o menos claros y según probabilidades o intuiciones; luego, según una técnica cada vez más estricta. De simple guía, se convierte en instrumento de precisión; desempeña un papel cada vez más íntimo en la investigación a la cual se incorpora muy estrechamente. Al hacer esto, le deja menos libertad —o hasta fantasía, esa fantasía tan fecunda a veces— lo orienta y tiende a administrar sus azares". (*Méthode de l'etnographie,* París, 1957).

c) *Los procedimientos de registro.* El objeto de la observación metódica es poner en evidencia los *datos* sobre los cuales se hará la interpretación y el ensayo de explicación del proceso, del cuadro o del aspecto de la realidad social estudiado. Por consiguiente, la observación recurre a los diversos procedimientos de *registro* y de conservación de los datos recogidos, desde la simple relación discursiva, hasta la ficha codificada, de los diversos procedimientos gráficos o cartográficos, hasta la fotografía, la película o el registro sonoro, de los procedimientos simples de recuento a las más delicadas técnicas de repartición... La importancia de los procedimientos de registro no puede ser subestimada; de la buena conservación de los datos depende la posibilidad de la interpretación y de la explicación *que sólo pueden intervenir posteriormente.* En muchos casos, la observación directa del fenómeno es en sí misma imposible a causa de su escala, de la multiplicidad de aspectos solidarios que presenta, o, también, a causa de su carácter fluido. Sólo su registro minucioso permitirá una observación metódica diferida. Así, en morfología social, sólo el empleo de procedimientos de registro tales como la fotografía aérea del "tejido urbano" y la elección de los tipos de representación gráfica de los datos hacen posible una "lectura" correcta de la realidad estudiada. (Chombart de Lauwe, P. H., *París et l'agglomération parisienne,* 2 vol., París, 1952; sobre todo el tomo II, *Méthodes de recherche pour l'étude d'une grande cité*).

Si se trata del estudio de agrupamientos temporarios y móviles de gran envergadura, tales como los mercados, por ejemplo, el registro minucioso de las observaciones es indispensable para que al análisis aparezcan la estructura y la organización del grupo. Finalmente, la etnografía ha mostrado la importancia de las técnicas de registro para el estudio de los niveles profundos de la vida social: la conservación y la restitución cinematográfica de los comportamientos de gestos y técnicas, de las manifestaciones histriónicas o religiosas, facilitan la búsqueda de los significados, al restituir, mediante el artificio y cómodamente, el tiempo mismo en que se desenvolvieron los fenómenos. No es excesivo, sin duda, considerar que la función de las técnicas de observación directa es, en primer lugar, la de permitir la constitución de *documentos* científicamente explotables.

d) *La observación clínica. Estudio de los casos particulares.* Procedimiento complejo que tiende al análisis sistemático de una situación concreta; la observación clínica es la variante profundizada de la observación metódica directa. Técnica fundamental de la medicina y de la psicología, exige un contacto *inmediato* y prolongado en el tiempo del observador con su objeto. Por eso mismo, es difícilmente aplicable al estudio de grupos de gran envergadura cuya escala sólo permite captaciones inmediatas parciales. Esta técnica encuentra aplicación en sociología al nivel de los grupos de tamaño reducido (a este respecto, la observación etnográfica es, en el mejor de los casos, de tipo clínico, cuando se ejerce sobre sociedades reducidas que admiten una relación inmediata y "subjetiva" con el observador) y de las situaciones individuales (estudio de los *leaders,* de las personalidades excepcionales en las colectividades). Deseosa de observar su objeto tan completamente como sea posible, la observación clínica se asocia los procedimientos indirectos de información y se apoya en las diversas técnicas de la entrevista, técnicas de las que se hablará más adelante.

En una perspectiva clínica conviene encarar los estudios de "casos particulares", de los *case studies,* que han adquirido tanta importancia en la psicosociología norteamericana. Los procedimientos empleados en los *case studies* tienden a aclarar una situación concreta individual o colectiva (pero, en este caso, generalmente reducida) por medio de un conjunto de informaciones obtenidas indirectamente recurriendo a los documentos personales y por vía directa (observación y entrevistas). La monumental obra de Znaniecki y Thomas, *The Polish Peasant in Europe and America* (2a. ed., 1927), constituye una ilustración notable de la técnica de los *case studies* aplicada a la familia campesina polaca autóctona y emigrada. Los autores, para quienes "la autobiografía, tan completa como sea posible, constituye el tipo perfecto de material sociológico", acuerdan un valor casi exclusivo a los documentos personales. (Gottschalk, L.; Kluckhohn, C., y Angell, R., *The use of Personal Documents in History, Anthropology and Sociology,* Nueva York, 1945).

e) *La observación indirecta metódica.* Es el complemento indispensable de la observación directa. Ella utiliza los datos documentales concernientes al objeto considerado en la investigación. En todas las sociedades que poseen escritura, los datos documentales constituyen el punto de partida más seguro y más cómodo de la investigación sociológica. Ninguna investigación relativa a los grupos locales, urbanos o rurales, y de una manera general, a todos los grupos organizados, podría descuidar el conjunto documental que constituyen los censos, los registros de estado civil, los registros parroquiales, los documentos jurídicos y económicos, los catastros, etc. Pero la utilización de los datos documentales interviene asimismo en el estudio de las reglamentaciones sociales y, de una manera más general, de los planos más profundos de la realidad social.

El análisis de contenido (*content analysis*) es un ejemplo de explotación sistemática y codificada que permite un tratamiento estadístico de los datos documentales (libros, prensa, radio, etc.), a fin de poner en evidencia los estereotipos, los modelos, los signos, los símbolos y los valores, de que hace uso, determinado público, clase social, grupos, o sociedad global. (B. Berelson, *The Library's Public*, Nueva York, 1949).

La utilización de los datos documentales en la investigación sociológica no deja de plantear un problema en cuanto a su validez; en efecto, ningún documento ha sido elaborado pensando en el sociólogo; del mismo modo que una manifestación cualquiera de la realidad social, el documento constituye un objeto sociológico que debe ser sometido a análisis. La observación metódica indirecta tiende, a su vez, a construir, en base a documentos en bruto (ya se trate de un registro parroquial o de una colección de diarios), datos utilizables para el análisis.

f) *La observación participante*. Con este procedimiento, nos encaminamos hacia las técnicas basadas en la comunicación del observador con los sujetos observados. En virtud de la observación participante, el observador es, al mismo tiempo, actor: se integra al grupo estudiado participando en sus actividades y manifestaciones diversas. La investigación sociométrica que, según Moreno, implica "una revolución en las relaciones entre el investigador y los sujetos estudiados", recurre a este tipo de técnica: el profesional de la sociometría participa, en efecto, en las situaciones colectivas de los investigados, esforzándose, por añadidura, por crear y sacar las situaciones a escena. En esto, adopta una actitud de experimentador más todavía que de observador. En consecuencia, consideraremos en otra parte las técnicas sociométricas. La investigación etnográfica, si no en forma sistemática, procede a menudo por observación participante: el etnógrafo, por el hecho mismo de su larga implantación en un grupo fuertemente estructurado y de tamaño generalmente reducido, se convierte en un elemento (siempre marginal, sin duda, en cierto grado) del grupo estudiado. Un buen ejemplo de esto nos es suministrado por la obra reciente de G. Condominas, *Nous avons mangé la forêt* (París, 1957).

g) *La observación por intermedio de un informante*. Es un procedimiento técnico de investigación frecuente en etnografía, donde el obstáculo lingüístico, la diferencia de las culturas, el carácter a menudo esotérico de las manifestaciones y la ausencia de la ayuda que constituye el documento escrito, hacen dificultosa la observación directa y el recurso a las fuentes "objetivas" de información. Pero, sin tener el carácter sistemático que adquiere en etnografía, este procedimiento técnico es igualmente empleado en la investigación sociológica; vale tanto como el informante elegido y la experiencia del investigador que debe permitirle controlar las informaciones recibidas. "En primer lugar, —escribe Marcel Griaule (*op. cit.*, págs. 54 y sig.)—, el informante debe ser identificado. Es necesario asegurarse de que pertenezca al grupo considerado y determinar la forma en que encajan unos en otros los diferentes subgrupos de que forma parte. Establecido esto, será oportuno considerarlo como representante del grupo más reducido posible a que pertenezca y vincularlo constantemente a todos los otros. Actuar de otro modo sería falsear rápidamente las vistas (...). Habiéndose hecho la elección, falta utilizar al informante. Aquí entra en línea únicamente la *humanidad* del investigador".

2. *Técnicas de entrevista*

Cuando el objeto estudiado es el hombre, todos los procedimientos de observación directa implican inevitablemente la comunicación verbal, ya sea ocasionalmente, ya en forma sistemática. Pero la entrevista, como técnica autónoma de investigación, ha sido objeto, en psicología clínica y luego en psicología social y en sociología, de un desarrollo muy considerable, el cual, con un empleo excluyente a menudo de cualquier otro procedimiento, trae aparejado el riesgo de desvirtuar la investigación sociológica.

La necesidad de utilizar diversos procedimientos de entrevista en la investigación sociológica proviene de la naturaleza misma de los fenómenos sociales cuya captación no podría ser efectiva en una perspectiva puramente behaviorista u objetivista. Por lo demás, al sociólogo le es imposible disociar el fenómeno social del fenómeno psíquico que es una de sus dimensiones. En consecuencia, las diversas técnicas consideradas más arriba deben ser completadas por todos los procedimientos de comunicación verbal con los sujetos de la investigación. En cambio, la entrevista, por refinada que sea en sus procedimientos, no podría, por sí sola, servir de base a la investigación sociológica, *cualquiera sea el nivel de estudio encarado.* El problema, en efecto, se plantea inmediatamente después de la determinación de los individuos entrevistados y de los criterios de su representatividad: la determinación del cuadro real del estudio y de los individuos que lo representan sólo puede efectuarse por medio de procedimientos operatorios diferentes de la entrevista. Este problema es, por otra parte, doble (lo volveremos a encontrar a propósito de las técnicas de *sondeo*): es verdaderamente matemático en lo que concierne al número de los individuos a interrogar a fin de que los resultados del interrogatorio sean significativos; es verdaderamente sociológico en lo que concierne a la elección de los individuos sometidos a la entrevista, a fin que la muestra de los individuos elegidos sea homogénea con relación al conjunto social del cual son extraídos.

Por otra parte, el empleo exclusivo de la entrevista limita necesariamente el significado sociológico de la investigación, pues sólo con la entrevista no se puede poner en evidencia un sistema "subjetivo" de papeles y actitudes de los investigados, sin relación necesaria con los papeles y las funciones reales asumidos por esos mismos investigados en la situación real. A este respecto, puede decirse que la entrevista no capta nunca los fenómenos sociales sino con posterioridad, fuera de la situación real en que aparecen.

Finalmente, hay que señalar además, que, en la entrevista, la relación entre investigador e investigado no es nunca una relación *neutra,* sino que constituye, a su vez, un fenómeno social (*relación con otros,* susceptible de adquirir diversos significados), que entra en composición con los fenómenos que la entrevista tiene por objeto dilucidar.

Los diversos procedimientos de entrevista tienden a atenuar las dificultades propias de este tipo de técnica en lo relativo al género de respuestas obtenidas en el cuadro de la investigación.

a) *La entrevista libre* deja al interrogado la mayor libertad para responder. Tiende a recoger datos ricos en significado pero hace delicado el control de las respuestas y difícil su comparación. Hay que distinguir diversos procedimientos de entrevista libre: *la entrevista organizada* (*standardized interview*) procede de acuerdo con un plan preciso de preguntas hechas siempre en el mismo orden y en los mismos términos aun cuando deja al investigado la posibilidad de expresar ampliamente su pensamiento. Ocurre también que el investigador cambia los términos de la pregunta para facilitar el interrogatorio: debe tener cuidado, entonces, de fijar con precisión, para el investigado, el alcance de su pregunta. (Kinsey, A. C., *Le comportement sexuel de l'homme,* trad. francesa, París, 1948, 1a. parte, cap. II).

La entrevista no organizada (*unstandardized interview*) procede de acuerdo con un plan muy flexible que varía con los individuos interrogados; el orden de las preguntas y los términos en que son hechas no son respetados, esforzándose el investigador en estorbar lo menos posible la espontaneidad del sujeto. (Roethlisberger, F. J., y Dickson, W, J., *Management and Worker,* Cambridge, Mass., 1939). La técnica de la *non-directive interview,* cuyo objeto es, ante todo, terapéutico, presenta, acentuadas, las características de la entrevista no organizada: se trata, no ya de hacer preguntas, sino, al contrario, de dejar hablar al sujeto: el investigador interviene solamente con su presencia comprensiva. (Rogers, C. R., *The Non-directive Method as a Technique for Social Research,* Amer. J. Sociol., 1945-50).

La entrevista por medio de preguntas cerradas procede de acuerdo con un plan rígido en el cual se respetan escrupulosamente el orden de las preguntas y los términos en que se hacen. El investigado no tiene ya la libertad de comentar sus respuestas: responde con sí o con no, o bien en términos de preferencia. Esta técnica hace posible una codificación inmediata de las respuestas y, por consiguiente, su "cuantificación" y su tratamiento estadístico. Pero, en detrimento del contenido cuyo significado se empobrece. Se remedia este inconveniente uniendo a menudo, en la misma investigación, los procedimientos conjuntos de la entrevista cerrada y de la entrevista libre; en este caso, la entrevista cerrada permite precisar la extensión de los fenómenos estudiados (creencias, opiniones, actitudes, etc.) de los cuales la entrevista libre podrá profundizar el contenido. Se supone, evidentemente, que la muestra de sujetos interrogados según el primer procedimiento será en un todo comparable a la muestra de aquellos a los cuales se aplique el segundo procedimiento.

c) *La entrevista repetida* (*panel interview*), de P. F. Lazarsfeld (*The People's Choice,* Nueva York, 1948), es un procedimiento de aplicación de la entrevista al análisis de un cambio social. Se interroga, a intervalos regulares, una muestra debidamente establecida del grupo del cual se quieren seguir las modificaciones de opinión y de actitud, en el curso de una situación social móvil y según determinaciones externas sufridas por el grupo (en la realidad, el estudio citado fue efectuado durante una campaña electoral). A fin de evitar las "distorsiones" que podrían surgir de la repetición de los interrogatorios sobre los mismos individuos, se prueba, todas las veces, una muestra testigo que presente las mismas características que la muestra experimental.

d) *La entrevista profundizada (focused interview).* Este procedimiento ha sido preparado por R. K. Merton para estudiar la incidencia de los medios de información en las actitudes y el comportamiento del público. Se trata de una entrevista de tipo libre en la cual el investigador se propone como fin la exploración de una reacción particular del investigado a un estímulo determinado (por ejemplo, un mensaje transmitido por la prensa o la radio, cuyo contenido, previamente analizado, ha servido para establecer hipótesis de investigación). Como en la entrevista de tipo no organizado, el papel del investigador consiste menos en interrogar al sujeto que en ayudarlo a aclarar por sí mismo la incidencia del estímulo en sus actitudes y en su comportamiento. (Merton, R. K., y Kendall, P. L., *The Focused Interview,* Amer. J. Sociol., 1946, 51; Merton, R. K., *Eléments de méthode sociologique,* París, 1953, págs. 51 y sig.).

e) *Los cuestionarios.* Las técnicas de entrevista nos llevan a considerar el procedimiento del *cuestionario,* frecuentemente utilizado en la investigación sociológica y vulgarizado por las encuestas llamadas de opinión pública. Generalmente el cuestionario no es otra cosa que una entrevista de tipo cerrado cuyos inconvenientes se agravan cada vez que falta la garantía que puede aportar la presencia del investigador profesional, como ocurre tan a menudo en las encuestas de opinión, cuando el cuestionario es difundido por medio de la prensa o enviado por correo. La técnica del cuestionario ofrece la ventaja de una codificación y de una explotación rápidas de las respuestas, pero su empleo exclusivo no podría permitir un análisis profundo. Por lo demás, lo criticable no es la técnica, sino más bien el tipo de preguntas hechas y la elección de los individuos sometidos al cuestionario. Un cuestionario relativo a las características de la vivienda de una población determinada, o a la calidad y cantidad del consumo alimenticio de las familias o, en fin, a los recursos y los presupuestos, no ofrece los mismos peligros que un cuestionario cuyo objeto es conocer *opiniones.* En el primer caso, las preguntas piden juicios sobre la realidad o la relación de un hecho preciso; en el segundo caso, exigen, de parte de los interrogados, juicios de valor. A este respecto, aunque no se discuta la sinceridad de las respuestas, el peligro reside, en primer lugar, en el postulado implícito del carácter *unívoco* de las preguntas hechas a una población de la cual se admite la homogeneidad. El carácter cerrado de las respuestas aumenta el peligro de equívoco y hace difícil el control de los significados; las respuestas, en efecto, pueden variar considerablemente según el modo en que se hagan las preguntas. A. Sauvy (*L'opinion publique,* París, 1956, pág. 41), recuerda un ejemplo clásico: "En 1940, se hizo, en los Estados Unidos, la misma pregunta bajo dos formas diferentes: Forma A, ¿piensa usted que los Estados Unidos deberían hacer más de lo que hacen actualmente para ayudar a Inglaterra y Francia? Forma B, ¿piensa usted que los Estados Unidos deberían hacer más de lo que hacen ahora para ayudar a Inglaterra y Francia en su lucha contra Hitler? En el fondo, las dos preguntas eran idénticas, pero la introducción de la palabra Hitler provocó un 9 % de respuestas en sentido intervencionista. Aun sin que intervenga la elección de la muestra de los individuos sometidos a los cuestionarios, vemos las dificultades con que tropiezan las encuestas de opinión.

3. *Las técnicas de experimentación*

"Estoy convencido —escribía K. Lewin *Resolving Social Conflicts,* Nueva York, 1948— de que en sociología es posible realizar experiencias que se puedan calificar de científicas tan legítimamente como los experimentos de física o química". El problema teórico de la posibilidad de la experimentación en sociología sobrepasa el objeto de este capítulo, pues no concierne solamente a los procedimientos operatorios particulares sino que discute el método mismo de la sociología. La queja que se podría formular con respecto a la tendencia experimental es que ésta toma su modelo experimental fuera de la sociología y considera que solamente un aparato conceptual y una puesta en obra de operaciones en un todo comparables a los conceptos y a las operaciones propias de la experimentación física pueden garantizar el estatuto científico de la sociología. Ahora bien, el problema consiste ante todo en saber si la naturaleza misma y la dimensión real de los fenómenos sociológicos soportan el trato experimental. Pues si se consideran los objetos sobre los cuales se efectúan los ensayos experimentales, la decepción del sociólogo no se hace esperar; la experimentación, en efecto, se efectúa ordinariamente sobre grupos artificiales, creados para las necesidades del experimento (grupos de laboratorio) y generalmente sólo puede tener un significado psicosociológico e interpersonal.

a) *Técnicas de laboratorio.* El interés acordado a las técnicas experimentales reside esencialmente en la posibilidad de un *control obsoluto* de la realidad experimental, control que el sociólogo no podría alcanzar, como hemos visto, en las situaciones reales. Pero tal posibilidad de control no se obtiene sino a costa de una simplificación de las situaciones creadas artificialmente en el laboratorio. El control de la experiencia sólo es posible cuando los elementos de la situación retenidos para el experimento (las *variables experimentales*) son poco numerosos y aislables y cuando el efecto de los otros elementos que entran en la situación (las *variables no controladas*) puede ser anulado con artificios de procedimiento. Por consiguiente, si se retienen dos variables A y B de una situación dada, la técnica experimental consiste en modificar la situación modificando la variable A o *variable independiente* y en observar y medir los efectos de esta modificación sobre la variable B o *variable dependiente.* Este procedimiento supone que el experimentador dispone de un *grupo experimental* del cual modificará la situación en el transcurso del experimento y de un *grupo testigo,* teóricamente idéntico al primero y cuya situación no sufrirá cambios.

La validez de la experimentación exige el respeto de las tres condiciones principales siguientes: 1) grupos experimentales y grupos testigos deben ser homogéneos; los grupos se constituyen de acuerdo con las técnicas del sondeo estadístico; 2) las variables experimentales deben ser *purificadas* al máximo, lo cual lleva al experimentador a crear una situación artificialmente simplificada y 3) las variables no controladas deben ser neutralizadas, ya sea eliminándolas (en los esquemas experimentales más simples), ya igualando sus efectos sobre todos los grupos, o bien haciéndolas aleatorias (que es el caso más frecuente) al repartirlas al azar.

La interpretación de los resultados experimentales se basa en la formulación de una *hipótesis nula* que consiste en suponer que los resultados obtenidos sólo se deben a las fluctuaciones del azar. Si la probabilidad de obtener tales resultados únicamente por azar es suficientemente pequeña, la hipótesis nula es rechazada y la prueba experimental es juzgada significativa. (Cochran, W. G., y Cox, G. M., *Experimental Designs,* Nueva York, 1950).

b) *Relaciones de la experimentación de laboratorio con la encuesta sociológica.* Consideradas en su relación con la investigación sociológica, que no podrían reemplazar, las experiencias de laboratorio pueden permitir la elaboración de hipótesis de trabajo susceptibles de ser verificadas sobre el "terreno" y contribuir así a la formación de la teoría. En la perspectiva de una "dialéctica" entre el laboratorio y la sociedad real, trabajos experimentales como los de Bavelas sobre los circuitos de comunicación en los grupos organizados (Bavelas, A. A., *A Mathemathical Model for Group Structure,* Appl. Anthrop., 1948, 7), los de Festinger sobre la cohesión de los grupos (Festinger, L.; Schachter, S.; y Back K., *Social Pressures in Informal Groups,* Nueva York, 1950), o los de Bales sobre los procesos de decisión en los grupos pequeños (Bales, F., *Interaction Process Analysis: A Method for the Study of Small Groups,* Cambridge, Mass., 1950), ofrecen, en el espíritu mismo de sus autores, modelos aplicables a las situaciones reales, siendo entonces considerada la experimentación como una metodología estratégica tendiente a lograr una mejor comprensión de las situaciones reales. Pero se sobreentiende que es riesgosa toda extrapolación teórica de los grupos de laboratorio a los grupos reales.

c) *Las técnicas sociométricas.* "La sociometría —observa Moreno, que es el iniciador de la misma— puede ser designadà (...) como una microsociología, una sociología de los elementos microscópicos dinámicos, esto independientemente de la envergadura de los grupos grandes o pequeños a los cuales se la aplica". (Moreno, J. L., *Sociometry Comtism and Marxism,* Sociometry, 1945, vol. VIII). Y a este respecto escribe, además, a justo título: "Consideramos el estudio de estas manifestaciones atómicas elementales (o microsociológicas) de las relaciones humanas como el preludio y el fundamento necesarios para investigaciones macrosociológicas". (*La méthode sociométrique en sociologie,* Cahiers int. de Soc., vol. II, 1947). En la medida en que la sociometría no reduce la realidad social al nivel microsociológico, en que ella la aprehende, sus procedimientos operatorios tienen un significado verdaderamente sociológico.

Los procedimientos sociométricos tienden a describir y medir las relaciones sociales espontáneas que son los componentes elementales de todos los grupos. Pero, para observar con exactitud la realidad microsociológica, "los viejos métodos que basan la objetividad en el simple agregado de los hechos, observación exterior, estadística, etc.", se muestran insuficientes. De igual modo, las técnicas introspectivas clásicas no captan nunca las situaciones sociales más que *en pasado,* independientemente de la relación de esas situaciones con el momento en que aparecen. "Las técnicas de investigación deben sufrir una crisis de subjetivación para adquirir una mayor objetividad en ese campo". En el lenguaje harto enfático de Moreno, las técnicas sociométricas constituyen "una revolución en las relaciones entre el investigador y los sujetos estudiados"; los sujetos no son ya tratados como objetos de observación; participan plenamente en la investigación y son los agentes activos de su propio comportamiento; en cuanto al investigador, se integra en el grupo estudiado y participa en su acción, siendo a la vez observador y actor en una experiencia colectiva. En efecto, más que de investigación o de observación participante, conviene hablar aquí de experimentación puesto que las observaciones se efectúan sobre las modificaciones del grupo provocadas por el experimentador en su relación con los sujetos. Por otra parte, la escala sociológica en la cual se efectúa la investigación sociométrica permite a ésta utilizar sus procedimientos *in situ* sobre grupos reales y no en el cuadro artificial de un laboratorio; los experimentos sociométricos versarán, por lo tanto, sobre los niños de una clase, los obreros de una construcción, los detenidos de una prisión, etc.

Estos procedimientos técnicos se aplican en el *test sociométrico,* el cual tiende a descubrir y medir los sentimientos que experimentan los individuos, unos con respecto a otros, como miembros del grupo del cual forman parte en el momento de la experiencia. A los niños de una clase, se les pedirá que elijan libremente aquellos de sus camaradas al lado de los cuales preferirían sentarse en clase. Se cuentan las selecciones efectuadas y se establecen coeficientes que distingan los niños preferidos, los que son dejados de lado y los que se encuentran en una situación intermedia. El contenido del *test* depende del carácter del grupo en el cual se efectúa la experiencia y del criterio elegido para la selección.

El *test de configuración social* completa el precedente: tiende a establecer el coeficiente de cohesión del grupo de acuerdo con las selecciones efectuadas por sus miembros. El procedimiento consiste en comparar la probabilidad matemática de las selecciones con las selecciones realmente efectuadas. La diferencia entre las dos revela la configuración social del grupo. El grupo muestra una cohesión elevada si el coeficiente de las selecciones positivas recíprocas realmente efectuadas es superior al coeficiente teórico. En caso contrario, tiende a la disgregación.

Las *técnicas dramáticas.* Los procedimientos de *psicodrama* y *sociodrama,* cuyo origen es psicoterapéutico, se utilizan en sociología con valor de "experimentación en el campo de la búsqueda de la espontaneidad". La preocupación por captar las situaciones interpersonales y colectivas *in situ* e *in statu nascendi* es también visible aquí. Pero se trata en este caso de *experimentaciones* que pierden en precisión matemática en la medida en que ganan en riqueza de expresión. El psicodrama sustituye a los procedimientos clásicos de la psicología y del psicoanálisis, juzgados artificiales y deformantes, una *acción experimental* en que el individuo se encuentra en una situación que reproduce, todo lo fielmente posible, las condiciones reales de su existencia. El sujeto no relata su situación, la actúa y resucita, gracias a los auxiliares que lo asisten en el juego y las interrelaciones que lo vinculan a su contorno.

El *sociodrama* tiene por objeto "las relaciones entre los grupos y las mentalidades". Concierne, no a un individuo, sino a un público, ante el cual los actores recrean e interpretan, de manera tan impersonal como sea posible, papeles sociales, tales como el patrón, el empleado, el marido, la mujer, etc. El público se ve a sí mismo en los papeles interpretados ante él, en sus relaciones y sus conflictos y participa con sus reacciones en el drama social que se representa. Para Moreno, el sociodrama da cuenta de todas las tensiones de la sociedad humana como en miniatura: "El auditorio representa la opinión pública; los actores, en el escenario, representan a los protagonistas; el director (que dirige el drama) simboliza la acción del grupo". (*Sociodrama. A Method of the Analysis of Social Conflicts,* Psychodrama Monographs, I, 1944). El interés del procedimiento sociodramático (que se sitúa en el nivel macrosociológico) se ve disminuido por el carácter inevitablemente artificial de la experimentación que utiliza. (Gurvitch, G., *La vocation...,* vol. I, 1957, págs. 269 y sig.).

4. *Técnicas estadísticas*

En el capítulo precedente se ha examinado el problema de la estadística en toda su amplitud. Desde el punto de vista de las técnicas de investigación sociológica, que es el que nos ocupa, se observará que la utilización de los procedimientos estadísticos se ve limitada, en primer lugar, por el hecho de que la disciplina estadística, a pesar de sus orígenes y a causa de su largo comercio con las "ciencias exactas", no ha forjado herramientas perfectamente adaptables a los fenómenos que encara el sociólogo. Un excelente utilizador de los procedimientos estadísticos, L. Festinger, escribe a este respecto: "Para quien practica las ciencias sociales es una verdadera lástima: que los problemas que han estimulado el crecimiento de la estadística en el pasado hayan venido de otros campos y que, por consiguiente, los desarrollos estadísticos se apliquen, a menudo, mal a los hechos de la ciencia social". (*Research Methods in Social Relations*, Nueva York, 1951, pág. 715; Isambert, F. A., *La statistique bien tempérée*, Cahiers int. de Soc., XVIII, 1955).

Por otra parte, Georges Gurvitch (*Déterminismes sociaux et liberté humaine,* París, 1955, págs. 51 y sig.) ha señalado las dificultades que encuentra la aplicación de los modelos estadísticos (cálculo de probabilidades, leyes estadísticas) a los fenómenos sociales: "La validez del cálculo de probabilidades y de las leyes estadísticas no reposa en absoluto aquí sobre las matemáticas —simple medio de expresión, en este caso— sino sobre el éxito de la búsqueda de los cuadros, conjuntos y universos reales a los cuales se adapta el cálculo de los promedios y de las proporciones" (pág. 52). Pero cuando los "conjuntos" no están definidos al comienzo y los objetos de la investigación son ambiguos y exigen una interpretación difícilmente controlable, ¿qué aplicación se puede hacer, en rigor, de los procedimientos estadísticos más refinados? Ahora bien, ésta es la situación más frecuente en la investigación empírica.

Es significativo, por otra parte, el hecho de que los procedimientos experimentales considerados más arriba utilicen ampliamente las técnicas estadísticas; éstas intervienen como técnicas de control (control de la homogeneidad, de las muestras, de la neutralización de las variables no controladas, etc.) y como técnicas de medición que permiten la interpretación de los resultados experimentales (pruebas de significado, coeficientes de correlación, etc.). Pero, precisamente porque el cuadro y los elementos del experimento *son dados* al experimentador, se hace posible la situación privilegiada porque la experiencia es inevitablemente *artificial,* en el sentido propio de la palabra. La precisión se obtiene a costa de una simplificación de lo real que, en fin de cuentas, lo priva de su dimensión sociológica. Fuera del cuadro experimental, los procedimientos estadísticos no darían rendimiento sino en la medida en que los datos a los cuales se aplican fueran suficientemente depurados, cosa que generalmente no ocurre cuando se pasan los niveles morfológicos y ecológicos de las sociedades para alcanzar niveles esencialmente cualitativos como el de las actitudes, el de las creencias y opiniones, el de los símbolos y el de los valores. Un ejemplo notable de esta impotencia de las técnicas estadísticas para refinar datos groseros, lo proporcionan los numerosos trabajos que versan sobre la *medida de las actitudes*: la precisión del tratamiento estadístico contrasta con la trivialidad frecuente de los procedimientos de determinación de las unidades, basados en la opinión de un grupo de expertos.

Las técnicas de sondeo (sampling). Al comienzo de este capítulo, señalábamos los peligros, para la investigación sociológica, de una *concepción estadística* de lo social, que asimile las unidades colectivas reales, parciales o globales, a una *población estadística*, es decir, a un conjunto de individuos definidos por la o las mismas características y cuya elección esté a cargo del investigador. Tal conjunto de individuos no es *representativo* de la unidad colectiva real de la cual ha sido abstraído. Pero cuando la encuesta sociológica concierne a grupos de gran envergadura y, con más razón aún, a sociedades globales, se ve obligada a limitar la investigación a una porción del todo. Las técnicas de sondeo tienden precisamente a resolver este problema determinando las *muestras* representativas de los conjuntos de los cuales son extraídas.

El sondeo aleatorio (random sampling) está basado en el cálculo de probabilidades. Consiste en sacar la muestra por sorteo de individuos pertenecientes a la población total, bastante numerosos para que la ley de grandes números pueda entrar en juego. En efecto, cuando el sorteo se efectúa al azar, los promedios de las muestras se agrupan en torno al verdadero promedio de la población; cuanto más aumenta el tamaño de la muestra, menos se dispersan los promedios. En otras palabras, es posible elegir el tamaño de la muestra de manera que la probabilidad de las diferencias con la población sea muy reducida.

Sondeos empíricos. El sondeo aleatorio no hace intervenir ningún criterio en la elección de las unidades de la muestra: cada unidad sólo se representa a sí misma y únicamente el conjunto de las unidades ofrece un carácter representativo. Los sondeos empíricos, por el contrario, efectúan la división previa de la población según uno o varios criterios que suponen el conocimiento de la población total. La muestra se constituye extrayendo individuos de cada subpoblación (estrato). También se puede dividir el conjunto estudiado en unidades o en grupos de unidades semejantes (comunas, cantones, etc.), estando constituida la muestra por individuos sacados de algunas de estas unidades. Este procedimiento evita la dispersión de la muestra en un área geográfica demasiado vasta.

Los procedimientos empíricos de sondeo exigen una prudencia extrema de parte del investigador, si éste quiere evitar riesgos de "distorsión". En efecto, si la muestra se elige según tales o cuales caracteres controlados por el sondeo, no será representativa de la población total sino en lo concerniente a dichos caracteres.

Por lo demás, todo sondeo es *sociológicamente aproximativo*, aun siendo estadísticamente válido, como el sondeo aleatorio, pues la muestra no es nunca la imagen reducida y absolutamente fiel de la "población" de la cual es extraída, desde que esta última no es una colección de individuos sino un "todo" social. Por consiguiente, la investigación por sondeo es inoperante sin un conocimiento previo, al menos parcial, de la "población" total, es decir, de las unidades colectivas reales y de su disposición.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

BURGESS (E. W). *Les méthodes de recherches en sociologie* (*La sociologie au XXᵉ siècle*, París, 1947, vol. I).

COCHRAN (W. G.) y COX (G. M.). *Experimental Designs* (Nueva York, 1950).

DURKHEIM (E.). *Les règles de la méthode sociologique* (París, 1895; 9ª ed., 1947).

FESTINGER (L.) y KATZ (D.). (editores). *Research Methods in the Behavioral Sciences* (Nueva York, 1953).

GOODE (W. J.) y HATT (P. K.). *Methods in Social Research* (Nueva York, 1952).

GOTTSCHALK (L.), KLUCKHOHN (Cl.), ANGELL (R.). *The use of personal Documents in History, Anthropology and Sociology* (Nueva York, 1945).

GRIAULE (M.). *Méthode de l'ethnographie* (París, 1957).

GURVITCH (G.). *La crise de l'explication en sociologie* (*Cahiers internationaux de sociologie*, vol. XXI, París, 1956).

— *La vocation actuelle de la sociologie* (2ª ed., París, 1957, vol. I, cap. IV).

HYMAN (H.). *Interviewing in Social Research* (Chicago, 1954).

JAHODA (M.), DEUTSCH (M.) y COOK (S. W.). *Research Methods in Social Relations* (2 vols., Nueva York, 1951-1952).

KÖNIG (R.) (bajo la dirección de). *Das interview. Formen, Technik, Auswertung* (2ª ed., 1957).

— *Beobachtung und Experiment*, 1956.

— *Handbuch der empirischen Sozialforschung* (1958).

LE BRAS (G.). *Etudes de sociologie religieuse* (París, 1955-1956). I. *Sociologie de la pratique religieuse dans les campagnes françaises* (1955); II. *De la morphologie à la typologie* (1956).

LEBRET (L. J.). *Guide pratique d'enquête sociale* (París). I. *Manuel de l'enquêteur* (1951); II. *L'enquête rurale* (1951); III. *L'enquête urbaine* (1955).

LAZARSFELD (P. F.) y varios aut. *Mathematical Thinking in the Social Sciences* (Glencoe, 1954).

LAZARSFELD (P. F.) y ROSENBERG (M.) (editores). *The Language of Social Research* (Glencoe, 1955).

Lindzey (G.). *Handbook of Social Psychology* (vol. I: *Theory and Method;* vol. II: *Special Fields Aields and Applications*) (Cambridge, Mass., 1954).

Maget (M.). *Guide d'étude directe des comportements culturels* (París, 1953).

Merton (R. K.). *Eléments de méthode sociologique* (París, 1953, trad. franc.).

Merton (R. K.) y **Lazarsfeld** (P. F.). *Continuities in Social Research* (Glencoe, 1950).

Moreno (J. L.). *Fondements de la sociologie* (París, 1954, trad. franc.).

Sorokin (P.). *Les tendances et les deboires de la sociologie américaine* trad. franc., París, 1959).

Stouffer (S. A.). *Studies in Social Psychology in World War II* (vol. IV: *Measurement and Prediction*, Princeton, 1950).

Yates (F.). *Méthodes de sondage, pour recensements et enquêtes* (París, 1954).

SEGUNDA PARTE

PROBLEMAS DE SOCIOLOGÍA GENERAL

GEORGES GURVITCH, PROFESOR DE LA SORBONA

PALABRAS PRELIMINARES

La "sociología general" se ocupa de las "bases teóricas de la sociología" y también de la "teoría sociológica". Todos estos términos no dejan de inspirar desconfianza. Sociología general..., ¿es decir que la sociología debe comenzar con no se sabe qué generalidades, tal vez hasta con análisis formalistas o con andamiajes axiomáticos? Teoría sociológica..., ¿no se tratará de la confesión de una toma de posición previa que compromete la autonomía de la investigación empírica?

Estos escrúpulos carecen de fundamento. Se trata de malentendidos, peor aún, de errores graves. Ninguna ciencia puede prescindir de la teoría. Los "hechos" no son flores que crezcan en los campos y sólo pidan ser recogidas. Los hechos estudiados por las ciencias deben ser hallados y seleccionados para que se pueda distinguir lo importante de lo accidental; comprendidos y construidos para entrar en un cuadro de referencias propio de una ciencia particular; finalmente explicados, lo que es imposible sin hipótesis de trabajo. Siendo toda ciencia un estudio de lo oculto —según la expresión feliz de M. G. Bachelard[1], ella presupone su propio cuadro conceptual operatorio, construye el campo específico de investigación y se apoya en sus propias hipótesis y procedimientos de explicación. No puede haber ciencia sin teoría. Sin embargo, esa teoría debe renovarse sin cesar; los cuadros que establece deben conservarse flexibles, dóciles, susceptibles de adaptarse a las sinuosidades móviles del sector de lo real en el cual se trata de penetrar por su intermedio.

La sociología necesita, más que toda otra ciencia, cuadros conceptuales depurados y exactos, tanto en razón de su campo y su método excepcionalmente complejos[2], como en razón de las evaluaciones, valorizaciones y dogmatizaciones (conscientes y, mucho más aún, inconscientes) contra las cuales debe luchar sin cesar. Si la sociología actual experimenta tal desconfianza con respecto a la teoría, ello se debe, no solamente a la tendencia desastrosa a renunciar a toda "explicación" en favor de una "sociografía" que se queda en la superficie de las cosas, sino mucho más aún a los malos recuerdos que dejaron las conceptualizaciones que sometían la sociología a tomas de posición filosóficas de carácter dogmático. Ahora bien, evidentemente, sólo se trataba de enfermedades infantiles de la sociología. La teoría sociológica únicamente entra en contacto con el conocimiento filosófico a través de su esfuerzo común de "desdogmatización", esfuerzo que es una prueba de purificación previa, y que procede demoliendo todo concepto momificado, todo cuadro operatorio que se haya quedado inmóvil, toda experiencia detenida... [3].

---

[1] Véase más adelante, cap. VI.

[2] Véase cap. I, 1a. parte.

Como la sociología general, o las "bases teóricas de la sociología", se encuentra en la hora presente menos desarrollada de lo que merece; como, al mismo tiempo, sus orientaciones actuales tanto como pasadas han constituido el objeto de nuestras exposiciones en los capítulos I y II de la 1ª parte de este *Tratado,* presentamos nuestras excusas al lector si, en lo que sigue, debemos recurrir a un resumen de nuestros propios escritos en ese campo. Dicho resumen tratará de destacar lo esencial y eliminar, si es posible, algunos malentendidos.

---

[3] Véanse a este respecto nuestros estudios *Sociologie et Philosophie* (Cahiers int. de Soc. vol. XXII, 1957, págs. 3-14), *Hyper-Empirisme dialectique* (los mismos Cahiers, vol. XV, 1953, págs. 3-33), como, asimismo, nuestra exposición en el tomo II de este *Tratado* (sección VII, cap. I).

1 SOCIOLOGÍA PROFUNDA

Hemos definido la sociología como la ciencia de los fenómenos sociales totales en la escala, no sólo de las sociedades globales, sino igualmente de las clases sociales, los grupos y las sociabilidades; hemos insistido, por otra parte, en el hecho de que esos fenómenos permanecen incomprensibles si no se destaca su "pluridimensionalidad". La realidad social se presenta al ojo ejercitado del sociólogo como dispuesta en planos, niveles, pisos escalonados o capas de profundidad. Por una parte, todas esas capas móviles penetran las unas en las otras; por la otra, entran en tensión, en conflicto, en desplazamiento perpetuo. Aislarlas sería hacerles perder su carácter pluridimensional, pues están indisolublemente ligadas las unas a las otras. Los grados de su continuidad y su discontinuidad, de su implicación mutua y su polarización, así como sus jerarquías variadas, la acentuación de su eficacia y su importancia en los diversos fenómenos sociales totales son cuestión de hecho, y de hecho solamente. Sólo la experiencia puede establecer la combinación móvil de esos escalonamientos que siguen la sinuosidad de los cuadros sociales, combinación que, cuando se jerarquiza, entra en el equilibrio precario que forma uno de los aspectos de la estructura...

Uno podría quizá preguntarse si el término "sociología profunda" no evoca —quedando toda estimación excluida por el hecho de que las capas más profundas son simplemente aquellas que exigen un mayor esfuerzo para captarlas y estudiarlas— imágenes espaciales. Consideramos, sin embargo, que semejante objeción carecería de fundamento. Cada plano de profundidad sirve de símbolo al fenómeno social total y a todos los otros planos y, como todo símbolo, no logra jamás expresarlo en forma adecuada. La relación entre el símbolo y lo simbolizado no se basa en ninguna imagen espacial y la analogía terminológica entre sociología profunda y psicología profunda, aun cuando no vaya muy lejos, no debe ser completamente olvidada aquí...

De todas maneras, los planos o niveles de la realidad social son siempre momentos del fenómeno social total en su unidad irreductible e indescomponible. Lejos de atacar la integridad de las totalidades, constituyen puntos de referencia sumamente preciosos para manipularlos y aplicarlos efectivamente a la investigación sociológica. Los caracteres y el número de planos escalonados que conviene distinguir son esencialmente flexibles y se basan en consideraciones estrictamente pragmáticas. Si ocurre, por ejemplo, que distinguimos y describimos diez niveles en profundidad de la realidad social, ello no implica en modo alguno que no se pueda establecer un número más elevado ($n \cdot \mathrm{I}$), o más reducido, de ellos, teniendo en cuenta el carácter del fenómeno social total en cuestión, o con el fin de orientar una investigación de manera particular, o también con miras a satisfacer las necesidades de la sociología, llegada a tal o cual recodo en su desarrollo. En otras palabras, no buscamos sustancias superpuestas ni revelaciones del ser social como tal, sino cuadros conceptuales operatorios próximos a las objetivaciones de lo real y apropiados a la investigación sociológica. La sociología profunda construye y circunscribe la realidad social en planos más o menos artificiales, pero susceptibles de servir de puntos de referencia para el estudio de los fenómenos sociales totales de diferentes géneros. Al hacer esto, realiza, en una escala particularmente vasta, el precepto científico de G. Bachelard sobre "la dialectización de lo simple"...

El sociólogo deseoso de captar y estudiar un fenómeno social total, y que proceda por etapas, es decir, que vaya de lo más accesible a lo menos accesible, podría seguir el siguiente camino:

1. *La superficie morfológica y ecológica.* Se entiende por "superficie morfológica y ecológica" los "medios" tanto naturales como técnicos, los objetos, los cuerpos y los comportamientos que forman parte de la vida social y que la percepción externa puede captar. Así, pertenecen a este sector la base geográfica y demográfica de los fenómenos sociales totales: la densidad de la población, su distribución con relación al suelo, su movimiento del campo hacia las ciudades y viceversa, la atracción que ejercen sobre ella las diferentes regiones o los diferentes barrios urbanos; la sede social o los lugares habitados por los grupos, los terruños y los territorios de comunas y parroquias, de provincias, departamentos, Estados, etc. Asimismo, los monumentos, edificios, iglesias, cuarteles, prisiones, casas, cabañas, barracas, usinas, talleres y negocios; las diversas vías de comunicación; del mismo modo, los distintos vehículos, las herramientas, los instrumentos, las máquinas, los productos industriales y agrícolas, las materias alimenticias, etc. Toda esta exteriorización material de la realidad social es, sin embargo, "social" solamente en la medida en que la penetra y transforma la acción humana colectiva. En efecto, el suelo y el "medio natural" son completamente transfigurados por las técnicas, las actitudes sociales, el trabajo y las creencias colectivas de las sociedades que los aprovechan y los modelan; participan, por así decirlo, en la vida social y son dominados por ella. El aumento y la disminución de la población, su grado de densidad y sus movimientos, son función de las organizaciones sociales, las estructuras y cuadros sociales precisos, el rendimiento económico, las prácticas, los símbolos, las ideas, los valores y la mentalidad colectiva. Esta relación es aún más evidente en el caso de la habitación, las vías de comunicación, las herramientas, los instrumentos, las

máquinas, etc. Estos utensilios no pueden ser inventados, utilizados, adaptados o manejados sin que los demás planos en profundidad intervengan, lo permitan, lo favorezcan o lo exijan.

Todas estas consideraciones hállanse confirmadas por el hecho de que el tiempo de larga duración y de movimiento lento y la extensión casi homogénea en que parece, a primera vista, moverse el plano en cuestión —tiempo y extensión que podrían parecer cercanos al tiempo y al espacio métricos— se encuentran en realidad invadidos y penetrados por otros tiempos y extensiones sociales, más discontinuos y más cualitativos por estar más saturados de significados humanos. A esto vienen a añadirse todavía los esfuerzos de "toma de conciencia" y de dominio del tiempo y de la extensión morfológicos, lo que altera a estos últimos en el mismo sentido. Por ejemplo, los cambios de creencias religiosas, de reglamentaciones morales y jurídicas, de la política consciente de los gobiernos, las guerras, las revoluciones y los movimientos de colonización pueden desbaratar las previsiones demográficas, trastornar el conjunto de los aparatos técnicos y modificar radicalmente lo que se considera como riqueza natural.

2. *Los aparatos organizados.* Los aparatos organizados son conductas colectivas preestablecidas. Estas conductas son ordenadas, jerarquizadas y centralizadas según ciertos modelos estudiados y fijados de antemano en esquemas más o menos rígidos, formulados habitualmente en estatutos. Es ese plano organizado el que, en el sentido estricto del término, ejerce presiones sobre los participantes y hasta sobre los no-participantes; impone, por otra parte, las mismas exigencias a las capas más espontáneas de la realidad social, lo cual es cierto hasta para las "estructuras"[1] porque ellas no logran encarnarse o expresarse adecuadamente en los aparatos organizados, por ser infinitamente más ricas, más matizadas, más flexibles que estos últimos. El plano organizado es habitualmente más móvil y más dinámico que el escalonamiento morfológico, pero a menudo más pesado y más formalista que las capas menos cristalizadas de la vida social, incluso los modelos, los signos, las prácticas, las actitudes y la mentalidad colectiva. Sirve de catalizador a la espontaneidad social con la cual está en relaciones dialécticas; es que, a pesar de su tendencia a dominar la espontaneidad social, no puede prescindir de su fuerza vivificante. En cierto modo, las organizaciones aparecen siempre un poco distantes, más o menos alejadas de nosotros, separadas por un hiato del fenómeno social total y hasta de su estructura. Esto es verdad, no solamente en el caso de organizaciones autoritarias que se afirman como trascendiendo los grupos, las clases, las sociedades a los cuales se superponen y que pretenden dominar, sino también, en cierta medida, en el de las organizaciones democráticas, ampliamente abiertas a la penetración de la vida social espontánea, la cual sobrepasa empero en mucho las organizaciones que

---

[1] Véase más adelante, cap. IV.

engendra y anima[2]. Por otra parte, los relativos grados de inmovilidad, rigidez y distancia de las organizaciones no dependen únicamente de su disposición, sino también de la intensidad de los planos subyacentes, así como de las estructuras sociales en cuyo equilibrio participan. Así, entre los diferentes tipos de estructuras, cabe distinguir, primeramente, aquellos en que las organizaciones representan un papel considerable (como las estructuras globales contemporáneas) y esos otros tipos de estructura en que su papel es mucho más limitado (por ejemplo, la estructura del capitalismo de concurrencia en sus comienzos). Luego, si, según sus tendencias generales, las estructuras (envueltas en un perpetuo movimiento de estructuración, desestructuración y reestructuración) se presentan como más móviles y dinámicas que las organizaciones, el fenómeno social total que subyace a las dos puede hacer las organizaciones ora más explosivas y más activas que las estructuras (es el caso de nuestra situación actual), ora mucho más pesadas, rígidas y lentas que estas últimas (es el caso de la mayoría de las organizaciones arcaicas, feudales, del Antiguo Régimen, etc.).

Un hecho nos parece en todo caso indiscutible: los aparatos organizados sólo son expresiones siempre muy parciales e insuficientes de los planos más profundos y más difícilmente accesibles de la realidad social. No en vano viven en un tiempo engañoso, tiempo sorpresa, tiempo lento, interrumpido por bruscas crisis y explosiones imprevisibles. Es, pues, necesario proseguir el estudio más allá de los aparatos organizados. No hacerlo, e identificar la sociedad global, las clases sociales o los grupos particulares, así como las diferentes estructuras sociales, con sus expresiones organizadas —errores cometidos por un número considerable de sociólogos— es empobrecer muy artificialmente la realidad social, quitándole la mayor parte de sus elementos constitutivos; al mismo tiempo es volverla rígida, cristalizada, "hecha". Procedimiento cómodo tal vez para algunos sociólogos, pero que destruye el objeto mismo de la ciencia de la cual pretenden ser promotores.

3. *Los modelos sociales, incluyendo las señales y los signos colectivos y las reglas.* Es éste un campo sumamente vasto que comprende el conjunto de las imágenes-ejemplos más o menos estandardizadas, de los criterios, los excitantes, las señales, los signos y las reglas destinadas a guiar y dirigir, no sólo las conductas colectivas e individuales, sino los papeles, las actitudes y, en fin, la vida mental misma. Este campo sobrepasa ampliamente el plano organizado y se realiza en conductas colectivas más o menos regulares que pueden manifestarse, no sólo fuera de toda organización, sino, a veces, hasta independientemente de una estructura social (global o parcial) precisa.

Los modelos sociales son de géneros muy diferentes; platos nacionales y regionales, vestidos, técnicas industriales y agrícolas,

---

[2] Véase a este respecto, mi *Vocation actuelle de la Sociologie* (2ª ed., vol. I, 1957, págs. 196-203 y 344-50).

"maneras", cortesías mutuas, etc., son, en primer lugar, modelos. Del mismo modo, las fiestas nacionales y locales, la educación, la vida política, jurídica y, aun, la vida religiosa y moral de una sociedad y los grupos particulares son fuertemente inspiradas por modelos. Los modelos sociales no están siempre ligados a tradiciones, ni basados en costumbres y rutinas. Pueden igualmente innovar; además, no están necesariamente cristalizados, ni siquiera fijados, de antemano; pueden ser más o menos flexibles, móviles, cambiantes, creados ad hoc. En todo caso, los clisés y los *slogans* sólo constituyen un sector especial del campo incomparablemente más vasto de los modelos sociales.

Se distinguen corrientemente los "modelos culturales" de los "modelos técnicos". Los modelos relacionados con la vida cotidiana y con la vida económica serían más bien modelos técnicos cuya validez sólo dependería de la repetición y del éxito de la operación. Por el contrario, los modelos culturales, vinculados a los valores ideales, tendrían un carácter estimativo y su validez sería independiente de la tradición. Sin embargo, no se ha de exagerar esta oposición, muy relativa. Modelos técnicos y modelos culturales no cesan de penetrar los unos en los otros en los diferentes tipos de sociedades y grupos. El comportamiento económico, por ejemplo, está completamente impregnado tanto de modelos culturales como de modelos técnicos; y la moral, la religión, el arte, la educación, etc., pueden realizarse gracias a modelos técnicos que les son propios. El interés de la distinción de los dos géneros de modelos sociales reside más bien en el hecho de que los modelos llamados "culturales" hacen resaltar mejor el carácter un poco paradójico del plano que estamos analizando. Los modelos son guías, directivas, prescripciones y a veces normas que pretenden ser válidas y reclaman obediencia, a menudo, en una forma hasta imperativa. Y, sin embargo, los modelos actúan como fuerzas determinantes de la realidad social, forman parte de ella en calidad de productos y productores, son eficientes. Más aún, sólo se muestran capaces de actuar con eficacia sobre la realidad social de la que forman parte merced, precisamente, a la validez que se les reconoce. Eficiencia determinante y validez se encuentran, pues, aquí indisolublemente ligadas, actuando los modelos al mismo tiempo como causas y como normas. Esto resulta particularmente sorprendente si uno se detiene en esos casos especiales de modelos que son las señales y los signos colectivos, por una parte, y las reglas sociales, por la otra. La señal social es un excitante externo destinado a transmitir una orden de la sociedad o de un grupo particular, que prescribe tal o cual comportamiento a sus miembros. Así, el timbre de una escuela o un liceo advierte a los alumnos que la lección ha terminado, o cierto movimiento de una bandera da a los soldados la orden de marcha. La señal actúa como causa, pero sólo si es comprendida como signo de una orden dada. Los signos sociales, de los cuales las señales-expresiones no son más que un sector limitado, son expresiones que sustituyen un significado y llenan el papel intermedio entre ese significado y los sujetos colectivos o individuales llamados a comprenderlo o a captarlo. Por ejemplo, una flecha que indique la dirección de tal o cual localidad es un signo que tiene por significado: "He aquí el camino más corto para llegar al lugar deseado". Hay que comprender el significado de ese signo para que actúe como causa. Las reglas sociales de conducta están llenas de señales-expresiones y de signos; hay que agregar a esto el ascendiente de una prescripción, un elemento normativo e imperativo, destinado a combatir los obstáculos que impiden la obediencia. Cuando su ascendiente se impone, las reglas sociales se convierten en causas de conductas...

Los modelos sociales y, en particular, las señales, los signos y las reglas facilitan grandemente una cierta regularidad de la vida social, ora contribuyendo solamente a no defraudar la "espera" o la "expectativa" de tal o cual comportamiento colectivo, ora ejerciendo un verdadero dominio. Pero, debajo de ese plano, se encuentran las conductas colectivas que podrían realizarlos y que, a veces, deparan sorpresas, pues a menudo es considerable la diferencia entre la regularidad esperada y las conductas efectivas...

4. *Las conductas colectivas de cierta regularidad, pero que se desarrollan fuera de los aparatos organizados.* La realización de los modelos sociales y hasta el cumplimiento de las reglas, en particular en conductas colectivas efectivas, admite graduaciones muy variadas. Mucho más aún, no es raro que esas conductas excedan los modelos y las reglas, los desarrollen, los traicionen, los desfiguren y los transformen, a veces, debido a la fuerza de inercia de su resistencia pasiva. El estudio de las relaciones entre las conductas colectivas llamadas regulares y las directivas que están llamadas a realizar, hace presentir la presencia subyacente de los escalonamientos más espontáneos de la realidad social cuyo sordo rugido se hace cada vez más sensible. Desde este punto de vista, se pueden distinguir:

a) las conductas colectivas rituales y relacionadas con los procedimientos judiciales, basadas en una reglamentación rigurosa y que tienen un carácter estrictamente formal;

b) las conductas colectivas como prácticas, costumbres, rutinas o géneros de vida, las cuales son mucho más flexibles y se podrían designar con el término "folklore" en su más amplia acepción;

c) las conductas colectivas como modas y entusiasmos fluidos y cambiantes, cuyos modelos no están ligados a la costumbre y al hábito, sino que se renuevan sin cesar. Así las modas del vestido, las literarias, artísticas, filosóficas, etc.;

d) finalmente, las conductas colectivas que tienen a los modelos en jaque, que son insubordinadas, inesperadas, "irregulares", no conformistas, resistentes, etc.

Gabriel Le Bras ha podido comprobar que aun en los comportamientos religiosos, los ritos y las prácticas entran muy a menudo en conflicto: los "conformistas temporarios", los "observantes" y los "devotos" siguen los mismos ritos mientras que sus prácticas son divergentes en el más alto grado. La sociología jurídica suministraría asimismo, a este respecto, innumerables ejemplos: los múltiples conflictos de los procedimientos y los estatutos con las "prácticas jurídicas" se han hecho proverbiales.

El carácter nocivo del concepto y del término "institución" —al cual hemos de volver[3]— reside, en primer lugar, en la confusión de conductas colectivas de regularidad variada, entre sí y con los aparatos organizados y los modelos...

5. *Las tramas de los papeles sociales.* Las conductas colectivas de regularidad variada parecen tener como fundamento los entrecruzamientos de los papeles sociales asumidos, interpretados y representados por conjuntos (clases, grupos y formas de sociabilidad), así como por los individuos que forman parte de ellos. Las combinaciones y las interpenetraciones de los papeles sociales parecen representar un plano de profundidad más espontáneo que las conductas de regularidad variada, con más razón aún que sus modelos. Es verdad que algunos papeles sociales que son impuestos a las conductas, parecen servir, en el primer momento, de puntos de referencia importantes de regularidad, de reglamentación, de estructuración y hasta de organización. Sin embargo, examinando la cuestión más atentamente, se advierte que, por el hecho de penetrar en lo más íntimo de las reacciones espontáneas, ya sean colectivas o individuales, esos papeles las hacen precisamente triunfar, sobre todo modelo, toda prescripción, toda regularidad social y, por consiguiente, sobre toda estandardización. En efecto, la interpretación, la realización y la combinación concreta de los papeles desempeñados por grupos, conjuntos e individuos en una situación particular, deparan las mayores sorpresas y dejan un margen considerable a las explosiones de las actitudes, no sólo reprimidas, sino, a veces, directamente innovadoras y creadoras. Más generalmente, se podría decir que los papeles sociales sobrepasan la oposición (que se ha hecho cada vez más inutilizable) entre "lo objetivo" y "lo subjetivo", pues hacen triunfar "lo más íntimo de la subjetividad", tanto colectiva como individual, exactamente en el momento en que se objetivan en resultados tangibles; del mismo modo, hacen triunfar el aspecto objetivo de la situación, de la circunstancia o hasta de la estructura, justo en el momento en que interviene la subjetividad de la realización o la interpretación del papel.

Los papeles sociales se manifiestan en diferentes campos de la actividad colectiva: económica (vinculándose con la división del trabajo social y técnico), política, sindical e intelectual; cada individuo, al tomar parte en diferentes grupos y en diferentes actividades, representa varios papeles sociales; los papeles de las clases sociales cambian, no sólo según las estructuras, sino también según las circunstancias. Hay que distinguir, por otra parte, varios géneros de papeles sociales. Así, entre los papeles más o menos previstos o, al menos, previsibles, se pueden diferenciar los papeles privilegiados, los organizados, los impuestos, los regulares, los habituales y los que sólo son objeto de una aspiración. Entre los papeles imprevisibles, mencionemos los papeles fluctuantes, los inesperados y los inventados. Esta profusión de papeles recuerda enfáticamente el hecho —más o menos ignorado por los teóricos de los papeles sociales, cualquiera que sea, por otra parte, su escuela: G. H. Mead, R. Linton, T. W. Newcomb, F. Znaniecki, T. Parsons, etc.[4]— de que no sólo los papeles sociales se integran siempre en tramas (se podría lo mismo decir dramas), sino que no son más que momentos, o, más exactamente, un plano, un estrato de los "fenómenos sociales totales", sin los cuales pierden todo sentido. Considerar un cuadro social, un grupo, una estructura, en fin, una organización, como un simple conjunto de papeles sociales, es caer en el más grave de los errores nominalistas, pues es vaciar ese concepto de todo sentido e incurrir en las peores confusiones.

---

[3] Véase, más adelante, cap. IV; además, ya hemos tenido ocasión de mencionar ese concepto en el cap. I, 1a. parte.

Los papeles sociales —esos trampolines entrecruzados de acciones colectivas e individuales posibles, que sólo realizan lo esperado, o bien, innovan y modifican los cuadros sociales en que actúan— no se expresan jamás por entero en las conductas y a veces no se expresan en absoluto en ellas. Es que el dinamismo de su interpretación, así como de su realización, implica una base. Esta base está constituida por las actitudes colectivas, como los pisos superpuestos están formados por las prácticas, las modas, las reglas y los modelos. Sólo si se vuelven a colocar los papeles sociales como capa de profundidad, entre otros planos del fenómeno social total, se puede dar cuenta de su funcionamiento.

6. *Las actitudes colectivas.* El campo de las actitudes es, en primer lugar, el campo de lo imponderable en la realidad social. Sin embargo, las actitudes no pueden de ningún modo reducirse a lo mental. Se trata de un ambiente verdaderamente social, de una configuración derivada del fenómeno social total. La continuidad y el carácter activo de una actitud colectiva son precisamente elementos constitutivos de esa unidad colectiva real que se llama grupo. Se podría dar una descripción provisional de las actitudes colectivas como plano de profundidad de la realidad social, diciendo que son disposiciones que incitan a los Nosotros y a los Yo, a los grupos, a las clases, a las sociedades enteras, a reaccionar en cierto sentido, a conducirse de cierta manera, a asumir papeles sociales particulares y a ser guiados por símbolos (véase § 7) específicos. Puede ocurrir, sin duda, que esas predisposiciones no conduzcan a nada o que

---

[4] Para detalles, véase mi *Vocation*... (vol. I, págs. 81 y sig., 295 y sig. y 425 y sig.).

sólo lo hagan en cierta medida; en todo caso, no se realizan nunca enteramente. Pero aun en el caso de que queden en estado virtual, crean un ambiente social muy particular en el cual están inmersos tanto los elementos organizados, los modelos, los signos, las reglas, como las prácticas, los antagonismos sociales, los valores y las ideas colectivas. Así, las actitudes pueden favorecer tanto las conductas más o menos regulares como las conductas colectivas innovadoras, efervescentes, creadoras, que encontraremos en un estrato más profundo de la realidad social. Las actitudes colectivas son a la vez fluctuantes y persistentes, inesperadas y previsibles; son imperceptibles y pueden, al mismo tiempo, ser objeto de experimentación. Constituyen quizás el plano más paradójico de la realidad social. Ordinariamente, las actitudes colectivas parecen más continuas de lo que son en realidad; si bien pueden, a veces, ser muy persistentes, son a menudo muy fluctuantes; puede ocurrir también que exploten, que se trastornen o hagan aparecer los abismos subyacentes. Hacen presentir, en todo caso, los planos más espontáneos de la realidad social. Sin embargo, sería ilusorio, ingenuo y hasta pueril, creer que se puedan obtener cambios de actitudes colectivas por medio de sermones calmantes, de la reeducación, el psicoanálisis o los sociodramas usados en el tratamiento de grupos. Las actitudes cambian y se trastruecan debido a las situaciones globales (guerras externas, coloniales y civiles; revoluciones, conflictos e interpenetración de las civilizaciones, desastres, períodos de prosperidad, de estancamiento, de crisis económica y política, de modificación de las posiciones de las clases y de reestructuración o modificación de las estructuras). El tiempo en que se mueven las actitudes es el tiempo de los latidos irregulares, de las fluctuaciones imprevisibles entre la aparición y la desaparición de los ritmos; por excelencia, tiempo de incertidumbre, éste se vincula al "tiempo engañoso".

Se podría finalmente definir las actitudes colectivas como configuraciones sociales *(Gestalt)*, más virtuales que actuales, que implican, a la vez, una mentalidad (en particular, preferencias y repugnancias afectivas), predisposiciones a conductas y reacciones colectivas, tendencias de los conjuntos y sus miembros a asumir papeles sociales particulares; las actitudes colectivas constituyen cuadros en que los símbolos sociales se manifiestan y donde los valores específicos son aceptados o repudiados.

Excavando los planos escalonados subyacentes a las actitudes colectivas, hallamos, en primer lugar, el plano simbólico.

7. *Los símbolos sociales.* Entendemos por símbolos sociales, ciertos signos que sólo expresan parcialmente los contenidos representados y que sirven de mediadores entre dichos contenidos y los agentes colectivos e individuales que los formulan y a los cuales se dirigen; esta mediación consiste en favorecer la participación mutua de los agentes en los contenidos y de los contenidos en los agentes. Todo símbolo social tiene dos polos: por una parte, es un signo incompleto, una expresión inadecuada; por la otra, es un instrumento

de participación. Esos dos polos pueden no estar acentuados por igual, pero ninguno de ellos puede desaparecer o ser eliminado sin que sea destruido el carácter propio de todo símbolo. Que los símbolos sean de dominante intelectual, emotiva o voluntaria, que se vinculen al misticismo o a la racionalidad, una de sus características esenciales es que "revelan velando y velan revelando y que, mientras incitan a la participación, la frenan". Desde este punto de vista, todos los símbolos, incluso los símbolos oníricos, constituyen una manera de disponer y manejar obstáculos e impedimentos a la expresión y a la participación. Se puede decir, pues, que la función simbólica es inseparable del hombre, considerado colectiva o individualmente, siendo el Yo, el Nosotros, el grupo, la clase, en primer lugar constructores inconscientes o conscientes de los varios símbolos que tienen por misión dominar los obstáculos o, al menos, manejarlos mejor.

De la ambigüedad fundamental de la esfera simbólica deriva un doble drama: a) los símbolos sociales están sin cesar amenazados de verse sobrepasados; no bastan nunca para llenar por completo su cometido, de modo que hay épocas históricas en que su "fatiga" es tal que se puede hablar de situaciones sociales caracterizadas por el desorden de los símbolos, lo que es signo de una estructura social en transición si no en vías de desmoronarse, y b) los símbolos, en vez de expresar e incitar a la participación en lo que simbolizan, pueden convertirse —en parte o casi enteramente— en los creadores de los contenidos simbolizados; esos símbolos o esos entrecruzamientos de símbolos, al mismo tiempo que ayudan a dominar y manejar los obstáculos, contribuyen, entonces, a crearlos... Tocamos aquí el problema de las ideologías, utopías y mitos que será discutido en la sección VII, capítulo III, del segundo tomo de este *Tratado*.

El carácter de mediadores de los símbolos sociales los hace particularmente móviles. Los símbolos sociales varían según: a) los sujetos colectivos que los elaboran, o emisores; b) los sujetos colectivos a los cuales se dirigen, o receptores; c) los tipos de estructuras sociales, parciales o globales; d) las circunstancias particulares (tiempos apacibles o agitados, revoluciones o contrarrevoluciones, guerras, marasmos, épocas de transición, etc.); e) los cuadros sociales (sociedades, clases, grupos y formas de sociabilidad); f) las modificaciones en las relaciones entre los símbolos y lo simbolizado (predominio del símbolo sobre lo simbolizado o predominio de lo simbolizado sobre el símbolo); g) los obstáculos a franquear, las situaciones a dominar por medio de los símbolos; h) las coloraciones de los símbolos o de los contenidos simbolizados; i) los elementos falaces o ilusorios o, al contrario, que no implican ninguna segunda intención engañosa, ni siquiera interesada; j) su grado de cristalización o flexibilidad; y, finalmente, k) el grado de intensidad de cada uno de los planos de profundidad, el ritmo de sus variaciones y la proporción de sus diferencias y conflictos. Esta variabilidad y esta relatividad excepcionales, características del plano simbólico, ponen de relieve la afinidad secreta que existe entre el conjunto de la realidad social y la esfera simbólica. En efecto, si se los considera bajo cierto aspecto, todos los planos escalonados de la realidad social dependen del simbolismo. Simbolizan, como lo hemos señalado al comienzo de este capítulo, el todo indescomponible de la realidad social, los fenómenos sociales totales, de los cuales son sustitutos parciales, incompletos e inadecuados. Al mismo tiempo, las fisuras y las desigualdades de los niveles son colmadas sin cesar por símbolos particulares que funcionan como una especie de cemento social, fluido y omnipresente, que se infiltra entre los planos. Es así como los símbolos sociales se hallan vinculados más especialmente a las obras culturales. Los hechos de civilización, en la diversidad de sus manifestaciones, incluyendo el lenguaje, el conocimiento, la moralidad, el arte, la religión, el derecho y las ideas y valores que ellos implican, están particularmente relacionados con los símbolos.

Sin embargo, para que los símbolos sean válidos, es menester que se basen en intuiciones colectivas (intelectuales, emotivas y voluntarias) y en actos creadores de los Nosotros, de los grupos y de las sociedades globales, constituyendo, en ciertas condiciones, uniones previas que trascienden la esfera simbólica haciéndola posible. Ello recuerda que esta esfera sólo es un plano en profundidad entre otros y, además, que no hemos agotado nuestro análisis de los escalonamientos sociales.

8. *Las conductas colectivas efervescentes, innovadoras y creadoras.* Para afirmarse como colectivas, las conductas no tienen ninguna necesidad de ser regulares y esperadas. Cuando la parte de inesperado e imprevisible, en las conductas colectivas alcanza su grado máximo, nos encontramos frente a conductas colectivas efervescentes, innovadoras y creadoras. Tenemos que habérnoslas con comportamientos que no sólo no tienen en cuenta los modelos y los símbolos más o menos cristalizados, generalizados, estandardizados, sino que los comprometen, los destruyen, los derriban y los anulan para reemplazarlos con sus propias obras. Calificamos estas conductas de efervescentes por la razón de que todo lo que ha sido hecho anteriormente, todo lo obtenido, estabilizado y cristalizado en la realidad social se yergue ante ellas como un obstáculo a superar. Lo "hecho" no detiene su impulso, que las impele hacia lo que está por hacer o por rehacer. Esas conductas colectivas innovan e inventan, dado que trastruecan la jerarquía establecida de las organizaciones, los modelos, los papeles sociales y los símbolos, modifican los significados de los mismos para darles otros nuevos e inesperados, y anulan su validez, inventando combinaciones inéditas y provocando la transfiguración de las mismas actitudes colectivas. Esas conductas colectivas son creadoras en la medida en que logran constituir organizaciones, modelos, símbolos, cuadros y estructuras enteramente nuevos y abrir el camino hacia valores e ideas colectivas no vividas ni concebidas aún.

Es indiscutible el hecho de que se puede observar el papel importante, hasta decisivo, de este género de conductas en situaciones sociales precisas. Tal es, en particular, el caso de las revoluciones políticas y sociales, de las grandes épocas de reforma, de los grandes sacudimientos de la vida religiosa, de las guerras civiles o internacionales, de las migraciones, de los descubrimientos de nuevos continentes y de su civilización. En esos grandes movimientos sociales, las conductas colectivas se desarrollan en condiciones inéditas, se orientan en direcciones absolutamente nuevas y se adaptan a situaciones sin precedentes, de modo que los modelos y los símbolos, en plena confusión, no pueden guiarlas. Entonces, aparece súbitamente al descubierto, en la realidad social, el plano de la innovación, la elección, la invención, la decisión y la creación colectivas; esos "grados de la libertad humana" [5] se imponen a todos los otros escalonamientos de los fenómenos sociales totales, haciendo predominar "los actos" sobre las "obras"...

Sin embargo, se incurriría en un grave error de análisis si se creyera que las conductas colectivas efervescentes, innovadoras y creadoras, sólo desempeñan un papel en circunstancias excepcionales. Su presencia es efectiva en todos los momentos de la existencia de la realidad social; se manifiestan de manera diversa y entran en combinaciones variadas en los diferentes tipos de Nosotros, grupos, clases y sociedades globales. Las tensiones entre los elementos aestructurales, estructurables, estructurados y organizados, en fin, de la vida social, los movimientos de estructuración, desestructuración, reestructuración y dispersión de las estructuras, la diferencia entre el "fenomeno social total" siempre en acción y sus objetivaciones, obras y planos dan testimonio de ello. Desde este punto de vista, se puede decir que, en toda sociedad, en todo grupo y hasta en cada Nosotros, se desarrolla un agudo drama entre las fuerzas de conservación y las fuerzas de innovación, o, más directamente, entre la revolución permanente y la contrarrevolución no menos permanente; es así cómo las conductas innovadoras y creadoras repercuten por ejemplo, en todos los planos de profundidad y provocan en estos últimos reacciones y resistencias de las cuales triunfan solamente en ciertas condiciones.

Uno de los aspectos de la inspiración de las conductas colectivas innovadoras, así como de la resistencia que encuentran, está representado por las ideas y los valores colectivos. Hemos llegado aquí a un nuevo plano de la realidad social.

9. *Las ideas y los valores colectivos.* Detrás de todas las especies de conductas y actitudes colectivas, detrás de todas las organizaciones, modelos, signos, papeles y símbolos, se descubre todo un mundo de ideas y valores colectivos. Tomemos el ejemplo de ciertas conductas, ciertos gestos de una tribu salvaje, y ciertos modelos, signos y símbolos (armamentos, adornos, vestidos, emblemas, máscaras,

[5] Véase mi *Déterminismes sociaux et liberté humaine* (1955, págs. 81-102 y passim.).

gritos, cantos, danzas, etc.) por medio de los cuales exterioriza sus actitudes colectivas. Es imposible descubrir directamente si esas exteriorizaciones encubren manifestaciones religiosas o mágicas, jurídicas, militares o gímnicas, más bien que una invitación a iniciar transacciones comerciales; si corresponden a procedimientos técnicos de producción más bien que a saludos de bienvenida o amenazas. Únicamente la comprensión de los valores e ideas implicados en esos fenómenos sociales totales puede decidir la cuestión. Del mismo modo, la lucha de las clases es, al mismo tiempo, una lucha de valores e ideas irreductibles (que se trata de comprender), sin hablar de las revoluciones y contrarrevoluciones, parcialmente incomprensibles si se descuida ese aspecto. En principio, las ideas resisten a las conductas colectivas innovadoras y creadoras más que los valores; y los valores volitivos, en particular los que están vinculados a la moralidad, les son más favorables que los valores emotivos. Las ideas destinadas a iluminar la marcha de las colectividades se hacen esperar demasiado tiempo o se inmovilizan con demasiada rapidez; pueden impedir la renovación pretendiéndose "evidentes", "necesarias" y "eternas"; bajo la forma de "ideas aceptadas", incitan al retardo. Los valores emotivos, a pesar de sus bellos impulsos, se vinculan fácilmente con el tiempo cíclico de danza en el mismo lugar. Hasta los valores voluntarios y activos pueden hacer pausas, armonizar demasiado fácilmente entre sí, incrustarse en situaciones establecidas, pretenderse eternos, afirmarse como predestinaciones. Cuando estos valores consiguen vincularse con el tiempo que se adelanta a sí mismo y precipitarlo hacia el tiempo explosivo de la creación, su acción encuentra un límite en los instantes demasiado cortos que dura. Así, el tiempo en que transcurren los valores y las ideas colectivas es un tiempo de lucha entre un adelanto y un atraso, los cuales no llegan ni a una alternación ni a un compromiso.

El hecho de que la sociología, en su camino, encuentre entre los planos escalonados de la realidad social, el de las ideas y valores colectivos, no implica en modo alguno que ella tenga que resolver problemas filosóficos. No tiene que afirmar la validez objetiva de las ideas y valores, ni desenmascarar su carácter de proyección o epifenómenos. La tarea del sociólogo colocado frente a las ideas y valores que forman parte de la realidad social sólo ha de consistir en comprobar un hecho y solamente un hecho. Cierto número de ideas y valores no pueden ser sentidos, vividos, experimentados, comprendidos, afirmados y conocidos, sin la intervención de actos colectivos. Entonces, son puestos en perspectiva sociológica desde que se adquiere conciencia de ellos. Esto quiere decir que los caminos de acceso a ellos, así como sus cuadros de referencias, están limitados y condicionados sociológicamente; en otras palabras, que los cuadros sociales coinciden en estos casos con los cuadros de referencias lógicas y estimativas. Cabe, así, establecer correlaciones funcionales entre ciertas ideas y valores y los conjuntos sociales de los cuales forman parte, en particular, las estructuras sociales globales clasificadas por tipos.

En resumen, la sociología no tiene que inquietarse por la cuestión de saber si las ideas y valores son irreductibles a los actos colectivos que los captan y los realizan, si son producto de éstos o si no son más que elementos de lo real. Lo único que interesa al sociólogo es el hecho de que, entre los planos escalonados de la realidad social, se afirma un plano de ideas y valores que está, como todos los otros, integrado en el fenómeno social total y se encuentra en relaciones dialécticas con él y con todos los otros planos.

Pero, precisamente, esas ideas y valores colectivos deben ser comprendidos, experimentados y conocidos. Esto nos lleva al último plano de profundidad de la realidad social, el de la "mentalidad colectiva" o de la "conciencia colectiva".

10. *Estados mentales y actos psíquicos colectivos.* La vida psíquica se manifiesta en todos los planos escalonados de la realidad social; forma parte integrante de esa realidad de la cual está impregnada; no tiene ninguna precedencia, pero constituye un plano del fenómeno social total que hay que tener en cuenta. La sociología profunda concibe todos los hechos psíquicos, conscientes o no, que descubre en la sociedad, como situados en el ser y, muy particularmente, en el ser social. Ella considera que la conciencia no es menos inmanente a la sociedad de lo que éstos son a la conciencia. Desde el punto de vista sociológico, lo psíquico, en general, y lo consciente, en particular, son realidades encastradas en otras realidades. Esa inmanencia recíproca y esa tendencia a abrirse están reducidas al mínimo en los "estados mentales" (por ejemplo, las representaciones, la memoria, los sufrimientos y las satisfacciones, las veleidades y los esfuerzos); son medianas en las "opiniones" (siempre titubeantes e inciertas), y alcanzan su grado máximo en los "actos mentales" (intuiciones, de coloración intelectual, emotiva o voluntaria, y juicios).

Por regla general, lo psíquico o mental se puede definir como la tensión creciente o decreciente hacia lo que se afirma cada vez más como lo "Nuestro", lo "Mío" y lo "Tuyo", en el flujo de lo vivido que se dirige hacia lo espontáneo. Ese "vivido" es siempre, a la vez colectivo, interpersonal e individual, tanto cuando se trata de lo consciente, como de lo inconsciente o lo subconsciente. Si esa tensión conduce a actitudes que terminan en la contemplación pasiva de los obstáculos hallados, se habla de "funciones intelectuales". Si esa misma tensión conduce a adaptaciones más o menos dóciles a los obstáculos hallados, se habla de "funciones afectivas" o "emotivas". Si, finalmente, esa tensión termina en esfuerzos para destruir y superar obstáculos con la creación de nuevas situaciones, se habla de "funciones voluntarias". Se podría caracterizar la coloración emotiva como "más psíquica" que la colaboración intelectual, así como se podría afirmar que la coloración voluntaria es, a su vez, "más psíquica" que la coloración emotiva. Se ve, entonces, aparecer aquí la "relatividad de lo psíquico o de lo mental como tal", oponiendo cada grado de tensión decreciente al grado anterior por su carácter no psíquico, y presentándose cada grado de tensión creciente como psíquico con relación al anterior.

Lo que nos importa aquí es señalar el hecho de que no se puede afirmar la preeminencia de lo individual, lo interpersonal o lo colectivo con respecto a ninguno de esos grados de lo psíquico; desde este punto de vista, como desde todos los otros, lo psíquico es un fenómeno total. No existe, fuera de algunos prejuicios filosóficos superados, la menor razón para atribuir a los individuos (los Yo), tomados aisladamente o en sus relaciones entre sí (los Otros), la capacidad exclusiva para estados mentales, opiniones y actos psíquicos de toda coloración, capacidad que se negaría a las colectividades, los Nosotros, los grupos, las clases sociales y las sociedades globales. Las mentalidades individual, interpersonal y colectiva son sólo tres direcciones del "fenómeno psíquico total", y esas tres direcciones únicamente pueden ser captadas y estudiadas bajo las diferentes iluminaciones del hiperempirismo dialéctico: la complementaridad, la implicación mutua, la ambigüedad, la polaridad y la reciprocidad de perspectivas.

Este último procedimiento dialéctico ofrece la imagen más impresionante de lo mental. Es capital, en particular cuando se trata de los actos mentales y, más ampliamente, de la vida consciente. ¿En qué consiste? Hace resaltar una inmanencia recíproca, que se ha hecho tan intensa que conduce a un paralelismo o a una simetría más o menos vigorosa entre la mentalidad colectiva y la mentalidad individual. Tal es el caso de los actos de creación a la vez colectiva e individual o del paralelismo de los niveles del Yo, de los Otros y del Nosotros. En ese caso, las conciencias llamadas individuales o colectivas son, además de inseparables, superpuestas unas a otras; se interpenetran con tanta intensidad y se tornan a tal punto inmanentes las unas en las otras que se corresponden casi completamente. Es así como, en las profundidades más íntimas de nuestro Yo, encontramos la conciencia colectiva e, inversamente, comprobamos que, en los estados más intensos, las conciencias colectivas cesan de ejercer hasta la menor presión sobre las conciencias individuales que forman parte de ellas. Las conciencias colectivas están, en este caso, por entero en cada uno de nosotros y cada uno de nosotros está por entero en las conciencias colectivas. Las diferentes formas de presión producidas por el psiquismo colectivo se manifiestan en estos casos simultáneamente en nuestras propias conciencias y en las conciencias colectivas; se trata aquí de una presión ejercida por una capa más superficial de la conciencia (ya sea colectiva o individual) sobre una capa más profunda. El paralelismo, la simetría, triunfan, por consiguiente. Sin embargo, siempre son posibles las sorpresas; los actos colectivos e individuales que se encuentran en reciprocidad de perspectivas pueden, en otras circunstancias y situaciones, llegar a una ruptura, tornarse ambiguos y, finalmente, polarizarse para retornar a la implicación mutua y a una nueva reciprocidad. En el caso de la reciprocidad de perspectivas no se trata, pues, de una solución siempre válida y aún menos de una llave que abre todas las puertas, sino de una manera de plantear la cuestión cuando los hechos se prestan a ello...

Los fenómenos psíquicos totales están inscriptos (como círculos más estrechos) en los cuadros de los fenómenos sociales totales, o bien representan círculos secantes con relación a estos últimos. La segunda hipótesis corresponde al estado actual de las relaciones entre psicología y sociología, pues apenas se comienza a estudiar sociológicamente lo psicofisiológico y lo psicopatológico; la primera hipótesis representa un ideal que no ha sido alcanzado todavía por ninguna de las dos ciencias. Quedan, en las dos hipótesis, sectores del fenómeno social total que superan esencialmente toda división con el fenómeno psíquico total: la superficie morfológico-ecológica, los aparatos organizados, los modelos técnicos y económicos, parcialmente también las reglamentaciones sociales y, muy particularmente, las estructuras.

La sociología profunda hace triunfar, en sociología, un superrelativismo y un hiperempirismo que no se manifiestan sólo en una variación de la actualidad y la virtualidad de los planos, de acuerdo con las formas de sociabilidad y los grupos diversos, sino también en el trastorno fundamental de la jerarquía de esos planos, lo cual abre el camino al estudio de estructuras parciales y globales. Esos cambios revolucionan las propiedades mismas de la realidad social que no tiene "naturaleza" estable. Es así como la sociología profunda se muestra capaz de explicar el hecho primordial de que en cada sociedad, en cada clase, hasta en cada grupo, pueda surgir una concepción diferente del carácter de los hechos sociales.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

No es posible indicar una bibliografía de los libros que tratan de la "sociología profunda", pues la teoría de esta última se halla en formación. A continuación se mencionan algunas obras que conciernen a ciertos planos de la realidad social, de los cuales se ha tratado en la exposición precedente (en particular, el aspecto de modelos y símbolos), o que hacen presentir el problema encarado.

ALLPORT (G.). *Attitudes* (*Handbook of Social Psychology*, bajo la dirección de C. MURCHISON) (Worcester, 1935).

BASTIDE (R.). *Sociologie et psychanalyse* (París, 1950).

BERGSON (H.). *Le rire* (París, 1907).

CASSIRER (E.). *Philosophie der symbolischen Formen*, vols. I-III, (Berlín, 1923-1931).

DURKHEIM (E.). *De la division du travail social* (París, 1893, 6ª ed., 1932).

— *Philosophie et sociologie* (París, 2ª ed., 1951).

GURVITCH (G.). *La vocation actuelle de la sociologie* (2ª ed., vol. I, París, 1957, cap. II).

— *Déterminismes sociaux et liberté humaine* (París, 1955) (II Parte, cap. I).

HALBWACHS (M.). *Mémoire collective* (París, 1950).

— *Morphologie sociale* (París, 1935).

HAURIOU (M.). *La théorie de l'institution et de la fondation* (Cahiers de la Nouvelle Journée, París, 1925).

LÉVY-BRUHL (L.). *L'expérience mystique et les symboles chez les primitifs* (París, 1958).

LINTON (R.). *The Study of Man* (Nueva York, 1936).

LITT (T.). *Individuum und Gemeinschaft* (3ª ed., Leipzig, 1936).

LLEWELLYN (E.) y HAUWTHORN. *L'écologie humaine (Sociologie au XX siècle,* bajo la dirección de G. GURVITCH y W. MOORE (vol. I, cap. XVI).

MARX (K.). *L'idéologie allemande* (1845-1846, vols. VI y VII, de la traducción francesa de las *Œuvres philosophiques*, de MOLITOR) (1937-1939).

MAUSS (M.). *Sociologie et anthropologie* (París, 1950) (II y IV Partes).

— *Les variations saisonnières des sociétés esquimos* (Année sociologique. vol. IX, 1906).

MEAD (H.). *Mind, Self and Society* (Chicago, 1934).

MERTON (R.). *Eléments de la méthode sociologique* (París, trad. franc., 1953).

MEYERSON (I.). *Les fonctions psychologiques et les œuvres* (París, 1948).

MORRIS (C.). *Signs, Language and Behavior* (Chicago, 1946).

NEWCOMB (T.). *Social Psychology* (Nueva York, 1950) (págs. 264 y sig.).

WALLON (H.). *De l'acte à la pensée* (París, 1942) (págs. 175-250).

[illegible] (Madrid, [illegible]).

[illegible]

[illegible] (Paris, [illegible]).

[illegible]

[illegible] y W. Moore [illegible]

Marx (C.), [illegible], vols. VI y VII, de la [illegible]

[illegible] Œuvres philosophiques, de Molitor) [illegible]

Marx (C.), [illegible] (Paris, [illegible]), (I y IV Tomo).

[illegible]

2 MICROSOCIOLOGÍA

Consideramos que los ingredientes más elementales que componen la realidad social están constituidos por "las múltiples maneras de estar ligado por el todo y en el todo, o manifestaciones de sociabilidad" que, en diferentes grados de actualidad y virtualidad, se combaten y combinan en todo grupo, en toda clase y en toda sociedad global. Esos universos son unidades colectivas reales; dependientes de la macrosociología, representan, pues, microcosmos de las manifestaciones de sociabilidad. Por ejemplo, en un grupo tan limitado como la familia, se pueden ya distinguir varios Nosotros (Nosotros, los padres, Nosotros, los hijos, Nosotros formados por uno de los padres con uno o varios hijos, etc.) y varias relaciones con "los Otros". La "lucha de tendencias" en el interior de un partido político, un sindicato, una Facultad, etc., es el efecto de la oposición de Nosotros divergentes. Las manifestaciones de sociabilidad son "fenómenos sociales totales" en escala microsociológica, lo que presupone que contienen, al menos virtualmente, la mayoría de los planos de profundidad; pero son fenómenos aestructurales; en razón de su infinita flexibilidad, de su carácter incierto y de su marcada contingencia, no admiten una jerarquización efectiva de los planos. Sin embargo, esto no impide que algunos de sus tipos tengan tendencia a favorecer un poco un plano particular (por ejemplo, las actitudes discontinuas son favorecidas por las Masas; los modelos y reglas por las Comunidades y las intuiciones colectivas, las ideas y los valores, por las Comuniones), ni que los grupos, las clases y las sociedades globales utilicen, en sus procesos de estructuración, los precarios equilibrios de las manifestaciones de sociabilidad.

El estudio de las formas de sociabilidad debe luchar contra varios prejuicios: su transposición en etapas históricas de desarrollo (Durkheim y Tönnies); su confusión con grupos particulares (*face to face groups*, en Cooley, y "grupos locales" en la mayoría de los *community studies* anglosajones); su disposición en escala invariable según una tabla de valores (Scheler), y finalmente su reducción al aspecto únicamente psicológico (Moreno) [1]. Sólo cuando se han eliminado estos errores se hace posible un estudio científico de los problemas microsociológicos. Pero una nueva dificultad parece acechar allí al microsociólogo. ¿Las manifestaciones de sociabilidad no cambian de carácter según los grupos, clases o sociedades globales en que están integradas? Las Masas, por ejemplo —esos grados poco intensos de integración en el Nosotros—, ¿no son muy diferentes cuando se actualizan en el seno de las sociedades teocrático-carismáticas, en la Roma imperial, bajo el régimen capitalista o bajo el régimen colectivista? No hay duda de ello; pero se ha de convenir también en que el elemento microsociológico denominado "Masa" viene, a su vez, a complicar y alterar el engranaje de las sociedades globales en cuestión y puede servir de punto de referencia para su estudio. Se trata entonces, de una dialéctica compleja entre sociabilidades, grupos y sociedades globales, ligados entre sí y que se presuponen unos a otros. En consecuencia, es tan imposible hacer microsociología sin tener en cuenta la macrosociología, como hacer macrosociología dejando de lado las formas de sociabilidad. Si el análisis se conduce bien, se encuentra la macrosociología a través de la microsociología, y viceversa; o bien, comenzando por la sociología de los grupos, se llega necesariamente, por una parte, a la microsociología, y, por otra, a la tipología de las sociedades globales. Sin embargo, si se quisiera precisar, tal vez sería útil señalar que, ontológicamente, desde el punto de vista del ser social, la primacía se les debiera reconocer a las sociedades globales, mientras que, metodológicamente, la primacía más bien correspondería a las manifestaciones de sociabilidad. Es que estas últimas permiten establecer los tipos sociales más generales y más abstractos. Estos tipos se repiten con más frecuencia y facilidad que los tipos de grupos (que son tipos abstracto-concretos) y, sobre todo, más que los tipos de sociedades globales (que son los tipos más concretos en sociología). Esta capacidad de repetición hace que las formas de sociabilidad sean muy útiles para el estudio de los diferentes cuadros sociales macrosociológicos en que se encuentran y se diversifican.

---

[1] Véanse nuestras críticas en *La vocation*... (*op. cit.*, vol. 1, págs. 119-127 y 206-245).

En varios de nuestros trabajos anteriores, hemos tratado de trazar el cuadro del microcosmos de las formas de sociabilidad. Debemos remitir al lector a esos análisis[2], pues aquí sólo nos detendremos en algunas distinciones que nos parecen las más importantes, las más sobresalientes, y también las más fáciles de verificar por sus repercusiones.

1. *Los "Nosotros" (sociabilidad por fusión parcial) y las "relaciones con los Otros" (sociabilidad por oposición parcial).* Un "Nosotros" (como "nosotros, los franceses"; "nosotros, los militantes sindicalistas"; "nosotros, los estudiantes"; "nosotros, los padres", etc.), constituye un todo irreductible a la pluralidad de sus miembros, una unión indescomponible, en la cual, sin embargo, el conjunto tiende a ser inmanente a las partes y las partes inmanentes al conjunto. Esta inmanencia recíproca, que también se podría definir

[2] *Ibíd.* (págs. 127-206).

como una participación mutua de la unidad en la pluralidad y de la pluralidad en la unidad, puede tomar, en los diferentes Nosotros, formas muy diversas, y varía según se trate, por ejemplo, de Nosotros semiconscientes o conscientes, de Nosotros pasivos o activos, de Nosotros en lucha o en paz, de Nosotros de cohesión e intensidad diferentes. Sea cual fuera el grado de fusión e intensidad en que se afirmen, los Nosotros no se basan, en modo alguno, en la identidad, ni, con mayor razón aún, en la identificación de los miembros que forman parte de una unidad superior. En efecto, si hubiera identidad, sea entre los Yo participantes, sea entre esos Yo y el Nosotros, ésta no podría constituirse en cuadro social, en un "todo concreto"; tendería a disolverse en un género abstracto, en una reunión sin unión de ejemplares idénticos. Además, se ha de subrayar que las "identificaciones heteropáticas e idiopáticas" del hombre con su Dios, su jefe, su héroe, su padre, etc., no constituyen "Nosotros" (no obstante los casos intermedios y excepcionales que se pueden observar entre los miembros en éxtasis de las sectas místicas o de los misterios antiguos).

Los Nosotros presuponen la existencia de participaciones recíprocas e intuiciones colectivas, pero éstas son habitualmente virtuales y no actuales. Primeramente, un buen número de Nosotros permanece en estado inconsciente o semiconsciente y puede lo mismo cuando se ha hecho consciente, persistir en su pasividad. Luego, el elemento mental de los Nosotros puede consistir en la actualidad, no de los actos, sino de los estados psíquicos. Los Nosotros pueden, por ejemplo, servir de cuadros a la percepción o a la representación colectiva, a la memoria colectiva, etc.; pueden afirmarse como focos de sufrimiento y satisfacciones, de atracción o repulsión, de tristeza o gozo colectivos, en fin, como focos de veleidades y esfuerzos colectivos. En todos estos casos es importante el papel que desempeña la esfera simbólica en el funcionamiento de los Nosotros y sería imprudente menoscabarlo. Pero sin las intuiciones colectivas la acción de los símbolos que facilitan el funcionamiento de los Nosotros e incitan a sus miembros a la participación, permanecería al menos en estado virtual: todos los Nosotros, cualesquiera que sean, se afirman como precediendo a todas las mediaciones comunicativas que podrían luego contribuir a mantenerlos o reforzarlos. Se impone aquí el ejemplo del lenguaje. Nadie pondrá en duda la importancia del papel que el lenguaje desempeña en el acercamiento, la vinculación, la interpenetración y la participación de los sujetos individuales y colectivos en los conjuntos (es bien conocido el papel del lenguaje en la formación de la unidad nacional). Pero para que los símbolos de una lengua provoquen los mismos efectos en todos los que la hablan, para que la lengua misma se constituya, es menester que pueda apoyarse en una unión previa, en un Nosotros preexistente. El lenguaje no es, entonces, la base de la fusión parcial en el Nosotros, pues presupone la existencia previa de éste. Por eso, la sociabilidad por participación en el Nosotros, si bien se apoya en el conjunto de los recursos de mediación ofrecidos por los signos y los símbolos, está basada en intuiciones colectivas virtuales.

La sociabilidad por oposición parcial entre Yo, Tú, Él y Ellos, que se manifiesta en las "relaciones con los Otros", es netamente distinta de la sociabilidad por fusión parcial en los Nosotros. En la literatura sociológica anglosajona, se la designa habitualmente como *interpersonal relations* o "relaciones de interdependencia". Por otra parte, en esa literatura se manifiesta una lamentable tendencia a reducir toda la realidad social a esas relaciones interindividuales e intergrupales y se niega, tanto la existencia de los Nosotros como la de los fenómenos sociales totales más vastos. Sin embargo, sería engañarse por completo en lo referente al sentido y a las formas extremadamente variables que pueden tomar las "relaciones con los Otros", olvidar que están inscriptas en realidades sociales preexistentes, que presuponen a los Nosotros, a los grupos, y a las sociedades que les sirven de cuadros, de horizonte y de testigos, y sin los cuales no pueden establecerse. Además, la ruptura de las relaciones dialécticas entre Nosotros, Otros y Yo traería consigo la imposibilidad de toda sociabilidad por oposición parcial, así como de toda conducta consciente.

Es particularmente difícil ofrecer una descripción general del carácter de las "relaciones con los Otros", a causa de la extrema variedad de las formas concretas bajo las cuales pueden manifestarse los "Otros" y las relaciones con ellos. El Otro puede aparecer como padre, hermano, hijo o extraño, como compañero o rival, como amigo o enemigo, como amo o esclavo, como refugio o estorbo, como protección o amenaza, como centro de atracción o repulsión, etc. Adquiere a menudo un carácter ambivalente combinando rasgos opuestos. En un gran número de casos, se comunica con los Otros por la mediación de los signos y los símbolos; gestos, vocablos, palabras, declaraciones, signos exteriores y conductas concluyentes, sirven a menudo de base a las "relaciones con los Otros". Cuanta más indiferencia o alejamiento relativo reinen entre Yo y los Otros, tanto más sus relaciones son susceptibles de ser engendradas por la intervención directa de los signos y los símbolos. Por ejemplo, en los intercambios, en los contratos y en las promesas, son sólo gestos, declaraciones orales o escritas y marcas exteriores sobre un objeto los que forman la base efectiva de las relaciones con los Otros. Sin embargo, sería erróneo reducir las relaciones con los Otros a los fenómenos de comunicación por medio de signos y símbolos. Algunas formas de relaciones con los Otros se caracterizan por una gran intimidad, basada en la amistad, la simpatía o el amor, o simplemente en una colaboración muy estrecha en un esfuerzo común, de modo que la esfera de los signos y símbolos puede encontrarse superada, como en el caso de Nosotros de intensidad excepcional. Es así como ciertas relaciones con los Otros pueden adoptar una forma verdaderamente intuitiva, lo cual, por otra parte, es cierto, no sólo en el caso de las relaciones de acercamiento intenso, sino igualmente en el caso opuesto de las relaciones inspiradas por un odio recíproco.

Hemos caracterizado las relaciones con los Otros como "sociabilidad por oposición parcial" fin de destacar mejor el hecho de que sus sujetos individuales y colectivos, si bien coordinados y convergentes, si bien, en ciertos casos, ampliamente abiertos los unos a los otros, se mantienen, sin embargo, irreductibles. Esta heterogeineidad parcial no se aplica solamente a las relaciones con los Otros que comportan luchas, conflictos, reservas, limitaciones recíprocas de intereses y derechos, o, más ampliamente, que implican un recurso necesario a la comunicación por signos y símbolos, sino que es igualmente válida para las más íntimas de las relaciones con los Otros; para las que se basan en intuiciones actuales y que, sin embargo, no suprimen en modo alguno el elemento de "la oposición parcial" entre los participantes. Se impone aquí el ejemplo de la pareja. No insistamos en el hecho bien conocido de que dos seres que se aman pueden pasar periódicamente por fases alternadas de acercamiento, de alejamiento y de ambivalencia. Lo que aquí nos interesa es que, aun en los momentos en que realizan el más perfecto amor, siguen siendo dos personas esencialmente distintas y parcialmente trascendentes la una a la otra.

Se puede verificar la distinción de la "sociabilidad por fusión parcial" y de la "sociabilidad por oposición parcial" estudiando las manifestaciones diferentes de esas sociabilidades en los campos del Derecho, la Moralidad, el Conocimiento, etc. Por ejemplo, la sociabilidad por fusión parcial engendra el derecho de integración o "derecho social", mientras que la sociabilidad por oposición parcial es la base del derecho interindividual e intergrupal, llamado "derecho individual". Del mismo modo, en la vida moral, los Nosotros más bien favorecen "la moralidad de las imágenes simbólicas ideales", y las relaciones con los Otros, más bien la "moralidad finalista" y la "moralidad imperativa del deber". En el campo del conocimiento, los Nosotros otorgan primacía al "conocimiento colectivo", y las relaciones con los Otros, al "conocimiento individual"; asimismo, los primeros son más favorables que las segundas al conocimiento científico, etc. Se advierte aquí la posibilidad de una "microsociología del espíritu" que pondría ciertas formas del Derecho, la Moralidad, el Conocimiento y el Arte, en relaciones funcionales con los diferentes "Nosotros" y "relaciones con los Otros".

Es fácil observar que las "relaciones con los Otros" pueden ser tanto intergrupales como interindividuales. Más exactamente, ese "Otro" con el cual se está en relación puede ser, un individuo, un Nosotros, un grupo, una clase, o hasta una sociedad global. Histórica y genéticamente, se hace evidente que las relaciones intergrupales predominan sobre las relaciones interindividuales y que, en el interior del mismo grupo, las relaciones entre varios Nosotros que se afirman unos frente a otros como "Otros", prevalecen sobre las relaciones entre Yo, Tú y Él. Desde este punto de vista, se podría decir que la "sociabilidad por fusión parcial" ha nacido dentro de los límites más o menos estrechos de los grupos o las sociedades y que ha sido primeramente destinada al uso interno de los mismos, mientras que la "sociabilidad por oposición parcial", surgida primeramente fuera de esos límites, habría sido destinada sobre todo al uso externo.

2. *Los grados de la fusión parcial en el Nosotros: la Masa, la Comunidad y la Comunión.* Se debe entender por Masa el grado mínimo de intensidad de la participación en el Nosotros, acompañado de la presión más fuerte y de la atracción más débil ejercidas por el conjunto sobre los participantes; el volumen de éste admite, entonces, la posibilidad de una expansión casi ilimitada. Se debe comprender por Comunidad el grado mediano de intensidad de la participación en el Nosotros, acompañado de una presión mediana y de una atracción igualmente mediana ejercidas por el conjunto sobre los participantes; el volumen de éste no admite entonces expansión más allá de ciertos límites. Conviene ver, en la Comunión, el grado máximo de intensidad de la participación en el Nosotros, acompañado de la presión más débil y la atracción más fuerte ejercidas por el conjunto sobre los participantes; el volumen de éste tiende entonces a reducirse para mantener la fuerza y la profundidad de la fusión.

Dándose cuenta del hecho de que la Masa, la Comunidad y la Comunión no son grupos —con los cuales se las confundió a menudo— sino "grados" de la fusión parcial en los Nosotros, grados dependientes de la microsociología, se pueden poner de relieve, a propósito de las mismas, las comprobaciones siguientes:

a) *la intensidad de la fusión en el Nosotros y la presión sentida por sus miembros, lejos de marchar parejas, como se podría pensar, están en relación de proporciones inversas.* En efecto, es precisamente en el caso en que la fusión y la participación en el Nosotros se mantienen en la superficie y no integran las capas más íntimas de los Yo y de los Otros —es decir, en la Masa— que la presión del conjunto sobre sus miembros se muestra más fuerte. Al contrario, cuanto más consiga la fusión parcial incluir profundidades personales y hacer participar en el Nosotros a los miembros individuales por lo que tienen de más particular, tanto menos se hará sentir la presión del conjunto sobre el Yo y los Otros. Dicha presión es menos fuerte en la Comunidad que en la Masa y es mucho más reducida en la Comunión que en la Comunidad, a tal punto que en aquélla ya no se siente, o casi no se siente. Así, cuando un Nosotros se concentra, intensificándose hasta la Comunión, los Yo y los Otros tienen la impresión de ir liberándose progresivamente de la presión, y si el mismo Nosotros se afloja, relajándose hasta la Masa, sus miembros sienten un aumento en la presión.

b) *la intensidad y el volumen de la fusión parcial en los Nos-*

otros no marchan en modo alguno parejos. Están también en relación de proporciones inversas. En efecto, cuanto más intensas son las fusiones, menos tendencia tienen a ensancharse y cuanto más amplias son, menos tendencia tienen a intensificarse. Por eso, habitualmente las Comuniones se actualizan sólo en círculos muy reducidos, mientras que las Masas son capaces de extenderse a los conjuntos más vastos. Es así que, cuando las fusiones parciales se mantienen en sus grados medianos de fuerza y profundidad —en las Comunidades— parece establecerse con más facilidad un cierto equilibrio entre la unidad y la extensión, es decir, entre la intensidad y el volumen de los Nosotros. En otras palabras, un Nosotros que se concentra y se intensifica hasta la Comunión, corre el riesgo de perder en volumen y extensión; inversamente, si se afloja y se distiende hasta la Masa, le es posible extenderse y crecer.

c) *finalmente, la intensidad de la fusión en el Nosotros y la fuerza de la atracción que ejerce sobre sus miembros se corresponden muy exactamente.* Aquí, y aquí solamente, la relación de las proporciones es directa. En efecto, la fuerza de la atracción ejercida por el Nosotros se hace sentir tanto más, cuanto más lejos penetre ese Nosotros en los profundidades de los Yo y de los Otros, realizando así una participación más intensa. Es así cómo, dejando de lado toda otra condición, una Comunión ejerce sobre sus miembros una fuerza de atracción mucho mayor que la Comunidad, y la Comunidad, por su parte, atrae a sus participantes con más fuerza que la Masa.

Estas consideraciones permiten descubrir el origen de los prejuicios dogmáticos que tratan de establecer una jerarquía estimativa a priori entre la Masa, la Comunidad y la Comunión. Si se razonara así, se incurriría, en primer lugar, en una confusión grosera entre el punto de vista de los participantes, el punto de vista de "los que quedan afuera" y el del observador sociólogo. La sociología daría pruebas de un ingenuo simplismo si se dejara guiar por lo que los miembros de los diferentes Nosotros pueden ver en ellos para sacar en conclusión lo que valen en sí mismos. Tomemos primero, como ejemplo, la Comunión. En cuanto se pasa de los participantes efectivos a los titubeantes, a los recalcitrantes, a los indiferentes no admitidos o adversos, el encanto se rompe: la comunión les parece ejercer, no el mínimo, sino el máximo de presión; aparece como un centro, no de atracción, sino de amenaza y de opresión; como una fuente, no de liberación, sino de servidumbre. El doble aspecto interior y exterior de una comunión revela, pues, su carácter ambiguo, ambivalente; lo cual ha hecho posibles, con respecto a la misma, dogmatizaciones y valorizaciones especulativas contrapuestas que la sociología debe repudiar en conjunto. En particular, vincular la comunión a la universalidad, como lo ha hecho todavía recientemente Bergson [3], es separarla completamente de la realidad social. En efecto, la tendencia a la división y a la limitación es precisamente característica de los Nosotros, llegados al grado más intenso y que, así, constituyen focos mucho menos propicios a la "universalidad" (ella misma, por otra parte, siempre relativa) que la Masa y aun que la Comunidad. La confirmación de esto se encuentra en el fenómeno del cisma, de la escisión, que amenaza a toda Comunión como manifestación real de sociabilidad... No se puede conceder un privilegio a la Comunión desde el punto de vista de la verdad y del valor de sus contenidos: se puede comulgar con ideas falsas y con valores negativos (comuniones entre criminales), así como las Masas pueden servir de focos de ideas verdaderas y de valores positivos (la masa de los partidarios de la Paz, por ejemplo). El hecho de que el grado mediano del Nosotros, la Comunidad, tienda hacia una paridad más neta entre volumen (extensión), presión y atracción sobre sus miembros, no puede constituir tampoco un criterio sociológico, ni valorizador, para considerarla privilegiada, pues no existe paridad en sí; ésta puede servir al bien como al mal y convertirse en una causa de inmovilidad tanto como de movimiento. No corresponde, por otra parte, al sociólogo decidir si una presión más o menos fuerte, una atracción más o menos liberadora o una paridad entre las dos —aun cuando fueran efectivas— serían preferibles en sí para la realidad social; eso depende esencialmente de las circunstancias, las situaciones, los cuadros sociales variados, sus estructuras, los tipos de estas últimas y las ocasiones...

---

[3] *Les deux sources de la Morale et de la Religion* (1929, págs. 84 y sig., 245 y sig. y 297-343); sobre las concepciones sociológicas de BERGSON y su evolución, véanse mis observaciones en *La vocation...* (1a. ed., 1950, págs. 554-567).

La sociología, como la filosofía, debe resistir cualquier tentativa de fijar una jerarquía universalmente válida entre Masa, Comunidad y Comunión, porque el establecimiento de tal jerarquía es imposible. Hay que eliminar todo supuesto estimativo cuando se habla de esos tres grados de Nosotros. En particular, hay que liberar el término Masa de todo sentido peyorativo y el término Comunión de todo significado elogioso.

Se puede verificar la distinción entre Masa, Comunidad y Comunión señalando que, toda condición aparte, las primeras tienen tendencia a acentuar, entre los planos escalonados, las actitudes; las segundas, los modelos y las reglas, y las terceras, los estados y los actos mentales. Del mismo modo, comprobamos que las comunidades son más favorables al derecho y a las organizaciones que los otros dos grados del Nosotros y que, en el sector de la vida moral, las masas tienen tendencia a dar la primacía a la moralidad de las imágenes simbólicas ideales o la moralidad de aspiración, las comunidades a la moralidad imperativa o la moralidad de las virtudes, las comuniones a la moral tradicional o la moralidad de creación. En la esfera cognoscitiva, las primeras se inclinan preferentemente hacia la representación, las segundas hacia la conceptualización, las terceras hacia las intuiciones. Finalmente, las masas tienden a moverse en un tiempo de latidos irregulares, las comunidades en un tiempo en que alternan el adelanto y el atraso y las comuniones en un tiempo que oscila entre el tiempo adelantado y el tiempo cíclico de danza en el mismo lugar, el cual recubre los peores atrasos. Es cierto que la intervención de la oposición entre sociabilidad "activa" y sociabilidad "pasiva" puede introducir aquí importantes variaciones.

3. *La oposición entre sociabilidad activa y sociabilidad pasiva* se entrecruza, no sólo con la que se afirma entre Masa, Comunidad y Comunión, sino también con la que se manifiesta entre "Nosotros" y "relaciones con los Otros", entre sociabilidad por fusión parcial y sociabilidad por oposición parcial. Llamamos sociabilidad pasiva a la que no se propone obras que cumplir: la coloración afectiva propia de la mentalidad, de las actitudes, de las conductas que ella implica y predomina sobre las voliciones y las intelecciones que la acompañan. Entendemos por sociabilidad activa la que se propone obras a realizar: la coloración voluntaria propia de la mentalidad, de las actitudes, de las conductas que esta sociabilidad implica predomina sobre la afectividad y la intelección que la acompañan. La distinción entre sociabilidad activa y sociabilidad pasiva adquiere diferentes matices según se trate de focos de estados mentales o focos de actos mentales. La sociabilidad pasiva es llevada al extremo cuando desemboca en lo inconsciente y lo subconsciente. Inversamente, la sociabilidad activa se encuentra en su apogeo cuando el predominio de las voliciones y de sus obras se combina con la afirmación de esta sociabilidad como constituyente de los focos de actos mentales y, por consiguiente, de los centros de elección, decisión y creación. Por ser las manifestaciones de sociabilidad fenómenos sociales totales, lo que importa es la resultante, sea pasiva o activa. Y esta resultante es mucho más palpable cuando se trata de los Nosotros que cuando se trata de las relaciones con los Otros. Los Nosotros tienen o no obras que realizar; cuando las tienen, se distinguen como Nosotros, multi o suprafuncionales[4], no siendo la "función", en este sentido, más que un aspecto de la obra común que debe realizar un conjunto activo. No parece posible atribuir estos caracteres a las "relaciones con los Otros", dado que éstos toman sus contenidos de los Nosotros, grupos, clases y sociedades en que se desarrollan y que hacen, al mismo tiempo, variar esos contenidos hasta el infinito. En la escala macrosociológica, los grupos, las clases, las estructuras sociales y las sociedades globales no podrían existir sin hacer predominar en su seno Nosotros activos. Lo cual no debe hacer olvidar la presencia y la importancia de los Nosotros pasivos, ni la posibilidad de carácter activo de las "relaciones con los Otros" (interindividuales e intergrupales) y eso no solamente en los casos de competencia, rivalidad, lucha y combate, así como en los de intercambio, contratos y promesas, sino también en las relaciones de acercamiento y hasta en la amistad, la simpatía

---

[4] Sobre esta distinción, ya aplicable en la escala mirosociológica, véase mi *Vocation*... (2a. ed., 1957, vol. I, págs. 190-196). Se volverá a encontrar esta distinción en la clasificación de los grupos, más adelante, cap. III.

y el amor; la actividad consiste entonces en el mismo esfuerzo por mantener, proteger y desarrollar esas relaciones.

Nosotros activos y Nosotros pasivos pueden afirmarse y hacerse competencia en un mismo grupo; si los primeros se encuentran fuertemente limitados por los segundos, pueden resultar de ello importantes repercusiones. Por ejemplo, en las clases sociales (y hasta en los partidos políticos) y en las sociedades globales tales como las Naciones y las Sociedades internacionales, las fusiones pasivas logran, a veces, reducir las fusiones activas hasta el punto de tenerlas, por lo menos parcialmente, en jaque. Tal es el caso de una clase social que, según la terminología marxista, no ha adquirido aún la "conciencia de clase" y no ha llegado todavía a estructurarse. Es, por otra parte, el caso de los grupos de parentesco, de las familias en particular, en que los Nosotros pasivos (y hasta parcialmente inconscientes) desempeñan siempre un papel importante; tal es, asimismo, el caso de los partidos políticos cuando son numerosos y débiles y dejan su clientela electoral más o menos indiferente; tal es, finalmente, el caso de una nación desgarrada por luchas intestinas o el de las sociedades internacionales en tren de desmembrarse. En todos estos casos, la sociabilidad activa, ya sea insuficientemente intensa o demasiado enérgicamente dividida, es tenida visiblemente en jaque por la sociabilidad pasiva. El problema de la relación concreta entre los Nosotros activos y los Nosotros pasivos en el seno de los grupos, clases y sociedades, es, pues, de gran importancia y abre la serie de las posibles verificaciones de la utilidad de esa distinción.

Las otras verificaciones son múltiples. Sólo los Nosotros activos son capaces de avanzar hacia la actualización del plano organizado; los Nosotros pasivos son estériles desde ese punto de vista. Del mismo modo, sólo los Nosotros activos son productores desde el punto de vista del derecho, mientras que los Nosotros pasivos no engendran ninguna reglamentación jurídica. Si se ha señalado precedentemente que las comunidades son más favorables al derecho y a la organización que las masas y las comuniones, se puede indicar ahora que son las comunidades activas las que se encuentran aquí en una situación privilegiada. No en vano, por ejemplo, un grupo como la familia, en que los Nosotros activos están fuertemente limitados por los Nosotros pasivos y en el cual el elemento comunidad no está siempre acentuado, se muestra poco propicio a la organización y al derecho, mientras que estos últimos tienen tendencia a prosperar en la asociación matrimonial y más aún en los grupos de localidad (recordemos, en particular, la "ciudad" antigua), en que la situación es la opuesta. Si llegan a organizarse, las masas activas tienden a favorecer el centralismo, sancionado por fuertes imposiciones; por el contrario, las comunidades activas se inclinan más bien hacia las organizaciones descentralizadas y hacia un derecho de sanciones más moderadas; en cuanto a las comuniones activas, éstas tratan de colocarse, tanto como sea posible, fuera de toda organización y reglamentación. Por otra parte, cuando las masas pasan del estado pasivo al de masas activas, el cambio va a menudo acompañado de virajes bruscos y reacciones, a veces, violentas. Son las comunidades las que más tienden a una paridad entre actividad y pasividad. Las comuniones pasivas se mantienen más fácilmente y en conjuntos más vastos que las comuniones activas, más ricas de contenido y más intensas en profundidad, pero más restringidas y más instantáneas. Las masas pasivas no adquieren conciencia del tiempo que producen y hacen predominar la continuidad por su inercia. Las comunidades pasivas adquieren indirectamente conciencia del tiempo por intermedio de la memoria colectiva y favorecen el tiempo lento, como lo hacen las comuniones pasivas, por la ilusión del tiempo cíclico. Por el contrario, las masas activas captan el tiempo discontinuo que producen, tratando a menudo, sin éxito, de imponer el porvenir o el pasado al presente, de ahí el tiempo de los mitos activistas y de las utopías. Las comunidades activas producen un tiempo ambivalente de paridad precaria entre presente, pasado y porvenir, así como entre continuo y discontinuo; logran a veces adquirir conciencia de él y, en cierta medida, dominarlo. Finalmente, las comuniones activas racionales, como las de las minorías revolucionarias y las de los investigadores o los filósofos, "no tienen tiempo de adquirir conciencia del tiempo" adelantado a sí mismo y explosivo que producen y que no les deja ningún respiro, tan cortos son sus instantes; más bien poseídas por el tiempo que producen que dueñas de él, no por eso logran, a veces, trastornar los tiempos y la escala de los tiempos de los grupos, las clases y las sociedades globales en que actúan... El campo de la sociología del conocimiento nos ofrece, por otra parte, una última comprobación de la utilidad de nuestra distinción entre sociabilidad activa y sociabilidad pasiva. Así, aparte de toda otra condición, las masas activas parecen favorecer el conocimiento empírico y positivo; las comunidades activas, el conocimiento racional o reflexivo; las comuniones activas, el conocimiento especulativo o intuitivo, etc. Por el contrario, las masas pasivas parecen atraídas por el conocimiento simbólico; las comunidades pasivas, por el conocimiento conceptual, y las comuniones pasivas, por el conocimiento místico, etc. Es cierto que aquí la situación puede cambiar con respecto a cada género de conocimiento (conocimiento perceptivo del mundo exterior, conocimiento de los Otros y del Nosotros, conocimientos técnico, político, científico y filosófico).

4. *Tres géneros de relaciones con los Otros: las relaciones de "acercamiento", de "alejamiento" y las "relaciones mixtas"*[5]. Las relaciones con los Otros son procesos de acercamiento o alejamiento entre los grupos y los individuos; están siempre en movimiento, son

---

[5] Estos términos han sido tomados de L. VON WIESE, pero encierran una concepción bastante diferente de la suya; sobre las concepciones de este autor, véase *La vocation...* (*op. cit.*, vol. I, págs. 232-245).

dinámicos como los grados de sociabilidad por interpenetración parcial, de los cuales, por otra parte, presuponen la existencia, conforme lo hemos visto. Para alejarse, como para acercarse, los Yo y los Otros necesitan cierta convergencia hacia un contenido preciso; y ese contenido se convierte ordinariamente en el objeto del acercamiento o del alejamiento. Así, dos individuos o dos grupos que entren en competencia, en conflicto, o en lucha, deben primero converger en la competencia por un mismo objeto, ser incitados por los mismos deseos, las mismas necesidades, los mismos intereses y desempeñar papeles sociales que entren en la misma trama. En este sentido, no hay hostilidad, lucha, conflicto o competencia, sin convergencia previa hacia un contenido disputado. Esta convergencia se ve facilitada por los Nosotros, los grupos, las clases sociales y las sociedades globales en que están integradas las relaciones con los Otros y se apoya, sea en signos y símbolos, que es lo más corriente, o bien en la intuición y el conocimiento de la realidad ajena, convirtiéndose entonces la misma personalidad de los participantes en objeto de la relación.

En las relaciones con los Otros de carácter más o menos pasivo parecen predominar más bien las relaciones de acercamiento; tal es, en efecto, el caso de las relaciones fundadas en el *sex-appeal,* en las diferentes atracciones, en la curiosidad, en el snobismo, en la benevolencia o la amistad vagas, en fin, en la simpatía y el amor que quedan sin respuesta. Sin embargo, no hay que dejar de lado las relaciones pasivas fundadas en los prejuicios, las irritaciones, los cansancios, la falta de interés y atención, la malevolencia y los celos (cuando estos últimos no sobrepasan ciertos límites) y finalmente, en la antipatía y el odio no compartidos.

En las relaciones con los Otros más o menos activas, son las relaciones de alejamiento y sobre todo las relaciones mixtas las que parecen predominar. Los ejemplos más evidentes de "relaciones con los Otros" intergrupales de carácter activo y que consisten en un movimiento de alejamiento, se encuentran en las luchas de tendencias en el interior de los grupos, en las luchas de profesiones, de estratos económicos, o entre productores y consumidores, en los antagonismos de clase y los conflictos de naciones en escala macrosociológica. Esas relaciones sociales de alejamiento que se producen en el exterior, entre los diferentes Nosotros, entre los grupos y sus conjuntos, tienen por efecto reforzar las fusiones parciales en el interior de éstos. Es manifiesto que las relaciones activas de alejamiento verdaderamente interindividuales son innumerables y van desde la indiferencia impaciente que provoca el retraimiento y las tentativas de aislamiento hasta las hostilidades y los odios sistemáticos, pasando por las querellas duraderas y la competencia y rivalidad activas. No hay que olvidar tampoco las relaciones activas de acercamiento, tanto interindividuales como intergrupales, comenzando por los dones y las concesiones unilaterales, pasando por la comprobación mutua de la convergencia duradera de intereses y yendo hasta la amistad, la simpatía, el amor recíproco entre partes que permanecen esencialmente distintas.

Sin embargo, las más difundidas y las más importantes de todas las "relaciones con los Otros" de carácter activo son las "relaciones mixtas" que se sitúan a mitad de camino entre el acercamiento y el alejamiento. Éste es, por otra parte, el género de relaciones en que terminan buen número de conflictos y luchas si algún arreglo viene a ponerles fin. Las "relaciones con los Otros" de carácter mixto, tanto intergrupales como interindividuales, consisten en un proceso simultáneo de acercamiento en una dirección y alejamiento en otra. En estas relaciones mixtas, uno se acerca alejándose y se aleja acercándose. Tales son los intercambios, los contratos, las relaciones de propiedad, de crédito, de compromisos y promesas de géneros diversos, etc. En el caso de los contratos, por ejemplo, las voluntades de los contratantes convergen en el propósito de establecer una obligación recíproca (acercamiento), al mismo tiempo que se oponen, puesto que persiguen fines contrarios, tales como dar una cosa y recibirla, etc. (alejamiento). Del mismo modo, hay armonía entre los intereses de los contratantes en la medida en que desean la realización del contrato (acercamiento), pero hay conflicto de intereses en cuanto a las cláusulas materiales y a la manera de ejecutarlas (alejamiento) [6].

Para terminar este breve análisis, señalemos que las "relaciones con los Otros" de carácter mixto adoptan igualmente, a veces, un carácter pasivo. Los Yo y los Otros pueden ser a la vez atraídos y rechazados los unos por los otros, estar a un tiempo cansados e interesados, ser malévolos y benévolos, enemigos y amigos, rivales y camaradas, estar vinculados simultáneamente por la simpatía y la antipatía, el amor y el odio. La parte de los elementos negativos en estas combinaciones es tanto más difícil de discernir, cuanto que se trata de relaciones pasivas cuyo carácter escapa a menudo a los interesados y que éstos rechazan hacia lo semiconsciente o lo inconsciente. Estamos aquí en presencia de "relaciones con los Otros" de carácter esencialmente ambiguo y ambivalente. El gran mérito de Freud y los sociólogos influidos por el psicoanálisis ha sido señalar su existencia; pero han cometido el error de reducirlas exclusivamente a lo sexual, por un lado, y a lo mental, por otro. No se han dado cuenta además del hecho de que son vínculos sociales de una especie particular, que no abarcan ni toda la realidad social, ni todas "las relaciones con los Otros", sino exclusivamente aquellas que son a la vez mixtas y pasivas y cuya actuación directa en la vida social es muy limitada.

Nos detenemos aquí en nuestra revista de algunos de los tipos microsociológicos de sociabilidad más sobresalientes. No hace falta decir que, según las necesidades de la investigación, el número de los mismos puede ser considerablemente aumentado con el fin de dar cuenta de todos los matices y todos los grados de pasaje de esos elementos aestructurales. El único objeto de esta breve exposición es hacer más concreta la tesis de que cada grupo es un microcosmos de manifestaciones de sociabilidad y que cada clase y cada sociedad global —esos macrocosmos de grupos— representan a la vez un macrocosmos de los microcosmos y un microcosmos directo de vínculos sociales. Vamos a ver, por otra parte, que los elementos microsociales, aun siendo aestructurales, son capaces de ayudar a la estructuración y a la desestructuración, puesto que pueden ser jerarquizados en las estructuras parciales y globales, aun rebelándose contra esa jerarquización. Pudiendo mostrarse como base de investigaciones empíricas y concretas, la microsociología admite al mismo tiempo una vinculación con la experimentación sociológica propiamente dicha, vinculación de la cual los *tests* sociométricos han revelado la posibilidad. Pero estos tests deben ser completados y perfeccionados para ser capaces de medir las manifestaciones de los Nosotros, las Masas, las Comunidades y las Comuniones activas [7]. Y, como lo hemos dicho ya, no deben ser olvidadas la microsociología del Derecho, de la Moralidad, del Conocimiento, y quizá también la microsociología de la Religión y del Arte, aun cuando su importancia sea variable. Sus resultados, que serán mencionados en la sección VII del segundo volumen de este *Tratado,* no dejarán de mostrar que no se deben ignorar los elementos aestructurales de la vida social, aun cuando se trate de la sociología de las obras culturales o, como preferimos decir, de la sociología del espíritu.

---

[6] Esto se confirma en la esfera jurídica por la paridad de elementos limitadores, imperativos y atributivos en el derecho de intercambio; véanse mis *Eléments de sociologie juridique* (1940, págs. 136 y sig.).

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

BERGSON (H.). *Les deux sources de la morale et de la religion* (París, 1933).

DUPRÉEL (E.). *Le rapport social* (París, 1912).

DURKHEIM (E.). *De la division du travail social* (París, 1893, 6ª ed., 1932).

GEIGER (T.). *Die Masse und ihre Action* (Karlsruhe, 1926).

— *Die Gestalten der Gesellung* (Karlsruhe, 1928).

GURVITCH (G.). *La vocation actuelle de la sociologie* (2ª ed., vol. I, París, 1957) (págs. 116-280).

— *L'idée du droit social* (París, 1932) (págs. 15-95).

— *Eléments de sociologie juridique* (París, 1940) (págs. 141-167).

— *Déterminismes sociaux et liberté humaine* (París, 1955) (págs. 148-161).

HILLER (E.). *Social Relations and Structures* (Nueva York, 1947).

MAUSS (M.). *Fragment d'un plan de sociologie générale descriptive* (*Annales Sociologiques*, 1934, fac. I).

---

[7] Véase mi Vocation... (vol. I,) op. cit., págs. 265-280.

MORENO (J. L.). *Fondements de la sociométrie* (trad. francesa, París, 1954).

ORTEGA Y GASSET (J.). *La révolte des masses* (trad. francesa, París, 1937).

RICHARD (G.). *La sociologie générale et les lois sociologiques* (París, 1912).

PARK (R.) y BURGESS (E.). *Introduction to the Science of Society* (Chicago, 1924, caps. VIII-X).

SCHELER (M.). *Formes et nature de la sympathie* (trad. francesa, París, 1928).

— *Formalisme en éthique* (trad. francesa, París, 1955).

SOROKIN (P.). *Society, Culture and Personality* (Nueva York, 1947, cap. V y VI).

TARDE (G.). *L'opinion et la foule* (París, 1901).

TÖNNIES (F.). *Gemeinschaft und Gessellschaft* (Berlín, 1887, trad. francesa, París, 1944).

VON WIESE (L.). *System der Allgemeinen Soziologie* (3ª ed., vols. I-II, Koln, 1955).

3

GRUPOS PARTICULARES Y CLASES SOCIALES

1. *Grupos particulares*

Cuando se pasa de las formas de sociabilidad a los grupos particulares (a los cuales se ha de distinguir bien de las clases sociales y de las sociedades globales que son todas macrocosmos de grupos) se abandona el terreno de la microsociología por el de la macrosociología. Nos encontramos frente a unidades colectivas reales, observables directamente, y perceptibles desde afuera; estas unidades tienen a menudo a su disposición una cantidad de objetos materiales cuyo valor puede ser económico y técnico, o bien simplemente simbólico; de manera ostensible toman ellas parte en las luchas y compromisos en el seno de las sociedades. Dado que varios grupos de tipos muy diferentes pueden afirmarse como *supremos* en las estructuras de las sociedades globales, la jerarquía específica de los grupos puede ser utilizada como uno de los criterios más evidentes para el estudio de los tipos sociales globales. Para poder hablar de *grupo,* es menester que, en un cuadro parcial, las fuerzas centrípetas predominen, en cierto grado al menos, sobre las centrífugas; que la unidad prevalezca sobre la pluralidad y que, en su seno, los Nosotros activos tendientes hacia una cierta cohesión triunfen sobre los Nosotros divergentes y sobre las diversas relaciones con los Otros. Por eso los grupos se manifiestan con cierta continuidad en actitudes colectivas explícitas que se cristalizan con especial facilidad en conductas colectivas regulares (ritos, procedimientos o simplemente prácticas sociales, costumbres, rutinas y géneros de vida) y tienden a transformar en modelos *standard* los símbolos, los valores y las ideas particulares de que hacen uso. En otras palabras, si las formas de sociabilidad, aun conservando su carácter de "fenómenos sociales totales" están preferentemente ligadas a las formaciones más espontáneas de la realidad social, los grupos actualizan más las capas más rígidas, más circunspectas, más estables de esa misma realidad. Aun cuando no estén organizados —y esto ocurre a menudo— los grupos constituyen "unificaciones", "complejos" y "cohesiones" más o menos "cimentadas" que permiten la afirmación de un equilibrio, aunque sea precario, entre las múltiples jerarquías de los planos sociales de las formas de sociabilidad, de las reglamentaciones sociales y de las coloraciones de la mentalidad; en una palabra, representan esbozos de estructuras sociales [1].

El grupo es una unidad colectiva real porque es más que los $n + 1$ de sus manifestaciones de sociabilidad, de sus reglamentaciones; eventualmente más que su estructura y, con mayor razón todavía, más que su organización (la cual, si existe, sólo es un elemento de equilibrio de la estructura). La realidad de un grupo particular tiende a ser mucho más rica y plena que la de las manifestaciones de sociabilidad que él contiene y la de las obras que produce. Se trata, sin embargo, de una unidad colectiva "parcial", pues la realidad de las clases sociales y de las sociedades globales en que los grupos están comprendidos es aún mucho más rica y plena. No en vano los grupos particulares del mismo género, integrados en las diferentes especies de sociedades arcaicas, en la sociedad feudal, en la capitalista, en la colectivista, etc., varían según el carácter de esas sociedades. Por ejemplo, grupos como la familia o el gremio representan, según las estructuras y las circunstancias globales, realidades muy diversas: en las sociedades arcaicas, la familia es, a veces, idéntica al clan, mientras este último es idéntico a la iglesia y al grupo político; el gremio es, a menudo, idéntico a la cofradía mágica, siendo como es, en otras sociedades globales, igual a una casta, a una agrupación voluntaria, a un servicio público, etc. En el seno de la familia, aun aislada de otros grupos, predomina, unas veces la familia doméstica, otras la unión conyugal, otras la sociedad matrimonial propiamente dicha, etc.

Probablemente la exageración de las consecuencias de esta comprobación es la que hace que algunos sociólogos, tales como Comte, Spencer y, hasta cierto punto, Durkheim, hayan descuidado la importancia de la sociología de los grupos particulares; que Saint-Simon y sobre todo, Marx la hayan identificado con las clases sociales; que Krause, Fourier y Proudhon hayan idealizado dogmáticamente el equilibrio y la pluralidad de los grupos. A causa de los prejuicios individualistas, nominalistas o estimativos (desaprobación de las divisiones sociales, por una parte, y por otra, entusiasmo exagerado por los "grupos pequeños" que servirían como ejemplo de la *society at large* [2] y a pesar de las numerosas encuestas norteamericanas sobre "sociología industrial", "sociología familiar", "sociología de las minorías étnicas", "sociología de las agrupaciones locales", urbanas y rurales, "sociología escolar", etc., el análisis teórico y la clasificación de los grupos ha progresado muy poco.

En razón de este defecto —cuyas causas y manifestaciones hemos tenido ocasión de analizar en nuestra *Vocation actuelle de la so-*

---

[1] Para el concepto de estructura social, véase más adelante, cap. IV.

[2] La obra bastante reciente de G. C. HOMANS, *The Human Group* (1950), es muy característica a este respecto; por ejemplo (pág. 468): *At the level of the small group, society has always been able to cohere.* No en vano, P. SOROKIN, en sus *Tendances et déboires de la sociologie américaine* (trad. francesa. 1959), habla del *Wonderland of small groups* con que sueñan los sociólogos norteamericanos.

ciologie[3] nos vemos forzados a comenzar nuestra exposición con una serie de proposiciones negativas: los grupos sociales no son en modo alguno una cantidad o una colección cualquiera de individuos similares y tampoco son simples "categorías sociales" (en estado de agregado puramente nominal). Los grupos sociales no son en modo alguno promedios estadísticos. Los grupos sociales no son simples conjuntos de personas reunidas y yuxtapuestas. Los grupos sociales no son simples "relaciones sociales", ni "relaciones sociales positivas y complementarias" (Dupréel), como tampoco "sistemas o unidades de interacciones humanas". Los grupos sociales no son simples conjuntos de estatutos y papeles sociales (Hiller), sino unidades que sirven de base a esos estatutos y a esos papeles, los entremezclan, se los apropian y los modifican por su acción. Los grupos sociales no pueden ser reducidos a combinaciones de conductas interdependientes cuya unidad consistiría en llevar regularmente a la práctica modelos, reglas y normas preciosos. Los grupos sociales no pueden ser reducidos a las organizaciones, pues existe un número considerable de grupos no organizados; y cuando son organizados no se manifiestan jamás completamente en la organización: subyacen a ésta, la vivifican, la transforman, la reconstruyen y, por lo tanto, se muestran como fenómenos sociales totales, más ricos que ella.

Lo único que hacen los ensayos tendientes a ampliar el sentido del término "organización", hablando de *informal organization*, es crear confusiones enojosas[4], desmenuzando su sentido exacto sin aclarar por ello el de "estructura". Tales son las fórmulas vacías a lo Barnard (la organización es un "sistema de actividades personales... conscientemente coordinadas") o a lo Hiller (la organización se produce "cuando sus miembros ven atribuirse posiciones fundadas en la competencia o el prestigio, ligados a la autoridad o al ascendiente personal"), las cuales no aciertan a definir lo que es grupo, lo que es estructura ni lo que es organización, confundiendo unos con otros[5].

Tratemos ahora de dar una definición positiva del concepto de grupo social: ((el grupo es una unidad colectiva real, pero parcial, directamente observable y fundada sobre actitudes colectivas continuas y activas, que tienen que realizar una labor común, unidad de actitudes, obras y conductas que constituye un cuadro social estructurable tendiente hacia una cohesión relativa de las manifestaciones de la sociabilidad.)) Al comentar los diversos puntos de esta definición, trataremos de hacer más explícito nuestro punto de vista para aclarar de este modo las opiniones sostenidas aquí.

El primer punto de nuestra definición ha sido suficientemente desarrollado al comienzo de este capítulo. Agreguemos solamente que, del carácter del grupo como unidad parcial deriva, entre otros, el hecho de que la mayoría de los grupos se entremezclen en diversas proporciones y admitan en particular, en muchos casos, la participación de las mismas personas en varios de ellos.

---

[3] *La vocation... (op. cit.,* vol. I, págs. 283-301).

[4] Véanse, más adelante, cap. IV, y *La vocation... (op. cit.,* vol. I, págs. 298-300, 326 y sig., y 349 y sig.).

[5] L. J. Barnard, *The Functions of the Executive* (Cambridge, 1938, págs. 72 y sig.); y E. T. Hiller, *Social Relations and Structures* (1947, pág. 251).

El segundo punto de nuestra definición que hace de las actitudes colectivas más o menos continuas uno de los fundamentos de la existencia de todo grupo, requiere algunas explicaciones complementarias. Tal como lo hemos expuesto en el capítulo I de esta sección, no cabe aislar las actitudes colectivas del fenómeno social total. En efecto, ellas son configuraciones sociales, ya actuales ya virtuales, que motivan reacciones y conductas comunes, que tienden a asumir papeles sociales precisos y aceptar o crear símbolos y valores particulares. Ahora bien, el ambiente favorable para la constitución de un grupo se crea cuando una actitud colectiva concreta se actualiza, encarna, mantiene y afirma como más o menos continua. ¿Qué son, en efecto, algunos grupos, tales como los diversos públicos, los desocupados, las minorías étnicas o nacionales, las generaciones o los coetáneos, los estratos inherentes a las clases sociales, sino, en primer lugar, actitudes colectivas continuas que se oponen a otras actitudes? Se puede analizar cualquier grupo (ya sea un sindicato, un partido político, una familia, una iglesia o una agrupación local) y se encontrará siempre una configuración de actitudes colectivas, más o menos llamativas o más o menos discretas, más o menos masivas o más o menos diferentes. Además, es por intermedio de la actitud colectiva que la unidad del grupo se encuentra ligada a las capas más espontáneas de la realidad social y que el grupo se muestra capaz de crear, llegado el caso, sus propios modelos, signos, reglas, símbolos, ideas, valores, etc., o de modificar los que vienen de los conjuntos más vastos. Por otra parte, es evidente que la medida en que el grupo es productor o produce "obras culturales" o civilización, es una cuestión de hecho que depende tanto del tipo abstracto-concreto del grupo como del tipo concreto de la sociedad global y de la estructura en que está integrado, así como también de las circunstancias sociales singulares.

Sin embargo, para que una actitud colectiva pueda servir de base a un grupo, es necesario que ella prevalezca sobre las de los Nosotros opuestos que integran el mismo grupo; es menester, asimismo, que se trate de una actitud colectiva activa, que tenga una labor común que realizar. Esto nos lleva al tercer punto de nuestra definición. Ahora bien, no basta con comprobar simplemente que, para que un grupo exista, es necesario que, en su seno, un Nosotros activo predomine sobre los Nosotros pasivos. Claro está que esto es exacto y que se podrían invocar aquí los ejemplos de Nosotros que hablan la misma lengua (digamos los franceses, los belgas-valones, los suizos del cantón francés y los canadienses de Quebec), que poseen las mismas representaciones o conocimientos, o en los cuales se alberga la misma memoria colectiva, pero que, en razón de su carácter pasivo, no tienden a constituir grupos. Sin embargo, hay que destacar el hecho de que, en nuestra definición de los grupos, la actividad colectiva activa y la labor a cumplir están directamente ligadas, no a las formas de sociabilidad sino al esfuerzo unificador de cohesión, a las fuerzas centrípetas que han vencido a las fuerzas centrífugas; de ahí la tendencia a la encarnación y la cristalización de los símbolos y los modelos de las obras cumplidas y ya realizadas, todo lo cual es un esbozo de estructuración.

El cuarto y último punto de nuestra definición del grupo concierne precisamente a la constitución de un cuadro social estructurable, si no estructurado. El carácter estructurable de un grupo deriva del hecho de que su unidad se realiza primeramente en el esbozo de una especie de cohesión particular entre las formas de sociabilidad, por una parte, entre las actitudes colectivas, actos, obras co munes y sus expresiones en conductas colectivas más o menos regulares, por otra; luego, más ampliamente, en un comienzo de equilibrio, aunque sólo sea virtual y más que precario, entre las múltiples jerarquías de los planos sociales, de los Nosotros, de las reglamentaciones sociales, de los tiempos, de las coloraciones mentales y demás. Por último, ese mismo carácter estructurable proviene del hecho de que su integración en una clase social o una sociedad global tiende a manifestarse en forma de una precisión de sus relaciones con los otros grupos, así como también del papel y del lugar que le corresponden en la jerarquía particular de grupos que caracterizan al conjunto en cuestión.

En resumen, el término "estructurable" aplicado a los grupos designa una tendencia hacia el establecimiento virtual de un equilibrio de las múltiples jerarquías en su interior, así como la tendencia a destacar la posición, el papel y las relaciones del grupo fuera de sí mismo. Si esa tendencia logra su objeto y si ese equilibrio, aunque sea precario, se establece, el grupo está estructurado, lo que no significa, de ninguna manera, que esté organizado. En nuestros días, las profesiones, los oficios, las familias, las juventudes, y, finalmente, esos supergrupos que son las clases sociales, nos proporcionan ejemplos de grupos estructurados que no son, sin embargo, grupos organizados, aunque puedan manifestarse parcialmente en diferentes organizaciones. Inversamente, los diversos públicos, las minorías étnicas, los productores y consumidores, las industrias, los coetáneos (en cuanto constituyen grupos), los desocupados, etc., son grupos estructurables pero todavía no estructurados o apenas estructurados. Es evidente que todo grupo organizado es, al mismo tiempo, un grupo estructurado. Sin embargo, un grupo puede ser, no solamente estructurable, sino efectivamente estructurado, sin ser por ello organizado. Por otra parte, la organización sólo es un elemento que entra a veces en el equilibrio de la estructura; pero en modo alguno es obligatorio que sea así.

Al abordar el problema de la clasificación de los grupos, debemos recordar aquí el carácter esencialmente pragmático de esa clasificación que es válida sólo en la medida en que puede ofrecer cuadros de referencias para las investigaciones empíricas, sugestiones para experimentaciones y reconstrucciones histórico-sociológicas, conducentes ambas a la explicación. Creemos poder proponer quince criterios de distinción entre los grupos, criterios que se entrecruzan en su mayor parte y que pueden ser aumentados o disminuidos según los campos y los meandros de la investigación o de la misma realidad social. Así, por ejemplo, según se haga sociología del derecho, sociología de la moralidad, sociología del conocimiento, etc.; según se busquen las formas de sociabilidad favorecidas por los grupos, sus determinaciones sociológicas parciales o la multiplicidad de los tiempos sociales, según uno se proponga estudiar las clases sociales o las sociedades globales, no se atribuirá una importancia igual a todas las distinciones de grupos que proponemos. Esto es tan cierto que, faltos de espacio, nosotros mismos, en esta corta exposición, nos limitaremos preferentemente, para comentarlas, a las distinciones de grupos que nos parecen útiles al análisis de las clases sociales, de las cuales trataremos en la segunda parte de este mismo capítulo.

Sin embargo, primeramente hemos de reproducir nuestro esquema general de clasificación de los grupos, esquema que desarrollamos en detalle en *La vocation actuelle de la sociologie*, a la que debemos remitir al lector[6]:

1. *Contenido:*

   a) Grupos unifuncionales;
   b) Grupos multifuncionales;
   c) Grupos suprafuncionales.

2. *Envergadura* (número de participantes):

   a) Grupos reducidos;
   b) Grupos medianos;
   c) Grupos extensos.

3. *Duración:*

   a) Grupos temporarios;
   b) Grupos durables;
   c) Grupos permanentes.

4. *Ritmo:*

   a) Grupos de cadencia lenta;
   b) Grupos de cadencia mediana;
   c) Grupos de cadencia precipitada.

---

[6] *La vocation...* (*op. cit.*, vol. I, págs. 305-352).

5. *Medida de dispersión:*

   a) Grupos a distancia;
   b) Grupos de contactos artificiales;
   c) Grupos que se reúnen periódicamente;
   d) Grupos reunidos en permanencia.

6. *Base de formación:*

   a) Grupos de hecho;
   b) Grupos voluntarios;
   c) Grupos impuestos.

7. *Modo de acceso:*

   a) Grupos abiertos;
   b) Grupos de acceso condicional;
   c) Grupos cerrados.

8. *Grados de exteriorización:*

   a) Grupos no organizados no estructurados;
   b) Grupos no organizados estructurados;
   c) Grupos parcialmente organizados;
   d) Grupos completamente organizados. } los dos implican la organización como elemento de su estructura.

9. *Funciones:*

   a) Grupos de parentesco;
   b) Grupos de afinidad fraternal;
   c) Grupos de localidad;
   d) Grupos de actividad económica;
   e) Grupos intermedios entre la afinidad fraternal y la actividad económica (los "estratos");
   f) Grupos de actividad no lucrativa;
   g) Grupos místico-extáticos.

10. *Orientación:*

   a) Grupos de división;
   b) Grupos de unión.

11. *Modo de penetración de la sociedad global:*

   a) Grupos refractarios a la penetración de la sociedad global;
   b) Grupos más o menos sometidos a la penetración de la sociedad global;
   c) Grupos enteramente sometidos a la penetración de la sociedad global.

12. *Grado de compatibilidad entre los grupos:*

a) Grupos de la misma especie enteramente compatibles entre sí;
b) Grupos de la misma especie parcialmente compatibles entre sí;
c) Grupos de la misma especie incompatibles entre sí;
d) Grupos exclusivos.

13. *Modo de imposición:*

a) Grupos que disponen de la imposición condicional;
b) Grupos que disponen de la imposición incondicional.

14. *Principio de la organización:*

a) Grupos de dominación;
b) Grupos de colaboración.

15. *Grado de unidad:*

a) Grupos unitarios;
b) Grupos federados;
c) Grupos confederados.

Grupos uni, multi y suprafuncionales. Un grupo puede ser llamado a llenar una función precisa, varias funciones especificas, o una totalidad o casi totalidad de funciones imposibles de determinar. Esto equivale a decir que un grupo puede concentrarse en una sola obra, en varias obras, o, finalmente, implicar el cumplimiento de $n + 1$ obras virtuales o actuales. Se pueden citar como ejemplo de grupos *unifuncionales,* una orquesta, un equipo deportivo, un club, una sociedad comercial, una empresa, una cooperativa, una bolsa de trabajo, una caja de seguros sociales, un sindicato de iniciativa, los diferentes servicios públicos, los desocupados, los productores o los consumidores (cuando constituyen grupos); finalmente, en algunos casos, las profesiones, los oficios, los sindicatos profesionales, etc.

Enumeremos como ejemplo de grupos *multifuncionales,* los grupos de localidad (comunas, municipalidades, departamentos, regiones y, finalmente, el Estado o "sociedad política" como bloque de grupos de localidad); los grupos de parentesco (familia conyugal y doméstica, asociación matrimonial); los grupos de edad (por ejemplo, las juventudes, si constituyen grupos); los partidos políticos, las industrias, los grupos económicos autónomos en una economía planificada descentralizada. En todos estos casos, cabe indicar varias obras muy precisas que esos grupos tienen que realizar (así la garantía de la tranquilidad y la seguridad del vecindario, la defensa interior y exterior y la imposición incondicional en cuanto a los grupos de localidad; y las funciones de ordenamiento y equilibrio de la producción, la distribución, el intercambio, y el consumo, en cuanto a los grupos de actividad económica, en particular bajo régimen de planificación). Evidentemente, el número de obras que corresponden a las funciones de un grupo puede disminuir o aumentar según las circunstancias y según el tipo de la sociedad en la cual se halla integrado. Es inútil insistir en los casos más que evidentes que nos ofrecen a este respecto las variaciones de las funciones atribuidas en el transcurso del tiempo a los grupos de parentesco (desde la familia romana hasta la de nuestros días), así como al Estado (desde el Estado de la Edad Media hasta el del siglo XX). Si los juristas y también muchos sociólogos han cometido frecuentemente el error de identificar al Estado con la sociedad global y de atribuirle la suprafuncionalidad[7], ello se explica por un error de óptica fácil de descubrir. Es que, en algunos tipos de sociedades globales, la jerarquía de los grupos se establece en favor de la preeminencia del grupo político y se acompaña de una asombrosa tendencia hacia la ampliación de las funciones del Estado. Se trata aquí de la dogmatización de una situación particular derivada, no del tipo de ese grupo, sino del tipo de la sociedad global.

Los grupos particulares de carácter suprafuncional o casi suprafuncional, por ser su unidad parcial, son más bien excepcionales. Citaremos las minorías étnicas, ciertos grupos místicos (por ejemplo, las sectas y, en la Edad Media, la Iglesia, que se pretendía suprafuncional y era considerada como tal por la mayoría de los creyentes) y, finalmente, esos supergrupos que son las clases sociales y a las cuales volveremos.

Grupos distinguidos según la medida de dispersión. Es un prejuicio creer que los grupos no pueden existir sin que sus miembros estén reunidos, al menos en forma periódica. Existen muchos grupos a distancia: a) *los grupos a distancia* van desde los desocupados, los productores y los consumidores hasta los diferentes públicos (cuando, en todos estos casos, se trata de grupos efectivos) y hasta las profesiones, a las "obediencias intelectuales y espirituales", pasando por las Iglesias, los Estados, etc., sin hablar de las clases sociales; b) *los grupos de contacto artificial* están comprendidos en el círculo más vasto de los grupos a distancia; mantienen su unidad por medios técnicos de comunicación e información (cuyo desarrollo es tan grande en la hora actual); c) *los grupos que se reúnen periódicamente* están muy difundidos y sería útil distinguirlos según la frecuencia y la duración de sus reuniones. Citemos, entre los que se reúnen rara vez —fuera de los Estados y las Iglesias que representan los casos-límites intermediarios entre los grupos a distancia y los grupos que se reúnen periódicamente— los sindicatos, los partidos políticos, las sociedades anónimas, las asociaciones científicas, etc. Citemos, entre los que se reúnen cotidianamente y permanecen reunidos gran parte de la jornada, las fábricas, las oficinas, las clases de un establecimiento escolar, etc.; y d) *los grupos íntimos reunidos en permanencia* están representados por la familia doméstica, el matrimonio, las aldeas pequeñas, los pensionados, los internados, los conventos, las unidades militares, las prisiones, etc. Evidentemente, cuando su reunión permanente es sólo temporaria (unidades militares, internados, prisiones, etc), la intimidad del grupo no es la misma que cuando sus miembros están ligados para toda la vida (familias domésticas, matrimonios, conventos, etc.).

---

[7] He combatido ese error en mi *Idée du droit social* (1932), en mis *Eléments de sociologie juridique* (1940) y en el conjunto de mis obras.

Acaso fuera interesante señalar los dos hechos siguientes: son precisamente los grupos permanentes los que tienden a ser grupos a distancia o, al menos, grupos que se reúnen muy rara vez; a la inversa, ciertos grupos temporarios tienden a permanecer reunidos durante todo el tiempo de su duración (así las multitudes, los *meetings,* los grupos de juego, los equipos de salvamento, etc.). Al mismo tiempo, los grupos a distancia se revelan a menudo, y sobre todo en la hora presente, como cuadros sociales del conocimiento, del lenguaje, del arte, de la moral, de la religión, etc., mucho más eficaces e intensos que los grupos más concentrados.

Grupos de hecho, grupos voluntarios y grupos impuestos. Los *grupos de hecho* son grupos cuyos miembros forman parte de ellos sin que lo deseen explícitamente o sin obedecer a las órdenes de una organización precisa. Se forma parte comúnmente de una cantidad de grupos sin saberlo siquiera, como M. Jourdain hacía prosa. Los *grupos voluntarios* son grupos cuyos miembros forman parte de ellos por su propia voluntad, es decir que se han adherido a ellos o han sido admitidos en ellos según su deseo. Sin embargo, notemos que, a veces, es más fácil entrar en un grupo que salir de él, pues la salida puede hacerse difícil de hecho o derecho. Los *grupos impuestos* son grupos que imponen la participación a sus miembros, o bien obligan a sus beneficiarios a la sumisión. Resulta de esta definición que los grupos impuestos tienen un doble aspecto: el de una corporación obligatoria en lo que respecta a los miembros y el de una fundación en lo tocante a los interesados-beneficiarios. Algunos de estos grupos pueden no ser más que *corporaciones* obligatorias (los gremios en la Edad Media); algunos otros pueden ser solamente *fundaciones* (como, en la actualidad, la mayor parte de los servicios públicos); pero esos dos grupos impuestos de envergadura que son el Estado y la Iglesia participan a la vez de la corporación y de la fundación.

Grupos abiertos, grupos de acceso condicional y grupos cerrados. Esta distinción no cubre la precedente. Sólo los grupos de hecho son siempre grupos abiertos. El acceso a los grupos voluntarios y a los grupos impuestos puede ser libre, sometido a condiciones, o cerrado. A los *grupos abiertos* pertenecen, además de todos los grupos de hecho, las multitudes, las manifestaciones, las reuniones públicas, los equipos de salvamento, las agrupaciones filantrópicas, los grupos de turistas, etc., que son grupos voluntarios; entre los grupos abiertos impuestos, citemos los sindicatos obligatorios, las comunas, las municipalidades, las escuelas primarias, etc. Los *grupos cerrados* eran muy difundidos en tipos de sociedades distintos del nuestro: por ejemplo, las *gens,* las fratrias, los eupátridas y los patricios en la antigüedad; los clanes y las clases matrimoniales en las sociedades arcaicas; las castas en la India, los Estados bajo el Antiguo Régimen, como grupos impuestos; como grupos voluntarios, citemos los gremios en la segunda mitad de la Edad Media, ciertos clubes, ciertas sociedades secretas, conjuras, *complots* que han decidido no admitir más a nadie, etc. En la sociedad actual, tales casos son excepcionales; mencionemos, sin embargo, algunos *trusts* o monopolios, ciertos círculos cerrados de la nobleza y la alta burguesía, cuyos miembros sólo se reclutan por nacimiento o herencia.

La mayoría de los otros grupos son *grupos de acceso condicional.* Evidentemente, las condiciones de admisión son extremadamente variables; pueden ser muy duras (por ejemplo, pruebas mágicas para entrar en las cofradías secretas de las sociedades arcaicas); consistir en elecciones o admisiones, combinadas o no con diplomas difíciles de obtener o exigencias de fortuna; reducirse, en fin, a simples prestaciones materiales (cuotas de ingreso), completadas con garantías morales (obligaciones, recomendaciones de varios otros miembros, etc.).

El modo de acceso a un grupo importa, a menudo, repercusiones sobre su carácter. Los grupos de acceso difícil y a fortiori, los grupos cerrados, tienden frecuentemente hacia la intolerancia y la oligarquía. Los grupos abiertos, o de acceso fácil, son a veces faltos de consistencia. Encarados como cuadros sociales del conocimiento y la moralidad, los primeros favorecen todos los géneros del conocimiento esotérico (místico, simbólico, a base de conceptos herméticos y fijos) y todas las clases de la moralidad rígida (moralidad tradicional, de las virtudes e imperativa), mientras que los segundos favorecen el conocimiento exotérico (empírico, racional y científico) y la moralidad flexible (moralidad de aspiración y creación, o moralidad finalista).

Grupos de división y grupos de unión. Los grupos de división tienen una orientación combativa y los grupos de unión una orientación conciliadora. Casi todos los grupos de afinidad fraternal (grupos de gente que tiene las mismas rentas, estratos económicos, los diferentes públicos, los grupos de edad y sexo, las "barras", etc.) son grupos de división, mientras que casi todos los grupos de parentesco (dejando de lado las clases matrimoniales) son grupos de unión. Los oficios, las profesiones, los sindicatos obreros y patronales, los partidos políticos, las órdenes religiosas, etc., son grupos de división, mientras que las fábricas, las empresas, las cajas de seguros sociales, las asociaciones filantrópicas y científicas, las Iglesias en su vida interna, los grupos de localidad (comunas, municipalidades, Estado, etc.) son grupos de unión. Pero esta orientación oficial no puede impedir que algunos grupos de unión estén sometidos a grupos de división cuyos intereses pueden favorecer. Esto se puede observar tanto en lo que atañe al Estado en ciertas estructuras, como en lo que respecta a las fábricas y empresas, bajo el régimen de la propiedad privada de los medios de producción. Por otra parte, sería inadmisible que en la distinción entre grupos de división se viera una manifestación de la oposición entre el interés general y el interés particular. El interés general sólo es una combinación móvil de intereses contrarios, realizada en un sector suficientemente amplio como para no dañar a otros intereses equivalentes en presencia; en consecuencia, existen tantos aspectos múltiples y equivalentes del interés general como posibilidades de combinar intereses contrarios, sin perjudicar a otros intereses. Por eso, la cuestión del servicio prestado al interés general, tanto en el campo microsociológico como en el macrosociológico, es una cuestión de hecho, y solamente de hecho. A este respecto, es imposible poner en duda el hecho de que el interés general es muy a menudo mejor servido por los grupos de división que por los grupos de unión. Así, es frecuente que los diversos grupos de afinidad fraternal, las profesiones, los oficios, los partidos políticos, las cofradías mágicas, las sectas, las órdenes religiosas, etc., sin hablar de esos supergrupos que son las clases sociales, sirven tanto mejor al interés general, cuanto más combativos son, mientras que, muy a menudo, las fábricas, las comunas, los Estados y las Iglesias, pueden servir a intereses particulares, a la vez que proclaman pretensiones contrarias.

No sería difícil verificar la utilidad de la distinción entre grupos de división y grupos de unión. Se comprueba, en efecto, que los primeros habitualmente son más capaces que los grupos de unión para la vida intensa en un tiempo adelantado a sí mismo, para la actualización del elemento comunión, para la iniciativa y la innovación, lo mismo que más aptos para las expresiones netas en algunos campos del conocimiento, de la moralidad y del arte, y más generalmente, para los actos mentales colectivos (intuiciones y juicios colectivos). Por su parte, los grupos de unión son normalmente más capaces de estructuración, de organización, de actualización del elemento comunidad, de desarrollar en su seno múltiples "relaciones con los Otros", lo mismo que más aptos para la expresión en el campo de los modelos y signos cristalizados, en el lenguaje, en el derecho formulado de antemano y, finalmente, más provistos de memoria histórica y de tradición que los grupos de división.

Grupos refractarios, grupos más o menos sometidos y grupos enteramente sometidos a la penetración de la sociedad global. Los grupos refractarios a la penetración de la sociedad global son aquellos que, conscientemente o no, la resisten más, sea que se sientan excluidos de la jerarquía establecida de grupos funcionales (minorías nacionales, grupos de inmigrantes, grupos de desocupados; esclavos, siervos, parias, en sociedades de otro tipo que la nuestra) sea que se estimen injustamente despojados del rango que ocupaban antes (la nobleza y el clero después de la Revolución Francesa; después de las reformas, los grupos religiosos antes dominantes; las profesiones pasadas de moda; los partidos políticos que los acontecimientos han dejado atrás, etc.), sea que se consideren como dotados de una cualidad especial (las Iglesias universales, y particularmente, la Iglesia Católica en Francia, después de la separación de la Iglesia y el Estado), sea, finalmente, que se propongan como objeto derribar la estructura de la sociedad global o al menos transformarla considerablemente (grupos de juventudes, grupos y clases sociales revolucionarios, etc.).

Los grupos que más o menos aceptan la penetración de la sociedad global son aquellos que admiten los símbolos y, más ampliamente, las obras culturales que les provienen de ella, pero, eso sí, sin dejar de seleccionarlos, adaptarlos a su manera de ver y transformarlos agregándoles sus propios modelos. Estos grupos son muy numerosos; van desde los grupos de parentesco, pasando por los grupos de actividad económica y afinidad fraternal, para llegar hasta los grupos de localidad, incluyendo el Estado. Por otra parte, cuando este último toma una forma enteramente democrática, tiene tendencia a colocarse en la tercera categoría de estos grupos, aquella en que están enteramente sometidos a la penetración de la sociedad global. Tales son las sociedades científicas, artísticas, literarias y pedagógicas; los institutos, academias, universidades, liceos y escuelas normales, comunales y profesionales; las fundaciones, centros y organizaciones de investigaciones, tanto públicos como privados.

Grupos compatibles entre sí, parcialmente compatibles, e incompatibles y exclusivos. El grado de compatibilidad e incompatibilidad entre grupos es, a veces, independiente de la medida de su penetración por la sociedad global. Así, grupos que tienden a someterse por entero a esa penetración, como el Estado, o a aceptarla ampliamente, como las familias, pueden afirmarse incompatibles con los grupos de la misma especie; en cambio, grupos que tienden a ser refractarios a esa penetración no se manifiestan en modo alguno como exclusivos, es decir prohibitivos con respecto a grupos de otras especies.

La mayor parte de los grupos de especies diferentes son compatibles entre sí, bajo cualquier régimen y en cualquier tipo de sociedad. Aun en los diferentes tipos de sociedades arcaicas, se es a la vez miembro de un clan, una clase matrimonial, una cofradía mágica, un grupo de edad y sexo y, con frecuencia, de una familia patriarcal, conyugal y hasta de una sociedad matrimonial. ¿Se ha de insistir en el hecho de que, en diversos tipos de sociedades históricas, se forma parte, simultáneamente y sin dificultad, de una familia, de grupos de afinidad fraternal, de grupos de localidad, de actividad económica, de actividad no lucrativa, de una agrupación religiosa, etc.?

Los grupos de la misma especie enteramente compatibles entre sí no son raros, pero no constituyen el tipo más difundido. ¿Acaso no se puede ser, por ejemplo, simultáneamente miembro de varias sociedades anónimas, de varias sociedades científicas, formar parte de varias cooperativas y mutualidades, ser profesor o estudiante en varios establecimientos?

Son frecuentes *los grupos de la misma especie, parcialmente compatibles entre sí,* es decir, compatibles en ciertas condiciones y en diferentes grados. Citemos las profesiones, los oficios, los sindicatos, las fábricas, las comunas, las municipalidades, los departamentos, los grupos de parentesco (en un sentido amplio, es decir, que vinculan varias familias), algunas asociaciones cívicas, religiosas, deportivas, etc. Sin embargo, pueden intervenir aquí ciertas condiciones dadas o dificultades de hecho, limitando la posibilidad de participaciones múltiples.

Los grupos de la misma especie incompatibles entre sí son los más difundidos y van desde los grupos de edad y sexo, las castas, las sectas y órdenes religiosas, los "estados", los estratos económicos (sin hablar de las clases sociales) —casos de incompatibilidad particularmente estricta— hasta las diferentes Iglesias, los diferentes Estados, las diferentes familias y los diferentes partidos políticos, casos que admiten ciertas derogaciones de la incompatibilidad (por ejemplo, la "doble pertenencia", desde el punto de vista de la ciudadanía o la obediencia, que esta última sea política o religiosa).

Son muy raros *los grupos exclusivos que absorben a sus miembros hasta el punto de prohibirles toda participación en cualquier otro grupo,* aun de especie diferente. Esos grupos, incapaces de entrecruzarse con cualquier otro grupo son más bien casos excepcionales. Los únicos ejemplos de grupos exclusivos que podamos citar son los Estados totalitarios, algunas órdenes monásticas y algunas sectas, las celdas de las prisiones y los grupos de esclavos. Pero aun en estos casos, la exclusividad no podría ser considerada como verdaderamente absoluta, pues, de hecho o derecho, siempre interviene alguna circunstancia que la suaviza.

La mayor parte de los criterios en que se basa nuestra clasificación de los grupos (y de los cuales sólo pudimos dar aquí algunos ejemplos) se entrecruzan. Esto conduce a una fuerte multiplicación de los tipos de grupos. Si, además, se recuerda, como lo hemos repetido, que los grupos se diferencian tanto a causa de los tipos de estructura de las sociedades globales en que se hallan integrados, como a causa de las cohesiones móviles de las formas de sociabilidad que se actualizan en su seno, no se puede dejar de llegar a la conclusión siguiente: sólo vastas investigaciones empíricas dedicadas al estudio concreto de la innumerable pluralidad y del entrecruzamiento casi infinito de los grupos particulares en una sociedad global y en una clase social dadas, así como en una circunstancia social precisa, pueden ofrecer una imagen viva y completa del macrocosmos de los grupos.

Sin embargo, si sólo el éxito de tales investigaciones puede justificar, "en masa", una tipología de los grupos, que nos permita indicar algunas verificaciones parciales a las cuales dicha tipología puede ser sometida desde ahora y que podrían, por otra parte, ser utilizadas como directivas para las investigaciones. En primer lugar, los cuadros que suministran los tipos de grupos adquieren cierta importancia en el enfoque de los problemas de la sociología de la moralidad, del conocimiento, del derecho, de la religión, del arte, del lenguaje y de la educación; en suma, de la sociología del espíritu o de las obras culturales. Pues, en el interior de los grupos, lo mismo que en el de esos supergrupos que son las clases sociales, las variaciones y las limitaciones sociológicas del campo de visión y de aplicación de las ideas y los valores se tornan particularmente observables, más fáciles de captar que cuando se trata de los elementos microsociales demasiado influenciables e instables, o de las sociedades globales demasiado impregnadas por una civilización formada (lo cual incita a dar demasiado relieve a una sola tendencia preponderante en detrimento de las demás). En segundo lugar, la clasificación de los tipos de grupos puede ser parcialmente sometida a prueba utilizando aquellos como cuadros de referencia para los experimentos y las mensuras sociológicos hacia los cuales ha abierto el camino la sociometría. Baste con mencionar aquí el "*test* de configuración social", "el *test* de medida de la actitud y la resistencia de un grupo" y el "*test* sociodramático" [8]; este último debería aplicarse, no en un escenario de teatro, sino en el lugar mismo integrándose en la vida de los grupos reales y preexistentes. Muchos otros *tests* y técnicas de investigación de los más variados géneros deben ser inventados y ensayados para que los grupos se conviertan en objetos de experimentación controlable [9]. Finalmente, la clasificación de los grupos aún se puede poner a prueba de una tercera manera: ella podrá ayudarnos a definir conjuntos de una importancia capital y de una fuerza excepcional, grupos que son más que grupos o supergrupos, y que los sociólogos —a pesar de sus múltiples esfuerzos— todavía no han logrado precisar en términos generalmente aceptados. Nos referimos a las clases sociales, a las que vamos a consagrar la segunda parte de este capítulo.

---

[8] A este respecto, véase J. L. Moreno, *Fondements de la sociométrie* (trad. francesa, 1954, *passim*), así como también *Psychodrame* (1946, vol. I) y mi exposición crítica en *La vocation*... (*op. cit.*, vol. I, págs. 267-271).

[9] Véase, a este respecto, nuestro artículo *La sociologie du théatre* (Lettres nouvelles, febrero de 1956, págs. 206 y sig.).

2. *Las clases sociales*

Las clases sociales son macrocosmos parciales de grupos o grupos de grupos que se oponen entre sí dentro de la misma sociedad global y hacia los cuales Marx ha llamado particularmente la atención. Luego fueron objeto de múltiples controversias, tanto entre los marxistas como entre los sabios no marxistas. Nosotros las hemos examinado en varios trabajos a los que debemos remitir a los lectores[10]. Recordemos, con Marx, que las clases sociales son verdaderos mundos sociales que poseen su propio determinismo y que requieren que se las capte en toda la riqueza de sus aspectos y matices, riqueza que resulta del papel que desempeñan en la producción, en la circulación y en la distribución de los bienes económicos, del papel político, de la "toma de conciencia de clase" y de las obras culturales específicas. Recordemos, con algunos sociólogos no marxistas, por una parte, la necesidad de combinar varios criterios para delimitar el concepto de clase social, y, por otra, el hecho de que las clases sociales implican múltiples estratos y comprenden diversos grupos. Agreguemos que las clases sociales son fenómenos sociales totales más ricos en contenido y en realidad que los grupos integrados en su seno. Es evidente que las clases sociales no se pueden reducir, más que las otras unidades colectivas reales, a "categorías sociales", agregados nominales, simples colecciones de individuos, resultados de promedios estadísticos, reuniones de posiciones, estatutos, rangos, papeles, monopolios, etc.

Seis caracteres nos parecen cardinales para definir las clases sociales: su suprafuncionalidad, su incompatibilidad radical, su carácter normalmente refractario a la penetración de la sociedad global, su tendencia a la estructuración intensa y, finalmente, su propiedad de unidad colectiva a distancia. Otros criterios, que invocaremos más adelante, sólo ayudarán a completar y detallar nuestra definición y, por otra parte, en cierto modo derivan de los caracteres mencionados. Por eso preferimos dar previamente la siguiente definición de las clases sociales: *las clases sociales son supergrupos particulares de hecho y a distancia, caracterizados por su suprafuncionalidad, su tendencia hacia una estructuración avanzada, su resistencia a la penetración de la sociedad global y su incompatibilidad radical con las otras clases.*

La conciencia de clase y las obras culturales de las clases son implícitamente reconocidas como aspectos importantes de su realidad, pues la estructuración es un movimiento hacia un equilibrio precario de jerarquías múltiples (incluso los diferentes planos en profundidad y las diferentes formas de sociabilidad), equilibrio armado y cimentado por modelos, signos, señales, símbolos, valores e ideas específicas, lo cual es imposible sin conciencia colectiva. Si todos los grupos particulares, siendo, como son, no sólo estructurables, sino efectivamente estructurados, manifiestan en cierto grado la existencia de una conciencia colectiva y de obras culturales propias (¿no se habla de un *esprit de corps*?), ¿qué tiene de sorprendente el hecho de que esta situación sea particularmente pronunciada en las clases sociales, refractarias a la sociedad global, suprafuncionales e incompatibles entre sí?

---

[10] Véanse, nuestro curso roneotipado *Le concept de classes sociales de Marx à nos jours* (1954, págs. 10-115), *La vocation...* (*op. cit.*, vol. I, págs. 355-384) y *Les déterminismes...* (*op cit.*, págs. 178-190).

Las clases sociales representan un foco particularmente rico en lo concerniente a las obras culturales, a la puesta en perspectiva del conocimiento, de la moralidad y del derecho, de la ideología, así como desde el punto de vista de la intensidad de la conciencia colectiva. Mas, no obstante, ellas, las clases sociales sólo aparecen en las sociedades globales industrializadas[11] que disponen de una técnica suficiente de producción, de distribución, de comunicación, de difusión y que ponen en movimiento coherente un gran número de participantes. Ahora bien, en esos tipos de estructuras globales —ya sean capitalistas o colectivistas— los modelos técnicos, las funciones y las organizaciones económicas desempeñan un papel de primerísima importancia en la jerarquía de los planos de profundidad. No es, pues, dudoso el hecho de que, en la suprafuncionalidad de las clases sociales, son sus propias funciones económicas las que se encuentran particularmente acentuadas. Hay que reintegrar, sin embargo, este aspecto económico, lo mismo que el aspecto psicológico, al conjunto del fenómeno social total de que forman parte.

Las clases sociales son supergrupos *de hecho* y *a distancia.* Los grupos con los cuales se han confundido tan a menudo las clases sociales —estados, órdenes, corporaciones, castas, etc.— eran, en su mayoría, grupos impuestos. Ahora bien, las clases sociales se afirman fuera de las divisiones oficiales, sin tener en cuenta reglamentaciones jurídicas impuestas, ni barreras vinculadas con organizaciones. Menos aún pertenecen al género de los grupos voluntarios. Ciertamente, hay casos en que un individuo decide conscientemente entrar en una clase (por ejemplo, un intelectual que adhiere a la clase proletaria, o un hombre del pueblo que, enriqueciéndose rápidamente, ha llegado a integrarse voluntariamente en una clase superior). Pero, fuera de estas excepciones, que son raras, las clases sociales se constituyen sin ninguna intervención de la voluntad de sus miembros o de una voluntad superior. Las clases sociales representan un caso privilegiado de grupos a distancia. ¿No es ésa una de las implicaciones del adagio marxista: "Proletarios de todos los países, uníos"? Las clases nunca están reunidas, ni en permanencia, ni periódicamente, y sin embargo, actúan a muy larga distancia y aun fuera de las fronteras nacionales. La estructuración avanzada de ciertos sectores de las clases sociales y su expresión en múltiples organizaciones, hacen de ellos grupos de contacto artificial. Pero ese carácter se combina, como hemos tenido ocasión de decirlo, con la unidad a distancia.

---

[11] Sobre las dudas de Marx a este respecto, véanse mis observaciones en *La vocation*... (*op. cit.*, vol. I, págs. 361-363).

Es imposible detallar todas las obras que una clase social tiene que llevar a cabo, pues, aparte del hecho de que la misma se prepara para ascender al poder, o que se encuentra en el poder, o que ha perdido ese poder, cada clase interpreta a su manera todas las funciones ejercidas por ella misma y por las demás clases y grupos. Las clases sociales son prácticamente los únicos grupos particulares que poseen, en forma inmanente, la suprafuncionalidad y se encuentran así en competencia con sociedades globales como las naciones —cuando la estructura de estas últimas admite la división en clases. Las minorías nacionales —a las que se podría igualmente caracterizar como suprafuncionales— en realidad, sólo son imitaciones de las naciones vecinas, o sus sombras proyectadas fuera de ellas. Las clases sociales, por el contrario, son fracciones de una misma y única nación: en competencia con ésta aspiran a la plenitud de las funciones. Hace falta una multiplicidad de organizaciones diferentes para expresar una unidad colectiva suprafuncional, pues el esquematismo abstracto de una organización, sea cual sea, sólo consigue expresar algunas funciones, y no la totalidad de las mismas. De ahí la tensión permanente entre partidos políticos, sindicatos, asociaciones de jóvenes, etc., como expresiones de una clase social. Al igual de las naciones, las clases sociales se mantienen, sin organizar, como tales, aunque estén poderosamente estructuradas y sirvan de base a organizaciones sumamente activas y eficaces.

La suprafuncionalidad de las clases sociales hace presentir toda la amplitud del conflicto de las clases entre sí, por una parte, y entre cada una de ellas y la estructura social global, por la otra. Cada clase es todo un mundo y quisiera convertirse en un mundo único, identificándose, sea con la sociedad global existente, o bien con la sociedad global futura en la cual no habría más clases sociales. Esto conduce a la incompatibilidad radical entre las clases sociales, las que siempre se afirman fuera de la jerarquía de los grupos funcionales sobre la cual reposa la estructura de la sociedad global.

Es imposible formar parte simultáneamente de dos o varias clases sociales. No se puede, por ejemplo, ser, a la vez, miembro de la burguesía, del proletariado y de las clases medias. Esta situación no depende solamente de la suprafuncionalidad de las clases sociales, sino que se debe también a su estructuración avanzada, que implica la irreductibilidad de las conciencias y mentalidades colectivas, la imposibilidad de conciliar las tablas de valores, la divergencia esencial de las visiones del mundo y la oposición de las "ideologías" (doctrinas justificativas basadas en el "conocimiento político"). El antagonismo de las clases es función directa de su incompatibilidad y su suprafuncionalidad, que son más fundamentales que el conflicto inmediato de intereses económicos y que la lucha por el poder propiamente dicho. Contra esta característica, se podría objetar que, en el interior de cada clase, hay una jerarquía de estratos y que las capas inferiores de una clase y las capas superiores de otra clase situada más abajo pueden servir de intermediarios, de paragolpes, o hasta circular entre las dos clases, sino formar simultáneamente parte de ellas. Responderemos a estas objeciones diciendo que las mismas señalan un hecho que merece atención, pero que lo interpretan mal. Los trabajadores del libro, por ejemplo, que representan la capa superior del proletariado, no tienen nada que ver con la clase media ni con la burguesía. Los pequeños empresarios y los intelectuales bien retribuidos (abogados, médicos, profesores, artistas, etc.) que forman la capa inferior de la burguesía, se mantienen firmemente vinculados a ésta y no muestran ninguna tendencia a integrarse en las clases medias y menos aún en la clase obrera. Sólo la clase virtual de los tecnoburócratas —de la cual algunas capas pertenecen a la burguesía y otras a las clases medias— manifiesta cierta veleidad de circular entre las clases. En efecto, sus miembros pueden servir a cualquier régimen y a cualquier clase, porque su estructuración como clase separada sólo está en los comienzos. Pero si esa estructuración fuera un hecho, la tecnoburocracia se opondría a todas las otras clases, se tornaría incompatible con ellas y trataría de dominarlas.

Las clases sociales no son los únicos grupos refractarios a la penetración de la sociedad global. Hemos tenido ocasión de señalar varios de ellos (grupos de jóvenes, profesiones pasadas de moda, partidos políticos que los acontecimientos han dejado atrás; la Iglesia Católica, en particular después de la separación de la Iglesia y el Estado, etc.). No hay, pues, ningún prejuicio en esta caracterización de las clases[12]. Sólo hay la comprobación del hecho de que, en la medida misma en que las clases sociales existen y están efectivamente estructuradas, son a la vez más refractarias que todos los otros grupos a la penetración de la sociedad global y están más en competencia con la jerarquía de los grupos funcionales característicos de la estructura global en que actúan. Las clases sociales, de las cuales cada una se considera como el centro único, el foco principal de la sociedad global, la base misma de su existencia futura, presente o pasada, tienen la ambición de derribar la estructura social global en que actúan, basándose en su dinamismo específico. Las clases sociales ascendentes y las que han sido despojadas del poder son las más refractarias a la penetración de la sociedad global. En cambio, la clase social que está en el poder acepta más fácilmente esta penetración, mientras cree dominarla. Pero esta dominación implica luchas decisivas contra la desestructuración de la sociedad global en cuestión. Cuando la clase dominante no lo logra más, comienza su decadencia.

Las clases sociales tienen una clara tendencia a la estructuración intensa. Cuando están constituidas, su estructura es unificada y firme. Las clases sociales virtuales son más marcadamente estructurables que todos los otros grupos; sin embargo, es posible que sólo estén al comienzo de su movimiento hacia una estructura. La posibilidad de transformación de las fracciones y de los estratos de una clase (por ejemplo, de la burguesía financiera, industrial o comercial, o de los campesinos rusos ricos, medios o pobres) en una clase aparte, así como el número de las clases medias, la suerte de los grupos tecnoburocráticos, la constitución de las nuevas clases que podrían estar en formación en la población rural y en la población urbana, no pueden ser determinados más que por el examen de la medida de su estructuración efectiva y de su penetración por la sociedad global.

---

[12] Contrariamente a lo que piensa RAYMOND ARON, en su crítica de nuestra definición, *Le développement de la société industrielle et la stratification sociale* (curso roneotipado, fasc. 2, 1957, París, C.D.U., págs. 31-46).

A las características que hemos expuesto, se podrían agregar otras que derivan en gran parte de ellas: su gran envergadura, por ejemplo; su permanencia (en el sentido de que su disolución no es prevista ni considerada en el momento de su formación); su carácter abierto que las distingue tanto de los grupos cerrados como de los grupos de acceso condicional, aun cuando la integración efectiva en una clase, y particularmente en una clase superior, resulta muy difícil; su propiedad de grupo de división por excelencia (cuya combatividad efectiva puede, sin embargo, variar según los Nosotros y los grupos integrados en su seno, según su situación jerárquica y según, finalmente, la estructura y la situación de la sociedad global); y, para terminar, el hecho de que sólo disponen de la imposición condicional, a la cual uno puede sustraerse abandonando su clase (lo que no es siempre posible y no excluye presiones intensas y sanciones violentas).

Podemos dar ahora una definición exhaustiva de las clases sociales: *las clases sociales son supergrupos particulares de vastísima envergadura, que representan macrocosmos de grupos subalternos, macrocosmos parciales cuya unidad está basada en su suprafuncionalidad, su resistencia a la penetración de la sociedad global, su incompatibilidad radical entre sí, su estructuración avanzada que implica una conciencia colectiva predominante y obras culturales específicas; estos supergrupos, que sólo aparecen en las sociedades globales industrializadas en que los modelos técnicos y las funciones económicas están particularmente acentuados, presentan, además, los rasgos siguientes: son grupos de hecho, abiertos, a distancia, de división y permanentes, que se mantienen sin organizar y sólo disponen de la imposición condicional.*

Con este esfuerzo por expresar el concepto de clase social, esperamos haber dado un ejemplo de la aplicación de los criterios que hemos establecido para la clasificación general de los tipos. Por otra parte, nuestra definición desemboca en una visión libre de todo preconcepto y de toda idealización, dogmatización o sublimación de las clases sociales, de las cuales no se podría predecir o determinar a priori el número, la fuerza, ni la intensidad de antagonismos de cada una, pero cuya acción en las sociedades globales industrializadas y en los países subdesarrollados que dependen de ellas nos parece capital. No se trata aquí de una solución dada de antemano, sino de un cuadro bien delimitado para servir de punto de partida a investigaciones empíricas en que la microsociología, la sociología de los grupos y el estudio de las estructuras de las sociedades globales deberán colaborar.

En el curso de nuestro análisis del problema de las clases, empleamos repetidas veces el concepto de estructura social, parcial y global. También hemos insistido en el carácter "estructurable" de los grupos, en oposición al carácter "aestructural" de las manifestaciones de sociabilidad. Es tiempo de que tratemos de precisar el concepto de estructura social, antes de pasar al estudio de los tipos de las sociedades globales.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

A) *Los agrupamientos particulares*

Bouglé (C.). *Les idées égalitaires* (París, 1899).

— *Essai sur le régime de castes* (París, 1907).

Carthwright (D.) y Zander (A.) (directores). *Group Dynamics* (Evanston, 1953).

Chapin (F.). *Contemporary American Institutions* (Nueva York, 1935).

Cooley (C.). *Social Organisation* (Nueva York, 1923).

Coyle (G.). *Social Process in Organized Groups* (Nueva York, 1930).

Dupréel (E.). *Traité de sociologie générale* (París, 1948).

Durkheim (E.). *Le suicide* (3ª ed., París, 1930).

Gurvitch (G.). *La vocation actuelle de la sociologie* (2ª ed., vol. I, París, 1957) (págs. 281-354).

— *Le temps présent et l'idée du droit social* (París, 1932).

— *Eléments de sociologie juridique* (París, 1940, págs. 179-209).

Gittler (J.). *Social Dynamics* (Nueva York, 1952, III Parte).

Halbwachs (M.). *Les cadres sociaux de la mémoire* (París, 1925).

— *Les causes du suicide* (París, 1930).

Hare (P.), Borgata (R.), Bales (F.) (directores). *Small Groups* (Nueva York, 1955).

Homans (C.). *The Human Group* (Nueva York, 1950).

Lewin (K.). *Frontiers in Groups Dynamics* (en *Human Relations*, vol. I, 1947).

— *Resolving Social Conflicts* (Nueva York, 1948).

Maunier (R.). *Essai sur les groupements sociaux* (París, 1929).

Scheriff (M.). *Groups in Harmony and Tension* (Nueva York, 1953).

Sorokin (P.). *Society, Culture and Personality* (Nueva York, 1947) (caps. 8-16).

— *Les tendances et les déboires de la sociologie américaine* (trad. francesa, París, 1959) (cap. X).

Znaniecki, (F.). *Social Groups (American Journal of Sociology)*, 1944.
— *Organisation sociale et institutions* (*Sociologie au XXe siècle*, vol. I, París, 1947) (cap. VIII).

B) *Las clases sociales*

Aron (R.). *Le développement de la societé industrielle et la stratification sociale* (curso roneotipado, fasc. I y II, París, 1956 y 1957).
Bouglé (C.) (director). *Inventaires* (vol. III, París, 1939).
Centers (R.). *The Psychology of Social Classes* (Nueva York, 1949).
Cole (G. D. H.). *Studies in Class Structure* (Londres, 1957).
Djordjevitch (G.). *Les rapports entre la notion d'État et la notion de classes sociales* (París, 1933).
Duverger (M.) (director). *Partis politiques et classes sociales* (París, 1955).
Geiger (T.). *Die soziale Schichtung des deutschen Volkes* (Berlín, 1932).
Goblot (E.). *Barrière et niveau.* Estudio sociológico sobre la burguesía francesa moderna. (París, 1925).
Gurvitch (G.). *Le concept de classes sociales de Marx à nos jours* (curso roneotipado, París, 1954).
— *La vocation actuelle de la sociologie* (2ª ed., vol. I, París, 1957) (págs. 354-399).
— *Déterminismes sociaux et liberté humaine* (París, 1955) (págs. 178-190).
— *La technocratie est-elle l'effet inévitable de l'industrialisation?* (*Industrialisation et technocratie*, París, 1948) (págs. 179-211).
Halbwachs (M.). *La classe ouvrière et les niveaux de vie* (París, 1913).
— *L'évolution des besoins dans les classes ouvrières* (París, 1933).
— *Les classes sociales* (curso roneotipado, París, 1938).
Lhomme (J.). *Le problème des classes* (París, 1938).
Lukács (G.). *Geschichte und Klassenbewusstsein* (Berlín, 1923).
Marx (K.). *La lutte de classes en France* (1850, ed. París, 1946).
— *Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte* (1852, et. París, 1946).
— *La guerre civile en France* (1871, ed. París, 1946).
Mills (C.). *White Collars* (Nueva York, 1951).
— *The Power Elite* (Nueva York, 1956).
Schmoller (G.). *Principes d'économie politique* (vols. II y V, trad. francesa, 1905 y 1908).
Schumpeter (J.). *Imperialism and Social Classes* (Nueva York, 1951).
Sorokin (P.). *Qu'est-ce qu'une classe sociale?* (Cahiers internationaux de sociologie, vol. II, 1947).
Veblen (T.). *Theory of the Leisure Class* (Nueva York, 1899).
Warner (W.) y **Lunt** (P.). *Social Class in America* (Nueva York, 1949) (« Yanky City Studies », vol. III).

4 LAS ESTRUCTURAS SOCIALES

El término y el concepto de estructura están actualmente de moda y en la mayoría de las ciencias ejercen una atracción considerable. Sin embargo, el sentido de ese término y el contenido de ese concepto están lejos de ser idénticos para todos los campos en que se los emplea. Con el fin de hallar un común denominador a todos los sentidos del concepto de estructura en lo tocante a las ciencias de lo real, creemos que se podría decir que se trata aquí de la tendencia general a abandonar la separación rígida de lo dinámico y lo estático, del movimiento y del reposo, así como el aislamiento del todo y sus partes. Desde este punto de vista, la atracción ejercida por el concepto de estructura en todas las ciencias es una manifestación patente de esa "dialectización de lo simple" que Bachelard ha señalado como una de las características de la ciencia contemporánea. Merleau-Ponty, a su vez, ha hecho resaltar el elemento intermediario que es propio de toda estructura y que hace "flexible" y "dialéctica" la estructura social [1].

Estas características del concepto de estructura, tal como se lo comprende actualmente, no resaltan en ninguna parte con tanta fuerza y claridad como cuando se trata de las estructuras sociales. En efecto, si no se trata de eludir los problemas que plantean las estructuras sociales [2], confundiendo en particular estas últimas con los "tipos" sociológicos y con los "modelos" (en los cuales las reglas de conductas efectivas son identificadas con una axiomática que pretende dirigir el análisis), cabe señalar varios sentidos en que las estructuras sociales se afirman como "intermediarias". Son intermediarias entre el "fenómeno social total" mismo y sus expresiones en las reglamentaciones sociales, sus manifestaciones en lo que se llama "las instituciones" [3] y sus exteriorizaciones en los aparatos organizados; son intermediarias entre el "fenómeno social total" y los varios significados humanos que se injertan en él; son intermediarias entre la "puesta en movimiento" y la estabilidad, así como entre actos y obras colectivos; son, finalmente, intermediarias entre la manera de ser de un fenómeno social total y su manera de verse y representarse...

---

[1] Véase *Compte rendu du Colloque sur le sens du mot Structure,* organizado por la VI Sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios, en enero de 1958 (págs. 22-23). Véase, asimismo, la intervención del eminente matemático GEORGES BOULIGAND en la discusión general de la *XXᵉ. Semaine de Synthèse,* dedicada a la *Notion de Structure* (1957, pág. 387), en la cual precisa que "la estructura lleva impreso un carácter dialéctico".

[2] A este respecto, véanse nuestras observaciones más adelante, y en *La vocation...* (vol. I. *op. cit.,* págs. 400 y sig. y 411-429).

[3] Véase más adelante, en este mismo capítulo.

Las razones que, en la actualidad, imponen a la sociología un interés particular por las estructuras, son múltiples.

Está, en primer lugar, la necesidad, a veces inconsciente, de deshacerse de las "sociologías del orden" y de las "sociologías del progreso". Las estructuras sociales no se reducen ni a uno ni a otro de esos términos, ni a su síntesis. Orden y progreso, en efecto, implican juicios de valores apenas disimulados y que, desde el ángulo sociológico, no hacen sino dogmatizar los puntos de vista divergentes y, en la mayoría de los casos, opuestos, de los grupos y a veces de las clases que se enfrentan en la realidad social.

En segundo lugar, el concepto de estructura social corresponde a la necesidad profunda de romper con la falsa división de la sociología en "estática" y "dinámica" sociales. La estructura social recurre a jerarquías múltiples que, al igual que sus equilibrios precarios, no quedan nunca en reposo en razón de su misma complejidad. La estructura social es un proceso permanente: está envuelta en un movimiento de desestructuración y reestructuración perpetuas porque es un aspecto de la sociedad en acción, que, en su calidad de "obra", no puede subsistir sin la intervención del "acto": esfuerzo de unificación y orientación que recomienza incesantemente.

En tercer lugar, el concepto de estructura social viene a oponerse a la separación artificial, en la vida social, de las conductas colectivas, por una parte, y de los modelos, significados, símbolos, ideas y valores, por otra; separación de la cual son responsables Max Weber, gran número de sociólogos norteamericanos y todos los representantes de los "culturalismos" abstractos. Al considerar las civilizaciones como entidades que se proponen estudiar "en sí", independientemente de las sociedades y los grupos que las producen o que se benefician con ellas, esos autores sólo han conseguido momificarlas. El problema de la relación entre civilización y sociedad encuentra una solución satisfactoria gracias al concepto de las estructuras sociales a las que sirven de armadura las obras culturales y las civilizaciones enteras, cimentando sus equilibrios múltiples, siempre precarios, con modelos, signos, señales, símbolos, ideas y valores que les son propios. En efecto, las estructuras sociales se revelan de una manera concreta como productoras a la vez que como productos de las obras culturales. Desde este punto de vista, nada sería más falso, como ya lo hemos señalado, que colocar autores como Ruth Benedict, con sus *Patterns of Culture*, entre los "estructuralistas". No se podría imaginar una posición que ignore más completamente el problema de estructura social.

En cuarto lugar, en sociología el concepto de estructura permite poner fin al abuso del término "institución". Las estructuras sociales son más que las instituciones y más que el conjunto de las instituciones de una sociedad. Las estructuras sociales están más próximas al fenómeno social total que las instituciones, ese aspecto "cadavérico" de la vida social, según la enérgica expresión de Mauss, quien ha contribuido primeramente a difundir el término institución en sociología y ha hecho luego lo posible para limitar el empleo del mismo y hasta para dejarlo a un lado. Tómese, entre las múltiples y contradictorias definiciones del concepto de institución[4], la más amplia, la de "lo que está preestablecido", u otra bastante restringida, la de "los grupos más importantes reconocidos en una sociedad" (Hiller y Panunzio), y se podrá verificar que son las instituciones las que presuponen estructuras, y no a la inversa[5]. "Los grupos más importantes en una sociedad", eso quiere decir; para ser más claro: la jerarquía de los grupos funcionales propia de un tipo de estructura global; sin embargo, en todas las estructuras globales, esa jerarquía es combatida y equilibrada por una serie de otras jerarquías, no sólo, por ejemplo, por las de las diferentes reglamentaciones, sino también, en ciertas estructuras, por las de las clases sociales... que a nadie se le ocurriría presentar como "instituciones". Al mismo tiempo, no se puede decir que las estructuras sean simplemente "preestablecidas", puesto que además de estar en continua revolución, su equilibrio es precario y no están nunca en calma, bien ordenadas, sino que presuponen, por el contrario, un perpetuo movimiento de estructuración, desestructuración y reestructuración en el cual participan todos los elementos del fenómeno social total.

En quinto lugar, el concepto de estructura social pone fin a las imprecisiones del concepto de organización del cual ha abusado mucho la sociología, sobre todo la sociología anglosajona. Sólo tiene sentido hablar de estructura social cuando se llega a una distinción clara entre ésta y la organización o las organizaciones que pueden constituir uno de los elementos que entran en los equilibrios de la estructura, o una de sus expresiones inadecuadas pero que no se identifican nunca con ella. Las organizaciones son "conductas colectivas preestablecidas, que están ordenadas, jerarquizadas y centralizadas, de acuerdo con modelos meditados y fijados de antemano en esquemas más o menos rígidos, formulados en estatutos"[6]. Las organizaciones constituyen solamente un plano y un piso de la realidad social, mientras que la estructuras sociales son pluridimensionales. No sólo un grupo o una sociedad global pueden estar perfectamente estructurados sin ser organizados, ni siquiera expresables en una sola organización (por ejemplo, las clases sociales, las naciones, y llegado el caso, las sociedades internacionales)[7], sino también las estructuras sociales, parciales o globales, se intercalan entre las capas más espontáneas de la realidad social y las organizaciones, haciendo el papel del *tertium gaudens,* "tercer ladrón" o "tercer hombre" que aprovecha la lucha entre los elementos mencionados para dominarlos con fines propios.

---

[4] Para los detalles, véase *La vocation...* (vol. I, *op. cit.*, págs. 78-79 y 423-426).

[5] Por eso la tentativa de T. Parsons de definir las estructuras sociales por las instituciones no da ningún resultado válido. *Social System* (1953, págs. 36-137 y sig. y 552); para la crítica, véase *La vocation...* (vol. I, *op. cit.*, págs. 418-427).

[6] Véanse capítulo I y *La vocation...* (*op. cit.*, vol. I, págs. 71-73, 193-203 y *passim*).

Las estructuras sociales constituyen, pues, un fenómeno mucho más complejo que las organizaciones. Si las estructuras no consiguen nunca expresar enteramente los fenómenos sociales totales, las organizaciones, tomadas separadamente o en conjunto, nunca logran representar adecuadamente las estructuras. Siempre subsiste aquí una diferencia considerable. Por ejemplo, ni las organizaciones políticas, sindicales, de consumidores, ni ninguna otra organización (religiosa, educativa, deportiva, etc.) representará jamás integralmente la estructura de la clase proletaria; de igual modo, ni el Estado, las Iglesias, una organización económica de planificación, ni ninguna otra organización, tomadas separadamente o en conjunto, podrán expresar nunca la estructura de una sociedad global, digamos la del colectivismo pluralista...

Entre los diferentes tipos de estructuras parciales o globales, se pueden distinguir equilibrios en que las organizaciones desempeñan un papel considerable (tal es el caso de nuestra época) y tipos de estructura en que su papel es mucho menos vasto, poco importante y hasta nulo. De todos modos, una organización, aun cuando existe, es siempre un elemento subalterno de una estructura.

Uno puede preguntarse cuáles son más dinámicas, si las estructuras o las organizaciones. Si se tomaran los términos "estructura" y "organización" en sí, se podría estar tentado de responder, contrariamente al británico R. Firth[8], que las estructuras son más dinámicas que las organizaciones porque están más envueltas que éstas en un perpetuo movimiento de renovación. Sin embargo, en realidad es imposible decidir la medida del dinamismo y la agilidad respectivos de las estructuras y de las organizaciones sin tener en cuenta el hecho de que estas últimas participan en el equilibrio complejo de las estructuras. Por eso depende todo del tipo de la estructura social: en un momento dado ésta hace las organizaciones más explosivas y activas que ella misma (es el caso de nuestra situación actual); en otro, al contrario, las organizaciones se hacen mucho más pesadas, rígidas y lentas (lo que sucedió en las estructuras patriarcales, feudales, en el Antiguo Régimen, etc.).

En sexto lugar, el concepto de estructura satisface la necesidad que la sociología experimenta de distinguir entre "estructura" y "situación" sociales. Las situaciones sociales, tranquilas o agitadas, favorables o desfavorables a determinada clase social o grupo, a determinada forma de sociabilidad, a determinada interpretación de las obras culturales, a determinada orientación política, religiosa, filosófica o científica y a determinada coloración de la mentalidad colectiva, fluctúan a menudo sin que sufran cambios las estructuras sociales en cuyo interior esas situaciones se manifiestan. Sin embargo, la relación entre estructura y situación es mucho más compleja de lo que parece a primera vista. En efecto, existen situaciones que pueden favorecer la desestructuración y la dispersión de las estructuras (¿la situación socioeconómica de fines del siglo XVIII no favoreció la Revolución Francesa?). Existen otras situaciones que incitan a la estructuración reforzada o a la reestructuración; existen, finalmente, otras que no interesan directamente a las estructuras. Inversamente, las estructuras sociales ponen muy a menudo su sello en las situaciones. Es por eso que, en definitiva, estructura y situación no se pueden ni aislar completamente, ni vincular demasiado estrechamente. No hay que olvidar nunca que una dialéctica es siempre posible entre los dos elementos, aunque no aparezca en juego en todos los casos. Sin embargo, lo que hay que tener siempre en cuenta —porque está allí el origen de toda situación— es la reacción (propulsiva o regresiva) del fenómeno social total que recuerda así su existencia.

---

[7] Ha habido siempre varias.

[8] R. FIRTH, *Elements of Social Organization* (1951, págs. 35-36).

En séptimo lugar, el concepto de estructura desempeña, en sociología, más o menos el mismo papel que el concepto de *Gestalt* en psicología. Las estructuras sociales son configuraciones y sustitutos de conjuntos en marcha, puestos de relieve y concretados. Son cohesiones concretas y móviles que suministran puntos de referencia a la tesis de que, en sociología, el todo es irreductible a los elementos que lo componen y forman parte de él, pero, al mismo tiempo, no puede subsistir sin ellos, ya que las dos cosas se mueven juntas. Las estructuras no son, en modo alguno, idénticas a los fenómenos sociales totales cuya existencia presuponen, aun cuando sean sobrepasadas por ellos, no sólo porque esos fenómenos contengan elementos no estructurables (microsociales), así como grupos no estructurados, y porque son los productores de las situaciones, sino porque los fenómenos sociales totales, esa materia ígnea, son los actos y las fuerzas volcánicas de las cuales las estructuras sociales no son más que las obras. Esto no impide, por otra parte, que la escala de los tiempos en que vive una estructura social se encuentre, no sólo atrasada con relación a la del fenómeno social total, sino, a veces también, adelantada con respecto a ella (como en el caso de las ciudades antiguas y las estructuras feudales)[9].

Como el concepto de *Gestalt* tiene por misión poner de manifiesto, en psicología, el hecho de que un conjunto de lo percibido precede actual o virtualmente a percepciones dispersas y, con más razón, a sensaciones separadas que sólo son elementos secundarios y subalternos, el concepto de estructura social tiene por misión destacar el hecho de que el conjunto social, por complejo que sea, precede virtual o actualmente a todas las jerarquías de escalas: las de los grupos y las clases, las de las manifestaciones de sociabilidad, las de los planos de profundidad, las de los modos de división del trabajo social y de acumulación, las de las diversas reglamentaciones sociales (religión, magia, derecho, moral, conocimiento, arte y educación); las de los modelos, signos, señales, símbolos, ideas y valores, y las de los tiempos y los determinismos. Y es precisamente un equilibrio precario de todos esos elementos o algunos de ellos lo que caracteriza una estructura social, parcial o global. En psicología, la *Gestalt* se identifica tan poco con el "fenómeno psíquico total" como, en sociología, la estructura social con el "fenómeno social total"; la *Gestalt* es tan "intermediaria" como la estructura, y, como los dos géneros de fenómenos totales se recubren en parte, no nos asombraremos de que sus sustitutos cercanos desempeñen papeles análogos.

---

[9] Véase más adelante, cap. V.

En octavo lugar, cuando uno se propone estudiar los tipos de sociedades globales (que hay que distinguir de los tipos microsociológicos o formas de sociabilidad, de los tipos de grupos particulares y de las clases sociales), sólo es posible establecer una tipología partiendo de sus estructuras. En efecto, contrariamente a los grupos particulares, que son estructurables pero no siempre estructurados (basta citar los estratos económicos, los grupos de jóvenes, los públicos, los grupos de consumidores, etc.), y a las clases sociales, que pueden hallarse simplemente en proceso de estructuración, toda sociedad global, sin excepción, posee una estructura. El estudio del tipo de ésta es el único medio de proceder a la construcción de tipos de fenómenos sociales totales globales. Evidentemente, estos últimos son infinitamente más ricos que sus estructuras, las cuales son solamente sus obras, sus aspectos, sus sectores parciales. Las estructuras admiten una tipología más fácilmente de lo que lo hacen los fenómenos sociales totales de carácter global. Sin embargo, hay que poner mucha atención y no confundir una construcción conscientemente artificial, hecha por el sociólogo y que tiene únicamente validez operatoria —el tipo— con la estructura que designa un sector, una parte de la realidad social misma. El tipo es siempre un artificio, la estructura es siempre una realidad. Por eso, se puede hablar de los tipos de los elementos aestructurales y no estructurados de la realidad social, así como de los tipos de estructuras y de los tipos de fenómenos sociales totales que sobrepasan sus estructuras.

Antes de llegar a precisar nuestra interpretación de las estructuras sociales, estas consideraciones nos permitirán considerar algunos abusos y errores en su concepción. Hemos dado cuenta de ellos, en forma detallada en *La vocation actuelle de la sociologie*, a la cual remitimos al lector. Aquí, nuestras observaciones tendrán más bien el carácter de réplicas. Pero para que las mismas sean comprensibles, notemos primeramente que el concepto de estructura social aparece a menudo, sobre todo en la literatura anglosajona, como un término cómodo para evitar las consecuencias del nominalismo individualista que reduce la realidad social a un "polvo" de "relaciones sociales", a "comunicaciones" (de las cuales no se ve la base), o bien, en el mejor de los casos, a un montón de "papeles", "estatutos" y "modelos" de conductas y valores más o menos dispersos a los cuales no se les encuentra el fundamento de su validez, ni el principio de su integración en un todo social real. Es así como el lamentado A. R. Radcliffe-Brown —el distinguido etnólogo británico— confiesa él mismo que emplea "el término de estructura social para indicar una red *(network)* de relaciones sociales existentes"[10], su unificación en una "red que posee una continuidad" y en la cual entrarían "posiciones y papeles sociales"; de esta manera se manifestaría la estructura social como realidad concreta[11]. Sin embargo, la estructura social concreta cambia sin cesar, lo mismo que las relaciones sociales y los individuos que participan en ellas; esto no impediría, sin embargo, su "continuidad dinámica" a través del tiempo, su "larga duración" durante un período más o menos prolongado. Según Radcliffe-Brown, esta "paradoja" se resuelve por la distinción entre las "estructuras concretas" y su forma estructural (*structural form*); esta última se mantiene casi siempre invariable cuando "las relaciones sociales" y aun sus géneros y caracteres han sufrido modificaciones sorprendentes[12]. En resumen, la distinción, insuficientemente precisada, entre "relaciones sociales" y "estructuras sociales", permite evitar el estudio dialéctico profundo del juego complejo entre una totalidad colectiva real, sus elementos constituyentes y sus participantes; además, la distinción entre "estructura concreta" y "forma estructural", al llevar a sustituir la "estructura real" por su "tipo", permite así, a su vez, eludir el estudio de la estructuración, la desestructuración y la reestructuración cuyo engranaje constituye todo el interés del problema de la estructura social.

Uno de los discípulos de Radcliffe-Brown, Fortes, al declarar que las estructuras son "siempre una abstracción que sirve de punto de referencia para analizar las situaciones concretas"[13], abandona, con esta escapatoria, la idea de que la estructura es propia de la realidad social (idea a la cual adhería el maestro). Abre así el camino a las decepcionantes hazañas de Lévi-Strauss, el cual deja escapar el problema a causa de la identificación, tan estéril como vana, que hace del "tipo", de la "estructura" y del "modelo". Este último término implica, además, una confusión patente entre los "modelos de conductas" reales (que son una dimensión de la realidad social) y los "modelos que guían el análisis del observador". Esta confusión lleva al autor a no reconocer sino la posibilidad de las estructuras-tipos-modelos parciales y a reprocharme el "imaginar que una sociedad, como tal, posea una estructura"[14]. No obstante el estilo altanero del autor y la satisfacción que le proporcionan sus trabajos, no aporta ninguna prueba de que no haya destruido por completo los "fenómenos sociales totales", tanto globales como parciales. La confusión entre tipo, modelo y estructura "formalizados" es el error clásico del intelectualismo, del idealismo y del nominalismo en los cuales este etnólogo jactancioso, que se dice "estructuralista", cae plenamente y se complace.

---

[10] *On Social Structure* (Journal of the Royal Anthropological Institute, vol. LXX, 1940); estudio incluido en su libro *Structure and Function in Primitive Society* (1952, pág. 190; colección publicada por Evans Pritchard y F. Eggan).

[11] *Ibíd.* (pág. 192).

[12] *Ibíd.* (págs. 192-193).

[13] Meyer Fortes, *Time and Social Structure. An Ashanti Case Study* (colección en honor de A. R. Radcliffe-Brown intitulada: *Social Structure;* 1949, págs. 54-64).

Por otra parte, el particular interés que los etnógrafos recientes sienten por el problema de las estructuras se explica por la dificultad que tienen en alcanzar, más allá de la estructura, el fenómeno social total mismo, en el cual su desorientación les impide participar. Pero esto implica la peligrosa tentación que consiste en sustituir la estructura, que es real, con el tipo de la misma que es una construcción del observador y contra la cual los observados no pueden protestar... A este respecto, los sociólogos se hallan en mejor posición que los etnógrafos. Por eso es que la conciencia de la diferencia entre "tipo social" y "estructura social", entre "tipo de estructura" y tipo de "fenómeno social total", así como de la manifestación inadecuada del fenómeno total en la estructura, tiene probabilidades de hacerse más clara en los sociólogos que en algunos etnógrafos, sobre todo cuando se abordan las sociedades históricas, es decir prometeanas. Aquí, los fenómenos sociales totales, por estar prontos a sobrepasar las estructuras que los revisten y por acentuar las situaciones, tienden a plantear el problema de los pasajes entre diferentes tipos de estructuras, conduciendo así a las fronteras y a las interpenetraciones entre la sociología y la historia.

Creemos haber preparado el terreno para dar una definición del concepto de estructura social y precisar el lugar que la estructura ocupa en la realidad social. No se puede hablar de la estructura social sin colocarla y situarla en un fenómeno social total. Hay, en primer lugar, un todo social, parcial o global. Ese todo prima, a la vez ontológica y metodológicamente, sobre su propia estructura, siempre que ésta exista. Es mucho más rico que ella y su plenitud implica más lo inesperado. Se observan fenómenos sociales totales sin estructura, ya sean aestructurales (por ejemplo, manifestaciones de sociabilidad), o que no están estructurados por diferentes razones. El problema de la estructura social sólo se plantea en la escala macrosociológica, con relación a las unidades colectivas reales, ya se trate de los grupos particulares, las clases sociales o las sociedades globales (tribus, ciudades, imperios, naciones, sociedades internacionales). Las sociedades globales son las únicas que no pueden existir sin estar estructuradas:

---

[14] *Anthropologie structurale* (1958, págs. 355, 357 y 98).

las clases sociales se esbozan en cuanto comienza su estructuración y los grupos particulares pueden quedar sin estructura, aun siendo estructurables. Ningún macrocosmos social, aunque esté claramente estructurado, se reduce nunca a su estructura; las estructuras son sustitutos, intermediarios, obras complejas, armazones de fenómenos sociales totales que las sobrepasan (estando adelantados o atrasados con respecto a ellas), que están diferenciados de ellas, aun cuando participan con actos en su estructuración o dispersión.

¿Qué agrega la estructura al engranaje de un grupo particular? En primer lugar, una jerarquía específica de planos de profundidad, formas de sociabilidad, modelos, signos, señales, símbolos, reglamentaciones sociales y tiempos y determinismos; luego, una clara toma de conciencia de su existencia y su irreductibilidad a otras unidades colectivas; finalmente, hasta un equilibrio, precario, entre las múltiples jerarquías que acabamos de mencionar. Otros elementos intervienen además en las estructuras sociales globales: la jerarquía de los grupos funcionales, la de los modos de división del trabajo social y de acumulación; a lo que se agrega la participación decisiva, como productor y beneficiario, en una civilización precisa, la cual refuerza la armadura cimentando el equilibrio.

Vemos, pues, que las características más sobresalientes de una estructura social, sea parcial o global, son: a) jerarquías múltiples, la mayoría de las veces en tensión, si no en competencia; b) su equilibrio manifiesto y al mismo tiempo precario, que exige esfuerzos y actos siempre renovados; c) la clara conciencia colectiva de esas jerarquías múltiples y de su equilibrio precario; d) el armazón que cimenta ese equilibrio a fin de combatir la condición precaria, por decirlo así, de su constitución; e) el movimiento de estructuración, desestructuración, reestructuración o dispersión que vincula la estructura a la "sociedad en acción".

Hemos insistido ya en este capítulo en la diferencia esencial entre estructura y organización y hemos mencionado el papel de la estructura social como *tertium gaudens*, "tercer hombre" o "tercer ladrón", que aprovecha la lucha entre lo organizado y espontáneo en la vida social para dominarlos con fines propios, sin lograrlo siempre, por otra parte. De esto resulta que la organización o las organizaciones pueden participar en el equilibrio entre las múltiples jerarquías que constituyen una estructura social; pero lo contrario no es nunca posible: una estructura social no se deja nunca integrar o absorber en una organización. Por eso es que la identificación de los términos "estructura" y "régimen" (este último refiriéndose más bien a las formas de organización) nos parece peligrosa. Por otra parte, si se puede decir que las estructuras sociales sirven de base a las organizaciones más fácilmente que cualquier otro elemento de la realidad social, eso no impide, sin embargo, el hecho siguiente: estructuras sociales tan avanzadas y relativamente firmes como las de las clases sociales y las de las sociedades globales no pueden ser representadas por una organización única pero dan origen a varias organizaciones competidoras.

Finalmente, no nos parece acertado hablar de estructuras (aun parciales) representadas por actividades sociales diferenciadas (por ejemplo, estructuras técnicas, culturales, jurídicas, etc.). Si los términos "estructuras económicas", "estructuras políticas", "estructuras religiosas", etc., nos parecen más aceptables, es porque se puede y se debe vincularlos, no a actividades o funciones como tales, sino a la existencia misma de grupos reales, como los oficios, profesiones, granjas, talleres, fábricas, empresas industriales, sociedades anónimas, bancos, *trusts,* monopolios, etc., o sus bloques y encadenamientos (esto, para la "estructura económica"); o tales como los grupos de vecindad, comunas, pueblos, ciudades, provincias, regiones, o su bloque que es el Estado (esto, para las "estructuras políticas"'; tales, finalmente, como las iglesias, las órdenes, las parroquias, las sectas etc. (para las "estructuras religiosas").

Las estructuras sociales globales o parciales no son estables sino que se hallan en movimiento perpetuo, lento y atrasado, o adelantado con respecto a sí mismo. La escala de los tiempos en que se mueven muestra, en la mayoría de los casos, una diferencia con la escala de los tiempos en que viven los fenómenos sociales totales que subyacen a ellas. Estos últimos pueden siempre hacer irrupción en las estructuras, como materia ígnea, fuerza volcánica en ebullición, o bien como contrapeso que disminuye la velocidad del movimiento. De todas maneras, las estructuras son tributarias de los fenómenos sociales totales que las trascienden y de los cuales sólo logran ser la expresión muy parcialmente. Las estructuras son obras que requieren una intervención siempre renovada de los actos. Dichos actos provienen, en gran parte, de los fenómenos sociales totales, esas encarnaciones de la "sociedad en acción". Pero esta dialéctica del acto y de la obra, implicada en las estructuras, les da la posibilidad de servir, a la vez, de puntos de partida para nuevos actos y de puntos de referencia particularmente manuables (ya que son articulados) para la construcción de los tipos de estructuras globales (con las cuales no deben, evidentemente, ser confundidas).

Creemos estar ahora en posesión de todos los elementos indispensables para proponer una definición lo más completa posible del concepto de estructura social:

Toda estructura social es un equilibrio precario, que debe rehacerse sin cesar con un esfuerzo renovado, entre una multiplicidad de jerarquías en el seno de un fenómeno social total de carácter macrosociológico, del cual sólo representa un sustituto aproximado: equilibrio entre jerarquías específicas de los planos en profundidad, de las manifestaciones de sociabilidad, de las reglamentaciones sociales, de los tiempos sociales, de las coloraciones de lo mental, de los modos de división del trabajo y de acumulación, y, llegado el caso, de los grupos funcionales, de las clases y de sus organizaciones; este equilibrio de las jerarquías múltiples está armado y cimentado por los modelos, signos, símbolos, papeles sociales regulares y habituales, valores e ideas; en una palabra, por las obras culturales que son propias de esas estructuras y, si son globales, por una civilización entera que las sobrepasa y de la cual forman parte, a la vez como productores y como beneficiarios.

Nos parece que una definición semejante demuestra claramente que no existe la menor razón para otorgar privilegios, en sociología, a las estructuras sociales desde el punto de vista de la axiomática o de la cuantificación, que ésta se expresa generalmente por medio de medidas métricas o especialmente por medio de ecuaciones matemáticas. Algunos planos en profundidad de la realidad social se prestan mejor que otros a la medida y a las estadísticas matemáticas; por ejemplo, la base morfológica, los modelos técnicos y económicos y las conductas regulares. Pero los equilibrios precarios entre las jerarquías múltiples, que representan uno de los aspectos de los fenómenos sociales totales macrosociológicos, resisten mucho más que gran número de otras materias sociológicas a la aplicación de estos procedimientos. En realidad, conviene destacar el hecho de que la suerte del concepto de estructura social se juega en la alianza entre sociología, historia, etnología y economía, y no en el campo de las estadísticas matemáticas.

Estas observaciones nos preparan para los análisis del próximo capítulo, consagrado a "las sociedades globales y sus tipos", pues, para establecer esos tipos, hay que pasar por el estudio de los tipos de estructuras en las cuales se expresan esas sociedades.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Fortes (M.). *Time and Social Structure (Social Structure)*, colección publicada en honor de Radcliffe-Brown (Oxford, 1949).

Goldstein (K.). *La structure de l'organisme* (traduc. francesa, París, 1951).

Grangé (G.). *Evénement et structure dans la Science de l'Homme* (Cahiers de l'Institut de Science économique appliquée, 1957, nº 55, serie M. nº 1) (págs. 24-44).

Gurvitch (G.). *La vocation actuelle de la sociologie* (2ª ed., vol. I, 1957) (págs. 400-412).

— *Structures sociales et systèmes de connaissances* (*Notion de structure et structure de la connaissance*, XXᵉ Semaine de la Synthèse, París, 1957) (págs. 291-342).

— *Une source oubliée des concepts de structure sociale et de fonction sociale:* H. Spencer (Cahiers internationaux de Sociologie, 1957, vol. 23, págs. 111-121).

Lévi-Strauss (C.). *La notion de structure en ethnologie* (Anthropologie structurale, París, 1958, cap. XV).

Lhomme (J.). *Sociología de los sistemas, regímenes y estructuras económicas*, en Gurvitch (G.) (dir.), Tratado de Sociología, tomo I, Editorial Kapelusz, Buenos Aires (sección IV, cap. II).

Marx (K.). *La critique de l'économie politique* (Introduction, 1859, trad. franc., París, ed. 1946)

Notion de structure et structure de la connaissance, XXᵉ Semaine de Synthèse (colección) (París, 1957).

Parsons (T.). *Eléments pour une sociologie de l'action* (trad. francesa, París, 1955).

Radcliffe-Brown (A.). *Structure and Fonction in Primitive Society* (Glencoe, 1952).

5 LAS SOCIEDADES GLOBALES Y LOS TIPOS DE ESTRUCTURAS

Las sociedades globales son los fenómenos sociales totales a la vez más vastos y más importantes, los más ricos en contenido y de más ascendiente en una realidad social dada. Aventajan en plenitud y autoridad, no sólo a los grupos funcionales y a las clases sociales, sino hasta a sus jerarquías en conflicto. Estos "macrocosmos de macrocosmos sociales" poseen una soberanía jurídica que delimita la competencia de todos los grupos integrados en ellas (incluso el Estado, cuya soberanía jurídica no ha dejado nunca de ser relativa y subordinada, a pesar de todas las apariencias en contrario). Las sociedades globales poseen igualmente una soberanía social sobre todos los conjuntos que forman parte de ellas, es decir, que gozan de una cierta preponderancia de hecho; pueden afirmar una soberanía económica, pero éste no es siempre el caso [1]. La sociedad global es siempre estructurada (y no solamente estructurable) y en su estructura entran habitualmente organizaciones. Pero ni las estructuras (globales o parciales), ni, con más razón, las múltiples organizaciones expresan nunca el fenómeno social total global, no sólo por ser éste suprafuncional por excelencia, sino también por ser la más movible y la más rica de todas las infraestructuras macrosociológicas. En otras palabras, hay siempre más flujo y reflujo en el fenómeno social total global que en su estructura, ya que las estructuras globales tienen tendencia a ser más firmes que las estructuras parciales. Estamos aquí colocados en presencia de una doble escala de tiempos: más rigurosamente jerarquizada y unificada en la estructura global, más incierta y activa en las sociedades globales mismas; estas dos escalas son susceptibles de desplazarse con una intensidad variada en sentidos inversos (cada una puede inclinarse hacia el atraso o el adelanto con respecto a la otra) [2]. Desde el punto de vista morfológico, las sociedades globales son, en su mayoría, de vastísima envergadura; esta característica se encuentra en las naciones modernas tanto como en los Imperios orientales o en la Roma imperial, sin insistir sobre las diversas sociedades internacionales. Sólo las tribus, las sociedades patriarcales y algunas ciudades antiguas han sido de envergadura a menudo reducida, sin que les faltara, por otra parte, la tendencia hacia la expansión. No se puede ni considerar aparte, ni identificar "sociedad global" y "área de civilización". Es fácil observar que entre una sociedad global, su estructura cimentada por las obras culturales de una civilización y esa civilización misma, existen relaciones dialécticas que deben ser estudiadas en todas sus sinuosidades concretas.

---

[1] Véase nuestros *Elêments de sociologie juridique* (París, 1940, págs. 202-209) y nuestro estudio *Sovereignty and its Fate in the Postwar Society* (Journal of Legal and Political Sociology, vol. II, 1943, págs. 30-51).

[2] Véase, a este respecto, nuestro curso roneografiado *La multiplicité des temps sociaux* (París, 1959, lecciones X-XIV).

Como ya tuvimos ocasión de comprobarlo en los capítulos precedentes, para establecer los tipos de sociedades globales es menester, dada su extrema riqueza, pasar por sus estructuras, las cuales admiten una serie de criterios como puntos de apoyo para su clasificación. Sin embargo, se debe siempre dar un salto para alcanzar, más allá del tipo de estructura, el tipo del fenómeno global mismo. Ese salto es particularmente peligroso cuando se trata de las sociedades llamadas arcaicas a las que nosotros nos sentimos esencialmente extraños. La excesiva importancia que los etnólogos modernos atribuyen a los más mínimos detalles de las estructuras arcaicas, y por consiguiente, la excesiva multiplicación de sus tipos, lo mismo que el recurso abusivo a lo inconsciente y a lo subconsciente, característicos de sus conjuntos globales subyacentes, pueden servir como índice de las dificultades especiales que surgen aquí a propósito de los tipos de las sociedades globales.

Entonces, para simplificar, los tipos de sociedades globales que vamos a establecer serán tomados de ese círculo privilegiado de la realidad social que se puede titular "realidad histórica", pues en él se descubre el "elemento prometeano" de la toma de conciencia colectiva e individual en lo concerniente a la capacidad de la intervención activa y eficaz de la libertad humana en la vida social. Admitiendo, en particular, que dicha intervención pueda cambiar, desestructurar, reestructurar, sino hacer saltar las estructuras globales, una dialéctica abierta y consciente entre tradición, reforma y revolución se manifiesta en esas sociedades provistas de "historicidad". Tal dialéctica asegura los lazos (transmitidos o hallados en rastros) con nuestra propia sociedad. Sin embargo, estudiaremos esas sociedades globales, no como historiadores (singularizándolas hasta el límite y buscando la continuidad de los pasajes), sino como sociólogos (generalizándolas tanto como sea posible en tipos cualitativos discontinuos).

Ya hemos mencionado en otro capítulo[3] los criterios más importantes para establecer los tipos de estructuras globales y para pasar de ahí a los tipos de las sociedades globales mismas. Recordemos esos criterios: a) la jerarquía de los grupos funcionales, a veces en competencia con las de las clases sociales; b) la combinación probable de las formas de sociabilidad que se actualizan en el conjunto global y en los grupos particulares; c) la acentuación de los planos en profundidad cuya importancia, dinamismo y relaciones mutuas varían;

---

[3] Véase anteriormente, cap. IV, págs. 241-243 y 1a. Parte, Cap. I, págs. 26-27.

d) la escala de los modos de división del trabajo y de acumulación; e) la jerarquía de las reglamentaciones sociales o "controles sociales"; f) el sistema de los modelos, signos, señales, reglas, símbolos, ideas y valores; en resumen, de las obras culturales de una civilización, las que cimentan la estructura global; g) la escala de los tiempos sociales; h) la jerarquía de los determinismos sociales, que da la fórmula específica del determinismo sociológico que varía con cada tipo de sociedad (a este último aspecto consagramos, más adelante, la III parte del capítulo VI).

Los tipos de sociedades globales prometeanas o históricas, establecidos partiendo de sus estructuras y sobrepasándolas para llegar a los fenómenos sociales totales globales mismos, serán para nosotros los siguientes:

1) las teocracias carismáticas;
2) las sociedades llamadas patriarcales;
3) las sociedades feudales;
4) las sociedades globales en que predominan las ciudades-Estados que se transforman en imperios;
5) las sociedades que dan nacimiento a los comienzos del capitalismo y al absolutismo llamado "ilustrado";
6) las sociedades globales democrático-liberales que corresponden al capitalismo de concurrencia.

A esta lista, se agregan cuatro sociedades globales que están en lucha actualmente:

7) la sociedad "dirigista" correspondiente al capitalismo organizado, plenamente desarrollado;
8) la sociedad fascista de base tecnoburocrática;
9) la sociedad organizada según los principios del estatismo colectivista [4];
10) la sociedad organizada según los principios del colectivismo pluralista.

1. *Las teocracias carismáticas.* Se trata de las sociedades globales cuyo carácter muy relativamente homogéneo y cuya unificación difícil de alcanzar se deben a la preeminencia que han obtenido, sobre todos los otros grupos, el Estado y la Iglesia, identificados en una sola organización que halla su encarnación suprema en un Rey-Sacerdote-Dios viviente. Los poderes que detentan las dinastías y sus representantes tienen un carácter a la vez sobrenatural y personal (carismático). Citemos como ejemplos diversos: Babilonia, Asiria, el Reino Hitita, Egipto, Persia, China, el Japón antiguo, el Tibet y la India y, finalmente, bajo una forma especial, los Califatos islámicos bajo las dinastías de los Omeyas y de los Abasidas, de los siglos III a XII; y muy probablemente también el Imperio de los Incas, en el Perú.

---

[4] Para una exposición más detallada, véase nuestra *Vocation...* (*op. cit.*, vol. I, págs. 443-504).

Las estructuras de estas sociedades se caracterizan por los siguientes rasgos: a) predominio del Estado-Iglesia sobre los demás grupos, algunos de los cuales, tales como la familia patriarcal en China y Japón, la casta de los sacerdotes en Egipto y la India, los grupos militares, y, en un plano inferior, las cofradías profesionales de los comerciantes y los artesanos, se muestran muy vivaces; b) predominio de las Masas sobre las Comunidades y las Comuniones (estas últimas limitadas a los grupos de los sacerdotes o los iniciados en cultos especiales); c) acentuación, primeramente, de las organizaciones de gran envergadura; luego, de la base morfológica; sólo en tercer término vienen las creencias y los símbolos religiosos y místicos, así como los mitos que constituyen el segundo plano; d) división del trabajo técnico, a menudo avanzada, estando algunas técnicas muy desarrolladas (así la técnica de los embalsamadores, en Egipto, y la de los cinceladores en China); e) en la jerarquía de las reglamentaciones sociales, la religión, la magia y los mitos no tienen la preeminencia incontestada que se podría esperar, pues la moralidad tradicional, la moralidad imperativa, el conocimiento técnico, el derecho profano y el arte, limitan la religión y la magia; f) en el sistema de las obras culturales, el carácter místico de estas estructuras se extiende más bien en la superficie y no penetra en su profundidad; g) en la escala de los tiempos, ocupan las posiciones de mando el tiempo cíclico de carácter místico-mitológico y el tiempo engañoso en que se mueven las enormes organizaciones; pero, a esta escala de tiempos se opone la del fenómeno global mismo, en la cual domina una lucha encarnizada entre el tiempo adelantado y el tiempo atrasado, acompañada por el tiempo de latidos irregulares.

Por otra parte, ello es verdad para toda esta estructura global. La teocracia sólo es un cómodo biombo oficial. Todo ocurre como si, al abrigo de la estructura teocrático-carismática que sólo representa una expresión oficiosa y muy limitada, los fenómenos sociales totales de las sociedades globales subyacentes llevaran una vida mucho más rica y mucho más agitada de lo que parece a primera vista. Todo lo que sabemos de éstas es que grandes capas de la vida social se desarrollan en el sentido de la dominación del racionalismo, del cálculo económico, del comercio, del derecho individual de obligación, de contrato, de prenda, de crédito, de la multiplicación de los grupos particulares laicos como los grupos profesionales o los gremios en Egipto y las sociedades comerciales en los Califatos. Por otra parte, se agitan grandes masas heterogéneas de pueblos conquistados y esclavos. Las estructuras teocrático-carismáticas no tienen una vida tranquila, como se podría esperar oficialmente; se dispersan en los diversos recodos, sufren revoluciones —prueba de que son sobrepasadas por sus fenómenos totales subyacentes.

2. *Las sociedades patriarcales.* No ocurre lo mismo en las sociedades llamadas patriarcales, en las cuales vamos a comprobar una marcada equivalencia entre la estructura y el fenómeno social total.

En este tipo de sociedad global, la estructura se halla basada en la preeminencia exclusiva del grupo doméstico-familiar de gran envergadura, fundado en el parentesco de sangre vinculado, con preferencia, a la filiación masculina, polígama o no. Este grupo absorbe todos los demás grupos, tales como los de actividad económica, de localidad y de vecindad (si es sedentario), de sexo, de edad y, finalmente, los grupos místico-extáticos. Todas las actividades económicas, políticas y religiosas se encuentran reunidas en el hogar de la familia doméstico-conyugal, siendo el patriarca a la vez padre, propietario-empresario, sacerdote y jefe político. La familia doméstica se encuentra así erigida simultáneamente en empresa económica, en Estado político y en Iglesia. Sin embargo, el aspecto de padre y el de propietario-empresario está mucho más acusado que el de jefe político y, sobre todo, que el de sacerdote. En efecto, los dioses o el Dios del cual el patriarca es servidor son, en primer lugar, dioses familiares o domésticos. Aquí la religión está enteramente al servicio del hogar, implica un misticismo sumamente reducido y sirve más bien de garantía moralizadora.

Esta observación se aplica tanto al tipo de estructura que se desprende del *Antiguo Testamento*, como al que se adivina a través de la *Odisea* y la *Ilíada*; a la familia romana antes de su integración en la ciudad, como a la *Hausgenossenschaft* germánica (asociaciones de varios patriarcas). Es interesante señalar que las supervivencias o las analogías de este tipo de sociedad y de estructura global —que se pueden verificar, por ejemplo, en los latifundios del Alto Imperio Romano, en las zadrugas eslavas, en las monarquías patrimoniales (tal es el caso, entre otros, de la Monarquía franca, de los siglos VI a IX), etc.—, se combinan con religiones muy diferentes: monoteísmo y politeísmo, paganismo, judaísmo, cristianismo, etc. Esto demuestra que, en la vida de esas sociedades y en el equilibrio de sus estructuras, la religión tiene tendencia a no desempeñar más que un papel secundario. Esta estructura se caracteriza, entre otras cosas, por la falta de diferenciación de los poderes, la debilidad excepcional, si no la ausencia, de los grupos particulares y el ambiente casi racional y laico de su funcionamiento (*Veralltäglichung des Charismas*, según la expresión de Max Weber).

Si aplicamos nuestros criterios, podemos trazar la imagen siguiente de esta estructura global: a) predominio absorbente del grupo doméstico-familiar; b) preeminencia de los Nosotros sobre las relaciones con los Otros; de la Comunidad sobre la Masa y la Comunión que se manifiestan apenas; de los Nosotros pasivos sobre los Nosotros activos; c) en la cima de la escala en que se escalona la realidad social se sitúan modelos de diferentes géneros, de carácter rutinario por excelencia, y las conductas regulares correspondientes, con preferencia tradicionales y consuetudinarias más bien que rituales o relacionadas con los procedimientos. Una generalización abusiva de la situación propia del tipo de la sociedad y de la estructura patriarcales ha llevado a gran número de sociólogos y filósofos a repetir muchas veces que toda sociedad es rutinaria, tradicionalista, estancada, inclinada hacia la inmovilidad, "cerrada". Todo eso es verdad solamente en el caso de la estructura patriarcal. En el segundo lugar entre los planos en profundidad, encontramos la base morfológica y ecológica: la fecundidad de la familia doméstico-conyugal, su envergadura, su densidad, su "medio" llamado natural. En tercer término, vienen los símbolos, tanto racionales como místicos. Luego, los papeles sociales: primogénito, benjamín, adoptado, esclavo, etc. Todos los otros planos son relegados a segundo término, incluso las organizaciones; d) la división del trabajo técnico está muy poco desarrollada; la división del trabajo social —reducida a los grupos de edad y sexo, así como a los descendientes, adoptados y esclavos; e) en la jerarquía de las reglamentaciones sociales o de los "controles sociales", la moralidad tradicional y la moralidad de las imágenes simbólicas ideales ocupan el primer lugar; f) las obras culturales se limitan a las tradiciones épicas recitadas; a los cantos, danzas y fiestas; al lenguaje hablado y escrito; a los cultos, ritos y revelaciones de orden religioso; g) en la escala de los tiempos, finalmente, el tiempo de larga duración y de movimiento lento y el tiempo atrasado con relación a sí mismo se combinan de una manera apacible con el tiempo cíclico de las estaciones, por una parte; de la religión, por otra. Con ellos solamente compite el tiempo de latidos irregulares provocados, sea por *complots* en el interior de la familia patriarcal (por ejemplo, las intrigas de los benjamines contra los primogénitos, las luchas entre los descendientes y los adoptados, el descontento de los esclavos), sea por hambres causadas por la sequía, las lluvias, las epidemias, el agotamiento del suelo, las invasiones y las guerras.

3. *Las sociedades feudales.* Si se pasa de las sociedades patriarcales a las sociedades feudales, el ambiente cambia, una vez más, radicalmente. Nos encontramos nuevamente frente a un tipo de sociedad en la cual la diferencia entre la estructura global y el fenómeno social total que ella recubre es extremadamente marcada. Sin embargo, si en el tipo teocrático-carismático se trata, en apariencia al menos, de una estructura muy unificada, en el tipo feudal, esta estructura se revela pluralista al extremo: varias jerarquías de grupos y reglamentaciones sociales se encuentran allí en competencia y entran en equilibrios complejos. Si, en el tipo teocrático-carismático, la escala de tiempos que se afirma en la sociedad global es visiblemente más agitada, más volcánica, con más tendencia hacia el adelanto y el porvenir que la escala de tiempos propia de su estructura, en el tipo feudal vamos a observar una situación completamente opuesta: la escala de tiempos propia del fenómeno social global es mucho más favorable a la larga duración, al movimiento lento, al retardo, a la dominación del pasado sobre el presente y el porvenir que la escala de tiempos de su estructura.

El feudalismo europeo se sitúa entre los siglos x y xiv, designados como la Edad Media; en Francia, Inglaterra, Flandes y Alemania, este sistema posee rasgos particulares que los historiadores estudian. Se distingue de otros tipos de feudalismo (tales como los feudalismos egipcio, japonés, chino, ruso, etc.) por su extremado pluralismo de jerarquías múltiples y equivalentes.

La estructura feudal global se expresa en cinco jerarquías diferentes que se hallan en competencia:

1. *Federación jerarquizada de los grupos militares*, sobre la base del homenaje del vasallo, de la devoción personal del vasallo por el señor, la que da lugar a los feudos superpuestos que implican prestaciones y obligaciones militares.

2. *Jerarquía de los grupos patrimoniales*, dotada de carácter económico y que se manifiesta bajo el doble aspecto de las relaciones entre señores y campesinos, detentadores de tierras a títulos diversos y de las relaciones entre señores y vasallos, cuando el feudo se hace hereditario y pasa al patrimonio del vasallo.

3. *Jerarquía encabezada por el Estado monárquico*, la que no parece tener suficiente eficacia, ni bajo la forma del Santo Imperio Romano-germánico, ni bajo la del conjunto de los principales señores de una región, apenas vinculados por el rey feudal, "el primero entre sus pares". El carácter mismo del Estado como bloque de grupos de localidad, como conjunto territorial por excelencia, se ve fuertemente afectado.

4. *Jerarquía eclesiástica de la Iglesia romana*, muy diferente con relación a todos los otros grupos, federaciones y jerarquías. Es el más vasto de los conjuntos que actúan en el seno de la sociedad feudal y el único que posee carácter universal. Sus dignatarios, aun cuando entren igualmente en las cadenas de vasallajes y patrimonios, no se reconocen dependientes sino con respecto a la jerarquía eclesiástica, lo que provocó la querella de las investiduras (de los siglos XI a XIII) y, luego, las tendencias a formar un Estado teocrático. En la sociedad feudal, la Iglesia es considerada, sobre todo, como la encarnación visible del *corpus mysticum*, que integra en su unidad, bajo cierto aspecto, toda la pluralidad de los grupos y sus jerarquías. La Iglesia trata de utilizar esta posición para afirmarse como un conjunto suprafuncional por excelencia que representa el fenómeno total global. Sin embargo, después de muchas contestaciones y luchas, la Iglesia se encuentra fuertemente limitada por la preeminencia militar de la cadena feudal y por la preeminencia económica y, finalmente, cultural de las ciudades emancipadas.

5. *Federación de las ciudades emancipadas y sus jerarquías de grupos* (maestrías, veedurías, asociaciones de oficiales y aprendices, etc.). La emancipación de las ciudades, que son simultáneamente mercados permanentes, centros principales de la industria, del intercambio, de las finanzas y del comercio internacional, creó una zona especial en la sociedad feudal. Según el difundido dicho, "el aire de la ciudad libera", Henri Pirenne[5] habla de una "verdadera revolución municipal" con gobiernos provisionales. La verdad es que, en la estructura feudal, las ciudades emancipadas adquieren

---

[5] Eminente historiador belga de las instituciones urbanas de la Edad Media.

una independencia y una fuerza suficientes para hacer una seria competencia a la cadena feudal, a la cadena patrimonial, a la Iglesia y al Estado. El ambiente de la ciudad es un ambiente de riquezas acumuladas, de luchas entre comerciantes y artesanos, maestros, oficiales y aprendices; un ambiente de racionalismo, intelectualismo y clasicismo. La influencia racionalista de la ciudad penetra en la enseñanza de las Universidades, esos establecimientos eclesiásticos situados en las ciudades; es así como el tomismo reemplaza al agustinismo.

Resumamos brevemente los rasgos de la estructura feudal apoyándonos en nuestros criterios habituales: a) en la competencia entre cadena feudal, cadena patrimonial, Iglesia, federación de las ciudades libres, y finalmente, Estado (este último adormecido, o casi adormecido), se afirma la tendencia a una cierta preeminencia de la Iglesia, limitada por la creciente importancia de las ciudades libres. Profusión considerable de los grupos particulares, a menudo no territoriales; b) preponderancia de los Nosotros sobre las "relaciones con los otros" interindividuales e intergrupales que adquieren, sin embargo, un impulso inesperado. Entre los Nosotros, fuerte influencia de las Comunidades, ora activas (en particular en las ciudades, en las diferentes corporaciones, cofradías, asociaciones, órdenes de caballería, órdenes religiosas, etc.), ora pasivas (en las señorías, grupos patrimoniales y lugareños, familias conyugales). Éstas se hallan limitadas por Comuniones y Masas pasivas (en la Iglesia y en el Estado); c) acentuación de los planos de los papeles sociales diversamente interpretados, de las actitudes, de los símbolos místicos y racionales, de las ideas y valores, de la mentalidad colectiva; las organizaciones y la base morfológica se hacen competencia; d) si la división del trabajo técnico es bastante rudimentaria, excepto entre el artesanado de las ciudades, la división del trabajo social está, por el contrario, bastante avanzada; e) en las reglamentaciones sociales, el derecho, la religión y el arte priman sobre la educación y la moral, las que predominan sobre el conocimiento, en el interior del cual el saber filosófico-teológico ocupa el primer lugar; f) en el sistema de las obras culturales, penetrado, además del cristianismo, por la tradición helenística, romana, bárbaro-germánica y mora, predomina la idea del *corpus mysticum* y del *aevum* (intermediario entre *œternitas* y *tempus*) aun estando limitada por el giro racionalista y utilitario del espíritu de las ciudades; g) la escala de los tiempos en que se mueve la estructura feudal favorece el tiempo engañoso que reserva sorpresas, proveniente de sus vastas organizaciones (cadena feudal, Iglesia, federación de las ciudades libres), y el tiempo que alterna el adelanto con el atraso, proveniente de la acentuación de los papeles sociales, de los conflictos entre las diferentes jerarquías, finalmente, de las manifestaciones de las Comunidades activas. Ese adelanto que se intensifica en las Cruzadas y en las ciudades libres, aparece como el tiempo del apocalipsis a las masas aterrorizadas por el temor de la Inquisición y del infierno.

Es que la escala de tiempo en que vivía el fenómeno social total de la sociedad feudal estaba muy atrasada con relación a la de su estructura. Aquí, el tiempo de larga duración y de movimiento lento, junto con el tiempo cíclico mitad de estación y mitad místico y el tiempo atrasado con relación a sí mismo conservaron la preeminencia. La pesada carga del fenómeno social total pesó sobre los impulsos que se desataban, a veces, en la estructura. Esta situación vino, pues, a complicar aún más la ya atormentada vida de las sociedades feudales.

4. *Las sociedades globales en que predominan las Ciudades-Estados que se transforman en Imperios.* Este tipo de sociedad global es bien conocido. La *Polis* griega (de los siglos VII a V a. C.) y la *Civitas* romana (de los siglos V a I a. C.) nos ofrecen ejemplos clásicos de él. Algunos caracteres análogos se encuentran en las ciudades italianas en la época del Renacimiento, no obstante todas las diferencias de su destino particular.

Este tipo de sociedad se caracteriza por la preeminencia de un grupo territorial específico, la ciudad, que simboliza el principio de localidad y vecindad y que predomina sobre los grupos de parentesco (linajes, "gentes", curias, fratrias) y de creencia religiosa (siendo la Iglesia no más que un órgano subalterno del Estado-Ciudad), sobre las familias doméstico-conyugales, de las cuales forman parte los esclavos, sobre las asociaciones y las cofradías de artesanos *(sodalitia* y *collegia)* y otras, sobre las estratificaciones económicas y demás. El establecimiento de la superioridad de la ciudad sobre todos los otros grupos va acompañado de una tendencia hacia el laicismo y el racionalismo, hacia la diferenciación del derecho, de la moral, del conocimiento filosófico, científico y político con relación a la religión y a la magia, relegadas a segundo término, dada la victoria de lo natural sobre lo sobrenatural. La democratización de la estructura social global marcha pareja con la fuerza creciente del principio territorial y con la supremacía conquistada por la razón humana. Si el individualismo triunfó en Roma por intermedio del derecho romano, promoviendo a la vez el *dominium* y el *imperium*, el mismo se impuso en Grecia, no solamente en los órganos político-democráticos y en los procedimientos judiciales, sino también en el arte, en la filosofía, en los usos y en las costumbres, en los intercambios de todo género, en el principio mismo del diálogo y en las tragedias griegas en las que el hombre lucha contra su destino.

Las técnicas y la vida económica estuvieron allí muy atrasadas con relación al desarrollo del conocimiento filosófico y científico, del arte, del derecho y de la organización política. Se ha descubierto ahora que ni los griegos ni los romanos sabían atar el caballo para labrar la tierra; sólo se servían de él en las ceremonias aparatosas y en los combates. Las grandes desigualdades económicas, el movimiento de las grandes masas de metecos y ciudadanos arruinados en Grecia, de desocupados-proletarios que reclamaban *panem et circenses* en Roma y, finalmente, las subversiones de los esclavos podrían sugerir la idea de la constitución, al menos virtual, de clases sociales (sobre todo, en el momento en que la descomposición de esas estructuras sociales se manifestaba en las tiranías y el cesarismo pretoriano). Sin embargo, esos conjuntos no merecen el nombre de clases: no resistían a la penetración de la sociedad global y no tenían conciencia de clase, ni ideología, ni estructuración específica, ni permanencia; no desempeñaban un papel preciso en la producción (con excepción de los esclavos), y les era imposible comunicarse con los estratos del mismo nivel en otras Ciudades-Imperios.

Caractericemos ahora la estructura de este tipo de sociedad: a) hallándose colocada a la cabeza del Estado o del Imperio, la Ciudad predomina sobre todos los otros grupos funcionales, tales como los grupos familiares doméstico-conyugales (incluyendo los esclavos), los grupos de origen y de nacimiento (eupátridas, demos, patricios, plebeyos), los grupos censatarios, militares, de actividad y afinidad económicas; en fin, los grupos místico-extáticos (sacerdotes, augures, encargados de misterios y oráculos); estos últimos, sometidos al Estado-Ciudad secularizado, sólo desempeñan un papel subalterno. Entre esos grupos, sólo las familias doméstico-conyugales y los grupos hereditarios (en caso de que subsistan) limitan efectivamente la omnipotencia de la ciudad; b) tendencia hacia una marcada limitación de los Nosotros por las relaciones con los Otros, interindividuales e intergrupales que predominan sobre las fusiones parciales. De ahí la acentuación del individualismo que se manifiesta en todos los campos y bajo todas las formas. Este individualismo no contradice al estatismo, el cual termina por vacilar en una multiplicidad de individuos dispersos. En el interior de los Nosotros que se afirman sobre todo en la ciudad misma, son las comunidades activas y racionales las que triunfan: ellas son el origen y los pilares del florecimiento de las ciudades antiguas; ellas se combinan fácilmente con el impulso de las relaciones con los Otros; ellas contribuyen al desarrollo de la organización, de la reglamentación jurídica laica y de la democracia política; c) a la cabeza, entre los planos en profundidad, vienen los modelos, reglas y signos que poseen un carácter racional y que no tienen nada de rutinario ni de tradicional. Son, por el contrario, novedosos y cambiantes, conscientementes vinculados a la voluntad y a la razón humanas que los inventan, los crean y los utilizan como puntos de referencia para transformaciones sociales. Las organizaciones ocupan el segundo lugar, se dejan guiar por las reglas y sólo se hacen obstaculizantes y aplastadoras bajo el Imperio romano. Siguen las ideas y los valores racionales; la base morfológica y demográfica continúa siendo muy importante; los papeles sociales innovadores son mucho más acentuados que las conductas regulares, los ritos, procedimientos, usos y prácticas; d) la división del trabajo técnico está mucho más atrasada de lo que se podía esperar, si se juzga por el impulso general de la civilización, el desarrollo del comercio, la acumulación de las riquezas, la potencia política y militar. La división del trabajo social está mucho más adelantada, aun entre los equipos de esclavos; e) el conocimiento, el Derecho y el arte compiten en la jerarquía de las reglamentaciones sociales; los siguen, primero, la educación, luego, la moral; la religión y la mitología ocupan el último lugar; f) se puede hablar de una civilización greco-latina común, pero se debe tener en cuenta la diferencia de las acentuaciones; más humanista, filosófica y artística en Grecia; más formalista, jurídica, política y militar en Roma; g) en la escala de tiempos de estas estructuras, el tiempo adelantado con relación a sí mismo y hasta el tiempo explosivo de la creación se afirman sin disimulo; tiene lugar una toma de conciencia así como una conceptualización de esos tiempos, que, sin embargo, no logran conquistar el primer lugar. Se produce aquí una lucha encarnizada con el tiempo atrasado con respecto a sí mismo, sostenida por el tiempo de larga duración y, parcialmente, por el tiempo engañoso de las organizaciones. Tal lucha es originada tanto por las dificultades inmanentes en estas estructuras (economías y técnicas esclavistas, Estado vacilante en una multitud de individuos) como por la diferencia con la escala de tiempos del fenómeno total global subyacente, una vez más muy atrasado con relación a la estructura superpuesta.

5. *Las sociedades globales que dan origen al comienzo del capitalismo y al absolutismo llamado "ilustrado"*. Este tipo de sociedad global ha sido muchas veces descripto y analizado por los economistas, los historiadores y los sociólogos. El maquinismo naciente, la industrialización, la transformación del trabajo en mercancía, la aparición de las clases sociales propiamente dichas, la reducción considerable de la diferencia entre la estructura y el fenómeno total subyacente distinguen fundamentalmente este tipo de sociedad del de las ciudades antiguas y de los Imperios, no obstante algunas analogías entre ellos. En Europa occidental, los siglos XVII y XVIII corresponden a la sociedad global en cuestión, ya esbozada, sin embargo, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVI.

En la estructura de esta sociedad global, el Estado territorial monárquico de gran envergadura, habiéndose aliado con la burguesía de las ciudades y con la nobleza de toga, predomina sobre la Iglesia, la nobleza de espada, el clero, el pueblo, los campesinos, las facciones religiosas y políticas, así como sobre las empresas económicas que él mismo ha originado y fomentado (éstas son las "manufacturas" que hacen, por otra parte, la competencia a las antiguas maestrías, veedurías y corporaciones). El Estado domina asimismo a los obreros reunidos en las manufacturas y en las fábricas. Esta población obrera se recluta entre los elementos más desposeídos de la población de las ciudades y del campo donde las exacciones de los señores y la miseria obligan a veces a los campesinos a abandonar sus tierras para hacerse obreros. El Estado sostiene a los plebeyos burgueses, los capitalistas industriales, los comerciantes y los banqueros (pide préstamos de dinero a estos últimos, enriquecidos, sobre todo, después del descubrimiento del Nuevo Mundo), contra la nobleza (de espada, en todo caso), contra los obreros y los campesinos; él mismo conduce así al trastorno de la antigua jerarquía por obra de la nueva. Al principio, el Estado ejerce un buen control sobre las clases sociales —en la proporción, al menos, en que controla los órdenes oficiales— y considera la industrialización (particularmente impresionante en la metalurgia y en el ámbito textil) y la promoción del capitalismo como los medios para fortalecer su propia situación económica, militar y financiera. Pero el Estado hará pronto el papel del aprendiz de brujo y, en vez de dominar las clases sociales, va a ser dominado por ellas.

Resumamos los rasgos de la estructura global de este tipo de sociedades: a) el Estado territorial monárquico predomina bajo todos los puntos de vista sobre los otros grupos, los cuales tienen, sin embargo, mucha más fuerza y eficacia que en la ciudad antigua. A la jerarquía oficial de los cuerpos constituidos, nobleza, clero, tercer orden, campesinos (propietarios agricultores, arrendatarios, colonos, asalariados domésticos, que pagan, todos, derechos señoriales, diezmos y tributos), a los rangos de la nobleza así como a los diferentes cargos oficiales, algunos de los cuales se compraban, interesando así la nobleza de toga, a los restos de los antiguos gremios, etc., se opone, haciéndoles competencia y tironeándolas desde adentro, la división de las nacientes clases sociales; b) entre los Nosotros predominan las masas pasivas; en el conjunto, las fusiones parciales están fuertemente limitadas por el gran desarrollo de las activas "relaciones con los Otros". La política niveladora que inspira la monarquía absoluta, combinada con el advenimiento de las manufacturas, con el movimiento de la población que afluye hacia las grandes ciudades y con la disgregación del régimen feudal-señorial en el campo, crea condiciones favorables a la acentuación de la Masa que predomina en el Estado, en la vida urbana y, parcialmente, en la vida rural, en las empresas capitalistas, en los ejércitos reorganizados, y finalmente, en las nacientes clases sociales, en particular en la clase obrera; c) los modelos y las reglas jurídicas, y los modelos técnicos se hallan aquí en situación equivalente a la cabeza de los planos en profundidad. Estos dos géneros de modelos son, por otra parte, innovadores: la reglamentación jurídica minuciosa y penetrante, que viene desde arriba, combate las costumbres y las prácticas anticuadas, mientras los modelos técnicos recientes revolucionan la vida económica. Viene luego la base morfológico-demográfica cuya importancia se ve acrecentada por la necesidad de mano de obra y el problema de su reclutamiento. El tercer puesto corresponde a los aparatos organizados y a los papeles sociales; d) el enorme progreso de la división del trabajo técnico, combinado con el maquinismo, origina una productividad incomparablemente acrecentada en cantidad y en calidad. La división del trabajo social es grandemente aventajada por la división del trabajo técnico. La acumulación da un salto sin precedentes, impulsada por el descubrimiento del Nuevo Mundo; e) en la jerarquía de las reglamentaciones sociales, el conocimiento y el derecho se hacen competencia para ocupar el primer lugar: conocimiento científico y técnico en competencia con el conocimiento filosófico; derecho, con preferencia legislativo, o fundado en las ordenanzas reales. La educación se sitúa en el segundo lugar, comenzando a liberarse de la tutela eclesiástica; vienen luego la moralidad, el arte y la religión; f) en el sistema de las obras culturales, se asiste a la victoria de lo natural sobre lo sobrenatural, al progreso del racionalismo y el individualismo en todos los campos, al nacimiento de la idea del "progreso de la conciencia"; g) el tiempo en que alternan el adelanto y el atraso y el tiempo de latidos irregulares (el uno, propio de las invenciones técnicas, de las relaciones entre el pueblo, entre la nobleza y la burguesía que asciende, entre el Estado y la Iglesia, entre ciudades y campo y, finalmente, el otro, propio de la clase obrera en formación, de la disgregación de los gremios, de la acentuación del elemento Masa, etc.), se afirman a la cabeza de la escala de tiempos.

6. *Las sociedades globales democrático-liberales correspondientes al capitalismo de concurrencia desarrollado.* Es el tipo de sociedad global que domina en Europa y América en el siglo XIX y a comienzos del XX, después de las Revoluciones británica, norteamericana y, sobre todo, francesa, así como después de la evolución de los órganos y costumbres parlamentarios en la mayor parte de los países occidentales y muy especialmente en Inglaterra, Holanda, los países escandinavos, etc Esta sociedad se caracteriza por el triunfo de los principios enunciados por la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano" de 1789, combinados con el sufragio universal, por el predominio del poder legislativo sobre el ejecutivo, en la mayoría de los casos por el parlamentarismo (es decir la responsabilidad y la dependencia del Gobierno con respecto a la mayoría parlamentaria), por la libertad y la influencia de una pluralidad de partidos políticos, por la libertad sindical obrera y patronal, así como por la de las sociedades anónimas, *trusts* y monopolios y por la separación de la Iglesia y del Estado. El Estado territorial democrático y laico se sitúa a la cabeza de todos los grupos funcionales. Bajo ciertos aspectos, hasta ensancha su campo de acción interviniendo en la vida económica, por su política colonial que abre nuevos mercados, por su política agraria y aduanera variada, por sus esfuerzos, a menudo desesperados, para combatir la desocupación y las crisis económicas, por su legislación social que protege a los débiles y a aquellos que están económicamente desposeídos y que trata de crear los cuadros generales susceptibles de facilitar la conclusión de convenciones colectivas de trabajo y, en la vida cultural, por la organización de la enseñanza en todos sus grados. Tiene, sin embargo, mucho menos éxito que el Antiguo Régimen cuando se trata de dominar la vida económica o de penetrar en sus potentes organizaciones. Esto se debe a varias causas. En primer lugar, el Estado territorial democrático se halla, en la mayoría de los casos, sometido a la clase burguesa, industrial, financiera, comercial, ya sea sola o en unión con las clases medias y los campesinos enriquecidos; los intereses económicos particulares

ejercen gran presión sobre el Estado. Luego, la dirección o los patronos ejercen cada vez más, en el interior de las grandes fábricas o empresas, un poder disciplinario y reglamentario privado al cual millones de obreros están sometidos en su vida cotidiana; ahora bien, el desarrollo de ese poder limita la autoridad del Estado y amenaza transformarse en una especie de feudalismo económico.

Los modelos técnicos o económicos (ordenamiento de la empresa y del trabajo) se hacen decisivos en esta estructura social global. El auge completo del maquinismo, del trabajo en cadena, de la industria pesada, de la hulla negra, blanca y verde, de la electrificación, la aceleración increíble de los medios de transporte (ferrocarriles, buques, automóviles, etc.) y de comunicación (telégrafo, teléfono, etc.) hacen del equipo técnico la base de la existencia misma y de la prosperidad de la sociedad.

Resumamos las características de esta estructura global: a) el Estado territorial democrático-liberal está a la cabeza de los grupos funcionales, algunos de los cuales, tales como las grandes empresas industriales y financieras, los *trusts* y los monopolios, los sindicatos patronales y obreros, tienden empero a hacerle competencia y a debilitar su autoridad. Las clases sociales en lucha entre sí y con el Estado (excepto la que logra dominarlo) aumentan la inestabilidad de esta jerarquía, constituyendo, sin embargo, su verdadera base. Los diferentes grupos tecnoburocráticos (*surveillants,* directores generales, comerciales y financieros de las empresas, ingenieros, peritos, altos funcionarios, militares de los grados superiores, etc.) cuya existencia e importancia no escapaban ya a Marx[6] se distribuyen diversamente entre las varias clases; b) tendencia general hacia el predominio de las masas activas, ora dispersas, ora reunidas. Comunidades activas preeminentes en la burguesía y en sus órganos representativos (por ejemplo, los sindicatos patronales). Tendencia a la acentuación de las comuniones activas en la clase proletaria, en los sindicatos obreros y en los partidos políticos que representan el trabajo. Por lo demás, Nosotros grandemente limitados por las relaciones con los Otros, intergrupales e interindividuales, de carácter activo; la orientación de concurrencia propia de esta estructura está en su apogeo; c) no cabe duda de que los modelos técnicos y económicos se hallan aquí más acentuados que todos los demás escalonamientos de la realidad social. Los partidarios del "predominio de la técnica en la vida social" (por ejemplo, L. Mumford en *Technics and Civilization,* 1939, y, antes de él, W. F. Ogburn, *Social Change,* 1923, 11 ed., 1950;, así como el gran economista norteamericano Veblen que fue su predecesor) tienen razón, pero exclusivamente en lo relativo a este tipo de estructura social global y no en lo referente a ninguna otra, cualquiera que sea[7]. Las clases sociales, los sindicatos y los partidos políticos que los representan ocupan en la estructura social en cuestión, un lugar a tal punto importante que sus papeles sociales y sus actitudes colectivas, lo mismo que los papeles de sus jefes, sus militantes y sus adversarios, deben ser situados inmediatamente después de los modelos técnicos y económicos, tanto más así cuanto que esos papeles, tanto colectivos como individuales, comportan un elemento inesperado e imprevisible, y que puede tratarse de papeles deseados y adquiridos luego de luchas muy duras. Los aparatos organizados ocupan el tercer lugar, pues, en la vida económica (la administración de las grandes empresas, los *trusts* y monopolios), lo mismo que en las luchas sociales y políticas (las federaciones sindicales, sus centrales, los estados mayores de los partidos políticos) esos aparatos adquieren una nueva importancia; a esto se agrega el aumento del mecanismo administrativo del Estado y de sus servicios públicos, sobre todo de los que aseguran los transportes y las comunicaciones. La base morfológico-ecológica sigue siendo acentuada, pero su importancia disminuye; d) pleno auge de la división del trabajo técnico y de la división del trabajo social; el maquinismo muy desarrollado provoca solamente una redistribución de esas divisiones y un nuevo equilibrio entre ellas, pero no su disminución; e) a la cabeza del sistema de "controles sociales", se encuentra el conocimiento científico, seguido de cerca por el conocimiento comprometido, que es el "conocimiento político" o "ideología" en el estricto sentido de la palabra. Vienen luego la educación y la enseñanza laica, el Derecho, que sobrepasa ampliamente a la legislación y que se apoya en los grupos autónomos y las convenciones colectivas, y, finalmente, la moralidad, especialmente la de aspiración y la de imágenes simbólicas ideales, propias de la clase burguesa; f) la ciencia y el culto del conocimiento científico (el cientificismo) —del cual se espera la solución de todos los problemas— desempeñan, en las obras culturales características de esta estructura, un papel de primer plano; g) en la escala de los tiempos en que se mueve esta estructura, el tiempo adelantado con respecto a sí mismo, que luchaba en vano por el primer lugar en las ciudades antiguas y en las monarquías ilustradas, lo conquista al fin. Pero le hacen la competencia el tiempo en que alternan el adelanto y el atraso, originado por la resistencia de los grupos privilegiados en el interior de la burguesía, por la superproducción y la disminución de los beneficios, así como el tiempo de latidos irregulares propio de las crisis económicas, de la lucha de clases, de las dificultades y de los conflictos resultantes de la política de expansión colonial y de la propensión a las guerras imperialistas. Viene luego el tiempo engañoso de las grandes organizaciones administrativas, políticas, sindicales y militares. Este tiempo se manifiesta también en la actividad de los *trusts* y monopolios nacientes y en sus esfuerzos para organizar la economía de acuerdo con intereses privados. Disimula una lucha encarnizada entre el tiempo adelantado y el tiempo atrasado.

---

[6] Veanse, a este respecto, los pasajes tomados del *Capital* que damos en el curso roneografiado *Le concept des classes sociales* (París, 1954, págs. 34 y sig. y 37-39).

En este tipo de sociedad democrático-liberal, no hay diferencia

---

[7] Véase, más adelante, cap. VI, párrafo C.

considerable entre la estructura y el fenómeno social total; los flujos y reflujos del segundo penetran directamente en la primera. Las dos escalas de tiempos están aquí muy próximas, salvo cuando la estructura está a punto de transformarse o estallar.

Los cuatro tipos de sociedades globales que nos quedan por analizar hállanse trabados en la hora presente en lucha.

7. *La sociedad dirigista correspondiente al Capitalismo organizado plenamente desarrollado.* Es el tipo de sociedad que ha adquirido más relieve en los Estados Unidos de América y, en parte, en Alemania, antes y después del nazismo. Pero se observan tendencias hacia este tipo de sociedad en muchos países en que el capitalismo ha tomado un impulso particular, o ha sido impuesto desde afuera bajo esta forma. La economía ya no está abandonada a la libre concurrencia: está organizada en beneficio particular de los *trusts,* monopolios y sociedades anónimas, con la ayuda del Estado que pone su vasta maquinaria burocrática a entera disposición de los patronos.

Tratemos de caracterizar, según nuestros criterios, la estructura de esta sociedad: a) el Estado se halla, al menos parcialmente, al servicio de los organismos privados de planificación, los cuales tienden a predominar sobre todos los otros grupos y a corromperlos por todos los medios; b) las Masas pasivas predominan sin discusión, rechazando las Comunidades, cuando son activas, hacia los organismos de planificación y, cuando son pasivas, hacia los grupos de localidad; c) los aparatos organizados de dominación económica están más acentuados que todos los otros planos en profundidad; les siguen los pasos los modelos técnicos y económicos, así como los *slogans* publicitarios y políticos difundidos con medios técnicos particularmente perfeccionados; d) la división técnica del trabajo se ve disminuida por los comienzos de la automatización, lo que, asimismo, repercute en la división social del trabajo que se transforma; e) el conocimiento técnico se pone a la cabeza de las reglamentaciones sociales; domina la educación y la enseñanza, politizadas por su conformismo; vienen, luego, la moralidad (dispersa entre las clases y estratos), el Derecho y la religión; f) la "civilización técnica", que tecnocratiza, no sólo los "controles sociales", sino las "relaciones humanas" mismas, hace triunfar el mecanismo sobre el acto; g) en la escala de tiempos, el tiempo adelantado con relación a sí mismo, de las planificaciones, el tiempo engañoso de las organizaciones, el tiempo de latidos irregulares de las Masas y el tiempo atrasado con relación a sí mismo, de los patronos y de la burocracia se hacen una competencia encarnizada para ser finalmente dominados por el tiempo de los "mecanismos", con respecto a los cuales todos los agentes colectivos e individuales se encuentran en la situación de aprendices de brujo.

Por otra parte, la estructura de esta sociedad tiende una vez más a alejarse del fenómeno social total que parece más dinámico que ella y amenaza, así, hacer saltar la estructura.

8. *Las sociedades fascistas de base tecnoburocrática.* La experiencia con este tipo de sociedades se ha hecho, como se sabe, muy recientemente. Ni la victoria militar de los aliados, ni su política de posguerra, ni la reciente caída de Perón en la Argentina han eliminado o conjurado por cierto la tendencia hacia las sociedades de este tipo. La estructura de las mismas consiste en la fusión completa del capitalismo organizado con el Estado totalitario, manejado por los grupos tecnoburocráticos provenientes, a la vez, del *aparato de los* trusts, *monopolios y bancos, del alto personal administrativo y de los militares de carrera* más especializados [8]. El Jefe semicarismático que corona el edificio sólo es un muñeco de esos grupos que someten todas las capas y clases de la población y reúnen los sindicatos bajo un mando único. Los grupos tecnoburocráticos se apoyan en una organización económica —concebida para su propio provecho— que pone a su disposición medios técnicos extremadamente poderosos. La mitología patriótica fanática y racial, los *slogans* del "restablecimiento del orden" y de la fe, de la independencia nacional, de la abundancia, del "bien público" o de la "integración" únicamente son cortinas detrás de las cuales se esconde el autoritarismo tecnoburocrático.

No insistiremos sobre los caracteres de esta estructura analizada según nuestros puntos de referencia, pues presenta numerosas analogías con la del capitalismo organizado. Sin embargo, difiere de ella por la combinación del delirio místico o mitológico, del cinismo y la sobre-organización, por las Comuniones en el odio y en el éxtasis que se trata de provocar artificialmente, por la guerra declarada a todos los grupos particulares que se hallan fuera del aparato gubernamental, por el relegamiento muy pronunciado —hecho en favor de una mitología artificial— del Derecho y la moralidad al último plano de la reglamentación social, del arte —bajo forma de desfiles militares o deportivos— y de la educación comprendida como un adiestramiento. El desesperado esfuerzo de unificación hecho por esta estructura termina con un fracaso, no sólo porque no logra absorber ni expresar —ni siquiera aproximadamente— el fenómeno total que le corresponde, sino también porque los tiempos en que viven los diferentes grupos tecnoburocráticos que se hallan en el poder —los directores de las *trusts* industriales, el alto personal administrativo, los militares de carrera, los organizadores del partido único y, finalmente, los que rodean directamente al jefe— chocan y sólo consiguen ordenarse en escala gracias al retorno del tiempo cíclico, replegado sobre sí mismo, ese tiempo de "danza en el mismo lugar" que se revela ilusorio y que está en contradicción con el tiempo del fenómeno global subyacente.

9. *La sociedad organizada según los principios del estatismo colectivista centralizador.* La Rusia soviética desde 1917, China des-

---

[8] Véase, a este respecto, nuestro estudio *La Technocratie est-elle l'effet inévitable de l'industrialisation* (Industrialisation et Technocratie, París, 1949, págs. 179-211).

de 1949 y la mayoría de las Democracias populares, con excepción de Yugoslavia desde 1950, pueden servir de ejemplos de este tipo de sociedades. Las empresas capitalistas y la burguesía son eliminadas. "El absolutismo del beneficio privado" y el "feudalismo industrial" no existen ya. En la estructura de estas sociedades, la clase proletaria, sola o unida a la clase campesina, es oficialmente proclamada "dictador". Sin embargo, esta dictadura no es ejercida por los mismos interesados, sino por el partido comunista que se convierte en el órgano supremo del Estado, órgano encargado de controlar la planificación completa de la economía, la ejecución de los planes, la "línea política" y la "línea ideológica". La tecnoburocracia industrial, administrativa, militar y organizadora, aun cuando se ha hecho muy potente, es mantenida en la obediencia (una nueva prueba de ello la dieron las recientes medidas de descentralización local de los órganos de planificación) por el Estado y su órgano supremo, el Partido, el cual, a su vez, se encuentra en manos de los técnicos organizadores (los hombres del *aparato*). Ni los órganos de planificación, ni la tecnoburocracia que dirige la producción, ni el Estado, ni el Partido están directamente controlados por los mismos interesados. La libertad y la democracia efectivas, tanto en el campo económico como en los campos político y cultural, sólo se prometen para "la segunda fase del comunismo, cuando el Estado se haya debilitado".

Caractericemos esta estructura según nuestros puntos de referencia: a) dominio del Partido único sobre el Estado y del Estado sobre todos los demás grupos y clases (proletariado, campesinos, clases tecnoburocráticas y clases medias); b) acentuación de las Masas, ora activas, ora pasivas, en la sociedad global, de las Comuniones activas en el Partido, de las Comunidades activas en los *kolkhozes;* c) predominio, sobre todos los planos en profundidad, de planes centralizados que interesan, no sólo a la economía, sino a la creación del hombre nuevo y constituyen, ante todo, un sistema de símbolos e ideales. Vienen luego los aparatos organizados llamados a servir a esos planes, a representar a las clases obrera y campesina, a dirigir el Estado, etc.; d) división del trabajo, tanto técnica como social, intensificada y combinada con esos planes; e) conocimiento político en primer lugar; luego, conocimiento técnico y científico; educación humanista; moralidad de imágenes simbólicas ideales y de creación; finalmente arte y Derecho; f) la civilización trata de sintetizar el humanismo y el tecnicismo; g) en la escala de tiempos propia de esta estructura, el tiempo explosivo de la creación correspondiente a los planes de conjunto inspirados por ideas, valores, ideales humanistas y el tiempo adelantado con respecto a sí mismo correspondiente a las organizaciones guiadas por esos planes y las conductas innovadoras, reformadoras, efervescentes, a las cuales recurren, se ven enérgicamente combatidos por el tiempo engañoso de los vastos aparatos tecnoburocráticos y el tiempo en que alternan el atraso y el adelanto debido al éxito bastante relativo de esos planes, a las luchas entre diferentes grupos y clases, a la insatisfacción de la clase obrera y a la resistencia pasiva de los campesinos. Para que el tiempo de creación y el tiempo adelantado con relación a sí mismo triunfen, sería menester que las organizaciones fuesen controladas por los mismos interesados, que no fuesen impuestas "desde arriba", que no estuviesen dominadas por los tecnoburócratas del aparato del partido único, por organizadores que actúan a su propio antojo o por directores de industria que mandan a los obreros de manera autoritaria. Es difícil juzgar si estas condiciones tienen alguna probabilidad de realizarse en un futuro próximo y si el fenómeno social total subyacente a esta estructura revela un dinamismo suficiente en ese sentido.

10. *Las sociedades organizadas según los principios del colectivismo pluralista descentralizador.* Este tipo de sociedad, con el cual aún no se ha experimentado nunca, no es, sin embargo, una construcción arbitraria, sino que sistematiza algunas tendencias reales observables tanto en algunas democracias populares (en Yugoslavia, en primer lugar) como en algunos países occidentales cuando parecieron tomar el camino de las planificaciones (países escandinavos e Inglaterra, por ejemplo). Dejamos de lado aquí la cuestión de saber si el pasaje hacia este tipo de sociedad implicaría una revolución social, si podría ser la próxima etapa del colectivismo centralista, etc. La estructura de la sociedad global cuyo tipo tratamos de describir estaría basada en la búsqueda del equilibrio entre democracia industrial y democracia política. La economía estaría organizada de abajo hacia arriba en forma descentralizada, comenzando por los consejos de control y gestión de las empresas, pasando por los consejos de industria y los consejos de las regiones económicas, para terminar en un consejo económico central. La propiedad de los medios de producción sería federal, es decir, que pertenecería a la vez a todos los consejos mencionados, a partir de los consejos de gestión de la empresa hasta el consejo económico central, y a todos los interesados, obreros y consumidores que participen en ella, en grupos o individualmente. El Estado mismo, descentralizado, estaría equilibrado por esta organización económica independiente, dirigida directamente por los interesados y viceversa. Organismos paritarios resolverían los conflictos entre la organización económica y el Estado [9].

Tratemos de resumir, según nuestros criterios, los rasgos de tal estructura global: a) multiplicidad de jerarquías equivalentes de grupos económicos, por una parte, locales por otra, que conducen, por un lado, a la organización económica, por otro, al Estado, los cuales se limitan recíprocamente; b) predominio de las Comunidades y de las Comuniones activas; c) entre los planos en profundidad, se acentúan los planos libremente consentidos, las ideas y valores creadores, los papeles sociales nuevos e imprevistos, las organizaciones federativas abiertas y diversas; con estos planos, es verdad, rivaliza el de los modelos-reglas, bajo la forma de la reglamentación jurídica; d) marcada limitación de la división técnica del trabajo por parte de la automatización desarrollada, mientras que la división social del trabajo se acentúa; e) el conocimiento despolitizado que otorga un lugar de privilegio al conocimiento de los Otros, de los Nosotros, y de los Grupos, así como el Derecho en sus diferentes formas ocupan el primer puesto en la jerarquía de las reglamentaciones sociales; viene luego la moralidad (en particular la moralidad creadora, la moralidad de las virtudes y la moralidad imperativa), seguida de cerca por la educación y el arte; f) se elabora una nueva civilización humanista, preocupada de someter al Hombre por todos los medios, las técnicas y las maquinarias más potentes; g) en la escala de los tiempos, el tiempo adelantado con relación a sí mismo y el tiempo de la creación podrían tener algunas probabilidades de llegar al primer puesto. Sin embargo, podrían fácilmente verse contrarrestados por el tiempo alternado y el tiempo atrasado con respecto a sí mismo. En efecto, los posibles conflictos entre las creaciones y las iniciativas de los múltiples grupos equivalentes, el hecho de que los interesados pueden concebir mal su propio interés y oponerse a las innovaciones y, finalmente, un cierto "juridismo" inevitable en esta estructura demasiado bien equilibrada, podrían favorecer el tiempo atrasado con respecto a sí mismo.

---

[9] Véase nuestro ensayo de descripción en *La déclaration des droits sociaux* (Nueva York, 1944, y París, 1946).

Otras dificultades propias de esta estructura, por ejemplo la magnitud de su diferencia efectiva con el fenómeno total subyacente, diferencia que se supone mínima en principio, saldrían sin duda a la luz si la misma se realizara. Por otra parte, al pintar este tipo de sociedad global, no queremos, en modo alguno, establecer un ideal.

Los diez tipos de sociedades globales y de estructuras que acabamos de indicar no son, claro está, más que ejemplos de la línea general de la investigación sociológica en ese campo. Se sobreentiende que el número de esos tipos, tanto en el caso de las sociedades llamadas históricas, como en el de las sociedades llamadas arcaicas, puede aumentar o disminuir, según las necesidades de la investigación empírica concreta y los problemas que ella plantee. Sólo se han de considerar nuestras sugestiones a propósito del camino a seguir para el establecimiento de tipos de sociedad global, que no deben ser consideradas como conclusiones, como invitaciones y puntos de partida. Se trata de montar un aparato conceptual todo lo flexible que se pueda para el estudio de las sociedades globales y sus estructuras en la plenitud de su riqueza y de sus sinuosidades, pero sin abandonar el cuadro de la sociología que posee su método y objeto propios, relacionados con la tipología.

Vamos a ver ahora, en el capítulo que sigue, y que también cierra esta sección, si los conceptos operatorios de toda nuestra sociología diferencial se revelan apropiados para resolver el problema de la explicación en sociología y descubrir las variaciones de las fórmulas del determinismo sociológico.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

El estudio de la tipología de las sociedades globales ha sufrido mucho a causa de los prejuicios vinculados, primero, a la "filosofía de la historia", luego, a las concepciones "evolucionistas" y "culturalistas" que eran la prolongación de la primera. Por eso la bibliografía que se indica a continuación comprende, con preferencia, obras en que se desarrollan ideas muy diferentes de las nuestras. Hemos completado esta bibliografía con algunos libros puramente históricos (marcados con asterisco) que pueden servir como primera fuente de información sobre los materiales a utilizar.

*AYMARD (A.). *L'Orient et la Grèce antique* (París, 1953).

BARNES (E.). *Historical Sociology* (Nueva York, 1948).

*BLOCH (M.). *La société féodale* (2ª ed., vols. I-II, París, 1949).

*BRAUDEL (F.). *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (París, 1949).

DAVY (G.). *Des clans aux empires* (París, 1924).

DURKHEIM. *Les règles de la méthode sociologique* (9ª ed., París, 1947).

— Deux lois de l'évolution générale, en *Année sociologique* (vol. IV, 1900).

— Notas en *Année sociologique* (vol. IX, 1910, XII, 1913).

FEBVRE (L.). *Combats pour l'histoire* (París, 1953).

FROBENIUS (L.). *Le destin des civilisations* (trad. francesa, París, 1940).

*GLOTZ (G.). *La Cité grecque* (París, 1928).

*GROETHUYESEN (B.). *Les origines de l'esprit bourgeois en France* (París, 1927).

GURVITCH (G.). *Déterminismes sociaux et liberté humaine* (París, 1955) (págs. 191-292).

— *La vocation actuelle de la sociologie* (2ª ed., vol. I, París, 1957) (págs. 443-504).

— *La multiplicité de temps sociaux* (curso roneotipado, París, 1959).

— *Tres capítulos de historia de la sociología: Comte, Marx y Spencer.* Trad. esp., Galatea - Nueva Visión, Buenos Aires, 1959.

— *Eléments de sociologie juridique* (París, 1940) (págs. 210-242).

HOBHOUSE (L.). *Social Development* (Londres, 1924).

KRÖBER (A.). *Configurations of Cultural Growth* (Berkeley, 1944).

*LABROUSSE (E.) (y colaboradores). *Le XVIIIe siècle* (París, 1953).

*LOT (F.). *La fin du monde antique et les débuts du Moyen Age* (París, 1927).

*MARX (K.). *Le capital* (vol. I, 1867, 2ª ed. 1872), traduc. francesa ROY (París, 1950).

MAUSS (M.). *Civilisation, Le mot et l'idée* (Semaine du Centre de la Synthèse, 1930) (págs. 81-106).

— *Une catégorie de l'esprit humain: la notion de Personne, celle du Moi,* reproducido en *Sociologie et Anthropologie* (1950) (págs. 350 y sig.).

— *Fragments d'un plan de sociologie générale descriptive* en Annales sociologiques (serie A, vol. I, 1934).

*MORET (A.). *Le Nil et la civilisation égyptienne* (París, 1926).

MUMFORD (L.). *Technics and Civilization* (Nueva York, 1934).

*Pirenne (H.). *Les villes et les institutions urbaines du Moyen Age* (vols. I y II, 6ª ed., París, 1939).

*Pirenne (J.). *Histoire des institutions et du droit privé de l'ancienne Egypte* (vols. I-IV, París, 1932-1936).

Rüstow (A.). *Ortsbestimmung der Gegenwart. Eine universalgeschichtliche Kulturkritik* (vol. I-II, Francfort, 1951-1957).

Schmidt (W.) y Koupers (W.). *Völker und Kulturen* (Leipzig, 1924).

Sorokin (P.). *Social and Cultural Dynamics* (vols. I-IV, Nueva York, 1937-1941).

Spengler (O.). *Der Untergang des Abendlands* (vols. I y II, Munich, 2ª ed., 1929-1930).

Steinmetz (R.). *Classification des types sociaux et catalogue des peuples* (*Année sociologique*, vol. III, 1899).

Sumner (W.), Keller (A.) y Davie (M.). *The Science of Society* (vols. I-IV, Nueva York, 1927-1933).

Tawney (R.). *Religion and the Rise of Capitalism* (Londres, 1926).

Toinbee (A.). *A Study of History* (vols. I-X, Oxford, a partir de 1936).

— y Somervell (D.). *A Study of History* (resumen, Oxford, 1947).

Turnwald (R.). *Die menschliche Gesellschaft* (vols. I-VI, Berlín, 1931-1934).

Weber (A.). *Kulturgeschichte als Kultursoziologie* (2ª ed., Munich, 1951).

— *Prinzipren der Geschichts und Kultursoziologie* (2ª ed., Munich, 1951).

— *Gesammelle Aufsätze zur Religionssoziologie* (Tubinga, 1921).

Weber (M.). *Wirtschaft und Gesellschaft* (Tubinga, 1922)

6

LAS REGLAS DE LA EXPLICACIÓN EN SOCIOLOGÍA. LAS VARIACIONES DE LAS FÓRMULAS DEL DETERMINISMO SOCIOLÓGICO

1. Los problemas de la explicación y del determinismo en sociología

La sociología no obstante su método tipológico, es una ciencia esencialmente explicativa. Como tal, sólo puede ser determinista, pues presupone la posibilidad de integrar los hechos que estudia en un cuadro, un conjunto y un universo reales y en un mundo particular de cierta coherencia relativa. La reciente "crisis del determinismo", que está siendo superada, únicamente ha consistido en liberarse de cierta interpretación demasiado estrecha del determinismo erróneamente confundido, por una parte, con procedimientos técnicos particulares de su comprobación, cuyo campo de aplicación es muy limitado (leyes causales, leyes funcionales, leyes de evolución, etc.) y, por otra, con el monismo, el continuismo y el racionalismo del "orden único y universal" de la pretendida "naturaleza", interpretación que olvidaba la contingencia fundamental como dato del cual se ha de partir. Si se rechazan estas confusiones, comenzando por la identificación completamente errónea del determinismo con la necesidad (ya sea lógica, metafísica, trascendental o matemática) que no se afirma en lo real y, con más razón aún, con la fatalidad que, disimulada o no, es siempre mística, se estará preparado para sacar una doble conclusión del reciente debate sobre el determinismo: a) es imposible separar el determinismo de los cuadros reales y concretos que está llamado a regir, así como de la multiplicidad de tiempos en que se mueve, lo que conduce a un *pluralismo de los determinismos limitados, relativos, variados y "parciales"*, distintos para cada universo concreto, para cada mundo específico estudiado por una ciencia particular [1]; b) los procedimientos técnicos de comprobación de cada variedad de determinismos son, ellos mismos, múltiples y es siempre posible descubrir nuevos. Que se trate de leyes causales, funcionales, de evolución, o estadísticas de probabilidad; de causalidad singular, de regularidades de las tendencias, de correlaciones funcionales o de la integración directa en los conjuntos, la no validez de uno o de varios de estos procedimientos con respecto a un cuadro real o a un universo concreto específico solamente puede servir de indicio de la fuerza relativa que reviste, en ese campo, la limitación de la coherencia por la contingencia. Pero esto no implica en modo alguno que el campo en cuestión no pueda constituir un sector de aplicación para el determinismo, ni que el procedimiento técnico cuya validez ha sido anulada no sea utilizable para la comprobación del determinismo en otro campo [2].

---

[1] Véase G. BACHELARD, *L'activité rationaliste de la physique contemporaine* (1951, pág. 217): "En resumen, todo determinismo es particular, parcial, regional. Es captado desde un punto de vista especial, en un orden de tamaño dado, dentro de límites explícita o tácitamente fijados". Además, véase también nuestra exposición del conjunto del problema en *Déterminismes sociaux et liberté humaine* (1955, págs. 9-40).

Sin embargo, ese doble pluralismo de los determinismos regionales y de las maneras de comprobarlos, no libera de la obligación de ponerse de acuerdo sobre lo que se llama determinismo y sobre lo que el mismo presupone, pues de otro modo, ninguna de sus manifestaciones puede ser justificada, comprendida, ni precisada, en cuanto a los límites de su validez. Ahora bien, si uno se libera de todo preconcepto, deberá reconocer que la única presuposición implicada en el determinismo como tal es la afirmación de que existen conjuntos o cuadros reales, o más ampliamente, universos reales y concretos y que se les debe atribuir una cierta coherencia, cuyos grados son muy relativos y variables, ya que están siempre limitados por una contingencia de intensidad diferente. *Contingencia coherente y coherencia contingente* inmersas en el ambiente de la "continuidad discontinua" o de la "discontinuidad continua" así como en el de lo "cuantitativo-cualitativo" o de lo "cualitativo-cuantitativo", tales son las características de todos los determinismos como de todos los universos reales. Esto nos prepara para la definición que del determinismo hemos tenido ocasión de dar: *El determinismo es la integración de los hechos particulares en uno de los múltiples cuadros o universos reales (vividos, conocidos, construidos) que son siempre contingentes; el determinismo sitúa esos hechos, es decir, los explica según la comprensión del cuadro. Esta integración presupone, en efecto, la comprensión de la cohesión relativa del cuadro contingente en cuestión* [3].

Se observará, según esta definición del determinismo, hasta qué punto la "comprensión" y la "explicación" —que una moda deplorablemente simplista pretende a menudo oponer actualmente como dos polos que se excluyen— se llaman recíprocamente, se completan y se implican, pues sólo son momentos dialécticos de un solo proceso: es tan imposible explicar sin comprender la coherencia del cuadro, como hacerlo sin llegar a integrar un hecho en él, es decir, sin "explicar". Esto no impide, por otra parte, en modo alguno, que la comprensión sea más acentuada en las ciencias del hombre que en las ciencias de la naturaleza; tal es el caso, en particular, con la psicología y con la sociología y la historia, en las que la riqueza de los significados humanos que se insertan en los cuadros de la explicación alcanza su grado máximo[4].

---

[2] *Ibíd.* (págs. 41-67).
[3] *Ibíd.* (págs. 28-41).

No tenemos necesidad de insistir en el hecho de que la nueva precisión de lo que es el determinismo no exige la unión de éste —tenida antes por indispensable— con la "previsibilidad perfecta de los fenómenos", que sólo es posible en algunos cuadros y en el interior de algunos tiempos privilegiados, y se revela particularmente limitada en sociología (mientras que los historiadores sobresalen, a veces, en la predicción... ¡del pasado!). Como lo veremos, los determinismos sociales se caracterizan por una relatividad y una pluralidad acentuadas, por una ausencia particular de vigor, por una variabilidad de acuerdo con las unidades en que actúan y, finalmente, por una extremada escasez de procedimientos técnicos de comprobación que sean aplicables a dichos determinismos. Estos rasgos vinculados al ser mismo de la realidad social no hacen más que acentuarse cuando se pasa de los determinismos sociales (aestructurales, unidimensionales y microsociales) a los determinismos sociológicos propiamente dichos que los unifican (determinismos que rigen los grupos, las clases y las sociedades globales). Sin embargo, esto no impide que la sociología pueda llegar a explicaciones, ni que las haga importantes.

Es hora de que insistamos en el hecho de que sería muy peligroso para la existencia misma de la sociología descuidar el problema de la explicación. G. Bachelard ha dicho, con gran exactitud, que la ciencia no es la "ciencia de lo general", sino la "ciencia de lo oculto"[5]. Ahora bien, agregaremos nosotros, la explicación es, ante todo, la búsqueda de lo oculto, y en ninguna parte lo oculto es tan difícil de encontrar como en sociología. Si, como lo ha hecho notar León Brunschvicg, lo verosímil es con frecuencia lo opuesto a lo verdadero, hay que señalar que, en sociología, cuando se halla "lo oculto" y se llega a una "explicación", ésta parece, más que en otra parte, "inverosímil". Esto se debe al carácter mismo de los fenómenos sociales totales en marcha, que no se expresan sino muy parcialmente, no sólo en las organizaciones, sino hasta en las estructuras, sin hablar de los símbolos, los mitos y las ideologías. Los resortes de las fuerzas volcánicas en flujo y reflujo, de las cuales los fenómenos sociales son los focos, representan, tanto social como científicamente, los elementos más ocultos. ¡Desdichados los sociólogos que se ocupan de derribar puertas abiertas, que se entregan a las falsas evidencias o manejan llaves que abren todas las puertas! Esas puertas no conducen, habitualmente, a ninguna parte y la explicación, en vez de hallar "lo oculto", es tautológica.

A este respecto, es interesante notar que todas las crisis que ha atravesado la sociología (y la sociología, desde su nacimiento muy reciente, ¿ha hecho otra cosa que pasar por "crisis"?) han estado siempre vinculadas al problema de la explicación, sea que se haya querido *explicar demasiado,* sea que se hayan dado *explicaciones condenadas de antemano,* sea que se haya *tratado de rechazar la explicación en favor de la comprensión,* sea que se haya *reducido grandemente la explicación confundiéndola con otros procedimientos* (tales como "la axiomática de los modelos" solidificados, la descripción "monográfica" o la dialéctica), sea, finalmente —como en las investigaciones empíricas de la actualidad—, sobre todo en los Estados Unidos y entre los imitadores franceses de los norteamericanos, que se haya renunciado casi completamente a la explicación transformando, en el mejor de los casos, la sociología en "sociografía".

---

[4] Sobre el problema de la "comprensión", véase nuestra exposición de la 1a. Parte, cap. I.

[5] G. Bachelard *La formation de l'esprit scientifique* (1938, págs. 55-72).

El ejemplo de la tendencia a "explicar demasiado" es el del evolucionismo que termina en una "filosofía de la historia", que estima estar en grado de saber "adónde va la sociedad", en qué consiste el "sentido de la historia" y toma por inevitable lo que sólo es "deseable" desde el punto de vista de un grupo o de una clase social.

Un ejemplo de las "explicaciones condenadas de antemano" nos suministra el recurso a los "factores predominantes" (geográficos, biológicos, antropo-raciales, demográficos, psicológicos, espirituales, etc.), así como a las "formas", a los significados culturales y a las civilizaciones, en fin, que destruyen la integridad de la realidad social y se hallan separados de las totalidades sociales, de sus estructuras y sus situaciones [6]. Otro ejemplo es el recurso a las "leyes generales" [7] en sociología, leyes causales, leyes funcionales o leyes de evolución, de las que es imposible probar la validez o la constancia, dada la contingencia, la discontinuidad, la variabilidad y la incertidumbre demasiado grandes que caracterizan a los cuadros sociales.

El ejemplo del "rechazo de la explicación en favor de la comprensión" lo ha dado Dilthey, iniciador de la aplicación de la "comprensión" al estudio del mundo social e histórico, el cual ha identificado erróneamente toda explicación con la explicación mecanicista y no ha visto que esta última presupone, ella misma, un conjunto real en el que los hechos están integrados, lo que es imposible sin "comprender" ese conjunto. Max Weber, que volvió a introducir la explicación en sociología subordinándola a "la interpretación comprensiva de los sentidos internos" de las conductas, la ha relegado a segundo plano de otra manera; ha transformado la comprensión, de una captación intuitiva de las totalidades reales (tal como lo era en Dilthey), en una introspección subjetiva de los significados internos de las conductas individuales y de su relación con significados espirituales, desmenuzando y demoliendo así los cuadros de la realidad social que debían servir de base a la explicación...

Hallamos un ejemplo de la gran "reducción de la explicación confundida con otros procedimientos" en el recurso abusivo a la axiomatización de los modelos abstractos, erróneamente identificados, a la vez, con las estructuras y con los tipos esclerosos, por una parte

---

[6] Véanse, a este respecto, nuestras críticas en *La vocation...* (*op. cit.,* vol. I, págs. 48 y sig.).

[7] *Ibid.* (págs. 55-62) y *Déterminismes sociaux...* (*op. cit.,* págs. 41-57 y *passim.*).

(no en vano Kurt Lewin ha opuesto los "fenotipos" a los "genotipos") y, por la otra, a las reglas de conductas y de investigaciones confundidas entre sí (así los modelos técnicos, matrimoniales, culturales, etc., al lado de los modelos mecánicos, estadísticos, de sondeo; en fin, de los modelos matemáticos). Otro ejemplo lo proporcionan igualmente las "técnicas monográficas" que esperan llegar a la explicación por medio de una "descripción intensa", lo que es imposible sin sobrepasar esta última —inconscientemente al menos y, por esta razón, de una manera dogmática.

Indicaremos, finalmente, como último ejemplo, muy diferente, por otra parte, de este error, el acercamiento demasiado grande, si no la identificación, del análisis dialéctico con la explicación, en la sociología marxista. Sin hablar de la subordinación de la dialéctica a un materialismo preconcebido, la dialéctica marxista, a pesar de su realismo, a menudo sólo conduce al análisis, y no a la explicación. Ahora bien, precisemos que toda dialéctica —aun no dogmática, impenitente e intransigente, es decir, ni ascendente ni descendente, ni las dos cosas a la vez, y que ayude a frustrar toda dogmatización de una situación, toda solución fácil, todo aislamiento arbitrario— nos lleva hasta el umbral de la explicación, pero no lo franquea jamás. Esta dialéctica hiperempirista nos enseña que la explicación debe buscarse en los fenómenos sociales en marcha que se hallan en flujo y reflujo perpetuos. Pero, por sí misma no explica nada y no suministra esquemas de explicación. Sólo puede hacernos preguntas, pero sin darnos nunca ella misma las respuestas. El recurso a la dialéctica como explicación —no sólo a la dialéctica materialista, sino también a los procedimientos del hiperempirismo dialéctico— nos parece susceptible de fomentar únicamente la descripción, por más refinada que ésta pueda hacerse. "La más hermosa hija de Francia no puede dar más que lo que tiene". Se puede y se debe preparar la explicación por medio de la dialéctica empirista, pero no se puede reemplazar la primera con la segunda. *La explicación, en sociología, debe hallarse de nuevo en cada oportunidad...*

Por último, el ejemplo del "renunciamiento completo o casi completo a toda explicación" nos es suministrado actualmente por la investigación empírica norteamericana. La forma ingenua, que es la más difundida, consiste en la fe, en la posibilidad de describir la vida social apoyándose solamente en un mecanismo técnico de sondeos, muestras, cálculos y estadísticas, sin ningún aparato conceptual clarificado, como si los hechos sociales fueran leña seca en un bosque y el sociólogo no tuviera más que recogerlos. Prendados de la "testomanía" y la "cuantofrenia", atraídos por las milagrosas armonías que se establecerían por sí mismas en los grupos pequeños; tocados, en los menores casos, por la gracia "estructural-funcional" (la que sólo es una cómoda pantalla para disimular la ausencia de explicación de las fuerzas dinámicas de cambio), o simplemente "matemática" (como si los cuadros reales y los cuadros matemáticos coincidieran en una armonía preestablecida), los investigadores norteamericanos, aun los que están mejor informados sobre las "teorías", se evaden del campo efectivo de la explicación, y se contentan con recurrir a soluciones que recuerdan un poco las "virtudes soporíferas" de la Edad Media.

Mientras tanto, no se ha dado ninguna explicación suficiente de los fenómenos más sobresalientes de nuestra época: los fascismos, las tecnocracias (incluso la tecnocratización de la sociología misma, y, sobre todo, de gran parte de sus representantes), el éxito de las revoluciones sociales en los países que poseen un mínimo de proletariado: Rusia primero, luego China, más generalmente Asia, etc.

El retroceso y la falta de explicación en la sociología actual se deben principalmente a los defectos de su teoría general, cuyos problemas hemos expuesto en esta sección. Todas las explicaciones, en cualquier ciencia, están basadas en teorías. En física, química, biología, etc., las explicaciones derivan, de una manera notoria, de teorías que cambian (así, la teoría transformista, por obra de la adaptación y la lucha por la existencia [Darwin], la teoría de la herencia de los genes-gametos que permite combinaciones individuales en el seno de las especies relativamente estables [Mendel y Naudin], los cambios bruscos [Hugo de Vries y Le Dantec], etc.).

No se puede "explicar" en ninguna ciencia, ni en ciencias naturales, ni en ciencias humanas, y en particular en sociología y en historia —que son el punto culminante de las mismas— sin *hipótesis de trabajo* que se revelan verdaderas o falsas en el curso de la investigación. Aun las hipótesis falsas, tales como la hipótesis evolucionista, la creencia en leyes causales o funcionales en sociología, el materialismo dialéctico o el psicologismo freudiano son preferibles a la ausencia de hipótesis pues, aplicadas a la explicación de "todos" los tipos de fenómenos sociales totales, parciales y globales, de todos los tipos de sus estructuras, etc., si se revelan indiscutiblemente como inoperantes, al menos incitan a la búsqueda de lo efectivamente *oculto*. Ahora bien, "lo oculto" cambia con cada tipo de sociedad, con cada clase, con cada género de grupos, con cada situación social global concreta. La fórmula del determinismo sociológico, y por lo tanto de la explicación en sociología —vamos a demostrarlo con más detalles en la tercera parte de este capítulo— es variable: se derrumba con cada derrumbe del equilibrio precario de las múltiples jerarquías que caracterizan las estructuras sociales; varía más todavía con la coloración y la virulencia de los fenómenos sociales totales subyacentes, así como con los esfuerzos colectivos e individuales humanos que son el centro de los mismos. Los tipos, a la vez discontinuos y dinámicos, que establece la sociología, y que culminan en los tipos de los fenómenos sociales totales globales, se elaboran, no para dibujar imágenes de Epinal, sino para promover la explicación en sociología.

La decepción causada por las hipótesis de trabajo formuladas hasta ahora, la comprobación de las dificultades de la unión entre teoría general e investigación empírica en sociología, de que padecemos actualmente no deben hacernos olvidar que, de no estar ligada a la explicación, la investigación empírica en sociología sería "una cabeza muy hermosa, pero de madera, es decir, desprovista de cerebro", según la famosa expresión de Kant. La explicación es imposible sin una teoría sociológica general; cuanto más se desprecia la "teoría", más imposible se hace la explicación...

2. *Las reglas de la explicación sociológica*

Es hora de que formulemos las reglas fundamentales de la explicación en sociología, tal como resultan de la teoría sociológica general que hemos tratado de resumir en los capítulos precedentes de esta sección.

I. Primera regla de la explicación en sociología: Esforzarse por integrar los elementos microsociales en los grupos, los grupos en las clases sociales, las clases sociales en las sociedades globales y éstas en las situaciones totales concretas en que actúan. Existe, pues, en la explicación sociológica, una tendencia hacia el predominio, no sólo de la totalidad con relación a sus elementos, sino de lo global con respecto a lo parcial. La explicación en sociología se encamina, de este modo, de lo abstracto a lo concreto. He ahí el aspecto esencial de verdad contenido en el pensamiento de Mauss cuando no quería admitir sino fenómenos sociales totales que fuesen al mismo tiempo "globales". Pero lo que Mauss no veía, es que para captarlos y manejarlos, necesitamos puntos de referencia —los fenómenos sociales totales parciales (Nosotros, grupos, clases), los planos de profundidad, los elementos aestructurales, estructurales, estructurados en perpetua tensión, antinomia, complementaridad, interpenetración.

II. Segunda regla de la explicación en sociología: Cuando se buscan los fenómenos sociales totales globales, se debe pasar por el intermediario de sus estructuras, pues las sociedades globales tienen siempre estructuras ostensibles y comprensibles, pero no se reducen nunca a ellas. Esta segunda regla de la explicación sociológica implica una doble exigencia: a) que se revele el carácter intermediario, flexible y dialéctico de la estructura (que se halla en perpetua estructuración, desestructuración y reestructuración o se encamina hacia la dispersión) sin considerarla como base y objeto de la explicación; la estructura no es más que una etapa en la marcha hacia el fenómeno social total, el único que puede desempeñar ese papel; b) que no se confunda ni la estructura ni el fenómeno total, que pertenecen ambos a lo real, con sus tipos, los cuales son solamente conceptos operatorios construidos para captarlos.

III. Tercera regla de la explicación en sociología: Si las tensiones, las interpenetraciones y las antinomias entre las estructuras (globales y parciales) y los fenómenos sociales totales subyacentes explican los cambios y las dispersiones de las estructuras, estas últimas explican, según sus tipos, el carácter, la fuerza, la debilidad, el cambio o la inmovilidad relativa de los aparatos organizados que se apoyan en las estructuras, y que pueden desempeñar, en el equilibrio de las mismas, un papel variado y aun a veces mínimo.

IV. Cuarta regla de la explicación en sociología: No obstante el predominio de lo global, no omitir el hecho de que éste admite una graduación casi infinita y tener en cuenta las estructuras y los fenómenos sociales totales parciales, sus conflictos intrínsecos y extrínsecos, el más patente de los cuales es la lucha de clases, los choques entre los grupos, tanto dentro como fuera de las clases, las oposiciones entre los Nosotros del mismo género y de géneros diferentes, etc.

V. Quinta regla de la explicación en sociología: No atenerse nunca a un solo plano de profundidad del fenómeno social total, global o parcial, sino buscar siempre todos los otros planos cuya jerarquía, acentuación y eficiencia varían con los tipos de estructuras y, a veces, con los elementos aestructurales. Lo cual confirma a la vez: a) la diferencia entre ciencias sociales independientes, por una parte, sociología e historia por otra; b) la imposibilidad de separar de la sociología como tal, sus propias ramas particulares (que sólo se pueden distinguir la una de la otra en el punto de partida, y no en el de llegada), sobre todo cuando se trata de la explicación; c) finalmente, la variabilidad de toda fórmula del determinismo sociológico.

VI. Sexta regla de la explicación en sociología: Distinguir los determinismos sociales del determinismo sociológico que —sea parcial o global— los unifica con mayor o menor éxito. Contrariamente a lo que se podría creer, la consistencia y el vigor de los determinismos sociológicos globales no son siempre mayores que los de los determinismos sociológicos parciales (de las clases y de los grupos estructurados). Los determinismos unidimensionales de los planos en profundidad, así como los microdeterminismos, permiten, en ciertos casos, la aplicación de procedimientos de comprobación (tales como las leyes estadísticas de probabilidad, por ejemplo, aplicables a la base morfológico-demográfica y al plano de los modelos) que no son válidos para los cuadros sociales globales. Estas observaciones ponen de relieve la existencia de innumerables fallas, diferencias y discontinuidades entre los tres géneros de determinismos que acabamos de distinguir y, en el interior de los mismos, las fallas, diferencias y discontinuidades que, lejos de desaparecer al pasar de los determinismos sociales múltiples a los determinismos sociológicos unificados, aumentan tomando formas nuevas.

VII. Séptima regla de la explicación en sociología: Recurrir al más explicativo de los procedimientos de comprobación aplicables al cuadro social encarado. Es, por ejemplo, notorio que las leyes estadísticas de probabilidad, aun aplicables a un cuadro social real al cual son adecuadas, indican solamente el *cómo* y no el *porqué*. Se debe, pues, coincidir con Durkheim en que las "explicaciones causales" son altamente deseables en sociología, con la condición de que, según su propia exigencia, la causa sea buscada en lo social mismo. Pero las leyes y las causas no se corresponden. Ni aun las leyes referentes a lo real, tales como las leyes funcionales y las leyes de probabilidad, implican causas, mientras que la *causalidad puede ser singular* e individualizada y establecer sólo encadenamientos que no se repiten. Es muy dudoso que en sociología sea posible formular leyes llamadas "causales", dada la discontinuidad demasiado grande entre causa y efecto. Entre lo antecedente y lo consecuente media aquí un margen de incertidumbre demasiado amplio para afirmar la repetición de las mismas causas y, con más razón aún, para presuponer que éstas van a producir los mismos efectos en cuadros y circunstancias esencialmente variables y fluctuantes. Queda, pues, la *causalidad singular*[8] ligada a la particularidad de la estructura y del fenómeno social total de los cuales construimos los tipos discontinuos y cualitativos.

En la explicación sociológica, la causalidad singular implica diversos grados. Así, la causalidad singular parece hacerse más individualizada: 1) yendo del determinismo de la base morfológica al determinismo de los modelos, las reglas y los papeles sociales; de éstos a los determinismos de los símbolos, ideas, valores y mentalidades colectivas; 2) yendo de los microdeterminismos a los determinismos de los grupos particulares y de las clases sociales; 3) finalmente, yendo de los determinismos unidimensionales, de los microdeterminismos y de sus unificaciones parciales hacia los determinismos de las estructuras y de los fenómenos sociales totales globales, clasificados por tipos. Si se logra vincular efectivamente las unidades globales, como causas, a efectos precisos, el encadenamiento causal se singulariza mucho. Sin embargo, tan grande es el abismo entre causa y efecto, cuando se trata de sociedades globales clasificadas por tipos y tantas son las múltiples perturbaciones que intervienen aquí entre lo antecedente y lo consecuente, que con frecuencia esa vinculación misma resulta muy incierta. Si, por no ser suficientemente estrecha, la relación entre causa y efecto es puesta efectivamente en duda, no queda al sociólogo otro camino que recurrir a otros procedimientos técnicos de comprobación del determinismo sociológico o apelar a la explicación histórica. Las dos últimas reglas de la explicación sociológica tratan, sucesivamente, estos casos.

VIII. Octava regla de la explicación en sociología: A falta de la causalidad, se debe recurrir a "correlaciones funcionales", a la "regularidad de tendencias", o finalmente, a "integraciones directas en los conjuntos"[9]. Las "correlaciones funcionales" son correspondencias entre dos conjuntos de hechos sociales que no pueden ser ubicados en situaciones de elementos antecedentes el uno al otro, que no se encuentran en relación de causalidad recíproca, y cuya constancia no se puede probar, pero que requieren ser integrados en el mismo cuadro del fenómeno social total. Tales son las correlaciones funcionales que se establecen en sociología del conocimiento, de la vida moral, de la religión, del derecho y del arte. Las obras culturales mencionadas perderían su validez y, por lo tanto, su eficacia social, si se las considerara como simples efectos de los cuadros sociales, y se destruiría la realidad de estos últimos si se considerara a las primeras como sus causas. Se impone, sin embargo, la puesta en perspectiva sociológica de los mismos. Las *regularidades de tendencias,* que sólo se aplican en la escala macrosociológica —es decir, cuya validez está estrictamente limitada a los grupos, clases sociales y sociedades globales, considerados según sus tipos —son marchas de los conjuntos en ciertas direcciones más o menos precisas, pero inciertas en cuanto a su destino. Así, por ejemplo, la sociedad feudal podía desarrollarse tanto en el sentido de una teocracia, como en el sentido de una federación de ciudades libres o en el sentido de una monarquía territorial. Del mismo modo, en nuestros días, la sociedad capitalista puede desarrollarse en el sentido de una tecnocracia, o en el de una democracia económica pluralista, o también en el sentido comunista, etc. Lo mismo que las correlaciones funcionales, las regularidades de las tendencias sirven como procedimiento técnico de determinación: permiten integrar en conjuntos reales las direcciones fluctuantes que se han observado. Sucede, a veces, que los hechos sociales observados no pueden ser vinculados con un cuadro dado, ni aun mediante las correlaciones funcionales o de la regularidad de las tendencias. Y, sin embargo, su determinación por aquél, por el cuadro, no parece inspirar duda alguna. Se recurre entonces a *su integración directa en un conjunto* del cual se presupone que son manifestaciones. Por ejemplo, se comprueba que no es por casualidad que los hábitos sexuales, las relaciones entre las generaciones y las expresiones del sentimiento varían en los diversos tipos de sociedades o en las clases sociales de la misma sociedad. Se los integra, pues, en los conjuntos correspondientes, aun cuando no se pueda hallar, ni la causalidad del cuadro en cuestión, ni correlaciones funcionales precisas. Pero se trata siempre de un procedimiento de explicación sociológica.

---

[8] Véase la discusión del problema de la causalidad singular en mi *Déterminismes sociaux...* (*op cit.*, págs. 55-61 y *passim.*).

[9] Con respecto a estos tres procedimientos, véase *ibid.* (págs. 63-67 y *passim.*).

IX. Novena y última regla de la explicación en sociología: Esforzarse por establecer contactos, colaboraciones y acercamientos entre la explicación sociológica y la explicación histórica. Hasta el presente, la experimentación (que hay que distinguir de la observación, ya que la primera es provocada y controlada) no ha tenido éxito en sociología, en todo caso, en la escala de los grupos particulares y, con más razón aún, en la de las clases sociales y las sociedades globales. A falta de esos experimentos —de los cuales los proyectos de gran envergadura y a largo plazo son los únicos presentimientos efectivos (si se excluyen los experimentos involuntarios, realizados por las guerras y las revoluciones)— la explicación sociológica necesita de la "causalidad histórica". La causalidad, en efecto, es más estrecha, más continuista y más singularizada en historia que en sociología. De ello resulta que, entre todas las ciencias del hombre, sólo la historia explica mejor y con más seguridad que la sociología.

Los historiadores han esperado, a menudo, que la "explicación" venga de los sociólogos. Han hecho mal. Son más bien los sociólogos los que deben buscar la explicación en la historia. Pues es a través de la situación total concreta y su causalidad estrictamente singular y rigurosamente irrepetible —ambiente en que se encuentran mejor que en otra parte los determinismos sociales y la libertad humana (tanto colectiva como individual)— que se llega a las explicaciones más satisfactorias de todo lo concerniente a la condición humana.

En lo que respecta al método, la sociología es mucho más discontinuista que la historia, pues se ve llevada a destacar la discontinuidad de los tipos de fenómenos sociales totales y de estructuras, así como la de las escalas de los múltiples tiempos sociales. La historia, por el contrario, es llevada, en lo que respecta al método, a subsanar las rupturas, a tender puentes entre los tipos sociales que ella singulariza e individualiza al extremo, a pasar, sin solución de continuidad, de las estructuras a los fenómenos sociales totales globales; consigue, así, captar mucho mejor los fenómenos sociales totales que sobrepasan las estructuras, seguir las transiciones y descubrir las continuidades. La paradoja[10] de una ciencia histórica continuista que estudia una realidad histórica inclinada hacia la discontinuidad y de una sociología discontinuista que estudia una realidad social tendiente hacia la continuidad, sólo se puede resolver por la colaboración de la sociología y de la historia en la explicación, con la condición de que esa colaboración esté desprovista de toda segunda intención imperialista. En efecto, en ese campo, la sociología y la historia se completan y su guerra debería finalmente cesar, cosa imposible si no renuncian ambas a su soberbia"[11].

La sociología es la que suministra a la historia los cuadros conceptuales de las estructuras y de los fenómenos sociales totales, de los tipos de unas y otros, de la dialéctica entre estructura, situación y fenómeno total, entre estructuración, desestructuración, reestructuración y dispersión. La sociología es también la que puede ayudar a la historia a reducir al mínimo el carácter ideológico de su verdad, ligada a la ambigüedad del tiempo histórico, transcurrido y reconstruido, y a los criterios aplicados a esa reconstrucción, criterios tomados de la sociedad presente.

Pero la historia, a su vez, es la que no sólo proporciona a la sociología los materiales más indispensables, sino que le entrega también los esquemas explicativos más sólidos, esquemas ligados a la singularidad irrepetible del vínculo causal hecho más continuo y, por ende, más cierto. La solución del problema discutido reside en una crítica mutua y en una colaboración eficaz de la explicación sociológica y de la explicación histórica, que conducen, las dos, al recurso de situaciones totales concretas y a las reacciones concretas de los esfuerzos humanos para dominar esas situaciones.

---

[10] La hemos mencionado ya en el cap. I, de la 1a. Parte, de este *Tratado*.

[11] Los historiadores parecen, actualmente, menos dispuestos a hacerlo que los sociólogos, a juzgar por la posición adoptada en la 1a. Parte, cap. IV, de este *Tratado*, por F. BRAUDEL, quien sólo confía en la historia para estudiar las variaciones diversificadas de los tiempos, y considera, sin razón, como sospechosa de inmovilismo toda conceptualización sociológica de la multiplicidad de los tiempos y de sus diferentes escalas unificadas. Véase nuestra respuesta en la nota I, p. 23 de la 1a. Parte, cap. I, de este *Tratado* y en mi curso *La multiplicité des temps sociaux* (1959), que demuestra que, también en este caso, las dos disciplinas no pueden evitar la colaboración.

Vamos a verificar este punto de vista examinando, para terminar, las variaciones de la fórmula del determinismo sociológico según los cuadros sociales globales que rige.

3. *Variaciones de las fórmulas del determinismo sociológico*

Para ilustrar nuestra tesis sobre la particularización del determinismo sociológico y sobre la imposibilidad de expresarlo en una fórmula general [12], tomaremos aquí en consideración solamente los tipos de las sociedades globales históricas [13] ya desaparecidas.

I. Comencemos por las *teocracias carismáticas*. El esfuerzo de unificación de los determinismos parciales que se destacan en este tipo de sociedad, toma como punto de referencia la identificación del Imperio y de la Iglesia, gracias al carisma del rey-sacerdote-Dios viviente y de la dinastía de la cual es representante. El verdadero punto de apoyo del esfuerzo de unificación es el aparato organizado de vasta envergadura, de ramificaciones variadas, que penetra los diferentes aspectos de la vida social, fuerte de su propio engranaje burocrático. En esta enorme máquina la vida es insuflada a la vez por la dinámica de las creencias, cultos y símbolos místico-religiosos, por la de la base morfoecológica con sus imperiosas necesidades y por la del engranaje de los modelos técnicos, económicos y jurídicos. Después del determinismo de la organización misma, estas tres dinámicas deben ser reconocidas como ocupantes de un lugar equivalente en la jerarquía específica de los determinismos sociales que constituyen el determinismo de las teocracias carismáticas. Vienen luego los determinismos de los grupos familiares, profesionales, militares y burocráticos, de afinidad económica, los de los grupos de sacerdotes, los de los papeles sociales que desempeñan todos esos grupos y los de las actitudes colectivas que adoptan, y por último, el de la división del trabajo técnico considerablemente avanzada. El determinismo de las masas reunidas bajo un mando único por los imperios teocráticos les confiere un carácter fluctuante que facilita el movimiento de desestructuración rápida, fomentada, además, por el hecho mismo de que, aquí, la fórmula del determinismo global es particularmente inarmónica, tensa y pronta a desbaratarse a cada cambio de dirección.

II. La situación es muy diferente en el tipo de *sociedad patriarcal* en que la fórmula del determinismo global es mucho más simple y más sólida. La unificación de los determinismos parciales poco numerosos se apoya aquí en la absorción casi total, por parte de la familia doméstica —empresa económica, Estado— de todos los otros grupos; la unificación encuentra aquí su punto de apoyo más palpable en el predominio de los modelos rutinarios y de las conductas tradicionales, sostenidos por los determinismos de la base morfológica, de la división del trabajo social, de los símbolos tanto racionales como místicos y, finalmente, de la reglamentación de orden moral.

---

[12] Para el conjunto del problema, véase *Déterminismes...* (*op. cit.*, págs. 163-296).

[13] Para un breve resumen de las mismas, véase el cap. V, de esta sección del *Tratado* y, para una exposición más detallada, mis *Déterminismes...* (*op. cit.*, págs. 222-282) y *La vocation...* (*op. cit.*, vol. I, págs. 443-502).

III. La fórmula del determinismo global que rige *la sociedad de tipo feudal* es, contrariamente a la que corresponde a las sociedades patriarcales, de una complejidad extrema. Tres determinismos parciales, predominantes y equivalentes, están en lucha: el de la cadena feudal; el de la Iglesia y el de las ciudades emancipadas; frenados por los determinismos patrimonial-señoriales, por una parte, y estatistas por la otra, se unifican sólo esporádicamente. En la estructura global, el determinismo de las comunidades prevalece, no sin dificultades, sobre el de las comuniones y las masas mientras que la relación se halla invertida en el fenómeno social total. Los determinismos de los papeles sociales y de las actitudes colectivas están combinados con el determinismo de los símbolos místicos y racionales en la estructura y, en competencia con éstos, en el fenómeno social total. Los modelos simbólicos favorecen el determinismo de las reglamentaciones jurídicas (particularmente importantes aquí) sostenidas por las que presentan un carácter religioso, moral y estético. El determinismo de las prácticas a menudo innovadoras, así como el de las ideas y valores y el de la mentalidad colectiva (coloreada de misticismo) que los capta, derivan directamente del fenómeno total y prevalecen sobre el determinismo de los modelos técnico-económicos (con excepción de las ciudades), de la base morfológica y de las organizaciones (con excepción de la Iglesia). Esta falta de cohesión del determinismo sociológico global se confirma en la pluralidad de las perspectivas de desarrollo posible de las sociedades de este tipo, que hemos mencionado más arriba.

IV. En oposición con la fórmula del determinismo que rige la sociedad de tipo feudal, la que rige *la sociedad en que predomina la Ciudad que se transforma en Imperio* es de una extremada solidez. El Estado territorial es aquí el punto de apoyo del esfuerzo de unificación de los determinismos parciales, esfuerzo facilitado por la relativa debilidad de todos los otros grupos, con excepción de las familias doméstico-conyugales, de los órdenes hereditarios vencidos prematuramente y finalmente, de los grupos de afinidad de situación económica, los cuales, sin embargo, se revelan incapaces de transformarse en clases sociales propiamente dichas y de hacer la competencia a la jerarquía de los grupos funcionales. El predominio de las relaciones con los Otros y de las comunidades activas, así como de los modelos jurídicos y de las ideas racionales, sostenidas por organizaciones que las realizan y que tienden a extenderse y universalizarse, consolida el determinismo del Estado; la única limitación proviene de la base morfológica, la cual, no estando dominada por una técnica desarrollada, se mantiene decisiva para la vida económica. El determinismo global tiende, a la vez, hacia el individualismo y el estatismo, encaminando el *dominum* y el *imperium* hacia el caso extremo: el Estado Cesáreo vacilante en medio de una inmensa multitud de individuos en el seno de la cual predominan las masas pasivas... El determinismo de este tipo de estructura global es, tal vez, el más coherente y el más riguroso que una sociedad haya conocido nunca.

Por eso los partidarios más diversos, conscientes o inconscientes, de las "leyes de evolución" de la sociedad —que se llamen Aristóteles, Polibio, Vico, Montesquieu, Comte, Spencer, Tarde, Durkheim, Hobhouse, Dewey, Sorokin o Spengler— se han dejado inspirar por las consecuencias de la fórmula del determinismo propia de ese tipo particular de sociedad: "El pasaje del predominio del estatuto al predominio del contrato" (Spencer y Maine); "la ampliación del círculo de personas vinculadas por el mismo orden de derecho y su generalización" (Tarde); "el pasaje de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica y el acrecentamiento paralelo del papel del Estado y del contrato" (Durkheim); "el triunfo progresivo de la razón" (Hobhouse, Dewey y aun Max Weber); "el movimiento cíclico entre autoritarismo, aristocracia y democracia, o entre misticismo, idealismo y sensualismo" (Sorokin); o también "entre primavera, verano, otoño e invierno" de una cultura que se disuelve en "civilización" (Spengler). Esta serie de ejemplos demuestra bastante claramente que se trata solamente de la dogmatización de la regularidad de las tendencias de un solo tipo de estructuras globales: el de las Ciudades-Estados que se transforman en Imperios.

V. En *las sociedades globales que dan nacimiento a los comienzos del capitalismo* y al absolutismo llamado ilustrado, la fórmula del determinismo global, aunque presenta algunas analogías con la precedente, se hace, sin embargo, incomparablemente más tensa e incierta que esta última. El esfuerzo de unificación de los determinismos parciales encuentra aquí sus principales puntos de apoyo en el Estado autoritario, en la naciente burguesía y sus empresas económicas, así como en el florecimiento de nuevos modelos técnicos. Sin embargo, los tres determinismos mencionados se interpenetran y combinan, o bien entran en tensión, en competencia, en conflicto. Esta observación es válida, en particular, cuando se trata de las relaciones existentes entre el absolutismo ilustrado y la burguesía, relaciones que se complican a causa de la sobrevivencia de los órdenes oficiales y de los privilegios de la nobleza. El determinismo de los símbolos, valores e ideas (a menudo "adelantados con relación a su época", es decir, con relación a la estructura existente, y que hasta sobrepasan las aspiraciones de la burguesía), el de los papeles sociales y las actitudes (que se inspiran en ellos, o bien se encuentran muy rezagados) y, finalmente, el determinismo de la base morfológico-demográfica (siempre muy importante en razón de la creciente demanda de mano de obra), se amalgaman y se separan en formas diversas. Ello tiene como efecto aumentar las incertidumbres y las discontinuidades propias del determinismo que rige estas estructuras globales y los fenómenos sociales totales subyacentes. Las fuerzas volcánicas de estos últimos sobrepasan a menudo sus estructuras y se manifiestan en conductas colectivas innovadoras, reformistas, efervescentes, que hacen presentir la revolución que se avecina.

VI. En el determinismo global de la *sociedad democrático-liberal*, el esfuerzo de unificación está directamente vinculado a la lucha de las clases: la clase victoriosa, dominante, instalada en el poder, es la que parece mejor ubicada para imprimir al conjunto su determinismo propio, utilizando el Estado como órgano. Pero la resistencia, la oposición de las otras clases, sus fuerzas organizadas y su influencia debilitante sobre el Estado son tales que el determinismo global coincide sólo muy rara vez con el de una clase: encuentra su expresión en el resultado siempre incierto de la lucha de las clases y en los compromisos que se establecen entre ellas. El determinismo de los modelos técnicos y económicos, reforzado o, por el contrario, trabado por la lucha de las clases (o por la clase dominante) sigue, en todo caso, de cerca a ésta en la jerarquía de los determinismos. Vienen, luego, el determinismo del Estado y el de las empresas económicas, a menudo en competencia y debilitándose mutuamente; el determinismo de las masas y comuniones activas, así como el de los papeles sociales inesperados e innovadores, de los símbolos y valores cada vez más politizados y coloreados por las ideologías y por los mitos del porvenir; el determinismo de la división técnica del trabajo, de la competencia económica, de la alternación de crisis económicas agudas con períodos de prosperidad, de superproducción y desocupación; finalmente, el determinismo de las organizaciones cuya envergadura y eficacia aumentan especialmente en la vida económica y sindical, etc. Las conductas innovadoras, efervescentes y revolucionarias, ponen de relieve los movimientos del fenómeno social total subyacente que es muy agitado y deja presentir la posibilidad del desbaratamiento de la estructura global.

Uno podría preguntarse en qué se distingue de la concepción marxista esta tentativa de formular el determinismo que rige la sociedad global en la cual domina el capitalismo competidor. En efecto, consideramos que el esquema marxista es, en general, válido *para este tipo de sociedad y de estructura global.* Pero, precisamente ahí se encuentra el límite extremo de su validez y de su veracidad. Ese esquema es válido sólo muy parcialmente para la sociedad del comienzo del capitalismo. Lo es mucho menos aún para los tipos de sociedades actualmente en lucha: capitalismo organizado, colectivismo centralizador, tecnocracia, etc., en las cuales los planes conscientemente elaborados dominan los modelos técnicos y económicos, dirigen las organizaciones y modifican la posición de las clases. Para los tipos de sociedades que precedieron a la industrialización, el esquema marxista no tiene ya ninguna aplicación.

Tal es la primera divergencia esencial entre nuestra posición y el esquema marxista: éste pretende universalizar su fórmula del determinismo y nosotros tratamos de establecer variaciones esenciales del determinismo sociológico según los tipos y las estructuras que rige. Pero la divergencia no termina ahí[14]. Aun limitado a un solo tipo de sociedad, el esquema marxista nos parece aquejado de un triple error: a) une el determinismo parcial de las clases y el determinismo global de la sociedad en que ellas se enfrentan; corre así el riesgo de arruinar los resultados de uno de sus principales descubrimientos; b) simplifica el determinismo de las clases, pues no tiene en cuenta la multiplicidad de especies de determinismos en lucha en el interior de cada clase (cada una de las cuales es un macrocosmos de grupos y un microcosmos de manifestaciones de sociabilidad), lo cual complica y altera el resultado final; c) se atiene, por último, a un determinismo demasiado riguroso y continuista, pasando en silencio sobre sus múltiples fallas, diferencias y discontinuidades, lo que es particularmente inadmisible cuando se trata de una fórmula determinista aplicable únicamente a la sociedad democrático-liberal; esta última, llena de incertidumbres y desgarrada por luchas intestinas, se presta particularmente a la intervención de los esfuerzos colectivos e individuales.

Para terminar nuestro análisis de las variaciones que sufren las fórmulas del determinismo sociológico, precisemos que la teoría sociológica (o sociología general) está llamada, no sólo a hacer resaltar los caracteres específicos del determinismo al cual recurre en sus explicaciones, sino también a iniciar una investigación en la que no se ha pensado todavía. *Se trata del estudio sociológico de los caminos del determinismo a través de los cuadros sociales*. La sociología de las variaciones de los determinismos en la vida social nos parece mucho más científica que el esfuerzo opuesto y tan infructuoso que consiste en imponer a la sociología una fórmula única de determinismo que esta ciencia debería aplicar. La sociología de los determinismos se encuentra con el estudio sociológico de los caminos de la libertad humana; es que la libertad humana, infiltrándose a través de todas las fallas y brechas de los determinismos sociales, se revela al mismo tiempo como directamente indispensable para apoyar los varios esfuerzos unificadores de que derivan las fórmulas del determinismo sociológico[15]. Así, la sociología de los caminos de los determinismos sociales y la sociología de los caminos de la libertad humana se encuentran, se cruzan; pueden y deben colaborar. Tal es la culminación de los problemas que la sociología general puede estar orgullosa de reconocer como suyos.

---

[14] Véanse nuestras observaciones sobre las dificultades de la sociología de Marx en la 1a. Parte, cap. II, págs. 43-44 de este *Tratado* y, en forma más detallada en *La vocation*... (*op. cit.*, págs. 357-363), *Déterminismes*... (*op. cit.*, págs. 180-182), en nuestro curso roneografiado *Le concept de classes sociales, de Marx à nos jours* (1954, págs. 55-61) y en *Tres capítulos de historia de la sociología: Comte, Marx y Spencer* (Trad. esp., Galatea, Nueva Visión, Buenos Aires, 1939).

[15] A este respecto, véase mi libro *Déterminismes sociaux et liberté humaine* (*op. cit.*).

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

BACHELARD (G.). *La dialectique de la durée* (2ª ed., París, 1950).
— *L'activité rationaliste de la physique contemporaine* (París, 1951).
— *Le nouvel esprit scientifique* (3ª ed., París, 1958).
BOUTROUX (E.). *L'idée de loi naturelle dans la science et la philosophie* (París, 1895).
BROGLIE (L. DE). *La physique quantique restera-t-elle indéterministe?* (París, 1953).
— *Continu et discontinu dans la physique moderne* (París, 1941).
BRUNSCHVICG (L.). *L'expérience humaine et la causalité physique* (París, 1922).
— *Le déterminisme et la causalité dans la physique contemporaine* (Bulletin de la Société française de Philosophie, 1930).
DILTHEY (W). *Introduction à l'étude des sciences humaines* (traduc. francesa, París, 1943).
DURKHEIM (E.). *Les règles de la méthode sociologique* (9ª ed., París, 1947).
GURVITCH (G.). *Déterminismes sociaux et liberté humaine* (París, 1955) (págs. 1-67 y *passim*).
— *La crise de l'explication en sociologie* (Cahiers internationaux de Sociologie, vol. XXI, 1956) (págs. 3-19).
— *Continuité et discontinuité en histoire et en sociologie* (*Annales*, 1957, cuaderno I, págs. 73-84).
— *La vocation actuelle de la sociologie* (2ª ed., vol. I, París, 1957) (páginas 55-62).
— *La multiplicité des temps sociaux* (curso roneotipado, París 1959).
HESSEN (S.). *Die individuelle Kausalität* (Berlín, 1912).
LEFEBVRE (H.). *De l'explication en économie politique et en sociologie* (*Cahiers internationaux de Sociologie*, vol. XXI, 1956) (págs. 19-36).
MAC IVER (R.). *Social Causation* (Boston, 1942).
MERTON (R.) y LAZARSFELD (S.). *Continuities in Social Research* (Glencoe, 1950).
POINCARÉ (H.). *Calcul des probabilités* (2ª ed., París, 1923).
RICKERT (H.). *Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft* (7ª ed., Tubinga, 1926).
SERVIEN (P.). *Hasard et probabilité* (París, 1948).
SOROKIN (P.). *Socio-Cultural Causality. Space, Time* (Durham. 1943).
— *Les tendances et les déboires de la sociologie américaine contemporaine* (traduc. francesa, París, 1959).
WEBER (M.). *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre* (Tubinga. 1922).

TERCERA PARTE

PROBLEMAS DE MORFOLOGÍA SOCIAL

1 SOCIOLOGÍA GEOGRÁFICA

PIERRE GEORGE, PROFESOR DE LA SORBONA

1. *Introducción*

La aplicación del método geográfico a los datos sociales tiene por objeto la definición de los hechos y de las categorías de hechos observables en un medio espacial determinado y la búsqueda de las posibilidades de universalización más o menos completa de esos hechos y categorías de hechos. El proceso mental es, pues, analítico al comienzo y conduce a un inventario. Ese inventario se ubica en el espacio por medio de la representación cartográfica, que permite representar cada hecho en su escala y en su lugar exacto y hacer algunas generalizaciones. Esta fase del estudio se sitúa en el plano de la morfología social.

En su segundo paso, el pensamiento geográfico recurre a la aplicación del método comparativo. Éste se aplica en dos grados. La comparación de la localización de datos de diferentes especies lleva a la comprobación de coincidencias y coexistencias que, si se repiten a menudo, pueden aparecer como correlaciones y dar lugar a la búsqueda de relaciones causales. Por medio de la comparación de las familias de hechos, de las formas de grupo y de correlaciones en las diversas zonas y regiones del globo, el geógrafo llega a una distinción de datos generales de carácter universal, de variantes morfológicas y de formas de grupo, de organización de correlaciones específicas de un medio geográfico dado. Este medio geográfico puede ser un medio físico bruto, o bien una combinación de datos procedentes de una forma y de un grado de desenvolvimiento histórico de los diversos grupos humanos comparados.

Por lo tanto, la geografía sociológica puede dividirse en dos grandes capítulos. El primero comporta el inventario, en un medio, de todos los datos sociales que puedan ser registrados por la observación. Este inventario reviste la forma de una especie de léxico descriptivo y se inserta en los cuadros de una morfología social.

El segundo es un estudio diferencial de la diversidad de los hechos sociales y de las combinaciones sociales en el mundo. Supone una confrontación previa de todas las observaciones hechas por sociólogos y geógrafos sobre la base de las definiciones metodológicas precedentemente establecidas, haciendo aparecer tipos regionales. Se sitúa en un grado más avanzado de la investigación. Mientras que el primero se ubica al comienzo del trabajo simultáneo de los geógrafos y los sociólogos, éste aparece, al contrario, como capítulo de conclusión de una geografía o de una sociología como tales. Se trata, pues, en este volumen, y dentro del marco de un estudio de la morfología social, de los elementos del primero de esos dos capítulos.

2. *Las bases geográficas de la sociología rural*

El estudio geográfico destaca los tipos de infraestructuras de la vida rural en la campaña. Utiliza para ello la observación del paisaje —observación directa— y la observación indirecta a través de la fotografía aérea y del mapa. Recurre, por otra parte, a los documentos, figurativos o no, en los cuales están registrados los términos concretos de las relaciones económicas y sociales entre el hombre y la tierra: propiedad, explotación, residencia. Otra serie de observaciones, averiguaciones y documentos se utiliza para definir las modalidades de la producción, el rendimiento de la superficie explotada y la productividad del trabajo agrícola, las relaciones materiales entre productores y consumidores. Con frecuencia se debe buscar lejos en el pasado la explicación de las situaciones actuales. Los hechos de observación directa y los documentos actuales se interpretan a la luz de piezas de archivo. En la medida en que los documentos históricos no han sido elaborados, el geógrafo debe hacer un trabajo de historiador, para evitar el riesgo de tener que renunciar a toda explicación de las situaciones presentes.

I. *La unidad elemental. Las condiciones del medio físico.* La unidad geográfica elemental es la colectividad rural más pequeña que se identifica con un espacio de producción, a la explotación del cual están dedicados los miembros de un mismo grupo social; en Europa occidental, la parroquia o la comuna rural. Casi siempre, en el mundo, ésta coincide con el pueblo o aldea, residencia de la mayor parte de los campesinos que forman parte del grupo elemental. Sin embargo, en algunas partes de Europa occidental y de China central, la población está dispersa en el interior del espacio cultivado. Esta forma de habitación rural dispersa es específicamente diferente de las formas de colonización rural igualmente dispersas, pero recientes y ligadas a estructuras económicas y sociales particulares de la América del Norte y de algunos países de ocupación agrícola reciente.

La base concreta del grupo rural elemental constituye el *terruño,* el espacio destinado a la producción agrícola, que se define por sus límites y por su contenido. Los límites son invisibles en el caso de una ocupación agrícola continua del suelo (llanuras francesas). Los terruños de colectividades rurales vecinas son contiguos y sólo están separados por límites convencionales. Éstos son, por el contrario, concretos en el caso de una ocupación agrícola discontinua del suelo; por ejemplo, en una zona forestal donde la población habita los claros o en una región montañosa (terruños de los valles). El lenguaje rural tradicional francés distingue el *finage* (la *jurisdicción*), que es el territorio reconocido convencional o jurídicamente a la colectividad local, y el terruño que es la parte del mismo efectivamente ocupada y trabajada.

Es raro que un terruño sea homogéneo. La utilización del suelo, la distribución de las explotaciones o de las diversas fracciones de las explotaciones en el interior del terruño se efectúan, en el cuadro de cada sistema social y técnico de movilización de los recursos del suelo, según la arquitectura y el valor productivo diferencial del terruño. Los elementos físicos que se deben tomar en consideración son el relieve, la disposición, la naturaleza del suelo, las condiciones climatológicas generales y locales y el régimen de las aguas. El relieve determina la distribución de los tipos de condiciones de trabajo, en llanura o meseta, en pendientes más o menos estables que requieren diversos tipos de acondicionamiento (terrazas y muros de sostén, en el Mediodía de Francia y en Italia) en tierras húmedas que deben ser saneadas o utilizadas por temporadas. La composición y disposición, además de poder servir para explicar el relieve, determinan las variantes del comportamiento del subsuelo: permeabilidad e impermeabilidad, aptitud más o menos grande para prestarse a la formación de una *capa superficial móvil* que se transforma en *suelo* bajo la influencia de los procesos biológicos. Ésta regula, en efecto, la distribución local y regional de las diferentes rocas del subsuelo. El *suelo* es uno de los factores de producción del trabajo agrícola. Es una resultante de la disgregación o de la descomposición de las rocas subyacentes y de la acumulación de materias orgánicas provenientes de la capa vegetal (*humus*). En los países de civilización agrícola antigua, el suelo debe una parte de sus caracteres a las prácticas de cultivo repetidas durante larguísimos períodos y a los aportes de fertilizantes y abonos naturales y químicos. Un mismo terruño presenta a menudo varios tipos de suelo, a los cuales convienen diferentes modos de utilización, sobre todo en los países de relieve y estructura variados. Dos aldeas vecinas pueden verse llevadas a formas distintas de organización de la producción y, por consiguiente, de organización social, como consecuencia de la diversidad de sus condiciones productivas.

Los datos climáticos se presentan en dos escalas: la escala zonal y regional, que interesa vastos conjuntos, y la escala local. La exposición de una pendiente, la mayor o menor apertura de un valle al viento y la frecuencia de las heladas y de las neblinas, constituyen las *variantes locales del clima.* Estas variantes pueden individualizar las diferentes partes de un terruño, determinar la ubicación de los pueblos y la orientación y el arreglo de las viviendas.

La distribución del agua —en forma de estanques, lagunas o manantiales—, la mayor o menor regularidad del sistema de las corrientes de agua que atraviesan o bordean el terruño, tiene igualmente una real importancia en la localización de los lugares habitados, en su mayor o menor concentración, en la presencia o ausencia de los mismos al borde de los ríos, según sean éstos tranquilos o sujetos a crecientes bruscas y violentas. El río, como el manantial, el pozo o la laguna, son puntos de concentración de múltiples actividades, generadores de contactos sociales.

El mejor instrumento de análisis de un terruño es el mapa en gran escala (50.000, o mejor, 20.000), el plano catastral, pero cuando se está iniciado en la lectura de los conjuntos de fotografías aéreas cenitales, se encuentra en ellas una imagen aún más completa de la realidad local.

La individualización y el acondicionamiento de un terruño son una forma de equilibrio entre las tendencias potenciales del medio y la acción organizadora y creadora de una colectividad humana. El conjunto de factores más estable es el conjunto de los factores físicos, pero puede efectuarse en formas distintas según las necesidades, la intensidad del esfuerzo, las estructuras sociales, las técnicas adquiridas y la integración activa y productiva de los grupos humanos en el medio físico; cada medio comporta, en una época dada, varias virtualidades. En el plano histórico, sobre todo, las proporciones y los modos de utilización del terruño son susceptibles de variar según los progresos o las regresiones de la eficacia de las sociedades globales: *las condiciones físicas no tienen, pues, más que un valor relativo.*

2. *Las relaciones económicas y sociales.* a) *la propiedad raíz.* La primera forma de relaciones económicas y sociales vinculada al medio rural es la apropiación del suelo: apropiación tribual y todas las formas de apropiación colectiva total o parcial, derivadas de la propiedad tribual, o de la apropiación individual[1]. La naturaleza de la apropiación es un hecho, a la vez económico y social, de primera importancia. Las formas de trabajo y de agrupación residencial, lo mismo que la estructura social y el comportamiento de los grupos humanos, son profundamente diferentes según la propiedad rural sea una propiedad de pueblo o repartida entre un número más o menos grande de propietarios.

En Europa occidental, las últimas sobrevivencias de propiedad colectiva del pueblo desaparecieron entre los siglos XVI y XIX (dehesas comunales, convocatoria a la cosecha, alternación obligatoria de los cultivos, por partes o *soles* del terruño, etc.). Sin embargo, éstas han dejado rastros persistentes en la estructura parcelaria, el paisaje rural y la habitación. Se atribuye a la rotación obligatoria de cultivos por secciones, el fraccionamiento de las haciendas en parcelas y conjuntos de parcelas repartidos entre las diversas secciones del terruño. La rotación obligatoria, las prácticas de cultivo colectivas y la dehesa comunal, se oponen a la existencia de cercados concretos y favorecen los paisajes de campo abierto u *open field,* mientras que una apropiación individual precoz y exclusiva de toda servidumbre, ha hecho posible el acondicionamiento del paisaje rural en *boscaje* con la colocación de setos vivos, cuando la necesidad de los mismos se ha hecho sentir. Contribuye también a la aglomeración de las viviendas rurales en pueblos o aldeas (habitación rural agrupada) y, por consiguiente, a la constitución de grupos sociales funcionales.

---

[1] Convendría añadir las formas de propiedad cooperativa en la economía socialista.

En Europa occidental, y en particular en Francia, el estudio de la propiedad se efectúa partiendo de los *catastros.* Los planos catastrales, establecidos en Francia, a partir del 1er. Imperio, revisados a intervalos más o menos largos, ofrecen una imagen fiel de la división en parcelas y de las grandes líneas de la utilización del suelo (tierras labrantías, extensiones de hierba, plantaciones: huertos y viñedos, jardines, espacios edificados, bosques, landas y tierras incultas). La consulta de los planos catastrales o parcelarios y de los registros (matrices) que indican, para cada parcela, el nombre y el domicilio del propietario, permite el análisis preciso de la *estructura de los bienes raíces* y su *evolución,* por estar los cambios de propiedad de cada parcela consignados en los registros sucesivos.

Los datos esenciales concernientes a la propiedad son de órdenes cuantitativo y cualitativo. Los bienes raíces se definen, en primer lugar, por sus dimensiones. Una región y un terruño dados, se caracterizan por la *distribución de las tierras* en *diferentes categorías de dimensiones.* La determinación de estas categorías debe hacerse en la escala local y regional y para una época dada. Toda clasificación teórica de datos cuantitativos que no tenga en cuenta las demás condiciones de la economía rural de una región particular es puramente arbitraria y sin valor.

La consideración del *fraccionamiento de la propiedad* permite la transición del plano cuantitativo al plano cualitativo. Se opone la propiedad *de un solo dueño* a la propiedad dividida en un gran número de parcelas esparcidas en el interior del terruño y a menudo de varios terruños. La propiedad de un solo dueño es generalmente un dominio que ha permanecido al margen de los repartos sucesorios (de fundación inalienable, o bien de familia que practica la indivisión de los bienes raíces). Puede proceder de un reagrupamiento efectuado por medio de la compra sucesiva de parcelas vecinas. Según el caso, su estructura catastral será diferente. El fraccionamiento es la consecuencia de sucesivas divisiones por sucesión. Puede también tener origen en una colonización popular de una parte del terruño (roturación de la tierra por jornaleros agrícolas), o en el deseo, en una economía rural autárquica antigua, de poseer tierras de diferentes aptitudes, situadas en los diversos sectores físicos del terruño, a fin de disponer de cosechas múltiples y complementarias. También se ha señalado la incidencia de la rotación obligatoria de los cultivos por secciones como factor de fraccionamiento. El fraccionamiento puede ser llevado hasta un verdadero desmenuzamiento (parcelas de algunas áreas), como en la llanura alsaciana. Con el fin de simplificar los trabajos y hacer posibles ciertas formas de modernización (mecanización), se procede, allí donde la población rural acepta este principio, a la *reconstrucción* de las propiedades por medio del intercambio de parcelas. La reconstrucción señala el término de la movilidad de las parcelas y, por consiguiente, de la adquisición de la tierra en lotes pequeños por los campesinos menos afortunados. Tiene, por ello, consecuencias sociales importantes, en particular la consolidación de la estructura social desde el momento en que se efectúa.

Los bienes raíces deben igualmente caracterizarse por la *calidad del propietario.* Ésta procede, en primer lugar, de la importancia total de su riqueza: un pequeño propietario en la escala del pueblo, puede ser un gran propietario cuyas tierras se reparten entre varias comunas. Los propietarios se diferencian, por otra parte, por su *situación profesional y social* y por su *residencia:* propietarios campesinos y propietarios no campesinos (que ejercen profesiones liberales, comerciales, industriales o artesanales, que pertenecen a la administración pública, al ejército, etc.), burgueses y nobles. El lugar de residencia de los propietarios no domiciliados en la comuna permite definir diversos tipos de vínculos entre ciudad y campaña, el sentido de las migraciones de pobladores rurales que se han ido a la ciudad y conservan propiedades en su pueblo y la zona de inversiones inmobiliarias de los diversos centros urbanos.

b) *La explotación.* La explotación es la unidad de producción, la empresa agrícola. Es menos fácil de comprender que la propiedad, debido a la falta de documentos apropiados. Sin embargo, la creación de asignaciones familiares agrícolas en Francia tiene como consecuencia la elaboración de un catastro de las explotaciones, el cual colmará un vacío hasta entonces muy incómodo.

La explotación puede confundirse orgánicamente con la propiedad. Reviste entonces, ya sea la forma de una empresa de asalariados, dirigida directamente por su propietario o indirectamente por intermedio de un intendente, administrador, capataz, etc. (propiedad grande), o bien la forma de una empresa familiar (propiedad pequeña). Puede igualmente confundirse espacialmente con la propiedad, por superposición de la empresa con la propiedad y diferenciación de las personas del explotador y del propietario. Las relaciones entre el propietario y el explotador están definidas por un contrato de locación, *arrendamiento,* renta pagada en dinero con relación al precio de los productos agrícolas que se dan en la región; *aparcería,* reparto convencional de las cosechas y de los productos de la ganadería, división de los costos de explotación entre el propietario y el locatario, generalmente por partes iguales. Pero una explotación puede estar constituida por diversos elementos de propiedad. El mismo arrendatario o aparcero puede ser propietario de una hacienda pequeña y alquilar tierras a uno o varios propietarios. En algunos casos, la explotación agrupa parcelas pertenecientes a varios propietarios y constituye una reconstrucción al nivel de la empresa. Pero, la mayoría de las veces, en las regiones de fraccionamiento parcelario, la explotación, como la propiedad está fraccionada.

La explotación se define por sus dimensiones, por su estructura parcelaria, por la naturaleza del contrato de locación, por el origen del locatario (originario de la comuna, ajeno a la comuna, inmigrante, etc.) y por sus vínculos con la propiedad (propietario, hijo menor de propietario). Se caracteriza además por su sistema de producción, sus inversiones y sus técnicas: el estudio del sistema de cultivo es, pues, normalmente, complementario del de la explotación. Entre estos dos, se puede, sin embargo, ubicar, como simple transición, el examen de los caracteres financieros de la explotación y sobre todo los capitales invertidos en la empresa. En efecto, su volumen ejerce una influencia discriminatoria respecto de la población agrícola. Sólo campesinos provistos de un capital disponible de muchos miles de francos pueden aspirar a arrendar una granja pequeña. La aparcería, a la que se acusa de paralizar las iniciativas del explotador, al reservarle sólo una parte de las ganancias, es accesible al campesino desprovisto de capitales importantes. Estas condiciones tienen por resultado la estabilización de hecho de la estructura social local. Sin embargo, los períodos de alza brusca de los precios agrícolas favorecen el acceso de los locatarios, especialmente de los arrendatarios, a la propiedad. En las regiones de grandes explotaciones, los arrendatarios son los verdaderos amos del suelo. Sin competidores para hacer o renovar las locaciones, los arrendatarios constituyen alianzas de explotadores que, de hecho, son el verdadero poder local, mucho más que los propietarios, domiciliados, por otra parte, fuera del terruño.

3. *El sistema de cultivo.* El sistema de cultivo es una realidad sintética que puede descomponerse en tres clases de datos y cuestiones:

a) La combinación de los cultivos y de las formas de cría de animales;

b) Los métodos y las técnicas de producción;

c) El funcionamiento económico y contable de la empresa.

a) La combinación de los cultivos y la cría de animales procede, en primer lugar, de la búsqueda de la mejor utilización del suelo a largo plazo, por medio de la sucesión de cultivos paidológicamente complementarios, los unos de los otros —*rotación de los cultivos*— la que asegura la conservación del potencial productivo del suelo. La forma elemental e inicial es la alternación de campañas de cultivo (una o dos) y de años de descanso de la tierra: *barbecho* para pastoreo, siempre que sea posible (aporte de las deyecciones animales). La elección de cultivos armónicos, el empleo de establos para el ganado, el uso del estiércol para la regeneración del suelo y más recientemente la utilización de los abonos químicos, han hecho posible la transformación del sistema primitivo en sistemas de cultivo continuo (todos los períodos vegetativos son productivos). Se usa frecuentemente la expresión cultivo intensivo para calificar el cultivo continuo y la expresión cultivo extensivo para designar los sistemas de cultivo con descansos más o menos largos. El uso de estas expresiones con las acepciones indicadas importa el riesgo de originar un equívoco con respecto a su empleo por los economistas rurales que los relacionan con la naturaleza y la eficacia de los factores de producción.

Supóngase, en efecto, tres explotaciones que se consagran, en su mayor parte, a la producción de cereales para la venta, sin transformación en el lugar. En la primera, se practica un cultivo altamente mecanizado, con pocos gastos de mano de obra, semillas, elementos fertilizantes, etc. Los rendimientos obtenidos por hectárea son bajos, pero el costo total de la producción es poco elevado. En la segunda, se obtienen rendimientos mucho más altos, gracias al empleo de abonos, de semillas seleccionadas y a numerosas formas de cultivo costosas por la mano de obra y el material. En la última, finalmente, un equipo insuficiente o la falta de conocimientos técnicos del explotador tiene como consecuencia bajos rendimientos por hectárea, no obstante un costo de producción elevado, principalmente a causa de la mano de obra.

Las tres explotaciones no practican el mismo sistema de cultivo. En la primera, el cultivo es extensivo. En la segunda, encontramos un tipo de cultivo intensivo, a base de factores de producción que no son la mano de obra. En la tercera, el cultivo intensivo es principalmente a base de mano de obra. (J. KLATZMANN, *La localisation des cultures et des productions animales en France*, París, I.N.S.E.E., pág. 28).

La elección de los elementos del sistema de cultivo, en las condiciones técnicas expuestas anteriormente, se inspira en tres series de consideraciones diferentes:

— la búsqueda de cultivos sensibles en distinto grado a la intemperie, de tal suerte que se establezca una especie de mecanismo de seguro mutuo. La policultura asegura un mínimo de rendimiento, mientras la monocultura expone a la privación de recursos en caso de que la intemperie destruya el cultivo único. Las regiones de transición climática, particularmente expuestas a accidentes climáticos pertenecientes a varios tipos de eventualidades que sólo como raras excepciones se dan en el mismo año, están particularmente ligadas a la policultura (incluyéndose en ella la cría de ganado);

— la búsqueda de cultivos que cubran las necesidades del consumo en una economía de subsistencia;

— la búsqueda de cultivos que aseguren el máximo de ganancias en una economía de mercado.

La combinación de los cultivos es, pues, susceptible de variar dentro del marco de límites generales fijados por las condiciones naturales propias del medio y por las técnicas adquiridas por el grupo rural interesado, según las circunstancias, en economía de mercado, y según la variación de los precios respectivos de cada producto.

Las modificaciones aportadas a esta combinación pueden repercutir en los ritmos y las cantidades de trabajo necesario y, como consecuencia, en las dimensiones de la explotación. Cada combinación corresponde a un óptimo de superficie y de personal, el cual realiza las mejores condiciones de utilización y aprovechamiento del suelo para un efectivo dado de trabajadores; la familia rural, por ejemplo. Si el cambio en la combinación de cultivos es radical, el desequilibrio con las dimensiones de la explotación puede ser tal que ésta se vea llamada a fraccionarse o reunirse con otras explotaciones (ejemplo, el cambio de la economía cerealista y pastoril de bajo rendimiento de la Baja Provenza a la economía hortícola, con una reducción de por lo menos 10 a 1 en la proporción de las explotaciones).

A la policultura en las labranzas y a la unión de la policultura y la ganadería, integrada o asociada (integrada si el ganado es alimentado principalmente con los productos del cultivo; asociada si es técnicamente marginal con relación a los cultivos) se añaden, en la mayor parte de los terruños diferenciados, especializaciones vecinales en el interior de la explotación, la existencia de un huerto o un viñedo sobre una loma, la posesión de un bosque, etc. La explotación puede, así, verse diversificada en dos planos, el del sistema de cultivo y el de la utilización diferencial de los suelos de situación y calidades diversas.

El predominio de ciertas formas de producción en consideración de las calidades de algunos terruños y de las condiciones presentes o pasadas del mercado, puede conducir a combinaciones de cultivos reducidas al mínimo, es decir, a monoculturas o a explotaciones especializadas muy próximas a la monocultura. Un primer caso es el de la viticultura; sea local, viñedos de producción, como los viñedos alsacianos, borgoñones, etc.; sea regional, el Mediodía vitícola. Un segundo caso es el de las especializaciones pastoriles, en regiones llanas, en las que la especulación con pastos reemplaza a una antigua policultura, la cual, en un momento dado de la evolución económica, pareció menos provechosa; ejemplo, el caso de Normandía; en la montaña, adaptando la economía agrícola a las condiciones naturales propias del medio montañés: ganadería en el Macizo Central, en los Alpes del Norte, en el Jura, etc. Cada forma de especialización implica una organización particular del trabajo, de la vida doméstica, de las relaciones económicas con el exterior (mercado), y, por lo tanto, engendra formas particulares de vida social y de psicología social.

b) El sistema de cultivo es también una manera de producir: distribución de los cultivos en el interior de la explotación por parcela o en el interior de una misma parcela (*coltura promiscua* italiana), estilo técnico del trabajo agrícola.

Los contrastes más sensibles actualmente son los que oponen los cultivos de poco instrumental, en que las operaciones se efectúan con un reducido conjunto de herramientas y un fuerte consumo de trabajo humano, a los cultivos motorizados y mecanizados que reducen cuantitativa y cualitativamente el trabajo; en otras palabras, la explotación con un caballo o un par de bueyes y la explotación provista de tractores, material de granja motorizado o eléctrico y un plantel de máquinas de alta eficiencia.

Esta oposición indica una diferencia de evolución regional o bien, en una misma región, una diferencia en la dimensión de las explotaciones. La posesión de un material moderno permite realizar una economía considerable de tiempo, trabajo y esfuerzo y modifica las condiciones de trabajo del campesino. Asociada a la práctica de métodos científicos y racionales de cultivo, dicha posesión une altos rendimientos a una reducción del trabajo y asegura, por lo tanto, un aumento considerable de la productividad. Pero sólo es compatible con ciertas normas de explotación. La amortización racional del material requiere un empleo óptimo de ese material, definido por cierto número de horas anuales de utilización. Dicho número de horas únicamente puede realizarse en una explotación de dimensiones apropiadas. Por debajo de cierto límite dimensional (variable según las combinaciones de cultivos, la naturaleza de las tierras, y el volumen del proceso de cultivo encarado con relación a las mismas), la mecanización y la motorización no son productivas. En Francia, gran cantidad de explotaciones están sobreequipadas en relación a sus posibilidades de empleo del material. Se vuelve a hallar esta misma noción de límite dimensional cuando se hace intervenir la noción de la inversión de capital necesaria para la transformación técnica de la explotación. El pequeño agricultor, que no dispone más que de una reserva de disponibilidades financieras pequeña al término de la campaña anual, puede difícilmente modificar, aun dentro de límites reducidos, el estilo técnico de su explotación.

Los dos sistemas de cultivo, tradicional y moderno, en una misma región, abarcan en realidad dos sociedades rurales que tienden a diferenciarse cada vez más: la de las explotaciones de gran consumo de trabajo y bajo rendimiento, que aparecen económicamente marginales, y la de las explotaciones modernizadas en que la inversión en dinero reemplaza la inversión en horas de trabajo y tienen asegurado un rendimiento mucho mayor. Esta oposición favorece el éxodo rural de los pequeños agricultores, sobre todo cuando son locatarios, y la concentración de las explotaciones y las propiedades. Además, toda mecanización reduce la necesidad de trabajadores agrícolas. Por otra parte, ella repercute a menudo en la misma combinación de los cultivos, pues poco a poco son abandonados los cultivos y las formas de ganadería menos susceptibles de ser mecanizados. La combinación de cultivos se hace más simple; la economía, al mismo tiempo, más especulativa. La sociedad rural y la psicología social del campesino se modifican sensiblemente.

c) Como consecuencia, la explotación de tipo tradicional y la explotación moderna, motorizada y mecanizada, no tienen la misma forma de gestión financiera. La aparición de fuertes inversiones en la adquisición de material, compra de combustibles, semillas seleccionadas, reproductores, abonos químicos, el recurso a los servicios remunerados de técnicos y, al mismo tiempo, la reducción de la parte del trabajo en el contenido de las actividades y de las inversiones sustituyen una combinación en la cual el principal factor de producción era el trabajo familiar, del cual no se llevaba ninguna contabilidad con una combinación nueva en que el factor principal de producción es la inversión: inversión de equipo e inversión de explotación anual. En esta segunda combinación, la contabilidad, el cálculo del mejor rendimiento de las inversiones se convierte en la regla y el motor de la explotación. Si la naturaleza del trabajo se mantiene muy diferente de la del trabajo industrial, si la certidumbre de la previsión económica del ejercicio anual es mucho menor que en la gestión de una fábrica, las formas de dirección se acercan a las de la empresa industrial. Se comprende así todo lo que separa al campesino tradicional, que aparece esencialmente como un patriarca ordenando el trabajo familiar, siempre ligado a ciertas formas de economía de subsistencia, aunque no fuese más que para el mantenimiento de sus bestias de labor, del jefe de la empresa agrícola para quien la noción fundamental es la de rendimiento de los capitales invertidos.

4. *Paisaje rural y habitación.* La distribución del territorio presentará aspectos diversos según la evolución de la propiedad y de la explotación a través de períodos a menudo muy prolongados, según la naturaleza de las combinaciones de cultivos predominantes y según el lugar más o menos importante ocupado por los diversos estilos técnicos de explotación, que está ligado a la división de las diversas categorías dimensionales de propiedades o de explotación. Se ha dado el nombre de paisaje rural a una fisonomía de conjunto, dependiente de la morfología y la estructura agrarias (forma, dimensión, distribución de las parcelas entre las explotaciones) y de los sistemas de cultivo predominantes. El paisaje rural —en realidad, una forma de acondicionamiento del terruño—, campos abiertos, boscaje, terrazas en las pendientes mediterráneas, campos sembrados de Francia e Italia, sobrevive por un tiempo más o menos largo a los factores que lo han originado. Representa una *fuerza de inercia* con respecto a la evolución de la economía y de la sociedad rurales.

La *habitación* es, en gran proporción, un elemento del paisaje rural y comparte los caracteres del mismo. Se llama habitación el modo en que se agrupa la población residente. Se trata, pues, esencialmente de distinguir la *habitación agrupada,* en que la gran mayoría de la población rural de la unidad elemental de población vive reunida en un mismo conjunto de casas, receptáculo de actividades múltiples y permanentes, el pueblo o aldea, y la *habitación dispersa,* en que las viviendas rurales, sede de explotaciones agrícolas, están dispersas en caseríos que agrupan dos o tres familias o en situación aislada. En el segundo de estos casos, la estructura social de la comunidad básica es mucho menos concreta que en el caso anterior; está limitada a un número definido de contactos sociales, culto, mercado, fiestas, vida política. No tiene carácter cotidiano.

Es un error burdo confundir el estudio de la habitación, que es un fenómeno típicamente social, con el de la *vivienda rural,* que es, ante todo, un hecho técnico. La vivienda rural es, en efecto, salvo en los casos de economías que emplean una numerosa mano de obra de jornaleros agrícolas en grandes dominios (el Mediodía vitícola francés; la Puglia, en Italia), sede de la explotación al mismo tiempo que residencia de la familia campesina. Su disposición, su arreglo —y por consiguiente, las condiciones materiales de existencia de la familia campesina—, están determinados por la naturaleza del sistema de cultivo en el momento de la construcción. Toda modificación del sistema de cultivo provoca transformaciones o adiciones. Se comprenden así las modificaciones de forma y aspecto que resultan, en algunas regiones, de la evolución del sistema de cultivo y de las dimensiones de la explotación anexa a la casa: transformación de la granja de un solo elemento, en la granja-patio; construcción fuera del patio, de dependencias vinculadas con la modernización, como se las puede observar en las regiones de grandes cultivos de la cuenca parisiense (sobre todo, en Picardía y en Ile-de-France).

5. *Sobrevivencias de cuadros anteriores a la sociedad actual.* Numerosos son los ejemplos de discordancias entre los elementos materiales de la vida agrícola y rural y las formas actuales de economía y vida social. Tales discordancias proceden de rupturas de unidad en el interior de combinaciones originariamente coordinadas. En esas rupturas de unidad, los elementos materiales, que se inscriben en el paisaje geográfico (en el sentido más amplio del término) tienen más longevidad que los elementos económicos, ideológicos y sociales de una civilización sensible a los factores históricos de variación y de evolución. El resultado de esto es una contradicción entre los cuadros concretos de la vida, las solicitaciones e influencias que ellos implican, por una parte, y las nuevas formas de existencia del grupo, por otra, sin que este último pueda escapar del todo, actualmente, a la influencia de cuadros que le son impuestos por el pasado. El ejemplo más expresivo es el de la inserción, en el cuerpo de los viejos pueblos o aldeas, y en los límites catastrales de los viejos terruños, de la economía rural transformada por la revolución industrial y de las formas de comercialización nacidas de los nuevos tipos de mercado. La persistencia de los viejos cuadros hace el papel de factor que retarda la evolución reciente. El antagonismo que de ello resulta prepara, a plazo más o menos largo, el desbaratamiento de esos cuadros caducos. Se observarán ejemplos del mismo tipo en el estudio de las ciudades.

3. *Las bases geográficas de la sociología industrial y urbana*

A) *Geografía industrial y sociología industrial.* Los principales objetos de estudio de la geografía de la industria son la descripción cuantitativa y la descripción cualitativa de las actividades industriales:

— localización en el espacio de las actividades específicas;

— modalidades de organización de la producción industrial: estructura financiera, relaciones entre diversas formas y diversas especialidades de producción, concentración e integración;

— modificaciones del mercado de ventas por parte de los monopolios (cada conjunto organizado de actividades se perfila en el espacio concreto);

— mercado de trabajo: diferenciación, para cada caso, de los tipos y categorías de personal empleado, métodos de reclutamiento y fijación de la mano de obra;

— salidas comerciales de la producción: relaciones entre empresas complementarias, descripción geográfica de los mercados de ventas y estudio de esos mercados en sus condiciones de estabilidad y elasticidad y su sensibilidad a la situación política y económica.

La geografía de la industria desemboca, naturalmente, en la de los transportes, por una parte, y en la geografía urbana, por la otra, aunque no es más que un elemento de esta última.

Las relaciones con la sociología se establecen en todos los grados del estudio geográfico; es, pues, necesario aclarar las definiciones de puntos que son temas de estudios comunes.

1. *La unidad básica concreta: el establecimiento.* El primer punto de observación en geografía industrial es el establecimiento, que es lugar de producción y de trabajo definido por su individualidad, su calificación, su importancia cuantitativa y su localización.

El establecimiento es una unidad elemental de producción, lo que de ningún modo significa que de él salga un producto definitivo. Es concretamente uno, en el sentido de que constituye una entidad aislada de producción y trabajo. Entra en una o varias categorías de actividades productivas profesionales y se califica generalmente por su actividad principal, la cual determina su clasificación en una categoría de referencia y la adhesión de su mano de obra a un sindicato profesional específico: establecimiento de producción metalúrgica, textil, química, etc.

Su importancia debería expresarse con múltiples nociones, de las cuales, desgraciadamente, sólo algunas son fácilmente accesibles a la observación y numeración: extensión espacial, valor de las inversiones realizadas y de las instalaciones existentes en una fecha determinada, cantidad de materias tratadas, de energía consumida, efectivos en obreros y empleados, cantidad y valor de los productos vendidos, monto de los negocios y beneficios netos. Generalmente, a falta de informaciones precisas sobre los diferentes puntos, el número de asalariados se utiliza para una clasificación aproximada. Desdichadamente, ésta no es válida para la comparación de actividades industriales diferentes, en las cuales la relación entre el monto de los negocios y el personal empleado no es la misma. Conviene reservar la designación de fábrica y establecimiento industrial a establecimientos que emplean más de cinco obreros. Los establecimientos más pequeños son talleres o laboratorios (industria química).

El establecimiento se define, finalmente, por su ubicación con respecto a datos geográficos precisos: presencia de materias primas brutas (minas, canteras), lugar de llegada o de tránsito de materias primas, puerto marítimo, puerto fluvial, estación ferroviaria y facilidad de reclutamiento de mano de obra en el interior de una ciudad con relación a los diferentes elementos productivos, comerciales y residenciales de la misma.

2. *La unidad básica económica y financiera: la empresa.* El establecimiento puede identificarse con una empresa, que es la unidad jurídica, financiera y económica. La empresa se localiza según el domicilio de su sede social. Aun en el caso de que la empresa solamente comporte un establecimiento, sus servicios administrativos y comerciales se pueden localizar separadamente.

Una empresa puede comprender un número variable de establecimientos diferentemente localizados, similares o, al contrario, complementarios los unos de los otros, en el cuadro de una producción específica: hilanderías, tejedurías, fábricas de ropa blanca y vestidos. Las relaciones sociales entre empleados y empleadores son diferentes en un establecimiento que se identifica con la empresa y en un establecimiento que forma parte de una empresa de múltiples establecimientos, cuya sede social está alejada de los lugares de trabajo.

La empresa se define por su calificación profesional, por su importancia cuantitativa y por su organización financiera y jurídica: empresa que ejerce su actividad en uno o varios Estados, empresa privada y empresa nacionalizada. En el caso de una empresa privada, es necesario, como cuando se estudia una empresa agrícola, buscar las características de propiedad y de gestión: composición del consejo de administración, el cual hace aparecer las relaciones financieras entre sociedades cuya competencia puede ser muy diferente, entre la empresa y los bancos y el papel de algunas grandes familias industriales en la gestión de una o varias empresas.

La empresa puede ser el resultado de un proceso de creación y desarrollo único, o provenir de la fusión de varias empresas separadas al comienzo o de la absorción por una empresa fuerte de competidores más débiles. Según los casos, la situación relativa de los diversos establecimientos reunidos en la empresa puede ser notablemente diferente según pertenezcan a la empresa matriz o a empresas absorbidas.

Muchas empresas grandes son el resultado de asociaciones entre diversas empresas que unen sus recursos financieros, sin dejar de conservar, por otra parte, su independencia en el campo que les es propio, para desarrollar ciertos sectores técnicos o geográficos de producción; ejemplo, las asociaciones entre sociedades de productos químicos para iniciar nuevos ramos de fabricación (Péchiney y Ugine), las asociaciones de sociedades fundadas para la explotación de los recursos del continente africano (la M.I.F.E.R.M.A. para la explotación del mineral de hierro de Mauritania, en la cual encontramos los principales grupos siderúrgicos del noroeste de Europa).

Estas asociaciones, constituidas con miras a operaciones productivas precisas, son distintas de las que tienen por objeto la organización y el control del mercado de una o varias categorías de productos y que llevan habitualmente el nombre, de origen alemán, de *cartel.* Son asimismo diferentes de las asociaciones formadas para unificar un mercado de producción y venta a la vez: los *trusts.*

La evolución de las empresas en la economía capitalista implica varios tipos de procesos de concentración. El nombre de *concentración vertical* o *integración* está reservado a la extensión de la actividad de una empresa o de una asociación de empresas a un conjunto de operaciones industriales complementarias las unas de las otras: la producción de carbón, las industrias del coque y sus derivados químicos y la siderurgia. El de *concentración horizontal* se aplica a las agrupaciones de establecimientos homólogos bajo una misma dirección de empresa.

3. *Los datos económicos y técnicos.* Una empresa y una actividad industrial en un Estado dado, se caracterizan por su eficacia, de la que dependen su estabilidad y dinamismo, sobre todo en una economía de competencia. Sin caer en el campo de la tecnología pura, conviene definir su *nivel técnico,* con relación a las demás empresas del mismo orden de fabricación. Las condiciones de equipo, las mayores o menores facilidades de acceso a los mercados proveedores de energía, materias primas y máquinas, el valor de los técnicos y la productividad del trabajo contribuyen a asegurar un mayor o menor rendimiento a la empresa[2]. Los economistas han introducido a este respecto la noción de *marginalismo,* para calificar las empresas o las ramas de producción industrial cuyo rendimiento no asegura la renovación del capital con que funcionan y una remuneración suficiente por las inversiones y el trabajo en una situación económica y política dada. Una empresa marginal está llamada a desaparecer o a convertirse para salir de su situación desfavorable.

El estudio geográfico muestra que algunas regiones, a causa de su posición con respecto a las condiciones de producción, debido asimismo a las circunstancias históricas de su equipo y su impulso industrial, se hallan, en una época dada, en una situación de subdesarrollo o decadencia de su actividad, con relación a la evolución de otras regiones, y están por ello colocadas en una situación de marginalismo económico. Dichas regiones no son, por consiguiente, favorecidas desde el punto de vista social: el trabajo es, allí, incierto y mal remunerado.

4. *Las relaciones sociales.* Una empresa y una actividad industrial se definen también por la naturaleza de la mano de obra empleada, por los métodos utilizados para reclutar y fijar esa mano de obra y por el nivel medio de los salarios pagados a cada categoría profesional.

La naturaleza de la mano de obra se caracteriza por la importancia numérica relativa de las diversas categorías de personal (peones, obreros especializados, técnicos, jefes e ingenieros, personal de investigación, etc.), por el lugar que ocupa la mano de obra femenina y por los trabajadores inmigrantes.

---

[2] Un estudio preciso del rendimiento supone el conocimiento de los balances de las empresas, de los beneficios netos y de las reinversiones.

La mano de obra se recluta en el lugar, en la ciudad o en el campo (trabajadores del campo u obreros que residen en el campo sin ejercer una actividad agrícola). Esta mano de obra recibe, en la empresa o fuera de ella, una formación profesional.

Las migraciones diarias del trabajo son un tema de estudio esencial para los geógrafos, ya se trate de un reclutamiento de mano de obra rural o de desplazamientos de trabajadores en el interior de vastas aglomeraciones urbanas o *conurbaciones*.

La mano de obra es o no fija en las proximidades de algunas fábricas por medio de la construcción de ciudades residenciales, iniciativa que corresponde a la empresa o a los poderes públicos (relaciones sociales diferentes en uno y otro caso).

El dato esencial es la *remuneración del trabajo* y el nivel de vida medio de la familia obrera: salarios de los miembros de la familia acrecentados, si hay lugar para ello, con ventajas en dinero o en productos acordadas al personal. Por último, conviene averiguar si el empleo es estable o si la mano de obra está expuesta a la desocupación temporaria o crónica.

En cada caso, hay que averiguar si las condiciones observadas pertenecen a un comportamiento regional, o conciernen solamente a una rama de industria o a una empresa que se destaca, avanzando o retrocediendo, de su contexto regional.

B) *Las bases geográficas de la sociología urbana.* 1. *Los datos estadísticos y cartográficos.* Las características puramente estadísticas y morfológicas de la geografía urbana son de poco interés para un estudio sociológico. Es ciertamente necesario situar un objeto de estudio con relación a categorías dimensionales, pero la naturaleza y la diversidad de los problemas a examinar no guardan relación directa con el tamaño de la ciudad, definido por el número de sus habitantes. Hay, sin embargo, cuestiones que aparecen cuando se pasa de cierto efectivo de población. La ciudad pequeña, de menos de 20.000 habitantes, la ciudad mediana de 20 a 100.000, la gran ciudad de 100.000 a 1 millón y la urbe de más de 1 millón de habitantes representan medios de vida diferentes.

Las estadísticas modernas se esfuerzan por corregir las fuentes de errores de interpretación cuantitativa resultantes de la persistencia de divisiones administrativas anteriores al desarrollo del organismo urbano actual, indicando los efectivos de las *aglomeraciones* en todos los lugares en que la ciudad real desborda de la comuna urbana inicial. Pero como los contornos de una aglomeración son a menudo bastante imprecisos, su delimitación geográfica es siempre incierta.

El estudio cartográfico tiene por objeto situar la ciudad con relación a cierto número de caracteres de geografía regional; la *posi-*

ción o *situación* se define de acuerdo con la arquitectura regional: contacto de dos medios físicos diferentes, confluencia de vías naturales, de grandes valles, custodia de un paisaje natural, etc.; la posición puede contribuir a facilitar la interpretación de la evolución histórica de la ciudad en lo que respecta a funciones favorecidas por dicha posición en una época dada (comercio, centralización política o administrativa, papel militar). El *sitio* es el lugar exacto en que se ha establecido la ciudad y desde el cual se ha extendido con mayor o menor amplitud en el curso de su evolución. Su elección proviene de necesidades o comodidades históricas, y puede constituir, en el presente, un obstáculo al desarrollo morfológico de la ciudad (el caso de las ciudades situadas en montañas).

El *plano* hace aparecer la proyección en el espacio del desarrollo cuantitativo y cualitativo de la ciudad. Con un mínimo de experiencia, se reconocen en él las etapas de desarrollo de las cuales los documentos permiten determinar la fecha: a veces, en Europa occidental, el cuadriculado del *Decumanus* romano, casi siempre, el caos de la red de calles estrechas de la ciudad medieval que rodean la catedral, orientada según la dirección litúrgica y el viejo mercado, las aureolas que representan las etapas sucesivas de crecimiento, encerradas durante un tiempo más o menos largo en el interior de las fortificaciones de cada época de inseguridad; por último, los grandes radios de extensión reciente a lo largo de los ejes principales del transporte de hombres y, sobre todo, de mercaderías (plano llamado radioconcéntrico, que se opone a los planos cuadriculados de las ciudades crecidas en una sola etapa de desarrollo en los países de población reciente). Una infinidad de variantes resulta de la necesaria adaptación del crecimiento espacial de la ciudad, por lo tanto del plano, a las infraestructuras físicas: relieve, presencia de un río u otra corriente de agua, etc.

2. *Contenido funcional y contenido profesional.* El cuadro físico no pesa actualmente sobre el desenvolvimiento urbano más que por la influencia que ejerce sobre las actividades y el desarrollo de la ciudad. No se le podría atribuir ningún determinismo positivo. La originalidad de cada ciudad reside en la combinación de sus funciones: formas de adaptación a las circunstancias presentes de una herencia múltiple, procedente de períodos en que las condiciones físicas han podido tener una influencia mucho más grande que hoy.

El análisis de las funciones urbanas parte de diversos datos básicos:

- la importancia numérica de los diversos tipos de empresas comerciales e industriales, el lugar ocupado por las grandes administraciones y las instituciones culturales, todo lo cual se puede expresar por un plano funcional que lleve indicada la situación de todas las empresas y servicios;
- el número de personas que trabajan en cada sector de actividad profesional; los efectivos pueden igualmente ser consignados

cartográficamente en el plano en el lugar de ejercicio de las actividades.

Se aislarán las actividades inherentes a la presencia de una importante colectividad humana que se comporta como grupo de productores especializados y como grupo de consumidores y usuarios de servicios para la totalidad de sus necesidades. Esas actividades se llaman *actividades de servicios.*

Sólo las actividades que representan el papel de la ciudad en la economía regional, nacional o internacional serán consideradas como *actividades específicas* de la ciudad, las cuales pueden dar lugar a su inscripción en una categoría de clasificación de las ciudades según sus funciones. En varias oportunidades se ha intentado hacer con ciudades norteamericanas clasificaciones de esta clase. Las mismas se basan en la determinación, a menudo difícil, de la función dominante, pues toda gran ciudad moderna es multifuncional. Sin embargo, antes de abordar el estudio analítico de una sociedad urbana, es siempre útil definir con precisión su *fórmula funcional:* porcentaje de las personas activas empleadas en las diferentes actividades específicas.

La fórmula funcional y la determinación cuantitativa de las actividades de servicio dan la imagen de la *composición profesional* de la población urbana. El conocimiento de la composición profesional sirve de introducción al estudio de la composición social de la población. Pero sería un grave error confundir composición profesional y composición social. En Francia, el Instituto Nacional de Estadísticas y Estudios Económicos ha tratado de establecer una discriminación más exacta en categorías llamadas socio-profesionales, distinguiendo, para cada actividad, directores de empresas, jefes, obreros y empleados. No se trata todavía más que de una aproximación, a falta de una clasificación por nivel de renta familiar. Sólo la investigación —difícil por otra parte— permite pasar del hecho profesional y socio-profesional al hecho social. Dicha investigación se sitúa normalmente en los cuadros de grupos elementales de la aglomeración urbana.

3. *La arquitectura de la aglomeración urbana.* La ciudad se descompone en unidades cronológicas sucesivas: núcleo inicial, zonas de crecimiento correspondientes a las principales fases de extensión. Las unidades cronológicas se identifican con unidades funcionales y residenciales o se oponen a ellas.

La noción de *barrio,* que abarca el conjunto, es, en primer lugar, una noción puramente formal y descriptiva: el barrio es, en efecto, ante todo, una fracción geográfica de la ciudad, individualizada por una competencia administrativa, religiosa (parroquia) o civil. Pero se califica por su función (barrio comercial, barrio industrial, barrio administrativo, barrio residencial), por los caracteres de la población que en él reside (barrio obrero, barrio burgués, barrio "rico"), así como por la naturaleza de sus construcciones, viejas o antiguas:

barrios antiguos y nuevos, barrios de grandes inmuebles, barrios de casas individuales.

En segundo lugar, el barrio se presenta como una unidad urbana elemental provista de servicios comerciales, escolares, sanitarios, administrativos, culturales, etc., en el interior de la cual se puede organizar la vida material cotidiana de una colectividad, concebida como masa de consumidores y usuarios de servicios. En algunos casos, el barrio puede comprender igualmente el mercado de trabajo de una parte más o menos importante de la población local. Se distinguirán barrios organizados, es decir provistos de la mayor parte de las condiciones materiales de la vida del grupo, y barrios sin organizar, que de barrio sólo tienen las apariencias exteriores y están desprovistos de servicios: algunas ciudades de alojamiento de las regiones industriales donde el desarrollo de la construcción de viviendas y el establecimiento de la armadura económica y social no han sido sincronizados.

Si el barrio, medio social, es un objeto de estudio sociológico por excelencia, los trabajos de los geógrafos definen los caracteres fundamentales del mismo: antigüedad en la ciudad, edad de los edificios, carácter arquitectural y arqueológico, composición profesional de la población, en la medida de lo posible, composición socio-profesional y aun social, actividades funcionales, todo lo cual da lugar a representaciones cartográficas analíticas y sintéticas, hechas sobre la base de informes recogidos por inmueble o por manzana.

El barrio puede ser homogéneo o presentar diferencias de aspecto, de funciones y de composición, sobre todo entre los lados de las grandes arterias y los islotes de masas de edificación intersticiales. La cartografía da cuenta perfectamente de estos matices. Ella hace aparecer, entre los caracteres exteriores de los barrios y su contenido profesional y social, algunas discordancias que revelan cambios de contenido sobrevenidos en el curso de la evolución de las ciudades: sobre todo en el centro, en un principio residencia de los amos de la ciudad y la comarca, convertido a menudo, al menos en parte, en barrio que ha perdido su rango (en la medida en que no se ha valorizado por su posición de centro comercial).

Cuanto más se ha diferenciado la sociedad urbana en el transcurso de la época contemporánea, más fuerte ha sido la tendencia a la segregación de las diversas capas sociales en el plano espacial, constituyendo barrios homogéneos o, por lo menos, con marcado predominio de un nivel social determinado. Las grandes ciudades presentan, más que las medianas y pequeñas, un *zoning* social.

Este *zoning* social —y el *zoning* funcional— se extienden al conjunto de las aglomeraciones cuando se trata de organismos urbanos muy importantes.

Una ciudad pequeña "cría", más allá de su masa principal, *suburbios* más o menos especializados funcionalmente y socialmente individualizados. Una gran ciudad prolifera, al revitalizar y transformar los núcleos rurales suburbanos y periféricos, los cuales, dilatándose rápidamente a consecuencia de la instalación de fábricas, de la construcción de inmuebles residenciales o de la realización de loteos para casas individuales, se convierten en comunas, ciudades suburbanas (suburbios funcionales, suburbios residenciales).

La organización de grupos de ciudades bien individualizadas alrededor o al lado de una metrópoli, que hace el papel de centro principal desde el punto de vista administrativo, financiero y cultural, sin que haya contigüidad entre las diferentes ciudades, forma una *conurbación* (conurbaciones de Manchester y Birmingham; en Francia, conurbación del grupo Lila-Roubaix-Tourcoing). Cada ciudad de una conurbación puede tener sus propios suburbios (el caso de Lila-Roubaix-Tourcoing). Los diversos elementos principales de la conurbación se definen por sus funciones y su contenido socio-profesional, sin excluir las diferenciaciones internas entre ciudades y suburbios y entre los barrios de cada localidad urbana.

4. *La ciudad y su región. Zonas de influencia urbana y redes urbanas.* La ciudad es, por su esencia y función, un centro regional. Originariamente mercado de la campaña circundante, recogía los productos en bruto, elaboraba parte de ellos (artesanado) y vendía objetos traídos de otras regiones, dominando así una cierta zona rural y disputando sus límites a los mercados vecinos. Centro administrativo local o regional, tenía una posición política, una competencia militar, religiosa y jurídica. Sus instituciones religiosas, sus nobles y sus burgueses, poseían tierras alrededor de la ciudad. El desarrollo de la industria ha modificado esas funciones regionales, transformando y reforzando el papel de depósito e implantando fábricas vinculadas con los alrededores, ya sea por su propia actividad (establecimientos que tratan materias primas locales), o por el reclutamiento de la mano de obra, la distribución de salarios y la acumulación de capitales reinvertidos, en parte, en la región.

El número de las funciones regionales ha aumentado: administración en un perímetro convencional definido, comercio y actividad financiera, industria. Cuanto más rápidamente se desarrolla una ciudad, más antenas de influencia proyecta a lo lejos, aspirando la población rural a distancia y repartiendo sus capitales en un amplio radio. Su papel regional se concreta con la constitución de un sistema de transportes en forma de estrella.

Son temas de estudios geográficos: la "cuenca" de reclutamiento de la población de la ciudad, la zona de reunión y la zona abastecida por los almacenes urbanos, el área de las migraciones cotidianas de mano de obra, el campo de las inversiones inmobiliarias, comerciales, industriales, de la clase dirigente, sin omitir las competencias geográficas de la administración, que tienen su importancia.

Aquí también, la cartografía es el instrumento de análisis y de síntesis propio del geógrafo. Ella hace aparecer competencias, jerarquizaciones e interferencias de zonas de influencia urbana. De la noción de zona de influencia de una ciudad, se pasa a la noción más completa de *red urbana,* la cual comporta especializaciones, subordinaciones y rivalidades; a la vez, una organización espontánea que representa una situación de equilibrio circunstancial entre núcleos de economía en movimiento y un dinamismo que pone en juego fuerzas desiguales y contradictorias. La organización de los transportes y la mayor o menor rapidez de las relaciones, ejercen una influencia de primera importancia sobre la formación y el equilibrio siempre temporario de las redes urbanas.

5. *Diferenciación del hecho urbano según las estructuras económicas y sociales*. Las funciones varían según las formas de organización económica y social del grupo humano interesado y según el grado de evolución de la colectividad en el interior de la categoría así definida. Con ella se diversifican —cuantitativa y cualitativamente— los tipos de aglomeración.

A las economías de tipo preindustrial, de estructura rural y magro circuito comercial, corresponde una red de ciudades pequeñas, residencias de los terratenientes ricos y centros de almacenes, dominada por algunos núcleos mayores investidos de la autoridad política y, por lo tanto, refugio de todos los parásitos del poder político y administrativo (ciudades del Medio Oriente, de Europa central y oriental hasta comienzos del siglo xx). A las economías industriales responden tipos complejos en que la función industrial y la función financiera y comercial *derivada del desarrollo industrial* ocupan el lugar preponderante, en que el rapidísimo aumento del número va unido a un aumento de espesor de la capa de trabajadores industriales y empleados.

El desarrollo de esas economías industriales es el responsable de una fiebre de urbanización en el mundo entero, aun más allá de los límites de las regiones propiamente industriales:

1º Debido a la población, en condiciones derivadas de la revolución industrial y sus consecuencias, de los continentes que habían permanecido deshabitados hasta la época moderna, población de gran dominante urbana, cualquiera que sea el nivel de industrialización (Australia, relativamente poco industrializada; Uruguay y Estados Unidos, industrialmente sobreequipados);

2º Debido a la creación de organismos comerciales y administrativos en medios rurales subdesarrollados, para la explotación de los recursos brutos y para el acondicionamiento de los productos agrícolas regionales: ciudades coloniales y semicoloniales, de funciones diferentes; mercados agrícolas especializados, ciudades mineras, centros ferroviarios y viales, mercados de mano de obra siempre con una función política, administrativa y militar.

Otro campo específico de urbanismo y transformación de los organismos urbanos está representado por las ciudades socialistas. Las caracterizan la desaparición progresiva —total en la U.R.S.S.— de la función comercial, tal como se define en los otros tipos de economía, el aumento considerable de las funciones administrativas que sustituyen, en parte, dicha función comercial, y la presencia constante de una función industrial más o menos importante.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

BLOCH (M.). *Caractères originaux de l'histoire rurale française* (París, A. Colin, 2 vols.).

CHABOT (G.). *Les villes* (París, colec. A. Colin, 1 vol.).

CHOLLEY (A.). *Structure agraire et économie rurale (Recherches Morphologiques*, París, A. Colin) (apéndice, págs. 183-202).

DEMANGEON (A.). *Géographie économique et humaine de la France* (París, A. Colin, 2 vols.). (Se halla reunido aquí lo esencial de las ideas desarrolladas por el autor en numerosos artículos.)

— *Problèmes de géographie humaine* (París, A. Colin).

DION (R.). *Essai sur la formation du paysage rural français* (Tours, Arrault, 1 vol.)

DUMONT (R.). *Economie agricole dans le monde* (París, Dalloz, 1 vol.).

FAUCHER (D.). *Géographie agraire* (París, Edit. de Médicis, 1 vol.).

GEORGE (P.). *La campagne. Le fait rural à travers le monde* (París, Presses Universitaires de France, 1 vol.).

— *La ville. Le fait urbain à travers le monde* (París, Présses Universitaires de France, 1 vol.).

KLATZMANN (J.). *La localisation des cultures et des productions animales en France* (París, 1955, I.N.S.E.E., 1 vol.).

LAVEDAN (P.). *Géographie des villes* (París, Gallimard, 1 vol.).

SORRE (M.). *Les fondements de la géographie humaine*, (París, A. Colin. 4 vols.).

— *Les rencontres de la géographie et de la sociologie* (1957, París, M. Rivière).

VIDAL LA BLACHE (P.). *Principes de géographie humaine* (París, A. Colin, 1 vol.).

2 DEMOGRAFÍA SOCIAL

ALAIN GIRARD, JEFE DE SERVICIO DEL INSTITUTO
NACIONAL DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS

La demografía y la sociología, como disciplinas interdependientes, todavía no tienen más que un pasado corto. En efecto, hay que llegar hasta la mitad del siglo XIX para que los términos mismos que sirven para nombrar a esas dos ciencias se pongan en uso. Es en el tomo IV del *Cours de philosophie positive* (1839) que Augusto Comte sustituye, con la palabra sociología, la expresión física social, empleada por Hobbes, y de la cual Quételet hacía, a su juicio, un uso abusivo. En cuanto a la palabra demografía, aparece por primera vez en su sentido actual en la obra de Achille Guillard, publicada en 1855, *Eléments de statistique humaine ou démographie comparée.*

Este doble nacimiento tardío atestigua, desde el comienzo, la interdependencia estrecha en que se hallan las ciencias humanas y, en particular, la sociología y la demografía, pues dicha interdependencia no es efecto del azar. Ciertamente, en todas las épocas, los hombres han reflexionado sobre las condiciones de la vida en sociedad y meditado sobre los fenómenos de población. Todas las utopías, desde Platón, se han preocupado por precisar las normas que deben regir las relaciones entre los hombres y han asignado funciones definidas a las diversas instituciones sociales; han fijado, además, frecuentemente, límites muy estrictos a la población. El número y la multiplicación de los hombres, por otra parte, se han presentado siempre como fenómenos mayores en estrecha relación con la potencia o la riqueza de los Estados.

Pero, para que la ciencia demográfica y la ciencia sociológica nacieran y se desarrollaran en forma concomitante, eran, sin duda, necesarias dos condiciones de naturaleza muy diversa y que se completan una a la otra. En primer lugar, el desarrollo de la demografía supone la organización de una vida administrativa bastante avanzada, para que sea posible proceder a recuentos numéricos precisos y regulares de la población y para que se lleven, al mismo tiempo, registros de estado civil. Agreguemos a esto el desarrollo de las matemáticas, específicamente del cálculo de probabilidades, que permite llevar más adelante el análisis e introducir un elemento de previsión, a partir de los datos brutos, recogidos por los censos u otros procedimientos de recuento, y que constituyen la materia misma de la demografía moderna.

Por otra parte, mientras los hombres adquirían el hábito de contarse, como un signo tangible del nuevo valor que atribuían a cada individuo, todo el lento trabajo crítico de la filosofía del siglo XVIII tendía a reformar las ideas sobre la organización de la vida social o política: ésta no es el resultado de un orden natural o divino, sino el fruto de la voluntad colectiva de los hombres. Lejos de constituir entidades, ni las estructuras sociales ni las normas culturales pueden ser consideradas fuera de una larga cadena de hechos ni se las puede separar de las circunstancias de tiempo y de lugar que las condicionan. Tanto su aparición como su diversidad resultan de causas que toca a la ciencia buscar y definir.

La sociología positiva y la demografía, como ciencias, en su forma teórica o en sus formas aplicadas, han nacido, en parte, de la unión entre el deseo de conocer y comprender mejor los fenómenos humanos y el sentimiento de que existe, para los hombres, una posibilidad de actuar sobre la sociedad y de cambiarla, si no de transformarla radicalmente.

Objeto y métodos de la demografía. Sea como sea, el objeto de la demografía está bastante claramente delimitado como para conferirle un lugar bien definido entre las diversas ciencias sociales.

La demografía ofrece, en primer lugar, una descripción cuantitativa pura y simple. Partiendo de los datos básicos que le suministran los censos y las estadísticas del registro civil, esta ciencia estudia el estado de la población conocido en fechas determinadas y el movimiento natural de la población resultante de la diferencia entre el número de los nacimientos y el de los decesos. Disponiendo asimismo de datos sobre las migraciones que se producen entre países diferentes, ella puede, en una primera fase de su trabajo, precisar la importancia de las poblaciones sobre las cuales está suficientemente informada, y estudiar su estructura.

El número total de habitantes de un territorio dado en fechas sucesivas permite forjarse una primera idea de la evolución de su población, sobre todo si se la compara con la de poblaciones extranjeras. La población de Francia, por ejemplo, aumentó en el transcurso del siglo XIX, pero, por interesante que sea, esta información es insuficiente por sí misma. Importa saber si los otros países se desarrollaron también, a qué ritmo y si el lugar ocupado por Francia en Europa y en el mundo se ha modificado y en qué sentido. Una investigación demográfica, sobre cualquier grupo que sea, adquiere todo su sentido solamente a la luz de comparaciones entre grupos diferentes, nacionales o sociales. Por limitado que pueda ser en ciertos aspectos, ningún hecho, en este campo, puede ser correctamente interpretado, si no explicado, sin referirse a hechos de la misma naturaleza que se producen en otra parte, sin ser ubicado en un contexto más vasto.

Siempre en la fase descriptiva del trabajo, la demografía estudia la composición de las poblaciones: en primer lugar, la distribución por sexo y por edad, la cual incide en el movimiento natural; luego, por estado matrimonial y por dimensión de las familias; la densidad respectiva en diferentes puntos del espacio, población urbana y población rural; las características económicas y jurídicas, es decir, la distribución profesional de las personas activas, el número y la nacionalidad de los extranjeros; la distribución eventual según los demás caracteres externos, el nivel de instrucción o la filiación religiosa, por ejemplo. El análisis puede fraccionarse en elementos cada vez más pequeños, teniendo en cuenta las divisiones administrativas o los sectores profesionales.

Así como el presente carece de existencia duradera, el estado y la composición de las poblaciones no cesan de modificarse. Al seguir, a través de los tiempos, tal o cual aspecto particular, la descripción estática se anima y transforma en una vista cinemática de los fenómenos. Se asiste así al envejecimiento de ciertas poblaciones debido al aumento progresivo de la proporción de personas de edad, o bien a la industrialización a causa del desarrollo de algunas profesiones, o también a la urbanización como resultado del crecimiento de las aglomeraciones.

Hasta allí, y si se excluye una crítica de los datos básicos tan severa como la crítica de las fuentes en historia, para apreciar el grado de confianza que se les puede acordar, la parte del observador es, se podría decir, nula. La objetividad no es solamente la regla del método, es la sustancia misma de la investigación. El demógrafo tiene ante sí una materia que observar, una lectura que hacer.

Al perfeccionarse, la técnica estadística recurre cada vez más a encuestas limitadas. Ya Laplace, en su *Essai philosophique sur le calcul des probabilités* (1814), considerando el recuento como una "operación penosa y difícil de hacer con exactitud", pensaba que, determinando en algunas comunas de varios departamentos distribuidos por toda la superficie del país, el número de habitantes y el de los nacimientos anuales, se obtenía una relación entre los nacimientos y la población, relación que se podía extender al número de nacimientos en todo el país. Se obtenía así una evaluación de la población total, con la posibilidad de calcular los límites del error cometido. Éste era ya un ejemplo de extensión a un conjunto de los resultados obtenidos en una de sus partes, es decir, del método representativo. Perfeccionado en la actualidad por estudios teóricos y experiencias prácticas, este método tiende a ser de uso cada vez más corriente en demografía. No sólo permite suplir la insuficiencia de los censos y hasta controlar su exactitud, sino que los sustituye. Se podrían citar muchos ejemplos de ello en los países llamados insuficientemente desarrollados, de la India al África. Además, un método como éste permite ir mucho más adelante en el detalle y en el número de los informes pedidos, aportando así un auxiliar poderoso en la búsqueda de los múltiples factores susceptibles de intervenir en los fenómenos de población y reproducción. Tendremos oportunidad de volver a este tema a propósito del problema de la explicación en demografía, sobre todo en el examen de los factores psicosociales.

El demógrafo no puede detenerse en una descripción puramente contable. Debe forjar instrumentos de medida. La comparación en el espacio y aun en el tiempo es muy imperfecta para apreciar las verdaderas tendencias de la población. Los fenómenos demográficos son lentos y hace falta, por lo menos, el intervalo de una generación para que se pongan de manifiesto todos sus efectos. Una población puede continuar creciendo durante un cierto período, mientras que los nacimientos no aseguran ya su renovación. Siendo el campo explorado precisamente el de la vida humana, del nacimiento a la muerte, el papel de los diferentes sistemas empleados para medir la natalidad, la fecundidad, la mortalidad, la reproducción o el reemplazo, es el de precisar el sentido del movimiento y el ritmo del crecimiento. Unos son simples y expresan una relación entre dos números, otros son más complejos y tienen en cuenta varios datos combinados, recurriendo al análisis matemático. El método llamado de la población-tipo permite comparar la mortalidad o la natalidad de varios grupos, eliminando la influencia de su composición por edades diferentes. De las tablas de mortalidad se deducen tablas de supervivencia, y a partir de éstas, se recurre cada vez más al cálculo del promedio de vida o esperanza de vida, la que es tanto más alta cuanto más baja es la mortalidad. No se trata de describir aquí en detalle todos esos instrumentos de medida. Su complejidad aumenta a medida que la observación de los fenómenos se hace más penetrante, mientras la consideración de un número creciente de factores incita, además, a recurrir a modelos matemáticos. Pero todos derivan de lo que se ha convenido en llamar la demografía pura, y la búsqueda de las causas que actúan sobre la población está voluntariamente excluida de ellos.

Siempre dentro del marco de la demografía pura, Lotka estudió, en los primeros años del siglo, el caso de una población cerrada cuyas características fundamentales de mortalidad y fecundidad permanecerían invariables y demostró que una población semejante, aumentaría o disminuiría con velocidad constante, conservando fija su composición por edades. La población es estacionaria cuando el coeficiente de aumento anual es nulo. Con esta teoría de la población estable, asociada a los trabajos de Kuczinski, que hace intervenir el intervalo de las generaciones en el cálculo de la reproducción, la demografía marcaba un progreso decisivo, capacitándose para medir mejor la vitalidad de las poblaciones. Pero éstas no son nunca completamente cerradas y se modifican por inmigración o emigración, y es posible apreciar las consecuencias de esos movimientos en su desarrollo, pues los aportes externos o las partidas no son equivalentes a puras adiciones o supresiones, porque, en la mayoría de los casos, cambian la composición misma de la población en lo referente a sexo y edad.

Otros autores, Pearl y Reed, apoyándose en consideraciones biológicas, han creído percibir leyes que regulan a priori el crecimiento de una población. Las curvas logísticas así obtenidas tenderían asintóticamente hacia un máximo, y abrirían vistas sobre el futuro. Pero la realidad es, sin duda, mucho más compleja y no parece reducirse en todos los casos a una fórmula matemática. Tales especulaciones escapan al dominio de la demografía pura.

Sea como fuere, la observación del pasado y el conocimiento de los promedios actuales de reproducción comportan elementos de apreciación del porvenir. Pero, a fin de evitar todo error de interpretación, importa precisar la naturaleza de las "previsiones" demográficas. Tienen éstas un carácter condicional y solamente son válidas en la medida en que las hipótesis en las cuales se apoyan se vean verificadas en la realidad y siempre que no intervenga ningún elemento nuevo. Se podía decir, por ejemplo, en vísperas de la última guerra: si, en el futuro, los franceses no tienen más hijos, y si la mortalidad se mantiene igual, la población de Francia disminuirá y hacia 1985 no pasará de 34 millones. Pero nada probaba que las cosas debiesen ocurrir así; se podía pensar, en particular, que, aun cuando esas hipótesis se verificasen, bajo el efecto de la presión demográfica de los países vecinos, gran número de extranjeros vendrían a instalarse en Francia, impidiendo la disminución efectiva. Las circunstancias cambiaron y la realidad es ya completamente otra. Las previsiones no son predicciones y es conveniente preferir el término más modesto de perspectivas al término de previsiones y comprender que sólo las *perspectivas* dan una base sólida a la política demográfica. En el ejemplo precedente, lo importante no era verificar el cálculo de previsión, sino evitar, sin duda, en la medida de lo posible, el riesgo que pone en evidencia.

El efecto del conocimiento, en demografía, como en las demás ciencias sociales, es a menudo provocar una toma de conciencia por parte de los hombres y una acción voluntaria que tienden a modificar los elementos de la situación analizada. Si los hechos demográficos pueden ser considerados como *cosas*, si la estadística y el análisis matemático pueden aplicarse para descifrarlos, esos hechos no pueden ser separados finalmente de la realidad social total en que están inscriptos. Son hechos sociales y como tales la demografía tratará de comprenderlos y explicarlos. Al titular *Biologie sociale* la segunda parte de su *Théorie générale de la population*, Sauvy ha querido demostrar que el estudio de la población podría hacerse sólo sobre la realidad viviente, y que los hechos demográficos no podrían ser comprendidos independientemente de los factores sociales y culturales que en medida amplia los determinan. Asimismo, los métodos y los resultados de las demás ciencias sociales, sobre todo, de la sociología, le serán de la mayor utilidad. Pero antes de ver de qué manera, es bueno preguntarse lo que la demografía misma les aporta.

Morfología social. El autor que más ha contribuido a poner en evidencia los estrechos vínculos que unen la demografía y la sociología es, sin duda, Halbwachs. Su pequeño libro, *Morphologie so-*

ciale, contiene una síntesis de sus ideas sobre la materia. El título del mismo está tomado de Durkheim, quien proponía que se llamase así a "un estudio que versara sobre la forma material de las sociedades, es decir, sobre el número y la naturaleza de sus partes, y la forma en que están dispuestas sobre el suelo y, también, sobre las migraciones internas y de país a país, la forma de las aglomeraciones, de las habitaciones, etc.". Tal definición, ¿no cubre, en una medida amplia, el campo mismo de la demografía y, por otra parte, no es toda sociedad, en primer lugar, un cuerpo que se puede ver y medir? Una familia, un clan, una Iglesia, los miembros de una profesión, una asociación sindical, un grupo político, son, ante todo, un conjunto de personas que ocupan un lugar en el espacio. Que los vínculos de parentesco, por ejemplo, sean patrilineales o matrilineales, la primera característica que define a un tipo de familia es el número de personas que forman parte de ella y que se hallan sometidas a una misma autoridad. Lo mismo ocurre con una Iglesia o cualquier otro grupo social.

Importa luego saber quién entra y quién sale y cuál es el ritmo de renovación del grupo, si crece o se debilita. Toda forma de asociación, como toda población, religiosa, política o económica, tiene así su morfología propia. Se pueden contar los bautismos o entierros religiosos, que son como otros tantos nacimientos y muertes; las conversiones o los abandonos de la fe o de la práctica del culto constituyen otros tantos movimientos migratorios que modifican los efectivos. Las profesiones u otros grupos viven una vida análoga: se mueven en el espacio, crecen o permanecen estacionarios, la distribución por edad de sus efectivos mide su grado de vitalidad e informa sobre su porvenir. La naturaleza y el volumen del intercambio entre los grupos, el nivel del consumo y de la producción, el nivel mismo de los precios y el valor de los objetos son función, no sólo del número total de habitantes, sino también de su distribución relativa entre las diversas categorías sociales. Las formas de gobierno no podrían ser las mismas para un pueblo poco numeroso, fuertemente concentrado en ciudades y en un vasto imperio, donde la población vive dispersa o lejos de la cabeza del gobierno. Podrían multiplicarse hasta el infinito los ejemplos que muestran todas las relaciones secretas y estrechas que unen el número con las formas de la vida social. Quien desee estudiar esas formas, no puede sino sacar partido de un estudio cuantitativo, estático y cinemático, y, en todo caso, el servicio que la demografía presta al habituar el espíritu a la disciplina de la observación cuantitativa es a tal punto eminente que se ha podido decir que "todo sociólogo debería duplicarse en demógrafo".

Pero, al mismo tiempo, está claro que los hechos demográficos y materiales son del todo insuficientes por sí mismos. Se ha observado a menudo que una gran concurrencia de hombres en un mismo lugar no basta para constituir una sociedad. Hace falta otra cosa, una cohesión interna, representaciones comunes, un mismo sentimiento de pertenencia, la obediencia inconsciente o reconocida a normas admitidas; en una palabra, una vida psicológica o una conciencia colectiva que den forma al cuerpo por dentro, le den cohesión y le confieran, por así decirlo, la existencia social.

Los gestos y los ritos, la actividad profesional, las relaciones entre las personas o entre los grupos no adquieren sentido y sólo se pueden comprender en función de una cierta estructura de la sociedad.

Los hechos demográficos mismos, que a simple vista puede parecer que escapan a los controles sociales, están, en realidad, bajo su estrecha dependencia y no se los podría comprender sin referirse al cuadro social en el que se inscriben. Múltiples circunstancias pueden modificar la relación de los sexos que parece establecerse en torno a una relativa igualdad, o también la distribución de los efectivos de diferentes edades: basta para ello, por ejemplo, una guerra o una migración un poco selectiva. El matrimonio y la nupcialidad no obedecen solamente a un proceso de madurez sexual que acerca los hombres a las mujeres: están sometidos, en las diversas sociedades o en los diversos grupos, a normas culturales o a contingencias económicas que disminuyen o aumentan la edad en que los mismos se producen. La natalidad se ve afectada por esta causa como puede serlo por la existencia de interdictos de toda clase. La vida y la muerte mismas, o más exactamente la natalidad y la mortalidad no son las mismas en las diversas latitudes, aun independientemente de costumbres tan radicales como la exposición de los niños o la supresión de los ancianos. Tanto como fenómenos biológicos, ellas son resultado de la voluntad concertada de los grupos sociales o de circunstancias exteriores ligadas a las formas de la civilización. Es lo que trataremos de demostrar evocando su evolución en el período moderno y contemporáneo.

Sin querer, en modo alguno, alterar los hábitos del lenguaje, sobre todo en el campo demográfico, casi se podría decir que no hay movimiento *natural,* sino solamente un movimiento *socio-cultural* de la población.

Las tendencias demográficas. Independientemente de los movimientos migratorios susceptibles de ejercer una influencia muy pronunciada, si no decisiva, sobre el desarrollo de las poblaciones, los tres factores que actúan directamente sobre su importancia total son el número de nacimientos, el número de decesos y, también, el nivel de la producción. La especie humana, como las especies animales, está sometida a la necesidad de alimentarse, y no puede aumentar ni perpetuarse por debajo de un mínimo de alimentación que asegure la vida de los individuos. Según las variaciones combinadas de esos tres factores, la población total permanece estacionaria, aumenta o disminuye. Así, y refiriéndonos a ejemplos históricos, la disminución de la natalidad explica, en parte, el debilitamiento progresivo de Grecia y Roma en el mundo antiguo, mientras que la mortalidad y la producción de alimentos se mantenían sensiblemente constantes. A su vez, toda la historia de la Edad Media parece dominada por una especie de equilibrio que se establecía entre estos tres factores, y ese régimen no está lejos de corresponder esquemáticamente al régimen demográfico primitivo.

Costumbres de todas clases, variables según las sociedades, pero que se encuentran en todas, y relativas al sistema matrimonial, a la edad del matrimonio, a la duración de la lactancia o a cualquier otra circunstancia, limitan las posibilidades creadoras de los seres humanos, pero no por ello deja de tener la fecundidad un carácter fisiológico, y no estando frenada por ninguna consideración de previsión individual o familiar, su nivel se establece, en todo caso, muy alto. Pero la población no aumenta, pues la mortalidad, igualmente muy elevada, la retrotrae a un bajo nivel más o menos constante. Las condiciones de vida, la falta de higiene o de conocimientos médicos y las epidemias hacían grandes estragos, pero también la falta de alimentos, las crisis de abastecimientos y la escasez de víveres. Las consecuencias demográficas de los años de malas cosechas son sensibles en Europa hasta el siglo XVIII. Pero, dejando ahora de lado, para volver luego a ella, la influencia del factor verdaderamente económico, veamos cómo la mortalidad y la natalidad han evolucionado desde ese entonces.

a) *Disminución de la mortalidad.* Un fenómeno de considerable importancia se ha manifestado en los países occidentales a partir del siglo XIX: la disminución de la mortalidad, o la prolongación de la vida humana. Se explica casi exclusivamente con esto el aumento considerable de las poblaciones europeas, las que se han quintuplicado en dos siglos, desde alrededor de 1700 a 1920. Los progresos de la técnica, al mismo tiempo que el mejoramiento de los niveles de vida y la higiene general, así como el progreso de la medicina y los descubrimientos de la química, permiten al hombre, por primera vez en el curso de su historia, modificar en cierto modo las condiciones de su existencia, actuando sobre la naturaleza.

El promedio de vida, o esperanza de vida en el momento del nacimiento, pasa, en los países de civilización avanzada, desde el comienzo del siglo XIX hasta hoy, de 30 a 40, 60, 65 y hasta 70 años y más. Se llega a concebir la existencia de un límite que no se podría traspasar sin una modificación de las condiciones mismas del envejecimiento biológico, y que sería de 77 años (Bourgeois-Pichat, *Essai sur la mortalité biologique de l'homme,* Population, 1952 nº 3).

Ciertamente, en la actualidad todavía existen grandes diferencias según los países, y, en la perspectiva que nos interesa aquí, se estaría tentado a decir, según las civilizaciones y los tipos de cultura. Sin embargo, en el mundo moderno, los progresos realizados, al menos en el orden material, tienden a adquirir un carácter universal y ganan progresivamente, a un ritmo cada vez más rápido, todas las comarcas de la Tierra. La comparación del nivel bruto de mortalidad de hace solamente unos treinta años con el actual muestra hasta qué punto se reduce poco a poco la distancia que, no hace mucho todavía, separaba entre sí los diferentes países.

Para ser del todo válida, la comparación debería tener en cuenta la composición por edades de los diversos países, puesto que los más jóvenes tienen, por serlo, un índice de mortalidad general más bajo, pero la disminución comprobada en cada país, tanto más pronunciada cuanto más atrasados eran, ilustra el fenómeno con toda claridad. Basta, en efecto, muy poco tiempo, una generación como máximo, para que la introducción de los medios apropiados haga descender la mortalidad en proporciones notables en un país en que se mantenía muy elevada. Es lo que ocurre actualmente en los países llamados insuficientemente desarrollados, en los cuales, por lo tanto, la población puede efectuar saltos considerables y a un ritmo mucho más rápido de lo que lo hicieron los pueblos de Europa en el siglo XIX, por ser entonces más lento el progreso mismo. Semejante crecimiento provoca, como es sabido, serios problemas y amenaza el equilibrio de las fuerzas internacionales, así como suscita las más graves tensiones entre poblaciones de tipo diferente que habitan un mismo territorio. Si es cierto que todos los pueblos deben pasar por las mismas fases de desarrollo o por fases análogas, el origen de muchos conflictos parece estar en la diferencia que se produce entre ellos en el desenvolvimiento de su historia, y especialmente, de su historia demográfica. No alcanzan al mismo tiempo los mismos grados de su evolución, y de esto resultan rupturas de equilibrio generadoras de conflictos.

b) *Mortalidad social.* Lo que es verdad al nivel de los diferentes pueblos, lo es también al nivel de los diferentes grupos sociales. Por considerable que sea, en todo sentido, la distancia entre los pueblos más civilizados y los pueblos arcaicos, o entre los monarcas más poderosos y los últimos de sus súbditos, el hombre creyó durante mucho tiempo que, en un aspecto al menos, ninguna desemejanza los separaba: unos y otros tenían el mismo tiempo de vida, "el mismo intervalo de tiempo a recorrer del nacimiento a la muerte", como lo proclamaba todavía Buffon. Hoy sabemos que no es así. El hombre de la ciudad y el del campo, el rico y el pobre, el peón y el que ejerce una profesión liberal, no hallan en su cuna la misma esperanza de vida, y a justo título, se ha podido hablar de una verdadera "desigualdad ante la muerte" (Hersch, 1920). Real en lo que concierne a la mortalidad general, esta desigualdad aparece aún más flagrante en lo que concierne a la mortalidad infantil, es decir, la que ataca a los seres humanos en el período en que son más frágiles. Una cifra solamente da una idea de ello: en Francia, en 1951, la relación entre el número de decesos entre los niños de menos de un año, nacidos de padres pertenecientes a las profesiones médicas y el de los hijos de mineros, era de 1 a 5. Entre esos dos extremos, la progresión es continua, de los obreros a los cultivadores, a los empleados, funcionarios e individuos de todas las carreras.

Pero todas las investigaciones recientes sobre la mortalidad por grupos y estratos sociales muestran también que la desigualdad tiende a disminuir: el abanico se cierra en los países adelantados por efecto del progreso social que permite a capas cada vez más numerosas de la población beneficiarse con los progresos médicos. Cuidar la salud no es más un privilegio exclusivo de los ricos.

Pero aún no está aclarado todo en el campo de la mortalidad según los diferentes medios, y subsisten anchas zonas de misterio, especialmente en lo que respecta a las variaciones regionales. Al lado de los factores vinculados a las condiciones generales de vida o al equipo médico-social más o menos provisto y más o menos accesible, o a los riesgos inherentes al ejercicio de algunas profesiones, la influencia del medio puede actuar de una manera más sutil. No basta saber cómo hay que cuidarse ni tener los medios para ello; hay que tener también la voluntad de hacerlo, así como el deseo de seguir de cerca una higiene de vida conveniente. Actitudes generales y una mentalidad de grupo pueden disponer más o menos favorablemente a este respecto. Comprendemos así hasta qué punto el conocimiento demográfico puede ayudar a la acción, poniendo en evidencia los lados débiles, y también hasta qué punto no se pueden comprender los fenómenos percibidos ni explicarlos si no se los sitúa en un cuadro más amplio y en perspectivas psicosociológicas. El estudio de las variaciones de la natalidad lo mostrará más claramente aún.

c) *Disminución de la natalidad.* Los tiempos modernos han visto surgir otro cambio, de consecuencias tan considerables como la disminución de la mortalidad: la restricción de los nacimientos, o la introducción de métodos anticoncepcionales en el matrimonio. Las parejas humanas, en vez de aceptar una procreación ilimitada, han limitado, en cambio, voluntariamente, su descendencia. El resultado ha sido una disminución muy acusada de la natalidad en todos los países en que se ha operado esta verdadera "revolución demográfica" (Landry). Pero también en este caso, el movimiento se ha manifestado en momentos diferentes en los diversos países occidentales en que ha aparecido. Comenzó primeramente en Francia y es allí donde ha ido más lejos, haciendo caer el nivel de reemplazo, desde el primer tercio del siglo XIX por debajo de la unidad. Luego siguieron los demás países europeos o de cultura europea, a un ritmo tan rápido a veces que en el espacio de veinte o treinta años su fecundidad caía por debajo de la fecundidad francesa. Particularmente, después de finalizada la primera guerra mundial la natalidad se vino abajo en la mayor parte de los países beligerantes, excepto en Francia, donde estaba ya muy baja. En consecuencia, también en este sector, las diferencias entre países se atenúan considerablemente, a medida que se desarrolla en ellos la revolución demográfica.

Esta disminución de la natalidad ha tenido como consecuencia directa el impedir un aumento aún más considerable de las poblaciones europeas por efecto de la disminución de la mortalidad. Por el contrario, ese freno no existe todavía, en general, en los países menos evolucionados, lo que, a veces, tiende a dar al crecimiento un carácter alarmante o explosivo. Sin embargo, todo hace pensar que él aparecerá un día, si es verdad que las mismas causas producen los mismos efectos, al menos dentro de cierto plazo, y que el beneficio de las transformaciones económicas y sociales tiende actualmente a transmitirse a todos los pueblos. Queda el problema de saber cuándo aparecerá y cuál será el ritmo del cambio.

Las grandes hipótesis elaboradas para explicar la revolución demográfica se inscriben todas en el contexto de una reflexión sociológica. Para Landry, el fenómeno se manifiesta en Francia en el momento mismo en que se prepara la revolución política, cuando se perfila el vasto movimiento de los espíritus que escapan a la sumisión secular, a la autoridad establecida, y discuten las instituciones existentes. "Por un lado y por otro, observa este autor, el principio fundamental es, puede decirse, el de la racionalización de la vida". Para Arsène Dumont, la reducción de los nacimientos resulta de lo que él llama *capilaridad social.* El progreso de la democracia ha provocado un deseo de elevarse en todos los campos y un ideal individual ha sustituido al ideal colectivo. Para subir alto, y para que los hijos no corran el riesgo de descender nuevamente en la escala social, es importante que éstos sean poco numerosos. Una encuesta de 1948 sobre la movilidad social y la dimensión de la familia (*Population,* 1950, nº 3 y 1951, nº 1) ha revelado claramente la existencia de una correlación positiva entre las probabilidades de ascenso social y la pertenencia a una familia de dimensiones reducidas, y recíprocamente. Pero la relación existente no es lo bastante sólida como para explicar la amplitud de tal fenómeno. Éste sólo puede explicarse por referencia al conjunto de la evolución y de las transformaciones que se producen en la sociedad global: desarrollo general de la instrucción y de la higiene, mejoramiento de los niveles de vida, supresión del trabajo de los niños, limitación de la autoridad paterna, cambios en el estatuto de la mujer, urbanización. Ninguno de estos factores es inseparable de los otros, y no sería fácil admitir la existencia de una relación mecánica entre tal o cual de ellos y la revolución demográfica. Ésta aparece, por ejemplo, en Inglaterra mucho después que en Francia aun cuando la revolución industrial estaba mucho más avanzada en el primero de esos países; por consiguiente, los que han tratado de vincularla exclusivamente a la industrialización, no perciben seguramente las razones del fenómeno en todos sus componentes (Lorimer, *Culture and Human Fertility,* 1954). Las *regularidades tendenciales* o estadísticas observadas no actúan como determinismos rigurosos sin que, en todo caso, el "determinismo sociológico propio de los grupos y de las sociedades globales" no venga a trastornarlas, postergando la explicación (Georges Gurvitch, *Déterminismes sociaux et liberté humaine,* 1955).

d) *Envejecimiento.* El envejecimiento de las poblaciones, consecuencia de la disminución de la natalidad y no de la de la mortalidad, pues esta última afecta tanto a los jóvenes como a los viejos, reviste, en particular, una gran importancia sociológica. Llamado a proseguir aún y a tender, bajo ciertas condiciones, en los países adelantados, hacia una proporción fija de aproximadamente un cuarto de sexagenarios, modifica la relación numérica entre los diversos grupos de edad, y sin duda también sus relaciones recíprocas en muchos campos. Entre otras consecuencias colectivas del envejecimiento, de orden económico, financiero, social o psicológico, la institución familiar se ve modificada en cierta medida, pues la carga de los viejos menos productivos recae sobre el conjunto de los productores y no ya solamente sobre los hijos, menos numerosos en cada familia. Una de las funciones de la familia, el mantenimiento material de los parientes ancianos, es asumida actualmente cada vez más por la colectividad; la unidad económica familiar es cada vez más restringida, reducida a la pareja y a sus hijos hasta el momento en que estos mismos alcanzan la edad de formar un hogar.

e) *Natalidad diferencial.* Al igual de las diversas colectividades nacionales, los diferentes grupos sociales no avanzan al mismo ritmo. Así como en todos los países en que se ha operado la revolución demográfica existe una mortalidad social, encontramos una natalidad diferencial, según los grupos sociales. En todas partes, por ejemplo, la natalidad es más elevada en el campo que es donde más se han conservado las estructuras sociales antiguas y donde, especialmente, los cambios sobrevenidos en las funciones de la familia son a la vez más lentos en manifestarse y menos radicales.

La práctica religiosa se conserva igualmente más elevada en el campo, pero la influencia de la religión se hace sentir en todos los niveles de residencia. En los diferentes países occidentales, los medios más católicos tienen siempre más hijos. En los Estados Unidos, según los resultados de una gran encuesta realizada en Indianápolis (C. V. Kiser y P. K. Whelpton, *Social and Psychological Factors affecting Fertility*), las parejas protestantes son menos fecundas que las parejas católicas, pero más que las parejas mixtas, y aún más que las parejas israelitas.

La misma encuesta puso en evidencia la existencia de una correlación negativa entre el nivel de los recursos y la fecundidad, pero sólo hasta un cierto nivel, a partir del cual se invierte y, de negativa, se transforma en positiva. Fenómenos análogos se observan en otros países, pero un factor cultural no deja de actuar al mismo tiempo que un factor puramente económico. En general, los obreros tienen más hijos que los empleados, y éstos menos que los miembros de los grupos superiores.

Sin embargo, resulta curioso comprobar en investigaciones sobre las actitudes (*Population*, 1956, nº 1), que el número ideal de hijos por familia indicado por los obreros, es menos elevado que el indicado por todas las otras categorías sociales. La explicación de esta discordancia entre las actitudes y el comportamiento no es fácil: ¿es porque, en ese medio, las conductas corresponden menos que en otros a las intenciones más o menos conscientes, o bien puede verse ahí un indicio de que la natalidad está llamada a disminuir grandemente entre los obreros en un futuro próximo?

Sea como fuere, las diferencias de fecundidad entre los diferentes grupos tienden a disminuir, como ocurre entre las diversas comunidades nacionales. La revolución demográfica comienza en los medios más elevados de la escala social, luego gana los otros y se extiende a la campaña. Las tendencias demográficas no llevan siempre la misma dirección y desde la terminación de la última guerra se asiste a un nuevo aumento de la natalidad, muy particularmente en Francia, pero también en otros países. En los Estados Unidos, un estudio reciente sobre el número de hijos de las mujeres blancas casadas desde hace más de 10 años en los censos de 1910, 1940 y 1950, según el medio social, revela claramente que la nueva tendencia al aumento afecta en forma muy distinta las diversas categorías. En las categorías superiores, donde más había disminuido, la natalidad ha aumentado, aunque, relativamente, sea siempre la más baja, pero ha comenzado a disminuir entre los obreros, los trabajadores manuales y los agricultores. En resumen, las categorías más adelantadas han modificado sus actitudes mientras que las otras han seguido su camino (C. Tietze y W. H. Grabill, *Differential Fertility by duration of Marriage.* Eugenics Quarterly, IV - 1, marzo 1957). La misma atenuación de las diferencias se observa en Noruega, y muchos indicios, que sería necesario estudiar de manera sistemática, parecen indicar que se trata de un fenómeno muy general. Los cambios psicosociales, ligados a la evolución de la civilización moderna, se propagan poco a poco hasta los grupos que les son más refractarios al comienzo, tendiendo así a atenuar las diferencias que los separan de los demás.

f) *Migraciones internacionales y movilidad interna.* En otro campo, que se vincula a la demografía, se producen, bajo nuestros ojos cambios profundos. Ha terminado la época de los grandes movimientos migratorios, como se produjeron en el siglo pasado de Europa hacia el Nuevo Mundo, o, por lo menos, se ha modificado sensiblemente la forma en que se manifiestan y la manera en que se los encara. De libres y espontáneos que eran, dichos movimientos tienden cada vez más a ser provocados, dirigidos y organizados. Mientras que en el pasado el único interesado era, en cierto modo, el individuo, actualmente el Estado o los organismos internacionales asumen, en parte, la responsabilidad de los desplazamientos, aun en los países de economía liberal.

Del mismo modo, en el interior de una nación, los poderes públicos, regionales o locales, intervienen cada vez más para dirigir la implantación de los hombres como la de los instrumentos de producción. La política de ordenamiento del territorio o la planificación atestiguan, según los regímenes políticos, esa voluntad más o menos deliberada de organizar racionalmente la movilidad de los hombres, a fin de prevenir las posibles distorsiones en la distribución geográfica o profesional, resultantes de la voluntad desordenada de los individuos, y susceptibles de obstaculizar el desarrollo económico.

Pero los movimientos migratorios son siempre de naturaleza colectiva, aun cuando el individuo, envuelto en una corriente que lo arrastra, no tenga conciencia de ello. Es cierto que en amplia medida se mantiene el antiguo estado de cosas, y en todas partes, por ejemplo, continúa el proceso de urbanización, que cada año lleva innumerables individuos del campo hacia las ciudades. Pero la inflexión psicológica no es ya la misma, y las relaciones entre autóctonos e inmigrantes se establecen sobre bases nuevas. Los recién llegados se encuentran colocados, desde un principio, bajo la protección o bajo la tutela de los poderes, más dispuestos a reclamar o más pasivos, pero menos conscientes de su sola responsabilidad personal. Habría lugar para proseguir el análisis de las consecuencias de esta situación psicosocial en las personas o en los grupos, según la ideología que inspire la organización. Pero ni el *laissez faire* integral ni la aplicación absoluta de planes se practican en parte alguna en estado puro, y, en los hechos, las dos políticas se encuentran ciertamente en más de un punto. Lo importante aquí era observar que la movilidad de los hombres no se ofrece más a su conciencia de la misma manera que antes, estando como lo están actualmente comprendidos en una sociedad de masa cada vez más institucionalizada, y en la cual las relaciones humanas tienen un carácter cada vez más funcional.

El óptimo de población. Sea como fuere, en la medida en que se los percibe, los hechos y las tendencias demográficas parecen inspirar, en una amplia proporción en el transcurso del tiempo, las reflexiones de los hombres que tratan de comprenderlos y de elaborar el conjunto de su encadenamiento en el cuerpo de una doctrina. A las fases del desarrollo demográfico, régimen antiguo, régimen de transición, período actual, corresponderían en cierto modo las maneras sucesivas de encarar los problemas de población.

Esquematizando al extremo, y sin pasar revista a las principales doctrinas que esbozaron o elaboraron numerosos autores, se encontraría, así, en primer lugar, una corriente de ideas poblacionista, mientras los hombres permanecen sometidos a las fuerzas naturales de la fecundidad y, sobre todo, de la mortalidad. Corriendo en todo momento el riesgo de ver disminuir su número, se inclinan a pensar, como Jean Bodin en su libro de 1576, que "no hay riqueza ni fuerza más que en los hombres". Los dos términos presentes en este aforismo frecuentemente citado asocian, por otra parte, dos preocupaciones diferentes pero a menudo confundidas: la preocupación económica o del bienestar, y la del poder.

A esta corriente se oponen las reflexiones más sombrías y los temores formulados en su famoso *Ensayo,* de 1798, por Malthus y todos aquellos que, después de él, temen que el número de los hombres sobrepase el nivel de los víveres. Solamente una limitación voluntaria del número de nacimientos, sean cuales fueren los caminos y métodos que se utilicen para alcanzar este fin, puede evitar que los pueblos caigan en la miseria, o no puedan, por lo menos, elevar ni mantener un nivel de vida conforme con sus aspiraciones.

Pero ninguna ley de población, ni la de Malthus ni ninguna otra, ha sido verificada jamás por la experiencia. La industrialización y el progreso técnico han aumentado las posibilidades de producción de una manera que no hubiera sido posible imaginar antes. Las doctrinas se han hecho a la vez más prudentes y más matizadas. Los hombres han adquirido el sentido, que está en el corazón mismo de la reflexión sociológica, de la relatividad de las cosas y, en particular, la de los fenómenos demográficos. Aun antes del *Ensayo* de Malthus, Cantillon, al trazar el cuadro de la vida de los chinos, por una parte, y el de los habitantes de Francia e Inglaterra, por la otra, ponía en evidencia la importancia de las costumbres sobre las necesidades reales, y deducía la noción moderna de nivel de aspiraciones, tan presente en las concepciones de la actualidad, como lo está, cada día más, en los hechos. Dejando aparte cierto mínimo fisiológico, ninguna necesidad se podría definir como absoluta. El progreso, al poner en circulación nuevos bienes, provoca necesidades correlativas, y si éstas son sentidas, la paz social sólo se puede obtener mediante su satisfacción. Algo más tarde, Sismondi formulaba la noción de óptimo de población, tan a menudo percibida por los pensadores sin que deduzcan de ella todas sus consecuencias, y en torno a la cual gravitó el pensamiento contemporáneo, cuando consideraba que el verdadero problema es "hallar la combinación y la proporción de población y riqueza que garanticen el máximo de felicidad a la especie humana en un espacio dado".

La exposición más completa y más reciente de la doctrina del óptimo se encuentra en las obras de Sauvy. Si bien no se trata siquiera de resumirla aquí, aparece claramente que si la noción de óptimo es fácilmente accesible, es mucho más difícil precisar, en un territorio dado, los límites exactos entre los cuales el mismo se sitúa. Por otra parte, el óptimo no es estático y varía de acuerdo con numerosas variables, de las cuales, las posibilidades de producción en un momento dado no son las menos importantes. Tal adelanto, en particular, reviste un carácter regresivo al disminuir el número de empleos; tal otro, un carácter progresivo al aumentarlo. No hay exceso de población absoluto, sino aquí y allá un exceso relativo proveniente de situaciones heredadas del pasado y del estado del desarrollo. El crecimiento demográfico, siempre que exista un desarrollo suficiente, actúa provocando un mecanismo multiplicador, difícil de precisar, pero fácilmente discernible. Las cuestiones se plantean en el orden local o regional, o también nacional, y en ausencia de un gobierno único, el problema de la población mundial aparece como un *falso problema.*

Se sabe que el marxismo se opone, de la manera más radical posible, al espíritu de Malthus. La miseria del pueblo no proviene de su número, y la sobrepoblación aparente es resultado de la propiedad capitalista. No hay aumento de población al cual un régimen social adecuado no pueda hacer frente. Tal es la posición que defendían recientemente todavía, en las Naciones Unidas, los representantes del bloque soviético. Sin embargo, actualmente parece esbozarse un vasto movimiento de conversión, los primeros signos del cual han aparecido en China, donde el acuerdo parece haberse establecido en el seno del gobierno comunista: la enseñanza de los métodos anticoncepcionales y la propaganda en favor de los mismos parecen estar decididas.

Independientemente de toda controversia de doctrina, la cuestión fundamental no es tanto la del aumento de población en sí mismo como la del ritmo de ese aumento. Se trata de calcular tan exactamente como sea posible las inversiones necesarias con miras a un objetivo dado, teniendo en cuenta el número de los hombres y su probable aumento.

El período actual. Algunos rasgos dominantes parecen caracterizar el período actual, y los resultados de la ciencia demográfica ofrecen amplia materia a la reflexión del sociólogo. La sociedad contemporánea despierta cada vez más a una especie de conciencia estadística, que la instruye sobre su estado y sus movimientos. Midiendo de la manera más exacta posible los fenómenos de que ellos mismos son agentes, sobre todo los fenómenos demográficos, los hombres adquieren el sentido de la acción que son capaces de ejercer sobre los mismos. La restricción voluntaria de los nacimientos, que se introduce cada vez en mayor medida en los más diversos tipos de cultura, el establecimiento de pespectivas condicionales de población y el nuevo aumento de la natalidad obtenido en diversos países (en Alemania y en Austria antes de la guerra, en Francia después de ella), los progresos de la química que dejan entrever como posible, en un futuro tal vez próximo, el descubrimiento de una sustancia esterilizante, que permitiría, sin peligro y con poco gasto, controlar la fecundidad femenina (Sutter, *A la recherche de la "pilule" stérilisante,* Population, 1957, nº 3), permiten pensar que la humanidad ha entrado en un período en el cual se hace posible dirigir los movimientos de población de acuerdo con una política consciente.

Bergson, reflexionando sobre los orígenes de la moral y la religión, observaba que para resolver "la cuestión principal", la de la población, una humanidad deseosa de evitar la guerra, resultado, a sus ojos, del exceso de población, no escaparía a la "reglamentación", más bien que confiarse al instinto, y llegaría a "racionalizar" la producción del hombre mismo, según su propia expresión, como se comienza a hacer con su trabajo.

Diferencias considerables subsisten actualmente entre los diversos pueblos, en razón de su pasado y su cultura. Pero las transformaciones pueden producirse muy aceleradamente en el mundo contemporáneo y parece, en particular, que el atraso de algunos en la evolución demográfica puede ser subsanado de manera muy rápida. Si toda sociedad o todo grupo social tienen al comienzo todos los caracteres de una sociedad cerrada, el progreso de la civilización parece ciertamente propio a abrirlos cada vez más a influencias idénticas. La mortalidad social tiende a atenuarse, hasta el punto de que, en algunas ciudades, como Amsterdam, donde el equipo material y médico-social está muy adelantado, la desigualdad ante la muerte no es ya prácticamente perceptible. También la fecundidad diferencial, muy acentuada durante el período de transición, tiende, a su vez, a atenuarse en los países adelantados. Las tendencias demográficas tienden a igualarse en todas partes. ¿Marcha el mundo contemporáneo hacia una cierta uniformidad, en ese campo? ¿Trata de suprimir la guerra, como lo soñaba Bergson? No lo discutiremos, pero puesto que algunos pueblos tratan, por motivos que les son propios, de acelerar el ritmo de los nacimientos, y otros de frenarlo, el hombre aparece hoy, en cierta medida, cada vez más capaz de "racionalizar" la producción del hombre.

El *número y la calidad.* Entre el número y la calidad de los hombres existen relaciones íntimas que la demografía se esfuerza por dilucidar. La preocupación de la calidad se ha presentado siempre a la mente de todos aquellos que han reflexionado sobre las cuestiones de población, los utopistas, de todos los que, desde Galton, han buscado los medios de mejorar al hombre mismo.

Todos los estudios sobre el nivel intelectual que asocian técnicas psicológicas y técnicas estadísticas, han revelado diferencias en el mismo sentido entre los grupos sociales según su elevación en la escala social. Al comprobar, además, que el nivel intelectual disminuye con el aumento del número de hijos en la familia, algunos sienten vivas inquietudes por el futuro de la inteligencia debido al efecto de la fecundidad diferencial. Pero, aparte de que ningún indicio revela una disminución general, tales hechos son muy difíciles de interpretar, y la influencia respectiva de la herencia y del medio está lejos de haber sido aclarada. Por otra parte no se ha podido ofrecer ningún principio de alguna prueba para justificar una pretendida inferioridad de ciertas razas con respecto a otras.

En unión con la genética de población, algunas investigaciones recientes sobre los efectos de la consanguinidad y la endogamia (Sutter-Tabah) han permitido dar cifras precisas sobre la amplitud del fenómeno del "desbaratamiento de los grupos cerrados". El número medio de personas entre las cuales un individuo puede elegir su pareja aumenta sin cesar, debido, sin duda, al desarrollo de la movilidad. Se ve así mantenida, y aun aumentada, la heterogeneidad de las poblaciones, lo que tiene como efecto elevar su nivel cualitativo. Numerosos y de dimensiones reducidas en los regímenes demográficos antiguos, los grupos se expanden cada vez más en el período de transición y en la época actual. Estos estudios sólo se mencionan aquí a título de ejemplo, y para mostrar la complejidad de los problemas que se plantean a la demografía cualitativa. Sin duda toca a la sociología considerar los resultados observados para tratar de percibir los mecanismos sociales que pueden explicar la aparición de tales fenómenos en tales momentos en las diversas sociedades.

Por otra parte, en los países llegados a un cierto nivel económico y sanitario, en Francia sobre todo, la disminución de la natalidad no ha estado acompañada de ningún mejoramiento cualitativo perceptible. Parecería, por el contrario, que los pueblos que crecen proporcionaran, a los individuos mejor dotados, mayores probabilidades de desarrollar sus cualidades ofreciendo una base más amplia a las posibilidades de selección al mismo tiempo que las condiciones materiales de existencia se elevan para todos. Todo ello merced a una renovación más rápida del capital inmobiliario o del equipo intelectual y sanitario.

Dicho de otra manera, el crecimiento a un ritmo moderado favorecería el juego de los mecanismos psicológicos y sociales colectivos, dando a los individuos una mayor libertad de movimiento. La adaptación del hombre al nuevo medio, en un período de cambios tecnológicos, el rejuvenecimiento de las estructuras sociales y las modificaciones en la distribución profesional, se operarían con más facilidad en un clima de expansión demográfica, que en un período estacionario o, en todo caso, en una atmósfera de retroceso.

La demografía aplicada. El crecimiento, por moderado que sea, plantea problemas inmediatos, como cualquier otra tendencia, y la demografía se halla implicada, por no decir comprometida, en el movimiento. La observación se hace en todos los casos sobre hechos que están cambiando, y adquiere por ello más valor para la acción.

Los campos y las circunstancias en que se recurre a la demografía son cada vez más numerosos y diversos. ¿Cuántas casas, cuántas escuelas o cuántos hospitales habrá que construir, para satisfacer las necesidades, hoy, mañana y dentro de diez años? Teniendo en cuenta el desarrollo técnico previsible, ¿cómo y de qué manera orientar a las generaciones jóvenes? ¿Cuáles serán los efectivos de ancianos en determinada época; qué parte de las rentas nacionales habrá que reservar para asegurar su subsistencia; cuál podría ser el monto de su jubilación si permanecieran uno o dos años más en actividad?

Las tendencias actuales de la natalidad, ¿tienen un carácter pasajero o parecen duraderas? ¿Están evolucionando las actitudes que inspiran las conductas? ¿En toda la población o sólo en algunos grupos y cuáles?

Se podrían multiplicar hasta el infinito los ejemplos de todas las cuestiones que requieren la atención de la demografía, no para aportarles una solución ya preparada, sino elementos de información susceptibles de orientar la decisión. La investigación teórica no podría separarse de todos los esfuerzos realizados con el propósito de estudiar problemas concretos e inmediatos. Ella avanza al mismo tiempo que se desarrollan sus aplicaciones. Los métodos se perfeccionan frecuentemente al ser confrontados así con la prueba de las situaciones presentes.

Pero esas implicaciones no son patrimonio exclusivo de la demografía. Actualmente parece ser una característica común a todas las ciencias sociales el que salgan cada vez más del gabinete del investigador para penetrar más en la vida contemporánea y aplicarse a la observación de los problemas actuales. La sociología, reducida por mucho tiempo a una reflexión general sobre la vida del hombre en sociedad o a la etnología, no ha renegado de sus orígenes ni abandonado sus investigaciones tradicionales por haberse abierto a influencias exteriores y haberse hecho sensible a una evolución de la vida social que está justamente en su naturaleza comprender. Los trabajos de equipo y las investigaciones sobre el terreno se multiplican en todas direcciones, de la sociología religiosa a la sociología industrial, muy a menudo para responder igualmente a preocupaciones nacidas de los cambios sociales o tecnológicos. El resultado de esto es una multiplicación y una disposición de ánimo pragmática. Pero los métodos hallan aquí ventaja y sólo se ha de desear que un día se emprenda una síntesis de todos estos trabajos. Entre tanto, la especulación intelectual y las perspectivas teóricas no se abandonan, como lo atestigua la obra de los especialistas más escuchados. Las ciencias sociales no pueden desarrollarse fuera del contexto mismo que las ha hecho nacer, lo que no impide que su vocación de ciencia sea justamente sobrepasar la reflexión nacida de las circunstancias del momento para ubicar a éste en el tiempo y en el espacio.

"La demografía, ciencia de la población, —observa Sauvy— está en todas partes y en ninguna. Desprovista de fronteras naturales puede extenderse o restringirse por convención; limitada a la observación de los factores edad, sexo y estado matrimonial, por lo tanto, a tres caracteres perfectamente definidos, la demografía teórica sólo es una rama de las matemáticas (los conjuntos renovados) y la demografía aplicada una técnica estadística." Nosotros hemos tratado de demostrar que los problemas que la solicitan desbordan por todas partes de ese estrecho marco. Desde que su objeto son las colectividades humanas de dimensiones más o menos grandes, la demografía aporta a la sociología elementos de información indispensables. Como toda ciencia, ella contribuye a la disciplina del espíritu, y el sociólogo no puede dejar de beneficiarse al contacto de su deseo de rigor cuantitativo. En compensación, los números, en ese campo, no adquieren significado si no se inscriben en un complejo de relaciones sociales de diferentes planos de profundidad. Toda tentativa de explicación en demografía es de naturaleza sociológica. De este modo, no se pueden separar finalmente los esfuerzos de esas dos ciencias. Los progresos de una son también los progresos de la otra.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

GONNARD (René). *Histoire des doctrines de la population* (París, 1923).

LANDRY (Adolphe). *La révolution démographique* (París, 1934).

— *Traité de démographie* (2ª ed., París, 1949).

HALBWACHS (Maurice), en colaboración con A. SAUVY, H. ULMER y G. BOURNIER. *Le point de vue du nombre* (Enciclopédie française, t. VIII: *L'espèce humaine*, París, 1936).

— *Morphologie sociale* (París, 1938).

HUBER (Michel). *Cours de démographie et de statistique sanitaire* (París, 1939, 6 vols.).

LAMBERT (Jacques) y COSTA PINTO (L. A.). *Problèmes démographiques contemporains* (t. I: *Les faits*) (Río de Janeiro, 1944).

SAUVY (Alfred). *Richesse et population* (París, 1944)

— *La population* (París, 1944).

— *Théorie générale de la population* (t. I: *Economie et population;* t. II: *Biologie sociale*) (París, 1952-1954).

STOETZEL (Jean). *Sociologie et démographie* (*Population*, París, 1946, nº 1).

FROMONT (Pierre). *Démographie économique* (París, 1947).

ARIÈS (Philippe). *Histoire des populations françaises* (París, 1948).

CITROEN (H. A.). *Les migrations internationales* (París, 1948).

REINHARD (Marcel). *Histoire de la population mondiale de 1700 à 1948* (París. 1949).

CHEVALIER (Louis). *Démographie générale* (París, 1951).

Actes du Congrès mondial de la Population (Roma, 31 agosto-10 setiembre 1954, Organización de las Naciones Unidas, 1956, 7 vols.).

Publicaciones del Instituto nacional de Estudios demográficos, París:

1. *Population, revista trimestral* (1er. año 1946).
2. *Travaux et documents* (30 vols.).
3. *Publications hors collection* (5 vols.).

3

EL PROBLEMA DE LA SOCIOLOGÍA DE LAS CIUDADES

LOUIS CHEVALIER, PROFESOR DEL COLEGIO
DE FRANCIA

Al emprender la exposición de los principales caracteres de la sociología de las ciudades, se podría juzgar necesario partir de las ideas generales de la sociología para aplicarlas luego a las ciudades consideradas como terreno de experimentación de una disciplina que ya poseería otros y que proseguiría, con toda independencia y con toda soberanía, sus propios fines.

Este procedimiento, que haría de la sociología de las ciudades una aplicación de las vistas generales de la sociología, se justificaría de muchas maneras. Desde los primeros tiempos de esta disciplina, por el deseo de sus maestros de aprovechar el medio urbano para precisar, verificar o complicar sus hipótesis y para resolver, gracias a las ciudades, problemas que sobrepasan los problemas particulares de las mismas. Por el papel que, debido a esto, han desempeñado los sociólogos en la descripción de las poblaciones urbanas, identificándose la sociología misma, en algunos países muy urbanizados, con el estudio de las sociedades urbanas. Más incontestablemente aún, por la unidad de los hechos sociales, sean o no urbanos y, para volver al análisis de Sombart [1], por la existencia de una realidad social fundamental a la cual las condiciones de existencia urbanas no aportan más que correcciones superficiales, aparentes o secundarias.

Este no será, sin embargo, nuestro propósito. En primer lugar, porque la sociología de las ciudades no puede dejar de ser desarrollada en este *Tratado* colectivo. ¿Para qué un capítulo especial sobre ella, cuando el estudio parcial de la misma se hace tal vez en otros capítulos que tratan de los principales problemas de la sociología y toman, con tal motivo, ejemplos de las investigaciones urbanas? En segundo lugar, sobre todo, porque tal enfoque no sería exacto. Partiendo de los estudios teóricos hechos por los sociólogos, pero no de los estudios anteriores o contemporáneos sin los cuales no se hubieran podido emprender muchas investigaciones de morfología social, la sociología de las ciudades sólo designa un momento relativamente reciente o un aspecto limitado de investigaciones urbanas que sobrepasan la época y el campo de la morfología social y que, no siendo sociológicas en el sentido estricto de la disciplina, lo son indudablemente por su tema, por su método y por sus conclusiones. Aun en sus aspectos más incontestablemente sociológicos (es decir, dependientes de la morfología social), el estudio de las sociedades urbanas debe ser encarado en sí mismo y por sí mismo y no por su relación con las preocupaciones generales de la sociología, porque dicho estudio existe con anterioridad a toda empresa auténticamente sociológica y prosigue independientemente de ella: preparándola, suscitándola y facilitándola, mucho más que provocado por ella.

---

[1] *Handwörterbuch der Soziologie.*

De esa descripción social, original e independiente, expondremos en primer lugar los orígenes, los métodos y las conclusiones. Observaremos, en un primer análisis, que, en numerosos países, las mismas circunstancias han provocado en épocas diferentes las mismas investigaciones, las cuales dieron, a su vez, los mismos resultados hasta permitir intentar, dentro de los límites de ciertos problemas y documentos, una exposición uniforme e incontestable de la influencia de las ciudades en numerosos aspectos de la existencia individual y colectiva; digamos, una descripción social de las ciudades. Observaremos, sin embargo, en un segundo análisis que, al margen o más allá de esas investigaciones, todos los esfuerzos que se han hecho para elaborar una sociología urbana, ya sea partiendo de la sociología propiamente dicha, o partiendo de otras disciplinas, presentan tal diversidad según los países y tal heterogeneidad en el interior de un mismo país, que difícilmente se puede considerar que hayan logrado su objeto. Si bien existe, ahora, una descripción social de las ciudades, no existe una sociología urbana universalmente reconocida. No es menos cierto —y ésta será nuestra conclusión— que los progresos de esa descripción social preparan el advenimiento de tal sociología, la cual se incorporaría a la morfología social.

1. *La descripción social de las ciudades*

Dentro de los límites fijados por ciertos problemas y por ciertos documentos, una descripción de las sociedades urbanas es posible hasta en sus aspectos más incontestablemente sociológicos, porque en diferentes épocas, las mismas circunstancias han determinado, en numerosos países, las mismas investigaciones, las cuales, a su vez, han llegado a las mismas conclusiones. Desde este punto de vista, la descripción social de las ciudades presenta, con relación a los estudios sociológicos que conciernen a los otros medios, una gran independencia y una gran originalidad. La sociología rural se ha beneficiado, y se beneficiará todavía más, con los progresos de la sociología: no hay sociología rural sino en relación con la sociología, suscitada y como iluminada por ella. No ocurre lo mismo con la sociología urbana: ya se trate de ejemplos tomados accidentalmente por la sociología del medio urbano, o de la constitución, en el seno de esa rama de la sociología que se intitula morfología social, de una sociología urbana, esos estudios se asocian a trabajos mucho más antiguos concernientes a las ciudades y no son posibles sino gracias a ellos.

Las circunstancias. Esta anterioridad y esta duradera autonomía de las investigaciones urbanas se explican ante todo por las influencias ejercidas por las ciudades y que no ejercen en la misma medida las sociedades rurales cuya evolución es tan lenta que la necesidad de conocerla y medirla sólo se ha hecho sentir recientemente. Trastornando las sociedades en que se desarrolla, renovando y multiplicando los problemas, la expansión urbana obliga a crear nuevos instrumentos de conocimiento y medida, por lo menos cuando presenta cierta rapidez, cierta amplitud y cierto peligro.

Estas relaciones entre la evolución de las ciudades y la de las investigaciones son particularmente aparentes en los países en que la expansión urbana se ha producido más temprano, o en aquellos en que ha presentado la mayor continuidad. Tal es el caso de Inglaterra donde, desde la segunda mitad del siglo XVIII, el desarrollo general de las grandes aglomeraciones urbanas provoca, con un nuevo impulso de la estadística, estudios sociales que, desde entonces, no han cesado y, desde esa época hasta nuestros días, serán tanto más numerosos y exactos cuanto más rápida sea la expansión urbana o más desfavorable la situación general en que se opera; por ejemplo, en los tres últimos decenios del siglo XIX y en los días que siguieron a la crisis mundial de 1929. Tal es asimismo el caso de Alemania, donde la industrialización, las migraciones rurales y la urbanización provocan, a partir de 1880, un desarrollo de las estadísticas así como un estudio de las sociedades urbanas que presenta grandes diferencias con respecto a los estudios anteriores. Tal es, finalmente y sobre todo, el caso de los Estados Unidos, donde no solamente la descripción social en el sentido en que nosotros la entendemos, sino también una parte de la sociología, se confunden con el estudio de las grandes aglomeraciones urbanas; creadas por el desarrollo de las mismas, evolucionan a su ritmo, se adaptan a sus problemas y se renuevan constantemente con ellas.

Sin embargo, esas relaciones entre la evolución de las ciudades y la de los estudios no son menos aparentes en un país como Francia, a pesar, o tal vez a causa, del atraso, la lentitud y la discontinuidad del desarrollo urbano. Lo son, sobre todo, en esa primera mitad del siglo XIX, en que el crecimiento de París provoca una medición de los hechos sociales, la cual no importa solamente por sí misma, por su técnica y por sus conclusiones, sino también por el uso que de ella hará luego la escuela sociológica francesa, en sus primeros y más notables trabajos; no se ha observado suficientemente —para no tomar más que este ejemplo— que el estudio de Durkheim sobre el suicidio extrae de esas investigaciones la mayor parte de su material cuantitativo y además la totalidad de sus conclusiones. Jamás.

en efecto, las presiones demográficas han sido tan determinantes como en esos años en que París conoce una verdadera metamorfosis. A la ciudad antigua, aristocrática, burguesa y artesana, cuyo lento crecimiento era mucho más el resultado del equilibrio de los nacimientos y los decesos que de la inmigración, sucede, en algunas décadas, y debido a una brutal invasión de recién llegados, una gran aglomeración popular, que presenta otros caracteres demográficos, otra distribución por sexos y edades, otros caracteres profesionales y étnicos, otras apariencias físicas, otro comportamiento. La ciudad, empero, no ha cambiado o no se ha transformado al mismo ritmo: ni en su marco de piedra —sus casas, calles, hospitales, cementerios, cloacas y su abastecimiento de agua—, en sus trabajos, ni en sus hábitos. De allí ese París malsano, violento y peligroso de los últimos años de la Restauración y de la Monarquía de Julio, atormentado por males de todas clases, agitado por convulsiones sociales y políticas, resultantes, mucho menos de circunstancias ideológicas o económicas que de esa falta de adaptación de la ciudad a su población. De allí, esa inquietud de todos que registran tanto las crónicas policiales de la prensa, como los informes administrativos o la literatura de la época, que se ensombrece de año en año. De allí, sobre todo, la necesidad de conocer y esa tarea de consulta permanente a que se hallan obligados estadistas y especialistas de los problemas de población.

Si, a partir de los últimos decenios del siglo XIX, y hasta una época inmediatamente contemporánea, las circunstancias más favorables en que tiene lugar el desarrollo de la aglomeración parisiense no deja de participar —junto a varias otras circunstancias— en la incontestable disminución de las investigaciones urbanas, la agravación reciente de los problemas de la capital, comparable a la agravación de los mismos problemas en la mayoría de las metrópolis extranjeras, suscita en París investigaciones del mismo orden que las efectuadas en otros lugares. En verdad, no solamente las investigaciones urbanas son, en todas las épocas y en todas partes, un producto de la expansión urbana que se generaliza con el desarrollo de las grandes aglomeraciones, sino que, en razón de este mismo origen, presentan en todas partes los mismos caracteres.

Las investigaciones. Esa uniformidad de las investigaciones urbanas proviene del hecho de que, en la mayoría de los países que han conocido o siguen conociendo un desarrollo rápido de sus grandes aglomeraciones, una misma asociación a las responsabilidades urbanas provoca en todas partes la creación de un mismo tipo de documentación y un mismo esfuerzo de interpretación. Tales son, en efecto, los dos caracteres principales de esas investigaciones. En primer lugar, si se entiende por sociología urbana, como lo haremos en este primer análisis, no una meditación erudita, sino la descripción continua, homogénea y cifrada de una sociedad considerada en la totalidad de sus aspectos, hay que reconocer que no existe sociología urbana —por lo menos en una primera fase— sino asociada directa o indirectamente a las responsabilidades públicas; principalmente a causa de la necesidad en que se está de constituir, renovar y elaborar una documentación que sobrepasa las posibilidades de un investigador aislado, o a la cual este último no puede tener acceso. En segundo lugar, y en razón de dicha asociación a las responsabilidades públicas, esas investigaciones consisten esencialmente en la creación, la elaboración y la interpretación de documentos idénticos; ante todo, las estadísticas de la población, provenientes de los organismos oficiales de estadística, o bien de los organismos oficiales o privados que, en numerosos países, se interesan más particularmente en los aspectos estrictamente demográficos de la evolución de la población.

Las experiencias extranjeras. Esa asociación a las responsabilidades públicas es la que caracteriza las investigaciones urbanas en los países en que aparecieron más temprano o en los cuales las mismas se han desarrollado con más continuidad. En Inglaterra, por ejemplo, la mayor parte de las encuestas las realizaron las universidades, a pedido de las administraciones municipales. La lista de las mismas sería larga. Contentémonos con enumerar las más importantes y las que han tenido mayor influencia sobre las investigaciones sociológicas: en los años que preceden y siguen inmediatamente a la primera guerra mundial, las investigaciones del profesor Bowley, de la *London School of Economics,* sobre el nivel de vida de la población de seis grandes aglomeraciones urbanas[2]. en 1928, la investigación sobre Londres, emprendida por Sir Hubert C. Smith y el profesor Bowley, con el patrocinio de la *London School of Economics*[3]; finalmente, cada vez más numerosos, desde la crisis mundial hasta nuestros días, esos balances demográficos, económicos y sociales, los *civic surveys,* elaborados en la mayor parte de las grandes ciudades, a pedido de las administraciones y entre los cuales recordaremos, sobre todo, la encuesta realizada por la Universidad de Liverpool, de 1929 a 1934[4] y el estudio sobre Middlesbrough dirigido por R. Glass[5]. En estos trabajos, no se trata solamente del establecimiento de balances humanos necesarios a la elaboración de una política de ordenamiento. Se trata también de la participación directa de especialistas de las diferentes disciplinas humanas en la elaboración de esos planes de ordenamiento; por ejemplo el de Edimburgo[6].

Pero es probablemente en los Estados Unidos donde esta colaboración entre la investigación universitaria y la administración es más antigua y continua. No podríamos describirla, tan numerosos son los ejemplos de la misma y tan grande la diversidad que presentan, de acuerdo con los problemas propios de las aglomeraciones urbanas o de la orientación particular de las universidades y de los investigadores. ¿Cómo no citar, sin embargo, los trabajos del Centro de Sociología Aplicada de la Universidad de Columbia, en Nueva York [7], las investigaciones estadísticas del Estado de Wáshington [8], los trabajos de la Fundación Scripps [9] y, finalmente, las investigaciones universitarias y administrativas hechas en Chicago, la capital de la sociología urbana? No hay problema en esa ciudad —la delincuencia juvenil, la criminalidad por barrios y por grupos, la movilidad social, etc. [10]— que no figure en trabajos sociológicos que la propia administración de Chicago ha propiciado y que son realizados por investigadores independientes o por organismos de los cuales el más eficaz y el más habitualmente utilizado es el *Population Research and Training Center* [11].

---

[2] A. L. BOWLEY y A. R. BURNETT-HURST, *Livelihood and Poverty* (Londres, 1915).

[3] H. L. SMITH y colab., *The New Survey of London Life and Labour* (Londres, 1930-35).

[4] D. C. JONES, *The Social Survey of Merseyside* (Liverpool Univ. Press, 1934).

[5] R. GLASS, *The Social Background of a Plan. A Study of Middlesbrough.* (Londres, 1948).

[6] *A Civic Survey and Plan for Edinburgh,* preparado para el Town Council por P. ABERCROMBIE y D. PLUMSTEAD (Edimburgo, 1949).

La experiencia francesa. La evolución de las investigaciones urbanas en Francia muestra, al menos tanto como la de los otros países, la importancia de esos dos caracteres: la participación en las responsabilidades públicas y la documentación cuantitativa que de ella resulta. Muy aparentes durante la primera mitad del siglo XIX, esos caracteres desaparecen más tarde hasta que la reciente evolución de la aglomeración parisiense termine por obligar a los poderes públicos y a los investigadores a reanudar esa antigua colaboración.

La estadística urbana y la descripción social durante la primera mitad del siglo XIX. Durante la primera mitad del siglo XIX, las circunstancias demográficas que hemos descripto determinan, no sólo un impulso de las estadísticas urbanas, sino una constante adaptación de esas estadísticas a los problemas diversos y cambiantes de la aglomeración y un análisis cuantitativo de los aspectos materiales y morales de la sociedad parisiense de ese tiempo. Es necesario evocar esa época —la era del entusiasmo, se ha dicho— no para hacer sacrificios a una inocente manía de historia, sino para señalar hasta qué punto la elaboración estadística puede ser contemporánea de los hechos que mide y hasta qué punto, sobre todo, ella puede ser llevada por una opinión atenta e informada; fenómenos todos de los que proporcionan una prueba suficiente la curiosidad estadística y la manía de expresar todo en cifras, en otros países y primeramente en los Estados Unidos, pero los cuales, hay que reconocer, son muy ajenos a nuestras costumbres actuales. No lo han sido siempre y no hay razón para que siempre lo sean. Tal es el motivo y tal la lección de este recuerdo histórico.

---

[7] En particular, los trabajos publicados o dirigidos por Kingsley Davis.

[8] *Washington State census Board, Seattle.* C. F. SCHMID, *Social Trends in Seattle* (Washington Univ. Press., 1944).

[9] Véase, sobre todo, *Needed Urban and Metropolitan Research,* DONALD J. BOGUE (ed. Scripps Foundation, Miami, Univ. Oxford, Ohío, 1953).

[10] Entre los trabajos más característicos, citemos: E. W. BURGESS, *The Urban Community* (Univ. of Chicago Press, Chicago, 1926); L. WIRTH, *The ghetto* (Chicago Univ. Press, 1927); S. M. TRASHER, *The gang* (Chicago Univ. Press. 1926); Cl. R. SHAW, edit., *Delinquency Areas. A Study of Geographical Distribution of School Truants, Juvenile Delinquents and Adult Offenders* (Chicago Univ. Press, 1929); W. I. RECKLESS, *Vice in Chicago* (Chicago Univ. Press, 1933) y H. W. DUNHAM, *The Teology of the Functional Psychoses in Chicago* (American Sociological Review, 1937).

[11] El *Population Research and Training Center,* dirigido por el profesor Hauser, es el organismo más habitualmente consultado. La obra más significativa de la unión entre la administración y la Universidad es el *Local Community Fact Book for Chicago* (1950).

Es necesario hablar de juventud estadística, cuando se designan esas primeras décadas del siglo XIX en que se implanta, en Francia, la práctica de los recuentos; en razón de los caracteres que presentan esos recuentos y los trabajos que los utilizan; en razón, sobre todo, de las relaciones y del intercambio que existen entre la elaboración estadística y la opinión.

a) *La estadística.* Para los estadistas de ese tiempo, no se trata solamente de realizar, publicar e interpretar recuentos. Se trata de llevar a la meta, con los medios nuevos y más potentes que ofrecen los censos, la ambición de los grandes antepasados del siglo XVIII, de introducir la medida en la descripción y la previsión de los fenómenos humanos, físicos y morales; la de un Moheau, cuyas *Recherches et considérations sur la population de la France* presentan ya el programa, recomenzado sin cesar y no realizado todavía, de nuestra demografía cualitativa; la de un Buffon, al escribir su *Essai d'arithmétique morale;* la de un Condorcet, que afirma que "las verdades de las ciencias sociales y políticas son susceptibles de la misma certeza que las que forman el sistema de las ciencias físicas" y define un ambicioso programa que sería presuntuoso considerar como realizado en nuestros días, aunque sólo fuera parcialmente. Es el programa del cual los estadistas de la primera mitad del siglo XIX, ricos de una documentación numérica nueva, quieren intentar la realización. Programa del siglo XVIII, adoptado por hombres que se consideran como los sucesores de la gente del siglo XVIII, como los herederos de viejas y excesivas ambiciones y que lo son verdaderamente, en sus técnicas y en sus preocupaciones.

De allí esa intransigencia y curiosidad multiplicada en la incursión estadística, esa voluntad de expresar todo en cifras, de medirlo todo, de saberlo todo, pero a través de los números; ese apetito enciclopédico que caracteriza a los creadores del *Bureau de Statistique Genérale* y que marca las primeras tentativas de recuento. Por cierto, a partir de la Restauración, ese esfuerzo se calmará y plegará a las consignas, más razonables, de recuentos regulares y prudentemente elaborados. Pero ese torrente estadístico, aun cuando esté calmado y se haya avenido a correr entre márgenes bien trazadas, arrastrará todavía muchos restos de las antiguas ambiciones. Nos convenceremos fácilmente de ello leyendo los diversos rubros de los primeros grandes censos. Nos convenceremos, sobre todo, releyendo los rubros de esas *Recherches statistiques sur la Ville de Paris* que comenzó a publicar, en 1921, el prefecto Chabrol y que fueron siempre modelos para las investigaciones estadísticas emprendidas en toda

Francia. Por el solo hecho de leer esos rubros, se concibe que esa documentación estadística nueva, cuya ausencia paralizaba las investigaciones antiguas, haya permitido reanudar el estudio estadístico de las relaciones entre los fenómenos demográficos y los fenómenos económicos y sociales que los grandes predecesores del siglo XVIII habían esbozado, pero que no habían podido llevar a término. Vocación nueva de la investigación estadística y tanto más irresistible, puesto que seguía la dirección de fenómenos de opinión que no han sido suficientemente descriptos.

b) *La estadística y la opinión.* Allí reside el hecho más importante: en esas relaciones entre la estadística y la opinión, las cuales, en el actual estado de cosas y la recíproca indiferencia que se ha establecido por ambas partes no permiten comprender que hayan podido producirse jamás. En París, la investigación estadística durante la primera mitad del siglo XIX, responde a una preocupación de la población y conoce, por otra parte, en el seno de esa población, una difusión sorprendente. La opinión manda. Si se observa el papel de los autores de los primeros trabajos estadísticos sobre París y de hombres como Parent-Duchâtelet o Villermé, para citar únicamente los más conocidos, se comprueba que su tarea no se podría asimilar a una simple elaboración de estadísticas. El estadístico se ve imponer, en la ciudad, y por designación de todos, una responsabilidad mayor que parece justificar un conocimiento más seguro. El estadístico, digamos el demógrafo, es promovido por la opinión pública a una especie de magistratura del bienestar general que explica en parte la súbita inquietud de la población ante las consecuencias, recientemente aparecidas, de su propia expansión. Pero la opinión actúa también de otra manera. Los recuentos y los trabajos que los utilizan tienen una resonancia inmensa, lo mismo que algunas investigaciones áridas que, en nuestros días, permanecerían totalmente inadvertidas. No hay más que releer los periódicos de esos años para observar el lugar que éstos acuerdan a los diferentes tomos de las *Recherches Statistiques sur la Ville de Paris* que publican sucesivamente los prefectos Chabrol, Rambuteau y Haussmann, así como a los estudios estadísticos que esos trabajos provocan. En el *Journal des Débats,* como en el *Globe,* las investigaciones sobre París son presentadas y saludadas como una verdadera revelación de esos fenómenos que se sospechaban pero que se conocían mal y a los cuales las cifras aportan, en cierto modo, una nueva forma de existencia y una gravedad suplementaria: el desarrollo de la población urbana, la desigualdad ante la muerte y los diversos aspectos patológicos de la existencia urbana. A través de la mortalidad general y la mortandad epidémica, a través de las estadísticas de fecundidad e ilegitimidad, y también de suicidio y locura, gracias a los comentarios cada vez más pesimistas que de ellos se hacen y que ensombrecen la misma crónica policial y a la interpretación que se da de los múltiples incidentes o de los pequeños dramas cotidianos de París, el problema de la expansión urbana está desde ahora planteado en sus términos más serios; adivinado hasta entonces, ahora conocido y expresado en cifras.

La literatura proporciona tal vez el ejemplo más significativo de esa influencia de la información estadística sobre la opinión. ¿Cómo no observar el carácter cuantitativo de la mayor parte de las descripciones de París hechas en esos años y que pueden ser consideradas como expresiones de la opinión de las gentes de la época sobre su ciudad y sobre ellas mismas? La estadística llena esa literatura que continúa, en numerosos cuadros costumbristas, la tradición inaugurada por Mercier, pero que saca ahora, de la certeza de las cifras, la mayoría de sus efectos y lo esencial de sus afirmaciones. Hasta el mismo *Diable à Paris* contiene un importante capítulo de estadística, debido a Legoyt. Pero, evidentemente, es en los principales documentos literarios de ese tiempo donde la preocupación por la precisión estadística y esa cualidad de la descripción cuantitativa son más aparentes. Balzac multiplica las evaluaciones. Víctor Hugo no deja nunca de citar sus pruebas cuantitativas. Las estadísticas criminales, judiciales y también demográficas ocupan, en los relatos de Sué, un lugar privilegiado. En unos y otros, aun cuando las cifras no aparezcan, la descripción, en sus afirmaciones y en la ubicación de los hechos, se hace conforme a los valores más seguros; se detiene en los fenómenos sociales más incontestables o más frecuentemente medidos; reproduce, con exactitud aproximada, la evolución que las investigaciones estadísticas ulteriores deberían permitir reconocer y medir, pero de la cual, gracias a esa información estadística, los contemporáneos poseían un conocimiento preciso. Desde este punto de vista y por esta razón, las grandes novelas de ese tiempo pueden ser consideradas como importantes documentos de historia social por los rastros que presentan de una información que no pertenece más a sus autores que a la mayoría de sus contemporáneos y que confiere a los fenómenos sociales, aun despojados de su apoyo estadístico, una apariencia que ninguna creación literaria puede permitirse deformar. Es, asimismo, desde ese punto de vista y por esa razón que estas observaciones de orden literario hallan un lugar aquí; ellas nos permiten resumir, en su forma extrema, esas relaciones entre las estadísticas antiguas y la opinión que merecerían análisis más prolongados.

La estadística urbana y la descripción social, de la segunda mitad del siglo XIX hasta nuestros días. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, y a pesar de los trabajos de Bertillon, las estadísticas urbanas no se renuevan más en forma pareja; perseveran en sus formas antiguas sin tener la misma resonancia en la opinión y sin presentar vínculos tan estrechos con la investigación. El estudio de las razones de esta evolución sobrepasaría los límites de esta exposición. No es por casualidad que la publicación de *Recherches statistiques sur Paris et le département de la Seine* se interrumpe en el tomo VI, publicado por el prefecto Haussmann. Problemas urbanos menos urgentes no requieren ya una medición de los hechos sociales tan precisa como en la época anterior. La cirugía de Haussmann ha metamorfoseado la ciudad, en su cuadro urbano, en la distribución geográfica de la población, arruinando al mismo tiempo el documento antiguo adaptado a la ciudad vieja y, como ella, atormentado por los viejos tiempos y la Edad Media, pero que no conviene más al París moderno que comienza, más rico, más limpio, más civilizado y menos infeliz; agreguemos a esto que si la ciudad ha cambiado, el régimen ha hecho lo mismo. ¿Cómo no pensar, finalmente, que el entusiasmo estadístico de la primera mitad del siglo XIX se haya calmado, no por debilitamiento, sino a causa de una menor gravedad de los problemas, de una menor necesidad?

Debido a ello, se asiste a un envejecimiento de las estadísticas urbanas. Ellas no sólo permanecen fieles a un programa concebido a la medida de otra época, sino que sufren —como las investigaciones demográficas en Francia hasta una época reciente— por esa ruptura entre estadísticos y especialistas de otras disciplinas, económicas, biológicas y sociales, que nos contentaremos con evocar aquí. Las elaboraron hombres, enciclopedistas de alma, que no distinguían lo cuantitativo de lo cualitativo y se movían en una cultura indistintamente demográfica, económica y sociológica; conservan todavía, en numerosos detalles, los rastros de esas riquezas confundidas. Sin embargo, la desaparición de los creadores las ha dejado libradas a sí mismas, como una morada vacía; abandonadas por la gente de la calidad que, en toda la acepción de la palabra, pierden el sentido de la mesura; abandonadas también por la gente de la cantidad cuyo interés está dirigido ahora hacia una matemática superior, como lo demuestra la evolución de los trabajos de la *Société de Statistique* de París, desde sus comienzos hasta nuestros días; reducidas, en suma, a la más elemental de las encuestas estadísticas en los diferentes servicios de la ciudad.

Envejecidas, esas estadísticas son, por consiguiente, menos útiles. Primeramente, a la administración que, sin embargo, las perpetúa y las paga, pero no encuentra en ellas ese balance contemporáneo del cual tiene necesidad. A las investigaciones humanas, sobre todo, que pierden el hábito de recurrir a documentos cada vez menos actuales. Este último hecho es tanto más lamentable porque ese envejecimiento se produce en el momento en que la investigación sociológica toma impulso; obligada por muchas circunstancias, y en particular por esa ausencia de una medida de los hechos sociales, a volverse hacia otra forma de descripción y explicación. Tal es, en efecto, una de las principales razones de las diferencias que se observan entre la sociología urbana en Francia y en un país como los Estados Unidos. Tal como lo expondremos, hasta una época reciente, en Francia sólo hay sociología urbana accidentalmente y de acuerdo con una investigación que se ubica en otro plano, el de los conceptos y no el de los hechos; el de las ideas y no el de la experiencia; debido a una herencia cultural que no nos toca examinar aquí, pero también porque dado el estado de la documentación, no había ningún otro camino y ningún esfuerzo era concebible salvo el de una inmediata conceptualización. La interpretación y la explicación de los hechos sociales observados en sí mismos son, en efecto, imposibles sin una primera elaboración y sin todo un material estadístico cuya creación y cuya interpretación dependen de una técnica cuantitativa ajena a la sociología y generalmente impermeable a ella. Ese material estadístico existe para la primera mitad del siglo XIX, a tal punto completo y utilizable que la medida social que nos propone interesa a la mayoría de los hechos que la sociología ambicionará describir ulteriormente; ¡cuánto hay extraído de los trabajos de esa época lejana, de su documentación y hasta de sus conclusiones, en los análisis de los primeros maestros de la escuela sociológica francesa, concernientes a la existencia urbana! Para una época ulterior, ese material estadístico no existe o, si existe es en estado bruto y de una elaboración tan compleja que la sociología contemporánea renuncia generalmente a utilizarlo. De allí, el contraste entre el impulso —que no nos toca describir aquí—, de una sociología cuyos análisis importan a la misma sociología urbana y, por otra parte, el fracaso de esa sociología urbana al delimitar y explorar su propio campo: sea que se propusiera aplicar en el análisis de las ciudades los conceptos generales de la sociología y no haya podido hacerlo por falta de documentación cuantitativa; o bien que hubiera intentado crear una descripción y una explicación específica y no lo haya logrado tampoco por la misma razón. Sólo existen análisis y explicación sociológicos partiendo de una descripción. De esta descripción, los fundadores de la escuela sociológica francesa encontraron los elementos en las investigaciones estadísticas anteriores. Distinto es el caso de sus sucesores. Éstos logran, en rigor, crear esa documentación cuando se trata de ciudades de importancia pequeña o mediana y elaboran entonces buenas monografías sociales[12] pero fracasan cuando se trata de la aglomeración parisiense; obligados en este caso a crear una nueva documentación por medio de un laborioso "puerta por puerta" cuyos resultados son generalmente decepcionantes, ya terminen en monografías de barrios o de grupos imposibles de reducir a un estudio general del medio urbano o de comparar a otras monografías establecidas según criterios idénticos o según las mismas recetas, o bien den lugar a descripciones de fenómenos normales o patológicos, a las que despoja de todo significado la ignorancia de los caracteres demográficos, económicos y sociales de la población. Tales son las consecuencias del envejecimiento de las estadísticas urbanas sobre la sociología francesa de las grandes aglomeraciones.

La estadística urbana y la descripción social en la época contemporánea. Sin embargo, se tiene derecho a pensar que los recientes trabajos de renovación de las estadísticas urbanas tendrán, en el futuro, consecuencias sobre las investigaciones sociales, al aportar a la sociología de las ciudades la documentación cuantitativa que le falta.

En efecto, en nuestros días, numerosas circunstancias dan nuevo impulso a las estadísticas urbanas. En primer lugar, la evolución reciente de las investigaciones demográficas en Francia y la reconciliación de las diferentes disciplinas humanas en un mismo estudio de los problemas de población hacen aparecer más duramente aún, en el curso de estos últimos años, el hecho de que las estadísticas oficiales, suficientes en tiempos de Chabrol, Rambuteau y Haussmann, momentáneamente prolongadas por Bertillon, ya no corresponden al estado actual de los estudios demográficos, económicos y sociales;

---

[12] P. Clement y N. Xydias, *Vienne sur le Rhône, la ville et les habitants, situations et attitudes. Sociologie d'une cité française* (Cahiers de la Fondation nationale des Sciences politiques, París, 1955).

que se deben captar otros fenómenos y de otra manera, más directamente, más fácilmente, por un sistema en que el conocimiento esté próximo a la decisión; que las técnicas demográficas, económicas y sociológicas recientes hacen posible ese modo de encarar las cosas y proponen un nuevo instrumento a la administración urbana; finalmente, que dicho instrumento existe en otros países, para mayor beneficio de la investigación y también de la acción. En segundo lugar, el aumento de la población de la aglomeración parisiense desde la terminación del segundo conflicto mundial tiene, en efecto, las mismas consecuencias que en esos años de la primera mitad del siglo XIX en que la metamorfosis de la ciudad provocó la primera estadística que hemos descripto. Sin duda, este aumento no provoca fenómenos patológicos comparables. Plantea, sin embargo, problemas de ordenamiento tanto más difíciles de resolver porque las condiciones económicas y biológicas no son tan malas como entonces. Que se trate de la transformación de barrios o grupos de barrios, como Belleville o Les Halles, o que se trate de una mejor distribución de los hombres, los trabajos y las relaciones en el conjunto de la aglomeración, es tanto más necesario conocer mejor la distribución actual y sus aspectos, no sólo materiales, sino también morales, pues ya no es concebible una empresa drástica, a la manera de Haussmann. No puede haber ordenamiento urbano sin ese balance que no es solamente demográfico y económico, sino también social y que no concierne solamente a los hechos materiales, sino también a los hábitos, las costumbres y las creencias: lo que son los habitantes, lo que hacen, lo que piensan y lo que quieren.

De allí, una renovación de las estadísticas urbanas. No daremos como ejemplo más que la publicación, por manzanas, de los datos demográficos y socio-profesionales del censo de 1954, publicación que permite esperar una profundización de la investigación demográfica y sociológica [13]. La investigación demográfica se beneficiará al medir mejor, en el detalle de la ciudad, hechos que se contentaba con descubrir en la inmensidad del paisaje nacional: mortalidad y morbilidad por barrios y por profesiones, fecundidad y nivel intelectual de los niños, para sólo citar estos temas de encuestas recientes y ya célebres. La investigación sociológica se beneficiará mucho más aún. Paralizada, hasta el día de hoy, por el desconocimiento del material humano con que debía tratar, víctima de la competencia, hasta en sus trabajos más sociológicos, de una técnica demográfica mejor provista y —aun sociológicamente— más significativa, obligada por eso mismo a ejercicios superiores y, por así decirlo, condenada a acentuar sus conceptualizaciones, la investigación sociológica podrá, de ahora en adelante, aplicar su virtuosismo a demostraciones más seguras y más útiles cotidianamente, sin abandonar, no obstante sus tradiciones de lógica y sistematización, sin sacrificar la explicación a la descripción: escapando a la dominación de conceptos solamente, pero para volver a encontrarlos al final del camino o para descubrir otros que la meditación o la erudición no hubieran podido hallar por sí mismas.

---

[13] *Données statistiques sur la population et les logements de la ville de Paris. Répartition par îlots* (1957).

Los resultados. Es así como, con anterioridad a todo esfuerzo original e independiente de interpretación y explicación sociológicas, pero preparándolo y a veces hasta sustituyéndolo, se hacen en nuestros días, en todos los países, investigaciones estadísticas que presentan estos caracteres idénticos: son el resultado de una misma causa, el aumento general de la población de las grandes aglomeraciones; las efectúan organismos del mismo tipo y asociadas directa o indirectamente a las resposabilidades públicas; se apoyan en una misma documentación cuantitativa, ante todo en las estadísticas de población. Al describir el nacimiento y el desarrollo de esas investigaciones comunes y queriendo señalar los contrastes entre evoluciones diferentes, hemos tomado nuestros ejemplos; por una parte, sobre todo en Gran Bretaña y los Estados Unidos, donde dichas investigaciones aparecieron más temprano y donde han proseguido con más continuidad, y, por otra parte, en Francia. En realidad, en otros países también, esas investigaciones presentan, si no la misma evolución, al menos los mismos caracteres en la actualidad. No hay casi ninguna gran aglomeración urbana, aun en los países de Oriente, donde no exista la citada colaboración entre la administración y la investigación, para mayor beneficio de una y otra. Tal es el caso de Holanda, donde la Oficina de Estadística de la ciudad de Amsterdam, extendiendo el campo de la estadística urbana tradicional, aborda temas como la contabilidad económica, el cociente intelectual de los niños, la evolución de la mortalidad según los grupos sociales, etc.; fue en Amsterdam donde se puso por primera vez en evidencia, y con gran rigor estadístico, este hecho impresionante de la evolución urbana contemporánea: que la desigualdad ante la muerte no puede ponerse más en relación con la desigualdad económica de los grupos, sino con una desigualdad de cultura y civilización que no siempre coincide con ella. Tal es, asimismo, el caso de Alemania, donde, independientemente de algunas profundas diferencias que citaremos, las investigaciones urbanas sufren, desde fines del siglo XIX hasta nuestros días, una evolución bastante similar a la nuestra, debido a una misma atención a las estadísticas de población y a su significado [14].

Se concibe así que esas investigaciones comunes permitan, de ahora en adelante, si no intentar una descripción de las sociedades urbanas consideradas bajo todos sus aspectos, al menos indicar cómo los estudios cuantitativos que se efectúan en la mayoría de los países con idénticas estadísticas, con las mismas técnicas, con las mismas preocupaciones, presentan en sí mismos e inmediatamente un significado social, antes de preparar estudios sociológicos más profundos. En el centro de esas investigaciones, se halla la demografía que nosotros observaremos preferentemente, considerando que es un instrumento privilegiado de descripción social. Lo es en general y el capítulo precedente de este *Tratado* está consagrado a ese estudio. Lo es en lo concerniente a las ciudades, y a esta exposición nos limitaremos nosotros; señalaremos, no por medio de una descripción general, sino con algunos ejemplos, el significado de los diferentes rubros: estado de una población, su movimiento y su ritmo de crecimiento.

---

[14] Esta similitud es particularmente aparente en la obra de E. PFEIL, *Grossstadtforschung* (Bremen-Horn, 1950), que describe dicha evolución.

El estado de la población. Las estadísticas referentes al estado de las poblaciones urbanas, es decir, al número de los habitantes y a su densidad, a su distribución por sexos y edades y, finalmente, a la proporción de los inmigrantes con relación a los autóctonos, son un primer elemento de descripción social, por su propio significado y por los problemas que plantean a las ulteriores investigaciones sociológicas.

El número de habitantes y las densidades constituyen quizás los datos estadísticos más importantes. Es, ante todo, por ellos que las aglomeraciones urbanas difieren de las demás formas de agrupación humana y asimismo se parecen o difieren entre sí en todas las épocas. Evidentemente, la mayor parte de los problemas sociales y la mayor parte de los tipos de relaciones humanas que nacen actualmente del hacinamiento de los hombres en un espacio geográfico pequeño han debido existir y presentar caracteres idénticos en las grandes metrópolis de la historia: en la Roma imperial o en la enorme Constantinopla que, en el siglo XI, agrupaba cerca de un millón de habitantes, y de la cual Pirenne dice que "única en el mundo cristiano, esta ciudad ofrecía un espectáculo análogo al de las grandes urbes modernas, con todas sus complicaciones, todas sus taras, pero también con todos los refinamientos de una civilización esencialmente urbana". En cualquier época y sea cual fuere la civilización, las grandes metrópolis son, ante todo, lugares donde viven juntas gran número de personas que no se conocen, o que se conocen de otra manera que en otro tipo de aglomeración. Dato sumamente claro y tan simple en la estadística como en la literatura de todos los tiempos, pero del cual derivan muchos problemas complicados: el comportamiento individual y colectivo, la salud física y moral, las relaciones de familia, amistad o negocios, las luchas sociales, el trabajo o el placer, la fatiga o el reposo, la dicha o la desdicha. Algunos aspectos patológicos de la existencia urbana se desarrollan sólo a partir de cierto número de habitantes.

Sobre el significado social de la distribución por edades, parece que Bertillon lo ha dicho todo por anticipado cuando, en 1880, escribe en un *Annuaire Statistique*, de París: "Está claro que, si la colectividad parisiense tiene una proporción mínima de niños y ancianos y se halla en cambio, bien provista de adolescentes y adultos, tendrá, por esto mismo, cualidades especiales: su nupcialidad, su natalidad y su fuerza de producción deberán ser mayores, mientras que, si no sufre influencias dañinas especiales, deberá, para el mismo número de habitantes, contar con menos enfermos y menos decesos. Y como, por otra parte, dicha población goza de las edades en que el vigor, la actividad física e intelectual, la fuerza de producción y, con ellos, todos los apetitos y las necesidades sensuales alcanzan su punto máximo, la producción y el consumo se verán singularmente aumentados. Si, del medio en que actúan, no resulta ninguna condición restrictiva de esas aptitudes, todos los movimientos sociales deberán ser tanto más exaltados cuanto más acusadas sean las diferencias de composición arriba mencionadas". Esto es resumir bien y en términos que siempre son válidos, las incidencias de la distribución por edades de la población urbana y, ante todo, la importancia de las necesidades sexuales que, por otra parte, ya se sabe, son más precoces en la ciudad. Las civilizaciones urbanas son eróticas; no sólo desarrollan las necesidades sexuales sino que reciben de la sexualidad un estímulo que se traduce en todos los campos: económicos, sociales y culturales.

Los efectos de la distribución por edades son tanto más intensos, cuanto más alejada esté la distribución por sexos de la distribución normal. Numerosos trabajos han señalado la superioridad numérica de las mujeres sobre los hombres en la mayor parte de las grandes aglomeraciones urbanas contemporáneas, con excepción de algunas grandes aglomeraciones puramente industriales. No ha sido siempre así y el cambio en la proporción de los sexos en París —de la primera mitad del siglo XIX en que la inmigración refuerza la población masculina, a la época contemporánea— es un elemento importante para una descripción de la evolución social de la capital. En cuanto a la proporción de los recién llegados con relación a los autóctonos, en su estudio interesa menos el estado de la población que el movimiento de la misma.

El movimiento de la población se impone del mismo modo a las investigaciones debido al significado social de la mortalidad, la nupcialidad, la fecundidad y las migraciones. Por mucho tiempo, la estadística más útil fue la de la mortalidad normal o excepcional, en total, por edades, por sexos y por grupos sociales. Es así como el informe oficial sobre el cólera de 1832 en París presenta, no sólo una distribución topográfica, profesional y social de la población, que no habría medio de obtener de otra manera, sino igualmente un estudio estadístico de los géneros de vida de los grupos y la intemperancia obrera en los domingos y los lunes, por ejemplo, calculada por el ingreso a los hospitales los martes y los miércoles. Si la evolución reciente de la mortalidad y la fecundidad despoja a las estadísticas correspondientes de una parte de su significado social anterior, no ocurre lo mismo con la nupcialidad cuyo estudio permite apreciar algunos caracteres originales de las sociedades urbanas. Los porcentajes más elevados de solteros registrados por categorías de edad, la elevación de la edad del matrimonio, la diferencia de edad en el matrimonio, la elección del compañero y la solidez del vínculo nupcial según los barrios y las clases sociales, constituyen indicaciones estadísticas poco dudosas que abren amplias perspectivas sociales sobre el comportamiento individual y colectivo de los habitantes de las ciudades, así como sobre su movilidad social. Señalemos, sobre todo, que el estudio estadístico revela hechos sociales que ningún otro procedimiento de investigación social lograría revelar y hasta contradice, a veces, las descripciones que se creían más inobjetables. Es así que, en París, los matrimonios entre consanguíneos presentan, con relación a la nupcialidad general, un porcentaje tan elevado como el de algunas regiones rurales particularmente cerradas, y este hecho tiene un significado social que interesa a muchos otros problemas fuera del de la nupcialidad [15]. ¿Quién hubiera podido pensarlo, sólo con ver y conociendo la constante transformación de la multitud parisiense, su rápida renovación y el continuo mezclarse de los hombres que la agita y la atormenta? Simple ejemplo, entre tantos otros, de los descubrimientos que un estudio numérico permite hacer, en contra de las ideas aceptadas como más verosímiles y que más satisfacen al espíritu y a la vista.

Sin embargo, el papel primordial de la inmigración en el crecimiento de las grandes aglomeraciones urbanas, lo mismo que en el de las ciudades de menor dimensión, explica el hecho de que, en todos los países y en todas las épocas, se hayan considerado las estadísticas a ella concernientes, como documentos más significativos aún. Ya se trate del porcentaje de los inmigrantes con relación a los autóctonos, ya de sus caracteres demográficos, físicos o étnicos, ya de los diferentes aspectos de su asimilación al medio urbano, de su éxito o su fracaso, la descripción cuantitativa de la inmigración es uno de los primeros pasos en una descripción de las sociedades urbanas. Pero ella presenta algunas diferencias según los países: mientras que la sociología alemana presta particular atención a los caracteres somatológicos de los inmigrantes [16], las investigaciones urbanas efectuadas en la mayoría de los otros países se interesan más por los caracteres psicológicos y morales.

Señalemos, finalmente, que el movimiento de la población no debe considerarse sólo en sus componentes, sino también en su ritmo. La asimilación de los inmigrantes al medio urbano, la movilidad social, la actitud y el comportamiento de las gentes, unos con respecto a otros, pero asimismo otros numerosos aspectos de la existencia individual y colectiva están en estrecha relación con el ritmo de crecimiento de la población.

2. *La sociología de las ciudades*

Las estadísticas demográficas elaboradas en numerosos países con las mismas técnicas, las mismas preocupaciones y una misma participación en las responsabilidades públicas, aportan una documentación precisa y uniforme concerniente a numerosos hechos de la existencia individual y colectiva en el medio urbano. Pero el estudio verdaderamente sociológico de las ciudades —por aplicación al medio urbano de las vistas generales de la sociología o por interpretación de los resultados obtenidos de acuerdo con la morfología social— presenta una gran diversidad según los países y una gran heterogeneidad en el interior de un mismo país. Ello es así a tal punto que la sociología de las ciudades, es decir, un estudio que permita encarar dentro de ese marco limitado, y para todos los países en conjunto, hechos urbanos como *fenómenos sociales totales*, es todavía cosa del futuro. Existen investigaciones sociológicas concernientes a las ciudades y que se benefician, en algunos países —especialmente en los Estados Unidos— con una documentación cuantitativa tal, que están muy próximas a alcanzar la homogeneidad y la dignidad sociológicas. No existe una sociología urbana generalmente admitida porque las investigaciones mencionadas, en los mismos resultados que proponen, por lo común no son comparables entre sí y porque, por otra parte, dejan en la sombra problemas importantes.

---

[15] Conclusión de las investigaciones efectuadas en el I.N.E.D. por el doctor Sutter.

[16] Desde los últimos años del siglo XIX, Hansen y Ammon han observado los rasgos selectivos de los individuos que abandonan el campo para instalarse en las ciudades y Ammon, estudiando los reclutas de Baden en 1886, observa un número más elevado de dolicocéfalos y de gente con una pigmentación más oscura entre los habitantes de la ciudad que entre los campesinos. En nuestros días, I. Schwidetzky efectúa investigaciones biológicas similares; citemos, en particular, sus estudios sobre los caracteres somatológicos de la población de treinta y siete distritos de Silesia.

Las investigaciones sociológicas urbanas. Existen investigaciones sociológicas concernientes a las ciudades. Pero dichas investigaciones son muy diversas según los países. Esa diversidad proviene, en primer lugar, de los mismos medios urbanos y de los diferentes problemas que plantean, y en segundo lugar, de las disciplinas y de las técnicas utilizadas.

Las investigaciones de sociología urbana reproducen *la diversidad de los medios urbanos.* Del hecho mismo nos ocuparemos poco, dada su gran evidencia. Pero de él se derivan consecuencias en general demasiado mal conocidas, para que las subrayemos aquí.

El hecho mismo salta a la vista. En el interior de un mismo país y entre varios de ellos, las ciudades difieren unas de otras y de muchas maneras. Por su extensión, primeramente, y por la fusión de sus barrios en un mismo medio urbano, en una misma ciudad, hay muy poca semejanza entre las aglomeraciones urbanas europeas que, a pesar de su extensión, constituyen verdaderas ciudades y las zonas urbanizadas de los Estados Unidos, entre los suburbios de unas y los de otras. Las ciudades difieren, por otra parte, por los caracteres demográficos y económicos, así como por las actitudes de sus habitantes. Difieren igualmente por los caracteres generales de los países en que se encuentran, así como por el papel económico, político y nacional que desempeñan en ellos; no hay estudio sociológico sobre París que no deba tener en cuenta el hecho de que dicha ciudad es una capital. Difieren, finalmente, por muchos otros caracteres que escapan al registro estadístico tradicional, o que los balances demográficos, económicos y profesionales más completos no pueden alcanzar, pero de los cuales, en todos los países, los documentos literarios o las imágenes de toda clase aportan testimonios irrefutables e inolvidables.

La consecuencia de esto es, sobre todo, que los problemas no son los mismos, que los estudios no son siempre comparables y que, en algunos casos, no hay ni siquiera interés en intentar comparaciones. Antes que tratar, por ejemplo, de aplicar a la ciudad de París la teoría del desarrollo urbano en zonas concéntricas, elaborada por Burgess en Chicago[17], sería más útil averiguar de qué manera ciertas circunstancias históricas como la instalación del mercado o el emplazamiento de la puerta más antigua del Louvre determinaron la expansión de la capital en un sentido y no en otro. Del mismo modo, es probable que un libro como el de Robert C. Angell sobre "la integración moral de las ciudades[18], perfectamente apropiado para las ciudades americanas, no sea ni siquiera concebible en el caso de las grandes aglomeraciones urbanas francesas: el tema mismo no es transportable, extraño como es a nuestras costumbres y a nuestras preocupaciones.

Debido a los contrastes que existen entre esos medios urbanos, *las investigaciones efectuadas en los diversos países* y las técnicas utilizadas presentan grandes diferencias. Contentémonos con resumir estas diferencias: entre las investigaciones sociológicas efectuadas en los diversos países, pero, sobre todo, entre esas investigaciones y las investigaciones norteamericanas que, debido a la importancia de las grandes aglomeraciones urbanas, a los problemas que e las plantean y a todas las circunstancias que hemos analizado precedentemente, son las más completas, las más diversas y las más precisas. Las sociologías urbanas de los demás países deben apreciarse en comparación con la sociología urbana norteamericana.

En efecto, en los Estados Unidos, el estudio de las sociedades urbanas pone en acción diversas disciplinas. En primer lugar, la *ecología social,* aplicando al campo de las investigaciones humanas las preocupaciones de esa ciencia biológica que es la ecología, estudia las relaciones que se establecen entre el hombre y su medio. Hay una ecología del hombre, como hay una ecología de las plantas y los animales. Es en Chicago donde más temprano se desarrollaron estas investigaciones, cuyos primeros resultados se hallan reunidos en la obra de Park, Burgess y McKenzie, *The City,* publicada en 1925, y que el mismo McKenzie define en estos términos: "La ecología social es el estudio de las relaciones temporales y espaciales de los seres humanos en la medida en que las afectan las fuerzas de selección, de distribución y de adaptación del medio físico". Es, por otra parte, para volver a la terminología norteamericana, la antropología cultural, cuyo objeto es el estudio de la "cultura", por la que se ha de entender lo que los sociólogos europeos llaman sociedad y civilización. Después de haber descripto principalmente las estructuras sociales de los pueblos llamados primitivos, la antropología cultural se puso a estudiar sociedades evolucionadas y los primeros estudios de esta índole fueron las monografías de los Lyndt sobre ciudades medianas norteamericanas: *Middletown* y *Middletown in transition* (1929 y 1937)[19], primer ejemplo de monografías de ese género, de las cuales la más notable fue la de *Yankee City*, preparada bajo la dirección de L. Warner[20]. Estas monografías se refieren a todos los aspectos de la vida social —y más particularmente a los usos y costumbres— aplicando a las sociedades evolucionadas los métodos adaptados al estudio de las sociedades arcaicas. Por eso mismo, utilizan mucho menos la documentación y las técnicas cuantitativas que los métodos de observación directa; en primer lugar, la entrevista. Con respecto a estas investigaciones norteamericanas, recordemos, sobre todo, que su antigüedad, diversidad y evolución, el uso que hacen de los documentos y las técnicas más variadas —independientemente de las investigaciones demográficas evocadas con anterioridad— son tales que la sociología, beneficiaria de esos trabajos acumulados, ha podido, en una fase reciente, tratar de hacer la síntesis de los mismos siguiendo un camino inverso al de las investigaciones sociológicas en otros países, y sobre todo en Francia, y haciendo su aparición en un momento en que la documentación cuantitativa hace posible su empresa[21].

---

[17] E. W. Burgess, *The Growth of the City* (Proceedings of the American Sociological Society, vol. XVIII, 1923).

[18] R. C. Angell, *The Moral Integration of American Cities* (1952).

Con respecto a los estudios de sociología urbana efectuados en Europa, observamos que, menos diversos y menos complejos que los de los Estados Unidos, presentan, por otra parte, según los países, características tan particulares que las comparaciones son imposibles y que, en el caso de algunos países, es difícil considerar que se pueda pasar del nivel de los estudios sociales referentes a las ciudades al de una sociología urbana. Esto no se refiere evidentemente a las investigaciones estadísticas y principalmente demográficas que hemos evocado anteriormente y que constituyen ya, en la mayoría de los países, una primera base común para investigaciones sociológicas ulteriores. Estas últimas ofrecen, sin duda, grandes diferencias: en relación con las investigaciones francesas —y sobre todo con las del Instituto de Estudios demográficos, interesadas por igual en los hechos biológicos, económicos y psicosociológicos— las investigaciones inglesas están más netamente orientadas hacia los hechos profesionales y económicos y más determinadas por preocupaciones inmediatas de reforma social, mientras que las investigaciones alemanas son más tradicionalmente dedicadas a la observación de los caracteres biológicos de la población. No es por ello menos cierto que unas y otras se asemejan por la elaboración de documentos idénticos, por una misma técnica, por un mismo lenguaje y por una misma descripción cuantitativa que ya hemos mencionado anteriormente.

---

[19] R. S. y H. M. Lyndt, *Middletown, A Study in American Culture* (Nueva York, 1924), y *Middletown in Transition. A Study in Cultural Conflicts*, (Nueva York, 1937).

[20] W. L. Warner y asociados, *Yankee City Series* (Yale Univ. Press, New Haven, 1942-1946).

[21] P. K. Hatt y A. J. Reiss, *Readers in Urban Sociology* (Glencoe, The Free Press, 1951) ; S. Riener, *The Modern City* (Nueva York, 1952) ; T. L. Smith, J. Lynn y C. A. McMaham, *The Sociology of Urban Life* (Nueva York, 1952).

No ocurre lo mismo con las investigaciones que en esos países se efectúan para extender la sociología al sector urbano o para incorporar el estudio de las ciudades a la morfología social. Ya se trate del análisis preciso de algunos hechos limitados y de la interpretación que de ellos se da, o —en ausencia de tales análisis— de juicios emitidos sobre hechos sociales insuficientemente estudiados, pero cuya ausencia comprometería la unidad de la descripción general, las exposiciones de sociología urbana expresan sobre todo las diferencias que existen entre las civilizaciones urbanas y, más aún, entre las opiniones más comúnmente admitidas respecto de esas civilizaciones, merecedoras de interés por este testimonio que aportan, pero inutilizables para estudios comparativos por ser extrañas unas a otras y encerradas en sí mismas, prisioneras de sus temas, sus preocupaciones, sus creencias y su pasado.

En lo que respecta a Francia, independientemente de las investigaciones estadísticas y más particularmente demográficas, el estudio de las sociedades urbanas presenta tal heterogeneidad que es difícil considerar que haya una sociología urbana francesa. Existe un estudio geográfico de las ciudades y existe un estudio sociológico de las mismas, pero ni uno ni otro bastan para constituir una sociología de las ciudades. Por una parte, el estudio geográfico de las ciudades ha reunido numerosos elementos indispensables para un estudio social de las ciudades —sobre todo el material necesario para la descripción del medio— pero sin elevarse nunca hasta ese análisis total de los grupos y sus miembros como componentes de un conjunto indivisible, análisis que pertenece a la sociología, o si se ha arriesgado a ello en época reciente, ha sido sin poseer los elementos estadísticos originales y auténticos que le permitan intentarlo útilmente y salir del campo de las exposiciones generales y de los manifiestos. En cuanto al estudio realmente sociológico de las ciudades, deriva de dos clases de investigaciones. O bien emprenden este estudio accidental y marginalmente los sociólogos que, continuando y enriqueciendo la tradición de Durkheim, se preocupan mucho menos por describir sociedades urbanas particulares que de buscar en ellas un campo de aplicación de la morfología social (menos intransigentes por esto mismo en la elección de sus documentos que en la conducción de sus ideas), o bien emprenden ese estudio fundamentalmente sociólogos que se preocupan por implantar en Francia investigaciones comparables a las norteamericanas, pero sin tener los medios materiales y, ante todo, estadísticos para hacerlo. Si los primeros trabajos sociológicos —admirablemente representados por la obra de Halbwachs— son, no obstante, de cierta importancia para los estudios sociales urbanos, no en razón de los documentos que aportan, de los cuales muchos son un poco subjetivos y actualmente ya caducos, sino debido a los conceptos que proponen, no ocurre la mismo con los trabajos posteriores, los cuales, no disponiendo, a pesar de las apariencias, de documentos más sólidos, no tienen siquiera la ventaja de proponer hipótesis útiles. Sin embargo, se han de exceptuar los estudios de psicología social en base a sondeos de opinión, los que, pudiendo crear de modo permanente una documentación cuantitativa adaptada a sus problemas y alcanzando así, no sólo la opinión sobre los hechos, sino los hechos mismos, son de todas las investigaciones sociológicas, las que tienen más probabilidad de elaborar la ya citada sociología urbana[22].

Conclusión. De la diversidad de estas investigaciones, no sólo de un país a otro, sino también en el interior de un mismo país, resulta que no se puede considerar que exista, dentro de la sociología, en particular de la morfología social o independientemente de ella, un estudio que merezca ser calificado de sociología urbana ya constituida. La necesidad de una sociología urbana llegada a una fase madura es destacada por los esfuerzos realizados, en el plano nacional o internacional, para confrontar las investigaciones emprendidas y tratar de sacar de las mismas una primera síntesis. Tal es, por ejemplo, en el plano internacional, la principal lección del Congreso organizado en Nueva York, en 1954, en ocasión del bicentenario de la Universidad de Columbia, y consagrado al estudio de las metrópolis en la vida moderna. Cada uno de los análisis hechos por los principales especialistas en investigaciones urbanas en los diferentes países muestra esas diferencias que nosotros hemos señalado con anterioridad y que conciernen mucho menos a las técnicas utilizadas que a los problemas mismos. Vayamos más lejos: el interés primordial de esos análisis reside mayormente en las diferencias que muestran que en los esfuerzos que se hicieron para subsanarlas y para tratar de percibir, a través de la diversidad de las metrópolis, los mismos problemas, que se plantearían en términos idénticos y se resolverían de la misma manera. Tal es, asimismo, en el plano internacional, la lección que podemos sacar de las comparaciones que se pueden hacer entre las principales exposiciones de sociología urbana. Ninguna exposición tiene otro interés que el balance que hace de las investigaciones emprendidas en un país, de acuerdo con preocupaciones y problemas del mismo. Éste será, con toda seguridad, el caso de la exposición que hacemos aquí.

Tal es, finalmente, en lo que respecta a Francia, la principal lección del coloquio organizado en 1951 por el Centro de Estudios Sociológicos y consagrado a estudiar la civilización urbana y la civilización rural en Francia. Uno tras otro, historiadores, geógrafos, economistas, demógrafos, etnólogos, médicos y especialistas en sociología general, religiosa e industrial y en psicología social hicieron el balance de los trabajos emprendidos en su propio campo y de las aplicaciones de su técnica al estudio de las ciudades, sin que se pudiera considerar que de ello resultase un conjunto coherente de sociología urbana. Esta deficiencia tiene dos razones: en primer lugar, la dificultad de adaptar las unas a las otras, para obtener un análisis de sociología urbana, investigaciones tan diversas como las disciplinas de las cuales dependen. Cada una de las exposiciones sólo ofrece interés y es de importancia con respecto a dichas disciplinas, a sus preocupaciones, a su evolución, a su programa, a su lenguaje y a los documentos de que disponen o que tienen por costumbre utilizar. Tal es el caso de las investigaciones emprendidas en el campo de esas disciplinas paralelas a la sociología que son la geografía y la historia. No hablemos de la geografía de las ciudades que es objeto de un estudio especial en este *Tratado*. En lo que respecta a la historia de las ciudades, la ausencia de documentos antiguos comparables a los que la descripción contemporánea utiliza o puede fácilmente crear, impide a esta disciplina describir numerosos hechos sin los cuales no se puede hablar de estudio social. Y éste es igualmente el caso de investigaciones que dependen de la sociología pero que, como ramas muy especiales de ésta, conservan su particularidad ya se trate, por ejemplo, de la sociología religiosa o de la sociología industrial. Consideremos más especialmente esta última cuya importancia en el estudio de las ciudades es tal que se le ha atribuido, en ese Congreso, la tarea de la síntesis. La sociología industrial señala, a justo título, las diferencias que existen entre un medio que fuera natural y un medio técnico, así como el papel de este último —técnicas de producción, transporte, administración y distribución, de consumo y descanso— en el género de vida de los habitantes de las ciudades en el trabajo y fuera del trabajo. Hipótesis tal vez fecunda pero que ilumina solamente algunos aspectos de la existencia urbana, ignora otros para los cuales hay que recurrir a otras hipótesis y presenta, sobre todo, con respecto a la sociología y, en particular, a la morfología social, puntos de vista bastante especiales. Nos encontramos, pues, en presencia de investigaciones que ofrecen interés únicamente con relación a la disciplina que las anima y al tema limitado que se proponen tratar y que no aportan más que una base insuficiente para una empresa que tendería a constituir en el seno de la sociología, de acuerdo con sus preocupaciones generales y para la totalidad de su programa, una verdadera sociología de las ciudades. Esta sociología no puede formarse únicamente de préstamos tomados a las diferentes ramas —sociológicas o no— a la geografía, para la descripción del cuadro exterior; a la demografía, para la descripción de la población; a la sociología industrial, para la descripción de las consecuencias de las condiciones de trabajo, y a la psicología social para los estudios de opinión. Pues esas investigaciones dependen de disciplinas constituidas para otros fines, no han llegado a un mismo grado de desarrollo ni son igualmente precisas y, suponiendo que pudieran ser fusionadas para atender a necesidades de la sociología urbana, dejarían sin solución algunos de los problemas más importantes de la sociología urbana.

---

[22] En lo que respecta a París, el mejor ejemplo nos es suministrado por la encuesta psicosocial del I.F.O.P., publicada en 1951 en la revista *Sondages*, sobre la opinión de los parisienses y de los franceses en lo referente a distintos aspectos de la civilización parisiense.

La sociología de las ciudades no se edificará partiendo de las ciencias sociales autónomas ni tampoco de otras ramas especializadas de la sociología, sino haciéndolo del conjunto de la sociología y de la morfología social en particular, en un esfuerzo para reconstituir, dentro del marco limitado de las ciudades, una descripción social total, pero sin referencia a un país particular. Ocurre solamente que, para tal empresa, se necesita una nueva documentación.

Pero esta documentación cuantitativa es precisamente aquella cuyo desarrollo en Francia y en numerosos países hemos descripto, en una primera parte: es decir, aquella que, no solamente presenta un significado social que hemos destacado y aporta a las exposiciones contemporáneas de sociología urbana sus fundamentos más seguros y sus conclusiones más comparables, sino que también permite entrever —por su enriquecimiento y por su extensión a temas nuevos— el momento en que la sociología sacará de ella, sin desvirtuarse, los medios para constituir definitivamente esa nueva rama: la sociología de las ciudades.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

1. EXPOSICIONES GENERALES DE INVESTIGACIONES INTERNACIONALES SOBRE SOCIOLOGÍA URBANA

Szabo (D.). *L'étude de la Société urbaine (Bulletin de l'Institut de recherches économiques et sociales de l'Université de Louvain,* 1953).
Pfeil (E.). *Soziologie der Grosstadt (Traité de Sociologie* de A. Gehlen y H. Schelsky, 1955).
The Metropolis in Modern Life, ed. por Robert Moore Fisher (Trabajos del bicentenario de la Universidad de Columbia, Nueva York, 1955).
Davis (K.). *The origin And Growth of Urbanization in the World (Am. J. of Sociology,* marzo 1955).

2. EXPOSICIONES GENERALES DE INVESTIGACIONES NACIONALES SOBRE SOCIOLOGÍA URBANA

Alemania

Weber (Ad.). *Die Grosstadt und ihre sozialen Probleme* (1918).
Leinert (M.). *Die Sozialgeschichte der Grosstadt* (1926).
Hellpach (W.). *Mensch und Volk der Grosstadt* (1952).
Rumpe (M.). *Die Grosstadt als Lebensform und ihrer sozialen Prägekraft (Kölner vierteljahresschrift für Soziologie,* 1931).
Pfeil (E.). *Grossstadtforschung* (1950).

Estados Unidos

Metropolitan communities (a Bibliography) (Chicago, 1956).
Park, Burgess, McKenzie. *The City* (1925).
Burgess (E.). *The urban Community* (Chicago, 1926).
Sorokin (P.) y Zimmerman. *Principles of Rural-Urban Sociology* (Nueva York, 1929).
Wirth (L.). Urban communities (Am. J. of. Sociology, mayo 1942).
— *Urbanism as a Way of Life* (Am. J. of. Sociology, julio 1938).
— *The Urban Society and Civilization* (Am. J. of Sociology, marzo 1940).
Burgess (E.). *The Ecology and social Psychology of the City (Needed urban metropolitan Research,* Donald J. Bogue ed., Oxford, Ohío, 1953).
Queen (S. A.) y Thomas (L. F.). *The City* (1939 y 1953).
Gist (N. P.) y Holbert (L. A.). *Urban Society* (1945).

Riemer (S.). *The Modern City* (1952).

Smith, T. Lynn, C. A. McMahan. *The Sociology of urban Life: a textbook with readings* (Nueva York, 1951).

Llewelyn (E.) y Hawthorn (A.). *L'écologie humaine* (cap. XVI de *La sociologie au XXᵉ siècle*, compilación publicada bajo la dirección de G. Gurvitch; París, 1947).

Francia

Villes et campagnes. Civilisation urbaine et civilisation rurale en France. (Segunda semana sociológica, organizada por el Centro de Estudios sociológicos; compilación publicada bajo la dirección de Friedmann, 1953).

3. MONOGRAFÍAS URBANAS O DE ALGUNOS ASPECTOS DE LA EXISTENCIA URBANA

Alemania

Gemeindestudien des Instituts für Sozialwissenschaftliche Forschung Darmstadt hrsgg von W. Adorno (1952).

Gemeinde und Zeche. Untersuchung an einer Zechenstadt des nördlichen Ruhrgebietes aus der Sozialforschungsstelle (Dortmund, 1955).

Brepohl (W.). *Der Aufbau des Ruhrvolkes im Zuge des Ost-Westwanderung* (Recklinghausen, 1948).

China

Pen-Wen-Sun. *La sociologie en Chine* (Cahiers int. de Sociologie, 1948).

Dinamarca

Svalastoga (K.). *Homicide and Social Contact in Denmark (The Am. J. of Sociology*, julio 1956).

Svalastoga (K.)., E. Hogh, M. Pedersen, E. Schild. *Differential Class Behavior in Denmark (Am. Sociological Review*, Agosto 1956).

Estados Unidos

Schmid (G. F.). *A Social Saga of Two Cities, an Ecological and Statistical Study of Social Trend in Minneapolis and Saint-Paul* (1937).

— *Social Trends in Seattle* (1944).

Hauser (P.) y Kittagawa (E.). *Local community Fact Book for Chicago* (1950).

Beal (O. F.). *Social characteristics of Salt Lake City* (Un. de Utah, 1943).

Carpenter (D.). *St. Louis: the Social Life of a modern Metropolis* (Saint-Louis, 1954).

Francia

Paris, Une enquête psycho-sociale de l'Institut français d'opinion publique (Sondages, 1951, nº 2).

Vieille (A.). *Relations parentales et relations de voisinage chez les ménages ouvriers de la Seine* (Cahiers internationaux de Sociologie, 1954).

George (P.) y diversos autores. *Études sur la banlieue de Paris,* (Cuadernos de la Fundación nacional de ciencias políticas, París, 1950).

Crozier (M.). *Petits fonctionnaires au travail* (París, 1955).
Quoist (M.). *L'homme et la ville* (París, 1952).

Marruecos

Montagne (R.) y varios autores. *Naissance du prolétariat marocain* (Cahiers de l'Afrique et de l'Asie, 1951).

Suecia

Boalt (G.). *Social Mobility in Stockholm* (Transactions of Second World Congress of Sociology, Londres, 1954).

Checoslovaquia

Blaher (A.). *Enquête de sociologie urbaine en Tchécoslovaquie: la ville de Brno (Cahiers int. de Sociologie*, 1951).

4. LA DEMOGRAFÍA Y LA DESCRIPCIÓN SOCIAL DE LAS CIUDADES

Alemania

Schwidetzky (I.). *Grundzüge der Völkerbiologie* (Stuttgart, 1950).
Thurnwald (H.). *Gegenwartsprobleme Berliner Familien. Eine soziologische Untersuchung an 498 Familien* (Berlín, 1948).
Schelsky (H.). *Wanderung der deutschen Familie* (Dortmund, 1953).

Bélgica

Mols (R.). *Introduction à la démographie historique des villes d'Europe du XIVe siècle au XVIIIe siècle* (Lovaina, 1954-56).
Verniers (L.). *Démographie et expansion territoriales de l'agglomération bruxelloise depuis le début du XIXe siècle* (Bull, de la société d'études géographiques, t. V, Bruselas, 1935).

Estados Unidos

Lorimer (F.) y Osborn (F.). *Dynamics of Population* (Nueva York, 1934)..
Social and Psychological Factors affecting Fertility (The milbank memorial Fund quarterly, 1946).

Francia

Chevalier (L.). *Les métropoles et l'évolution sociale des pays.* (Informe presentado en el Congreso del bicentenario de la Universidad de Columbia, publicado en *The Metropolis in modern Life*, Nueva York, 1955).
— *La formation de la population parisienne au XIXe siècle* (París, 1952).
— *La statistique et la description sociale de Paris* (Population, 1956).
— *Introduction au Document (Données statistiques sur la population et les logements de la ville de Paris*, París, 1957).
— *Classes laborieuses et classes dangereuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle.*

Stœtzel (J.). *Une étude du budget-temps de la femme dans les agglomérations urbaines (Population,* 1948).

Sutter (J.). *Résultats d'une enquête sur l'avortement dans la région parisienne* (Population, 1950).

Le niveau intellectuel des enfants d'âge scolaire (I.N.E.D.) Travaux et Documents, 1950).

Girard (A.). *Mobilité sociale et dimensions de la famille* (Population, 1951).

Daric (J.). *La répartition des sexes dans la région parisienne* (Population, 1952).

Gran Bretaña

Glass (R.). *Social Mobility in Britain* (Londres, 1954).

Países Bajos

Wolff (P. de) y Meerdink (J.). *La mortalité par quartiers á Amsterdam (Population,* 1952).

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Bergel (E. A.). *Urban Sociology* (1955).

Chabot (G.). *Les villes* (París, 1947).

Clement (P.). y Xydias (N.). *Vienne-sur-Rhône; sociologie d'une ville française* (París, 1955; cuadernos de la Fundación Nacional de Ciencias Políticas).

Pierre George. *La ville; le fait urbain à travers le monde* (París, 1952).

— y varios autores. *Etudes sur la banlieue de Paris* (París, 1950; cuadernos de la Fundación Nacional de Ciencias políticas).

Glass (D.V.). *The Social Background of a Plan. A study of Middlesbrough* (Londres, 1948).

Halbwachs (M.). *Morphologie sociale* (París, 1938).

Llewelyn (E.) y Hawthorn (A.). *L'écologie humaine dans Sociologie au XXe siècle* (vol. I, 1947; publicado bajo la dirección de Georges Gurvitch).

Lyndt (R.S.) y H. M. *Middletown in Transition* (Nueva York, 1937).

Smith (T.), Lynn (T.) y Mac Mahan (C.). *The Sociology of Urban Life. A Textbook with readings* (Nueva York, 1951).

Pfeil (E.). *Grossstadtforschung* (1950).

Villes et campagnes. (Memoria de la Segunda semana sociológica; publicada bajo la dirección de G. Friedmann) (París, 1953).

4

SOCIOLOGÍA DEL MEDIO RURAL

HENRI MENDRAS, ENCARGADO DE INVESTIGACIONES
DEL C. N. R. S.

El estudio de las sociedades rurales, o sociología rural, padece de una ambigüedad fundamental que, desde el comienzo, es menester sacar a plena luz si se quiere comprender su objeto, su desarrollo y sus límites.

El *medio rural* es campo de investigación para todas las ciencias sociales y su estudio no podría constituir una disciplina autónoma. Los geógrafos que analizan las relaciones entre el hombre y el medio natural y la distribución espacial de los fenómenos humanos han comenzado naturalmente por observar la campaña. La economía rural es una rama (una de las más antiguas) de la economía política [1]. La historia social, al estudiar un pasado en que la agricultura era la actividad de la mayor parte de los hombres, reserva un amplio espacio a la descripción de la vida campesina. Los etnólogos estudian estructuras llamadas *arcaicas* en las cuales la búsqueda o la producción del alimento ocupan a todos los hombres. Finalmente, habitantes de la ciudad y del campo interesan por igual al psicólogo, al demógrafo, etc. Siendo hombres como los demás, los habitantes del campo dependen de toda ciencia social. Sin embargo, viven en un medio particular que requiere cierta especialización de parte del investigador y, a veces, una problemática diferente.

El sociólogo rural, como el etnógrafo, debe, pues, conocer los métodos y las técnicas de todas las demás ciencias sociales, a menos que se asegure el concurso de un equipo de diversos especialistas. En Rumania, Gusti había comprendido perfectamente esta exigencia; se había rodeado de un equipo variado (jurista, agrónomo, etc.) y sólo el concurso de competencias diversas le permitió realizar un estudio sistemático de los pueblos y aldeas de Nerej [2]. Por el contrario, los sociólogos rurales norteamericanos han tenido tendencia a limitarse a una sola disciplina. Su numerosa compañía comprende especialistas de cada problema: el cambio técnico, los valores, los grupos vecinales, etc. Esta actitud se explica fácilmente. La sociología rural se desarrolló primeramente en los Colegios de Agricultura, gracias al apoyo del Ministerio Federal de Agricultura, el cual trataba de utilizar las técnicas sociológicas para mejorar la eficacia de los métodos de vulgarización. Así, la sociología rural norteamericana puede compararse, bajo este aspecto, con la sociología industrial: se incorpora a un tipo de estructura social que se propone mejorar y rara vez se preocupa por estudiar esa estructura misma en su totalidad. Solamente algunos etnólogos han observado un condado agrícola desde el punto de vista "total" que es el suyo.

---

[1] No existe un manual francés de economía rural completo. Véase Jules Milhau, *Traité d'économie rurale* (2 tomos, París, P.U.F., 1954, 264 y 178 págs.) y J. Klatzmann, *La localisation des cultures et des productions animales en France* (I.N.S.E.E., Imprimerie Nationale, 155, 477 págs.). Los grandes clásicos del siglo XIX son siempre ricos en enseñanzas. Véase Comte de Gasparin, *Cours d'agriculture* (París, Librairie agricole de la Maison rustique, 6 vol. in-8º, 2a. ed., 1846-1860).

[2] Gusti y otros, *Les villages de Nerej* (Bucarest, 1940).

Si no se la limita a una sociología agrícola especializada, la sociología rural se define, entonces, por su campo de estudio, las sociedades rurales, y exige el concurso de todas las ciencias sociales para llegar a una integración de los diversos aspectos de la vida rural. En esta perspectiva, el sociólogo rural se asigna una doble tarea; por una parte, estudiar por sí mismo los aspectos de la sociedad que dependen de su o sus especialidades, y, por otra, reinterpretar e integrar desde su punto de vista los materiales que le suministran los investigadores de las otras disciplinas. Nos parece que esta definición tan amplia se impone en los países de tradición campesina, sobre todo en Francia. La sociedad rural conserva allí cierta autonomía con relación a la sociedad global y es imposible reducirla a un grupo profesional, a un sector económico o a una clase social, entre otras.

Por otra parte, el sociólogo debe adaptar sus métodos de investigación a la estructura de la sociedad que estudia. Ahora bien, la aldea o la pequeña región (*pays*) son todavía, como lo veremos, universos relativamente autónomos en cuyo interior hay que colocarse necesariamente para comprender su coherencia interna. Los estudios extensivos que versan sobre un problema determinado en conjuntos regionales más vastos, por útiles que sean, no se conciben sin monografías locales que permitan ubicar el problema estudiado en la totalidad de una sociedad particular. Por ejemplo, la visión del mundo de un campesino está evidentemente condicionada por los caracteres particulares de su aldea, y hay que analizar éstos para comprender aquélla. Se explica así que la monografía de aldea o de *pays* sea uno de los métodos más provechosos para el sociólogo rural.

Finalmente, siempre es necesario recurrir a la historia para el estudio de sociedades campesinas tradicionales, aun cuando éstas se transformen rápidamente. Todo el campo de la sociología histórica de la campaña francesa, explorado en parte por los historiadores, comienza solamente a retener la atención de los sociólogos[3]. Los límites demasiado restringidos de este capítulo no nos permitirán abordarla; bástenos señalar su importancia, en particular para el estudio de los problemas sociogenéticos, por una parte y, por otra, para toda tentativa de explicación del presente.

---

[3] La tesis de HENRI LEFEBVRE, *Les communautés paysannes pyrénéennes* a publicarse).

Si el sociólogo rural se niega a fijar fronteras intelectuales a su actividad, debe, en cambio, trazar los límites de su campo de investigación. Pero esos límites mismos dependen de la investigación y no podrían ser determinados a priori; el pasaje del "medio" rural al medio urbano se efectúa insensiblemente en una zona marginal que se desplaza continuamente. Para cada región convendrá, entonces, estudiar *in situ* ese fenómeno y veremos que los criterios de análisis y los tipos intermedios no están todavía definidos de manera satisfactoria.

Queda sin embargo el hecho de que el medio rural se define por su relación con la ciudad. Mientras no hay ciudad, no hay sociedad rural propiamente dicha, sino una sociedad "salvaje" o "arcaica". Según el etnólogo norteamericano R. Redfield[4], los "salvajes" viven en "comunidades" locales reducidas que rara vez cuentan con más de un centenar de hogares, en las cuales todo el mundo participa en la adquisición de los alimentos, y cuya profunda cohesión supone un rechazo total del mundo exterior: los que no forman parte del grupo no son considerados como hombres propiamente dichos. Por el contrario, los habitantes rurales reconocen la existencia de una sociedad más vasta en la cual se sitúan. En la Edad Media, época en que la sociedad global era, en muchos aspectos, predominantemente rural, el castillo y el feudalismo eran una realidad social, diferente de ellos, que los campesinos reconocían como tal, aun cuando sólo se sometieran a ella con impaciencia. En una palabra, la sociedad rural es siempre un elemento en una sociedad más vasta y, en nuestras sociedades contemporáneas en que domina el elemento urbano, un elemento marginal y dominado.

Pero si bien se define necesariamente por su relación con la ciudad, el medio rural se caracteriza también por algunos rasgos dominantes que le dan su fisonomía específica y en torno a los cuales se sitúan los principales temas de investigación del sociólogo rural.

I. *La servidumbre de la extensión.* El medio natural se impone con fuerza al hombre que trabaja la tierra. Los geógrafos han analizado todas las relaciones que pueden existir entre el agricultor y el suelo, y Pierre George ha hecho recientemente la síntesis de sus estudios[5]. El sociólogo no se preocupa, pues, de hacer, bajo el rubro *ecología,* una nueva geografía humana. Para él, el problema central consistiría menos en saber cómo el hombre ha creado el *οιχουμενη* que en estudiar las consecuencias que resultan de la servidumbre de la extensión para las sociedades rurales.

---

[4] ROBERT REDFIELD, *Peasant Society and Culture, an anthropological Approach to Civilization* (Chicago, Univ. of Chicago Press, 1956, 163 págs.).

[5] PIERRE GEORGE, *La campagne* (París, P.U.F., 1956).

La ciudad y la industria se han liberado de esa servidumbre concentrando los hombres y las máquinas en un espacio reducido y, eventualmente, bajo un mismo techo. El agricultor, por el contrario, trabaja en la extensión, puesto que utiliza el suelo que es, a la vez, su material y su instrumento de producción. Que habite una ciudad agrícola del Sur de Italia o una granja aislada del boscaje bretón, la distancia es para él un elemento capital: puede reducir a su gusto la que lo separa de su campo, pero se aleja entonces de sus vecinos y, al estrechar sus vínculos con el suelo, distiende los que lo unen a los demás hombres.

La historia, en los países antiguos, ha dejado estructuras diferentes en cada región, pero que datan generalmente de una época de sobrepoblación y, por consiguiente, actualmente se encuentran vacías de su sustancia a causa del éxodo rural. En Francia, los estudios sobre la población *optimum* de las regiones rurales están en sus comienzos. A. Sauvy ha sentado las premisas teóricas de los mismos luego de algunos sondeos locales. Pero los aspectos demográfico y económico de ese problema no hacen sino revelar su importancia y su agudeza.

Una aldea o un grupo de aldeas constituían antiguamente una población suficientemente numerosa y diversa para bastarse a sí misma y vivir en relativa autarquía económica, demográfica, social y cultural [6]. Cada familia campesina producía un poco de todo y satisfacía sus principales necesidades; los artesanos suministraban los complementos cuya fabricación reclama cierta especialización. No se iba, normalmente, a buscar esposa fuera de la vecindad inmediata. En consecuencia, toda la vida social se hallaba confinada dentro del marco de la aldea o la región. Cada uno desarrollaba su propia civilización, ligeramente diferente de la de sus vecinos.

La condición de esa autarquía era, bajo la aparente uniformidad del género de vida, la diversidad de las situaciones económicas, familiares y personales: artesanos, labradores propietarios de uno o varios tiros de bestias y braceros que vivían del trabajo de sus brazos, aun poseyendo, a veces, una casa y una porción de tierra; y entre los labriegos, ¡qué diferencia entre aquel que disponía de un par de vacas y el amo de una propiedad con varias yuntas de bueyes o caballos, patriarca de una familia numerosa y "patrón" de una "clientela" de braceros amplia que venía a trabajar sus tierras, a pedir prestado un tiro de bestias o a canjear un servicio por otro! Los etnólogos [7] han descripto el papel y las funciones de las clases de edades que formaban verdaderos grupos en el seno de la sociedad aldeana, los jóvenes que animaban las fiestas, los adultos que aseguraban la buena marcha de la economía y los ancianos que conservaban la herencia cultural del conjunto. En el interior de esas clases, cada sexo llenaba las funciones particulares que le asignaba la tradición. Finalmente, en la estima colectiva de la aldea, las familias se dividían en "buenas" familias, "viejas" familias y las otras; y esta evaluación "moral", acompañada de una evaluación económica, decidía los matrimonios y las relaciones cotidianas. Así, una cantidad de coordenadas permitían situar a cada uno en su lugar sobre el tablero de ajedrez de la aldea y como nunca dos individuos poseían exactamente las mismas características, cada uno tenía un papel especial que desempeñar en la aparente homogeneidad del grupo.

---

[6] Los pocos rasgos que analizamos aquí constituyen un modelo muy sumario que debería ser ubicado en las perspectivas históricas de cada región y de cada sociedad. Las dimensiones de este capítulo no lo permiten.

[7] ANDRÉ VARAGNAC, *Civilisation traditionnelle et genres de vie* (París, Albin Michel, 1948, 400 págs.).

Al margen de esta sociedad campesina se situaban los "notables" (nobles o burgueses), propietarios que no explotaban ellos mismos sus tierras, médicos, notarios, agentes de negocios, fabricantes, etc., a los cuales hay que agregar los párrocos y, más recientemente, en una situación especial, los maestros. Puesto que vivían directa o indirectamente de la tierra, los notables pertenecían al pueblo o a la región cuya cultura compartían. Es verdad que no pocos intereses los oponían a los campesinos, pero, que los aceptaran o los rechazaran, estos últimos veían en ellos la realización de su ideal, su imagen-guía y sus mediadores ante la sociedad global cuyos arcanos ignoraban. Siendo los únicos que tomaban esposa fuera de la región y que se mantenían en contacto con el mundo exterior, los notables no estaban limitados, como los demás aldeanos, por el espacio cotidiano, y traspasaban así los límites del grupo de interconocimiento de que eran miembros.

Esta sociedad campesina tradicional conoció su apogeo demográfico durante el siglo XIX, más o menos temprano según las regiones. Luego, llegada al punto de ruptura del equilibrio, en que sus recursos no bastaban más a la población, debió abrirse al mundo exterior y romper su autarquía. Los jornaleros partieron primero a emplearse en la ciudad, en las fábricas nacientes. Pronto, un gran número de notables los siguieron y poblaron las reparticiones del Estado o invirtieron capitales en la industria. Ésta, al suministrar productos más baratos, hizo la competencia a los artesanos que, a su vez, dejaron la aldea. Por su parte, la ciudad pequeña vio detenerse sus fábricas y emigrar su burguesía. En la campaña quedaron los campesinos, cuyos hijos tomaron, a su vez, el camino de la ciudad. Reducida a la mitad, y a veces a una tercera parte, limitada a un grupo de trabajadores agrícolas, la sociedad rural perdió así el volumen y la diversidad, condiciones de su autonomía social y cultural. Durante un tiempo, algunas familias intentaron hacerla sobrevivir en aldeas despobladas. Pero fue en vano, y pronto el progreso de los transportes individuales (bicicletas, motocicletas, automóviles, etc.) permitió dar nuevas dimensiones a la extensión tradicional.

Por su parte, el comercio y las actividades "terciarias" adquieren nueva importancia en el medio agrícola y devuelven así la vida a los pueblos y a las ciudades pequeñas que, desde hacía medio siglo, veían desaparecer lentamente sus funciones de "capitales" regionales. Se trata, a veces, de un verdadero renacimiento del mismo pueblo y en ciertos casos de la creación de un centro nuevo que ocupa el lugar de una aglomeración moribunda. Así, el sociólogo ve nacer en el mapa una nueva estructura agraria, en una escala diferente de la antigua.

En otro tiempo, la comuna era la célula fundamental de la campaña francesa; sin duda, mañana lo será el cantón u otra unidad nueva. Poblada únicamente por agricultores, la aldea se reduce a un caserío incapaz de conservar la apariencia de una vida social, mientras que en la aldea-centro, el pueblo o la ciudad pequeña ven construirse silos cooperativos, hogares rurales, escuelas, etc. A menudo, la iglesia de la aldea está vacía y se habla cada vez más de cerrar la escuela y recoger los niños en ómnibus para reunirlos al grupo escolar de la cabeza de cantón. Si no hay iglesia, ni escuela, ¿podrá la alcaldía seguir siendo por mucho tiempo la única institución de la comuna? Toda una red de vínculos se crea ya entre las comunas y con las instituciones agrícolas (sindicatos, cooperativas, cajas de créditos, etc.), con los movimientos de juventud y los organismos diversos, y los bailes que atraen de muy lejos a la redonda una juventud motorizada, favorecen los matrimonios fuera de la zona de endogamia tradicional.

La extensión sigue imponiendo sus servidumbres a la sociedad rural, pero su escala se ha modificado por la disminución de la densidad humana y el desarrollo de los transportes. Para el habitante del campo tiene siempre importancia ser de determinado cantón y su universo social se mantiene limitado por fronteras geográficas más que sociales. Aquí es donde la investigación psicosociológica sobre la representación de las diversas extensiones aportaría, sin lugar a dudas, datos preciosos: ¿cómo se ha traducido la transformación de la ecología rural en la mentalidad de los habitantes del campo? Las imágenes de la extensión vivida, conocida y desconocida (o mal conocida) debieron modificarse considerablemente y un agricultor actual no ve más su cantón, y el resto del mundo, como los veía su abuelo.

La extensión es también una servidumbre fundamental del trabajo agrícola. Se dice frecuentemente, a modo de humorada, que la explotación agrícola es, ante todo, una empresa de transportes. En efecto, normalmente, en la industria, la máquina es fija y el material móvil; en la agricultura, por el contrario, la máquina es móvil con relación al suelo. Se explica así que la máquina de vapor haya tenido poco uso agrícola. Los tractores de vapor puestos en servicio a fines del siglo pasado en las grandes explotaciones del Middle West o de Pomerania tenían una utilidad apenas superior a la tracción animal. La máquina de vapor sólo ha servido, prácticamente, para accionar la trilladora y ésta ha tomado así el nombre de "máquina" en el lenguaje de los campesinos franceses para los cuales *machiner* (máquina) es sinónimo de *battre* (trillar).

El motor de explosión es el primero que ha introducido un cambio radical en el trabajo agrícola, comparable al que ha aportado a la vida de relación. El tractor da nuevas dimensiones a la extensión;

antiguamente, los campos se medían según la superficie trabajada por un hombre y su herramienta en el curso de una jornada (el *journal* de algunas regiones); en la actualidad se miden por hora de tractor o de cosechadora. El cultivador se desplaza más rápido en campos más grandes, pero su relación con el suelo como extensión se mantiene fundamentalmente la misma. Sólo la cosechadora-trilladora libera al hombre de la servidumbre de la extensión; al ejecutar a la vez las tareas del segador y del trillador, transporta en cierto modo la era sobre el campo y ahorra muchos acarreos y manutenciones; pero éste es un caso extremo.

La introducción de nuevas máquinas viene acompañada de intervenciones biológicas: la utilización de los abonos, el cultivo de los pastos y la selección del ganado y su alimentación racional permiten duplicar y a veces quintuplicar el rendimiento de las tierras y del ganado.

Si la primera revolución industrial no transformó casi el campo y si, en el siglo pasado, la agricultura podía parecer, por contraste con la industria, el refugio de la lentitud y de la inmutabilidad ("nada ha cambiado desde los tiempos de Hesíodo"), la segunda revolución técnica suscita, por el contrario, una verdadera *revolución agrícola* y el campo se moderniza más rápido que muchos sectores industriales: la existencia de tractores en Francia pasó, en 10 años, de 50.000 a 500.000.

La invasión de la técnica, por no decir de la ciencia, en el trabajo del cultivador conduce también a un cambio radical de sus actitudes frente a la naturaleza. El campesino tradicional utilizaba los mecanismos naturales pero no los dominaba, era su servidor. La tierra era para él una vieja compañera tiránica cuyos caprichos debía soportar. En cambio, el agricultor moderno domina la naturaleza, la somete a sus deseos y la maneja a voluntad. La tierra se convierte en un factor de producción entre otros, al cual no atribuye ya ningún valor místico. El agricultor moderno adquiere una mentalidad técnica.

Por otra parte, adquiere también, lentamente, una mentalidad económica. En el sistema económico moderno, la empresa agrícola no está ya orientada hacia la satisfacción de las necesidades de una familia, sino hacia la producción para el mercado. Algunos sacaban de ello la conclusión de que la agricultura iba a seguir el ejemplo de la industria y a concentrarse en grandes empresas capitalistas o colectivas. Pero la servidumbre de la extensión y el fracaso de la máquina de vapor aseguraron, por el contrario, el triunfo de la explotación familiar. La máquina más considerable, la cosechadora-trilladora, no exige más de tres hombres y la utilización simultánea de varias máquinas no eleva notablemente el rendimiento.

La técnica creciente de la agronomía, que exige una mayor especialización de los agricultores, se halla, pues, en conflicto con el mantenimiento de la estructura familiar de la empresa. El agricultor es no sólo jefe de empresa y director comercial, sino que debe también hacerse contador y experimentador, mecánico, cultivador y ganadero y, finalmente, la mayor parte de su tiempo, operario. Le es, pues, imposible mantenerse al corriente de todos los progresos de las diversas técnicas que utiliza y de las fluctuaciones del mercado. La monocultura es una respuesta parcial a esas exigencias contradictorias: el viñador o el invernador son especialistas que no conocen más que la vid o los bovinos; pero deben ser también comerciantes; en particular, el segundo especula con el precio del ganado flaco que compra según los precios de venta que espera obtener.

II. *La confusión de los papeles.* Esta confusión de papeles dentro de la empresa plantea graves problemas económicos y sociales. La creación de cooperativas de todas clases (compra, venta, crédito, estudios técnicos, utilización del material, etc.) permite al agricultor deshacerse de algunas de sus funciones y confiarlas a especialistas (directores comerciales, banqueros, agrónomos, etc.) pero no deja por ello de conservar el poder de decisión. En la empresa agrícola, el ingeniero es siempre un consejero, nunca un jefe como en la industria. Debe, pues, hacerse aceptar por el agricultor, si es enviado por la administración, o ponerse al servicio de un grupo de agricultores que lo remunera (Centro de Estudios técnicos agrícolas). En los dos casos, el diálogo exige, por parte del agricultor, un reconocimiento del valor de la ciencia poco habitual en el campesino cuyos conocimientos son todos empíricos y tradicionales. Lo mismo ocurre con el aspecto económico de la gestión: un director de cooperativa o un delegado de sindicato solamente puede sugerir el desarrollo de tal o cual producción. El mecanismo de las decisiones colectivas e individuales es, pues, un problema capital para la evolución de la agricultura *capitalista* y los ejemplos de cooperativas polifuncionales creadas en China y Yugoslavia demuestran que la ambigüedad de la especialización agrícola pesa también sobre los regímenes colectivistas.

La confusión de los papeles en la empresa va casi siempre acompañada de una coincidencia entre la familia y la empresa que lleva al agricultor a tomar sus decisiones de acuerdo con motivos de orden familiar tanto como económico. El padre, jefe de empresa, es también maestro de aprendizaje para sus hijos. La mayor parte del tiempo, la madre es la que lleva la contabilidad. En fin, no hay distinción posible entre el trabajo directamente productivo, los quehaceres domésticos, las tareas menudas de toda especie y los momentos libres. El obrero que, a la salida de la fábrica, cava su huerta o se ocupa de aeromodelismo se entrega al "ocio activo". No ocurre lo mismo con el agricultor que teje canastos o lee su diario sindical. ¿Cómo asombrarse, entonces, de que las empresas agrícolas sean administradas "por buenos padres de familia" y que sus jefes tengan una mentalidad de consumidores más bien que de empresarios? La compra de un tractor es una inversión para el explotador, pero también un medio de ahorrar la fatiga del trabajador, un instrumento de prestigio para la familia y, en último análisis, la concesión de un padre a su hijo para mantenerlo ligado a la tierra.

Dígase lo que se diga, el agricultor calcula, pero de una manera muy diferente de la del economista, y sus métodos de cálculo "económico" merecerían un análisis sistemático. De él saldría tal vez una concepción de la economía muy diferente de la de los economistas clásicos, pero igualmente útil y luminosa.

La sociedad aldeana misma se basa en esta confusión de los papeles puesto que es un grupo de interconocimiento en que cada uno tiene una percepción global, y no funcional, de la personalidad de los demás. El consejo municipal reúne, con pocas excepciones, las mismas personas que el consejo de administración del sindicato o de la cooperativa (a menos que sean de tendencias políticas diferentes) y cada consejero, cada administrador, conoce todos los papeles sociales y todos los aspectos de la personalidad de cada uno de sus colegas. Esto origina normalmente una encarnación de las funciones y de las instituciones en los hombres encargados de ellas: la alcaldía es el alcalde o el secretario; la iglesia es el párroco. La vida social se concibe, pues, como la interacción de individuos y todo acontecimiento es atribuido a la voluntad de un hombre; el juego de instituciones y de funciones abstractas, la "lógica de la situación", son realidades ausentes de la experiencia social de los campesinos, que, por consiguiente, tienen mucha dificultad para comprender el funcionamiento del sistema político y económico global. La imagen que los habitantes del campo se forman de la sociedad francesa y del gobierno, tal como se la puede percibir a través de las conversaciones y la literatura de las organizaciones agrícolas, confirma esta hipótesis.

Por otra parte, ese sistema de interconocimiento impide toda elección en las relaciones sociales. No hay amigos en el campo, sino solamente vecinos o parientes. Se vive en una intimidad colectiva demasiado grande con todo el mundo para que sea posible crear vínculos particulares que no estén basados en una proximidad geográfica o familiar, una afinidad de intereses económicos o de preocupaciones políticas o religiosas.

El buen funcionamiento de la sociedad rural exige igualmente que cada uno acepte, al menos en apariencia, el código de comportamiento y la escala de valores predominantes. Quienquiera que trate de singularizarse turba la buena marcha de la vida social. Se explica así que, en una reunión, nadie quiera opinar primero y que cada uno espere que se desprenda una opinión común para aliarse u oponerse a ella. Este mecanismo se ve, por otra parte, reforzado por el poco valor que el medio rural da a las opiniones y a su expresión verbal. Las actitudes profundas se manifiestan normalmente a través de los comportamientos, los cuales, siendo conocidos por todos, tienen un significado indubitable. El hablar no agrega nada y sirve más a menudo para disimular el verdadero sentido de un comportamiento que para expresar una actitud. En estas condiciones, el control social se ejerce también por medio de mecanismos muy diferentes de los mecanismos urbanos. Basta a un observador ver a Pedro o a Pablo en tal lugar y a tal hora, para reconstruir su empleo del tiempo. Si, por casualidad, esa presencia no es habitual, una rápida verificación con otros observadores permite explicarla.

Los individuos que se forman y evolucionan en semejante medio social poseen, evidentemente, rasgos de carácter distintivos. Desgraciadamente, carecemos casi por completo de estudios sobre la formación de la personalidad en el seno de la familia y de la sociedad rurales [8]. El niño del campo está profundamente integrado en su medio de vida y se identifica fácilmente con sus padres, cuyas responsabilidades comparte desde muy temprano. Parece, pues, que el medio rural favorezca una integración más precoz de la personalidad. En cambio, la imposibilidad en que se halla el joven campesino de alcanzar una completa autonomía mientras su padre sea jefe de la explotación y, por consiguiente, de la familia posterga para él, hasta una edad más tardía, el momento de completar su estatuto de adulto. Por otra parte, niños y adultos manifiestan un gran deseo de evasión y una profunda insatisfacción con respecto a su condición en la sociedad.

Estos pocos rasgos, rápidamente esbozados, muestran toda la originalidad de la sociedad rural tradicional con relación a la sociedad urbana. Ofrece aquélla, al sociólogo, un campo único por las limitadas dimensiones de sus grupos y por la originalidad de su estructura. Los estudios sobre todos esos problemas son, sin embargo, muy raros para que se pueda adelantar otra cosa que hipótesis generales que habría que someter a la prueba de la realidad. Los historiadores y los etnógrafos han descripto algunos casos en que una ritualización bastante avanzada de los mecanismos los hacía fácilmente observables, pero permanecen inexplorados su funcionamiento íntimo, sus variantes regionales y sus transformaciones actuales. Para tomar un ejemplo, el fenómeno de la polarización de la vida social de los pueblos y aldeas alrededor de cierto número de binomios (los ricos y los pobres, los hombres y las mujeres, los blancos y los azules, etc.), exigiría múltiples investigaciones que, sin duda, permitirían conocer mejor, entre otros problemas, el juego político, tanto en la escala local como en la nacional.

III. *Cambio y penetración por parte de la sociedad global.* Pero esta sociedad tradicional se abre cada vez más a la penetración de la civilización global y esta apertura suscita conflictos y tensiones. Mientras la mayoría de la población vivía de la agricultura y la clase dirigente tenía intereses agrícolas, había una cierta confusión entre sociedad rural y sociedad global. La urbanización y la industrialización han provocado, en cambio, una separación entre ellas; el campesino se siente en la actualidad al margen de la nación, de la cual tiene una imagen trunca. Por su parte, los habitantes de la ciudad mantienen relaciones cada vez menos frecuentes e íntimas con el campo y los medios de difusión en masa les proporcionan de él una imagen estereotipada y anacrónica. La distancia que se ha establecido hace, entonces, difícil una nueva toma de contacto. Sin embargo, los habitantes del campo han adquirido simultáneamente conciencia de su atraso técnico y cultural y se empeñan con igual efervescencia por eliminarlos.

---

[8] MAURETTE. GRATIOT-ALPHANDÉRY y asoc., *Loisirs et formation culturelle de l'enfant rural* (París, P.U.F., 1956, 345-XXIV págs.), y A. DUFFAURE y J. ROBERT, *Une méthode active d'apprentissage rural* (Les cahiers de l'exploitation familiale, París, E.A.M., 1955, 248 págs.).

Las sociedades rurales tradicionales estaban completamente dirigidas hacia la perpetuación de un equilibrio estructural que era el punto terminal de una larga evolución. La historia agraria muestra que, desde la antigüedad, las técnicas, los regímenes agrarios y las estructuras sociales han evolucionado mucho. La Edad Media misma fue una época de perfeccionamiento: la pechera de caballo, el centeno, la labranza en junio, etc. Y, a propósito de la historia agraria, desde el Renacimiento, historiadores y geógrafos discuten para saber si se trata de una "revolución lenta" o de una "rápida evolución". Hay, sin embargo, una diferencia fundamental entre esta evolución tradicional y el actual movimiento de modernización. Antiguamente, el cambio se hacía lentamente y una innovación debía esperar por lo menos una generación para ocupar su lugar en el sistema y ser aceptada por todos como un elemento de la tradición del grupo. Actualmente, por el contrario, el cambio rápido e incesante se convierte en un imperativo para el jefe de explotación agrícola. Y si los agricultores tratan ávidamente de modernizarse, lo hacen con la esperanza de llegar así a un nuevo equilibrio en la estabilidad. Son pocos los que han comprendido que deben instalarse en el cambio.

Hasta ahora no se ha planteado correctamente el problema de la llamada "rutina" campesina. Se ha visto en la inmovilidad de la agricultura la consecuencia de una lentitud característica del "alma campesina", mientras que se trataba esencialmente, como lo hemos dicho, de un fenómeno de origen técnico: el fracaso de la máquina de vapor en el campo. En la actualidad, disponiendo de técnicas adecuadas, los agricultores recurren a ellas, a menudo hasta desmesuradamente, a los ojos del economista que los juzga sobreequipados. Solamente continúan viviendo en estructuras agrarias, sociales y mentales anacrónicas que los frenan o los desvían en su esfuerzo. Un análisis sistemático de esos conflictos de estructura arrojaría una luz nueva sobre el conjunto de este problema. Baste evocar aquí la influencia de la estratificación y de la movilidad social.

En las regiones en que existía una verdadera estratificación social, desde el jornalero hasta el señor feudal, un sistema sumamente elaborado de movilidad permitía normalmente a una familia, en el curso de varias generaciones, elevarse de escalón en escalón: el jornalero se hacía arrendatario; luego, habiendo obtenido una aparcería, tomaba una granja y llegaba finalmente a constituir una explotación pequeña; su hijo o su nieto se hacía comerciante o aun burgués y, finalmente, habiendo adquirido un "dominio", podía pretender, bajo el Antiguo Régimen, un título de nobleza. En tal sistema social, la adquisición de prestigio, basado en la posesión de la tierra, era el móvil principal y el éxito económico sólo era un medio necesario, aunque no suficiente, para aumentar el prestigio.

El señor, siendo el único que disponía de los contactos necesarios con los medios científicos y de un margen económico que le permitía intentar experimentos, también era normalmente el único que podía introducir una innovación en el sistema de cultivo en vigor. Leía los diarios y los libros, pasaba el invierno en la ciudad y podía, luego, poner a prueba en un campo, el procedimiento o la herramienta nuevos. En caso de fracasar, la inversión hecha no lo arruinaba, y en caso de tener éxito, podía proseguir la experiencia hasta su completo perfeccionamiento. Bastaba entonces al campesino pedirle consejo o simplemente imitarlo para beneficiarse, sin riesgos, con el progreso. Este mecanismo de difusión se integraba, por otra parte, en el sistema total, puesto que el señor gozaba del mayor prestigio y servía de imagen-guía a toda la aldea. Siguiendo su ejemplo técnico, se lo imitaba y se compartía su prestigio. Movilidad social y progreso técnico se encontraban en un sistema que confería mayor importancia a la situación social que a la utilidad económica.

La sociedad rural que nosotros vemos constituirse no tendrá una estratificación particular, paralela a la de la sociedad global. En las regiones de policultura familiar, las tierras se concentran en explotaciones medianas debido a la desaparición de las pequeñas y, frecuentemente, a la división de los grandes dominios; en las regiones de "grandes cultivos", las explotaciones a la medida de la familia figuran al lado de grandes explotaciones que emplean una mano de obra asalariada bastante numerosa. En los dos casos, la desaparición de las situaciones intermedias entre el asalariado y el explotador (ya sea propietario de la tierra o simplemente del ganado y los implementos de labranza) hace casi imposible el paso de una situación a otra; la aparcería ha desaparecido, salvo en regiones muy limitadas, y la creciente importancia del capital de explotación no permite ya comenzar en escala pequeña.

En otros tiempos, en efecto, la tierra representaba la parte esencial del capital de una empresa agrícola mediana. El estudio del rendimiento de la propiedad era, pues, fundamental para comprender la estructura y la estratificación de una sociedad rural. Gran parte de la literatura sociológica de fines del siglo pasado está, con justo motivo, consagrada a ese estudio. Todavía hoy, en las regiones en que la sociedad tradicional se ha conservado mejor, la posesión de la tierra sigue siendo el origen y el signo del poderío de los grandes, así como el objeto de la codicia de los pequeños; y en torno a ella se organiza toda la vida social. Por el contrario, en una empresa agrícola moderna, el valor de la tesorería, del ganado y de los implementos es por lo menos igual al de la tierra y los edificios. El resultado de esto es que el arrendatario, poseedor del capital de explotación y jefe de empresa, se convierte en el personaje central de la sociedad rural y que el papel del proletario se esfuma. En Francia, la legislación reciente ha contribuido a hacer aún más firme la posición del arrendatario. La diversidad de las situaciones regionales merecería una investigación profunda que no debería dejar de lado las tierras colectivas. La región de la cuenca parisiense, donde algunos grandes arrendatarios alquilan centenares de hectáreas a un gran número de pequeños propietarios; la aldea bretona, dominada por un señor poseedor de varias granjas medianas, y la aldea de los Pirineos, donde gran parte de las tierras pertenece a la comunidad de los "vecinos", representan tres tipos extremos entre los cuales figura una profusión de tipos intermedios poblados por propietarios que explotan ellos mismos sus propiedades.

En una sociedad compuesta únicamente por agricultores con sus propias explotaciones, el prestigio social tiene, evidentemente, muy poco significado, siendo las cualidades técnicas o el éxito económico lo que permite a un agricultor distinguirse de la masa o forzar la estima o la envidia de sus vecinos. La acumulación de capital no se considera más por ella misma, sino sólo como medio de producción y la renta se convierte en el principal criterio de diferenciación social, sobre todo porque permite salir de la aldea para ir a la ciudad y copiar el modo de vivir de sus habitantes. La medida en que se instaure este nuevo sistema social hará que el problema del cambio y del progreso técnico se planteen de una manera nueva, puesto que entrará en juego el mecanismo de los motivos económicos.

La desaparición de la estratificación tradicional tiende a transformar el medio rural en varias clases sociales que se ubican en la estratificación de la sociedad global. En otro tiempo, el paso entre las dos escalas paralelas se efectuaba a la misma altura: el jornalero se hacía obrero de fábrica; el pequeño agricultor, el comerciante o el funcionario modesto y el rico campesino podían dar educación a sus hijos y hacerlos médicos, abogados o altos funcionarios. Actualmente, en las regiones más evolucionadas, los hijos de agricultores que quieren dejar el terruño estudian y pasan, en gran mayoría, a la clase media, haciéndose jefes o comerciantes. Mientras que el éxodo rural se podía analizar como el paso de una sociedad, o de un "medio" a otro, no hay ahora más que una forma de movilidad social. Claro está que, en Francia, este caso sólo se produce en las regiones más "urbanizadas", en las que los agricultores están en relaciones estrechas y permanentes con una ciudad donde venden sus productos y donde encuentran los servicios de las administraciones agrícolas y de las asociaciones profesionales.

Así, después de haber señalado los rasgos principales que distinguen el medio rural del medio urbano, es menester colocarse en la perspectiva opuesta. Y con ello no haremos sino seguir la transformación que se está operando en la sociedad francesa. Los agricultores adquieren, poco a poco, conciencia de su nueva condición y se dan cuenta de que ya no son "la base de la pirámide nacional", ni la mayoría del "pueblo de Francia", sino que tienden a convertirse en un sector social y económico entre otros. Se vuelven entonces hacia los otros grupos y hacia los otros sectores y, a imitación de los mismos, crean sindicatos y "grupos de presión" y recurren a manifestaciones en masa, huelgas y obstrucción de caminos.

Sin embargo, el hecho de que puedan recurrir, al mismo tiempo, a los métodos empleados por los grupos de intereses económicos y a los métodos reivindicatorios de las masas, prueba que conservan una situación original. No son ni patronos, ni obreros; son, a la vez, patronos y obreros, que, defendiendo sus márgenes de beneficio, defienden su salario de trabajadores y que, para obtener el mantenimiento de los precios, copian el vocabulario y la fraseología de la clase obrera. Esta situación ambivalente les da también una representación política bastante característica, pues casi todos los diputados tienen electores agricultores. Tienen, por consiguiente, una influencia considerable en el Parlamento sin que exista un partido agrario comparable a los partidos obreros. La representación política y profesional de la agricultura está así condicionada por la distribución espacial de los agricultores y por la multiplicidad de los papeles que desempeñan.

Pareciera que la disminución del número de agricultores debiera conducir a una disminución de la influencia del sector agrícola en los consejos superiores de la nación; ahora bien, paradójicamente, esa influencia parece aumentar, en parte porque los agricultores adquieren conciencia de sus medios de acción, pero, sobre todo, porque al romper su autarquía económica tradicional, los agricultores penetran en el mercado y se convierten, así, en una fuerza económica. El autoconsumo sigue siendo muy importante en algunas regiones y se encuentran todavía explotaciones familiares que producen casi todo lo necesario para el consumo de la familia y sólo comercializan el excedente de esos productos alimenticios (algunas bolsas de trigo, leche, cerdos, aves, etc.). Pero, en zonas cada vez más vastas, la especialización y la mecanización transforman al agricultor en comprador y en vendedor: necesita máquinas, combustibles, abonos, semillas y animales seleccionados, y trae a la cooperativa o al comerciante dos o tres productos, rara vez más, pero en grandes cantidades. La esposa, por su parte, debe ir al mercado como las mujeres de la ciudad, a comprar lo que la explotación ya no produce o lo que los agricultores han adquirido recientemente el hábito de consumir en cantidad (carne, fruta y legumbres fuera de estación) a imitación de la gente de la ciudad. Y la evolución de los hábitos alimenticios no es más que una parte de la evolución global del modo de vivir.

Se podría emprender un gran estudio sobre la difusión de los rasgos de cultura urbanos en la campaña. Es cierto que en este movimiento de "aculturación", algunos campesinos conservan ciertas tradiciones particulares y rechazan algunos rasgos o comportamientos urbanos. Se asiste, sin embargo, en el conjunto de Francia, a una uniformización de las características regionales y a una "urbanización" del modo de vida rural. El papel de los medios de difusión para las masas merecería una atención particular. Desdichadamente, no disponemos más que de observaciones fragmentarias sobre ese tema [9].

---

[9] JOFFRE DUMAZEDIER, *Télévision et éducation populaire* (París, U.N.E.S.C.O., Bourrelier, 1955, 284 págs.).

Conviene observar que, paralelamente a esta "urbanización" de la campaña, se asiste a una "ruralización" de la ciudad. Hasta una época muy reciente, las ciudades, rodeadas de muros o prolongadas por tentáculos industriales, se distinguían al primer golpe de vista del resto del país. Es verdad que, entre la ciudad y la aldea, existían toda clase de situaciones intermedias y muchas ciudades pequeñas podían ser consideradas como "rurales". Pero eso no era sino un problema de definición. Hoy, en cambio, la habitación urbana se desparrama muy lejos del centro de la ciudad, hasta en plena campaña y es inútil querer trazar sus límites en el mapa. Regiones enteras, hace poco todavía rurales, se transforman en "dormitorio" o son invadidas por residencias de fin de semana: el 85 % de las comunas belgas mandan trabajadores a la aglomeración bruselesa. Y en esa zona-dormitorio se desarrolla un modo de vida que, sin ser rural, no deja de ser relativamente "campesino". Un indicio entre otros, es el de que el vestido es allí más descuidado que en la ciudad. Es de lamentar que este fenómeno capital no haya sido todavía objeto de estudios en Francia.

En estas condiciones, sería un error querer oponer ciudades y campañas. Hay que distinguir más bien cuatro tipos de medios que tienen cada uno sus características particulares. El núcleo urbano, centro administrativo, comercial e industrial, de gran densidad de habitantes o trabajadores, se aísla con bastante facilidad. Del mismo modo, las regiones puramente agrícolas en que toda la población vive directa o indirectamente de la agricultura. Por el contrario, la zona suburbana que comprende todas las aglomeraciones-dormitorios dependientes del núcleo urbano junto con islotes de agricultura destinados al aprovisionamiento de la ciudad, es una realidad más matizada, que debe ser delimitada, en cada caso, por estudios especiales. El número de habitantes que van a trabajar afuera, la relativa ausencia de cultura y equipo comercial son criterios principales que hacen posible esa delimitación. Por su parte, las regiones agrícolas hacen vivir pequeños centros urbanos que les proporcionan servicios administrativos, técnicos, comerciales y culturales y esos centros forman ciertamente parte del medio rural en la medida en que sus funciones industriales siguen siendo accesorias.

La definición de estos cuatro tipos permite situar mejor el problema de las relaciones entre habitantes de la ciudad y del campo. En las regiones suburbanas, agricultores y obreros se encuentran en contacto directo. A veces, no se establece ningún vínculo entre los dos medios; los obreros viven en las ciudades construidas para ellos y los agricultores permanecen aislados en sus chacras. Si, por el contrario, gracias a circuitos de ómnibus, las fábricas recogen la mano de obra disponible en las aldeas, se desarrolla un género de vida mixto, "obrero-campesino", que permite al explotador conservar su propiedad e ir a trabajar en una fábrica o enviar allí a sus hijos. Las explotaciones tienden entonces a volver a una agricultura de subsistencia puesto que los salarios suministran el numerario necesario a la familia. El estudio de las transformaciones de la agricultura en las zonas urbanas es un campo apenas explorado, pero sin duda uno de los más ricos porque el cambio es allí particularmente rápido y visible.

¿Se ha de sacar de estas observaciones la conclusión de que los habitantes del campo y los de la ciudad, después de haberse alejado, están evolucionando hacia un tipo único? Sería hacerse profeta y sacar conclusiones apresuradas. Es evidente que el campesino tradicional, para quien la agricultura era un estado, un género de vida, y no un oficio o una profesión, está desapareciendo. En las sociedades occidentales, el agricultor tiende a adquirir una mentalidad "capitalista" y a considerar que la agricultura es una actividad económica como las demás. La empresa agrícola debe producir y el beneficio económico se convierte en objeto y sanción del esfuerzo. Las preocupaciones comerciales y la motorización transforman la mentalidad y la visión del mundo del explotador. Dijimos, al comienzo, que no había que contar a los "salvajes" como rurales y uno puede igualmente preguntarse si no hay que establecer una distinción fundamental entre el campesino tradicional y el agricultor tal como aparece en las regiones más evolucionadas. Hay allí dos tipos de hombre que corresponden a dos sociedades diferentes y todos los cambios a los cuales se ha hecho alusión pueden analizarse en el paso de un tipo al otro.

Sin embargo, es todavía demasiado temprano para que se pueda definir un tipo completo del agricultor moderno, pues, en los países en que el campesino tradicional ha existido y existe aún, el agricultor moderno se está formando, y en los países nuevos, reviste aspectos que no tendrá probablemente en otra parte. Y algunos rasgos originales del medio rural que hemos tratado de poner de relieve, si bien pierden algo de su vigor, continúan existiendo y se imponen a los agricultores de mañana como a sus padres. El automóvil permite acortar las distancias pero no las elimina. El agricultor seguirá siempre viviendo en aldeas cada vez menos pobladas o en chacras aisladas; la influencia de los medios de difusión de masa, separados del universo urbano, no será la misma para él que para los habitantes de la ciudad; su vida de relación conservará también sus caracteres propios.

Para demostrar la irreductible originalidad del mundo rural, algunos insisten particularmente en la influencia de la naturaleza y de los mecanismos biológicos; se advierte que ése es un problema que requeriría delicadas investigaciones. Pero en la hora actual, no hay nada que nos permita indicar la índole y las consecuencias de dicha influencia y es por eso que no la hemos mencionado antes. Es cierto que el ritmo de las estaciones, los diferentes ciclos de crecimiento de los vegetales y los animales se imponen al agricultor, a la vez como trabajador y como jefe de empresa. Se ha demostrado que la hora tiene menos importancia para la gente del campo que para la de la ciudad; ¿hay que ver en ello un efecto directo del ritmo que la naturaleza impone al que la trabaja o, no será, por el contrario, un fenómeno de atraso cultural destinado a desaparecer con la influencia creciente de la técnica y la economía? En términos de Georges Friedmann, ¿el "medio técnico" invadirá la campaña, considerada como el "medio natural" por excelencia?

El fenómeno de la coincidencia de los papeles y de la encarnación de las funciones sigue siendo, al parecer, una de las mayores diferencias entre las sociedades urbanas y las sociedades rurales. Mientras la explotación y la familia estén confundidas, los mecanismos y las instituciones funcionarán, en el campo, de una manera distinta. Hemos señalado algunas consecuencias de esa confusión, en particular en el plano en que se toman las decisiones. En un plano más general, hay un desplazamiento de las funciones y de los mecanismos entre las diferentes manifestaciones de la vida colectiva. El grupo familiar o la aldea llenan funciones que, en la ciudad, son propias de un grupo más extenso y viceversa. Basta señalar aquí este problema que depende tanto de la teoría sociológica como de la investigación del sociólogo rural.

Francia presenta ciertamente uno de los mejores campos para el estudio de esos diferentes problemas. Entre el norte grandemente urbanizado, la Bretaña sobrepoblada, los vastos cultivos de la cuenca parisiense, la policultura familiar pequeña del sudoeste, la monocultura del Languedoc, las especialidades de Perpiñán, etc., representan casi todas las situaciones posibles. Pero algunas condiciones económicas y sociales son, sin embargo, comunes al conjunto de la sociedad francesa. Sería, entonces, menester traspasar las fronteras de Francia y Europa para estudiar los mismos problemas en contextos sociales completamente diferentes. La evolución de las estructuras sociales y mentales no puede ser la misma en países de tradición campesina, en países "nuevos", en países "subdesarrollados" y en países colectivistas. Estos últimos serían, quizás, desde nuestro punto de vista, los más reveladores, estudiados en su diversidad histórica y actual. ¿Cuál es la visión del mundo del habitante de una granja colectiva de Ucrania, la de un miembro de una zadruga yugoslava o la de un campesino chino recientemente "colectivizado"? ¿En qué medida se sienten integrados en su sociedad global y qué imagen se forman del porvenir de su oficio?

Algunos etnólogos norteamericanos proponían recientemente constituir una "ciencia comparativa del campesino". Tomado en toda su amplitud, el proyecto es, como vemos, muy ambicioso. Pero permitiría destacar, sin duda, algunos esquemas tipos de organizaciones e instituciones rurales y algunos problemas fundamentales. Se esbozaría una tipología de las diversas sociedades campesinas entre las sociedades llamadas "arcaicas" y la integración avanzada de la agricultura moderna en la sociedad rural, sea cual fuere la forma de esta última.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Augé-Laribé. *La révolution agricole* (París, Albin Michel, 1955, 435 págs.).

Bloch (Marc). *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* (Colin, París; 1ª ed., 1930, 270 págs.).

Friedmann (Georges) (edit.). *Villes et campagnes. Civilisation urbaine et civilisation rurale en France* (Memoria de la Segunda Semana sociológica) (París, Colin, 1953, 480 págs.).

Lefebvre (Henri). *Problèmes de sociologie rurale: la communauté paysanne et ses problèmes historico-sociologiques* (Cahiers internationaux de Sociologie, VI, 1949, págs. 78-100).

Loomis y Beegle, *Rural social systems* (N. Y., Prentice Hall, 1950, 873 págs.).

Maget (Marcel). *Guide d'étude directe des comportements culturels* (París, Civilisation du Sud, 1953, 260 págs.).

Mendras (Henri). *Études de sociologie rurale*, Novis et Virgin (cuadernos de la Fundación nacional de Ciencias políticas (París, Armand Colin, 1953) (pág. 150).

— *Les paysans devant la modernisation de l'agriculture* (París, C.N.R.S., 1958).

MONOGRAFÍAS DE CIUDADES Y DE REGIONES

Bernot (L.) y Blancard (B.). *Nouville, un village français* (Trabajos y memorias del Instituto de Etnología (LVII) (1953, VI-447 págs.).

Chombart de Lauwe y Morvan (F.). *Les possibilités de la petite entreprise dans l'agriculture française* (París, ed. S.A.D.E.P., 1954, 150 págs.).

Juillard (E.). *La vie rurale dans la plaine de Basse-Alsace, essai de géographie sociale* (Publicaciones del Instituto alsaciano de Altos Estudios) (IX) (Estrasburgo, Le Roux, 1953, 582 págs.).

Sauvy, Ghez, George, Chevalier. *Dépeuplement rural et peuplement rationnel, six enquêtes locales précédées de considérations théoriques sur le peuplement optimum d'une région isolée* (París, I.N.E.D., Travaux et documents, nº 8, P.U.F., 1949, 107 págs., gráficos y mapas).

Wylie (Laurence). *Village in the Vaucluse* (Harvard U.P., 1957, 343 págs.).

PROBLEMAS

Augé-Laribé (M.). *La politique agricole de la France de 1880 à 1940* (París, P.U.F., 1950, 485 págs.).

Faucher (Daniel). *Le paysan et la machine* (París, ed. de Minuit, 1954, 278 págs.).

— *Routine et innovation dans la vie paysanne* (Journal de psychologie, normale et pathologique, XLI, 1748) (págs. 89-104).

Fauvet (J.) y Mendras (H.). *Les paysans et la politique* (cuadernos de La Fundación nacional de Ciencias políticas, París, Colin, 1958).

EXTRANJERAS

Pitt-Rivers (J.-A.). *The People of Sierra* (Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1954, 232 págs.).

Williams (W. M.). *The Sociology of an English Village, Gosforth* (Londres, Routledge & Kegan, 1956, 246 págs.).

Miner (Horace). *Culture and Agriculture, an anthropological Study of a corn belt Country,* (U. of Michigan Press, 1949, 120 págs.).

REVISTAS

Economie rurale (Boletín de la Sociedad francesa de Economía Rural, 50, rue de Châteaudun, París).

Rural Sociology (publicada por la Rural Sociological Society).

5

SOCIOLOGÍA DE LAS REGIONES SUBDESARROLLADAS

GEORGES BALANDIER, DIRECTOR DE ESTUDIOS DE LA ESCUELA PRÁCTICA DE ALTOS ESTUDIOS (VI SECCIÓN)

I. *Los criterios del subdesarrollo.* La expresión misma "países subdesarrollados" tiene más éxito que precisión. El inventario de la literatura lo revela, a la vez que muestra la diversidad de las disciplinas que se han preocupado por abordar el complejo de problemas que figuran bajo esta fórmula. Desde hace algunos años, economistas y demógrafos, antropólogos y sociólogos, historiadores y especialistas en ciencias políticas se esfuerzan por analizar el hecho del subdesarrollo y por estudiar los "fenómenos de crecimiento"[1]. Esta convergencia de los esfuerzos se impone en el momento en que se multiplican las actividades de carácter interdisciplinario. Este ataque a uno de los problemas más importantes de la segunda mitad del siglo xx es comprendido en un momento en que las ciencias sociales están, a la vez, obligadas a revisar sus concepciones tradicionales y deseosas de justificarse en términos de utilidad.

El concepto de subdesarrollo es equívoco: ninguna sociedad, ninguna economía, puede tener la certeza de utilizar al máximo las riquezas naturales de que está dotada considerando las técnicas de que está armada. Es asimismo *relativo,* ya que la apreciación se hace con relación a los países que están a la cabeza del progreso técnico y tienen una gran capacidad de producción. Si nos limitáramos a esos aspectos, parecería satisfactorio tomar como criterio el nivel de la renta anual por cabeza. Ésta es, en efecto, la forma de clasificación más comúnmente empleada; se consideran entonces como países "atrasados" todos aquellos en que dicha renta es inferior a 100 dólares; la mayoría de los países de África, gran número de países asiáticos (India, Pakistán, Birmania, Ceilán, Tailandia, Filipinas e Irak), y algunos países de América latina (Ecuador y Paraguay)[2]. Este método es cómodo pero poco satisfactorio. Se basa en estimaciones discutibles debido al insuficiente equipo estadístico de las naciones y territorios mencionados; no valoriza suficientemente los caracteres no económicos que, sin embargo, deben desempeñar un papel esencial en el análisis de esos problemas.

---

[1] Para una orientación bibliográfica amplia y acompañada de un comentario sobre las tendencias de la investigación, véase G. BALANDIER, *Conséquences sociales du progrès technique dans les pays sous-développés* (Sociologie contemporaine, vol. III, 1954-1955).

[2] En realidad, en gran número de países subdesarrollados, esa renta se mantiene entre 50 y 60 dólares.

La realidad parece captada más de cerca a partir del momento en que se multiplican los criterios y en que se distinguen los que son de orden interno de aquellos que son de orden externo, pues estos aspectos relativos del subdesarrollo no parecen menos importantes que los precedentes.

1) *Criterios de orden interno.* A raíz de sugestiones hechas por A. Sauvy, un grupo de trabajo constituido por el Instituto Nacional de Estudios demográficos ha definido once de estos criterios[3]. Se trata, en primer lugar, de poner en evidencia un hecho esencial: en todos los países subdesarrollados, debido a comportamientos tradicionales y a la difusión de las técnicas médicas, el número de hombres aumenta mucho más rápidamente que el volumen de las riquezas puestas a disposición de los mismos. Aparece allí una peligrosa carrera entre el progreso demográfico y el progreso económico. Así las características propias de la población de esos países deben ser situadas en primer lugar.

a) *Características demográficas.* El problema esencial es el de la coexistencia de una mortalidad que disminuye y de una natalidad que se mantiene a un nivel elevado. Esta última, si se tiene en cuenta la deficiencia del recuento, es de 40 a 50 ‰; más elevada que la de la Europa occidental antigua, que se situaba en 35-40 ‰ antes de la limitación de los nacimientos. La explicación del alto nivel de la natalidad es compleja y no puede referirse únicamente a los factores biológicos. Intervienen en ella elementos de orden social y cultural; los países interesados son, a menudo, herederos de una tradición que, según la expresión de F. Engels, prestaba más atención a la "reproducción de los seres humanos" que a la "producción de medios de existencia". Las costumbres matrimoniales, la frecuencia de los matrimonios y la edad en el momento de contraerlos, la moral sexual y los sistemas de valores tienen consecuencias directas sobre la natalidad[4]. El hecho de que el comportamiento procreador dependa de un contexto tan vasto es justamente lo que lo hace tan difícil de modificar, a menos que una verdadera revolución cultural traiga aparejada una modificación de los móviles y de las actitudes.

Hasta una época reciente, la mortalidad se mantenía elevada en la totalidad de los países llamados subdesarrollados, con una acentuación del fenómeno en el caso de los niños pequeños. Mortalidad general y mortalidad infantil oscilaban —debido a la incidencia del hambre, la escasez y las epidemias— en torno a promedios muy elevados. En consecuencia, la esperanza de vida, o *duración media de vida* se situaba alrededor de los 30 años durante los primeros decenios del siglo xx. En la India, se mantenía todavía inferior a 25 años entre 1920 y 1930. Un cambio importante se presenta después de la segunda guerra mundial. La difusión de técnicas sanitarias relativamente poco costosas ha hecho disminuir la mortalidad, en proporciones imprevistas. El promedio de mortalidad de 20 %, frecuente, si no general, hasta 1940, se ha vuelto excepcional. Esta situación conduce a una expansión rápida de la población, mucho más rápida de lo que lo haya sido jamás la de los pueblos europeos en el siglo XIX y a comienzos del XX, pues, en la mayoría de los casos, sobrepasa el 2 % anual y alcanza frecuentemente el 2,5 %. Se puede prever, en un futuro próximo, un aumento hasta del 3 % y más, ya que la disminución de la mortalidad deberá continuar aun sin un mejoramiento inmediato del nivel de vida[5]. Esta expansión de la población se produce cuando el progreso técnico y el crecimiento económico comienzan solamente a afirmarse y exige que se realicen inversiones demográficas importantes en países en que el capital disponible es escaso.

---

[3] Véase G. **Balandier** (bajo la dirección de), *Le Tiers Monde, Sous-développement et développement* (París, P.U.F., 1956).

[4] Véase a este respecto, F. **Lorimer** (edit.), *Culture and Human Fertility* (U.N.E.S.C.O., 1954).

b) *Deficiencias de la economía de la alimentación*[6]. La geografía de las regiones de economía atrasada coincide, en una amplia medida, con la geografía del hambre o de la mala nutrición. El consumo medio teórico necesario a un adulto, se fija en 3.200 calorías por día. En gran número de países subdesarrollados, el consumo por persona y por día se mantiene por debajo de las 2.000 calorías; en Asia del Sur y del Sudeste, en el Medio Oriente, en América Central, México, etc. Las condiciones geográficas, si bien en parte solamente[7], el nivel técnico, la estructura particular de las economías rígidas y poco variadas, así como las relaciones desiguales mantenidas con las naciones de economía evolucionada explican esa dificultad para alimentar poblaciones que se hallan, por otra parte, en expansión demográfica.

c) *Características técnicas y económicas.* La producción y la utilización máxima de la *energía* constituyen una de las condiciones fundamentales del desarrollo general de las sociedades, a tal punto que el antropólogo norteamericano Leslie White considera la "cultura" como "una máquina de producir energía". Es posible, por lo menos, definir el grado de evolución económica de una nación por el cociente individual de disponibilidad energética. Ahora bien, los países de economía atrasada disponen principalmente de la energía humana, a la cual no siempre se agregan la que resulta de la utilización de los animales y la que proviene de la domesticación rudimentaria del viento y del agua. Algunas comparaciones, establecidas por P. George en 1950, son significativas: América latina,

---

[5] Consultar, a este respecto, los estudios de Henry y Pressat en la obra ya citada, *Le Tiers Monde.*

[6] M. Cépède y M. Lengellé, *Economie alimentaire du globe* (París, 1953).

[7] P. Gourou, *Les pays tropicaux* (París, 1948).

240 unidades energéticas; África, alrededor de 150; China, alrededor de 150; India e Indonesia, menos de 100; mientras que los Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania se hallan a la cabeza con 5.000 unidades y más [8].

Los criterios verdaderamente económicos sólo pueden ser encarados aquí en un forma sumaria. El aspecto más a menudo mencionado es el carácter *primitivo* de las economías atrasadas. La agricultura predomina: 74 % de habitantes rurales en África, 70 % en Asia, 60 % en América Latina. La era industrial es abordada, sobre todo, bajo la forma de explotaciones mineras. Exportadores de materias primas (comprendiendo la exportación uno o dos productos principales) e importadores de productos manufacturados, los países subdesarrollados son, a la vez, muy *vulnerables* y muy *dependientes*. Sus economías son heterogéneas y "desarticuladas", según la fórmula empleada por F. Perroux, y revelan la coexistencia de una serie de economías tradicionales —orientadas, sobre todo, hacia el autoconsumo, de poca evolución monetaria, de tipo precapitalista— y de una economía moderna. Esos diversos conjuntos están mal articulados los unos con los otros; F. Perroux ha observado justamente que esas economías presentan estructuras que alzan numerosos obstáculos ante los proyectos y las tentativas de desarrollo: "están continuamente expuestas a trabas de crecimiento [9].

d) *Caracteres sociales y culturales.* Aun cuando se trata de aspectos que serán considerados en detalle en este capítulo, más adelante, es necesario enumerar aquí algunos de ellos. El mapa del *analfabetismo,* no obstante la vaguedad de esta noción, cubre el mapa del subdesarrollo. Los datos estadísticos reunidos por la U.N.E.S.C.O. demuestran que la proporción de analfabetos es superior al 50 %, y se sitúa a menudo por encima del 75 % (India, Egipto, numerosos países de Africa negra, etc). Algunos autores, buscando la categoría social más capaz de desempeñar un papel innovador, han acordado una atención especial al problema de las *clases medias.* Ven en ellas un elemento dinámico, pero también un elemento moderador susceptible de promover una evolución más que una revolución. La noción de clase media es ambigua y las intenciones políticas conservadoras se esconden a menudo detrás de ella. Sin embargo, se puede tener en cuenta el criterio de la debilidad numérica de las clases medias en los países subdesarrollados. Las cifras, provenientes de diversos estudios, fijan entre 5 % y 10 % de la población total el porcentaje de los individuos que constituyen este conjunto concebido en una forma muy amplia [10]. Esta situación se explica con bastante facilidad por la insuficiencia en materia de enseñanza y por la mediocre extensión del sector de las actividades "terciarias".

---

[8] P. GEORGE, *Géographie de l'énergie* (París, 1950).

[9] Institut de Science économique appliquée, *Niveaux de développement et politiques de croissance* (París, 1955).

[10] INCIDI, XXIXe. Session d'études, *Le développement d'une classe moyenne dans les pays tropicaux et subtropicaux* (Bruselas, 1955).

Por otra parte, se insiste a menudo sobre la *condicion inferior* de la mujer en las sociedades de desarrollo económico atrasado. La organización social tradicional, las creencias religiosas y las reglas de división del trabajo frecuentemente sólo le conceden una posición inferior. Y esta situación puede hacer de ella, en virtud de su influencia preponderante en el seno de la unidad familiar, un agente poco favorable a la "modernización". Este criterio no es muy satisfactorio, por falta de precisión y a causa de su difícil aplicación en el caso de contextos sociales muy diferentes y mal conocidos.

Queda por mencionar una última característica, que parece menos sujeta a discusión: la *debilidad de la organización en la escala nacional o territorial.* Los países subdesarrollados aparecen en primer lugar como un conjunto de colectividades rurales mediocremente ligadas entre sí. Deben organizarse en la escala nacional a la vez que asegurar su desarrollo económico. Mientras no se haya realizado esa tarea, dichos países revelarán un desequilibrio entre la organización compleja y eficaz de las comunidades regionales y la debilidad de su organización en el plano nacional. Permanecen, así, divididos por el juego de los particularismos. A decir verdad, esto sólo es una de las manifestaciones de un fenómeno que tiene aspectos económicos (coexistencia de tipos de economía y de sectores de actividad mal coordinados) y aspectos culturales (coexistencia de culturas autóctonas y elementos modernos importados).

2) *Características en el orden de las relaciones.* En el estado actual de las relaciones internacionales, las relaciones entre sociedades de desarrollo desigual redundan, sobre todo, en beneficio de las más potentes de entre ellas. La separación entre pueblos pobres y pueblos ricos se ahonda sin cesar; lo hacen notar los documentos oficiales más recientes. Según los servicios estadísticos de las Naciones Unidas, los países desarrollados, no sólo están adelantados, sino que están ganando ventaja. La disparidad en los niveles de vida se acentúa en vez de desaparecer [11]. Un solo ejemplo basta para demostrarlo: en 1938, el nivel de vida era 15 veces más elevado en los Estados Unidos que en la India; en 1952, lo era 35 veces más. Partiendo de tal observación, algunos autores marxistas justifican la comparación que establecen entre las relaciones de clases sociales y las relaciones existentes entre países desiguales en el mundo capitalista. En uno y otro caso, observan el mismo proceso de empobrecimiento relativo.

En realidad, la comprobación es antigua. Se han hecho algunos intentos de explicación, pero los mismos aparecen muy vulnerables, sobre todo cuando se esfuerzan por recurrir a algunas inciertas "leyes naturales". Entonces se transfiere la explicación del orden biológico al orden social, característica de ciertos pensadores sociales de fines del siglo XIX. J. Harmand, en su obra titulada *Domination et Colonisation*, consagra todo un capítulo a la "expansión natural". Después de recordar que "la necesidad de expansión se encuentra por todas partes en la naturaleza", Harmand afirma que, en el caso de las "sociedades humanas", ésta se basa en el "instinto de duración o conservación, que se acompaña del instinto de seguridad" y es indispensable a toda sociedad que quiera "perseverar en su ser"[12]. Ya no es posible contentarse con estas explicaciones naturalistas. Pero con frecuencia aún se considera el desarrollo de las sociedades más adelantadas como si debieran ejercer su dominio sobre algunas de las sociedades más débiles. La presión debida al progreso de las técnicas y de la producción y al crecimiento demográfico no dejaría otro camino. M. Fanno en el cuadro de su teoría económica de la colonización, considera esta última como respuesta a una necesidad de los países industrializados de población creciente y de los países en vías de industrialización. Los problemas que se plantean en uno y otro caso no podrían hallar solución de una manera exclusivamente *interna;* las relaciones desiguales que resultan de esa búsqueda de apoyo exterior tendrían entonces como resultado consolidar la posición de los países de economía industrial[13]. Este análisis, que tiene el mérito de recordar que las sociedades sólo entran en relación por motivos que, en primer lugar, son económicos, exige empero ser precisado. Los procesos que pone en evidencia se refieren, todos, a una expansión económica de tipo capitalista. Este aspecto lo ha señalado el sociólogo R. König, observando que los problemas con que tropiezan actualmente los pueblos coloniales antiguos provienen, no sólo del atraso de su civilización técnica, sino también del hecho de que sus tentativas de desarrollo económico acelerado se efectúan todavía en un contexto de capitalismo típico[14].

---

[11] Informe de la XXII Sesión del Consejo económico y social de las Naciones Unidas.

Entre los trabajos más originales publicados en el curso de los últimos años, hay que mencionar los del economista británico S. H. Frankel. En efecto, este autor considera, a propósito del término colonización, el fenómeno de las relaciones desiguales entre sociedades económicamente desiguales. Según él, todo período de desarrollo económico exige, no solamente transformaciones en el interior de las sociedades que tienen la iniciativa del movimiento, sino también el recurso de nuevas asociaciones, hasta entonces exteriores al sistema. Dicho fenómeno provoca relaciones de un orden nuevo en el seno de las sociedades más dinámicas (aspecto interno de la colonización), a la vez que suscita nuevas relaciones fuera de las mismas. Hace así aparecer vínculos de naturaleza compleja entre "antiguas y nuevas estructuras de la actividad humana", entre sociedades de tipo "antiguo" y sociedades de tipo "moderno". Frankel, aportando una definición poco habitual, precisa: "La colonización no es ni más ni menos que el proceso de desarrollo económico y social en la escala del macrocosmos y del microcosmos". Se advierte, en todo su análisis, una identificación directa entre colonización y "crecimiento económico", proceso de colonización y proceso de cambio estructural[15].

No se puede menos que formular reservas con respecto a una interpretación que encara el hecho del desarrollo sin tener en cuenta los sistemas económicos que lo condicionan. Sin embargo, H. Frankel ha puesto de manifiesto algunos puntos importantes. Ha señalado los caracteres a la vez *internos* y *externos* del fenómeno y la influencia del crecimiento económico en el orden de las relaciones. Esas observaciones adquieren mayor relieve cuando se las compara con algunas de las características de orden interno presentadas anteriormente. Debe recordarse la *diferencia de escala*. Las sociedades más avanzadas técnicamente y que están generalmente organizadas en mayor escala —naciones, luego federaciones y confederaciones— entran en relación con las sociedades "menos desarrolladas" sólo manteniendo la desigualdad. Tienden a hacer entrar a las últimas en órbita económica y política. Desde este punto de vista, la colonización parece reveladora: conduce al ordenamiento de conjuntos de grandes dimensiones sobre la base de una diferenciación económica y de una desigualdad entre los elementos preexistentes. La colonización no hace, empero, más que poner de manifiesto un tipo de relaciones cuyo carácter durable no se podría subestimar. Hay que añadir que el fenómeno es tanto más acusado cuanto más grande es la *separación diferencial* entre los niveles técnicos y económicos de las sociedades que entran así, en relación.

---

[12] J. HARMAND, *Domination et colonisation* (París, 1910).

[13] M. FANNO, *La teoria economica della colonizzazione* (Edizione Einaudi, 1952).

[14] R. KONIG, *Introduction à une sociologie des zones dites sous-développées* (Congreso internacional de estudios sobre el problema de las zonas subdesarrolladas, Milán, 1954).

[15] S. H. FRANKEL, *The Economic Impact on Under-developed Societies* (Oxford, 1953).

El historiador británico E. A. Walcker ha considerado algunos de estos aspectos y afirma que las relaciones desiguales entre naciones no cesarán de existir hasta el día en que todos los pueblos de la Tierra presenten una relativa homogeneidad "en todos los planos de la vida" [16]. ¡Lo cual relega a un futuro muy lejano esa verdadera edad de oro! Por su parte, el sociólogo R. König precisa que el problema del subdesarrollo, encarado desde el punto de vista de su ciencia, aparece como "un problema nacido del encuentro de sistemas sociales diferentes" cuando "uno de los sistemas es más evolucionado que el otro" [17]. En ocasión de este encuentro, no sólo se establecen relaciones desiguales, sino que se producen también transformaciones importantes en el interior del sistema más débil.

La conjunción de esas dos características constituye una parte importante de la definición del subdesarrollo.

II. *Condiciones sociales del desarrollo económico.* En un país de economía "atrasada", la transformación de las estructuras sociales tradicionales aparece como una condición previa al éxito de todo programa de modernización y de equipamiento. El economista S. H. Frankel lo recuerda en su obra ya citada: "Las transformaciones estructurales y sociales son preliminares necesarios para el alivio de la miseria; el costo del cambio es elevado". ¿Cuáles son los mayores problemas que se plantean? En las sociedades en que las actividades agrícolas siguen predominando, mientras que el proceso de industrialización se ha producido sólo en una época reciente, los problemas sociales revelados por las políticas de "crecimiento" conciernen, en primer lugar, al medio rural. El campesino es, a la vez, el más tomado en la red de las tradiciones y la primera víctima de las insuficiencias técnicas y de las relaciones sociales que caracterizan el orden antiguo.

[16] E. A. WALCKER, *Les colonies, passé et avenir* (París, 1945).
[17] *Op. cit.* (pág. 15)

1) *Problemas en el medio rural.* Junto con los problemas propiamente técnicos (equipo y mecanización de la agricultura, riego, conquista de las tierras incultas, etc.), se impone, en primer plano, a nuestra atención, la *cuestión agraria.* Ésta domina toda otra consideración en los países en que la sobrepoblación es absoluta (vastas regiones del mundo asiático) y en aquellos en que la colonización ha reducido a las poblaciones autóctonas a la ocupación de "zonas reservadas" o de territorios marginales, de limitada extensión y poco valor (en diversos lugares de África).

La *cuestión agraria* tiene causas y aspectos diferentes según las regiones. Puede explicarse, en primer lugar, por los usos tradicionales en materia de posesión del suelo. En África negra, donde la posesión del suelo, por tener un carácter sagrado, difiere a menudo del mero hecho de la ocupación y la explotación, y donde la expansión de los cultivos comerciales trae consigo un derecho de propiedad de tipo nuevo, puede haber interferencia de derechos múltiples y contradictorios [18]. Esta situación hace, entonces, difícil la creación de grandes explotaciones dirigidas en forma moderna. En otros casos, el sistema consuetudinario de transmisión de las tierras es el que tiene incidencias de la misma naturaleza. Tal ocurre en la India, donde las modalidades tradicionales de la herencia han ocasionado una extrema fragmentación de las propiedades, así como la interdispersión de los lotes cultivados [19]. Una investigación realizada en 1945, reveló la existencia de predios pertenecientes a algunas aldeas, constituidos por 8.000 parcelas. Dicha investigación demostró que, dentro de los límites de esas micropropiedades, era imposible emplear útilmente, no ya la máquina, sino simplemente el tiro de búfalos.

A ese contexto tradicional, se añaden problemas originados por el hecho de que la evolución moderna de la propiedad ha ocasionado la yuxtaposición de micropropiedades y de grandes propiedades de carácter laico o religioso. Esas transformaciones han acelerado el proceso de despojo de los campesinos pobres (multiplicando, así, el número de campesinos sin tierra) y han permitido la expansión de formas de aparcería particularmente desventajosas para el explotador.

Los ejemplos de tal situación son numerosos. En las Filipinas, sobre todo en la isla de Luzón, las granjas son demasiado pequeñas (superficie media 2 Ha.), mientras que existen grandes dominios que datan, en su mayor parte, de la colonización española e importantes propiedades inalienables. La sublevación campesina llamada de los "Hucks" intentó efectuar por la fuerza, después de la segunda guerra mundial, una verdadera reforma agraria. En el norte de Africa volvemos a encontrar esa coexistencia de los *microfundios* —según el agrónomo R. Dumont, el 70 % de las explotaciones musulmanas en Argelia, son demasiado pequeñas para permitir una explotación normal— y las grandes propiedades, extranjeras y autóctonas, laicas y religiosas. En Irán, los cambios sobrevenidos desde hace tres cuartos de siglo no han modificado la fisonomía del país en este respecto. Los grandes terratenientes han constituido tradicionalmente, y constituyen todavía hoy, la clase más sólida y más poderosa. Representando el 1 % de la población rural, poseen más del 56 % de la superficie de las tierras cultivadas anualmente. Residen en las grandes ciudades y su ausentismo los lleva a emplear intendentes e intermediarios que poco se preocupan por crear una explotación moderna y más productiva. En cambio, el 22 % de los campesinos poseen menos de 1 Ha., es decir, una superficie insuficiente para asegurar la subsistencia de una familia [20].

---

[18] Véanse, por ejemplo, H. LABOURET, *Paysans d'Afrique occidentale* (París, 1941), y V. LIVERSAGE, *Land Tenure in the Colonies* (Londres, 1945).

[19] Indicaciones sumarias en el número especial del *Bulletin International des Sciences Sociales* (vol. III, 4, 1951).

En la India, la intervención de las autoridades británicas con el fin de constituir una clase de terratenientes que pusieran su saber y su capital al servicio de la agricultura, ha dado como resultado el régimen del "zamindariato". Se ha formado, efectivamente, una clase, pero ella no se ha comportado como se esperaba. Se apoya esa clase en una multitud de intermediarios, reduciendo aún más la parte del producto dejada al campesino: en algunos casos, unos cincuenta intermediarios se escalonan entre los cultivadores y el propietario de la tierra. Por otra parte, esta evolución que favorece la degradación de los derechos y usos consuetudinarios, acelera la acumulación de deudas por parte de los campesinos al eliminar las trabas que la tradición oponía a la usura. En 1937, un estudio hecho por el *Reserve Bank of India* reveló que la deuda rural alcanzaba entonces a 1.350 millones de libras esterlinas (la más grande de la época) y pesaba sobre el 75 % aproximadamente de la población rural. En China, la situación de los campesinos, antes de la Revolución, era muy similar a ésta: una micropropiedad poseída por las masas campesinas. Una encuesta por sondeo había demostrado que las familias pobres poseían un promedio de 1 Ha. 3/5 de tierra y las familias ricas 166,50 Ha.; los préstamos usurarios traían aparejado el rápido aumento del número de campesinos sin tierra. Desde su fundación, el partido comunista chino concentró su atención en el problema agrario y "experimentó" con sus soluciones en las regiones fronterizas en las que estaba confinado. Su interés por la gente de campo era tal que la revolución apareció primeramente como un movimiento de "reformistas agrarios" [21].

Para completar esta exposición de los problemas del medio rural, conviene agregar una observación más. La casi totalidad de los países llamados subdesarrollados revelan una *desocupación rural disimulada* que, en las zonas muy pobladas, puede tener una extensión mal calculada. Según las apreciaciones del geógrafo P. Gourou, el campesino tonkinés trabajaría, como término medio, 125 días por año. Una evaluación de la misma magnitud se ha hecho en la India; en Egipto, el promedio sería un poco más elevado: 160 días. R. Dumont recoge estas observaciones y las precisa con una aclaración; señala que "los sectores que tienen mejor dominio de las aguas y efectúan dos cosechas por año, proporcionan algo menos de 200 días de trabajo y las zonas de una sola cosecha, apenas 100 días por año"[22]. La inferioridad de las agriculturas tradicionales proviene de esta asociación de una desocupación rural disimulada y de una escasa productividad del trabajo agrícola debida a causas que son, a la vez, sociales y técnicas. Se debe destacar ese hecho del exceso de población rural, esa existencia de una mano de obra disponible que parece no poder ser usada útilmente si no se dirige hacia un sector industrial en expansión. Proyectada bruscamente hacia el campo de las actividades industriales, la misma plantea entonces otros problemas.

---

[20] E. NARAGHI, *Les classes moyennes en Iran* (Cahiers intern. de Sociologie, vol. XXII, 1957).

[21] Para un estudio casi monográfico de los cambios ocurridos en las aldeas chinas desde la Revolución, véase R. DUMONT, *Revolution dans les campagnes chinoises* (París, 1957).

2) *Problemas en el medio industrial.* Si, en el plano de los fenómenos económicos, el estudio de los países subdesarrollados revela la yuxtaposición de economías de tipos diferentes y de mercados de características particulares, lo mismo ocurre en el plano de los fenómenos sociales. Insistiendo sobre ese pluralismo y esa heterogeneidad, ciertos autores, tales como J. S. Furnivall y H. J. Boeke, se han visto llevados a hablar de sociedades *plurales* o *dualistas*[23]. Desde el punto de vista del sociólogo, la clara distinción entre medio "consuetudinario" y medio "modernista" es indispensable y se agrega a los términos de oposición frecuentemente utilizados: sociedad preindustrial y sociedad en vías de industrialización; sociedad precapitalista y sociedad capitalista; sociedad casi cerrada y sociedad abierta, etc.[24]. Entonces, se concibe mejor que el traslado del individuo, de uno a otro de esos medios, no pueda efectuarse sin inconvenientes. Los problemas se plantean en múltiples planos.

a) Dichos problemas conciernen, en primer lugar, a la obligación que tienen los individuos y los grupos sociales de *adaptarse a nuevas tareas.* Considerando los problemas del trabajo en un contexto moderno (construcción, fábrica o gran explotación agrícola), M. J. Herkovits llama la atención hacia tres clases de cuestiones[25]:

—Las transformaciones que al ritmo del trabajo aporta el hecho de ser proyectado hacia un nuevo contexto (imposición horaria, disciplina de taller, obediencia a los tiempos impuestos, etc.). Las mismas ponen en juego factores fisiológicos, psicológicos y culturales. Ciertas deficiencias de la mano de obra (*turnover* y ausentismo elevados, rendimientos más bajos, etc.) se explican, en parte, por la falta de adaptación a los nuevos ritmos.

---

[22] Revista *Esprit,* número especial: *Les paysans* (junio 1955).

[23] J. S. Furnivall, *Netherlands India: a study of plural economy* (Cambridge, Mass., 1944), y J. H. Boeke, *Dualistische Economie* (Leyden, 1930).

[24] Véase G. Balandier, *Motivations et stimulations économiques dans les pays insuffisamment développés* (Bulletin Intern. des Sciences Sociales, vol. VI, 1954).

[25] En B. Hoselitz (edit.), *The Progress of Under-developed Areas* (Chicago, 1952).

—Los procedimientos que aseguran, en tal contexto, la movilización de la fuerza del trabajo. Frecuentemente, el trabajo se individualiza o se encierra en los límites de cuadros heterogéneos (desde el punto de vista de la raza y de las religiones, sobre todo), lo que es contrario a los comportamientos tradicionales.

—La naturaleza de los estímulos susceptibles de animar al trabajador de la manera más eficaz, en un contexto técnico moderno. Este punto reclama la atención desde el momento en que se estudia el problema de la remuneración del trabajo. Así, A. Ombredane, refiriéndose a sus investigaciones en el medio congolés, señala que, en esa zona cultural, la remuneración comporta una noción de *prestigio* tan importante como la noción de ganancia, tiende a un consumo inmediato y entra en un esquema de consumo "de un carácter muy especial" [26].

b) Otros problemas están vinculados a la naturaleza misma del contexto social en que actúa el trabajador "moderno". Los países en vías de desarrollo son aquellos en que se establecen los salarios más bajos, aquellos en que la utilización masiva de la mano de obra suple, en la mayoría de los casos, a la falta de equipo. La pobreza de las campañas fomenta el éxodo hacia los centros industriales. Pero los salarios bajos originan una pobreza igual en el proletariado industrial. Esos países son, por otra parte, aquellos en que la acción de capacitación profesional se mantiene más insuficiente. Se establece allí un verdadero círculo vicioso: la poca capacitación de los trabajadores acrece su tendencia a la inestabilidad, a la vez geográfica y profesional; pero, por otra parte, esa movilidad contraría las posibilidades de capacitación. Las condiciones no son propicias para una promoción obrera. Finalmente, hay que mencionar las relaciones sociales que existen en el interior de la empresa. La diversidad de las "razas" reclutadas y el carácter a menudo foráneo de la dirección tornan difíciles las relaciones horizontales entre obreros y las relaciones verticales entre obreros y jefes. Esta situación explica la importancia excesiva que adquieren los "reclutadores" y capataces: se hacen indispensables y se hacen pagar caros sus servicios. Todos estos problemas sólo son de gravedad mientras el sindicalismo encuentre dificultades en su establecimiento y en su esfuerzo de organización y educación de los obreros [27].

Estos son únicamente algunos puntos principales, que demuestran, sin embargo, que la tarea de reconstrucción social se impone, paralelamente al esfuerzo de desarrollo económico, en el medio industrial y urbano como en el medio rural. El problema consiste en saber cuál es el costo inevitable de semejante empresa.

III. *Costo social del desarrollo económico.* Se ha afirmado a menudo que la industrialización y el desarrollo rápido de los países

---

[26] A. OMBREDANE, *Principes pour une étude psychologique des noirs du Congo Belge* (Année psychologique, 1951).

[27] Se encuentran observaciones sobre estos diversos puntos en G. BALANDIER, *Sociologie des Brazzavilles noires*, París, 1955.

"atrasados" sólo se hacen posibles cuando, por lo menos, una generación de hombres se sacrifica por las siguientes. La expresión *costo social* no se puede considerar únicamente bajo esta forma de contabilidad elemental y brutal Pero en cuanto uno se esfuerza por precisar ese concepto, se perciben las dificultades. El mismo se mantiene vago aun en la obra de un solo autor y tiene varios significados más o menos emparentados entre sí. Tal es el caso del libro de S. H. Frankel, *Economic Impact on Under-developed societies.* La noción aparece en él por lo menos bajo cinco aspectos: 1) relacionada con las transformaciones sociales y los ordenamientos de estructura que son los preliminares del progreso; 2) referente a la obligación de los privilegiados en el antiguo orden de cosas, de renunciar, en medida amplia, a sus ventajas particulares; 3) considerada desde el punto de vista de las consecuencias, para el individuo, de una industrialización que se establece en un medio esencialmente rural; 4) asociada al hecho de que el desarrollo de los países "atrasados" debe efectuarse a un ritmo rápido, y 5) vinculada al suplemento de capital que convendría aportar para reducir al mínimo los trastornos resultantes del desarrollo industrial y de la urbanización. A pesar de esa incertidumbre, la expresión tiene una importancia práctica incontestable: induce a buscar la incidencia social de una política económica determinada, a preverla y a controlarla. En cambio, dicho concepto tiene una utilidad técnica mediocre: no se puede examinarlo bajo una forma cuantitativa, salvo en el último de los sentidos indicados por S. H. Frankel.

En el uso corriente, la noción de costo social aparece como sinónimo de "inconveniente social". ¿De qué naturaleza son los problemas y desequilibrios puestos así en evidencia y cuál es su grado de gravedad? Nosotros los consideraremos bajo dos aspectos[28].

I) *Industrialización y desequilibrios sociales.* Fuera de Europa y América del Norte, la industria moderna ha sido introducida por la acción de agentes "extranjeros" pertenecientes a las potencias colonizadoras o preponderantes. Dicha industria aparece como un complejo —de técnicas y conocimientos, pero también de relaciones sociales— traído desde afuera. No proviene de un movimiento interno; y a menudo hasta se ha impuesto, como ocurrió en Asia, después de la destrucción de los artesanados y las industrias locales nacientes. En algunos casos, y sobre todo a propósito de los países del Cercano Oriente, se ha podido hablar de *islotes de modernismo,* lo que demuestra el carácter discontinuo de tal implantación. Al estudiar la situación del Ecuador, un sociólogo norteamericano, B. R. Salz[29], ha podido emplear la expresión *industrialización intersticial.* Estos ejemplos muestran hasta qué punto el complejo industrial está escasamente vinculado al conjunto. El campesino asiático o africano es literalmente "proyectado" hacia él; al pasar de su aldea a la empresa que lo emplea, pasa de un medio social a otro, de una a otra edad en cuanto a técnicas sin que existan, entre unas y otras los vínculos y transiciones necesarios. Durante un tiempo se produce una falta de integración que incide negativamente en los comportamientos.

---

[28] G. BALANDIER. *Déséquilibres socio-culturels et modernisation des pays sous-développés* (Cahiers de Sociologie, XX, 1956).

[29] B. R. SALZ. *The Human Element in Industrialization. A Hypothetical Case Study of Ecuadorean Indians* (Chicago, 1955).

Desde el momento de la implantación de la industria, aun en forma rudimentaria, la economía y la sociedad tradicionales se ven afectadas. Sólo el traslado de mano de obra, en regiones de escasa densidad de población, rompe muy rápidamente los equilibrios tradicionales. Tal fue el caso de África central y tal el de Gabon con los obrajes y las explotaciones mineras. Las regiones "viveros" se vaciaron de un elevado número de hombres activos y los "pueblos de trabajadores" en los que predominan los varones, se multiplicaron en las zonas de explotación. Esta situación ha producido desequilibrios señalados por las autoridades locales y ha multiplicado fenómenos "patológicos" tales como la mercantilización de las relaciones matrimoniales, la prostitución, el vagabundeo, etc.

Es indispensable insistir en otros aspectos. La organización de las empresas, en un país de industria naciente, o reciente, revela a menudo un mediocre ordenamiento de las "relaciones humanas". Los intermediarios que actúan como reclutadores, y que son el *kabran* en Marruecos, el *mukadam* (o *jobber*) en la India, etc., abusan con frecuencia de su autoridad, cobran tributos a los trabajadores y retardan la adaptación de los mismos, a la vez que agravan sus condiciones de existencia. Esto nos lleva a recordar el hecho de los salarios bajos, propio de todo país que se abre al desarrollo económico, así como la relativa debilidad de las organizaciones encargadas de proveer a la defensa de la clase obrera.

2) *Urbanización y desequilibrios sociales.* Hasta en un país de civilización antigua y compleja como China, el hecho urbano, en el sentido en que nosotros lo entendemos, es un fenómeno reciente; las ciudades de la región de la costa han nacido de la apertura a las influencias y a los intereses occidentales. Los grandes centros de la Unión hindú han aumentado su población, muy aceleradamente, en el transcurso de los dos últimos decenios: Bombay y Calcuta han más que duplicado su población en diez y quince años. El fenómeno aparece más claramente aún si se considera el Africa al sur del Sahara: en diez años, Dakar (Senegal) ha duplicado su población, pero Leopoldville (Congo belga) ha cuadruplicado la suya. Se comprende que un crecimiento tan rápido, y sobre todo determinado por influencias externas, no se realiza nunca de manera equilibrada. Esa sociedad nueva, que es la ciudad, no se edifica sin inconvenientes [30].

En algunas regiones, el éxodo rural se hace tan masivo que se establece un peligroso desequilibrio entre ciudades y campaña. La concentración de los habitantes puede sobrepasar en mucho las posibilidades de empleo que ofrece la ciudad: la desocupación más o menos disimulada y el "parasitismo familiar" pesan entonces grandemente. Sólo con ayuda de expedientes subsiste esa *masa de reserva* constituida por los individuos instalados en un medio urbano con la esperanza de un trabajo fijo.

---

[30] INCIDI, *L'attraction exercée par les centres urbains et industriels dans les pays en voie d'industrialisation* (Bruselas, 1952).

La rapidez con que la ciudad se construye y ensancha explica el hecho de que la misma sea, al comienzo, una sociedad mediocremente estructurada y mediocremente organizada. Durante largo tiempo desempeñan en ella un papel importante las *instituciones de fortuna*. Las relaciones tradicionales de parentesco se degradan en provecho de la familia conyugal; el hecho esencial es que esta evolución afecta a individuos mal preparados para la emergencia de la familia reducida y, de este modo, el mismo cuadro social básico puede presentar deficiencias graves.

Por otra parte, la ciudad moderna es una sociedad *heterogénea*, que impone la coexistencia de elementos que, durante largo tiempo, sólo han mantenido relaciones muy distantes o antagónicas, ya se trate de castas, grupos étnicos o tribus. En tal contexto, aparecen los conflictos entre comportamientos, creencias y géneros de vida. Los estudios comparativos han demostrado que las nuevas ciudades africanas o asiáticas son sociedades debilitadas por un verdadero estado de "vida jurídica". Los sistemas tradicionales de derecho, propios de cada uno de los grupos de población establecidos en la ciudad, no están adaptados a las nuevas condiciones y son, a menudo, incompatibles entre sí; por consiguiente, se debilitan. Por otra parte, sólo lentamente se efectúa la elaboración de un sistema de ordenanzas propio del medio urbano y de un solo sistema de normas válidas para el conjunto de los ciudadanos. Entre esos dos movimientos, se produce un "tiempo muerto" propicio a la aparición de fenómenos derivados de la patología individual y social.

3) *Indicios de desorganización social.* Las diversas manifestaciones de la desorganización social pueden percibirse científicamente estudiando los hechos que desempeñan, en cierto modo, el papel de "reveladores". Entre estos últimos, los que más frecuentemente se observan son la delincuencia juvenil y los comportamientos delictuosos. Son la manifestación y la consecuencia de desajustes existentes en diferentes niveles: de la pérdida de eficacia del grupo familiar, de la inestabilidad y la inseguridad profesionales, de lo precario de la situación económica, etc.

Insistamos sobre dos puntos. La noción de comportamiento delictuoso puede ser ambigua. Tal es el caso de todos los países en que compiten códigos morales y jurídicos, como ocurre en los territorios no autónomos. Los actos reprensibles con relación al sistema de derecho en vigor pueden parecer normales con respecto al contexto tradicional. Así ocurre en Chipre[31], donde los criterios legales de la delincuencia juvenil están en desacuerdo con una cultura que no atribuye al "crimen" un carácter infamante y que, en la educación, deja un lugar a conductas que nos parecen reprensibles. Por otra parte, sorprende el hecho de que los casos de delincuencia y criminalidad no hayan alcanzado, en los países en vías de desarrollo económico, el nivel a que han llegado en los países altamente industrializados. La diferencia es muy marcada, ya sea en Asia, en el Cercano Oriente o en África. Sin embargo, los casos tienden a multiplicarse, como consecuencia del desarrollo industrial y urbano y de los cambios sociales que se operan en gran escala.

---

[31] W. Clifford, *Juvenile Delinquency in Cyprus* (Welfare Department, 1954).

Se impone, pues, la prudencia en el examen de tales fenómenos. La noción de desequilibrios sociales y culturales debe emplearse con precaución desde el momento que la aplicamos a sociedades tan radicalmente diferentes de las que nos son familiares. Demasiado a menudo somos víctimas de una tradición intelectual que nos induce a encarar todo problema partiendo únicamente de nuestros criterios y medidas.

BIBLIOGRAFÍAS

Balandier (G.). *Conséquences sociales du progrès technique dans les pays sous-développés (Sociologie contemporaine*, vol. III, 1954-55).

O.N.U., *Bibliographie des ouvrages relatifs aux méthodes et problèmes de l'industrialisation dans les pays sous-développés* (Nueva York, 1954).

OBRAS GENERALES

Balandier (G.) (bajo la dirección de). *Le «Tiers Monde», sous-développement et développement* (París, P.U.F., 1956).

Motivations et stimulations éconómiques dans les pays insuffisamment développés, (Bul. intern. des Sc. sociales, vol. VI, 3, 1954).

Dumont (R.). *Révolution dans les campagnes chinoises* (París, ed. du Seuil, 1957).

Gourou (P.). *Les pays tropicaux* (París, P.U.F., 1949).

Forde (D.). (bajo la dirección de). *Aspects sociaux de l'industrialisation et de l'urbanisation en Afrique au Sud du Sahara* (U.N.E.S.C.O., 1956).

Frankel (S. H.). *The Economic Impact on Under-developed Societies* (Oxford, Blackwell, 1953).

Hoselitz (B. F.) (bajo la dirección de). *The Progress of Under-developed Areas* (Chicago, University of Chicago Press, 1952).

Institut de Science économique appliquée, *Niveaux de développement et politiques de croissance* (París, 1955).

INCIDI, XXIXe Session d'études. *Le développement d'une classe moyenne dans les pays tropicaux et subtropicaux* (Bruselas, 1955).

Lengellé (M.) y **Cépède** (M.). *Economie alimentaire du globe. Essai d'interprétation* (París, Librairie Médicis, 1953).

Piatier (A.). *Les inégalités du développement démographique et économique (Encyclopédie française*, t. XI; *La vie internationale*, París, 1957).

Salz (B. R.). *The Human Elements in Industrialization. A Hypothetical Case Study of Ecuadorean Indians* (Chicago, 1955).

CUARTA PARTE

PROBLEMAS DE SOCIOLOGÍA ECONÓMICA

1 ECONOMÍA POLÍTICA Y SOCIOLOGÍA ECONÓMICA

JEAN LHOMME Y JEAN WEILLER

1. *Relaciones entre la economía política y la sociología económica*

JEAN LHOMME, PROFESOR EN LA FACULTAD
DE DERECHO Y CIENCIAS ECONÓMICAS DE LA
UNIVERSIDAD DE PARÍS

Genus irritabile vatum... Los especialistas —ellos también— constituyen una raza susceptible. Para convencerse de ello, no hay más que ver la acritud de las querellas que los enfrentan, la atención minuciosa con que establecen las fronteras entre sus disciplinas, la importancia que adjudican a sus respectivas competencias y finalmente, sobre todo, el silencio —la peor forma de la desaprobación— con que rodean a los audaces, culpables de haber infringido la regla sacrosanta de la especialización.

Uno de los objetivos del presente *Tratado* es, precisamente, el de acallar las susceptibilidades y ofrecer a los representantes de las diversas disciplinas la oportunidad de cotejar sus puntos de vista. La vastedad misma de la Sociología y los contactos tan diversos a que la conducen sus desarrollos recientes, todo, invita, pues, a retomar, bajo un nuevo enfoque, varias discusiones, abiertas desde hace poco o latentes desde hace mucho.

En particular, la discusión entre economistas y sociólogos, que plantea interesantes problemas de método y de fondo. A dicha discusión se va a limitar el estudio que sigue, en el transcurso del cual se examinarán sucesivamente: la Economía política, disciplina autónoma; la Economía política, disciplina subordinada, y por último, la coordinación entre la Economía política y la Sociología [1].

§ 1. *La Economía política, ¿disciplina autónoma?* Es regla que toda ciencia acabada de nacer se esfuerza, con singular vigor, por afirmar su autonomía. Las naciones y los adolescentes manifiestan la misma preocupación, que corresponde al fin de cuentas a una vitalidad nueva y que no tiene por qué causar asombro. Puede sorprender, por el contrario, el comprobar que después de más o menos dos siglos de existencia, la ciencia económica esté aún en la edad de las objeciones y de las susceptibilidades. Es un hecho, sin embargo, y merece nuestra atención. Parecería que sólo se puede explicarlo en mérito a un estudio rápido de la forma en que se ha desarrollado el pensamiento económico[2].

---

[1] Jean Lhomme redactó la primera parte (I) de este capítulo. Jean Weiller la segunda (II).

Dos tendencias han coexistido. Una, interpretaba la realidad económica partiendo del individuo, no considerando más que al individuo para fijar los fines a alcanzar y para estudiar los móviles de la acción. La otra se volcaba hacia los conjuntos y trataba, a la inversa, lo que se llama actualmente cantidades globales. Los términos micro y macroeconomía, ya clásicos a pesar de su falta de elegancia, consagran esta oposición.

Ahora bien, si se admite que la Economía política nació con los fisiócratas, es decir, a mediados del siglo xviii[3], es evidente que las dos tendencias mencionadas se han manifestado, desde entonces, de una manera casi constante, sobreponiéndose una a la otra y predominando por turno. Los fisiócratas han creado el estudio macroeconómico. Pero inmediatamente después de ellos, la escuela llamada "clásica", sobre todo con Juan Bautista Say, ha hecho prevalecer un individualismo que por mucho tiempo fue el dogma de la ciencia. Por lo menos de la ciencia oficial, pues al margen de ella se han inscripto autores como Marx que dieron una nueva forma a la macroeconomía. Sin embargo, la obra de Marx hubo de lograr su verdadero alcance sólo a fines del siglo xix. En la misma época, los marginalistas pulían sus fórmulas y proporcionaban a la escuela clásica, un poco falta de aliento, e igualmente un poco embotada, razones inesperadas para hostigar al individualismo. Walras se encaminaba por nuevos senderos, pero su concepción de un equilibrio general sólo parcialmente se oponía al individualismo y parece ser que Walras ha quedado a mitad de camino de una transformación, que hubiera podido ser tan fecunda, de la ciencia económica. Pronto, Simiand proponía su "Economía experimental" y reaccionaba contra el individualismo, sobre todo contra sus métodos.

Sin fijar principalmente su atención en las querellas metodológicas, el siglo xx iba a interesarse más bien en el objeto de la ciencia económica y a orientarse netamente hacia la macroeconomía. Y esto por un doble camino: por una parte, gracias a la herencia de Marx; por la otra, gracias a la obra de Keynes [4]. Sin que los puntos de vista de Marx y los marxistas, ni los de Keynes, hubieran sido adoptados, ciertamente, por todos los economistas, puede considerarse que hoy una gran mayoría se orienta hacia la concepción macroeconómica; la escuela individualista —o, si se quiere, las escuelas individualistas— se ven reducidas a combates defensivos, en los que se distinguen autores como Walter Lippmann, von Mises y Hayeck.

---

[2] Las obras fundamentales son: para el período que va hasta principios del siglo xx, Gide y Rist, *Histoire des doctrines économiques* (7a. ed., 1947); para el período que comienza en 1900, Emile James, *Histoire de la pensée économique au* xxe. *siècle* (colec. Bibliothèque de la science économique, 2 volúmenes, 1955).

[3] Los fisiócratas representan, en efecto, la primera escuela de teóricos dignos de este nombre. En el transcurso de la etapa anterior, digamos en términos generales de 1550 a 1750, los mercantilistas han podido revelarse como políticos expertos, y aun elaborar sobre tal o cual punto, como la moneda, por ejemplo, teorías interesantes, pero no han sabido nunca elevarse hasta una concepción de conjunto de la economía. La misma noción de sistema económico les ha sido desconocida.

Es así como una serie de alternativas muestra que, según las épocas, ha prevalecido el individualismo, o bien el estudio de los conjuntos globales. En cada caso, han subsistido minorías, excepto quizás en la primera mitad del siglo XIX, cuando la escuela clásica triunfaba casi sin discusión.

Ahora bien, de estas dos corrientes en cuestión, existe una, la corriente individualista, que postula, sin lugar a dudas, la autonomía de la ciencia económica [5]. Y eso por dos razones al mismo tiempo.

1) Primeramente, una razón de método. En tanto el individuo permanezca en el punto de partida como en el de llegada de la reflexión económica, mientras sea, por sí solo, actor, móvil y fin, nada conduce imperiosamente al economista a hacer intervenir consideraciones sociales. O, por lo menos, nada lo incita a hacerlas intervenir *a principio*, pues no habría por qué ridiculizar la economía clásica, ni dejar suponer que ella ha limitado todas sus especulaciones al *homo œconomicus*. Solamente después, una vez establecidos los principios, es que los clásicos piensan en sumergir al individuo en su medio. Por consiguiente, las consideraciones sociales sobre el comportamiento del hombre no están excluidas. Pero no intervienen más que a título accesorio y la Sociología aparece sólo para completar y mejorar el razonamiento económico. En estas condiciones, los economistas clásicos están poco inclinados a tener la menor duda sobre la autonomía de su ciencia. Les parece que ella forma un todo y que no tiene por qué unirse a ningún conjunto.

Nada aclara mejor lo que acaba de decirse, que las actitudes sucesivas del marginalismo. Se sabe que los primeros marginalistas, muy sutiles sin embargo, se contentaron con una psicología de las más rudimentarias [6]. Pero se sabe también que sus sucesores [7] tuvieron conciencia de las lagunas que habían sido dejadas por sus predecesores; ellos han hecho un esfuerzo loable para tener en cuenta fenómenos sociales tales como la costumbre, la moda, etc.; y, al perfeccionar, tanto en este punto como en otros, la teoría marginalista, se ha aproximado incontestablemente a la realidad. Su método, a pesar de todo, no los inducía, a semejanza de sus mayores de los años 1870, a tentar alguna integración de la Economía política en la Sociología.

---

[4] J. C. ANTOINE y ANDRÉ MARCHAL han desarrollado ampliamente todos estos puntos que nosotros no hacemos más que tratar someramente. Véase J. C. ANTOINE, *Introduction à l'analyse macro-économique* (col. Bibliothèque de la science économique, 1953, t. I: *Les origines*); y A. MARCHAL, *Méthode scientifique et science économique* (t. I, 1952; t. II, 1955). Para la comparación de la obra de MARX y la de KEYNES, véase J. LECAILLON. *Marx et Keynes devant le pensée économique contemporaine* (Revue économique, Nº 1 y Nº 2, 1950).

[5] Se buscará más adelante, en el § 2, si la proposición que figura en el texto puede ser invertida.

[6] Los primitivos, que intercambian gravemente puñados de arroz por puñados de sal, calculando ganancias y pérdidas, puestos sobre el tapete por tal marginalista, han provocado numerosas ironías. Ha asombrado también ver que la escuela marginalista, a veces, era calificada de "psicológica". Calificación singular, en efecto, pues tantas eran las insuficiencias que revelaba la pretendida psicología en cuestión.

[7] Véase F. PERROUX, *Le-néo-marginalisme* (1941).

2) Otra razón, y ésta de fondo, llegaba al mismo resultado. A pesar del precedente fisiocrático, las cantidades globales seguían alejadas del pensamiento clásico. El salario, es el salario de un obrero, y su determinación resulta del diálogo entre un obrero y un empresario [8]. El ahorro, es asunto de un capitalista (en general) y así sucesivamente [9]. El individualismo, que sigue siendo tan firmemente la base de la teoría en los clásicos, impedía a éstos darse cuenta de qué luces se privaban, y aun de percibir los errores a que se exponían. Proceder por simple adición, decir (o suponer) como cierto para un conjunto económico lo que es cierto para cada una de sus partes, son formas de análisis que en el presente se consideran peligrosas. Si bien todos los autores no las condenan, todos han aprendido a desconfiar de ellas [10]; sabemos actualmente que las conclusiones de la microeconomía no concuerdan necesariamente con las de la macroeconomía y conocemos el carácter original de las macrodecisiones [11]. Pero está bien claro que el hecho de no tomar en consideración las cantidades globales refuerza aún más en los individualistas, la tendencia a mantener la autonomía de la ciencia económica. Después de haber entresacado los motivos de su actitud, insistimos sobre las consecuencias.

Para los individualistas, la Economía política no necesita ninguna ayuda exterior para determinar sus propios límites, para definir el campo de su actividad [12]. Puesto que tiene su método, ella determina su objetivo. ¿Por qué se convertiría en servidora de otra disciplina? Llevaría las de perder, y, ante todo, naturalmente, su independencia; luego, las posibilidades de elección, todavía muy vastas, que le quedan. Además, deben tenerse en cuenta las fechas: La Fisiocracia, primera escuela de economistas, se sitúa en la segunda mitad del siglo XVIII. No se ve claramente qué ciencia se les hubiera ocurrido a los fisiócratas unir a aquella de la cual el *Tableau économique* acababa —¡y con qué brillo!— de echar las bases. A lo sumo a la "filosofía", pero el término tenía entonces un sentido tan amplio e impreciso que englobaba todas las ramas del saber humano. En cuanto a la Sociología, no existía y hay que esperar a Auguste Comte para verla constituirse, es decir, casi un siglo todavía, durante el cual la Economía política pulirá su objetivo, perfeccionará sus métodos y —la señal más clara de sus progresos— producirá en su seno nuevas escuelas. El apogeo del clasicismo se sitúa a mediados del siglo, cuando Stuart Mill publica sus *Principes* (1848); si la Fisiocracia retrocede entonces hacia el pasado, ya han visto la luz socialismos (utópicos, es verdad, en el sentido que lo entiende Marx), sobre todo con Saint Simon y los sansimonianos. Augusto Comte [13] sin duda ambicionará colocar a la Sociología en un lugar predominante con respecto a todas las otras ciencias, pero, ¿cómo la ciencia económica, adulta ya, y consciente —¡demasiado consciente!— de sus progresos, habría aceptado subordinarse a la recién llegada? Las susceptibilidades personales hicieron el resto.

---

[8] Concepción que el legislador de la época revolucionaria introducirá en la práctica. Y todo el esfuerzo de la legislación obrera, en los siglos XIX y XX consistirá en reemplazar el diálogo por una discusión más amplia (véanse las convenciones colectivas).

[9] Sin duda, como lo hace notar Ch. BETTELHEIM (artículo: *Économie politique et sociologie économique, Annales,* julio-septiembre 1948, pág. 269), el capitalismo, entonces reinante, trataba de evitar, además, el análisis de problemas que hubieran acarreado implicaciones incómodas, tanto en el orden político como en el orden social. Pero nos limitamos a las consideraciones relativas a la teoría económica y dejamos de lado deliberadamente sus consecuencias prácticas.

[10] Ch. BETTELHEIM (artículo ya citado de los *Annales,* pág. 278) proporciona dos buenos ejemplos: uno relacionado con el alza de los salarios, y el otro con la influencia de la tasa de interés sobre el volumen del ahorro.

[11] Véase F. PERROUX. *Les macro-décisions* (Économie appliquée, 1949, nº 2).

[12] Es la idea de LIONEL ROBBINS, *Essai sur la nature et la signification de la science économique* (trad. fr., 1947). La obra completa es una de las más interesantes sobre el tema presente. También la de H. GUITTON, *L'objet de l'Économie politique* (col. "Bilans de la connaissance économique", 1951).

Más tarde, la situación se presentará bajo otro aspecto. La economía clásica, conservando aún posiciones oficiales, será derrotada por adversarios llegados de horizontes muy diversos: los marginalistas, los marxistas y, esperando, los keynesianos. Los individualistas conservan la nostalgia de sus éxitos anteriores y el primer fundamento de su táctica, en lo sucesivo defensiva, será mantener la independencia de la Economía política. Todavía hoy se esfuerzan por asegurar el respeto de este principio [14].

§ 2. *La Economía política, ¿disciplina subordinada?* De las dos tendencias en las que se han dividido los teóricos, la tendencia individualista, como acaba de verse, sostiene la autonomía de la ciencia económica. Según nuestro parecer, no se puede invertir la fórmula y la adopción de una concepción macroeconómica no conduce, necesariamente, a hacer de la Economía política una ciencia subordinada. Hay muchas razones en su apoyo: ante todo, la ausencia de toda necesidad lógica para tal subordinación; luego, el hecho de no haber estado dispuestos, ni mucho menos, todos los partidarios de la macroeconomía, a aceptarla. Sin embargo, no se puede dejar de señalar, cuando se examinan las posiciones de los diversos autores, que la actitud macroeconómica implicaría una cierta tendencia en esta dirección. Una "cierta" tendencia, no más, pues ella no es ni unánime ni uniforme. Volvamos sobre estos diversos puntos:

---

[13] Véase R. MAUDUIT, *Auguste Comte et la science économique*, (tesis *Lettres*, París, 1928).

[14] No se impone aquí ningún juicio de valor. Se tendrá en cuenta solamente la opinión emitida por J. WEILLER (artículo: *Déterminismes sociaux et déterminismes économiques,* Cahiers internationaux de Sociologie, 1957, pág. 46): "Si la tentativa de los liberales optimistas ha caído por fin en el ridículo, se debe, sin lugar a dudas, a la pobreza de su análisis sociológico. No se les reprochará tanto el desconocimiento de cierto número de determinismos económicos... como la ignorancia de todos los otros determinismos sociales que debían ser tomados en consideración para conseguir una visión de conjunto". Juicio severo, pero que nos parece, en cierto modo, justificado.

a) Ninguna necesidad lógica conduce a los partidarios de la macroeconomía a hacer de la ciencia que ellos practican una ciencia subordinada. Las cantidades globales pueden concebirse como puramente económicas, no obstante los atractivos en sentido opuesto, de los que nos ocuparemos pronto. Keynes, por ejemplo, maneja cantidades globales (ingresos nacionales, ahorro, inversiones) que corresponden a cálculos susceptibles de ser medidos por medio de la estadística [15]. Ciertamente, la estadística no constituye un criterio suficiente para la "economicidad", puesto que muchos fenómenos sociales [16] dan lugar, en nuestros días, a medidas y observaciones numéricas. A pesar de todo, los millones o miles de millones de unidades monetarias que representan la masa de los salarios, de las inversiones, del consumo, etc., conservan un aspecto, si se quiere, exclusivamente económico. La actitud individualista está rebasada naturalmente (puesto que el fenómeno global, y sólo él, interesa en adelante, al observador), pero la economía, no lo está, o no lo está necesariamente.

b) Sin embargo, importa reconocer que la actitud macroeconómica conduce a menudo a los autores que la adoptan a considerar sin mucha resistencia la subordinación [17] de la economía política. Y también sobre este punto es mejor abstenerse de opiniones demasiado cortantes. Mientras que prácticamente no se encuentra ningún partidario de la subordinación entre los individualistas, los adeptos de la macroeconomía, que admiten al mismo tiempo la subordinación, son sencillamente numerosos. Constituyen sólo una mayoría y, para convencerse de ello, bastaría citar, entre los contemporáneos, a F. Perroux y R. Barre, quienes no parecen dispuestos, ni uno ni otro, ¡a que la menor dependencia trabe a la economía política! [18].

Se ve que trátase de una actitud de conjunto, y menos tajante que entre los individualistas. Sin pretender encontrar, pues, una unanimidad que no existe más, preguntémonos por qué la macroeconomía parece inclinar a muchos autores a mostrarse menos intransigentes con respecto a la autonomía de la ciencia económica.

---

[15] La observación es de Ch. BETTELHEIM (*art. cit.* pág. 270).

[16] Involucrando los fenómenos religiosos, aunque hubieran podido parecer eminentemente rebeldes a toda evaluación cuantitativa. En realidad, los trabajos de G. Le Bras y su escuela tratan de medir, no el sentimiento religioso mismo, sino sus manifestaciones exteriores: la práctica religiosa.

[17] Se verá, más adelante, que el contenido de este término se reduce a medida que se hace más precisa la posición de los diversos autores.

[18] F. PERROUX, que ha contribuido muy especialmente a introducir en Francia la noción de cantidades globales, ha llamado sin embargo la atención sobre el peligro que ella implica y sobre sus insuficiencias. "La visión de las cantidades globales es, para lo moderno, una de las opciones posibles de la teoría y la política económicas y la mecánica de las cantidades globales es tan falaz e insuficiente como la mecánica de las cantidades individuales y de sus precios" (*Généralisation de la General theory*, 1950, pág. 67). En cuanto a R. BARRE, véase su *Économie politique* (col. "Thémis", t. I, y especialmente págs. 16-17).

La misma concepción de las cantidades globales lo explica: se trata de realidades muy amplias, captadas a niveles elevados, como, por ejemplo, el de una nación. ¿Cómo asombrarse de que tales fenómenos se encuentren en contacto con tantos otros, bajo la acción de muchos otros que, a su vez, no son ya forzosamente de naturaleza económica? Sea, por ejemplo, el salario, considerado no como un ingreso individual, ni como el precio de un trabajo, sino como el ingreso de un conjunto dado, el conjunto de los trabajadores. Naturalmente uno se ve conducido a considerar la manera cómo viven los trabajadores gracias a ese ingreso, y a considerar también el hecho de que los trabajadores puedan no encontrar empleo durante períodos más o menos prolongados. En el primer caso, inmediatamente se vislumbra el precio, y con él el nivel de vida: noción cuyo contenido ya no es puramente económico. En el segundo caso, aparece la desocupación y la totalidad de trabajo no suministrada lleva consigo un aspecto económico, sin duda, pero también un aspecto de naturaleza diferente [19]. De todas maneras, el salario, o, mejor aún, la totalidad de los salarios, no podría ser tratada o considerada exactamente como pueden serlo la totalidad monetaria, la totalidad del ahorro, etc. [20], y por encima de todas las consideraciones precedentes, paraeconómicas, sino extraeconómicas, ¿no sería conveniente dar un cuerpo a esta totalidad de trabajadores, hablar de ella como de un ser, en vez de limitarse a hacer de ella un agregado? Como se sabe, ese paso ya se ha dado; Marx indica claramente cómo, en el análisis de los economistas, los conjuntos sociales y las clases, deben prevalecer sobre los individuos. De hecho, los economistas, si siguen tales sugestiones, ¿merecerán todavía que se los llame así? En realidad, importa bastante poco, y estas querellas de lenguaje no abundan casi en los libros de Marx. Lo esencial, es que el contenido de la ciencia económica se enriquezca [21], e, indiscutiblemente, la contribución de Marx con respecto a las clases representa un enriquecimiento; he aquí lo que deben admitir aun aquellos que se niegan a sacar de la noción de clase las consecuencias que han sacado los autores del *Manifiesto comunista.* Es el caso de Keynes; su construcción de las categorías económicas lo lleva hasta el límite de las clases. Pero, a pesar de todo, no ha querido ir más lejos. Para escándalo de los marxistas, prefirió considerar los medios técnicos para salvar, por lo menos por algún tiempo, a ese capitalismo por el que no experimentaba, sin embargo, una predilección especial. Y Schumpeter, sin abrigar más ilusiones que Keynes sobre el capitalismo, adoptará, también él, una actitud reticente con respecto a las clases y a la lucha que entre ellas se entable [22]. Sin embargo, estos autores, Schumpeter sobre todo, están entre los que han contribuido más a crear un vínculo entre la Economía política y otras ciencias, particularmente con la Sociología.

---

[19] Para el desarrollo de todos estos puntos, véase nuestra obra *La politique sociale de l'Angleterre contemporaine* (1953), donde hemos tratado de presentar nociones como las de salario de masa y salario global. Esta última corresponde exactamente a la idea de cantidad global: salarios, teniendo en cuenta su poder adquisitivo (precio) y de empleo (desocupación).

[20] Se podría decir que nos hemos adjudicado la mejor parte al tomar como ejemplo precisamente el salario, fenómeno cuyas implicaciones sociales son muy aparentes. Pero podrían hacerse observaciones paralelas —aunque no de tanto alcance— sobre el ahorro, el consumo, la inversión y la renta nacional en conjunto.

[21] Se leerá en H. Guitton (*op. cit.*, págs. 97 y sigs.) sus observaciones sobre los "temas neutralistas".

c) De hecho, al hablar ya de Sociología, o sobreentendiéndola continuamente, quizás nos hemos anticipado. No se trataba más que de subordinar la ciencia económica a alguna otra ciencia. En efecto, la tendencia existe, pero ha presentado muchos aspectos diversos.

Primeramente se ha considerado la inserción en un cuadro histórico. Sin embargo, a este punto podremos referirnos rápidamente por varias razones: 1º Esa inserción fue obra de la escuela histórica, o de las dos escuelas que se han sucedido bajo este nombre en la Alemania del siglo XIX. Se trata de escuelas hoy visiblemente superadas. Los resultados con que han contribuido a la teoría han sido muy superficiales y se concuerda en atribuir esta pobreza a errores en la concepción misma de la ciencia económica [23]. Los economistas actuales manifiestan respeto y atención por los trabajos de los historiadores de la economía —L. Febvre, F. Braudel y E. Labrousse— y, a la vez, persiguen rigurosamente todo aquello que todavía puede subsistir de "historicismo" en su disciplina. 2º Por otra parte, los historicistas, de Roscher a Sombart, difícilmente podrían figurar entre los adeptos de la macroeconomía. Sus ambiciones se sitúan —se situaban— en planos muy diferentes y lo que se les reprocha es justamente la insuficiencia de sus concepciones teóricas.

En cuanto a la escuela de los institucionalistas [24] se la ha aproximado, a veces, a la escuela histórica. Aquí no hemos de discutir el valor de este acercamiento: derivado o no del historicismo, el institucionalismo no puede ser acusado de la misma pobreza teórica. A lo sumo, el brillo de esta escuela, muy vivo alrededor de 1920, en los Estados Unidos, parece haberse atenuado bastante, en el período más reciente.

Y, finalmente, puesto que la historia está en juego ¿por qué no pensar también en Marx? Todos saben que el marxismo no se presenta solamente como un conjunto de teorías económicas. Se presenta como una concepción aún más general, como siendo, sucesivamente o al mismo tiempo, una metafísica, una filosofía y una sociología. Y como cada uno de esos términos, empleados con significados muy diversos, puede ser discutido, se cree resolver todas las dificultades enunciando el marxismo como una filosofía de la historia, como una sistematización de la historia.

---

[22] Véase su libro, *Capitalisme, socialisme et démocratie* (trad. fr., 1951), en especial la IV parte. Consultar también el interesante comentario de J. WEILLER sobre *L'économie sociologique de J. Schumpeter*, en Cahiers internationaux de Sociologie (1951).

[23] Sobre la crítica de los historiadores, en lo que respecta a su noción de "sistema económico", véase más adelante, en el cap. II, nuestras propias observaciones.

[24] Para este tema véase G. PIROU, *Les nouveaux courants de la théorie économique aux Etats-Unis* (t. II), y *L'économie institutionnelle* (sobre todo los caps. III, IV y V).

No nos engañemos con aproximaciones verbales. Ante todo, Marx es justamente lo contrario de un historicista. Luego, el conocimiento del pasado ha hecho de él un historiador de la economía, pero este conocimiento no tenía, para él, su fin en sí mismo. Debía servir para una interpretación del hombre y del mundo. Es todo cuanto se pueda decir. Por eso, dejaremos sin impaciencia a los exegetas interrogarse sobre el "sistema histórico" de Marx.

Pues, en el fondo, el verdadero debate está en otra parte: la única ciencia a la cual pudiera pensarse en subordinar la Economía política, es la Sociología. Pero, ¿qué se ha de entender por "Sociología"? O, más bien, como sería ambicioso de nuestra parte dar una definición en el plan del presente *Tratado,* preguntémonos de qué Sociología puede tratarse.

a) Si se da al término un significado amplio, englobando el estudio de toda sociedad humana, bajo toda forma, el problema parece resuelto inmediatamente. En efecto, la actividad económica es la actividad de grupos sociales, con el mismo derecho que la actividad moral, jurídica y religiosa. Siendo una "ciencia social", la Economía política sería únicamente una rama de la Sociología.

Solución simple, demasiado simple, y que se arriesga a no pasar de verbal hasta tanto no se haya demostrado cómo y por qué la teoría económica depende de un conjunto, de alguna teoría social [25]; pero no todos los autores se atienen a esta precaución. O todavía más; hasta tanto no se haya constituido un sistema filosófico bastante amplio como para abarcar la totalidad de los conocimientos humanos; en ese caso, el autor que no se dejare acobardar por lo desmesurado de semejante tarea deberá aún asumir la responsabilidad de una jerarquía entre las ciencias. Auguste Comte tuvo esta osadía, asumió esta responsabilidad. Pero, poco escuchado en su tiempo, no lo es mucho más en el nuestro [26].

b) Si, por el contrario, no se hace de la Sociología más que una ciencia paralela a otras (como la Economía política, la historia, etc.), situándola en el mismo plano, la discusión toma un giro muy distinto [27].

En adelante ya no se trata casi de verdadera subordinación; a lo sumo los autores evocan influencias (recíprocas, naturalmente), contactos. Comparan métodos y estudian si alguno merece ser ensayado. Comparan también conceptos y se preguntan si el empleo de uno de ellos, familiar a otra ciencia, no sería provechoso; así el concepto de grupo (grupo social) ha podido tentar a diversos economistas, preocupados por enriquecer el contenido de las categorías tradicionales. Jean Marchal ha hecho, en este sentido, esfuerzos que han provocado reacciones diversas; unas favorables, otras reticentes, algunas netamente hostiles. Y es muy significativo que estas últimas hayan venido de parte de los economistas para quienes la tradición liberal e individualista sigue siendo la más vigorosa[28]. Así volvemos a encontrar la oposición tantas veces señalada en las páginas precedentes: la actitud individualista conduce a los economistas que la adoptan a defender ásperamente la autonomía de su ciencia. Los autores que —sin ser socialistas ciertamente— han roto con el individualismo y se manifiestan partidarios más o menos firmes de la macroeconomía[29], muestran menos intransigencia. Una misma preocupación los anima: asegurar el desarrollo de la ciencia económica. Pero el aislamiento y el encierro les parecen menos necesarios, casi perjudiciales. Creen que al confrontar sus propios resultados con los de las otras disciplinas, la Economía política sólo puede salir ganando. La "atracción sociológica", visible en muchos economistas contemporáneos no traduce otra cosa que una buena voluntad. No es abdicación. Tampoco es renunciamiento. Es, como se ha podido decir, "un interrogante sobre las condiciones en las cuales, en el seno de un sistema o de una estructura... y en el cuadro de una política o de un plan, se interpretan (las) consideraciones de fines y medios; de tal manera que un análisis demasiado limitado, demasiado cuidadoso de no sobrepasar los límites de la ciencia económica, deberá buscar siempre en otras partes complementos indispensables"[30].

---

[25] Tal es la actitud de T. PARSONS; véase su obra *Economy and Society* (1956, en colaboración con N. J. SMELSER). Ya, en una obra anterior (*Structure of social action,* 1937), el autor había abordado el problema. Lo retoma con intención de demostrar que "la teoría económica es una forma particular de la teoría general de los sistemas sociales", la que, a su vez, no sería más que una de las formas de la teoría de la acción (*op. cit.,* pág. 295).

[26] R. MAUDUIT (*op. cit.*), demuestra que las lecturas y los conocimientos económicos de Auguste Comte eran limitados.

[27] Se encontrará una excelente exposición por ANDRÉ MARCHAL, *Méthode scientifique* (*op. cit.,* t. I, págs. 145-160).

Deseoso de conocer y comprender mejor la economía, el economista extiende los límites que su mismo objetivo parecía primeramente haberle fijado. ¿Se le hará un cargo por ello? Desde el momento que toda subordinación propiamente dicha a alguna otra ciencia está descartada, la antinomia que hemos sentado precedentemente se resuelve por sí misma. No hay conflicto entre dos actitudes extremas, la autonomía de la Economía política y su subordinación. La actitud favorable a la autonomía subsiste sola en su integridad. La otra se matiza y a tal punto que traduce simplemente, diríamos, un deseo de ventilación. Los partidarios de la macroeconomía ya no se presentan como derrotistas. En el combate que los opone a los individualistas, no les parece ya tan necesario pronunciarse por la autonomía de la Economía política o por su subordinación. Les basta con ser ellos mismos.

---

[28] Hemos trazado las peripecias, bastante variadas, de esta controversia, en un artículo, *Groupes sociaux et analyse des revenues* (Revue économique, nº 1, 1958).

[29] Por otra parte, está expresamente dirigido contra la macroeconomía el estudio de R. COURTIN, *De l'ambigüité des critères de distinction à la prétendue opposition de la micro et de la macro-économie* (Revue d'Économie politique, nº 1, 1957, págs. 19 a 63).

[30] *Déterminismes sociaux et déterminismes économiques*, art. citado de J. WEILLER, (pág. 58). Por otra parte, toda la conclusión de este trabajo debe ser releída.

Sin duda se vislumbra un término medio entre las dos tendencias, cuya oposición, como acabamos de verlo, es quizás menos absoluta que lo que se podría haber pensado en un principio. Y un término medio no se reduce necesariamente a un insulso compromiso. ¿Economía sociológica o Sociología económica? La oposición, si por lo menos uno se toma el trabajo de precisarla, va más allá de un simple conflicto de palabras. Se la encontrará expuesta en el curso de la segunda parte de este capítulo.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

ANTOINE (J. C.). *Introduction à l'analyse macro-économique*, t. I : *Les origines* (1953, colección « Bibliothèque de la science économique »).

BETTELHEIM (Ch.). *Économie politique et Sociologie économique* (artículo en *Annales*, julio-septiembre 1948) (págs. 267-278).

GUITTON (H.). *L'objet de l'Économie politique* (1951, colec. « Bilans de la connaissance économique »).

JAMES (E.). *Histoire de la pensée économique au XX*e *siècle* (2 vols., 1955, colec. « Bibliothèque de la science économique »).

MARCHAL (A.). *Méthode scientifique et science économique* (t. I, 1952, y t. II, 1955).

ÍD. *La pensée économique en France depuis 1945* (colec. « Bibliothèque de la science économique », 1953).

PARSONS (T.) y SMELSER (N. J.). *Economy and Society* (1956).

ROBBINS (L.). *Essai sur la nature et la signification de la science économique* (trad. fr., 1947).

WEILLER (J.). *Déterminismes sociaux et déterminismes économiques* (artículo en Cahiers internationaux de Sociologie, 1956).

2. *El paso del análisis a la sociología económica*

JEAN WEILLER, PROFESOR DE LA
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS ECONÓMICAS
DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS

Se interpretaría mal el movimiento que, periódicamente, arrastra un gran número de talentos de la *Economía* hacia la *Sociología* si no se recordara el carácter extremadamente tenso de las controversias en cuanto al alcance mismo de las enseñanzas tradicionales. En ciertas circunstancias, ese movimiento puede dirigirse hacia una mayor extensión de las investigaciones económicas que se impregnan cada vez más de preocupaciones sociológicas: tiende entonces hacia una especie de *Economía sociológica* (superponiendo más o menos los campos y en todo caso acercando los métodos de las dos disciplinas). Pero también puede llegar a la constitución, junto a un *análisis económico* que hubiera salvaguardado su autonomía al definirse estrictamente, de una *Sociología económica* que vendría a ocupar el amplio campo de estudios al que la primera hubiera renunciado definitivamente.

El problema no se plantea como en los años de 1830 a 1848, cuando a los ataques de Auguste Comte en su *Cours de philosophie positive,* Stuart Mill respondía en su calidad de filósofo y economista con un cabal enfoque extremadamente comprensivo del papel que podría desempeñar la Sociología reconocida como la "ciencia general de la sociedad" (*A System of Logic,* 1843) pero muy firme en cuanto a la necesidad de mantener una Economía política independiente, que tuviera su campo y sus métodos propios (*Principes d'économie politique,* 1848). Actualmente el problema se ha hecho mucho más complejo, está muy lejos de poder ser resuelto y es difícil prever en qué sentido lo será.

Existe siempre un cierto entrecruzamiento de los diversos órdenes de preocupaciones. En su más reciente definición, la de su lección inaugural en la cátedra de *Análisis de los hechos económicos y sociales* en el Colegio de Francia, en 1955, F. Perroux ha creído poder definir la *Economía* como *saber científicamente controlado que analiza y reduce las tensiones entre los hombres* y precisar que esas tensiones surgen *en el esfuerzo colectivo por acondicionar racionalmente todas las energías cósmicas al servicio de todas las energías que merecen ser llamadas humanas.*

Inmediatamente se advierte en esta definición el más claro deseo de un ensanchamiento del campo del análisis económico. A primera vista, no hace más que precisar una fórmula anterior propuesta por el mismo autor: "La Economía es la ciencia del acondicionamiento oneroso del mundo exterior". Pero así nos encontramos muy alejados de las concepciones neoclásicas, que definiciones aparentemente cercanas se habían esforzado por consagrar. Retomemos la definición de L. Robbins en su *Essai sur la nature et la signification de la science économique* y recordemos esas reflexiones que conservan su autoridad: "A pesar de lo que hagamos, si elegimos una cosa, debemos renunciar a otras que, en circunstancias diferentes, hubiéramos querido no haber abandonado. La pobreza de medios para satisfacer fines de importancia variable es una condición casi general del comportamiento humano... La Economía es la ciencia que estudia el comportamiento humano en tanto la relación entre los fines y los medios escasos de uso alternado... la persecución de los fines escapa a su análisis...".

Se puede admitir, por otra parte, juntamente con Stuart Mill y Lionel Robbins que la definición de una ciencia no hace más que "circunscribir, como los muros de una ciudad", un conjunto *ya existente,* aunque esta concepción del urbanismo haya conducido a muchos errores. Pero se tiene el derecho de preguntar por qué, desde un *punto de vista que se consideraba "ortodoxo",* parecía antes —y parece todavía muy a menudo hoy— que no hubiera que englobar en la definición de la *ciencia* o del *análisis* más que una porción de las preocupaciones tradicionales del economista del siglo XIX. Luego, podremos juzgar mejor las condiciones actuales de una búsqueda más audaz, pero que se quiere mantener siempre rigurosamente científica (aun cuando, como en la definición de François Perroux, se prefiere hablar de "saber científicamente controlado" para marcar la diferencia entre el estado presente de nuestra disciplina y, por ejemplo, el de la física teórica. Retomando el movimiento hacia adelante se perciben ya bastante nítidamente los "nuevos edificios" que vendrían a ubicarse en el marco de una definición más amplia, teniendo presente la necesidad de reducir las tensiones comprobadas. ¿Pero en qué medida esos edificios serían de carácter sociológico?

I

Hacia fines del siglo XIX, el sesgo de la *Economía política* dentro de los límites de una disciplina estrictamente científica había tenido razones muy complejas y perfectamente válidas. Desde hace algún tiempo, se discierne mejor lo que puede ser el resultado durable de este reflujo, históricamente necesario, hacia una *Economía depurada,* liberada de las sobrecargas doctrinales de la enseñanza tradicional. Se comprende también cómo, una vez alcanzado el grado del conocimiento desinteresado, haya sido posible sobrepasarlo. En 1874, Walras había considerado expresamente el desarrollo del pensamiento económico, no sólo dentro del marco de la *Economía pura,* sino también al nivel de la *Economía aplicada* y aun al de la *Economía social* (en la que podría realizarse la reconciliación, en general rechazada en su época, de los *fines* socialistas y los *medios* liberales). Sólo la primera foja del tríptico —la Economía pura— había sido conservada en la teoría *neoclásica.* Pero el análisis moderno recorta el conjunto de las preocupaciones que así se habían expresado: Lejos de desdeñarlas, se esfuerza por guiar las *Políticas económicas.*

A) *Las consecuencias del retroceso anterior,* hacia una economía "depurada" y "analítica". En todos los grados del pensamiento económico contemporáneo (como lo han indicado claramente los teóricos de la *Econometría*) el análisis, de ahora en adelante favorecerá a las formas de expresión matemática. En sus principios, el problema epistemológico no es aquí muy diferente del que han tenido que discutir ya los sociólogos y no habría razón para confundir por completo las razones generales de la transformación profunda que experimenta actualmente la *Economía política* con la *matematización* cada vez mayor de un cierto número de sus relaciones fundamentales.

Hemos citado deliberadamente la definición de Robbins que indica claramente el giro al que debemos atenernos todavía. Anterior a la obra de J. M. Keynes —y por lo tanto al recurso deliberado de conceptos agregativos (tales como *renta nacional, ahorro o inversión global,* etc.), del predominio que acaba de subrayar aquí J. Lhomme, de la *macroeconomía* (no retomaremos pues este punto esencial)— esta definición había sido muy presionada por el éxito, desde fines del siglo pasado, de las respectivas enseñanzas de Walras y Pareto, por una parte (en lo que concierne al *equilibrio general*) y de Alfred Marshall, por otra (sobre los *equilibrios parciales*), enseñanzas todas igualmente expresadas bajo forma matemática abstracta.

Hace cincuenta años, nadie, ni aun entre los teóricos más audaces, dudaba de que los estudios económicos continuarían revistiendo formas muy diversas (históricas, estadísticas, sociológicas tanto como psicológicas...). Así, no se podía aceptar en general la tendencia de Simiand por las exclusiones que este último creía poder decretar, en nombre de la sociología durkheimiana, contra toda "economía conceptual"; por el contrario, se habían aceptado sus estudios de las *fluctuaciones económicas* entre las obras que, debido a una feliz utilización de los instrumentos estadísticos, contribuían, entre otras, a la renovación de la ciencia (y esto, en una forma más inductiva, más "experimental").

No existe ninguna razón —en esta materia como, por otra parte, en Sociología— para no admitir la diversidad de los caminos de acercamiento, de los métodos y de los instrumentos de análisis. A este respecto bastará con remitirse a la obra póstuma de J. Schumpeter, publicada en 1954, con el título de *History of economic analysis,* donde se destacan ante todo tres grandes componentes en la formación de nuestra disciplina —*la historia económica, la estadística* y la *teoría*— a las que el autor pronto agrega una cuarta, la *sociología económica*.

En realidad, si nos remontamos a las discusiones de fines del siglo XIX, comprobamos que dos posibilidades mayores parecían entonces ofrecerse a todos aquellos que, por una u otra razón, se veían obligados a desechar la doctrina tradicional de la *economía liberal*.

Una de las dos posibilidades había sido tomada por Marx, que creía poder apuntalar científicamente el socialismo *partiendo del análisis económico,* pero *sobrepasándolo* y abriendo camino, mucho mejor que Auguste Comte, a la *sociología económica*. Sin embargo, Marx pretendía llegar mucho más lejos y no es aquí donde podríamos retomar una discusión sobre las ambiciones de la *praxis*. Recordemos solamente que el debate escapa así a las competencias respectivas del economista y del sociólogo y debe orientarse resueltamente en el plano de la crítica filosófica. Sin embargo, muchos de aquellos que no aceptan el marxismo en su totalidad han pensado, abierta o subrepticiamente, que podrían pedirle prestado instrumentos de estudio o fragmentos de análisis: entonces el problema debe considerarse dentro del marco de la segunda hipótesis.

La otra posibilidad se identifica, en efecto, con la ambición más modesta de todos aquellos que, por razones de método tanto como a consecuencia de un desacuerdo ideológico, se han rebelado contra la ortodoxia del *liberalismo económico,* mientras se esforzaban por conservar o renovar lo esencial del análisis clásico de la realidad social.

A menudo, este aspecto decisivo ha sido mal comprendido, a causa de la persistencia frecuente de las viejas preocupaciones, más allá de los nuevos imperativos, de un conocimiento científico de alcance estrictamente limitado. Habría que haber roto definitivamente con la concepción, presentada a principios del siglo XIX por J. B. Say, de una ciencia a la vez *natural* y *moral, descriptiva* y *normativa* —a la que se debía la rutina de las "leyes que se vengan" en cuanto el Estado pretende intervenir. No se podía pensar todavía (antes de las grandes guerras, las crisis y las revoluciones del siglo XX) en retomar la idea de Bacon según la cual se podría, por el contrario, "triunfar sobre la naturaleza" con tal de obedecerle, lo que hubiera justificado inmediatamente la idea de una "intervención conforme"; habrá que esperar el momento en que, después de esta fase transitoria de repliegue hacia la *economía pura,* surja, en el plano epistemológico, la conciencia de la diversidad de los recursos del análisis. Pudiendo situarse a diferentes niveles de abstracción, el análisis podrá quebrantar las distinciones demasiado rígidas de los neoclásicos.

Convendría recordar aquí el favor muy grande de que disfrutaran a comienzos del siglo "las historias de las doctrinas económicas" cuya ambición había sido diferente. Mientras que los teóricos de la *economía pura,* permaneciendo de acuerdo con los economistas liberales para dedicarse al análisis de una *economía de mercado,* generalmente con *competencia perfecta* y sin *intervención gubernamental,* pretendían cercenar toda interpretación doctrinal, otros autores habían descubierto un antídoto cómodo para la tiranía de la *ortodoxia* de *laissez faire:* el de oponer doctrina a doctrina, sugiriendo una falsa dialéctica idealista entre dos grandes polos de opiniones divergentes (liberalismo y socialismo).

Se comprenden los servicios prestados así a la explicación del pasado —y de un pasado relativamente reciente, aquel en que la consigna de no-intervención no permitía más que una gran alternativa de aceptación o subversión total de un "sistema" denunciado y luego justificado bajo el nombre de *capitalismo*— por esas oposiciones de requisitorias y alegatos que deliberadamente van más allá del simple análisis. Este análisis falto de aplicación práctica de cierta envergadura (a consecuencia del doble rechazo de la *intervención* por el liberalismo neoclásico y del *reformismo* por el socialismo revolucionario) se presentaba como una especie de explicación doctrinal trunca —y todavía no podía retener bastante la atención de los sociólogos. Y sólo ocurrirá algo diferente después de la "gran depresión" de los años 1929-33 cuyos efectos se han prolongado hasta la segunda guerra mundial (en 1936 el aspecto teórico fue señalado en la obra principal de Keynes, *Théorie générale de l'emploi, de l'interêt et de la monnaie.* Se restablecerán entonces para la economía política las perspectivas de toda búsqueda científica, alternativamente desinteresada y práctica, pura y aplicada, y a menudo simultáneamente orientada hacia la explicación general y la eficacia política.

Entre tanto, prosigue, sin embargo, el esfuerzo para situar el análisis en su verdadero terreno. Se admite la legitimidad de las críticas que, sobre todo los sociólogos, hicieron contra aquellos que se obstinan en querer *hacer decir demasiado* a la economía política, y a menudo sin tener en cuenta los progresos realizados por otras disciplinas: justificar una *conciliación institucional* (en vez de "presuponerla" simplemente), exaltar las virtudes de un "sistema" o un "régimen" que sólo se pretende considerar como el *marco* en el que se desarrollan las reacciones económicas de *corta* o *larga* duración (desde ahora en sentido muy a menudo abstracto —y no más histórico— de los perfiles de períodos del análisis económico), y, finalmente, a veces *fijar* una situación provisional por no haberse precisado suficientemente una cercanía sociológica.

Desde 1890, Alfred Marshall había llamado la atención sobre los "parásitos" de la ciencia económica. Le parecía bien limitar el objetivo de esta ciencia a los "asuntos ordinarios de la vida:... la adquisición y el uso de las cosas materiales necesarias al bienestar". Quizás haya mucha cordura en no desviarse de esta actitud, por lo menos *mientras no se trate de cerrar el camino a nuevas búsquedas.* Y en este contexto, se involucra la reflexión más reciente de Lionel

Robbins: "La economía no proporciona por sí sola ninguna solución a ningún problema importante de la vida".

B) *Los impulsos nuevos*: de la teoría general a las *políticas económicas* y a los *planes.* Sin embargo, ¿habrá que limitarse definitivamente, como los mejores teóricos de los alrededores de 1890 o 1910, al campo de la economía neoclásica (esencialmente, a los cálculos de *valoración máxima de las satisfacciones individuales, de equilibrio de la firma y de asignación de los servicios productores* en función de las únicas consideraciones de *escasez* y de *rendimientos relativos*)?

Bastante paradójicamente, ciertos discípulos de la *escuela psicológica austríaca* —aún hoy un von Mises o un Hayek— pretenden, *a la vez,* limitar rigurosamente el campo de la ciencia económica, en la que siempre ven una muralla contra los ataques del socialismo, y negarse a la penetración de las otras *ciencias sociales* en el terreno así abandonado (lo que sin duda podría tener un resultado contrario a las intenciones tan abiertamente manifestadas). A pesar de la importancia de una controversia epistemológica que exigiría largos desarrollos, podemos aquí limitarnos a comprobar que una división relativamente simple del trabajo intelectual habría podido, en efecto, establecerse si la economía hubiera renunciado definitivamente a considerarse *política.*

Ahora bien, no ha sucedido nada de todo eso —y aquí conviene tener en cuenta el segundo aspecto, señalado en los hechos por la crisis de 1929 y su continuación en la *gran depresión* (y en la historia del pensamiento económico por la publicación de la *teoría general* de Keynes, en 1936). La aceptación progresiva, aun fuera de la Unión Soviética y las democracias populares, de la necesidad de una ejecución de *políticas económicas diversificadas y coordinadas,* de intervenciones sistemáticas ("conformes" o no) y aun de programas y planes de inversión y desarrollo, han permitido encontrar para el análisis económico *un vasto campo de aplicaciones prácticas.* Al mismo tiempo se veía confirmada la eficacia, por lo menos relativa, de una disciplina confundida durante mucho tiempo con la doctrina justificativa de un "sistema" o un "régimen".

Sin embargo, el movimiento de retroceso hacia lo que Walras llamaba *economía pura* había permitido transformar, mucho más de lo que a menudo se piensa todavía, el sentido mismo de la búsqueda económica. Se habían forjado mejores *instrumentos de análisis* en este terreno privilegiado. Habiéndose liberado del compromiso doctrinario, la economía política estaba pronta a adaptarse a nuevas exigencias; habiendo repudiado el *laissez faire,* ante todo debía ser estimulada por la diversidad de las políticas económicas a ser auxiliadas. En este sentido, se podría citar una serie de estudios importantes en el transcurso de los años recientes. Es por eso que, de ahora en adelante, para muchos autores, lo esencial del análisis debía hallarse en los instrumentos de que dispone. Marshall suponía todavía, en 1890, que ellos no hacían más que secundar al *buen sentido* en los razonamientos económicos. Para Schumpeter, en la *History of Economic Analysis* (publicada en 1955), lo que distingue a la ciencia económica del conocimiento de sentido común, es precisamente el de ser *a tooled knowledge,* un conocimiento con instrumentos.

Así cabría representarse al economista de hoy trabajando siempre sobre una base exigua, pero dispuesto a emprender, en una u otra dirección, alguna exploración nueva. Para él, el primer punto sería saber para qué se podrían aún utilizar los instrumentos de análisis que hubieran demostrado su valer. Se puede hacer notar también la extensión de los estudios más matematizados fuera del campo tradicional de la economía política —ya se trate, por ejemplo, de la *estrategia de los juegos* o de la *búsqueda operacional.* Pero estos ejemplos de aplicación atrevida del método matemático no deben ser considerados aisladamente. La expansión se hace en un cierto sentido —partiendo de un terreno ya explorado por la búsqueda desinteresada (matemáticas abstractas "que formalizan" los conocimientos adquiridos) hacia otros terrenos, algunos de los cuales se le escapan por definición (con la aplicación de nuevas técnicas de contabilidad, de gestión y de previsión, el recurso a los medios de la cibernética, a todo lo que controla, calcula y combina automáticamente...). Por otra parte, la insistencia sobre la importancia de ciertos instrumentos no debe hacer olvidar los progresos efectuados en otros campos del conocimiento, y a veces gracias al empleo de esos mismos instrumentos.

No discutiremos, pues, aquí las condiciones en las cuales nuevos *instrumentos de análisis* han podido servir al desarrollo respectivo de la economía, la psicología o la sociología. Más importa comprobar el resultado que es un entrecruzamiento, a menudo imprevisible, de esas líneas de desarrollo de las diversas disciplinas. Para los neoclásicos de las *escuelas marginalistas* de fines del siglo XIX, si lo esencial de la teoría económica debía restringirse a tal punto que no subsistiera más que un estudio del cálculo individual de la *satisfacción máxima* al precio de la *pena mínima,* no es por falta de haber concebido muy ampliamente, al comienzo, el objetivo mismo de la *economía política.*

Por el contrario, si nos remontamos a las definiciones dadas por Adam Smith en 1776, en su *Recherche sur la nature et les causes de la richesse des nations,* nos habría seducido lo que más tarde se desechó prontamente como la supervivencia de un *mercantilismo* precientífico: la idea de hacer de nuestra disciplina "una rama de los conocimientos del legislador y del estadista" que se proponen "proveer al pueblo de un ingreso o una subsistencia abundante". Por mucho tiempo rechazada como fuera de uso, en el presente esta concepción despeja el terreno de predilección de la economía moderna, tal como ella se afirmó sesenta años más tarde, en la *Théorie générale* de Keynes.

Dejamos de lado todo cuanto se ha dicho y repetido sobre la necesidad de una definición más *científica*: acotemos solamente que el mismo Walras hubiera sido muy indulgente a este respecto para con la definición de Smith. El paso a la *economía aplicada* no lo amedrentaba.

En el intervalo es necesario admitir la influencia restrictiva de una doctrina esencialmente individualista —sobre la orientación del pensamiento económico, una vez desvanecida la preocupación por el "espectro malthusiano". El temor al marxismo ha debido desempeñar también un papel importante, sobre todo el recelo a ser llevado a discusiones sociológicas en las que el economista liberal no tendría la última palabra. De todas maneras, fue necesario esperar hasta cerca de los últimos veinte años para que se rompiera la alianza con una psicología estrictamente individualista —la del *homo œconomicus* (que quizás después de todo, no sería más que una hipótesis simplificadora, relativamente legítima, pero harto apremiante).

Y podríamos demostrar, también aquí, que el ensanchamiento del campo de la *ciencia económica,* tal como ella podía ser lo más estrictamente concebida por los neoclásicos, estaba implícita en las mismas definiciones que ellos habían conservado. Se había llevado al extremo la preocupación por la objetivación —se había pasado, después de haber tomado en consideración las *actividades económicas* más o menos localizables concretamente, los comportamientos o actitudes identificables a los ojos del sociólogo y decretados como los únicos verdaderos "objetos" de la ciencia económica, a lo que todavía podría ser el *objetivo* exclusivo de esas actividades, comportamientos o actitudes.

Hace ya mucho tiempo que se ha dicho: "Las riquezas" (pero, ¿qué *bien* o *servicio* debía ser considerado como tal y cómo precisar la *relación de valor para el hombre* así involucrada?). A partir de entonces, se insistió sobre las *necesidades* a satisfacer o el *bienestar* material (Cannan), hasta *esa parte de bienestar que puede directa o indirectamente medirse en moneda* (definición de Marshall, rectificada por A. Pigou)... Como lo ha observado Gaëtan Pirou, en 1939, el recurrir a la noción de necesidad concluía por "dar a la economía política un campo demasiado vasto si se involucran todas las necesidades, demasiado restringido si se las limita a algunas". Pero, felizmente, los equívocos que subsistían dejaban el paso libre de la microeconomía a la macroeconomía, de las concepciones individualistas del *máximo de satisfacción* a las tentativas de medir la *ventaja colectiva* (a las teorías modernas de las *economics of welfare*), de la negativa de intervención a los *programas de previsión y a los planes de desarrollo.*

C) *Las dificultades de cooperación* y el paso a la *sociología económica.* —¿Se puede decir que este movimiento —o, mejor, estos movimientos multiformes— que han llevado al pensamiento contemporáneo hacia una *reconstrucción* de la economía tradicional y hacia la *anexión de nuevos campos* para exploraciones de carácter metódico (conocimiento con instrumentos)— hayan contribuido realmente a abrir el paso *(o los pasos)* hacia la *sociología económica*? Algunos, como André Marchal, no sin razones verdaderas, lo han pensado, pero más especialmente para el *pensamiento económico francés desde 1945,* mientras que las corrientes dominantes, sobre todo en los países anglosajones, evitan llegar a eso; quedando aún esquivar, si no franquear, escollos muy serios.

Antes de examinar detalladamente este muy difícil problema, quizás fuera conveniente hacer notar por qué *hemos preferido partir de las interpretaciones más rigurosas de la tarea del economista,* antes que intentar nacer, una vez más, el balance de las tentativas, más generosas y más audaces, de quienes, desafiando el conformismo de los autores de definición, las oposiciones de método y los peligros de cualquier confusión de géneros, han propuesto lo que todavía se llama generalmente una "doctrina económica".

Pasando resueltamente más allá de la limitada zona de sus certidumbres científicas, pero siempre *partiendo del campo de los conocimientos económicos,* los grandes doctrinarios del siglo XIX parecen haber seguido la marcha del pensamiento que uno se esfuerza hoy por retomar en otros planos. ¿Por qué, pues, con excepción manifiesta de la obra de Karl Marx, de la que ya hemos tratado de mostrar el verdadero alcance y de la que tendremos ocasión de hablar muchas veces —las obras llamadas de *doctrina económica* no han contribuido más a la edificación de una *sociología económica*? ¿Por qué preferimos todavía despojar a la economía política de todos esos aportes *extracientíficos* o *extraeconómicos* toda vez que tratamos de restablecer el vínculo entre economistas y sociólogos?

1º La lectura de obras de *historia de las doctrinas económicas,* en particular de aquellas que respondieron a una necesidad incontestable de la época de transición, a comienzos del siglo XX —las de Gide y Rist o, en Bélgica, de Héctor Denis— habrá hecho comprender las razones profundas de las tentativas de los autores que tuvieron una visión más amplia y supieron franquear las barreras, no sólo de los prejuicios y del conformismo de la época, sino también de las disciplinas de enseñanza. Pero la naturaleza de esas tentativas (con excepción del marxismo) no era tal que pudiera proveer recetas duraderas como para permitir avanzar a otras disciplinas. A menudo, los historiadores de las doctrinas han citado y comentado autores, no porque hubieran sabido renovar la obra científica de los economistas de su tiempo, sino porque contrarrestaban la *ideología* de éstos, hacían contrapeso a su *individualismo* (reformadores sociales, socialistas y comunistas "utópicos" de la primera mitad del siglo XIX, a su *internacionalismo liberal* (sistemas de economía nacional y proteccionismo de expansión a la manera de List o Carey...). Se oponían a una *racionalidad económica* puramente hedonista, excluyendo otras tendencias, grupos de instinto o pasiones (tentativas de Fourier, Veblen, etc., que desembocaban en la *Social psychology,* de Mc Dougall) tanto como a los *actos de voluntad* (la crítica hecha en 1900 por B. Croce a

Pareto hubo de ser retomada recientemente con vigor por un economista, León Dupriez).

La originalidad de cada uno de los "adversarios" se opone a la generalización de sus respectivos designios y hace inevitable, en cada generación, la reincidencia de la enseñanza en la huella de una "ortodoxia". Sus obras han marcado, a menudo, más un *punto de llegada* de reflexiones sobre la economía que proporcionado un *punto de partida* a estudios sociológicos. En todo caso, no han permitido establecer vínculos duraderos entre unos y otros. Un Saint Simon sin duda ha dado el impulso a Auguste Comte, que, por otra parte, había sido su secretario. Un Sismondi ha inspirado una crítica de la economía política, apelando, a la vez, a una profundización del análisis económico (concerniente a los efectos del maquinismo, las crisis y el régimen capitalista) y a un examen del *cuadro institucional* (derechos de propiedad, libre contrato, ausencia de garantía social...). En la segunda mitad del siglo XIX, sólo el marxismo supo canalizar el trabajo de análisis crítico al servicio de una concepción revolucionaria del devenir social.

2º Si la doctrina de los economistas liberales conserva una posición privilegiada, no es sólo por el hecho de aceptar la situación económica existente —de lo que los adversarios denunciaban como la consecuencia de un "sistema", en el sentido relativamente "concreto" e histórico del término, o de un "tipo de organización", en un sentido más abstracto y conforme a las exigencias de una *tipología* que convendría discutir desde el *punto de vista sociológico.* Ello también se debe a que dicha aceptación ha permitido efectivamente el estudio metódico de un vasto campo de la realidad social.

El paso del análisis a la sociología económica no permitirá hacer obra científica más que en la medida en que sea posible efectivamente el enlace entre análisis realizados según métodos diversos y en planos de abstracción diferentes. En esta espera, los doctrinarios han tenido que recurrir a artificios de ninguna manera despreciables y acudir a la filosofía o al razonamiento de *buen sentido.* De una manera más general, todos los recursos de un conocimiento *no científico* continuarán siendo necesarios, ciertamente, aun luego de los progresos que en la actualidad se tiene derecho a esperar y de la formación de "disciplinas limítrofes". Éstas no se podrán emplear de la misma manera que en el siglo pasado.

A raíz de la controversia entre Auguste Comte y Stuart Mill, el problema de la absorción de la economía política por la sociología se había planteado, sin duda, de una manera abrupta y que no concordaba en absoluto con las concepciones actuales de la autonomía de las diversas disciplinas. Pero otras consideraciones habían intervenido. Por una parte, Comte había denunciado la esterilidad de una economía política abstracta y "metafísica" que desconoce las condiciones de un estudio positivo de los fenómenos sociales "profundamente conexos". Por otra parte, Mill había sabido indicar las dificultades metodológicas de una reconciliación entre la *ciencia general de la sociedad,* que, considerada irreductible a la psicología, debería apelar a un "método deductivo inverso", y una *teoría económica* que a pesar de todo había demostrado sus méritos y hasta había realizado un avance considerable. De hecho, debido al empleo de procedimientos de abstracción y deducción, esta teoría permitía "generalizaciones útiles", por lo menos si esas generalizaciones "se referían a una forma de civilización dada y a un momento del progreso social"...

Actualmente, la diversidad de los medios de investigación y de los instrumentos de análisis, sobre la que hemos insistido, tiene una doble consecuencia. Vuelve caduca la oposición metodológica indicada por Stuart Mill, en 1865. Por el contrario, tiende a multiplicar las dificultades de tránsito en el interior de una misma disciplina (se comprueba un *no braidge,* una especie de *impase,* entre las concepciones fundadas en la medida individual del "bienestar" y la de los *new economics of welfare,* en la búsqueda del *beneficio colectivo*). Y estas dificultades se vuelven a hallar en los *planos de análisis* de esta disciplina, tanto como en los señalados en sociología general; es así que no se ve bien cómo poder utilizar y transponer las "cantidades globales" de la *macroeconomía* en cuadros y con perfiles completamente diferentes, ya sea los de las *formas de sociabilidad,* o bien los de la *macrosociología.*

En resumen, de acuerdo a las condiciones de acercamiento indicadas por G. Gurvitch, el análisis económico y las búsquedas sociológicas tienen continuamente el mismo *campo,* que es la explicación de la realidad social total, y sus *objetos* respectivos se entrecruzan (véase la figura de los círculos secantes), pero los *instrumentos, procedimientos* y *métodos* empleados por una y otra parte tienden hacia una muy grande diversificación. Esto vuelve mucho más complejos que antes los problemas de acercamiento, cooperación o fusión de disciplinas que están a su vez en camino de fragmentación. En la época de la *economía clásica,* el esfuerzo de los "doctrinarios" consistía en aunar reflexiones *apodícticas* y fragmentos de teorías *hipotético-deductivas* con observaciones estadísticas elementales, con consideraciones históricas y filosóficas o, con esbozos sociológicos. Casi siempre se operaba una trasposición a un nivel mucho más "concreto", considerado como el del *sentido común.* Si en lo sucesivo dejamos de lado la fase neoclásica (de 1870 a 1940, aproximadamente) que marca un retroceso que hemos subrayado particularmente al comienzo de este estudio, comprobamos, a primera vista, una impotencia fundamental para reconciliar *axiomáticas* diferentes, si no opuestas o rivales. ¿Cómo superar este grave obstáculo?

No serviría de mucho, según nuestra opinión, tratar de precisar por anticipado el papel de una *sociología económica* cuyos contornos están muy lejos de haberse establecido. A este respecto, sin duda sería fácil una concordancia de principios entre economistas de diferentes tendencias; es así como R. Barre aprueba plenamente a Ch. Bettelheim cuando éste considera la sociología económica como el medio de precisar "en qué condiciones históricas y estructurales las diferentes leyes económicas están llamadas a actuar y, por consiguiente, a dar a la economía política cuerpo y eficacia a la vez".

Pero bastará con hacer notar cuánto desconfían los economistas de hoy de la expresión "ley económica" y (como hemos tratado de explicarlo recientemente) de la concepción del *determinismo* que habían adoptado los economistas clásicos para comprender que tal precisión es más aparente que real. El economista contemporáneo, contrariamente a lo que se había preconizado, no sin razón, en la fase de transición neoclásica, que era también una fase de liberación de la ciencia de la empresa del *liberalismo económico*, reclama para sí mismo el derecho de hacer gran parte de ese trabajo de adaptación del análisis a una *situación* o a una *proximidad.* No renuncia a tener en cuenta ni aun a rendir cuentas de una transformación *histórica,* a precisar el verdadero significado social de un "equilibrio" o de un "desarrollo", hasta de un "progreso económico", a estudiar los "límites estructurales" o las *preferencias de estructuras* y las *líneas de evolución estructural* (con tal de determinar bien, cada vez, el alcance de un esfuerzo de comprensión metodológicamente definido).

El flujo o el reflujo de una u otra disciplina es lo que determinará las zonas de cooperación entre economistas y sociólogos y el entrecruzamiento de sus preocupaciones nos parece más bien un signo favorable. Vacilaríamos en saludar como un progreso decisivo la constitución de la *sociología económica* como una rama diferente del saber si fuera a costa de un renunciamiento del economista a toda iniciativa en el sentido de la *economía humana,* o de la *economía social* (en el sentido dado alguna vez a esta expresión) o aun si no se tratara más que del resultado casi mecánico de la tendencia actual hacia una fragmentación excesiva de las investigaciones, hacia el desmenuzamiento del saber, y la sustitución de disciplinas rigurosamente especializadas y simplemente yuxtapuestas a las tentativas de síntesis inspiradas por la ambición de los "doctrinarios".

II

Hace veinte o treinta años, entre las dos guerras, la *sociología económica* hubiera podido señorear, más fácilmente que hoy, en el campo de la *historia de las doctrinas* y, transformando profundamente sus perspectivas, poner en evidencia aspectos de la evolución de las *sociedades globales* a los que la mayoría de los economistas sólo habían concedido una atención fugaz. Sorprendía encontrar, a través de los sobresaltos del "capitalismo liberal" (derrumbes monetarios, y desequilibrio de las relaciones internacionales, crisis de 1929 y depresión mundial de los años 1930, etc.), lo fundado de ciertos temas marxistas. Al mismo tiempo se acentuaban los errores, lagunas o insuficiencias de las interpretaciones admitidas generalmente por los discípulos de Marx hacia 1914 o 1930, las de la "ley de concentración", de "la eliminación de las clases medias" o del "carácter catastrófico de las crisis".

Pero, de una manera general, entonces sólo fueron considerados esos pocos temas marxistas (y sus interpretaciones de principios de siglo, vinculadas a las polémicas entre Kautsky y Bernstein, y también a los comentarios menos ortodoxos de Arturo Labriola y Georges Sorel). Reaccionando *contra la influencia de Marx,* a la que se habían referido mucho y muy explícitamente, escribirán ciertos escritores de la segunda "escuela histórica", tales como Sombart, en Alemania, o, más tarde, un teórico de la "escuela austríaca" como Schumpeter, en la última parte de su carrera en los Estados Unidos (pero entonces, con un desplazamiento significativo, en el transcurso mismo de la segunda guerra mundial). Estos últimos autores habrían aportado las contribuciones más significativas a lo que se podría llamar una "economía sociológica" (sobre lo que hemos insistido bastante, por otra parte, en lo que respecta a Schumpeter).

No nos corresponde investigar por qué, a pesar de los esfuerzos que se han hecho para situar mejor "el" o "los" factores económicos en la evolución de las "sociedades industriales" para dar su lugar a los aspectos económicos de la realidad social o al intentar una tipología de estructuras económicas, la sociología no parece haber aportado, en el transcurso del mismo período, contribuciones notables a este respecto. Quizás, por este lado, y ante la amplitud de las perturbaciones en curso, se había tomado rápidamente conciencia de la necesidad de un cambio de rumbo, o, por lo menos, de una subdivisión de los problemas que debían ser sometidos a un examen metódico: se había abandonado, por lo menos provisionalmente, todo lo que podría tener apariencia de "filosofía de la historia".

Quizás también la influencia de Max Weber había ya neutralizado, bastante, la tentación del marxismo. Otros autores, por el contrario, habían creído poder adherirse sin reservas ni nuevas rectificaciones —o por lo menos sin otras rectificaciones que las aportadas por Lenin— insistiendo sobre el *materialismo dialéctico,* la táctica revolucionaria y, sobre todo, de acuerdo a nuestro punto de vista, con la *teoría del imperialismo* (involucrando ésta una verdadera subversión de perspectivas con respecto a la concepción tradicional, marcadamente nacional, de los *antagonismos de clases,* que seguía siendo forzosamente la de Marx). Pero, en conjunto, se trata de un doble reflujo —de los sociólogos tanto como de los economistas—, reflujo netamente acentuado después de la segunda guerra mundial y que se ha realizado hacia análisis distintos, perfectamente delimitados y cada vez más subdivididos, abandonando la ambición de "decir todo" de la sociedad global, de "profetizar" o hasta, más sencillamente, de seguir la evolución de conjunto de ningún "sistema" concreto. Cabría dar otras razones, muy valederas para ello, sobre todo en el plano metodológico, después del fracaso de las dos "escuelas históricas alemanas" (véase la contribución correspondiente de J. Lhomme, cap. II de esta sección del *Tratado*, sobre la *sociología de los sistemas, regímenes y estructuras económicas*).

Sin lugar a dudas volveremos a encontrar, después de muchos rodeos y con otro cariz, los problemas de evolución que no han cesado de preocupar a las conciencias contemporáneas, en las controversias de actualidad. Y no es menos verdad que, desde 1945 hasta estos últimos años, la cuestión realmente importante parecía ser la de una cuidadosa elección doctrinal abstracta y definitiva entre dos tipos de "sociedades industriales" o de "sistemas económicos" aparentemente inmutables, elección total, excluyendo toda consideración de transformación eventual, una vez establecido el "gran cisma" (véase nuestro artículo *La doctrine économique à l'heure du choix*, 1948). Hubo un apartamiento de la *historia de las doctrinas económicas*, con la multiplicidad de sus *utopías* de sustitución, la diversidad de las transformaciones localizadas en el seno de un mismo "sistema" o un "mismo tipo de organización", el lugar dado a lo *accidental* y a lo *irracional*, etc. En lo sucesivo, esta orientación podrá parecer bastante anacrónica y se ha visto fomentar el movimiento inverso hacia la especialización. Economistas y sociólogos han profundizado estudios a diferentes niveles de abstracción y ahora, para nuestros análisis de la realidad social, debemos admitir, en ciencia económica, la interpretación de Georges Gurvitch de los diferentes planos en profundidad.

Se podría temer, a causa de esta desmultiplicación de las búsquedas emprendidas aquí y allá, después de la ruptura de las síntesis *históricas* tradicionales y una vez admitida la gran diversidad de los *métodos y caminos de acercamiento* respectivos, la imposibilidad de reconciliar los puntos de vista de sociólogos y economistas cada vez más especializados.

Ahora bien, podemos observar —y hasta mucho más claramente que antes— un gran número de *puntos de unión eventuales* entre las preocupaciones de unos y otros. Pero la *necesidad de una delimitación no ha sido concebida de la misma manera en el interior de las dos disciplinas*, y ésa será, en lo sucesivo, una de las mayores razones de la dificultad de una síntesis de los puntos de vista, por lo menos en vías de análisis. Nos limitaremos a algunos ejemplos significativos (remitiendo, para el intento de abordar el problema de manera diferente, a nuestro estudio precitado, *Déterminismes sociaux et déterminismes économiques*).

A este respecto, es interesante retomar, con nuevo ánimo, el estudio histórico de una *doble tradición doctrinal* (clásica y marxista) y de las consecuencias actuales de las rupturas de tradición.

1º Consideraremos, primeramente, las enseñanzas de la *economía política clásica*. Hemos indicado hasta qué punto la coincidencia entre la explicación *científica* y la palabra de orden *doctrinal* estaba confundida. Si hubiéramos situado esta consideración a *nivel de las demostraciones teóricas de conjunto* propuestas efectivamente por los grandes economistas ingleses en la primera mitad del siglo XIX, ¿qué hubiéramos descubierto? Lo que se ha llamado muy exactamente *sistema ricardo-malthusiano*. Es la *presión* de la población quien ordena, en este sistema clásico, las exigencias de producción y distribución, la contribución territorial en aumento, la miseria de los asalariados (con la teoría de un *salario mínimo* o salario de subsistencia, que se transformará en "ley de bronce" en la propaganda vengadora de un F. Lassalle) y, por lo mismo, la *ley de la tendencia a la baja de la tasa del interés o de la ganancia,* que Marx relacionará más tarde con las condiciones de formaciones de la plus valía y del desarrollo respectivo del *capital constante* y del *capital variable* en el seno de las empresas... Ya no es necesario insistir en el detalle de las explicaciones clásicas que en las condiciones en las cuales el sistema ricardo-malthusiano ha sido barrido *a la vez* por la ráfaga de optimismo de un liberalismo liberado de la preocupación malthusiana (desde 1840, en Francia y, por otras razones, en los Estados Unidos) y por la crítica marxista de un capitalismo *avaro*, si no "bárbaro", términos opuestos, estos dos, que en Europa fueron aclarados hace ya más de un siglo.

Pero, lo que se podría preguntar actualmente, es en qué medida la *hipótesis de trabajo malthusiano* (o casi malthusiano) —que estaba muy lejos de ser un postulado de economía pura, y que ha podido ser excluida fácilmente, pero no sin perjuicio del grueso de las demostraciones neoclásicas— debería ser restablecida en una época como la nuestra, en que la presión demográfica, después de haberse relajado más o menos rápidamente en *Europa occidental* y en los países de población europea, se manifiesta tan brutalmente en *el resto del mundo.* Actualmente, ya lo sabemos, los problemas de equilibrio demoeconómico, que están en el punto de unión de las dos ramas de estudio del *fenómeno social total* (y, sobre todo, porque esta conjunción implica muchas otras) exigen, para ser resueltos prácticamente, la intervención de la reflexión sociológica, la ayuda de la etnología, de los estudios de política interna y de política internacional, etc.

Sin duda, *retrospectivamente*, y después de la lectura de obras especializadas, se podría suponer que las ideas sobre el crecimiento de la población (de Cantillon o Townsend, tanto como de Malthus) hubieran podido conducir a una serie de demostraciones económicas y sociológicas mucho más sumarias que las recogidas por los discípulos de los clásicos. Bastará con comprobar que, actualmente, los estudios concernientes a *países subdesarrollados* y en vías de crecimiento demográfico rápido, o de superpoblación, han dado un nuevo impulso a las investigaciones tanto sociológicas como económicas del crecimiento, en especial a las de elevación de los *niveles de vida* y de los progresos de la industrialización. Y todos sabemos ya que las cuestiones fundamentales establecidas simultáneamente por las reivindicaciones de *independencia nacional* y por la creación de vínculos nuevos de *interdependencia económica* (zonas monetarias, mercados comunes, etc.), tanto como por el juego de las *ayudas internacionales* (financieras, técnicas o militares...), no permitirían *aislar definitivamente* los aspectos económicos de los otros aspectos de desarrollo.

Partiendo de estas comprobaciones, podríamos continuar fácilmente la revisión de otros problemas contemporáneos. Así es como, sobre todo para los países llamados subdesarrollados y en vías de expansión demográfica, se ha proseguido con el ajuste de nuevas técnicas de análisis económico. Partiendo de los cálculos de las tasas de inversión nacional juzgadas necesarias (para mantener un cierto *nivel de vida* o para asegurar su progresión regular), encontraremos, a pesar de un acrecentamiento de población previsible, búsquedas concernientes a los *coeficientes de intensidad del capital* según las ramas de actividad, las *tasas de rendimiento,* anticipadas por industria y, por último, los *programas y planes de desarrollo, de inversión o de modernización.* A este respecto, se podría demostrar fácilmente cómo las preocupaciones más recientes se enlazan con las que se habían manifestado tiempo atrás en condiciones históricas diferentes y en planos muy distintos del análisis económico: búsquedas keynesianas, proseguidas a raíz de la persistencia de la gran depresión en los países de capitalismo evolucionado, estudio de las condiciones de reconstrucción y de restablecimiento de las corrientes internacionales de intercambio luego de la segunda guerra mundial (sobre todo, con el plan Marshall) y, más generalmente, de la prosecución sistemática de los cálculos de valuación de los ingresos nacionales y el ajuste de las *contabilidades sociales.*

2º Pero aquí nos creemos obligados a insistir en la *impasse teórica* que se han hecho deliberadamente los economistas contemporáneos que han seguido la sugestión de Colin Clark. Para llegar a un cotejo de los ingresos nacionales en *el tiempo y en el espacio,* han aceptado, no solamente una serie de *conceptos operacionales,* tornados necesarios por la subdivisión en "conjuntos globales", sino que, sobre todo, han debido admitir la hipótesis de trabajo de la permanencia, por lo menos aproximativa, de ciertos *criterios de precio y de ingresos gastados* (dicho de otra manera, de la persistencia de los *gustos* y de los *valores relativos* de los productos en los diferentes países y en el transcurso de períodos de mayor o menor duración). Esto es cierto, cualesquiera que sean las divergencias en las que se podría insistir, tanto en contabilidades nacionales del tipo soviético como en las de los países occidentales. Sin embargo, así habían sido violadas las prohibiciones que los discípulos de los economistas clásicos —y, otro tanto, los de Marx— habían tratado de respetar escrupulosamente, no sin poderosas razones.

A) Para comprenderlo bien (e igualmente en vista a una reiteración de la discusión que se manifestará inevitable tarde o temprano), deberíamos encauzarnos en largas explicaciones. Se trata de un problema que constituía lo *esencial del pensamiento clásico,* pero que actualmente ocupa tan poco lugar en nuestros manuales que parece haberse vuelto anacrónico: es el problema del *valor,* tal como lo expusieron Adam Smith o Ricardo, y que luego fue retomado y traspuesto, si no metamorfoseado, por Marx.

Habría que recordar, ante todo, por qué los "neoclásicos", con el *marginalismo*, han conseguido hacer admitir, a fines del siglo XIX, otra explicación. Esta última —la explicación marginalista— habrá sido necesaria para la reconstrucción de la *teoría económica* al abrigo de las controversias doctrinarias. A este respecto ha permitido el ajuste de una nueva axiomática, puramente *subjetivista*, reveladora de elementos esenciales del *cálculo económico*, pero, en cambio, poco susceptible de incorporar la experiencia concreta en el mayor número de sus manifestaciones de carácter colectivo *(macroeconomía)*. Y así es como nos sentiríamos tentados de desviarnos hacia las recientes discusiones concernientes a la imposibilidad del tránsito de las teorías de la *utilidad marginal* y del *máximo de satisfacción individual* a las del *bienestar* o del *beneficio colectivo* (comprobación del *no bridge*). Ello nos conducirá a un punto de unión *entre consideraciones económicas y extraeconómicas*, en una de las ramas más abstractas de la economía contemporánea *(economics of welfare)*. Limitémonos a consignarlas al pasar.

En cambio, si, remontando hasta las controversias de la época clásica, nos preguntáramos qué es lo que podría haber constituido el prestigio duradero del concepto *valor-trabajo*, verificaríamos, precisamente, la posibilidad de una respuesta en un muy alto nivel de abstracción. Tal *noción permitía un análisis económico, sin duda, todavía bastante primitivo* (determinación de una *relación de intercambio* suficientemente estable y significativa), pero a la que se podía vincular todo el conjunto de los problemas más complejos de una contabilización global (y de larga data). Y la unión debía establecerse así con *consideraciones de diversos órdenes, tanto filosóficas como sociológicas.*

Ciertamente era satisfacer una de las ambiciones mayores de una ciencia que no sólo se consideraba normativa sino que se atenía a una cierta lógica de la *conceptualización* (más tarde, como lo hemos indicado, Simiand creerá poder denunciar *la economía conceptual* de los clásicos). De acuerdo a esta ambición de los autores del siglo XIX, a pesar de una serie de *paradojas* a formular convenientemente (y sobre las cuales todavía insiste notablemente D. Villey), la clave de la solución habría de encontrarse *partiendo de la noción más comprensiva.* Para muchos puntos de vasto alcance sociológico —y que el *análisis moderno* descarta inexorablemente— los teóricos de hoy, si han conservado una formación clásica (o marxista), podrían esperar todavía el reencuentro de este aspecto: el medio de abrir un cierto número de *pasos* entre las dos disciplinas. Sin embargo, en lo general, hay resistencia a reabrir un debate con premisas tan ambiguas.

No subsiste menos la atracción ejercida sobre otros, además de los economistas, por la noción *valor-trabajo*. En Francia, un gran número de ensayos filosóficos recientes lo demuestran suficientemente. Sin duda, *sociológicamente*, esta atracción aún prevalecería frecuentemente sobre las objeciones neoclásicas. Influye legítimamente toda vez que se cree estar en presencia de una situación en la que: 1) *el trabajo de los hombres* permite adquirir solamente lo que es considerado, *por la opinión más generalizada*, como un *mínimo de subsistencia* irreductible; 2) la justificación de los otros ingresos se inspira todavía más en el *derecho de propiedad* de los instrumentos de un trabajo colectivo que, en el *espíritu de empresa*, haciendo surgir nuevos productos gracias a combinaciones inéditas, o bien, sobre todo, en la *capacidad de organizar vastos conjuntos* que exigen calificación técnica y jerarquización, y en la que, por último, 3) los ingresos privilegiados no aparecen ligados a ninguna contribución verdaderamente penosa para el acrecentamiento de la renta nacional, mientras que el "trabajo" parece haber conservado su significado original de verdadera "tortura". Entonces, el vínculo entre *valor-trabajo* y *plus-valía* no se encuentra más que en la evidente *explotación* del trabajador y se imponen las interpretaciones de un "socialismo romántico" al mismo tiempo que una explicación simplificada de las condiciones de distribución del producto social.

Desde un punto de vista *estrictamente económico*, la idea de valor-trabajo no tenía más que un alcance mucho más limitado y completamente operacional. Es el alcance, que encontramos en todo el pensamiento clásico en el siglo XIX, de una *medida* aproximativa pero objetiva, y tanto más preciosa cuanto sigue siendo precaria. *Paradójicamente*, en efecto, este valor desaparece con el acrecentamiento de la productividad (dicho de otra manera, con la baja de los *costos reales de producción*). Paralelamente, por otra parte, en términos neoclásicos, no ha hecho más que disminuir la utilidad marginal de bienes, vueltos relativamente más abundantes. De ahí, la primera conclusión, siempre válida, según la cual no se puede llegar jamás a una *totalización* realmente significativa de los valores. Los estadísticos encuentran incesantemente esta verdad fundamental, sobre todo, a raíz de confrontaciones sobre la larga duración que hacen intervenir productos diversificados cuyos precios relativos habrán variado *a la inversa de los progresos técnicos realizados respectivamente en los diferentes sectores o ramas de la economía.*

Por el contrario, otra conclusión, más seductora, aparecerá como demasiado simplista. Hacia mediados del siglo XIX, los *liberales optimistas* (que fueron los verdaderos precursores *de los teóricos de la abundancia* de alrededor del año 1930) habían exigido demasiado a la *paradoja de Lord Lauderdale* o a la idea de J. B. Say sobre una conversión de las *utilidades onerosas* en *utilidades gratuitas*. Razonando torpemente sobre las cantidades globales, hacia 1848-49, tanto Bastiat en Francia como Carey en los Estados Unidos, confiaban en una "ley general" de *degradación del valor* que conducía automáticamente de la "carestía" a la "gratuidad", de la "propiedad" a la "comunidad". Los análisis modernos, por el contrario, insisten sobre los cambios que sobrevienen en la *estructura de los precios y los ingresos* y en la de la *riqueza nacional*. Conducen a ubicar esta extrapolación demasiado optimista —y el viejo debate de *economía conceptual* que está unido a ella— en límites que, para el sociólogo, permiten acercamientos útiles.

B) En cuanto al cotejo en extensión, una reflexión por menos cuidadosa que fuera llegaría bastante rápidamente, después de un rodeo análogo por la teoría del *valor económico*, a una *sociología de los valores* que colocaría a esta ultima, según los medios socio-culturales, en la tipología de los *valores afectivos, estéticos, morales o religiosos.* Y esta comprobación justificaría aún más, si fuera necesario, la cooperación de las diversas disciplinas para el estudio de las condiciones del *desarrollo económico y social.*

Históricamente, una clasificación sumaria de los países según la importancia de sus respectivos presupuestos nacionales, evaluados de acuerdo a Colin Clark, en *unidades internacionales* (dólares con el poder adquisitivo de los años 1924-1933), quizás sea comprendida, a nivel del trabajo del experto. Si se consigue, es en la medida en que cualquiera otra serie de criterios corroboran el mismo diagnóstico: el de un esfuerzo de desarrollo a emprender aproximadamente en un sentido análogo al seguido antes por los países juzgados económicamente poco evolucionados. En todo caso, se observa la concordancia de conjunto de otros *puntos de referencia* tales como los del *analfabetismo*, de las *condiciones de salubridad, de posibilidades de vida al nacer,* etc., y quizás también de *régimen político...*

Entonces, un cuadro de clasificación, manifiestamente equivocado si se tratara de establecer en realidad una jerarquía de los países en función de tales evaluaciones monetarias globales, podría ser juzgado como teniendo un "valor operacional" suficiente. Pero es así como se producirá un deslizamiento de la controversia de un plano a otro del análisis. El cotejo, en otros tiempos, filosófico y de resultado *negativo,* al tomar en consideración diferencias cualitativas entre los *géneros de vida* y los *tipos de civilización,* ya depende solamente de las técnicas de contabilidad y elaboración estadística. Pero, no siempre ha sido destacado el alcance muy provisional y simplemente utilitario de estas últimas. Aunque así sea, se comprende la violencia de ciertos contraataques. ¿Quién pensaría en imponer a todos los pueblos no sólo, como dice J. Nef, "la búsqueda de la cantidad", sino, sobre todo, la de *las mismas cantidades* de bienes de los países que encabezan la clasificación, sin "eliminación de lo que no es esencial" (en el sentido pleno del término) ni "adición de lo que lo es"?

Desde todas partes, el *análisis económico contemporáneo,* estrechamente limitado en su esfuerzo de comprensión, aparece, en cambio, como lo hemos hecho notar precedentemente, estimulado en el camino de los riesgos *estadísticos,* de las proezas de *formalización matemática,* de las tentativas multiformes de la *econometría* y de la búsqueda operacional. Pero atrae, así, el contrapeso de un pensamiento sociológico *que no estaría, él mismo, sometido a deformaciones del mismo orden.*

3º El escollo consiste en que ya hay una multiplicidad de planes *cada vez más diversificados,* entre los que se fragmenta este análisis. En cada uno, se encuentra la necesidad de compensar, prolongar o verificar lo que ha sido establecido desde un punto de vista estrictamente económico. Lo esencial, para un autor de formación clásica, aparecía reunido en una discusión conceptual relativamente simple y condensada en algunas *proposiciones apodícticas.* He aquí una enseñanza actualmente dispersa en diferentes niveles por búsquedas en las que cada una ha construido su axiomática y elegido sus instrumentos de análisis a raíz de preocupaciones de *carácter operacional.* De lo que podemos darnos cuenta fácilmente partiendo de antiguas controversias sobre el valor *—y de reflexiones contemporáneas sobre los valores—* lo comprobaríamos por otros conceptos tradicionales, como, por ejemplo, el de "nación": se conoce el carácter esquemático de la definición, retenido, por la escuela ricardiana, pero era a la *nación* concreta tal como era conocida históricamente —y científicamente recelada de diversas maneras por las otras disciplinas— a quien se aplicaba evidentemente este esquema clásico. Se verificará también esta comprobación para los conceptos clásicos de *empresas* o *clase social.*

De este modo, no es arbitrario que se intente retomar de manera sistemática, partiendo de un análisis de *grupos sociales* contemporáneos, la *teoría de la distribución* y que se haya podido recientemente, a este respecto, referirse al esfuerzo realizado por Marx en el siglo pasado. En efecto, si se rompe con la tradición neoclásica hay que remontarse hasta el análisis de Marx para ver establecerse la estricta unión entre el concepto sociológico de *clase* y el concepto económico de *factor de la producción* (véanse los *Deux essais sur le Marxisme,* de Jean Marchal, y nuestro comentario en la revista *Critique,* citado más adelante). El modelo parece tanto más válido cuanto que el análisis moderno, situándose deliberadamente en el plano *macroeconómico,* se vincula, así como la *plus-valía* marxista, a la distribución de una *riqueza nacional bruta,* obtenida colectivamente. Surgieron varias objeciones al no pensar más los modernos, a ejemplo de los marginalistas, en recomponer la masa a distribuir en elementos distintamente "imputables" a cada uno de los factores. No insistiremos aquí en esta discusión, sin duda nada esclarecedora; pero el que esta visión global sea *sociológicamente* mucho más satisfactoria —así como muy generalmente aceptada en *teoría moderna—* no facilita el acercamiento de los puntos de vista y las hipótesis de trabajo. El estudio de las diferentes *categorías* —económicas o sociales— para las que se plantea el problema de la distribución están muy lejos de coincidir, y de allí, han surgido otras objeciones aparentemente más importantes a los ojos del sociólogo.

Pero, precisamente, esta no-concordancia de las *categorías e hipótesis simplificadoras* de las disciplinas estrictas que se alejan así del modelo marxista obliga urgentemente a un nuevo trabajo de acercamiento sistemático.

Sería necesario profundizar aún más el estudio de los procedimientos respectivos del análisis económico y de la sociología contemporánea. Al intentar distinguir los diferentes niveles teóricamente localizables, descubriríamos generalmente, muy diversamente combinados en las enseñanzas económicas tradicionales: a) *elementos de ideología; mitos* o ideas motoras, extraídos de la tradición del liberalismo y a menudo también de la del socialismo; b) un *modelo abstracto* que se vincula al *funcionamiento corriente* ("corto período" o "período infracorto") o a las *adaptaciones finales* (después de tomar en consideración, ya sea fluctuaciones concretas de mayor o menor amplitud, o bien un conjunto de "tiempos de reacción" diversificados). Habría que agregar, a menudo: c) una *utopía directora*; d) un *modelo histórico* surgido de la observación de regularidades estadísticas, y e) *reglas de conducta* —o *reglas de juego*— que se vinculen a una *práctica*, a la elaboración de una *política económica general* (pudiendo llegar hasta la planificación autoritaria del conjunto de las actividades y combinaciones productivas), o de *políticas económicas parciales* (de técnicas de intervención "conformes", de planes de inversión o de programas de desarrollo más o menos flexibles...).

4º Aunque parezca bastante paradójico, no es en el momento que se toman decisiones fragmentarias de *política económica* —así fueran las que surgen de un plan autoritario— que se plantea más claramente el problema sociológico. Un cálculo de carácter estrictamente económico nunca hubiera podido efectuarse sino una vez que se hubieran establecido ciertos *fines*, elegido ciertos *objetivos* y respetado toda una serie de *reglas* que dependen, en efecto, de otras disciplinas. Pero este cálculo es el objeto de un tipo de análisis estrictamente específico y que representa por lo general en la actualidad lo esencial de las preocupaciones del economista.

Consideremos una intervención particular (en el *mercado de los productos*, por ejemplo, o en el de los *servicios productores* —o aun en el *mercado de cambios*, etc.). Cualesquiera que hubieran sido las influencias *extraeconómicas* que hayan guiado la reflexión del economista, éste debe resolver directamente en su propio terreno. Juzga desde el punto de vista de la coherencia de conjunto de las relaciones de producción e intercambio y de la *compatibilidad* de esta decisión con otras, del mismo orden o de orden diferente. (Es la necesidad, indicada en la definición de F. Perroux, de *reducir las tensiones*.)

En lo que concierne a los *planes* o *programas* de *inversión* y *desarrollo económico*, se encuentra una separación muy marcada de los géneros que deja al análisis económico su autonomía y sus propios instrumentos. Es así como existe una especial responsabilidad de aquellos que deciden sobre las importancias relativas para acordar a los acrecentamientos de las *producciones agrícolas* y al de las *producciones industriales* (o sobre las diferentes ramas de unas y otras), sobre la parte respectiva de los *bienes de inversión* y de los *bienes de consumo* (cálculos de los coeficientes de intensidad del capital, mientras que se preocupa de las *tasas de inversión* y de las *tasas de rendimiento*, y esto no sólo en forma global sino por sectores y ramas, etc.) y, además, sobre el volumen de las importaciones y las exportaciones... A este respecto deberíamos tener en cuenta una serie de ajustes recientes que conciernen, en especial, al alcance de las *contabilidades nacionales* y sus empleos, sea para el establecimiento de diferentes tipos de planes, o bien, por lo menos, para el empleo de una serie más o menos estrictamente coordinada de *intervenciones gubernamentales.*

Al mismo tiempo que los límites precisos del análisis económico, se perfilan los contornos de otras preocupaciones. Ciertos problemas siguen siendo todavía, a menudo, de la competencia del economista, *pero ya no son más de su exclusiva competencia.*

Las nociones así utilizadas tienen, sin embargo, como designio la medida de esas relaciones únicas; eventualmente, ellas no pueden interesar al sociólogo más que traspuestas en un cuadro diferente. Es preciso, entonces, recurrir a otros elementos de estudio que, a su vez, están destinados a permitir la localización de "determinismos" de naturaleza a menudo diferente.

III

Y aquí se arriesga la suerte de *una sociología económica* que ha logrado consistencia y rigor. Su papel ya no sería sólo el de criticar o completar una *historia de las doctrinas* del tipo tradicional, o de ser auxiliar en el transcurso de la elaboración y del empleo de los instrumentos del *análisis* moderno. En una cierta etapa, una cooperación más estrecha entre economistas y sociólogos se hace necesaria: de esta cooperación puede surgir, sobre todo en las condiciones actuales de la especialización de las búsquedas, una tercera disciplina que conquiste progresivamente su lugar como rama particular de la sociología.

Para retomar el estudio de las *doctrinas* que se habían enfrentado en el transcurso del siglo XIX, pero que no cesan de renovar su contenido y de ejercer una profunda influencia, debemos tener en cuenta los progresos de la sociología y de los estudios que de ella derivan —en particular, de la *psicología social* y de la *sociología del conocimiento.* Sólo entonces estaríamos capacitados para rectificar o diversificar los criterios de apreciaciones que ya no pueden ser solamente de racionalidad económica, como en las "historias de las doctrinas" antiguas.

Aún con mayor retroceso, nos vemos llevados a distinguir cada vez más netamente: 1) lo que surge del *pensamiento económico* de un solo *autor*, preocupado por aportar una *síntesis personal* y sin duda influenciado por una "proximidad" en sus opciones fundamentales y en sus *juicios de valor*, pero deseoso de escapar a las presiones de las "ideologías" de clase o de grupo; 2) lo que acontece a las *interpretaciones doctrinales* cuando son empleadas corrientemente en las manifestaciones de "opinión", "profesiones de fe" o testimonios de "conformismo" más o menos pasivos (debiendo, entonces, vincularse el estudio al de las formas de sociabilidad), y, por último, 3) el papel "mítico" del *compromiso doctrinal* en los grupos activos que persiguen un fin de consolidación o transformación de las estructuras existentes (bajo reserva, por otra parte, del carácter todavía muy a menudo pasivo de las *mitologías* así liberadas).

Sea lo que fuere, hemos visto cómo el análisis económico ha conquistado hoy en día un alto grado de independencia. Para las formas más recientes del pensamiento económico, el estudio sociológico de las influencias que intervienen en la elaboración de las diversas teorías, y a raíz de su difusión, debe orientarse diferentemente. En la actualidad, cuando los economistas se interesan cada vez más por las políticas ejercidas *en el interior de un "sistema"* —y cuando existe efectivamente por lo menos una *dualidad de sistemas concretos*— los problemas no son ya los mismos que los de los tiempos en que una de las *doctrinas* se esforzaba por mostrar la coincidencia entre sus normas y la realidad existente, mientras que la otra polarizaba todas las formas de crítica, de protesta y, por último, de esperanza de transformación revolucionaria.

En lo sucesivo, cada una de estas doctrinas intenta inspirar más o menos directamente ciertas realizaciones, propugnar ciertas formas de intervención "conformes" a la lógica de un sistema, y, sin embargo, una y otra (actualmente también la doctrina liberal, registrada en el cuadro de un capitalismo organizado y de tendencias monopolísticas) *toman distancia* y se vinculan más bien a "tipos ideales" que a realidades concretas. ¿No sería interesante, en presencia de las indeterminaciones reveladas por las nuevas problemáticas, establecer para la explicación de los "sistemas concretos" una cooperación efectiva entre economistas y sociólogos?

Volverá a planteársenos la misma cuestión en lo que concierne al estudio de las condiciones del *crecimiento económico* en el seno de uno u otro "sistema", pero a través de estructuras cambiantes que alteran, transforman y, por último, quizás "sobrepasan" la lógica reconocida generalmente. Bajo este punto de vista, muy espontáneamente, las búsquedas económicas recientes —tan diferentes, por otra parte, de las de Rostow o Parroux, si no de las de R. F. Harrod o Domar— tienden a integrar más aún las consideraciones sociológicas.

a) No hay por qué insistir aquí en las consideraciones de *sistemas, regímenes* o *estructuras económicas* (véase el capítulo siguiente de J. Lhomme). Solamente indicaremos que el éxito obtenido en el transcurso de los años de posguerra por una tipología como la del economista alemán Walter Eucken (cuya obra esencial data de 1940) se ha debido precisamente al empleo de criterios "puramente económicos" para la definición de *tipos ideales*, tales como la *economía dirigida del centro* o la *economía dirigida de la periferia* (economía de relación o de mercado, pero con la distinción entre mercado abierto o cerrado, competencia o formas monopolísticas y oligopolísticas, etc.). Limitada a esos "tipos puros", que recuerdan la influencia de Max Weber, esta clasificación no excluye, sin duda alguna, otras más antiguas, y, tarde o temprano, para las unas y para las otras, las condiciones "extraeconómicas" recobrarán su importancia. Se diversificarán y destacarán nuevamente de los contornos históricos de los cuales, durante un cierto tiempo, su importancia se pudo reducir al mínimo o se los había supuesto definitivamente fijados; entonces la sociología recuperaría sus derechos al mismo tiempo que la historia. *Volens nolens,* se encuentran ya incesantemente las exigencias específicas de *tipos concretos de organización,* para estudiar en *perspectiva de evolución* y en un *contexto sociológico* diversificado.

Por lo demás, ¿no hay contradicción entre esta obstinación en una explicación que insiste en los esquemas ideales de sistemas económicos y la tendencia cada vez más frecuente en negar toda relación simple entre "infraestructura" y "superestructura"? ¿Qué alcance atribuir, pues, a esos únicos "tipos"? La oposición entre dos "mundos" que invocan en su favor *sistemas económicos* violentamente opuestos no permite omitir el estudio histórico de sus caracteres actuales (manifiestamente "impuros" desde el punto de vista de esta tipología ideal), ni el de las condiciones de sus evoluciones concretas hacia otras formas (igualmente "complejas" e "impuras"). Necesariamente sociológica, la enseñanza de los *sistemas y estructuras económicos* tiende a apartarse cada vez más de la primitiva simplicidad de una verdadera elección, abstracta y definitiva, análoga a la que ya hemos recordado.

b) ¿Tal enseñanza no tiende, precisamente, a integrar una "dinámica de las estructuras" que continúa la antigua ambición de las "dinámicas sociales", muy bien puesta de relieve por Antonelli en sus más recientes trabajos? A este respecto, debería apelarse a búsquedas de carácter mucho más concreto. Habría que recordar la dependencia entre las antiguas teorías de las crisis, luego, las de los "ciclos económicos", las interpretaciones recientes y menos rígidas de las *fluctuaciones económicas* (desechando la idea de periodicidad regular, el estudio de *correlaciones múltiples* y el tomar en consideración el juego de políticas *"anticíclicas"*) y, por último, el análisis de un *acrecentamiento* equilibrado o armónico. Otra orientación del pensamiento que tiende a reunirse con la precedente, prolonga el estudio de las condiciones particulares de los países juzgados "subdesarrollados" o "a desarrollar" e insiste en un gran número de consideraciones omitidas en las antiguas *teorías del desarrollo económico,* neoclásicas o marxistas, concebidas para países de capitalismo evolucionado.

c) Convendría detenerse más en estos últimos aspectos, aparentemente nuevos, pero quizás decisivos para los progresos de una sociología económica. El *tercer mundo* "a desarrollar" sobrepasa los esfuerzos de clasificación simplista. Manifiestamente está en jaque la tipología de las "formas puras". Los dos "mundos" o "campos" antagónicos, de contornos dibujados más o menos netamente, están listos a enfrentarse en esos países o regiones que están todavía en un grado de evolución muy cercano a la economía de subsistencia. Y sin embargo, parecía probable una *conciliación* de fórmulas opuestas, de *técnicas de intervención* a emplear —si no una *reconciliación* de las doctrinas adversarias y de las recetas de organización a proponerse. Dosificaciones o combinaciones que no es fácil prever conducirán a menudo a situaciones que se juzgarán políticamente difíciles si no "explosivas" y crearán tensiones que parecerán a veces socialmente insoportables. Pero se sabe ahora que el *cálculo económico* más rigurosamente "ortodoxo" puede perfectamente incluirse en el cuadro de una *planificación* de estilo muy diferente. Los criterios de distinción —que permitirán poner de relieve las discordancias más características— serán entonces cada vez más manifiestamente de carácter "extraeconómico".

En muchos otros casos, la *Economía política* contemporánea tiende hacia la cooperación con otras disciplinas, sobre todo con aquellas que tradicionalmente dependen de la sociología, pero que, a menudo, ya tienden a separarse. Desde las primeras páginas de este estudio hemos querido insistir en la tendencia hacia una doble fragmentación. Al revelarse tan decepcionante para la búsqueda de una sistematización, esta tendencia multiplica, muy evidentemente, las posibilidades de *puntos de convergencia,* de creación de *disciplinas de fronteras* y, por eso mismo, de nuevas fragmentaciones. Se ha podido recalcar, por ejemplo, la necesidad, en las discusiones de los asuntos obreros, de combinar las "ópticas" respectivas de las teorías económicas de la distribución, de los estudios de derecho social, de la sociología de las clases y de las investigaciones de sociología industrial. Por eso, no se ha dejado de insistir frecuentemente en la cooperación y en la ayuda a los países llamados subdesarrollados, entre sociólogos, etnólogos y economistas.

Pero si se quiere llegar más lejos en el sentido de una cooperación interdisciplinaria —y, sobre todo, si se cree que debe constituirse definitivamente una *sociología económica—,* hay que tratar de encontrar el paso *al más elevado nivel.* A este respecto, parece que las *teorías del desarrollo económico* ofrecen actualmente una oportunidad decisiva. Ellas no constituyen una simple prolongación del estudio de los casos particulares de "países subdesarrollados". Llegan —como se habrá notado— a los esfuerzos intentados para descubrir las leyes o las condiciones de acrecentamiento de los países de capitalismo evolucionado y para construir una "dinámica de las estructuras". Prosiguen la tradición de las investigaciones llamadas "inductivas" o "experimentales" concernientes a las fluctuaciones económicas.

No será de extrañar, pues, si, más allá de los problemas de la expansión o del crecimiento, el importante debate sobre el "progreso económico" hace intervenir cada vez más frecuentemente preocupaciones de carácter ampliamente sociológico entre quienes quieren seguir siendo fieles a nuestra disciplina. Y no es una de las menores paradojas la de que allí donde el *análisis económico,* en el sentido más estricto, encuentra un campo de aplicación privilegiada (modelos abstractos, demostraciones matemáticas, búsquedas econométricas y "operacionales", etc.), la *sociología económica* descubre las más amplias perspectivas (confrontaciones de regímenes o sistemas, estudio de las condiciones de estructuración y desestructuración, discusión de las implicaciones del crecimiento económico o de la naturaleza del "progreso" buscado, etc.).

Sin duda vacilamos todavía ante la eventualidad de una dicotomía rigurosa. No sólo habría ventajas en delimitar netamente este vasto campo en el que los grandes teóricos de la economía política no han vacilado nunca en realizar exploraciones. La historia de las "doctrinas económicas" había construido un cuadro bastante desordenado todavía, al insistir en tentativas originales, de naturaleza dispar, con confusión más o menos voluntaria de los juicios de realidad y de los juicios de valor: el interés de una reflexión sociológica estaría en permitir un esclarecimiento y una clasificación diferentes de todo lo que ha sido "irrupción" en terrenos de carácter "extraeconómico" o hasta "extracientífico". Sabemos que en lo sucesivo hay que ir más lejos y que la economía, en muchos aspectos, como ha creído poder indicarlo André Marchal en el *Pensée économique en France depuis 1945*, se torna más *sociológica*. Pero, por su parte, ¿la sociología está realmente dispuesta a tornarse más *económica*? ¿Estamos a punto de ver la realización de alguna nueva síntesis?

Como lo ha demostrado claramente Piaget, cuando se "derriba la frontera entre dos ciencias", es inútil buscar si hay reducción de una a la otra (y *especialmente si la "superior" ha cedido a la "inferior"*): ha surgido una nueva combinación que, para la constitución de su *axiomática* y de sus convenciones, toma ciertos elementos de las dos. Hasta el presente son los economistas los que se han aventurado más allá del terreno de estudio que ellos tratan de delimitar constantemente lo más estrictamente posible. ¿Han conseguido incorporar ya suficientes elementos de la otra disciplina a sus propias elaboraciones para que se pueda hablar de otra cosa que no sea *economía sociológica*? Será necesario un retroceso mucho mayor para que se pueda responder a esta pregunta de una manera resueltamente afirmativa. Pero, por encima de las querellas de terminología, parecería que es posible decir actualmente que han sido ya abiertos anchos pasajes entre el *análisis* y la *sociología económica*.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Las indicaciones bibliográficas que siguen corresponden a las diferentes secciones del estudio.

INTRODUCCIÓN

Aunque no se consulte el *Cours de philosophie positive* de Auguste Comte, el *System of Logic*, ni los *Principles of Political Economy*, de Stuart Mill, sería interesante consultar la tesis de M. Apchié, *Les sources* *françaises de certains aspects de la pensée économique de John Stuart Mill* (P. Hartmann, París, 1931).

La definición dada por François PERROUX en su clase inaugural en el Colegio de Francia, en 1955 (edición del Colegio de Francia, nº 20, pág. 9), puede ser completada con los extractos de un artículo titulado: *L'information, facteur de progrès économique dans les sociétés du XXᵉ siècle* (publicado en el 2º fascículo, 1957, de *Mémoires et publications de la Société de Sciences, des Arts et des Lettres du Hainaut*). Se verán cristalizadas las intenciones de establecer una distinción neta entre la *economía comercial* que "propone el provecho máximo, la ganancia máxima en el intercambio para alcanzar como fin el enriquecimiento de los individuos y los grupos particulares; adquiriendo y reteniendo la riqueza, esos individuos y grupos quieren y cumplen su *expansión* y la *economía humana* que "propone la satisfacción de las necesidades de todos, el máximo de libertad, concretamente vivida por cada ser humano para alcanzar como fin la *épanouissement* de todas las virtualidades del hombre en cada hombre. (La distinción entre *expansión* y *épanouissement* ha sido tomada de los trabajos de E. MINKOWSKI, *Expansion et épanouissement* (Uit Tidschrift voor Philosophie, diciembre de 1956.)

La definición más antigua de F. PERROUX figura en su *Cours d'économie politique* (t. I, 5ª ed., Centre de Documentation universitaire, 1947, pág. 28). R. BARRE, en su *Économie politique*, la compara con la admitida por Oscar LÄNGE y también con la de ROBBINS (véase la colec. *Thémis*, P.U.F., París, 1955, con prefacio de André MARCHAL, pág. 11).

La cita de Lionel ROBBINS ha sido tomada de la traducción francesa publicada con el título de *Essai sur la nature et la signification de la science économique* (París, Librería de Médicis, 1947, págs. 29 y 30. También se hace referencia en la página 18 del mismo libro).

PÁRRAFO I

Citemos en el orden de los desarrollos:

WALRAS (León). *Abrégé des éléments d'économie politique pure* (editado por gentileza de Gastón LEDUC; librería general de Derecho y Jurisprudencia, 1938, sección I), y *Études d'économie sociale* (el mismo editor, 1936; prefacio y sección I, *Recherche de l'idéal social*).

KEYNES (J. M.). *Théorie générale de l'emploi, de l'intérêt et de la monnaie* (trad. de LARGENTAYE, Payot, 1942).

SCHUMPETER (J.). *History of Economic Analysis* (ed. de E. Boody Schumpeter, George Allen y Unwin, Londres, 1955).

MARSHALL (Alfred). *Principes d'economie politique* (1890, trad. de SAUVAIRE, JOURDAN y BOUYSSY S.; Giard, edit.; 1906, 9, 2 vols.).

MARCHAL (André). *La pensée économique en France depuis 1945* (P.U.F., 1953) y *Méthode scientifique et science économique* (2 vols., Lib. de Médicis, 1952 y 1955).

JAMES (Emile). *Historie de la pensée économique au XXᵉ siècle* (2 vols., P.U.F., 1955).

PIROU (G.). *Introduction à l'étude de l'économie politique* (*Traité d'économie politique*, t. I, Sirey, 1939).

GIDE (Ch.) y RIST (H.). *Histoire des doctrines économiques* (Sirey, 6ª ed., 1944).

Denis (Héctor). *Histoire des systèmes économiques et socialistes* (Charles Rozez, Bruselas, 1895).

No hemos podido insistir en la tentativa de Pareto para establecer un díptico entre una economía completamente sometida a la consigna del *dejad hacer* y una sociología general en busca de "residuos" puramente racionales. Según el autor, sería posible, de manera general, llegar a reunir nuevamente "las partes que, para su mejor estudio, habían sido separadas". Pero, ¿qué receta adoptar para reunir los estudios propuestos por Pareto sobre el *homo œconomicus*, el *homo ethicus*, el *homo religiosus*, etc.? Véase V. **Pareto**, *Manuel d'économie politique* (prefacio, 2ª ed., Giard, 1927).

Para las interpretaciones más recientes, remitirse a los cursos y manuales o tratados de Pirou, Baudin, Gonnard, Perroux, Reboud, Guitton, Jean Marchal, Raymond Barre, así como a las siguientes obras:

Guitton (Henri). *L'objet de l'économie politique*, con *notas* de L. **Dupriez** y F. **Vito**. (col. "Bilans de la connaissanse économique", dirigida por R. **Mossé**, Rivière, 1951).

—*La sociologie au XXe siècle*, obra colectiva bajo la dirección de Georges **Gurvitch** (P.U.F., 1947), remitiéndose especialmente a las contribuciones de P. **Sorokin**, *Dynamique sociale et culturelle*, y de W. E. **Moore**, *Sociologie de l'organisation économique*.

Gurvitch (G.). *Déterminismes sociaux et liberté humaine*, (P.U.F., 1955).

Villey (D.). *Petite histoire des grandes doctrines économiques* (en especial, el prefacio de la 3ª ed., M. Th. Génin, 1954).

Piettre (A.). *Les trois âges de l'economie* (Editions ouvrières, 1955).

La alusión que habíamos hecho desde el punto de vista netamente restrictivo a ciertos discípulos actuales de la escuela psicológica austríaca concierne más especialmente al ensayo de F. von **Hayek**, *Scientisme et Sciences sociales* (trad. de R. **Barre**, Plon, 1952). A este respecto nuestra posición ha sido precisada en el informe al Coloquio de Sociología de Royaumont sobre *Déterminismes sociaux et déterminismes économiques* (Cahiers internationaux de Sociologie, 11, 1956).

Sobre las *preferencias de estructura* y las líneas de evolución estructurales, véase Jean **Weiller**, *Problèmes d'économie internationale* (t. II, P.U.F., 1950).

El estudio de Ch. **Bettelheim**, citado por R. **Barre**, desarrollaba la idea que la *economía política* debía dedicarse, en lo sucesivo, al estudio de los únicos "ajustes globales" (véase Annales, enero-marzo 1948, *Économie politique et sociologie économique* y el capítulo precedente de J. **Lhomme**), cf. *infra*.

Párrafo II

Para la evolución de conjunto, no podemos hacer nada mejor que remitir a las obras especializadas: la *Histoire des doctrines* o la *Histoire de la pensée économique*, ya citadas. En lo que concierne a la inspiración filosófica de ciertos discípulos de Marx, citemos, en especial, el libro de Henri **Lefebvre**, *Le matérialisme dialectique* (Alcan, 1939), así como su informe recientemente publicado bajo el título de *De l'explication en économie politique et en sociologie* (Cahiers internationaux de Sociologie, vol. XXI, 1956). Véase, también, MERLEAU-PONTY, *Humanisme et terreur* (París, Gallimard, 1947).

Por otra parte, es con pesar que limitaremos aquí las referencias para atenernos sólo a lo que puede aclarar muy estrictamente el texto. A este respecto, convendrá remitirse, en especial para determinar la posición de ciertos *economistas* en relación al marxismo, así como las explicaciones que ellos proporcionan sobre la evolución presente del capitalismo, a los siguientes libros:

SOMBART (W.). *L'apogée du capitalisme* (trad. de SAYOUS, 2 vols. Payot, 1932).

SNYDER (C.). *Capitalism the creator* (Nueva York, Mc Millan, 1940).

SCHUMPETER (J.). *Capitalism, Socialism and Democracy,* (Nueva York, 1941; trad. franc. por G. FAIN, París, Payot, 1950). Hemos hecho una larga exposición de las consideraciones económicas presentadas en ese libro en la *Revue d'économie politique* (1946) y un análisis crítico, *L'économie sociologique,* de J. SCHUMPETER, a raíz de la publicación de la traducción en los Cahiers internationaux de sociologie (vol. XI, 1951).

PERROUX (François). *Le capitalisme* (col. «Que sais-je?» nº 315, P.U.F., 1948). (Ha sido anunciada una nueva edición de este libro.)

PHILIP (André). *La démocratie industrielle* (P.U.F., 1951). (Se hace también referencia a su *Cours d'économie sociale* en la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas de París, 1957-1958.)

PIETTRE (A.). *Marx et marxisme* (P.U.F., 1957).

MARCHAL (Jean). *Deux essais sur le marxisme* (Libr. de Médicis, 1955) y la contribución al nº 4 de la *Revue économique*, de 1955. Hemos comentado la posición de J. MARCHAL en: *Les économistes contemporains devant la pensée marxiste,* (*Critique*, marzo de 1956). Podrá encontrarse una discusión en cuanto a la posibilidad de establecer una macroeconomía fundada en las categorías sociológicas, en un número especial de la *Revue d'économie politique* (enero-febrero, 1957), en especial, debida a la pluma de R. COURTIN (véase, también, los artículos de J. RUEFF, J. BOUDEVILLE, etc.). Ha sido mantenida una controversia particularmente significativa en cuanto a las dificultades de la unión de los análisis económico y sociológico en *Vie intellectuelle* (1956) entre A. BARRÈRE y J. MARCHAL.

En el resto de la exposición nos hemos referido ampliamente al libro fundamental del economista australiano Colin CLARK, *The Conditions of Economic Progress* (Londres, McMillan, 1940, 3ª ed., 1957). Hemos profundizado su crítica en un curso sobre *Les aspects démographiques des problèmes d'économie internationale* (Nouvelles Institutes, 1956; Les Cours de Droit, 1957). Para las dificultades estadísticas encontradas, véase Milton GILBERT y I. B. KRAVIS, *An International Comparison of National Products and the Purchasing Power Money* (O.E.C.E., París, 1953). Las dificultades de confrontación son estudiadas en las relaciones entre las composiciones respectivas del producto nacional y la estructura de los precios relativos de los Estados Unidos y cuatro países de Europa occidental (Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia).

La referencia a las reflexiones presentadas por J. NEF sobre *L'essence de la civilisation industrielle,* se encontrará en el volumen de homenaje a Lucien FEBVRE, publicado bajo el título: *Eventail de l'histoire vivante* (Colin, 1953).

Algunas breves indicaciones conciernen, más especialmente, a los libros siguientes:

REYNAUD (P. L.). *La psychologie économique* (col. "Bilans", dir. R. MOSSE; notas de G. KATONA, A. LAUTERBACH y J. STOETZEL; Rivière, 1954).
LAVELLE (Louis). *Traité des valeurs* (col. "Logos", P.U.F., 1951).

PÁRRAFO III

Nos hemos referido a la traducción inglesa de la obra de W. EUCKEN, *Die Grundlagen der Nationalökonomie* (1940), *The Foundation of Economics* (trad. del alemán de la última edición, Hodge, 1950). Para todo lo que concierne a la discusión de esas ideas, serán dadas indicaciones profundas en la contribucción de J. LHOMME, *La sociologie des systèmes, régimes et structures économiques, infra.* Hemos desarrollado aún más nuestra posición personal a raíz de otra obra de W. EUCKEN, *This Unsuccessful Age*, recopilación de conferencias pronunciadas en Londres poco después de la guerra en una crónica bibliográfica, *L'économiste au travail à l'âge des insuccès* (*Critique*, junio 1953). Véase A. ANTONELLI, *L'économie pure du capitalisme* (edit. Rivière y Cía.).

Un cierto número de obras sobre los "sistemas económicos comparados" fue publicado en los Estados Unidos después de la guerra. Podemos citar, R. H. BLODGETT, *Comparative Economic System* (McMillan, 1944; que todavía es, ante todo, doctrinal); SURANYI-UNGER, *Comparative Economic Systems* (McGraw Hill, 1952; que se esfuerza por liberar ciertos criterios de apreciación teórica); A. R. BURNS, *Comparative Economic Organization* (Prentice-Hall, 1955; ejemplo extremo de la tendencia a proceder por confrontaciones estadísticas aunque así no sea posible respetar las clasificaciones teóricamente adoptadas).

Habrá que remitirse a un cierto número de obras precitadas en la sección II, en especial, R. BARRE, André MARCHAL y E. JAMES, agregando el informe de H. GUITTON, *Fluctuations et croissance*, presentado en el Congreso de los Economistas de lengua francesa de 1951 (ed. Domat-Montchrestien). Un estudio exhaustivo de F. PERROUX sobre la *Théorie générale du progrès économique*, está en vías de publicarse en los *Cahiers de l'Institut de Science économique appliquée* (I.S.E.A., 3 fasc. publicados, 1957).

Igualmente, hemos aludido a búsquedas de teoría económica sobre el desarrollo o el acrecentamiento, publicadas recientemente, en inglés, tales como R. F. HARROD, *Towards a dynamyc Economics* (Londres, McMillan, 1948) y a estudios de economía histórica como el de ROSTOW, *The Growth and Fluctuation of the British Economy* (2 tomos, The Clarendon Press, Oxford, 1953). En particular, véanse Herbert S. FRANKEL, *The Economic Impact on under-developed societies* (Oxford, 1955), y Arthur W. LEWIS, *The Theory of Economic Growth* (George Allen y Unwin Ltd., 1955).

En relación con el estudio de los sistemas y estructuras, véase R. H. BLODJETT y D. L. KEMMERER, *Comparative Economic development* (Mc Graw Hill, 1956).

La segunda obra de EUCKEN, a la que nos referimos más abajo, ha sido igualmente publicada en alemán con el título de *Unser Zeitelter der*

Misserfolge, Fünf vorträge zur Wirtschaftspolitik (Tubingen, J.C.B., Mohr, 1951).

Para aclarar algunas posiciones tomadas recientemente, se advertirá que R. BARRE, en su *Économie politique (op. cit.*, t. I, pág. 40), ha tomado muy en cuenta la oposición reivindicada por Windelband entre el "nomotético" y el "idiográfico" y la de Rickert entre "proximidad científica" y "proximidad histórica". Nosotros no podemos retomar aquí la discusión.

En cuanto a la línea de demarcación que había tratado de trazar Ch. BETTELHEIM en su artículo *Économie politique et sociologie économique* (*Annales, économies, sociétés, civilisations, art. cit.*, I, 1948), podemos advertir actualmente que estaba fundada por completo en la esperanza de la limitación de la economía política al análisis postkeynesiano de las "cantidades globales", pero los estudios a que acabamos de referirnos escapan tanto de los cuadros demasiado estrechos de la microeconomía como de los de la macroeconomía. Los análisis de estructura, particularmente, están reconocidos como indispensables por la mayor parte de los economistas contemporáneos.

Habría que haber aludido igualmente a los recientes progresos de los *new welfare economics* (con los aportes de N. KALDOR, T. SCITOVSKY, I. M. D. LITTLE, etc.), que mucho han contribuido a destruir el postulado neoclásico, según el cual el análisis económico debía reducirse al estudio de los medios y no podía proporcionar criterios científicos para la apreciación de los fines perseguidos. Sin embargo, no parecería que los *new economics of welfare* hayan podido aportar contribuciones decisivas a la *teoría de las políticas económicas* y nosotros no podemos demorarnos en el examen de las recientes controversias sobre este tema.

La referencia final, en cuanto a las condiciones de formación de una nueva disciplina, se refiere a la obra fundamental de Jean PIAGET, *Introduction à Épistémologie génétique* (3 vols., P.U.F., 1950).

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

EUCKEN (W.).*The Foundations of Economics* (trad. inglesa de HODGE, Londres, 1950); texto alemán: *Die Grundlagen der Nationalökonomie* (1940).

JAMES (E.).*Histoire de la pensée économique au XXe siècle* (2 vols., París, P.U.F., 1955).

MARCHAL (A.). *Méthode scientifique et science économique* (2 vols., Libr. Médicis, 1952-1955).

MARSHALL (Alfred). *Principes d'économie politique* (trad. fr., Giard, ed. 1906-1909).

PARETO (W.). *Manuel d'économie politique* (2ª ed., París, Giard, 1927).

PERROUX (F.). *Cours d'économie politique* (5ª ed., París, C.D.U., 1947).

— *Théorie générale du progrès économique* (3 fasc., Cahiers de l'Institut de Science économique appliquée, 1956-1957).

ROBBINS (L.). *The Theory of Economic Policy* (Londres, McMillan, 1952).

— *Essai sur la nature et la signification de la science économique* (trad. fr., París, Libr. Médicis, 1947).

ROBINSON (J.). *Introduction à la théorie de l'emploi* (París, P.U.F., 1948) escrito en 1938 "para exponer una introducción sumaria a las ideas de la *Théorie générale de l'emploi, de l'intérêt et de la monnaie*. de J. M. KEYNES".

SIMIAND (F.). *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie* (2 vols., París, Alcan, 1932).

WALRAS (L.). *Eléments d'économie politique pure* (Abrégé..., París, 1938).

Cahiers internationaux de Sociologie (vol. XXI, 1956, consagrado a *La crise de l'explication en sociologie* (contribuciones de G. GURVITCH, H. LEFEBVRE, J. WEILLER, etc.).

La sociologie au XXe *siècle* (director G. Gurvitch, 2 vols. P.U.F., 1947). (principalmente las contribuciones de P. SOROKIN y W. E. MOORE).

NOTA. En el momento de corregir las pruebas de este aporte, nos parece interesante hacer notar las discusiones recientes sobre ciertos temas anteriormente indicados, por una parte, en las jornadas de estudio de la *Asociación de sociólogos de habla francesa* (bajo los auspicios de G. BALANDIER, R. GIROD y G. LEDUC: *Problèmes sociologiques du sous-développement des pays d'outre-mer* (Bruselas, 5 y 6 de mayo de 1958), y, por otra, en el *Congreso de economistas de habla francesa* (bajo los auspicios de R. BARRE y A. MASNATA: *Structures sociales et croissance économique*; París, 2 de junio de 1958, trabajos a publicarse en las ediciones Montchrestien).

2

SOCIOLOGÍA DE LOS SISTEMAS, REGÍMENES Y ESTRUCTURAS ECONÓMICAS

JEAN LHOMME, PROFESOR DE LA
FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS ECONÓMICAS
DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS

1. *Ensayo de especificación*

Sistemas. A) *Nuevas formas de la discusión.* Al comenzar su libro sobre los sistemas económicos[1], G. N. Halm declara que antes de 1914 no se hubiera podido escribir una obra como la suya, sobre la comparación de los sistemas económicos. En efecto, se encontraba un solo sistema económico, dice, por lo menos en los países industriales: el capitalismo. El socialismo no existía más que sobre el papel, como un proyecto más o menos preciso elaborado por doctrinarios; sus sostenedores no podían casi proponer más que intenciones negativas y, a lo sumo, hacer crítica del capitalismo. A la objeción de que el marxismo tenía ya sus adeptos, Halm responde haciendo notar que el marxismo se presenta mucho menos como una teoría del socialismo que como una teoría del capitalismo, con perspectivas (por otra parte, inciertas) de ser reemplazado por el socialismo. Actualmente, prosigue el autor, el capitalismo no es más que un sistema económico entre varios otros y, en consecuencia, se han hecho posibles estudios comparativos entre los sistemas económicos.

Pero no todo parece igualmente válido en estas afirmaciones. Evidentemente se ha de admitir la idea de que, hasta 1914/17, ninguna realización socialista se había efectuado al nivel de por lo menos, una nación[2]. De donde se deduce —observación que muy a menudo no se ha tenido en cuenta— que el socialismo ha comenzado por no ser más que una construcción doctrinaria, antes de pasar a los hechos y de aplicarse a conjuntos nacionales[3]; que, a la inversa, el capitalismo se creó sin doctrinas. Sólo después de su aparición los autores se ocuparon de él, para "adoctrinar" un sistema que se había formado sin ellos y antes que ellos.

---

[1] *Economic systems, a comparative analysis* (1951, págs. 3-6).

[2] Restricción importante, sin duda, y que permite eliminar en bloque todas las tentativas del tipo *New Harmony*.

[3] No se discute aquí la cuestión de si los socialismos concretos corresponden al modelo teórico previamente descripto, y en qué medida.

Pero, para otros puntos, las enunciaciones de Halm son objetables:

1º Este autor se equivoca al eliminar globalmente todas las comparaciones históricas, pues el capitalismo no ha existido siempre y no basta la restricción, precedentemente subrayada, relativa a los países industriales. Sin duda, como pronto se verá, la base de una distinción entre los sistemas económicos no puede seguir siendo puramente histórica. Sin embargo, no se podía separar completamente de la historia ningún sistema[4], bajo pena de llegar a esquemas descarnados, sin conexión con la realidad. En la construcción de los sistemas, la referencia a la historia no debe ser la única, ni siquiera la más importante, pero constituye, a pesar de todo, un elemento indispensable.

2º Halm también se equivocó al razonar, más o menos conscientemente, como los clásicos, para quienes el capitalismo era el punto de llegada de una evolución necesaria. Marx opinaba que la evolución no había finalizado con el advenimiento del capitalismo, lo que lo separaba de los clásicos. Éstos creían en leyes universales, que solamente el capitalismo podía emplear; todo lo que se desviaba de él era considerado casi como errores contra natura: sobrevivencia de la noción de un orden natural, imaginado por los fisiócratas. En todo caso, tal actitud establecía un vínculo riguroso entre una cierta teoría económica y una cierta política económica, única juzgada admisible.

La controversia con respecto a los sistemas se sitúa hoy en un plano muy diferente, o, si se prefiere, por nuestra parte, trataremos de presentarla bajo una forma muy diferente.

En efecto, en primer lugar, ya preocupa mucho menos el carácter universal (o parcial) de las leyes asentadas por el capitalismo, e interesa mucho más la eficiencia de los sistemas, habiéndose establecido esta eficiencia en función de criterios muy variables según las tendencias: bienestar *(Welfare)*, beneficio colectivo, rendimiento social, interés del "pueblo", etc.

Luego, la controversia ha dejado de presentarse en forma bilateral, como una especie de maniqueísmo que oponía el capitalismo al socialismo[5]. Entre estas dos formas extremas se intercalan muchas otras, ya nacidas o que tendían a nacer bajo la mirada de los observadores.

Por lo demás, no hemos de ocuparnos aquí de una controversia entre partidarios y adversarios del capitalismo (o del socialismo). Más bien nos hemos de ocupar de una discusión sobre el contenido, a la vez económico y social, de los diversos sistemas en contraste. La controversia, si existe, debe referirse solamente a este punto y no a preferencias en favor de tal o cual sistema.

B) *Las diversas fases de la investigación.* La investigación relativa a los sistemas económicos se ha desarrollado hasta ahora en tres fases que expondremos, no por la vana satisfacción de oponer entre sí a los autores, sino porque el desarrollo del pensamiento económico relativo a los sistemas parece ser en extremo instructivo. De esas tres fases, la primera abarca una gran parte del siglo XIX y corresponde al predominio de las concepciones "históricas". La segunda es cercana a 1900. La tercera, que no abarca casi más que los últimos veinte años, se caracteriza, sobre todo, por la obra de W. Eucken y los comentarios que ella ha provocado[6].

---

[4] Véase más adelante, la crítica de las ideas emitidas por los historicistas. y F. PERROUX habla de las *Wirtschaftsorganisationen*, diciendo que son "tipos de organización definidos de una manera *bastante independiente* (subrayado nuestro) de toda referencia histórica".

[5] El mismo HALM lo reconoce, cuando distingue (*op. cit.*, pág. 408) cuatro grandes tipos de economía: capitalismo liberal, capitalismo autoritario, socialismo liberal y socialismo autoritario.

Primera fase. La escuela histórica ha encontrado sus principales representantes en Alemania. Sus nombres son muy conocidos: Roscher, Knies, Hildebrand, Schoenberg; últimamente, Buecher, Schmoller y Sombart (en sus primeras obras) y finalmente Spiethoff.

Como punto de partida en relación a los sistemas económicos, ellos tenían una idea bastante simple: buscar, en el proceso de la historia, interrupciones que permitan determinar "períodos", "grados" *(Stufen)* o "estilos" económicos. Así, en Hildebrand, la economía en especie, la economía monetaria y, por último, la economía de crédito. Para cada uno de estos períodos, se establecerá una teoría que, naturalmente, no será válida más que para él. Cada período del desarrollo dispondría de una teoría que le sería propia del mismo modo que dispone de una economía propia. La tarea de los economistas consistiría simplemente en adaptar sus obras al desarrollo histórico de la economía[7].

Esta concepción tenía el mérito de romper con el universalismo de los clásicos y de proporcionar, para la evolución económica, una opinión mucho más relativista. Pero esto es todo cuanto se puede decir en su favor.

Se equivoca al efectuar cortes en la historia, de la manera más arbitraria: el corte varía según el autor, prueba evidente de que ninguno se impone. Los historiadores (que, naturalmente, deben ser distinguidos de los historicistas), Henri Sée, por ejemplo, han protestado en contra de esta manera de hacer surgir sistemas partiendo de las interpretaciones más objetables, y no bastaría con no dar por ganada la causa a ninguno de los dos adversarios, bajo pretexto de que se trata de querellas entre especialistas.

En especial, la escuela histórica se ha equivocado al llegar mucho más lejos, en sentido opuesto a los clásicos. Se trata de una metodología puesta en tela de juicio. No se podría elaborar los sistemas partiendo de "grados" o "estilos" de la economía, y eso por varias razones a la vez.

---

[6] Se hallarán cabales enfoques en R. BARRE, *Économie politique* (col. "Thémis", t. I, págs. 170-183) y en A. MARCHAL, *Cours de systèmes et structures économiques* (1955-6, págs. 95-118). Para una exposición más detallada, véase W. EUCKEN, *Grundlagen der Nationalökonomie* (6a. ed., 1950).

[7] Véase W. EUCKEN (*op. cit.*, págs. 38-41). El mismo autor hace notar que más cerca de nosotros, ciertos economistas italianos han tratado de elaborar una economía del fascismo, correspondiente a un nuevo "estilo" económico, el de la política fascista.

a) Los historiadores no han considerado casi más que la historia de la economía europea; han retenido ciertas características que han llamado su atención, para determinar, partiendo de ellas, lo "esencial" o lo "normal" de la realidad económica. Pero sus elecciones corren el riesgo de verse influidas por preferencias personales, si no hasta por la casualidad. Más que nunca puede hablarse de arbitrariedad.

b) Lo arbitrario aparece aún a través de las simplificaciones de las que son responsables los historicistas; simplificando, ellos creen poder encontrar lo esencial detrás de las apariencias. Ahora bien, muy a menudo, no consiguen más que hacer desaparecer lo esencial, al tender la historia en ese "lecho de Procusto" del que habla Max Weber.

c) Por último, observa W. Eucken[8], aun si la elaboración de los historicistas hubiera correspondido a alguna realidad, habría sido inaplicable, pues no procura ninguna indicación sobre el sistema económico en vigor en el momento de cada "período" o "grado". Sea, por ejemplo, la noción de economía urbana *(Stadtwirtschaft)* acerca de la cual se ha escrito tanto. ¿Las economías urbanas estaban dirigidas partiendo de un centro, o no estaban dirigidas? ¿Cuáles eran las relaciones de intercambio? ¿Existían monopolios? ¿Y cómo se unían al conjunto los elementos de la economía? Ciertamente no es en la simple evocación de una economía urbana que se puede encontrar respuesta a todas estas preguntas.

Segunda fase. Con la segunda fase aparecen autores que ya no se contentan con trazar los cuadros históricos de los sistemas[9]. Quieren definir los sistemas económicos en sí mismos. Sus esfuerzos teóricos, naturalmente, son mucho más marcados, sin que, por ello, sus ideas sean absolutamente convergentes.

1) Tan pronto hacen del sistema económico la combinación de un *concepto* y ciertos *medios* (elementos jurídicos o institucionales, tales como la propiedad; además, elementos técnicos). En este orden de ideas se inscriben Sombart y F. Perroux, este último, sobre todo, en cuanto a sus primeras obras.

2) Tan pronto los autores hacen del sistema "un conjunto coherente de estructuras ligadas por relaciones relativamente estables". Tal es la actitud de E. Antonelli, que seguirá parcialmente A. Marchal, dejando constancia de que tal concepción no hace hincapié en ninguna estructura especial; solamente hace referencia a un *conjunto* de estructuras y a la vinculación *relativamente estable* entre ellas.

---

[8] De quien seguimos de muy cerca la crítica (*op. cit.*, págs. 58-60). Para la elaboración positiva de este autor, véase más adelante.

[9] P. Dieterlen, por lo demás sin insistir, parece referirse todavía a la historia: "En la terminología actual, ella (la naturaleza del sistema) designa más particularmente el grado de evolución económica" (*L'investissement*, 1957, pág. 180).

Por otra parte, es justamente por eso que se puede vincular esta segunda concepción a la primera, a pesar de las muchas diferencias formales entre ellas. Si F. Perroux, por ejemplo, recurre a un cierto espíritu que debe animar al sistema, es para asegurarse de que los medios no serán empleados por una casualidad cualquiera. La idea de coherencia está implícita; mejor dicho, la idea de una coherencia mantenida en todo el curso de un *período* dado. Pues se descarta el que la coherencia se mantenga indefinidamente; pero durante un tiempo, será "relativamente estable" y es esta misma estabilidad la que definirá los términos del período[10].

¿Cuál es el valor de la noción de "sistema" tal como acaba de ser determinada? Incontestablemente comporta dos ventajas:

1º Permite sobrepasar las simples descripciones o las aproximaciones audaces de la escuela histórica, puesto que ahora se admite que la elaboración de los sistemas ha de ser presidida por concepciones teóricas.

2º Proporciona una "alternancia útil" entre las descripciones históricas y las interpretaciones económicas[11].

¿Quiere esto decir que es satisfactoria en todos sus aspectos? Es de creer que no, puesto que los mismos autores que la han utilizado formulan contra ella diversas críticas. F. Perroux, como André Marchal y R. Barre, admiten que el "sistema" precedentemente descripto es utilizable, pero que sigue siendo insuficiente. Su contenido (institucional, técnico y jurídico) es tan rico que corre el riesgo de ocultar los modos, a veces muy diversos, según los cuales funciona realmente la economía; es así como el nacionalsocialismo ha podido conservar cuadros capitalistas, que causaban una cierta ilusión; pero su funcionamiento, dirigido de la manera más rígida por el Estado, había dejado de ser capitalista[12]. En resumidas cuentas, la noción precedente de sistema parece ser, a la vez, demasiado rica y demasiado pobre; demasiado rica porque acuerda un lugar quizás excesivo a los fenómenos de organización; demasiado pobre porque se corre el riesgo de descuidar el funcionamiento de la economía. Sin abandonar el sistema económico tal como nos fuera descripto, se trataría más vale de enriquecer su contenido[13]. A esto se dedicarán diversos autores en el transcurso de la tercera etapa de la investigación.

---

[10] Aquí podría aparecer una objeción, la de círculo vicioso. La volveremos a encontrar más adelante, a propósito de las estructuras.

[11] R. Barre (*op. cit.*, pág. 177).

[12] Ejemplo sacado de R. Barre (*op. cit.*, pág. 177), que provee varios otros (véase, también, A. Marchal, *op. cit.*, págs. 111-114). R. Barre halla así una distinción establecida por G. Pirou entre *cuadros* y *mecanismo* de la economía, distinción tomada nuevamente por nosotros bajo otra forma (organización, funcionamiento) en nuestro libro *Capitalisme et économie dirigée dans la France contemporaine* (1943). La discusión descripta en el texto tendría pues, como resultado, absolver de un descrédito bastante injusto la distinción propuesta antes por G. Pirou.

[13] Tal es la actitud de R. Barre (t. I, pág. 177), a la que nos asociamos de buen grado. El mismo autor observa (pág. 182) que el paso a una nueva explicación permitirá la vinculación con otras actividades: política, *social*. Solamente la combinación asegura un análisis exacto.

Tercera fase. Un nombre se impone ahora, el de W. Eucken[14]. Lo hemos encontrado ya con motivo de la crítica de las concepciones adelantadas por los historicistas, pero W. Eucken ha proporcionado, además, y, sobre todo, una contribución positiva[15]. Es a él a quien se refieren de buen grado los autores modernos (F. Perroux, A. Marchal y R. Barre), preocupados, como se acaba de indicar, por completar la noción de "sistemas", al explicar el funcionamiento de la economía.

La teoría de W. Eucken descansa íntegramente en una distinción entre las *Wirtschaftsordnungen* y los *Wirtschaftssysteme,* términos que significan literalmente: ordenamiento de la economía y sistema económico. Pero las traducciones literales corren el riesgo de ser falaces. Más adelante trataremos de encontrar equivalentes aceptables y mientras tanto hablaremos con las abreviaturas de *W.O.* y *W.S.*

1) Teoría de las *Wirtschaftsordnungen*[16]. Esta palabra compuesta comporta una *Ordnung* que encierra varios significados[17]. Retendremos solamente el que nos interesa aquí: *W.O.*, es una realidad positiva y concreta del orden económico; es un estado de hecho *(Tatbestand)* que se encuentra en la Alemania de 1930, en la Francia de 1950, etc. Bien entendido, el estado de hecho en cuestión no es necesariamente satisfactorio, no necesariamente acorde con tal concepción *a priori* del bien, de lo justo, de lo útil, etc.[18].

Los actos económicos se inscriben siempre en el cuadro de una *W.O.* buena o mala, pero que importa descubrir. Si las sociedades animales (ejemplo: un hormiguero) presentan alguna constancia, las sociedades humanas se distinguen, por el contrario, por sus cambios, en especial en el orden económico. De ahí la gran dificultad, que los medios corrientes de observación no bastan para superar. ¿Cuál era la *W.O.* en vigor en la Alemania de Guillermo II? Se responde: el capitalismo. Sin duda, ¿pero cuál? Se agrega: reinaba el *laissez faire* y también la libertad de los contratos. Exacto también, pero en el cuadro así definido existían formas *W.O.* muy variadas, que iban de la competencia absoluta al monopolio bilateral. ¿Se hablará finalmente de la libertad del mercado? En principio también ella existía, sin impedir, sin embargo, que hubiera muchos acuerdos, muchos sectores agrícolas, sin impedir fenómenos difíciles de ubicar bajo la rúbrica del mercado libre.

---

[14] Véase, de W. Eucken, la obra ya mencionada, *Grundlagen der Nationalökonomie* (1a. ed., 1939; 6a. ed., suministrada por E. Preiser, después de la muerte del autor, 1950). Nosotros citamos según esta última edición. Existe una traducción inglesa, de Hutchison, de la misma edición, con el título de *Foundations of Economics* (1950). Véase, también, W. Eucken, *Grundsätze der Wirtschaftspolitik* (1952).

[15] Deliberadamente dejaremos de lado sus concepciones metodológicas, a pesar de que él les confiere una gran importancia y les consagra largas páginas (*Grundlagen, op. cit.,* págs. 15-37). Su originalidad nos parece bastante pobre y, en especial, nos parece que la idea de "gran antinomia" no merece los desarrollos que se le dedican.

[16] Véase Grundlagen (págs. 46, 50-58 y 234-236, 239).

[17] Véase Grundsätze (págs. 372-373), que reproduce en gran parte los textos del Grundlagen (pág. 239). Véanse, también, nuestros comentarios en *Matériaux pour une théorie de la structure économique et sociale* (artículo de la Revue économique, nov. 1954, págs. 875-876).

[18] Es al otro significado de *Ordnung* al que se referiría toda concepción normativa. Eucken propone, a este respecto, la expresión *Ordnung der Wirtschaft,* que difiere completamente de la *Wirtschaftsordnung* (véase *Grundlagen.* pág. 239, al final).

Todo esto demuestra que las *W.O.* son difíciles de entender; el estudio histórico no basta, puesto que no proporciona más que los hechos. Es conveniente aplicar a ellos los instrumentos del análisis teórico. Entonces se es conducido a investigar cómo nacen las *W.O.* y se comprueba que las hay de dos clases: surgidas unas, en cierto modo, naturalmente *(gewachsene);* otras, construidas *(gesetzte).* Las primeras son mucho más numerosas; se han desarrollado sin idea de conjunto, en relación con los acontecimientos políticos y otros. Así, las políticas de precios, en las ciudades de la Edad Media, tuvieron por objeto obtener (o evitar) tal resultado, sin otra consideración. Por el contrario, las *W.O.* "construidas" se inspiran en ciertos principios previamente destacados: así, la propiedad privada y la competencia, a fines del siglo XVIII y a principios del XIX. En el pasado han sido, a pesar de todo, escasas las elaboraciones semejantes. Su número aumenta en la actualidad, tanto a raíz de las tendencias generales de la política (intervencionismo) como a raíz de los conocimientos que poseemos sobre la economía.

2) Teoría de los *Wirtschaftssysteme* [19]. Todo hombre, sujeto económico, trabaja sobre la base de planes que, bien entendido, difieren de los de los otros hombres. Se trata de saber cuál es el modo de adecuación de esos planes. La respuesta la proporcionan los *W.S.*, que presentan dos formas fundamentales: la economía *dirigida partiendo de un centro* y la economía *de relaciones* [20].

a) La primera, implica una dirección económica que traduce los planes de un organismo central, cualquiera que fuera. Eucken enumera tres subformas: la economía totalmente dirigida partiendo de un centro, la economía dirigida partiendo de un centro, pero con intercambio libre de los productos de consumo y por último, la economía dirigida de un centro, pero esta vez con libre elección de los consumos. Cada una de estas tres subformas es susceptible de comportar variantes.

b) La economía de "relaciones" no podría ser asimilada pura y simplemente al capitalismo, pues el capitalismo del siglo XIX conocía ya elementos de dirección centralizada. Se trata de una forma fundamental *(Grundform)* de la economía que es pura, ideal, y cuyas proyecciones en el plano práctico se hallan en todas las épocas de la historia (como, por otra parte, las proyecciones de la economía dirigida, partiendo de un centro). En el seno de tal economía existen necesariamente escalas de cálculo económico; además, cada unidad está en relaciones de oferta y demanda con otras unidades.

---

[19] Véase *Grundlagen* (págs. 78-91, 123 y 234-236).

[20] En el texto *Zentralgeleitete Wirtschaft* y *Verkehrswirtschaft.* Según nuestro parecer no hay que traducir el segundo término por economía de intercambio (que sería *Umtauschwirtschaft*). La palabra *Verkehr* corresponde a una relación, en el sentido económico y comercial, no a una relación de orden general *(Beziehung, Verbindung).*

Aquí también se pueden establecer subdivisiones, según las formas del mercado[21], y según las formas adoptadas por la economía monetaria[22].

Tales son los *W. S.*, tipos ideales y puros *(echte Idealtypen).* No corresponden, como opina Max Weber, a utopías; son "el producto de la realidad concreta y, al mismo tiempo, sirven para el conocimiento de la realidad concreta". En carácter de tales, se presentan como indispensables para la ciencia económica[23].

Bastante curiosamente Eucken se percató, pero tarde[24], que quizás había motivo para aclarar su propósito mostrando las relaciones entre los conceptos que él había utilizado. Sobre todo, parecía temer que se le reprochara haber construido algo parecido a esos "grados" y "estilos" económicos contra los que él había acumulado tantas críticas.

a) La *W.O.* corresponde a la representación de realidades individuales y precisas mientras que los grados y los estilos pretendían formar al mismo tiempo tipos.

b) El *W.S.* sigue siendo una forma pura, ideal, que no trata de traducir la realidad económica por fraccionamientos rigurosos, como los grados y estilos. Las dos series se sitúan en planos diferentes del conocimiento y "no es otra casa que ha sido construida con las mismas piedras; son las piedras mismas que son diferentes".

3) *Apreciación de la teoría precedente.* No insistiremos sobre la torpeza con que Eucken ha presentado sus ideas: abuso de la abstracción, complicaciones del vocabulario, empleo de conceptos cercanos y mal diferenciados[25]. Quedan los aportes positivos que su obra ha proporcionado a la ciencia económica, con las dos nociones de *W.O.* y *W.S.*[26]. La *W.O.* corresponde a la forma *concreta* de funcionamiento de la economía; el *W.S.* es un tipo *abstracto* que traduce la misma realidad, pero de otra manera. La posición de W. Eucken con respecto a los hechos históricos se precisa así: combate las relevaciones *(Querschnitten)* que encuentra arbitrarias e insuficien-

---

[21] Enumeración en *Grundlagen* (págs. 91-112), con cuadro de recapitulación (pág. 111).

[22] Enumeración en *Grundlagen* (págs. 112-123).

[23] *Grundlagen* (pág. 123).

[24] Véase la conclusión de los *Grundlagen*, que constituye el 6º capítulo de la obra, y en donde se han subrayado, en 18 números, una cierta cantidad de dificultades (págs. 234-236 y 238-239).

[25] Todo lo cual parece haber confundido al traductor inglés, HUTCHISON, que dio una explicación en su prefacio (pág. 14).

[26] Quizás hay otras, las de "datos" *(Daten)* en particular; pero que no interesan directamente a nuestro tema.

tes, mientras considera que la realidad histórica debe servir por lo menos de base a la elaboración de *W.O.* y a la de los *W.S.* Esta es la forma por la que él, personalmente, resuelve la "gran antinomia". Se descarta que ni las *W.O.* ni los *W.S.* pretenden traducir la sucesión de los hechos históricos: cada situación histórica corresponde a una mezcla de varias *W.O.* y varios *W.S.*

La contribución que proporciona a la ciencia se manifiesta entonces interesante en muchos aspectos. Pero falta lo esencial, y es saber si esta contribución es válida. Recordemos el objetivo: había que enriquecer el contenido de la noción de sistema económico. ¿Se ha obtenido tal enriquecimiento?

También aquí, la respuesta será positiva. Las nociones de *W.O.* y *W.S.*, tales como han sido extraídas por W. Eucken, presentan una superioridad cierta con respecto a los sistemas en la forma como eran concebidos por Sombart y Antonelli. Ellas permiten elevarse por encima de la simple descripción de las formas y los cuadros y sobre todo, proporcionan las bases de una interpretación teórica, según el deseo formulado por F. Perroux. Gracias a ellas se está en condiciones de pasar, de acuerdo a la distinción hecha más arriba, de la organización de la economía a su funcionamiento. Por otra parte ésa es la razón por la cual es necesario conservar la noción de "sistema" económico, pero a título de simple alternancia (R. Barre), puesto que es más descriptiva que teórica.

Queda un punto, el del vocabulario, que hemos eludido hasta ahora, y que es necesario considerar aunque sólo sea para precisar las respectivas posiciones de los autores y las nuestras.

Se ha podido proponer[27] el término "tipo de organización" para oponerlo al de "sistema". Pero la idea no parece feliz. ¿No se le reprocha justamente al "sistema" el limitarse a hechos de organización? Había que decir mejor tipo de funcionamiento, si se quería calificar una noción que sobrepasara la de sistema[28], y como W. Eucken nos ha revelado dos clases de tipos de funcionamiento, las *W.O.* y los *W.S.*, habría que subdividir todavía y hablar por turno de tipos *concretos* y tipos *abstractos* de funcionamiento.

Para que el lector no se desanime demasiado por este desfile de términos y conceptos, le proponemos el siguiente cuadro que aclarará, esperamos, la situación.

Por lo menos, a través de todas estas dificultades (entre las cuales las más graves no son de orden terminológico), ¿habremos obtenido un resultado positivo?

1) Hemos adquirido, parecería, instrumentos de análisis que permiten una mejor interpretación de la realidad económica. Partiendo de ellos, será posible establecer clasificaciones más válidas.

---

[27] F. Perroux, R. Barre.

[28] R. Barre (*op. cit.*, t. I, pág. 178) recuerda, por ejemplo, la necesidad de buscar "el modo de ajuste de los planos económicos", lo que significa, no un estudio de *organización*, sino un estudio de *funcionamiento*. Por otra parte él mismo lo dice muy claramente (pág. 177) en cuatro oportunidades.

2) Tampoco se excluye que esos instrumentos de análisis puedan servir igualmente en la *política económica;* por ejemplo, si se trata de determinar el alcance de un plan adoptado por la autoridad central, el Estado. Plan es un vocablo de moda: al utilizar los conceptos aclarados más arriba se podrá hacer la diferencia entre un plan en la economía soviética, un plan en el sentido inglés y un plan, finalmente, en el sentido francés. Pues, es evidente que, en las tres economías tomadas como ejemplo, la realidad incluida en la palabra "plan" no es la misma, ni mucho menos.

W. Eucken	Trad. inglesa de W. Eucken (por Hutchison)	Perroux, Barre	A. Marchal	Vocabulario propuesto
		Sistema	Sistema	Sistema en sentido estricto [31]
Wirtschaftssystem	Tipo (abstracto de sistema económico	Tipo de organización	Tipo de organización O: Forma pura de organización	Tipo abstracto de funcionamiento
Wirtschaftsordnung	Sistema económico [29]		Régimen [30]	Tipo concreto de funcionamiento [32]

Regímenes. Los autores contemporáneos admiten, por lo general, que el régimen es algo concreto, por oposición con la mayoría de las nociones precedentes. Así, por ejemplo, Suranyi-Ungel [33], a pesar de que este autor es poco firme en sus definiciones.

---

[29] Se ve cuál es la complicación: el traductor inglés da, de la *Wirtschaftsordnung*, de W. Eucken, un equivalente inglés que podría provocar una confusión con el "sistema" en el sentido estricto, y también con el término alemán *Wirtschaftssystem.*

[30] Por nuestra parte, como se verá en el subpárrafo siguiente, hacemos del régimen un tipo concreto de organización y de funcionamiento al mismo tiempo.

[31] Diría con agrado, tipo de organización económica, si no fuera complicar las cosas, puesto que diversos autores califican así otro concepto, precisamente opuesto a aquél.

[32] Mientras que represente precisamente algo concreto, el "tipo concreto de organización" no corresponde exactamente a la noción general del sistema. Exige ésta, en efecto, un mínimo de abstracción, del que no se puede estar seguro que subsista, al nivel de los tipos concretos de organización. Las explicaciones de W. Eucken no son, a este respecto, muy claras; son "tipos", pero que tendrían, al mismo tiempo, una realidad positiva y concreta.

En realidad, los tipos concretos de organización no pueden figurar más que en última instancia, en la categoría de los sistemas. Difieren, sin embargo, de los regímenes que van a ser tratados, porque ellos conciernen solamente a la organización de la economía. Mientras que, para nosotros, la noción de régimen abarca a la vez el funcionamiento de la economía y su organización.

[33] En su libro *Comparative economic systems* (1952). Véase, del mismo autor, su artículo, *Une reconstruction de l'analyse des systèmes économiques* (*Économie appliquée*, nos. 2-3, de 1953).

Su libro se refiere en efecto, a lo que él llama los "sistemas", pero los define de la siguiente manera: son "las vías y medios por los cuales puede asegurarse el bienestar económico, en el cuadro de la estructura de las relaciones sociales"[34]. Agrega que esas vías y medios comprenden los métodos que mantienen un equilibrio entre los valores económicos y los otros: valores éticos, políticos, legales, etc.

En el fondo, lo que así se caracteriza, son regímenes, no sistemas. Sin duda no atribuimos al vocabulario en general, ni al nuestro en particular, un valor fundamental, pero no puede ser que el lenguaje —"honor de los hombres"— se transforme en un motivo de confusión. Tanto más que Suranyi-Unger, librando un ataque en regla contra lo que él llama los "Ismos"[35] declara que no tiene ninguna superstición con respecto a las palabras. Prefiere referirse a las instituciones[36], es decir, definir los sistemas en relación a criterios que son, ya sea la empresa privada, o bien la planificación colectiva. Sin duda, pero él descubre entonces hechos concretos, regímenes, y no sistemas. Más adelante volveremos a encontrar su clasificación.

H. Guitton[37] y A. Marchal[38], son más rigurosos. Para los dos, el régimen es la proyección, en el plano de lo real, de ciertas abstracciones y, bien entendido, la proyección es imperfecta, deforma la idea de donde se había partido. A. Marchal precisa: el régimen, es un "sistema concreto". H. Guitton habla de las "respuestas *históricas* o *impuras* que los hombres han aportado, de hecho, en el transcurso del tiempo (tácito, a las tres preguntas: quién, por qué y cómo, que definen el sistema).

Adoptaremos este punto de partida, proyección en el plano de las realidades, y admitamos también nosotros, con H. Guitton, que las deformaciones, las impurezas y las interferencias, constituyen la regla de todo régimen. Ya hablaremos más adelante de esto extensamente.

En cambio, no creemos que nos sea posible admitir todas las consecuencias que los autores precedentes sacan de sus primeras proposiciones. Para nosotros, el régimen representa *a la vez* un fenómeno de organización y un fenómeno de funcionamiento. De ahí notables diferencias tanto con A. Marchal como con W. Eucken.

A. Marchal parece ser poco fiel a la distinción que él mismo proponía antes entre "sistemas" y lo que llamaba "formas puras de organización"[39].

En cuanto a W. Eucken, se ha visto más arriba que proponía dos nociones: *Wirtschaftsordnung* y *Wirtschaftssystem*, referentes las

[34] *Within the structure of the social relations* (*op. cit.*, pág. 73).

[35] *Op. cit.* (págs. 88-92).

[36] *Op. cit.* (pág. 92).

[37] *Économie politique* (colec. "Précis Dalloz", t. I, pág. 251).

[38] *Cours 1955-56* (*op. cit.*, págs. 118-119).

[39] *Op. cit.* págs. 115 y 118-119). En realidad, hemos visto que se trataba de formas puras de funcionamiento.

dos al funcionamiento de la economía. La primera era concreta, la segunda abstracta. La diferencia con nuestra posición es, pues, la siguiente: para nosotros, el régimen es algo concreto (como la *Wirtschaftsordnung*), pero que (diferenciándose, esta vez de la *Wirtschaftsordnung*, fenómeno de funcionamiento) concierne a la vez a la organización y al funcionamiento de la economía.

Dicho de otra manera, damos al régimen una extensión más vasta que A. Marchal y que W. Eucken, ya que el primero no ve más que la proyección concreta del sistema, fenómeno de organización, y el segundo opone la *W.O.* concreta al *W.S.*, en el único plano de funcionamiento.

¿Es admisible esta concepción y no es exponerse al reproche de confusionismo? No lo creemos. En lo concreto, en efecto, las distinciones y subdistinciones son mucho menos rigurosas, naturalmente, que en lo abstracto. Es un proceso intelectivo el que nos hace establecer la diferencia entre organización y funcionamiento de la economía, y sin duda este proceso es necesario a la ciencia. Pero en la práctica, organización y funcionamiento se mezclan de la manera más íntima, lo que justifica la existencia de un solo concepto y de un solo término aplicable al mismo tiempo a uno y a otro, desde el momento en que —y ésta es la hipótesis— uno se coloca en el terreno de los hechos concretos.

Estructuras. La noción de estructura económica ha dado lugar, desde hace algún tiempo, a profundas discusiones. El precursor en estas investigaciones ha sido sin lugar a dudas F. Perroux[40]. Pero muchos otros autores después de él han retomado el problema y le han dado soluciones más o menos variadas[41].

A. Marchal[42], por ejemplo, propone una noción *dinámica* de la estructura que define así: "Elementos de un conjunto económico que, en el transcurso de un período determinado, se presentan como relativamente estables en relación a otros". De esta manera dos criterios son empleados: 1º) la toma de conciencia, y 2º) la forma de las vinculaciones. En el transcurso de los períodos *cortos*, la toma de conciencia tiene una intensidad débil. Adquiere intensidad en el transcurso de los períodos largos, cuando aparecen tensiones, pues todas las partes del conjunto económico no son igualmente plásticas. "Lo que caracteriza al período largo es que él constituye el plazo de adaptación estructural, el tiempo necesario para la realización del equilibrio de las estructuras, por lo menos para la solución de sus incompatibilidades[43]".

---

[40] Véase, en especial, de este autor, *Pour un approfondissement de la notion de structure* (contribución a los *Mélanges Witmeur*, 1939); su *Cours d'économie politique* (t. I, pág. 194); y, por último, diversos pasajes de sus *Comptes de la nation* (1949, págs. 143, 151-152).

[41] Se encontrarán elementos de la discusión en un número especial de la *Revue économique* (nov. 1954). Contribuciones de J. **Akerman**, M. **Flamant**, J. **Lhomme**, A. **Marchal** y M. **Resta**.

[42] Además del artículo citado en la nota precedente, véase, de este autor, otro artículo, *De la dynamique des structures à la dynamique des systèmes* (*Revue économique*, enero 1955), así como su *Cours 1955-56*, ya citado (pág. 61 y sigs.).

Se observará, primeramente, la muy grande originalidad de la construcción debida a A. Marchal y no sin escrúpulo puede hacérsele una crítica[44]. Pero, ¿no existe en él un círculo vicioso? Al definir la estructura con referencia a un período extratemporal[45], ¿no se corre el riesgo de definir el período mismo por las estructuras? De otra manera, cuando se limitan las estructuras a aquello que varía lentamente, en el transcurso de un período ¿no se conserva precisamente lo que define al período? A. Marchal ha respondido precisando su posición[46]. Si se define primeramente el período, dice, por el número y por la naturaleza de los datos estructurales, no se puede luego definir la estructura según el período de análisis. Lo que es censurable, no es la definición de la estructura por el período sino la definición del período por la estructura. Habría, pues, que definir diferentemente las estructuras; en especial, tratar de tomar conciencia, lo que permitiría evitar el círculo vicioso.

Es así como A. Marchal ha visto el peligro. ¿Consiguió evitarlo por completo? Nos parece que a pesar de sus esfuerzos, subsisten todavía algunas dudas a este respecto. Se notará que, al desechar teóricamente la definición del período por las estructuras, no ha podido evitar recurrir a ello, como lo prueban las fórmulas citadas antes: plazo de adaptación estructural, tiempo necesario para la realización del equilibrio entre las estructuras.

En cuanto a nosotros, hemos orientado la investigación hacia una dirección muy diferente[47], tratando de reconstruir la serie de operaciones intelectuales por las que se adquiere el conocimiento de un conjunto económico-social, formado de partes heterogéneas. Esta sucesión parece comprender cuatro etapas:

1º En el transcurso de la primera etapa, la inteligencia precede a la insèrción, en una especie de cuadro formal, de los elementos que proporciona el examen exterior del objeto. No es una simple enumeración, ni mucho menos un inventario. Proponemos el término *estado,* en el sentido que tiene cuando se habla de un "estado de cosas".

2º En el transcurso de una segunda etapa, las *relaciones* que unen a las diversas partes del conjunto considerado serán extraídas. Relaciones que pertenecen a los más variados géneros. Habrá cualitativas y cuantitativas; unas serán internas, otras externas, y así sucesivamente. Pero es bien evidente que al término de esta segunda etapa, lo que se ha puesto en evidencia es una descripción, todavía no una estructura.

---

[43] *Cours 1955-56* (*op. cit.*, pág. 71-72).

[44] Crítica recordada en nuestro artículo ya citado de la Revue économique (nov. 1954, pág. 857, nota).

[45] Véase, para la noción de período. la excelente obra de R. BARRE, *La période dans l'analyse économique* (1950).

[46] *Cours* (*op. cit.*, pág. 62).

[47] Se encontrará el detalle en nuestro artículo ya citado, *Matériaux pour une théorie de la structure économique et sociale* (Revue économique, nov. 1954, págs. 843-880). El texto que sigue no retoma, por falta de lugar, más que lo esencial, a costa quizás de una esquematización excesiva.

3º En el transcurso de una tercera etapa, pues, y precisamente con miras a sobrepasar la simple descripción, deberá hacerse la selección entre las relaciones estructurales y las que no lo son, para eliminar estas últimas. Dicho de otra manera, la nueva tarea consiste en investigar la *especificidad* de las estructuras tanto en el tiempo como en el espacio.

En el tiempo, el "período-cuadro", mientras el tiempo sigue siendo homogéneo e indiferenciado, no alcanza. Hay que recurrir a "períodos-plazos" que al integrar en ellos el tiempo, llegarán a ser privativos de los fenómenos a los cuales se refieren y permitirán poner en evidencia *mutaciones*. Entendemos con esto variaciones que presenten el doble carácter de discontinuidad e irreversibilidad[48].

En el espacio, proceso paralelo. Dejando de lado el espacio en el sentido corriente del término, puesto que no es más que un cuadro, retendremos "espacios-lugares"[49] considerados en función de sus contenidos e independientes, por lo tanto, de toda localización geográfica. La determinación de los espacios-lugares permitirá establecer "correspondencias" con relación a un tipo, de la misma manera que antes los períodos-plazos habían permitido poner en evidencia mutaciones.

Esta tercera etapa, naturalmente las más delicada, será también la que proporcionará los resultados más nuevos. Se adivina cuánta importancia tiene la diferencia entre lo estructural y lo no estructural, en el estudio de las relaciones, y a cuántos errores puede inducir.

4º En el transcurso de una cuarta etapa, será necesario solamente practicar vastas verificaciones, confrontaciones repetidas con lo real, y formular por fin la *síntesis* de los elementos recogidos.

La definición de estructura puede ser entonces presentada de la manera siguiente:

La estructura de un conjunto económico-social dado, es el estado de las relaciones (internas y externas, cualitativas y cuantitativas) *que especifican al conjunto considerado, por referencia doble:* 1º) *en el tiempo, en períodos-plazos* (definidos a su vez por la irreversibilidad y la discontinuidad de las mutaciones), y 2º) *en el espacio, en espacios-lugares* (definidos a su vez por la existencia de correspondencias).

Definición muy compleja, desde luego lo admitimos, debido a su carácter analítico. Sería posible abreviarla diciendo, por ejemplo, que la estructura, es *el estado de las relaciones específicas*, si cada uno de los tres términos retenidos (estado, relaciones y especificidad) no fuera tomado en sentido demasiado particular y no exigiera entonces una definición suplementaria.

---

[48] Pues no deben ser conservadas todas las variaciones, ni aun las "estructurales". No basta con que la variación considerada integre la estructura; es necesario que la constituya; de otra manera, que ella *sea* la estructura en vez de estar sólo *en* la estructura.

[49] Pedimos disculpas por crear tantos términos. Pero el vocabulario corriente es realmente muy pobre, para quien quiera designar alguna realidad recientemente extraída. La expresión espacio-lugar, ha sido copiada de la que emplean los matemáticos (lugar geométrico).

2. *Ensayo de tipología*

Sistemas. Recordemos que hemos extraído ya tres nociones, a partir de los "sistemas" en el sentido amplio:

1) la de *sistema*, en el sentido restringido, que correspondía a un cierto tipo de organización económica (véanse Sombart, Perroux y Barre);

2) la de tipo *concreto de funcionamiento* (véanse las *Wirtschaftsordnungen,* de W. Eucken);

3) por fin, la de tipo *abstracto de funcionamiento* (véanse los *Wirtschaftssysteme*, de W. Eucken).

El mismo autor que ha puesto en evidencia estas dos últimas nociones nos ha prevenido de la extrema variedad que reina entre los tipos concretos de funcionamiento, precisamente porque son concretos, y por otra parte, hemos observado que ese carácter concreto los situaba, en cierto modo, al margen de los sistemas. No quedan, pues, más que tipos abstractos, sean de organización, o bien de funcionamiento.

Para estos últimos, creemos poder retener, por lo menos, lo esencial de la clasificación presentada por W. Eucken, a saber: economía dirigida a partir de un centro y economía de relaciones. En definitiva, debemos proseguir el esfuerzo de tipología solamente con respecto a los sistemas, en el sentido estricto.

Sin insistir en las múltiples clasificaciones ya presentadas, indicaremos inmediatamente las que nosotros proponemos: economía rural-artesanal, economía capitalista y economía socialista.

a) Economía *rural.* Se caracteriza por el hecho de que sólo las necesidades elementales tienden a ser satisfechas. No existe ninguna división del trabajo y lo esencial de la actividad radica en obtener la alimentación.

b) Economía *rural-artesanal.* La división del trabajo hace su aparición, por lo menos en forma elemental. La actividad del artesano (ejemplo: alfarero, carpintero de carros, herrero, etc.) se ha separado de la del agricultor. No existe ningún término para traducir esta dualidad; puesto que la denominación propuesta la acentúa, nos conformamos con ella.

c) Economía *capitalista.* Sobre una doble base, liberal e individualista, el sistema capitalista propone al hombre un fin neutro (la mayor ganancia monetaria), para alcanzar con medios igualmente neutros. No reconoce otra regla que el precio y no tiende a satisfacer más que las demandas respaldadas en el dinero [50].

d) Economía *socialista.* El sistema socialista se propone como fin el interés de todo el grupo social y no desdeña en absoluto la coacción como medio para obtenerlo. Se niega a admitir el carácter imperativo de las leyes del mercado y tiende a proporcionar las satisfacciones a las necesidades; para eso, suprime el mercado libre, la propiedad privada de los medios de producción y la ganancia (por lo menos, en el sentido en que la entiende el capitalista) [31].

No estarán de más algunas observaciones:

1º Esta clasificación presenta un aspecto bastante tradicional. No pretende romper por completo con las que emplean la mayor parte de los autores modernos [52].

2º No corresponde más que parcialmente a un esquema histórico y no lo pretende por otra parte. Por ejemplo, los Estados Unidos no han seguido el orden de sucesión indicado; tampoco la Unión Soviética, si se admite, con Jean Lescure, que este país "ha repudiado el capitalismo antes de haberlo conocido". Además, no habrá que considerar la sucesión como necesaria y no tenemos por qué preguntarnos si Estados Unidos (y Francia e Inglaterra) adoptarán algún día un sistema socialista: es una posibilidad, pero según nuestra opinión, de ninguna manera una necesidad.

3º Sería conveniente comparar la clasificación propuesta con la de G. Gurvitch. En realidad, se plantea una cuestión preliminar: para este autor, ¿se trata exactamente de sistemas? Él habla [53] de una "tipología de las *estructuras sociales*" y tanto el sustantivo como el adjetivo parecen alejarnos de nuestro propósito que, por el momento, es estudiar los *sistemas económicos*. Pero G. Gurvitch declara que, según él, para llegar a la "sociedad global" hay que pasar por la "estructura global" de ésta [54]; ahora bien, las sociedades globales son aquellas que tienen una existencia histórica y geográfica. El autor establece, con respecto a ellas, una clasificación [55] para la que aplica ocho criterios, la cual lo conduce a 14 tipos de sociedades globales, de las cuales 4 son arcaicas y 10 civilizadas [56].

---

[50] Véase, para más datos, nuestro libro ya citado *Capitalisme et économie dirigée*... (cap. I). Para otras concepciones véase el librito, muy sugestivo, de F. PERROUX, *Le capitalisme* (col. "que sais-je?", nº 315, 1948).

[51] No es necesario decir que cada una de las enunciaciones precedentes podría dar lugar a muchas discusiones. Tratamos solamente de proporcionar una vista de conjunto, la que sigue siendo, naturalmente, incompleta. Además, hay varios capitalismos como hay varios socialismos.

[52] Véase con la de R. Barre (*op. cit.*, t. I, págs. 170-176): economía cerrada, economía artesanal, economía capitalista, economía colectivista y economía corporativista.

[53] *Déterminismes sociaux et liberté humaine* (1955, págs. 191 y sig.).

[54] *Op. cit.* (págs. 193 y 194). La 2a. edición de la *Vocation actuelle de la sociologie* (pág. 409), trae, es cierto, reservas relativas a una diferencia entre los *tipos* de sociedades globales y las sociedades globales *concretas*.

[55] G. GURVITCH ha cambiado de opinión sobre este punto e indica por qué razones (*Déterminismes sociaux, op. cit.*, págs. 197 y sigs.).

[56] *Déterminismes sociaux* (*op. cit.*, págs. 200 y sigs.), y *Vocation actuelle* (2a. ed., págs. 443 y sigs.).

De estas 10 últimas, 4 están "en lucha en la sociedad actual", a saber:

— Sociedad dirigente, capitalismo plenamente desarrollado (ejemplo, Estados Unidos).
— Sociedad fascista, técnico-burocrática (ejemplo, Alemania e Italia fascistas).
— Sociedad planificada según los principios del estatismo colectivista (ejemplo, U.R.S.S.).
— Sociedad planificada según los principios del colectivismo pluralista (en ninguna parte este sistema ha sido plenamente realizado; existen sólo algunas aplicaciones parciales en países como Inglaterra y Suecia).

No habría por qué criticar esta clasificación, ni en su principio ni en sus detalles, pues ella se vincula íntimamente con ciertas concepciones sociológicas que no podemos poner en discusión. Lo único que podemos investigar es qué correspondencia tienen con nuestra concepción, a pesar de la diferencia de los términos, las "sociedades globales", así clasificadas por G. Gurvitch.

Ciertamente no corresponden a lo que nosotros hemos llamado tipos abstractos de funcionamiento. La división en tres grupos (arcaico, civilizado y actual) se inspira visiblemente en el proceso histórico y no trata de ninguna manera definir fenómenos de funcionamiento económico.

¿Se trata entonces de sistemas (en el sentido estricto)? Aunque la palabra no haya sido pronunciada, los diferentes tipos de sociedades globales propuestos por G. Gurvitch parecen aproximárseles bastante; entre los ocho criterios empleados, el último está representado por la "jerarquía de los determinismos sociales", y aparentemente, este octavo criterio, aplicado a cada uno de los tipos estudiados, correspondería a la determinación del espíritu y de los medios propios para cada sistema [57].

Regímenes. Si se admiten las definiciones y distinciones precedentemente enunciadas, el régimen aparecerá como la manifestación concreta de tipos abstractos, tanto los de organización como los de funcionamiento. Ahora bien, hemos retenido cuatro clases de sistemas (en el sentido estricto, o tipos abstractos de organización) y dos clases de tipos abstractos de funcionamiento, a saber:

Sistemas	*Tipos abstractos de funcionamiento*
1. Economía rural.	1. Economía dirigida partiendo de un centro.
2. Economía rural-artesanal.	2. Economía de relaciones.
3. Economía capitalista.	
4. Economía socialista.	

---

[57] El autor ha querido darnos a conocer su opinión sobre estas diversas aproximaciones, en función de las precisiones suplementarias dadas en la 2a. edición de su *Vocation actuelle de la sociologie.* (Véase, también, su estudio *Notion de structure et structure de la connaissance,* Xe Semaine de Synthèse, pág. 226).
Él considera que su "fenómeno social total" es lo que mejor corresponde a nuestros "sistemas". En cuanto a sus "estructuras", representarían algo intermediario entre nuestras propias nociones de estructura y régimen. En efecto, se ha especificado que las estructuras sociales difieren del fenómeno social total (*op. cit.,* págs. 407-408) y que se sitúan en el interior de este último (*op. cit.,* pág. 429).

La combinación de estas dos series ofrece un total de ocho posibilidades, pero son *posibilidades,* nada más. Con los regímenes, pasamos, en efecto, al plano de los fenómenos históricos. No basta ya con saber si tal régimen es concebible; hay que investigar también si corresponde (o ha correspondido en el pasado) a alguna realidad.

He aquí, primeramente, las combinaciones, posibles, partiendo del tipo abstracto de funcionamiento nº 1:

1. Economía rural dirigida a partir de un centro.
2. „ rural-artesanal dirigida a partir de un centro.
3. „ capitalista dirigida a partir de un centro.
4. „ socialista dirigida a partir de un centro.

De estos cuatro regímenes posibles tres (el primero, el segundo y el cuarto) encuentran fácilmente su correspondiente en la realidad: régimen de tribu, régimen (considerado por Eucken) de una ciudad de la Edad Media sitiada o aislada y finalmente, régimen soviético. El tercer caso, economía capitalista dirigida desde un centro, es delicado y lo reservamos para una discusión más profunda.

Y he aquí, ahora, las combinaciones posibles, partiendo del tipo abstracto de funcionamiento nº 2:

5. Economía rural de relaciones.
6. „ rural-artesanal de relaciones.
7. „ capitalista de relaciones.
8. „ socialista de relaciones.

Los casos Nos. 5 y 6 no suscitan ninguna observación; son regímenes de los que se encuentran múltiples ejemplos. El nº 7 representa, inclusive, una especie de dominante en los países llamados occidentales, mediando reservas paralelas a las que pudieran hacerse al carácter socialista de la economía soviética.

En cuanto al 8º caso, economía socialista de relaciones, puede presentarse la duda del mismo modo que se había presentado a raíz del tercero. He aquí dos combinaciones que no encuentran fácilmente su correspondencia en la realidad de ayer o de hoy.

¿Un régimen que sería capitalista en su organización, pero dirigido desde el centro en cuanto a su funcionamiento? Esto parecería responder a fines opuestos y aun un capitalismo "de Estado" (vocablo vago, por otra parte) no representaría esta eventualidad.

¿Un régimen cuya organización sería socialista, pero que funcionaría sin dirección centralizada? Esta eventualidad no es absurda, como doctrina, y muchos autores han citado un socialismo descentralizado, de tipo prudhoniano. Pero la realidad no nos proporciona ejemplos [58] y tratándose de régimen, es la realidad la que cuenta, no la doctrina, por muy seductora que ella sea.

En las dos eventualidades precedentes, la respuesta es ambigua, por lo tanto; en la primera, principalmente, no hay ninguna seguridad de que la experiencia pasada o presente nos proporcione el equivalente de dos de los regímenes posibles. Pero no es una razón, nos parece, para rechazar la clasificación. Se sobreentendía que ella se construía en forma mecánica, por combinación entre tipos abstractos. El recurrir a la realidad se produjo recién más tarde y demostró que todos los casos posibles no habían dado motivo a realizaciones. Es todo cuanto se puede anticipar [59].

Por el contrario, se tiene el derecho de formularse la pregunta inversa: si no merece el reproche de pecar por exceso, la clasificación propuesta, ¿no peca de insuficiencia? ¿En cuál de los ocho (o seis) casos considerados podrán ser ubicados regímenes tales como los de Francia e Inglaterra, en la actualidad y remontándonos un poco en el pasado, el de Francia durante 1940-1944, bajo la ocupación alemana?

Desde luego, lo confesamos, no puede pretenderse encerrar la infinita variedad de los regímenes económicos presentes y pasados en el cuadro estrecho de seis (y aun de ocho) eventualidades. Nuestra clasificación tenía por objeto proporcionar, sin más, vistas generales e indicar situaciones dominantes, entre las que existen, necesariamente, transiciones y degradaciones. A lo sumo, y hasta para los casos menos contestables, ya se encuentran esas transiciones y esas degradaciones. No hemos vacilado en ilustrar el caso de una economía capitalista de relaciones con el ejemplo de los Estados Unidos, y el caso de una economía socialista dirigida desde un centro con el ejemplo de la U.R.S.S. Sin embargo, aun en los Estados Unidos, la influencia del Estado se ha vuelto apreciable, con gran escándalo del *Big Business.* Hasta en un régimen tan rigurosamente centralizado como el de la U.R.S.S., existen mercados que escapan oficialmente o de hecho, a la autoridad central. Lo esencial es que esas características no se hayan desarrollado hasta el punto de falsear el régimen y hacerlo cambiar de categoría.

---

[58] ¿La experiencia yugoslava? Los autores no están muy de acuerdo a este respecto y se preguntan si el régimen es o no centralizado, si la centralización es una apariencia o una realidad.

En cuanto al socialismo descentralizado, BOURGUIN desde comienzos de nuestro siglo demostraba sus dificultades; véanse sus *Systèmes socialistes et l'évolution économique* (1903).

[59] La explicación de esta laguna no es muy fácil; quizás sería necesario invocar alguna afinidad necesaria, algún parentesco profundo que uniera, por una parte, el capitalismo a la economía de relaciones; por otra, el socialismo a la economía centralizada; y eso, sin duda, porque el capitalismo reposa en un principio individualista, mientras que el socialismo proclama, por el contrario. la preeminencia de los intereses del grupo social. No ocultamos, en forma alguna, el carácter "metafísico" de la explicación sugerida.

En tal caso, la dificultad hallada parece justificarnos en estos dos puntos:

a) Demuestra que la distinción entre organización y funcionamiento, válida en teoría, se torna difícil de aplicar cuando se trata de fenómenos concretos.

b) La adopción de un vocablo y un concepto únicos, "régimen" aplicado a la vez a la organización y al funcionamiento, se encuentra también justificada.

Suranyi-Unger precisamente ha dedicado su atención a las situaciones intermedias[60]. Sobre la base de los criterios, empresa privada y planificación colectiva, establece una distinción entre las dos grandes clases de regímenes[61]: la libertad occidental y la planificación oriental[62]. Pero luego, Suranyi-Unger observa, como nosotros mismos, que los dos tipos extremos admiten atenuaciones y que el grupo intermedio (economía de Francia, Inglaterra, Italia, etc.) representa un compromiso. En este sentido, existiría la misma tendencia a involucrar el mundo entero, sin exceptuar las situaciones extremas, las de la U.R.S.S. y los Estados Unidos.

En este grupo intermedio, pueden, cree el autor, distinguirse tres subgrupos:

a) El subgrupo formado por Inglaterra, Francia y Escandinavia. Encontramos una adhesión antigua e ininterrumpida a los principios occidentales de libertad. Por otra parte, esos países no se han orientado hacia el compromiso sino desde hace poco tiempo: uno o dos decenios.

b) El subgrupo que reúne a Alemania Federal, Italia y Japón, es decir, los grandes vencidos en 1945. En sus esfuerzos de compromiso, elementos muy diversos han entrado en juego: la presión ejercida por el poderío soviético, la democratización que en ellos es reciente y, finalmente, las reminiscencias de sus recientes pasados totalitarios.

c) El subgrupo representado por España y Argentina[63] sigue principios moderadamente totalitarios, en todo caso no comunistas.

Todo esto sigue siendo interesante, no por la posición de principio, que es incierta y lleva en sí confusiones precedentemente señaladas, sino por la idea de la importancia de una zona intermedia, aquella en que se encuentran los regímenes de compromiso. Suranyi-Unger tiene el mérito de haber señalado su importancia, de haber observado que está ya muy extendida y que hasta tiende a acrecentarse, aun teniendo en cuenta las desviaciones comprobadas en los regímenes que más se aproximan a los tipos puros y extremos[64].

Estructuras. Sería fácil hablar de las estructuras como acaba de hacerse con los sistemas y los regímenes. Pero, a decir verdad, tratándose de las estructuras económicas, la tarea sería demasiado cómoda y se podría fácilmente establecer varias clasificaciones: según el grado de generalidad de las estructuras, según que sean internas o externas, cualitativas o cuantitativas, etc.[65]. Preferimos abordar aquí otros puntos más instructivos para la tipología de las estructuras comparada con la tipología de los sistemas y los regímenes. Esos puntos serán los siguientes: ¿cuál es la importancia comparada de los sistemas, de los regímenes y de las estructuras? ¿Las estructuras forman parte de los regímenes y los sistemas? ¿Cómo se articulan las estructuras a los regímenes y a los sistemas? ¿Cómo puede establecerse una jerarquía entre las nociones en cuestión, de acuerdo a sus grados de abstracción?

---

[60] *Comparative economic systems,* obra ya citada.

[61] Y no de sistemas, a pesar del léxico adoptado por el autor. Hemos explicado este punto anteriormente.

[62] *Western freedom* y *Eastern planning* constituyen, respectivamente, el objeto de los capítulos I y II de la obra.

[63] La Argentina entonces peronista. Recordemos que el libro data de 1952.

[64] Recordar a Polonia y los cambios recientemente registrados (1956-57) en el régimen del país.

[65] Hemos presentado algunas de estas clasificaciones en nuestro artículo, ya citado, *Matériaux pour une théorie* (*Revue économique,* noviembre de 1954). Pero entonces nuestro objetivo era diferente.

A) *Importancia de las estructuras con respecto a los regímenes y a los sistemas.* Las estructuras, consideradas como relaciones específicas, existen naturalmente en todo: en un ser biológico (el hombre) como en un ser social y en un ser económico.

Consideremos solamente, por el momento, los seres económicos. Surge inmediatamente que sus estructuras son variables según los regímenes en vigencia y también según los sistemas.

a) *Según los regímenes.* Siendo el régimen esencialmente concreto, las estructuras van a desempeñar un papel primordial con respecto a él. Un régimen se caracterizará por varios rasgos, pero, sin duda alguna, por sus estructuras[66].

Así, la proporción de los salarios en el presupuesto nacional de Francia era de 55,7 % en 1949. Ha aumentado regularmente hasta alcanzar el 60 % en 1954, el 59,4 % en 1955 y el 60,3 % en 1956. He aquí un hecho de estructura que contribuye, en primer lugar, a caracterizar un régimen: el de Francia, después de la segunda guerra mundial.

Otro ejemplo, que tiene la ventaja de permitir comparaciones internacionales: la proporción de la mano de obra que se consagra a la agricultura, en el % de la mano de obra total, se establece en los diferentes países de la siguiente manera:

Egipto (1947)	65 %	contra	71 %	en 1907.
Italia (1954)	41 „	„	57 „	„ 1881.
Francia (1954)	28 „	„	48 „	„ 1881.
Alemania Federal (1954) ..	21 „	„	43 „	„ 1882 (toda Alemania).
Estados Unidos (1950)	13 „	„	50 „	„ 1880.
Gran Bretaña (1951)	5 „	„	13 „	„ 1881.

El orden es el mismo hacia 1950 y hacia 1880, excepto en los Estados Unidos, cuyo porcentaje ha disminuido más rápidamente que en otra parte. Dos casos extremos están representados por Egipto, muy poco industrializado, y por Gran Bretaña que lo está extraordinariamente, y desde hace mucho tiempo. Italia, Alemania y Francia están en una posición intermedia, siguiendo con retraso sensible la evolución general que tiende, con el progreso de la industria y del sector llamado "terciario", a hacer disminuir el porcentaje representado por la mano de obra agrícola.

Indicaciones como éstas caracterizan a estructuras en vía de transformación y, a través de ella, a regímenes.

[66] ¿Se caracteriza *solamente* por sus estructuras? Es decir, ¿no comprende más que estructuras? Es éste un punto importante, que será tratado luego, en la letra C.

b) *Según los sistemas* (en el sentido amplio). Se puede prever que las estructuras ocuparán, en los sistemas, un lugar mucho menor que en los regímenes, precisamente porque los regímenes son concretos mientras que los sistemas presentan un grado elevado de abstracción. ¿Cómo establecer relaciones —eventualmente, relaciones numéricas— para abstracciones? Quizás, en presencia de un régimen concreto (el de Francia en 1957) sería posible demostrar que el sector nacionalizado representa un x % de la producción (o y % de los capitales invertidos o z % de la mano de obra activa, etc.). Pero nadie podría establecer a qué nivel se establecen estos porcentajes para un sistema abstracto y menos todavía a qué nivel deben o deberían establecerse. Aquí, el teórico debe contentarse con aproximaciones y con un lenguaje cualitativo; dirá, por ejemplo, que un sistema capitalista, para seguir siendo tal, no debe comprender un *muy* o un *demasiado* grande porcentaje de empresas nacionalizadas; o, aun, que ese porcentaje es normalmente "más grande" en una economía dirigida del centro que en una economía de relaciones. A tal punto que es legítimo interrogarse, para saber si se trata todavía, en verdad, de estructuras. La estructura, ¿no se encuentra desprovista de su contenido positivo, en cuanto se pasa del régimen a los sistemas?

Esta conclusión sería excesiva. Digamos simplemente, que a nivel de los sistemas, y precisamente porque los sistemas son abstractos, las estructuras casi no pueden expresarse bajo forma de relaciones cuantitativas. Adquieren, a la fuerza, una expresión cualitativa y pierden, desde ese momento, en precisión, lo que ganan en generalidad. Su papel se presenta como menor que cuando se trataba de los regímenes; papel menor, pero no nulo, a pesar de todo.

De donde surge una observación que encontrará su aplicación en seguida: en todo lo que concierne a las relaciones entre estructuras, de una parte, sistemas y regímenes, de otra, se sobreentiende que se tendrán en cuenta esencialmente los regímenes, puesto que el vínculo entre estructuras y sistemas es menos sólido y mucho menos inmediato.

B) *¿Las estructuras forman parte de los regímenes (accesoriamente de los sistemas)?* F. Perroux declara, con seguridad, que la estructura es la estructura "de un sistema" [67]. Lo mismo Clemens: "El sistema económico depende de la combinación de diversos elementos estructurales [68]". También Jean Weiller dice: "cambios de estructura en el interior de un mismo sistema [69]. Por último, para André Marchal, el sistema es "un conjunto de estructuras". Sin embargo este autor observa, con E. Antonelli, que se puede hacer hincapié, no en un elemento elegido de manera más o menos arbitraria, sino en una combinación *coherente* de diversos factores estructurales. Lo que nos conduce a considerar, en el sistema, un complejo de estructuras ligadas por relaciones relativamente estables[70].

---

[67] *Cours* (*op. cit.*, págs. 76-77 y 197).

[68] *Prolégomène d'une théorie de la structure économique.* Informe inicial al Congreso de Economistas de lengua francesa (1952). Este informe ha sido publicado en la Revue d'économie politique (nov.-dic. 1952).

[69] *Déterminismes sociaux et déterminismes économiques* (Cahiers internationaux de Sociologie, vol. XXI, 1956, pág. 53).

Es así cómo la mayoría de los autores no vacilan y hacen, de las estructuras, algo *interior* a los sistemas. Y la terminología, diferente a la nuestra, importa poco; se sobreentiende que, para ser completo, habría que distinguir entre regímenes y sistemas, y establecer nuevas distinciones entre estos últimos. Retengamos solamente la idea central, la de una interioridad de las estructuras en relación con los regímenes y sistemas. Las primeras serían a los segundos lo que el contenido al continente, lo que la parte al todo. ¿Qué valor tiene esta idea?

Es exacta, en el sentido de que las estructuras determinan, en efecto, relaciones que "pertenecen", en cierto modo, a los regímenes y a los sistemas. A este respecto, son bien "interiores"; se sitúan *dentro* de los regímenes como *dentro* de los sistemas[71].

Pero, en otro sentido, la idea deja de ser exacta, si uno se sitúa en el plano del conocimiento. No concebimos las estructuras como concebimos los regímenes y los sistemas. En realidad, no conocemos las estructuras más que como un conjunto de relaciones. Entre esas relaciones, las más interesantes son cuantitativas[72]; se expresan en forma matemática, por ejemplo, la de un porcentaje como 40 % o 50 %. Ahora bien, es evidente que 40 % o 50 %, no son relaciones propias de tal régimen o sistema. Son relaciones abstractas y su carácter abstracto se manifiesta tanto mejor cuanto que se las traduce por expresiones matemáticas, separables, en cierto modo, de los objetos a los que ellas se aplican y que, en realidad, son aplicables indiferentemente a una multitud de objetos. Así, un color se encuentra en muchas circunstancias; el azul y el verde, son a la vez propios de ciertos objetos y exteriores a cada uno de ellos, gracias a la abstracción. Nuestra conclusión en este punto será la siguiente:

1º Si se trata del *contenido* de las estructuras, se puede aprobar la fórmula según la cual las estructuras son interiores a los regímenes y a los sistemas.

2º Pero el *mecanismo mental* por el cual nosotros concebimos las estructuras es totalmente diferente del mecanismo mental por el cual concebimos los regímenes y los sistemas.

Se observará también, ahondando la reflexión en este último punto, que las estructuras podrían ser consideradas como si tuvieran un grado de abstracción particularmente alto. Traducimos las estructuras por relaciones, en lo posible matemáticas, luego abstractas, al más alto grado. Más abstractas, en todo caso, que los criterios que hemos empleado para caracterizar a los regímenes y los sistemas. Así el criterio de la distinción entre los tipos abstractos de funcionamiento —que representan en los sistemas, el máximo de abstracción— sigue siendo, sin embargo, bastante concreto: Según W. Eucken, a quien hemos seguido en este punto, es la forma de ajuste de los planos entre ellos [73]. La abstracción es sensible, pero, sin embargo, es menor que en una relación matemática. Igualmente, la distinción entre sistemas, en el sentido estricto, se basa en diferencias de criterios, de medios, en suma en elementos aún más concretos. En cuanto a los regímenes, la demostración sería superflua, puesto que ellos mismos se sitúan a nivel de la realidad más inmediata.

---

[70] *Cours* (*op. cit.*, págs. 95 y 99). Es la definición de la que hemos hablado antes.

[71] Falta saber, se entiende, cómo se hace la articulación. Este punto será discutido a continuación, en la letra C del presente subpárrafo.

[72] Ciertamente, hay otras. Pero éstas son las más perfeccionadas y nosotros tendemos hacia ellas sin cesar. Es, a falta de algo mejor, que nos conformamos con otras. Así los términos opinión favorable, muy favorable, etc., son reemplazados por porcentajes (70% de afirmaciones, 20% de negaciones, 10% sin opinión) a medida que progresa la técnica del sondeo de las opiniones.

C) *¿Cómo se articulan las estructuras a los regímenes (accesoriamente a los sistemas)?* Dejemos de lado, momentáneamente, los mecanismos mentales, para no hablar más que del contenido de las nociones en cuestión. Nos habían dicho que las estructuras eran interiores a los regímenes (y a los sistemas). Admitámoslo con las reservas que acaban de ser hechas. Pero queda todavía por preguntarse cómo se efectúa la articulación. Para responder distinguiremos las estructuras *efectivas* de las estructuras *ideales*.

a) *Estructuras efectivas.* Puesto que se trata de estructuras efectivas deberán ser considerados solamente los vínculos de hecho. Las comprobaciones impondrán la ley.

Si se tratara de medir la importancia del sector nacionalizado: importancia de la producción nacionalizada, volumen de los capitales invertidos, proporción de la mano de obra empleada, etc. En presencia de semejante régimen concreto, comprobamos, por ejemplo, que esta importancia es del 30 %: he aquí un hecho de estructura, una comprobación objetiva que intervendrá (con muchas otras, naturalmente) para caracterizar primeramente el régimen y luego para determinar, a través de él, el sistema del cual el régimen no es más que la proyección concreta. Desde este punto de vista, la estructura aparece *como una manera de conocimiento.*

¿Es necesario ir más lejos? Un conjunto de estructuras, ¿no basta para caracterizar a un régimen y, más allá del régimen, al sistema? Se volvería entonces a una idea muy aproximada a la de André Marchal, quien, como sabemos, define el sistema como un conjunto coherente de estructuras. En resumidas cuentas habría, en todo sistema, *sólo* estructuras, con esta reserva: que su conjunto debería ser coherente y que los vínculos entre ellas deberían permanecer relativamente estables. Dicho de otra manera, ¿las estructuras, *necesarias* para caracterizar régimen (y sistema) no son al mismo tiempo *suficientes*? o aún: ¿el régimen (y el sistema) no tienen como contenido sino estructuras? Tal es la pregunta y se adivina el alcance de la respuesta a dar.

---

[73] Véase anteriormente, § 1, párrafo 1.

Nos parece, aun con las reservas y correcciones indicadas —necesidad de la coherencia, necesidad de vínculos realmente estables— que la respuesta sólo puede ser negativa. La opinión anterior llegaría a hacer de los sistemas y los regímenes, una simple recomposición partiendo de las estructuras. En suma, una *síntesis*. Pues, y siempre desde nuestro punto de vista, conviene proceder por una operación en sentido contrario, por un *análisis*: hay que partir de las nociones más abstractas (los sistemas) en vez de llegar a ellas.

En efecto, el peligro de una síntesis sería doble:

1º Se habla de síntesis, pero no se determina suficientemente cómo se realiza. No basta con citar la necesidad de una coherencia, de vínculos relativamente estables: esos son caracteres *exteriores*. ¿Qué vínculo *interno* uniría las estructuras, unas y otras, para reconstruir un conjunto que sería llamado sucesivamente régimen o sistema, según el grado de abstracción en el que se detendría? Desde este punto de vista, el proceso de descomposición, de análisis, parecería ofrecer más garantías que el proceso inverso.

2º Por otra parte, ¿qué es de la causalidad? ¿Está colocada a nivel de las estructuras o al de los regímenes y los sistemas? Según la concepción de André Marchal, se sitúa al nivel más bajo, el de las estructuras. Esto nos lleva a pensar, entonces, que lo que determina los regímenes y los sistemas, son las estructuras. Ahora bien, tal actitud es difícil de admitir: parecería que la causalidad debería situarse en el nivel más elevado. El orden de causalidad sería, pues, inverso al precedente: es *porque* el sistema es esto o aquello que él se traduce por tal régimen y, finalmente, es *porque* el régimen es de tal naturaleza que se traduce a su vez por tales estructuras.

Así, pues, las estructuras no sirven más que parcialmente para caracterizar los regímenes y los sistemas.

Pero, si es así, ¿qué contienen los regímenes y los sistemas más allá de las estructuras? La respuesta no es dudosa: son las realidades económicas mismas, entre las que las estructuras no hacen más que establecer relaciones. Así, más allá de las estructuras del crédito propias a un régimen dado está el crédito mismo.

Una comparación con la sustancia sin duda aclarará nuestro pensamiento. Si, para Platón, la sustancia existe por sí misma (las ideas), para Aristóteles, no existe sino realizada en una materia[74]. También para Aristóteles, la sustancia comporta atributos, de los cuales algunos (los accidentes) podrían no serlo. Así, un triángulo tiene ángulos cuya suma es igual a dos rectos: es un atributo. El triángulo está pintado de rojo o azul: es también un atributo, pero accidental.

---

[74] J. P. Sartre afirma lo contrario: por lo menos en lo que concierne al hombre, la existencia precede a la esencia.

Igualmente, las estructuras intervienen para dar al crédito, a la moneda, a los precios, su tonalidad propia, en un conjunto determinado, sistema abstracto o régimen concreto. *Pero tienen valor solamente por el modo en que ellas se integran en este conjunto.* Una proporción del 30 % de actividades económicas nacionalizadas no tiene sentido más que por inserción, integración en un régimen dado. Razonar de otra manera sería "mitificar" las estructuras, arriesgarse a transformarlas en realidades independientes del objeto al que ellas se aplican, darles una existencia aparte, lo cual es justamente un mito. Así, una proporción del 60 % de mano de obra agrícola sobre el conjunto de la mano de obra activa constituye un hecho de estructura. Sólo que esta proporción es susceptible de hallarse en muchas circunstancias y no se podría separarla sino por un proceso mental, del conjunto al que pertenece. Afirmando que los regímenes (y los sistemas) están formados únicamente por estructuras, y aun insistiendo —como lo hace André Marchal— en la coherencia necesaria entre las estructuras, se llega a una concepción *mecanicista* y *existencialista:* mecanicista porque se limita a recomponer regímenes y sistemas a partir de las estructuras; existencialista, porque se establece que la existencia precede a la esencia.

Resumiremos nuestra posición sobre este punto presentando las proposiciones siguientes:

1) Las estructuras forman parte integrante de los regímenes (y a través de los regímenes, parte integrante de los sistemas).

2) Pero, las estructuras sirven sólo parcialmente para caracterizar los regímenes y los sistemas. Y menos los sistemas que los regímenes, puesto que aquéllos son más abstractos que éstos.

3) Además de su acumulación, hay otra cosa que define a las estructuras: el que ellas formen parte de un conjunto (régimen o sistema).

b) *Estructuras ideales.* Agrupamos bajo este vocablo tanto a las "preferencias de estructura", de las que habla J. Weiller, como a las estructuras imaginarias de P. Reynaud. El plano en el que nos colocamos desde ahora no es más el del conocimiento puro. Es, más vale, el de la política económica, casi hasta el de la política social.

En resumen, la idea es modificar las estructuras existentes y sustituirlas por otras, juzgadas preferibles (y los criterios de esta preferencia no tienen por qué detenernos: eficacia económica mayor, bienestar acentuado, justicia mejor asegurada, etc.). Dos formas de acción aparecen como posibles: la forma *reformista* y la forma *revolucionaria:*

1) Primeramente puede pensarse en modificar el orden estructural existente, con miras a conseguir un cambio del régimen o del sistema, o de los dos a la vez.

El procedimiento implica, se sobreentiende, plazos para su ejecución y, además, un exacto conocimiento de las estructuras existentes, para saber en cuáles es más fácil, más oportuno y más urgente obrar. Por ejemplo, sería relativamente fácil modificar la proporción del sector nacionalizado, sea para acrecentarla (ejemplo: Francia, 1944-46), o bien para reducirla, en la hipótesis inversa de desnacionalización (ejemplo: Inglaterra, en el transcurso de los últimos meses). Por el contrario, ciertas relaciones estructurales no pueden ser transformadas si no existen de por medio largos plazos: en pocos meses no puede hacerse variar la proporción de la producción agrícola, o la proporción de la mano de obra agrícola, en el conjunto de la producción o de la mano de obra nacionales.

El procedimiento reformista puede, sin duda, conducir a cambios en el régimen y en el sistema, pero el resultado será obtenido lentamente y a través de numerosas etapas. Razón por la cual es rechazado por los extremistas y por los impacientes; razón por la cual, también, el momento a partir del cual se pasará a un nuevo régimen, a un nuevo sistema, no será fácilmente perceptible.

2) Puede seguirse el camino inverso. Esta vez, se parte de una modificación del sistema o del régimen, para transformar las estructuras: es el procedimiento revolucionario. Se espera que una vez que los principios hayan sido cambiados, las estructuras se adaptarán. Sólo que la adaptación deberá hacerse en conjunto a plazo breve y en tal caso como una consecuencia del cambio de régimen o de sistema.

Los ejemplos —muy numerosos— de las revoluciones históricamente comprobadas muestran al mismo tiempo las posibilidades y los límites del procedimiento revolucionario.

Las *posibilidades* son vastas: requerimiento a nuevos principios, tanto más susceptibles de provocar adhesiones, y hasta entusiasmos, cuanto más radical es la ruptura con los principios antiguos. Y es necesario tener en cuenta también el medio y su receptividad. Los casos de la Revolución francesa y la Revolución rusa muestran que la receptividad de las masas con respecto a las iniciativas revolucionarias era muy grande en los dos países.

Pero los *límites* en lo que respecta a la eficacia del procedimiento revolucionario deben ser, también ellos, establecidos. Por otra parte no hay que buscarlos sobre todo en la resistencia, muy comprensible, de los adversarios: intereses comprometidos, clases perjudicadas, partidos desposeídos; ni tampoco en la incertidumbre de los partidarios, a menudo inclinados a pleitear y a discutir la amplitud, la oportunidad de las modificaciones a establecer, puesto que son ésas las relaciones, muy naturales, de un organismo que encierra, como todo organismo, fuerzas de conservación y un mínimo de no coherencia.

Dichos límites deben buscarse más vale en la *resistencia durable* que oponen a veces las *estructuras*, en presencia de una amenaza de transformación revolucionaria. Reconsideremos estos diferentes puntos.

Resistencia: pues en forma alguna es seguro que todas las estructuras sean dúctiles, ni que lo sean en la misma medida. Algunas se dejan modificar sin mucho trabajo; otras, revelan mayor rigidez. Las más flexibles parecen ser las más recientes y también las que están en minoría.

Resistencia *durable*, hemos dicho: a la larga, una resistencia puede gastar la paciencia y la fuerza de los revolucionarios y sin duda es lo que ha estado a punto de ocurrir en la U.R.S.S. en el transcurso de los años 1930 en adelante. La Unión Soviética hubiera necesitado muchos decenios para llegar a transformar la estructura principalmente agrícola que tenía en 1917; los especialistas se preguntan aun si ha cesado toda resistencia, aún hoy, a pesar del tiempo transcurrido y a pesar del lastre tirado por las autoridades soviéticas. En cuanto a la Revolución francesa, parecería que ella no hubiera hecho más que precipitar una transformación de la estructura agraria que se preparaba ya desde hacía un cierto tiempo. De ahí la solidez de los resultados obtenidos: los grandes latifundios no han sido reconstituidos, ni con la reacción monárquica de 1815-1830 y a pesar del famoso "Billón de los emigrados".

Finalmente, resistencia durable *de las estructuras*: pues, es muy fácil proclamar principios; es solamente a nivel de las estructuras donde puede comprobarse si los principios han sido aplicados realmente. La historia económica proporciona numerosos ejemplos de estructuras que, por sus permanencias, impiden la aplicación de ciertos principios y se oponen así a una acción de tipo revolucionaria[75]. Lo que prueba que la política económica, cualesquiera que sean los triunfos de que dispone (sobre todo en la época moderna) no es todopoderosa. A veces, tropieza con resistencias durables opuestas por estructuras. Debe tomar en cuenta las estructuras existentes y no imaginar que puedan ser reemplazadas, sin esfuerzo, por estructuras ideales.

Observaciones como las precedentes no conducen ni al escepticismo ni al conservatismo: no afirmamos que las estructuras sean todas y siempre no susceptibles de modificaciones deliberadas, por vía de reforma o revolución. Pero lo que se mantiene es la necesidad, tanto para los reformistas como para los revolucionarios, de conocer bien las estructuras antes de emprender una acción a su respecto, pues el conocimiento de las estructuras, si es indispensable en el *análisis* económico, no lo es menos para la *acción* económica, materializada por una *política* económica. Esta última debe conocer, por lo menos, las estructuras sobre las cuales pretende obrar y luego tenerlas en cuenta para modificarlas. Y todo esto es cierto, tanto para una acción reformista, que se dirige directamente a las estructuras, como para una acción revolucionaria. El revolucionario, sin duda, no se dirige más que indirectamente a las estructuras, pero lo mismo se expone a tropezar con sus resistencias.

En uno y otro caso, se trate de reforma o revolución, negarse a tomar en cuenta estructuras existentes o resignarse a conocerlas mal, es prepararse para los fracasos. En realidad, quizás la mejor definición de la *utopía* debería formularse en función de las estructuras y se diría entonces que la utopía es la construcción de un sistema[76] que pretende hacer abstracción de las estructuras, sea por ignorancia, o bien por presunción. O, más brevemente: la utopía es el *desconocimiento de las estructuras.*

---

[75] Creemos haber proporcionado uno de esos ejemplos en nuestra obra, *La politique sociale de l'Angleterre contemporaine* (1953, págs. 73-74). La comparación entre Inglaterra y Alemania muestra que en los dos países ha habido, en materia de salarios, un factor estructural dominante, pero no el mismo: en Alemania, fue el empleo; en Inglaterra, el costo de la vida. De tal suerte que las políticas de dirección económica seguidas en los dos países han obtenido resultados muy diferentes. Las semejanzas entre *países* (luego, entre *estructuras*), han prevalecido mucho sobre las semejanzas entre *políticas* (luego, entre regímenes).

D) *Jerarquía entre los sistemas, los regímenes y las estructuras, según sus grados de abstracción.* Entre las tres nociones en cuestión, existen primeramente dos entre las que se establece fácilmente la jerarquía: por definición, los sistemas (en el sentido amplio) se sitúan a un nivel elevado de abstracción, más o menos alto, por otra parte, según sus formas. Por el contrario, y siempre por definición, los regímenes corresponden a hechos concretos. En este punto, pues, no hay dificultad.

La dificultad aparece cuando uno se pregunta dónde se sitúan las estructuras, con respecto a la abstracción de los sistemas y al carácter concreto de los regímenes. Reconsideremos, para encontrar una solución, la distinción precedentemente indicada entre el contenido de las estructuras y el mecanismo mental que nos permite llegar a ellas.

Si se tienen en cuenta sus contenidos, las estructuras corresponden evidentemente a algo concreto y sirven para definir —no suficientemente, ya se sabe— los regímenes y los sistemas.

Pero, de acuerdo al mecanismo mental que las produce, las estructuras se presentan por el contrario, caracterizadas por una abstracción muy alta: corresponden a relaciones, y esas relaciones son susceptibles, según los adelantos de nuestra información, de revestir una forma matemática, particularmente abstracta.

Así, la doble naturaleza de las estructuras impide involucrarlas sin precisión preliminar en el conjunto formado por los sistemas y los regímenes.

Pero estamos en condiciones de proporcionar ya la precisión preliminar gracias a la distinción entre contenido y mecanismo mental. Desde el momento en que la búsqueda emprendida aquí no es de orden psicológico, desde el momento en que la teoría del conocimiento no nos detiene, hay que admitir que el mecanismo mental por medio del que conocemos las estructuras es (para nosotros) lo que hay en ellas de menos interesante.

Mucho más interesante, por el contrario, es el contenido de las estructuras. Contenido económico, evidentemente, puesto que se trata de estructuras económicas[77]. Y el lugar ocupado por las estructuras, de acuerdo a sus grados de abstracción, se revela sin dificultad. El régimen es ya una proyección del sistema sobre el plano de la realidad. Las estructuras que forman los componentes del régimen (también las del sistema), a su vez, son más concretas que el régimen; *a fortiori*, se entiende, que el sistema.

La jerarquía, de acuerdo al grado creciente de abstracción, se establece entonces de la manera siguiente: sistema-régimen-estructura. Se observará que esta jerarquía es la que ya ha podido ser establecida precedentemente partiendo de un criterio muy diferente, el criterio de la causalidad. Con respecto a esto, hemos notado que las estructuras se definían por su inclusión en un cierto régimen y, más allá del régimen, en un cierto sistema.

---

[76] No un régimen, evidentemente.

[77] La eventualidad de un contenido social será examinada luego, § 3.

¿Es decir, que la jerarquía propuesta sería perfectamente homogénea? Ciertamente no, y ante todo, por una razón muy general: la esencia de una jerarquía es ser heterogénea. Lo es hasta para una progresión matemática, aunque no fuera más que cuantitativamente, y es algo todavía más evidente para los fenómenos económicos y sociales. La homogeneidad perfecta excluye toda gradación y postula una completa igualdad.

Otra razón, todavía más interesante para nosotros: las estructuras presentan, con respecto a los regímenes y los sistemas, una diferencia específica. Son, repitámoslo, relaciones; mientras que los regímenes y los sistemas pueden comprender relaciones, pero no están formados únicamente por relaciones. Así, la extensión (relativa) del sector nacionalizado es una estructura, una relación. Pero la nacionalización misma no podría caracterizarse por relaciones; ella se detiene, en especial, por la atribución de un derecho de propiedad, de un derecho de gestión; y ni el derecho de propiedad, ni el derecho de gestión pueden ser pura y simplemente asimilados a relaciones. Lo mismo, la estructura monetaria se expresa por un cierto número de relaciones, fenómenos de estructura; ejemplo, las proporciones respectivas de la moneda metálica, de la moneda fiduciaria y de la moneda escripturaria. Pero el régimen de la moneda deja de estar formado únicamente por relaciones; ejemplo, el derecho de acuñar moneda, de emitir billetes, de producir y hacer circular la moneda escripturaria; o aun la fórmula de la dirección del crédito por el poder público, tal como ha sido definida por la ley francesa del 2 de diciembre de 1945. En suma, el régimen determina relaciones, sin que pueda ser considerado como un simple agregado de relaciones.

De esta forma, la jerarquía: sistema-régimen-estructura, no es absolutamente homogénea. Sin embargo, merece ser conservada con tal de tener la precaución de subrayar que ella se funda, y nada más, en el grado de abstracción adquirido por las nociones en cuestión.

E) *Algunos ejemplos.* Presentamos en seguida, esquematizándolos bastante, dos ejemplos globales que permitirán ver cómo las nociones precedentes encuentran su aplicación en la realidad.

1º Sea, primeramente, una de esas unidades económicas de las que Europa occidental presentó ejemplos durante toda la Edad Media.

El sistema es el de una economía rural-artesanal. La tierra es cultivada por hombres que no son propietarios y entregan al señor diversos aforos. Las actividades industriales son ejercidas por artesanos agrupados a menudo —pero no siempre— en corporaciones de oficios. El intercambio de los productos industriales por productos agrícolas se hace en un mercado, vigilado estrechamente por la autoridad (señorial o municipal). Es así como se encuentran asegurados los abastecimientos corrientes. En cuanto a las mercaderías de uso no corriente (especies, pieles, etc.) las transacciones que les conciernen se efectúan, ya sea por intermedio de mercaderes ambulantes, o bien por ferias (Champagne, Beaucaire, etc.). En todos los casos se trata de una economía "de relaciones"; la autoridad se contenta con asegurar la regularidad de las transacciones y de ninguna manera tiene por objeto fijar la cantidad de las mercaderías intercambiadas o consumidas.

Las estructuras son sencillas: preponderancia de la agricultura y débil importación (relativa) de la industria, porque las necesidades están poco diferenciadas y las herramientas son rudimentarias. Las actividades tales como transporte, comercio y banca, emplean pocas personas y a menudo el comerciante es al mismo tiempo armador y banquero. Las estructuras se caracterizan, pues, a la vez, por su simplicidad y por su rigidez, puesto que el horizonte económico de tales sociedades sigue siendo reducido y tanto las perspectivas como los deseos de cambio no tienen mucha cabida.

2º Sea ahora la economía de un país extremadamente desarrollado, como Francia. Trataremos de entresacar los rasgos dominantes en dos épocas sucesivas: hacia el reino de Luis Felipe; luego, en nuestros días.

Bajo la Monarquía de Julio el sistema era ya ciertamente, el del capitalismo con sus más puras características: individualismo y liberalismo. Las empresas eran libres de desarrollar el propio interés en el cuadro de una competencia todavía no restringida por los acuerdos patronales. Este capitalismo, además de ser "atómico", como dice J. Marchal, es un capitalismo de "relaciones", pues el Estado no hace el menor esfuerzo para coordinar los planes de los empresarios. Sus intervenciones se reducen al mínimo: no se encarga de los trabajos públicos más que si, por ejemplo, siendo su ejecución poco productiva (caminos), nadie quiere soportar la carga; si, por el contrario, parecen productivos (ferrocarriles), el Estado cede el lugar a los particulares[78].

En cuanto a las estructuras de la economía francesa, son ya estructuras modernas, o, por lo menos, se modernizan. Por ejemplo, si la agricultura ocupa todavía el mayor lugar en la actividad del país (valor de la producción, mano de obra empleada) este lugar tiende a reducirse en provecho de la industria. Dunham ha podido demostrar[79] que en 1848 la Revolución industrial no había alcanzado su término en Francia, pero había dejado por eso de ser vastamente emprendida y que Francia seguía de cerca a Inglaterra en la vía de una transformación estructural. Transformación tanto más notable cuanto que Alemania, Estados Unidos e Italia la ignoraban todavía, sin hablar, claro está, de Rusia ni Japón.

En nuestra época, es decir, desde hace más de un siglo, el esquema precedente se ha modificado mucho. El sistema capitalista, primeramente, ha recibido profundos ataques, tanto que las actividades económicas se han limitado de hecho y derecho, en extensión y profundidad (ejemplo: creación de un vasto sector nacionalizado). Luego, ha hecho su aparición una dirección central, menos rígida, menos absoluta que en U.R.S.S., pero que, sin embargo, deja sentir su influencia en el crédito y en las inversiones, a la espera quizás de poder hacerla sentir en otros campos. En resumen, si el matiz capitalista predomina todavía y si el predominio de la economía de relaciones es todavía incierto, hay que reconocer que el primero se atenúa tanto como el segundo. Y, en los dos casos, la comparación con la Monarquía de Julio se torna muy significativa.

Las estructuras, ellas también, han experimentado transformaciones capitales: decididamente la agricultura ha perdido el lugar eminente conservado tanto tiempo; las actividades industriales y los servicios (comercio, bancos, transporte, etc.) ven acrecentar sus proporciones y atraen a fracciones crecientes de inversión y mano de obra. El esfuerzo de adaptación prosigue, ciertamente, atestiguado por varios resultados espectaculares. Pero las antiguas estructuras resisten, las del artesanado como las del pequeño comercio y la pequeña explotación rural. El problema —cuyos datos no son sólo de orden económico— reside en saber si su resistencia será eficaz y durable.

---

[78] Se notará, sin embargo, que se ha cometido un ataque grave —y tradicional— tanto al liberalismo como a la no intervención del Estado, en materia de comercio internacional. El proteccionismo acentuado, practicado por la Monarquía de Julio, será reducido, sin ser suprimido, en 1880 y solamente durante algunos años.

[79] *La révolution industrielle en France* (1953).

3. *Contenido social de los sistemas, los regímenes y las estructuras económicas*

Los sistemas, los regímenes y las estructuras económicas tienen, naturalmente, un contenido económico que les es propio. Creemos que las discusiones precedentes lo han demostrado.

Pero quizás se encuentre también un contenido de otra clase, de naturaleza social. De ser eso, su estudio pertenecería también a la Sociología [80]. Pero lo que interesa, no obstante, aquí, no es tanto fijar los límites o barreras, como examinar hechos. Un problema de fondo, en consecuencia, más que una controversia sobre competencias. Se reconsiderarán una a una las tres series de nociones.

Contenido social de los sistemas. Por las razones ya citadas dejaremos de lado los "tipos concretos de funcionamiento" *(Wirtschaftsordnungen)*, de W. Eucken, a fin de estudiar solamente los "sistemas", en el sentido restringido, y los "tipos abstractos de funcionamiento" *(Wirtschaftssysteme)*.

Las distinciones así hechas, ¿no han resuelto, al excluirlo, el problema de saber si los sistemas tienen un contenido social? La fase de la búsqueda que nosotros hemos denominado segunda había puesto de relieve los "sistemas" cuyo contenido social era rico, en cierto sentido hasta demasiado rico, puesto que los aspectos institucionales jurídicos, etc. —en una palabra sociales—, amenazaban con velar la realidad económica a los ojos del analizador. El paso a una tercera fase ha correspondido, sin lugar a dudas, a un progreso, puesto que ha proporcionado los elementos de un análisis teórico más profundo y más específico. Pero se estaría equivocado si se dedujera que la explicación sacada de los tipos abstractos de funcionamiento hubiera perdido todo carácter sociológico. Nos parece que las dos explicaciones son de naturaleza sociológica, bien que a diferentes grados, y es conveniente determinar lo más exactamente posible el contenido social de una y otra.

A) *Los sistemas, en sentido estricto.* Aquí la tarea es relativamente fácil. Desde hace mucho tiempo los autores han indicado que los sistemas tenían un contenido social de gran complejidad. Luego, no hay más que elegir. Buscaremos nuestros ejemplos en la economía rural-artesanal y a la vez, en la economía capitalista.

---

[80] Para el conjunto de las relaciones entre la ciencia económica y la sociología, véase el capítulo anterior del presente *Tratado*.

a) La esencia de una economía rural-artesanal tiene su fin fuera de la economía misma. El hombre ve proponérsele finalidades —de orden moral, religioso—, no todas económicas. Más de una vez se ha notado la actitud de moderación que resulta, y Santo Tomás aconseja al sujeto económico vivir *convenienter*. Pues el fin humano se sitúa en el más allá y, por ejemplo, la jerarquía social no ubica a los valores económicos en su punto más alto. Antepone los valores religiosos, tradicionales y morales: santidad, honor, valor. Bien entendido, estos valores no son siempre respetados en la práctica, pero la organización social tiende a mantener su preeminencia a pesar de todo. Es decir, que la satisfacción de las necesidades se encuentra limitada por el círculo estrecho de las operaciones económicas.

Los medios puestos en ejercicio por la economía rural-artesanal están restringidos: la técnica es poco progresiva. El empresario existe ya [81] pero con un sentido muy especial: su preocupación por conseguir una ganancia monetaria está trabada por dificultades diversas: limitación de las utilidades, prohibición de la usura, necesidad de la limosna (no pensar solamente en los países cristianos: la limosna es, en Islam una de las cinco obligaciones fundamentales del creyente). Pues el rico, en cierto modo, debe hacerse perdonar su riqueza, especialmente *in extremis;* de ahí la importancia de las fundaciones piadosas, tanto en la cristiandad como en el Islam (bienes *habous*). Todos estos rasgos se modifican solamente en una época bastante tardía; posterior, para Occidente, al siglo XVI: los empresarios comienzan entonces a formar una clase, la que, de acuerdo a una evolución bien conocida, tenderá a cerrarse. Es la prefiguración de lo que pronto será la burguesía, en el capitalismo.

b) El capitalismo, en efecto, se caracteriza sobre todo por el móvil dominante, que es la búsqueda de una ganancia monetaria tan grande como sea posible. De ser eso, la finalidad sigue siendo *interior* al sistema económico y *neutro* (en relación con lo que no es la economía). Por eso la jerarquía social inspirada por el capitalismo coloca los valores económicos mismos en su punto más alto. El rico no sólo se beneficia con su riqueza y con las ventajas materiales que ella le procura; recoge también prestigio.

Mejor aún: en un sistema en que la riqueza se identifica con el poder, los medios de los que dispone el rico son excepcionalmente vastos. Además del poder económico, detenta el poder político y el poder social. Por lo menos, está en condiciones de llegar a este resultado, como lo prueba el ejemplo de la alta burguesía francesa, en Francia, en el siglo XIX [82]. En el seno de tal sistema, el empresario se convierte en el personaje central, en el engranaje esencial encargado de asegurar la distribución del producido social, beneficiándose con los progresos, desde ahora decisivos, de la técnica. Pero no cualquiera está en condiciones de ser empresario. Hay que disponer ya de una cierta riqueza, lo que se hace más cierto a medida que la empresa exige, para formarse, capitales siempre más importantes. Así, la categoría *económica* de los empresarios y los ricos se cierra cada vez más y se transforma en clase *social.*

---

[81] Disentimos en este punto con F. Perroux.

[82] Véase para este punto nuestro artículo, *En quels termes se pose le problème de la suprématie d'une classe* (Revue économique, mayo, 1956).

Es inútil proseguir: los ejemplos precedentes, que muy fácil sería multiplicar y desarrollar, demuestran suficientemente cuán complejo, variado y abundante es el contenido social de los sistemas económicos. Se estaría equivocado si se mostrara extrañeza. En efecto, los sistemas acuerdan una importancia fundamental a lo que corrientemente se llama cuadros: cuadros geográficos, históricos, técnicos, jurídicos y, naturalmente, también cuadros sociales [83]. El inconveniente está en que los cuadros no constituyen la realidad misma que en ellos se inscribe, razón por la cual se ha creído conveniente considerar nociones cuya materia económica sea más rica que la del "sistema".

B) *Los tipos abstractos de funcionamiento.* Este punto es mucho más difícil y mucho menos estudiado, también, que el precedente.

De acuerdo a la distinción propuesta por W. Eucken, los tipos abstractos de funcionamiento corresponden ya sea a una economía dirigida partiendo de un centro, o bien a una economía de relaciones. En la primera, hay coordinación de los planes particulares por una autoridad central. En la segunda, no se encuentra ninguna coordinación y el sistema funciona por el juego de relaciones directas [84]. Lo esencial está, pues, representado por la *presencia o la ausencia de coordinación entre los planos particulares.* De esta idea surgen varias consecuencias: la que se refiere a la macroeconomía, a los grupos, a las instituciones y a los fines perseguidos.

1º La economía dirigida, partiendo de un centro, se inspira necesariamente en una concepción *macroeconómica.* Lo inverso no puede ser concebido siquiera, cualquiera que fuese la manera más o menos imperfecta cuya centralización prácticamente sería puesta en ejecución [85]. Ahora bien, la concepción macroeconómica parece ser sociológica, si no en su esencia, por lo menos en su punto de partida, en su método. Se sitúa en el plano de las cantidades globales y pone en evidencia macrodecisiones [86]. Ocurre, a veces, que el punto de partida se olvida y que un autor pasa, más o menos conscientemente, de los conjuntos sociales a los conjuntos económicos [87]. Pero dicho paso no puede hacer olvidar la naturaleza profunda de la macroeconomía. Por lo demás, los exegetas nos interesan menos que los hechos mismos: fuera de dudas, en la medida en que recurren a la coordinación —es el caso de la economía dirigida del centro— los tipos abstractos de funcionamiento tienen ya un contenido social.

---

[83] Por otra parte, los cuadros no deben ser confundidos con las estructuras. Véase, para establecer la diferencia, nuestro artículo ya citado, *Matériaux pour une théorie* (Revue économique, nov. 1954, págs. 866-867).

[84] Que son, sobre todo (pero no exclusivamente), relaciones de intercambio. Las sociedades primitivas, según lo han demostrado trabajos muy conocidos, pueden descansar sobre relaciones de liberalidad, y F. PERROUX (artículo de la revista Diogène, nº 4, 1954), ha mostrado con energía el lugar de la liberalidad en las sociedades actuales.

[85] Se notará que la fórmula no puede ser invertida: si la concepción macroeconómica es inherente a una economía dirigida desde el centro, no hay por qué deducir que la economía de relaciones ignora necesariamente esta concepción.

[86] Véase el artículo de F. PERROUX, consagrado a las macrodecisiones, en *Economie appliquée* (1949, nº 2).

2º La noción de *grupo* y, naturalmente, de grupo social, está comprendida implícitamente en los tipos abstractos de funcionamiento, de diversa manera, por otra parte, según el tipo.

En el tipo "economía dirigida desde un centro", es evidente que dicho centro, siempre, no es más que el Estado [88]. Ahora bien, el Estado, a nuestro parecer, no es más que la *expresión de la supremacía temporaria de un grupo* [89]. Este aspecto introduce una noción social en el tipo: economía centralizada.

Para el tipo "economía de relaciones", hay que razonar de otra manera, puesto que no se encuentra necesariamente la coordinación. No se encuentran más que planos parciales, que pueden ser los de individuos, pero que también pueden ser los de grupos sociales. Eso se torna cada vez más frecuente, a medida que las economías se desarrollan y ganan en complejidad. Este tema —la declinación del individuo, de su poder de decisión, de sus posibilidades de acción, etc.— ha sido tratado más de una vez.

En consecuencia, en los dos casos, en el de una economía centralizada como en el de una economía de relaciones, la observación revela el papel desempeñado por los grupos sociales, difiriendo en que, en el primero, un grupo monopoliza la coacción [90], mientras que en el segundo, la coacción es compartida y difusa. Sin duda, también está poco o mal organizada y a menudo se ha presentado el cuadro de una acción ejercida por los grupos de presión (*pressure groups*) y de la lucha de influencia a la que ellos se entregan [91].

3º Las *instituciones,* fenómeno social al más alto grado, forman parte, evidentemente de los "sistemas", en el sentido estricto. A primera vista, parecen ser exteriores a los tipos abstractos de funcionamiento. Instituciones tales como el derecho de propiedad, el crédito y la moneda, se encuentran tanto en la economía dirigida desde un centro como en una economía de relaciones. Quizás tengan funciones diferentes, según los casos, pero esto importa poco.

---

[87] Es, nos parece, el caso de Lundberg. Véase la obra de Dargent, *Les modèles macro-économiques de séquence, l'exemple de Lundberg* (1953, páginas 65-67).

[88] Dejando de lado los sistemas ideados por los doctrinarios y, en especial, la concepción de un socialismo descentralizado, que hemos citado más arriba, para descartarla al no tener casi correspondencia con la realidad.

[89] Nos falta lugar para justificar, como lo merecería, esta definición que parecerá escandalosa a muchos juristas, y hasta a algunos economistas. Provisionalmente, haremos notar a unos y otros que la definición se limita a las realidades económicas y sociales y no prejuzga nada en cuanto a la forma tomada por el Estado, ni a sus modos de acción.

[90] Se reconoce aquí el lenguaje de F. Perroux.

[91] El estudio ha sido hecho, sobre todo, en los Estados Unidos y, en fecha reciente. J. Meynaud es uno de los que más han contribuido a introducirlo en Francia. Véanse sus artículos *L'intervention des groupes d'interêts dans la vie économique* (Revue économique et sociale, de Lausana; octubre de 1956), y *Essai d'analyse de l'influence des groupes d'interêts* (Revue économique, marzo de 1957).

Sin embargo, al no limitarse más a un panorama muy general de los tipos abstractos de funcionamiento y pasando a su detalle, las instituciones reaparecen. El mismo Eucken lo ha demostrado; por ejemplo, a raíz de la economía de relaciones, distingue varias formas del mercado y varias formas de la economía monetaria; igualmente, a raíz de la economía dirigida desde el centro, la libre elección de los consumos y el libre intercambio de los productos de consumo. A no dudarlo, esas son instituciones que vienen a enriquecer más el contenido social de los tipos abstractos de funcionamiento.

4º Los *fines* de esos tipos abstractos proporcionarán, por último, una indicación complementaria.

Hasta aquí no nos hemos preocupado de finalidad, o por lo menos hemos aparentado admitir implícitamente que los tipos abstractos de funcionamiento tenían sus fines en ellos mismos, a saber, un funcionamiento correcto, aceptable [92] de la economía. La concepción corría el riesgo de volverse algo inhumana y mecánica, provocando la idea de un organismo que funcionaría *por funcionar,* sin más fin que ése.

Por lo tanto, profundicemos más la búsqueda. Los tipos abstractos de funcionamiento tienen, naturalmente, un fin; pero cuando se analiza el contenido *económico* de éste, se ve que es muy débil y que corre el riesgo de seguir siéndolo hasta tanto uno se atenga a la economía, pues se va a parar siempre en la idea de un mecanismo; y un mecanismo, por perfecto que sea, tiene siempre un fin y una finalidad que le son *exteriores.*

¿De qué naturaleza? Ciertamente, de naturaleza *social* y es ésa probablemente la razón por la cual los economistas, no preparados para tales especulaciones, vacilan desde hace mucho sobre este punto. Hablan de bienestar, sin precisar, y también de rendimiento social, etc.

No pretendemos decir más que los especialistas mismos. Nos bastará con indicar el carácter incontestablemente social del fin sugerido para los tipos abstractos de funcionamiento. Y observar también que dicho fin es forzosamente común a los sistemas, en sentido estricto, y a los tipos abstractos de funcionamiento. En efecto, no se concebiría que tal sistema tuviera un fin dado y que el tipo correspondiente de funcionamiento tuviera otro diferente; menos aún que tuviera un fin opuesto al primero. Eso significaría, para retomar nuestras definiciones, que la organización está dirigida en un cierto sentido, y el funcionamiento en otro. Hay en eso una imposibilidad. Por lo menos en principio, pues, naturalmente, la realidad se encargará de hacer aparecer numerosas divergencias entre las voliciones y las ejecuciones: torpezas, errores, enmiendas, etc. Pero, al nivel de abstracción en que nos encontramos por el momento, tales fenómenos de fricción no tienen lugar. Los encontrarán, y muy importantes, en los regímenes concretos.

---

[92] *Workable,* como dicen los norteamericanos (J. M. Clark, *Galbraith*), por ejemplo, hablando de *workable competition.* La traducción *aceptable* parece mejor que *practicable.*

La cuestión podía plantearse más vale a raíz de los sistemas en el sentido estricto, puesto que cabría preguntarse sobre la esencia de cada sistema; y aun cuando la *esencia* no corresponda exactamente al *fin,* el acercamiento es cómodo.

Así, el contenido social de los tipos abstractos de funcionamiento [93] muestra una riqueza, a primera vista insospechada; la concepción macroeconómica es inherente a uno (por lo menos) de los dos grandes tipos, la economía dirigida a partir de un centro; la idea de grupo, la de instituciones, se encuentran tanto en uno como en otro; y si los fines de todo tipo abstracto de funcionamiento siguen siendo económicos, es necesario recurrir, para caracterizarlos correctamente, a consideraciones extraeconómicas, y, precisamente, a consideraciones de orden social. He aquí un ejemplo de comprobaciones (a las que, sin duda, podrían agregarse otras) que dan a los tipos abstractos de funcionamiento un contenido "sociológicamente significativo" [94].

Admitámoslo sin rodeos: una vez terminada la búsqueda —provisionalmente terminada, naturalmente— nos asalta una inquietud.

Los rasgos precedentes, tomados de a uno, probablemente son válidos. Pero su carácter disperso permanece. Lo ideal sería, primeramente, poder reagruparlos en un todo coherente; luego, constituir sobre esta base un tipo sociológico que constituiría el equivalente exacto del tipo definido en el orden económico. La primera tarea —reagrupamiento en un todo coherente— no sería ya fácil. En cuanto a la segunda, parece abrumadora y provoca confusión la cantidad de exigencias, a menudo contradictorias, que habría que afrontar, si, en efecto, se pretendiera encontrar tipos sociológicos que coincidieran exactamente con los tipos económicos establecidos primeramente.

Tal resultado, ¿sería alcanzado algún día por sociólogos, que unieran sus esfuerzos a los de los economistas?

Contenido social de los regímenes [95]. En la medida en que los regímenes traducen concretamente tipos abstractos [96], implican ya un contenido social, justamente el que acaba de ser determinado. Es inútil insistir, pero quizás tienen también un contenido social que, esta vez, les sería propio.

A) *La contaminación.* A diferencia de los tipos abstractos que hemos tratado, de acuerdo al deseo de F. Perroux, "de independizarlos de toda referencia histórica", los regímenes están sumidos en la historia, se podría decir casi que *son* la historia. Se presentan como fenómenos propios de un tiempo y de un lugar.

---

[93] Es sabido que los sistemas, en el sentido estricto, tienen un contenido social aún más vasto.

[94] Exigencia formulada (pero en sentido inverso) por R. Barre (*op. cit.*, t. II, pág. 49).

[95] Para todo el punto, véase Suranyi-Unger, *Comparative economic systems* (*op. cit.*, cap. VIII, págs. 153-173). Se ha visto, más arriba, que el autor llama "sistemas" a lo que nosotros llamamos "regímenes".

[96] Tipos abstractos, al mismo tiempo, de organización y funcionamiento, recordémoslo.

No hay por qué asombrarse, pues, que estén completamente penetrados de materia social. Naturalmente, la realidad ignora los cortes que nosotros practicamos más o menos arbitrariamente; ella confunde las distinciones entre lo económico y lo social así como entre lo político y lo económico. Todo eso torna a la observación muy difícil, pero es necesario resignarse. Los regímenes que nosotros calificamos, por comodidad, como económicos no corresponden y no pueden jamás corresponder a algo puro como lo son los tipos abstractos de organización o funcionamiento. Por el contrario, su esencia es la impureza, o más exactamente la *contaminación*, es decir, la mezcla con elementos de naturaleza no económica; en particular, con elementos de naturaleza social. Todo lo prueba y principalmente la constante interferencia entre métodos, a menudo económicos, y de fines, a menudo sociales. ¿Cierto régimen pretende asegurar un fin social como la desaparición de las barreras entre las clases sociales? El primer medio en el que se piensa —a menudo el único— es el que consiste en reducir la desigualdad entre los ingresos. Factor económico, en primer lugar, como se ve. De ahí surgen nuevas consecuencias.

B) *La irracionalidad*[97]. En el seno de un régimen, las contradicciones son constantes y la irracionalidad (económica), lejos de ser la excepción, constituye frecuentemente la regla.

Si, en efecto, la economía es "la administración de los recursos escasos"[98], la lógica exige que la administración en cuestión sea una "buena" administración. En otros términos, la economía implica o debería implicar, un mínimo de racionalidad. Pero todas estas exigencias no son válidas sino a nivel de los tipos abstractos. A nivel de los regímenes concretos —y precisamente porque son concretos— la racionalidad, sin desaparecer, se atenúa mucho. No llegaremos a decir que el régimen es un tejido de contradicciones, un complejo enteramente irracional, pero reconozcamos que las contradicciones son numerosas; en cambio, no existen en los tipos abstractos, a los que dicha abstracción les permite seguir siendo coherente y racionales.

Un rasgo más, y muy interesante para nosotros: casi todos los factores de contradicción, cuando se los examina, se manifiestan de orden social. Algunos ejemplos lo probarán.

1º *Los grupos.* Pueden ser estudiados en el cuadro de los tipos abstractos. Entonces, su mismo comportamiento es racional: capitalistas que buscan una mayor ganancia monetaria y que obran en consecuencia; asalariados que tratan de lograr, por medio de sus trabajos, un máximo de satisfacciones.

---

[97] MUEHLENFELS insiste en este punto, en su artículo, *Der Vergleich von Wirtschaftsordnungen* (Schweiz. Zeitschrift für Volkswirtschaft und Statistik, octubre de 1948, pág. 420).

[98] Definición de R. BARRE, *Économie politique* (*op. cit.*, t. I, pág. 11)

Pero ahora, en el cuadro de los regímenes, las contradicciones aparecen y muy numerosas. En el seno de los grupos de capitalistas y asalariados, los comportamientos dejan de ser uniformes. Aparecen móviles distintos a la mera búsqueda de la mayor ganancia monetaria: en algunos capitalistas, preocupación por el poder, preferido a la riqueza; en los asalariados, sacrificio del bienestar en vista de objetivos revolucionarios, etc. Igualmente, las oposiciones y las alianzas entre grupos ya no ofrecen la simplicidad anterior: tal grupo se alía o se opone a otro por motivos ideológicos, o a consecuencia de la concepción particular que él se hace momentáneamente de su interés [99].

2º *La lucha de clases.* ¿El hecho mismo de esta lucha surge únicamente, necesariamente, de circunstancias económicas? No es seguro. El lugar de las diversas clases en la producción desempeña, efectivamente, su papel, pero intervienen también otros factores, en especial una cierta ideología y una aptitud más o menos grande para acogerla. La lucha de clases existe en Europa occidental (Francia e Italia) pero, prácticamente, es casi desconocida en los Estados Unidos, donde las condiciones de producción son, sin embargo, casi las mismas. Pero en Europa se ha abierto camino una ideología dada, que no ha podido implantarse en los Estados Unidos.

En todo caso, es imposible negar la realidad de la lucha de clases, que influye notablemente sobre los regímenes económicos y contribuye a delatar sus contradicciones.

3º *Los fenómenos de despilfarro* se encuentran en todos los regímenes económicos. Su lista sería larga: económicamente (naturalmente, dejamos de lado los otros aspectos del problema), la construcción de las Pirámides y la edificación de las catedrales son despilfarros, y también los sacrificios humanos. Y por fin, y sobre todo, las guerras, algo que nuestra época ya no ignora ciertamente, a pesar de que ella se vanagloria de adjudicar un lugar creciente a los valores económicos: contradicción suprema, después de muchas otras. Todas se explican (sin justificarse necesariamente) por la intrusión, en la economía, de lo social bajo su forma religioso-político-ideológica.

En resumen, los regímenes económicos comportan contradicciones, también económicas, muchas de las cuales son debidas al hecho de que la búsqueda de los fines económicos es a menudo desviada y contradicha por la búsqueda de otros fines, especialmente de orden social.

¿Es necesario generalizar y decir que la búsqueda de fines sociales es necesariamente exterior a la economía, y está en contradicción con ella? Sería grave, puesto que se llegaría a una situación inextricable: en cierto modo lo social se enfrentaría con lo económico.

Tal actitud sería inadmisible. Existen, en efecto, fuerzas sociales cuya acción continúa siendo perfectamente compatible con los regímenes económicos más diversos. Por ejemplo, la familia, que se encuentra en una multitud de regímenes y que no aparece como un elemento de disociación. También la profesión, que, a decir verdad, tiene un papel variable: ha podido constituir un elemento de solidez para tal régimen (el de las ciudades de la Edad Media), o bien una fuerza de disociación para tal otro régimen (corporaciones modificadas a fines del siglo XVIII, en Francia). El funcionamiento de los regímenes económicos a veces está facilitado, a veces perturbado o trabado, por factores de naturaleza social. La extrema variedad de las situaciones impide, pues, dar una respuesta de conjunto y esas contradicciones se deben menos a la naturaleza misma de los factores sociales que a las consecuencias que provoca su inserción en el régimen económico.

---

[99] Numerosas ejemplificaciones posibles, como el movimiento Poujade, del que S. Hoffmann (*Le mouvement Poujade,* 1956), indica las numerosas contradiciones: frecuente connivencia entre una derecha y una izquierda, para triunfar sobre un centro; y el volumen colectivo de *Les élections du 2 janvier 1956* (1957) observa que los movimientos de extrema derecha provienen, no del gran capitalismo, como podría creerse de acuerdo a Marx, sino de las clases medias; por ejemplo, el nacionalsocialismo alemán y también el movimiento Poujade.

C) *Las instituciones*. Se encuentran ya en los sistemas en el sentido estricto. En los tipos abstractos no se las encuentra sino descendiendo a las subcategorías de estos últimos [100]; dicho de otra manera, a medida que los tipos, al perder algo de su generalidad, se aproximan a los regímenes concretos.

A tal punto que existiría la tentación de identificar las instituciones y los regímenes, como se ha querido por otra parte identificar las estructuras y las instituciones [101]. Es inútil llegar hasta eso; aun reconociendo que las instituciones constituyen una proporción importante de los regímenes, a quienes ellas apoyan y materializan a la vez, es necesario mantenerlas aparte; en cierto modo, corresponden a epifenómenos.

Así, el crédito es una realidad económica, sostenida por instituciones. El régimen obra sobre el conjunto, pero no siempre de la misma manera:

1º Obra sobre el *crédito mismo*, para autorizarlo o impedirlo (véase la prohibición de la usura en la Edad Media), para reforzarlo o restringirlo y, a veces, para confiar su manejo (total o parcial) al Estado.

2º El régimen obra aun sobre *las instituciones del crédito*, para adaptarlas a su objeto. Si el crédito está prohibido, se verán aparecer organizaciones que se esforzarán por reemplazarlo (Montes de Piedad, de origen franciscano). Si, por el contrario, el crédito está admitido, diversas instituciones vendrán a reglamentarlo: medidas liberales o dirigistas, redacción de un estatuto para los bancos privados o públicos, para los bancos de emisión, etc.

3º Finalmente, el régimen es susceptible de obrar sobre *las estructuras del crédito*: asegura la nacionalización del crédito o deja su manejo a los particulares; facilita o traba la concentración entre los bancos, facilita o traba la especialización bancaria [102], etc.

---

[100] Arriba, el mismo párrafo (subpárrafo 1, letra B).

[101] Hemos tratado de disipar el equívoco en nuestro artículo, ya citado, de la *Revue économique* (noviembre de 1954, págs. 864-866). En cuanto a SURANYI-UNGER (*Comparative economic systems*, *op. cit.*, pág. 92), sin pretender identificar las instituciones a los regímenes, se contenta con referirse a las primeras para definir los segundos.

[102] Véanse para esos últimos puntos, las medidas legislativas adoptadas hacia el año 1930 por Bélgica, Alemania y los Estados Unidos. Y para Francia, la especialización reglamentada por la ley del 2 de noviembre de 1945.

¿Es posible sintetizar lo que precede? Impureza e irracionalidad (económica) de los regímenes, amplia proporción dejada por ellos a los epifenómenos tales como instituciones; todos estos rasgos son de naturaleza social. Revelan una especie de indisciplina, de hostilidad a toda regla, que sería la característica de los regímenes económicos. Comprobemos, pero evitemos emitir un juicio que correría el riesgo de corresponder a alguna concepción demasiado simple.

Los regímenes concretos tienden, muy a menudo, a disociarse de los tipos abstractos y la disociación surge también muy a menudo de la "contaminación" de lo económico por lo social. Como parecería tratarse de una necesidad, no podría proponerse en este punto cualquier otra conclusión que no fuera empírica.

Contenido social de las estructuras. En el orden de una abstracción decreciente, las estructuras se encuentran, como se ha visto, al más bajo nivel. Es probable, pues, que el contenido social de las estructuras económicas sea importante, más importante inclusive que el de los regímenes y, *a fortiori,* de los sistemas.

Una vez más, el vocabulario es incómodo. Una estructura, considerada en cuanto a su contenido, está formada de relaciones. ¿Se tiene entonces el derecho de hablar del "contenido de una estructura" ya que una relación no podría tener contenido? Quizás sería mejor citar como ejemplo los "aspectos sociales" o aun los "aspectos sociológicos" de la estructura. Pero más que la forma, el fondo de la discusión merece retener nuestra atención.

Comprobemos, en primer lugar, que junto a las estructuras económicas, existen estructuras sociales [103]. El estudio debe ser emprendido sólo en función de las primeras, puesto que el estudio simétrico (aspecto económico de las estructuras sociales) a pesar de ser muy interesante, no nos concierne.

Probablemente será fácil descubrir el aspecto social de las estructuras económicas. En efecto, las estructuras son concretas al máximo, en relación a los regímenes y a los sistemas. Más que para estos últimos es posible encontrar interferencias constantes con los fenómenos sociales. Lo que se ha dicho precedentemente, a propósito de los regímenes, de la contaminación y de la irracionalidad, podría ser repetido y demostrado con ejemplos aún más numerosos.

Para comprobar esta influencia de las estructuras sociales sobre las estructuras económicas, consideremos la estructura de los *ingresos,* en un país y en una época dada. Es evidente que está influenciada por fenómenos sociales y, en especial —no exclusivamente—, por la estructura existente de las *clases* sociales. Así, el pobre es pobre, *en parte porque ya es proletario,* y porque está incluido en una clase de la cual le es extremadamente difícil salir. Por pertenecer al proletariado no puede obtener ingresos más elevados que le permitirían evadirse a la vez del proletariado y de la pobreza. Todo esto por razones bien conocidas: las clases son cerradas, si no legalmente, por lo menos de hecho; múltiples obstáculos se oponen a todo cambio de clase, tanto hacia abajo de la escala social como hacia arriba; los medios para enriquecerse y desproletarizarse no les son provistos —siempre de hecho— más que a los hombres que han salido ya de la miseria y del proletariado, o que no han entrado nunca.

---

[103] Véanse nuestros artículos, *La notion de structure sociale* (Revue des sciences économiques, de Lieja; septiembre de 1949) y *Essai de comparaison entre les structures économiques et les structures sociales* (Revue économique, septiembre de 1956).

Pero la enunciación precedente podría ser invertida y se diría entonces que, si el proletario es proletario, es *en parte, porque ya él es pobre.* Enunciación válida también ella, sin lugar a dudas.

Sería fácil multiplicar las tesis y las antítesis de este orden y demostrar que las dos clases de estructuras desempeñan, una con respecto a la otra, el papel de causa y efecto alternativamente. Busquemos mejor la síntesis preguntándonos, de estas dos funciones —pobre, proletario— cuál es la función dominante. Dicho de otra manera, y tomando como punto de partida la estructura (económica) de los ingresos: ¿la pobreza proviene*, sobre todo,* de causas *endógenas,* como la inserción preliminar en una estructura *económica* determinada, la de los *ingresos?* ¿O proviene, *sobre todo,* de causas *exógenas* como la inserción preliminar en una estructura *social* determinada, la de las *clases?* O, para plantear de otra manera este problema, ¿la responsabilidad de la miseria incumbe *sobre todo* [104] al régimen económico o al régimen social?

No es fácil dar una respuesta. Por nuestra parte, pensamos que no podría ser absoluta y que tendría que ser lo suficientemente flexible como para adaptarse a las épocas y a los regímenes. Sin embargo, para las sociedades de tipo occidental y en la época moderna, por lo menos se puede sospechar una evolución que consistiría en la proporción cada vez mayor acordada a los factores económicos, en el establecimiento de una jerarquía entre los ingresos tanto como en el establecimiento de una jerarquía entre las clases. Si esta manera de ver es exacta [105], confirmaría la tendencia a una especie de civilización nueva, a una civilización *económica* donde los criterios económicos prevalecerían sobre los otros. Tendencia, en consecuencia, para el régimen económico, a adquirir una responsabilidad creciente en la conservación de la miseria, si ésta subsistiera.

Así, y siempre en la hipótesis de la continuación de la evolución en el sentido indicado, las estructuras económicas adquirirían una independencia acrecentada; se desembarazarían del dominio ejercido sobre ellas por las estructuras sociales. La acción sobre los ingresos tendría más importancia, para luchar contra la miseria, que la acción ejercida sobre las clases.

---

[104] Se ve la importancia de ese "sobre todo", pues se sobreentiende que ninguna de las causas en discusión tiene un papel exclusivo y acabamos de indicar la reversibilidad de cada una de ellas.

[105] Pero exigirán muchos desarrollos, Y hay que confesar que, a menudo, es rebatida; hemos hecho notar que los despilfarros debidos a las guerras estaban muy lejos de disminuir, en las sociedades modernas.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Akerman (J.). *L'analyse structurelle des variations économiques* (artículo del *Bulletin de l'Institut de recherches économiques et sociales de Louvain*, diciembre, 1948).

— Cycle et structure (artículo de la *Revue économique*, enero, 1952).

— *Structures et cycles économiques* (trad. fr. de *Ekonomisk Teori*, 2 tomos en 3 vols., 1955-1957, Bibliothèque de la Science économique).

Barre (R.). *Économie politique* (colec. «Thémis», 2 vols. 1956).

Clemens (R.). *Prolégomènes d'une théorie de la structure économique*, rapport introductif pour le Congrès des Économistes de Langue française (1952) (publicado en la Revue d'Économie politique, nov.-dic. 1952).

Cluseau. *Systèmes et structures économiques* (contribución, págs. 268-290, al *Traité d'économie politique*, bajo la dirección de L. Baudin, t. I, 1951).

Eucken (W.). *Grundlagen del Nationalökonomie* (1ª ed., 1939; 6ª ed., 1950) (trad. inglesa bajo el título de *Foundations of Economics*, 1950).

— *Grundsätze der Wirtschaftspolitik* (1952).

Gurvitch (G.). *La vocation actuelle de la Sociologie* (1ª ed., 1950; 2ª ed., 1er. vol., 1957).

— *Déterminismes sociaux et liberté humaine* (1955).

Halm (G. N.). *Economic Systems, a comparative Analysis* (1951).

Lhomme (J.). *Matériaux pour une théorie de la structure économique et sociale* (artículo de la Revue économique, nov. 1954).

— *Essai de comparaison entre les structures économiques et les structures sociales*, (artículo de la Revue économique, sept. 1956).

Marchal (A.). *Cours de systèmes et structures économiques* (1955-56).

— *Méthode scientifique et science économique* (t. II, 1955).

Muehlenfels (von). *Der Vergleich von Wirtschaftsordnungen* (artículo de *Schweiz. Zeitschrif für Volkswirtschaft und Statistik*, oct. 1948).

Perroux (F.). *Pour un approfondissement de la notion de structure* (contribución a los *Mélanges Wilmeur*, 1939).

— *Le capitalisme* (colec. « Que sais-je ? », nº 315, 1948).

— *Les comptes de la nation* (1949).

Revue économique, número especial, nov. 1954, consagrado a la estructura económica, con contribuciones de J. Akerman, M. Flamant, J. Lhomme, A. Marchal, M. Resta.

Sombart (W.). *L'apogée du capitalisme* (trad. fr., 1932).

Suranyi-Unger. *Comparative economic Systems* (1952).

— *Une reconstruction de l'analyse des systèmes économiques* (artículo en Économie appliquée, nºs 2-3, 1953).

Tinbergen (J.). *Quelques problèmes posés par le concept de structure économique* (artículo de la Revue d'économie politique, enero 1952).

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

[illegible]

[illegible] politique [illegible]

[illegible]

[illegible] (1957).

[illegible]

[illegible] (1932).

3

SOCIOLOGÍA DE LAS FLUCTUACIONES ECONÓMICAS

ANDRÉ MARCHAL, PROFESOR DE LA FACULTAD
DE DERECHO Y CIENCIAS ECONÓMICAS DE LA
UNIVERSIDAD DE PARÍS

Introduccion

Para comprender bien la evolución del pensamiento económico en lo que se refiere al fenómeno de las fluctuaciones —uno de los campos en los que ha sufrido los trastornos más profundos— es necesario remitirse al análisis clásico y más especialmente a la ley de las salidas de J. B. Say.

Los clásicos tienen una visión de la vida económica inspirada por la ciencia física. Haciendo abstracción del tiempo en sus esquemas, obran como si creyeran en la instantaneidad de los fenómenos, y, en consecuencia, ignoran la incertidumbre, el riesgo, los plazos de reacción y de adaptación. Creen en la necesidad de volver al equilibrio y a su carácter automático. Y como no pueden excluir al hombre de este mecanismo perfectamente lubricado, lo suponen accionado siempre por móviles absolutamente racionales, siempre interesado, siempre consciente de sus intereses, ignorando al prójimo, atacado de miopía en lo que concierne al porvenir, y de amnesia en lo que concierne a la experiencia pasada. Pero, paradoja admirable, del comportamiento de este *homo œconomicus,* tan poco hecho para el progreso y la vida en común, debe surgir, precisamente, el progreso y la felicidad de la Sociedad. La visión de los clásicos —de los clásicos franceses por lo menos— es una visión esencialmente optimista.

Pero es también, como muy bien lo ha indicado L. Dupriez, una visión de largo alcance y una visión "en profundidad". El adagio de J. B. Say, según el cual "los productos se cambian por productos", el carácter necesario de la igualdad entre la oferta global y la demanda global —que excluye la posibilidad de una crisis general de superproducción— han sido desmentidos constantemente por los hechos, por la existencia del tesoro y la renta, por la comprobación de los gastos hechos sobre el crédito o el capital líquido. En un período corto estos fenómenos adquieren todo su significado, en particular, durante el transcurso del ciclo de 7 a 11 años. Por el contrario, en período largo, aparentemente puede admitirse una adaptación de la población, de las necesidades y de la producción.

Visión de larga duración, la visión clásica es también una visión en profundidad. "Existe lo que se ve y lo que no se ve", decía Bastiat. Los accidentes de superficie de la vida económica no podrían hacer olvidar las tendencias subyacentes, las fuerzas profundas y permanentes de la economía, como tampoco las ondas superficiales propagadas por la caída de una piedra en un estanque podrían destruir el equilibrio de la masa líquida. Esos fenómenos superficiales y pasajeros que son las fluctuaciones de la economía no deben, pues, acaparar inútilmente la atención de los teóricos.

Éstos elaboran entonces, por su parte, una teoría lógica y necesaria, basada en la noción de equilibrio, que excluye las fluctuaciones generales de la economía; una teoría mecánica y puramente económica, basada en el comportamiento racional del *homo œconomicus* y que excluye los factores irracionales o sociológicos. Por otra parte, pero con un sentido muy diferente, otros autores estudian de manera histórica y descriptiva esos movimientos despreciados cuyas causas atribuyen, muy a menudo, a fenómenos exteriores y contingentes (políticos, meteorológicos, etc.).

Sin embargo, las crisis de fines del siglo XIX y principios del XX llaman cada vez más la atención de los hombres prácticos sobre las vicisitudes de la vida económica. Para no cuestionar los esquemas armoniosos de los teóricos, sin embargo, uno se abstiene de toda investigación de causa y se aísla en estudios empíricos y estadísticos y en la confección de barómetros, como si las fluctuaciones de la economía resultaran de la "erupción de un volcán cuyo cráter en ebullición no hubiera sido jamás explorado".

Es la crisis de 1929, crisis sin precedente en la historia por su duración y su carácter, la que sugiere a J. M. Keynes una teoría revolucionaria que se opone por completo a la ley de las salidas. Por primera vez, un teórico disocia la noción de equilibrio económico y la de *optimum* económico y demuestra que pueden existir varios niveles de equilibrio, sobre todo niveles de equilibrio malsano, que no corresponden al pleno empleo de los factores de producción, sino solamente a la compatibilidad de los planes de ahorro (o de consumo) y de inversión (o de producción) del conjunto de los individuos. Mientras que para J. B. Say, el ingreso global de la comunidad era un dato (del que no había por qué explicar las variaciones), para Keynes, el ingreso global es una variable, la mayor variable, cuyo nivel está determinado precisamente por el punto donde se establece la coincidencia entre los proyectos económicos de las diversas categorías de individuos que componen esta comunidad.

De este cambio de punto de vista surgen dos consecuencias:

1) Debido a la sustitución de la noción de ingreso global variable por la noción de ingreso global constante o dado, se pasa de una

noción de equilibrio general estático a una noción de equilibrio dinámico (ingreso global creciente o decreciente, fluctuaciones del ingreso global);

2) Debido a la introducción de esas variables independientes que son la propensión a consumir, la incitación a invertir y la preferencia por la liquidez, se hace depender de las disposiciones psicológicas de los diversos grupos sociales, el nivel del ingreso global donde se establece la coincidencia de los planes de ahorro y de inversión de la comunidad considerada en su conjunto. La principal variable económica del sistema, el ingreso global, deriva así, por una cadena de reacciones causales, de variables psicosociológicas [1] independientes del sistema. La teoría de Keynes ha proporcionado, pues, los primeros elementos que permiten *franquear el foso que separaba a la teoría general de la economía del estudio descriptivo de los movimientos económicos,* por una parte, *y de la sociología económica,* por otra. Actualmente, un teórico de la economía puede, pues, estudiar la sociología de las fluctuaciones sin pensar que traiciona su vocación al convertirse en estadístico o sociólogo. Puede hacerlo partiendo de las ideas de Keynes, pero, más aún, partiendo de los análisis de sus sucesores o de los análisis de los economistas escandinavos, herederos de Wicksell, que han desarrollado su teoría en un sentido francamente más dinámico. Introduciendo en el esquema los plazos, las demoras de adaptación debidas a las rigideces técnicas o institucionales, todos utilizan la noción de proceso acumulativo inventado por Wicksell en 1899, y retomada por Keynes bajo la forma de los efectos de multiplicación y aceleración. Teorías de los plazos, del multiplicador y del acelerador han llegado así a la elaboración de una verdadera teoría general dinámica, que sustituye la teoría general del equilibrio o la incluye como un caso particular.

El fenómeno de las *fluctuaciones,* considerado antes como accesorio, se encuentra así nuevamente ubicado en el *centro mismo del esquema explicativo* de la vida económica. A la vez, los fenómenos *psicosociológicos* experimentan una promoción: de *consecuencias* del funcionamiento de los mecanismos económicos, pasan a ser *causas* o, por lo menos, causas entre otras.

Esta ascensión de lo social en la ciencia económica se ha realizado en tres etapas. En el transcurso de una primera etapa, la sociología de las fluctuaciones se reduce al análisis de las consecuencias sociales de las fluctuaciones consideradas *a priori* como fenómenos puramente económicos. Lo social se integra en lo económico por la puerta de atrás, ocupa una posición inferior, de dependencia.

Luego, en el transcurso de una segunda etapa (no puede decirse en el transcurso de una segunda fase, pues ésta estaría muy mal delimitada en el tiempo), lo social tiende a integrarse en el análisis económico, siendo la combinación de factores económicos y de disposiciones de orden psicosociológico la única que podría rendir cuentas plenamente de ciertos aspectos de las fluctuaciones, en particular de los procesos acumulativos que preceden a la crisis y la suceden.

---

[1] Se podría discutir sobre el término "psicosociológico" puesto que las variables independientes de Keynes han sido élaboradas según el postulado por el cual el comportamiento del grupo de los patronos, del grupo de los consumidores, etc., es igual a la suma o al término medio del comportamiento de todos los patronos individuales, de todos los consumidores individuales, etc.

Finalmente, se entrevé una tercera etapa, que se desarrolla en armonía con una nueva corriente de ideas que domina actualmente en algunos autores franceses y en un autor escandinavo, y de la que puede encontrarse el origen en dos grandes economistas hoy desaparecidos. Las fluctuaciones aparecen como el resultado de los esfuerzos desplegados por ciertos grupos sociales en su contacto, cooperación o conflicto con otros grupos sociales cuando unos y otros tratan de concretar los fines económicos, concurrentes o contradictorios, propios a cada uno de ellos.

Así, los fenómenos sociológicos pueden ser o han sido considerados alternativamente como *consecuencias,* como *elementos amplificadores* y por último como *elementos motrices* de las fluctuaciones económicas.

Parecería que pueden agruparse alrededor de estos tres puntos de vista las investigaciones emprendidas concernientes a la sociología de las fluctuaciones.

1. Los fenómenos sociales. Consecuencias de las fluctuaciones económicas

En sus obras clásicas sobre el suicidio, los sociólogos franceses, Durkheim desde 1897[2] y Halbwachs en 1930[3], habían percibido y analizado la influencia del estado económico sobre el número de suicidios. Sin embargo, fue necesario esperar la terminación de la guerra de 1914 para que la acción de las fluctuaciones económicas sobre los principales fenómenos sociales diera lugar a estudios sistemáticos. La razón esencial parecería ser el ajuste, por los estadísticos de la Universidad norteamericana de Harvard, por impulso del profesor Pearson, de métodos muy elaborados, gracias a los cuales sería posible proceder a análisis verdaderamente científicos.

I. Esos *métodos* fueron esencialmente los de las *eliminaciones* de movimientos y cálculos de correlaciones.

Partiendo de la idea que el movimiento económico bruto es la resultante de varios movimientos periódicos, cíclicos, de larga duración y accidentales, y queriendo desentrañar la influencia de las fluctuaciones cíclicas solas, los estadísticos de Harvard se vieron obligados a eliminar de la curva global, por procedimientos matemáticos, los movimientos periódicos, a la vez que los movimientos accidentales y la tendencia de larga duración, tendencia considerada entonces como pudiendo ser representada de manera válida por una recta.

---

[2] *Le suicide* (Alcan, 1897).

[3] *Les causes du suicide* (Alcan, 1930).

Así, habiendo puesto en evidencia, en cada serie estadística, el único movimiento cíclico, se hacía posible comparar la evolución de los diferentes elementos de la economía gracias al cálculo del coeficiente de *correlación*, y era posible dar, a sus vínculos mutuos, una expresión numérica.

Esos métodos que durante mucho tiempo gozaron del favor de los economistas, fueron aplicados en muchos campos. Dorothy Thomas [4] y Maurice B. Hexter [5] son considerados como los primeros que estudiaron estadísticamente la influencia de las fluctuaciones económicas en los fenómenos sociales.

Los autores de estos trabajos, a pesar de ser expertos en la nueva técnica, dan la impresión de no haber tenido siempre plena conciencia de sus límites.

La *disociación de los movimientos,* supone, en efecto, el estar convencido de la realidad de movimientos distintos y de la autonomía de los factores que están en su origen. Ahora bien (hagamos abstracción de los movimientos accidentales que pueden vincularse, sin lugar a dudas, a causas bien determinadas, una guerra por ejemplo, o una sequía excepcional), no está demostrado que tales movimientos existan efectivamente. La duda no es posible en lo que respecta a las fluctuaciones temporarias —relativamente independientes de la circunstancia y localizables— las que, sin arbitrariedad, deben poder aislarse y, llegado el caso, eliminarse. Pero, en lo que concierne al movimiento llamado "secular", no hay ninguna prueba de que exista realmente, ni que pueda ser representado por una recta (suposición que sirve de base al método de los "mínimos cuadrados"). Mucho más, eliminar este movimiento es alterar la marcha del ciclo, desconocer que la prosperidad cíclica es más acentuada y más larga, y la depresión cíclica menos intensa y más corta en fase prolongada de desarrollo, presentando los ciclos, en fase prolongada de baja, caracteres inversos. Sería, pues, simplificar y uniformar arbitrariamente el movimiento cíclico. Agreguemos que los fenómenos sociales, en la medida en que se explican por una reacción psicológica en las alternancias de las "vacas flacas" y de las "vacas gordas", son el resultado de comportamientos de individuos y grupos que, aún debido a una operación mental, no proceden a tales disociaciones. En otros términos, es el movimiento económico global, tal como aparece en las estadísticas brutas, el único susceptible de forjar la opinión. Por eso debe formularse una primera reserva.

Por otra parte, los autores a los que hemos hecho alusión, no siempre tienen la precaución de hacer notar que la *correlación* no significa forzosamente relación de causa a efecto, puesto que una correlación entre dos factores puede muy bien explicarse por la acción común de un tercer factor. Como lo hace notar Simiand (*Annales sociologiques,* serie D, 1937), se percibe, en los mismos títulos de estos estudios —"aspectos sociales" o "consecuencias sociales" de los ciclos— el postulado implícito de la primacía de la vida económica sobre la vida social, la idea de que la relación existe orientada desde el ciclo económico hacia la vida social. De hecho, uno de los autores, M. B. Hexter, llega, en varios casos, a la conclusión de que las variaciones de los hechos sociales preceden a la variación de los hechos económicos; la variación cíclica de los nacimientos y los decesos, por ejemplo, parecería obrar sobre la vida económica por las disposiciones y emociones que ella provoca. De hecho, parece más justo decir que hay casi siempre acción y reacción entre fenómenos psicosociológicos y fenómenos económicos. En efecto, toda correlación demorada está sujeta a interpretación. La desviación de las curvas, la demora de B sobre A, por ejemplo, hacen pensar que seguramente el elemento motriz es A y no B; sin embargo, no dejan de proporcionar la certidumbre a raíz del juego de las anticipaciones. El fenómeno que, en las estadísticas, no aparece más que en segundo lugar, puede muy bien haber sido el factor determinante si ha sido previsto con mucho tiempo por anticipado, si ha sido "anticipado".

---

[4] *Social Aspects of business cycles* (Londres, 1925).

[5] *Social Consequences of business cycles* (Boston-Nueva York, 1925).

Habiendo sido hechas estas reservas, digamos a qué conclusiones han llegado los autores.

II. El precepto más general es la *existencia de "ciclos sociales"*, vinculados con los "ciclos económicos", más o menos desplazados en relación a estos últimos. Sin entrar en detalles —lo que sería fastidioso y sin interés para nuestro tema— observemos que el ritmo cíclico se manifiesta a la vez en los *fenómenos socio-demográficos, socio-económicos* o profesionales, y, por último, en los fenómenos *sociales* propiamente dichos.

En el *primer grupo (socio-demográfico),* causará asombro saber que el ritmo cíclico resurge con tal nitidez en los movimientos de la *nupcialidad* (el número de matrimonios aumenta durante la prosperidad, disminuye durante la depresión) que Wagemann ha podido utilizar este índice como una expresión indirecta, pero muy satisfactoria, del movimiento económico general en los países industriales.

Del mismo modo, la *natalidad,* en un movimiento paralelo, sigue las fluctuaciones de la circunstancia económica. Sin embargo, la correlación es menos acentuada que para la nupcialidad. Para M. B. Hexter, los máximos de natalidad tenderían a preceder a los máximos de los precios al por mayor. Por su parte, Dorothy Thomas estima que en Gran Bretaña, entre 1855 y 1910, el índice de natalidad acusa una demora de 1 a 2 años sobre el índice económico (plazo entre la decisión de procrear y el momento del nacimiento). Para los nacimientos ilegítimos, se observa un antiparalelismo (movimiento inverso al de los matrimonios). El ritmo de los *divorcios* (D. Thomas, J. Desforges [6] y P. Gemähling [7] se presenta, excepto en los Estados Unidos, sensiblemente más independiente del ritmo económico. Según D. Thomas, la *mortalidad* general está siempre en correlación directa con el movimiento económico general (la tasa de los decesos aumenta con la expansión, disminuye con la depresión) —lo que podría sorprender, pero está confirmado por M. B. Hexter, que comprueba, sin embargo, una antecedencia de 17 meses entre el ápice de la curva de la mortalidad y el máximo de los precios al por mayor. Sin lugar a dudas, el número de suicidios aumenta en la depresión y disminuye en la prosperidad, pero, por el contrario, los accidentes de trabajo y de tránsito están en correlación directa, como lo ha observado Aftalion, con el aceleramiento y la tensión de las fuerzas productivas [8]. Por último, para Dorothy Thomas, existe un ritmo de los movimientos *migratorios*. El sincronismo con el ciclo económico se manifiesta, sobre todo, entre la emigración y la circunstancia económica del país de inmigración.

---

[6] *Le divorce en France* (tesis de Derecho, París, 1945).

[7] *La statistique des divorces en France* (Journal de la Société de statistique de París, enero-febrero, 1947).

Si nos referimos a las consecuencias *socio-económicas* o *socio-profesionales* de los movimientos circunstanciales, nos causa menos asombro el comprobar importantes correlaciones, ya se trate de la desocupación, del desarrollo industrial o de las huelgas.

En efecto, la *desocupación,* no es sólo una consecuencia del marasmo económico: es su expresión, su síntoma más notable. La cúspide de la prosperidad económica coincide con el empleo pleno de la mano de obra; aun si las fuerzas de expansión no estuvieran frenadas por barreras institucionales (crédito) o técnicas (falta de materias primas), lo estarían por la falta de obreros calificados. Un factor de orden socio-profesional puede ser, pues, causa de una reversión de circunstancia. Inversamente, cuando esta reversión se produce, el despido de los últimos obreros contratados se hace inevitable. Con el progreso de la organización sindical, cierta tendencia nueva se manifiesta, sin embargo: patronos y obreros se solidarizan en la empresa, para elegir una desocupación parcial de todos, por reducción de la duración hebdomadaria del trabajo, a cambio de la desocupación total de un cierto número. Como las estadísticas de la desocupación no toman en cuenta más que a los desocupados socorridos (por lo tanto totales) un estudio sistemático de la desocupación parcial y de las variaciones de la duración hebdomadaria del trabajo en sus diversas ramas, pondría más en evidencia la relación que estamos tratando y que todavía está por hacerse.

El *desarrollo sindical,* por el contrario, ha sido objeto de trabajos relativamente recientes, sobre todo en los Estados Unidos, donde Horacio B. Davis presentó, en 1941, en el *Quarterly Journal of Economics,* una *Theory of Union growth* [9]. Las estadísticas nos muestran que las fluctuaciones cortas de los efectivos sindicales están en correlación con el ritmo cíclico, coincidiendo los períodos de crecimiento sindical con los períodos de prosperidad económica. Sin embargo, esta tesis, denominada de la prosperidad, no convence por completo a H. B. Davis, puesto que puede existir prosperidad sin alza de precios (prosperidad "Coolidge" que precedió a la crisis de 1929). Sería mejor decir correlación entre crecimiento sindical y alza continua pero no inflacionista de los precios (es decir; que corresponde realmente a un aumento de la producción y del empleo), que estimula la combatividad obrera y debilita la resistencia patronal ante la perspectiva de que posiblemente recaiga sobre el consumidor el acrecentamiento de los costos por salarios. Una teoría puramente económica sigue siendo —para el autor— parcial y poco satisfactoria, ya que otros factores, sobre todo cualitativos —importancia del *leadership* en especial— ejercen una influencia cierta [10].

---

[8] *Les crises périodiques de surproduction* (París, 1913).

[9] Reproducida en los *Readings in Labor Economics* (Cambridge, 1950).

Por último, a partir de los análisis del norteamericano Moore [11], precedidos por los de Charles Rist [12] y continuados por los estudios de A. Marchal [13] y J. Lajugie [14], se sabe que, en la mayor parte de los grandes países industrializados (Estados Unidos, Inglaterra, Francia y Alemania) existe una correlación muy marcada entre el número de huelgas y el ritmo cíclico. Correlación que se explica así: en el transcurso de la fase de prosperidad, los patronos tienen una intensa necesidad de mano de obra; los trabajadores, sabiendo que pueden ser fácilmente contratados en una empresa competidora, no vacilan en formular reivindicaciones audaces, a menudo apoyadas por una huelga. En fase de depresión, los empleos son escasos y los obreros vacilan en provocar conflictos, excepto por razones políticas. Sin embargo, aun en períodos de prosperidad, el éxito de una huelga depende de un factor sociológico: el poder y la cohesión de los organismos sindicales. Esto explica que, durante el mismo período 1890-1935, el porcentaje de éxito de las huelgas haya sido más alto en Gran Bretaña (62,7 %) que en Francia (53,6 %), donde la escisión entre la C.G.T. y la C.G.T.U., en particular, se ha hecho sentir claramente.

Finalmente, entre las consecuencias sociales, el pauperismo y la criminalidad están en conexión estrecha con el ciclo de los negocios. La desocupación resultante de la disminución de la actividad económica, favorece la formación de una "legión de pobres" en la que se reclutan los delincuentes. La correlación es, pues, inversa: pauperismo y criminalidad aumentan durante la depresión, disminuyen con el florecimiento (D. Thomas).

---

[10] Véase A. MARCHAL, *Reflexions sur une théorie économique du développement du syndicalisme ouvrier* (Revue économique, febrero de 1951).

[11] *Law of wages* (1911).

[12] *La progression des grèves en France et sa valeur symptomatique* (Revue d'économie, 1907, pág. 161). Véase también, *Relation entre les variations annuelles du chômage, des grèves et des prix* (Revue d'économie politique, 1912, pág. 748).

[13] *L'action ouvrière et la transformation du régime capitaliste* (París, 1943).

[14] *Salaries et grèves* (I.S.E.A., París, 1945).

2. *Los fenómenos psicosociales. Elementos amplificadores de las fluctuaciones económicas*

Es muy significativo que G. Haberler, en su obra clásica titulada *Prospérité et dépression* en la que recopila minuciosamente las explicaciones teóricas de los ciclos económicos, no haya consagrado más que nueve páginas de las 572 al examen de las teorías psicológicas. Es que de hecho no hay diferencia de naturaleza —más vale una diferencia de grado— entre las teorías llamadas "económicas" (teorías monetarias, teorías de la sobrecapitalización, teoría de la compresión de la ganancia, teoría del subconsumo, etc.) y las teorías llamadas "psicológicas", puesto que unas y otras formulan hipótesis sobre el comportamiento económico del hombre colocado en determinadas situaciones. Hasta una teoría netamente "exógena", como la teoría meteorológica de los ciclos, se ve obligada a recurrir a tales hipótesis para explicar la reacción particular del sistema económico, que transforma las variaciones de las cosechas en una alternancia regular de fases de prosperidad y depresión. A la inversa, una teoría netamente "endógena", como la de J. R. Hicks, basada en la idea de que el ciclo es una "consecuencia del crecimiento en una economía capitalista por razones de necesidad técnica" y que se esfuerza por poner en acción un mecanismo puramente económico (mecanismo de los plazos técnicos y psicológicos, que se engrana al de un resorte psicológico, el multiplicador, y al de un resorte técnico, el acelerador), no puede dejar de recurrir a un movimiento exterior de naturaleza fortuita (innovación) y a efectos de sujeción de origen institucional para explicar el arranque del mecanismo, por una parte, y su carácter no explosivo, por otra.

En resumen, todas las teorías de los ciclos formulan hipótesis sobre las reacciones de los hombres frente a las tensiones que se producen entre los diversos elementos del sistema económico y de los cambios en el valor de las variables económicas, pero la mayor parte suponen que ese comportamiento es lógico, racional; algunas dan intervención a reflejos irracionales; muy pocas son las que recurren a factores sociológicos. Si eliminamos, pues, de nuestro estudio las teorías "lógicas" por no ser verdaderamente psicológicas, y menos aún sociológicas, puesto que están basadas en la introspección y no en la observación, nos queda muy poco.

Algunos autores consideran que las reacciones subjetivas que acompañan necesariamente al proceso cíclico son más violentas que lo que podría dejar prever el mero examen de los factores objetivos. Es así como hacen valer lo irracional en la conducta humana; es el caso de Keynes, Pigou y Taussig, quienes, más que sus predecesores, destacan la importancia de las olas de optimismo y pesimismo, más o menos irracionales.

W. A. Jöhr, sobre todo, ha analizado, en un artículo reciente[15], cómo el comportamiento del hombre, por mucho que difiera del sujeto ficticio presentado en el modelo abstracto, contribuye a la consolidación de las fluctuaciones de la circunstancia.

Ante todo, el sujeto económico comete *errores,* es decir, saca conclusiones falsas de premisas exactas. Así, por ejemplo, la costumbre del director de la empresa de calcular el precio de venta, no sobre la base del valor del día o del costo de reaprovisionamiento de las materias primas y de los semiproductos empleados, sino sobre la base del costo de producción, consigue, en períodos de alza de precios, hacer aparecer ante sus ojos ganancias exageradas y parcialmente ficticias. El empresario engañado así en cuanto a la verdadera situación de su empresa, se ve incitado a acrecentar la producción y a proceder a nuevas inversiones. Ese factor es, pues, un factor de afianzamiento y de prolongación del movimiento circunstancial existente.

El afianzamiento de la circunstancia resulta así de la *falta de información* de lo que hacen los competidores. Como Aftalion lo ha demostrado, en período de prosperidad, el director de la empresa establece sus planes de producción e inversión en una escala mayor, lo que no haría si supiera que sus competidores establecen proyectos similares.

Además, el sujeto económico establece *anticipaciones,* es decir, une, a la previsión pasiva, acciones previsoras que contribuyen a la realización de lo que se espera. Una circunstancia de baja hace prever nuevas bajas; los sujetos económicos limitan entonces sus compras, lo que contribuye a acentuar artificialmente el movimiento de baja.

Se podría, quizá, demostrar también, piensa M. Jöhr, que el paralelismo del comportamiento de los patronos en la circunstancia no es un efecto de la circunstancia misma sino que resulta de un contagio directo de hombre a hombre. En este caso, la explicación del afianzamiento de la circunstancia, se transformaría de psicológica en sociológica, insistiendo en la interdependencia de la psicología social: propagación del clima psicológico, contagio de sentimientos, imitación, evocación de ideas, transferencia de móviles, deseo de sobrepasar a otro o de no dejarse sobrepasar por él, etc.

Por su parte, un autor anglosajón, Lavington, también pone en evidencia el comportamiento del sujeto económico mientras obre más como *homo socius* que como *homo œconomicus.* Compara a los hombres de negocios que se transmiten confianza con patinadores en un estanque: "La confianza de cada patinador en su propia seguridad estará indudablemente afianzada más que debilitada por la presencia de numerosos compañeros". "La opinión racional de acuerdo a la cual el riesgo es tanto mayor cuanto más numerosos son los patinadores estará sofocada probablemente por la simple confianza contagiosa que persuade a cada patinador de que cuanto mayor es la afluencia, más puede él aventurarse con seguridad".

---

[15] W. A. Jöhr, *Le rôle des facteurs psychologiques dans explication des fluctuations économiques et de leurs irrégularités* (Économie appliquée, enero-junio de 1954).

En resumen, en la teoría de las fluctuaciones económicas, el carácter bastante limitado del papel atribuido a los factores psicosociológicos puede justificarse así:

En primer lugar, los *factores psicosociológicos no pueden, por sí solos, explicar el vuelco de la tendencia.* Las principales teorías de las fluctuaciones concuerdan en este punto: las fluctuaciones se explican por variaciones sucesivas de abundancia y reservas que originan ciertos tipos de desequilibrios: entre ahorro e inversión, entre precio y costo, entre bienes de producción y bienes de consumo, etc. Así, según Schumpeter, "es necesario poner en guardia al lector contra el peligro de sobreestimar la influencia de las anticipaciones. Estas no pueden explicar más que algunos movimientos bruscos y efímeros". Por su parte, Hicks declara: "El desarrollo de la depresión instala al sistema económico en un estado de equilibrio estable. El sistema no podría desviarse por un simple cambio del ambiente psicológico circundante. Se necesita un cambio fundamental para poner en marcha el movimiento ascendente; dicho de otra manera, la reanudación debe esperar su momento".

En segundo lugar, los *factores psicosociológicos,* incapaces de explicar por sí solos el fenómeno de alternancia, *son, sin embargo, responsables de la marcha del ciclo,* de su morfología, de su aspecto exterior. Desempeñan un papel de amplificación o amortiguamiento. Por ejemplo, la gravedad y la amplitud de la crisis de 1929 serían debidas al optimismo excesivo que caracteriza a los años que la han precedido, y al pesimismo igualmente excesivo que ha seguido. En resumen, como ya se ha dicho, los fenómenos psicosociológicos explicarían las diferencias entre ciclos, mientras que los comportamientos fundamentales explicarían sus similitudes. Es así como Schumpeter opina que los factores psicosociológicos, al incorporarse en la contracción momentánea provocada por los efectos de la innovación, pueden modificar el desarrollo del ciclo y poner en marcha, en consecuencia, una onda secundaria trasformando el ciclo clásico de dos fases en un ciclo de cuatro fases.

Finalmente, y en tercer lugar, si el papel efectivo de los factores psicológicos es un papel de amplificación, de amortiguamiento o de nacimiento de ondas secundarias, *su alcance teórico sigue siendo, sin embargo, bastante débil.* Y eso ocurre, primeramente, porque esos factores no tienen ninguna autonomía: han surgido de la fluctuación cíclica misma; son un producto del ciclo. Luego, porque las manifestaciones de estas clases de factores no tienen ninguna permanencia, ninguna regularidad y porque no pueden dar lugar a una formulación teórica.

Tal es la posición más corrientemente adoptada actualmente. Posición que, sin embargo, en el transcurso de estos últimos años, parece haber sido abatida, en particular, por ciertos autores franceses, que piensan, gracias al análisis netamente sociológico, poder aclarar fenómenos de repartición como la inflación (Aujac) y el beneficio (J. Marchal). El economista sueco J. Akerman cree posible aplicar tal análisis a un fenómeno tan complejo como es el ciclo.

Los factores psicosociológicos de elementos de amplificación son así promovidos a la calidad de factores determinantes.

3. *Los fenómenos sociales. Elementos motores de las fluctuaciones económicas*

Un autor francés, Bernard Lavergne, cree que las fluctuaciones económicas se explican por la intervención de factores psicológicos autónomos: "Las fluctuaciones espontáneas, y a menudo imprevisibles, de la psicología humana no podrían ser exageradas —escribe—; esas fluctuaciones psicológicas proporcionan nada menos que la explicación fundamental del ciclo económico". Pero agrega luego: "En la imposibilidad de estudiar la razón de las fluctuaciones psicológicas del hombre, nos es forzoso tomarlas como datos". Tal concepción, muy exclusivamente micropsicológica, llega, pues, a una *impasse.*

No ocurre ya lo mismo si se estudian las diversas mentalidades y los móviles psicológicos específicos de los diversos grupos sociales en la competencia económica que los enfrenta o los hace aliar entre ellos.

Según nuestro conocimiento, el economista sueco Johan Akerman es el único que, entre nuestros contemporáneos, ha intentado realmente proporcionar una explicación coherente del ciclo económico por factores sociológicos. Sería injusto silenciar la contribución de François Simiand, quien ha tomado carácter de precursor en esta materia. De la misma manera, es imposible no recalcar el aspecto sociológico de la teoría de la innovación de Schumpeter cuando la emplea para explicar las fluctuaciones de corto período *(Business Cycles),* y más aún cuando la aplica a su ensayo de "dinámica grandiosa", de dinámica del sistema *(Capitalismo, Socialismo y Democracia).*

Cosa harto curiosa, desde el punto de vista de sus métodos, estos tres autores han experimentado una evolución bastante parecida que los ha hecho abandonar algo el empirismo estadístico (Simiand) o los modelos teóricos de inspiración matemática (Schumpeter y Akerman) por la sociología y la historia razonada.

I. *François Simiand y la psicología social de las crisis.* Como lo ha hecho notar Charles Morazé[16] en *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie,* Simiand sustituye al *homo œconomicus* clásico por un nuevo *homo œconomicus*, fruto de una inducción sociológica de base estadística en vez de ser el fruto de una deducción lógica.

---

[16] *La leçon d'un échec: essai sur la méthode de François Simiand,* Mélanges d'histoire sociale (1942).

Simiand descubre cuatro tendencias fundamentales de fuerza decreciente que explican los movimientos globales de los salarios: 1) la tendencia a mantener el ingreso monetario alcanzado; 2) la tendencia a no aumentar su propio esfuerzo; 3) la tendencia a aumentar la tasa de la ganancia monetaria, y 4) la tendencia a disminuir el esfuerzo. Entendiéndose que cada tendencia es de fuerza superior a la que le sigue y que entre las dos categorías, obrera y patronal, las tendencias de igual categoría se equilibran. En la nueva psicología, el acento está puesto sobre el aspecto monetario (importancia del salario nominal) y el aspecto social (voluntad de conservar un nivel social, luego, de mejorarlo). En esto, no le cuesta trabajo a Charles Morazé demostrar que el nuevo *homo œconomicus* de Simiand se refiere a un tipo social estrechamente limitado en el tiempo y en el espacio (el del industrialismo de fines del siglo XIX). Desde hace medio siglo, bajo la acción de la circunstancia económica e histórica y de la difusión de los conocimientos económicos, se asiste a un retroceso espectacular del "monetarismo". Los sindicatos examinan constantemente las estadísticas del costo de la vida, las rehacen, las discuten siempre. El papel del famoso índice de los 213 artículos en la vida económica francesa durante estos últimos años expresa bien este cambio de mira. La salvaguardia del salario nominal se eclipsa ante la salvaguardia del salario real en período de alta circunstancia y, en período de depresión, ante la de la tasa de salario, que debe permitir una readaptación más rápida a la inversión favorable de la circunstancia.

En resumen, poco queda de la psicología social extraída por inducción estadística en *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie* por las mutaciones experimentadas por la mentalidad a raíz de dos guerras. Por el contrario, en los últimos cursos de la Escuela Práctica de Estudios Superiores y en el Colegio de Francia [17] nos ha transmitido reflexiones que conservan una parte muy grande de actualidad. Demuestra que todo mercado económico es un conjunto muy complejo de transacciones entre productores de diversas categorías y sobre todo de diversos caracteres económicos: producciones en las diversas etapas (materias primas, semiproductos, productos elaborados); comerciantes en diferente grado (por mayor, intermedio, por menor); choques entre la industria de gran iniciativa y las industrias tradicionales; función moderadora de los intermediarios. En un conjunto en marcha, los hombres presionados por su cuadro tradicional "constituyen conglomerados que no se desplazan según las posibilidades y las previsibilidades aplicables a las otras categorías de agentes económicos". El ajuste no puede ser realizado por los banqueros, pues no es el banquero quien dirige el mercado: él sólo trata de comprender los movimientos del mercado y de emplear lo mejor posible el dinero de los poseedores de capitales, los que, a su vez, pertenecen a grupos de psicología diferenciada.

[17] *Annales sociologiques* (serie D, fasc. 9, 1937).

En resumen, las fluctuaciones de corta duración parecen provenir, para Simiand, mucho menos de la oposición entre individuos innovadores y, por otra parte, la masa tradicional y retardataria, que "de las oposiciones entre categorías, entre grupos, entre funciones que comprenden a conjuntos de hombres que tienen, como categoría, como grupo, como función, una cierta psicología económica diferenciada".

En esto, Simiand se aleja de Schumpeter quien, por el contrario, insiste sobre el papel del individuo innovador que sobresale de su medio y lo desafía.

II. *Joseph Schumpeter y el papel del empresario innovador,* Schumpeter concibe la vida económica bajo dos aspectos. El primero es el del *circuito,* concepción heredada de Walras, en el que todos los elementos están en equilibrio y los ciclos son imposibles. Los agentes de la producción no son otra cosa que explotadores y el verdadero director de este tipo de economía es el consumidor. Tal sistema no deja de tener movimiento, pero no tiene crecimiento. El otro aspecto es el de la *evolución* en el que la ejecución de innovaciones, de nuevas combinaciones, lleva a la economía fuera del circuito. El sostén del cambio económico es el empresario innovador, del que Schumpeter descubre cuatro tipos históricos bien definidos: 1) el fabricante comerciante; 2) el jefe de industria; 3) el director, y 4) el fundador. La función específica del patrono es imponer a la colectividad sus representaciones personales quebrando cierto número de resistencias, primeramente de orden subjetivo (su propia pereza intelectual), de orden objetivo luego (se trata de una "apuesta sobre estructura nueva", según la expresión de François Perroux), de orden social sobre todo, pues él debe acabar con la resistencia de los consumidores, con la de las otras firmas y por último con la resistencia de los grupos profesionales. El impulso que lleva al innovador fuera de los caminos trillados bien pronto le crea auxiliares (inventores y sobre todo banqueros); luego, una multitud de imitadores que experimenta el efecto de su prestigio y se dedica a la especulación (es por eso que las innovaciones sobrevienen siempre por racimos, por enjambres).

Bajo el impulso de la innovación, se produce primeramente una creación de crédito recurriendo a los bancos. Luego, una vez señalado el camino, abatidas las barreras, otros patronos entran fácilmente en el juego; la demanda aumenta, los precios suben, el sistema se aleja del equilibrio. Cuando las novedades emprendidas comienzan a resarcir a los bancos y a volcar su producción en el mercado, se produce una autodeflación, las viejas empresas entran en dificultades y proceden a readaptaciones que perturban más aún la relación precio-costo; los planes de inversión se reducen y el receso hace que el sistema se aproxime al equilibrio si los elementos amplificadores de los que ya hemos hablado no transformaran el receso en depresión, de la misma manera que habían intensificado la prosperidad. El ciclo de dos fases, que es el producto directo de las innovaciones, se transforma en ciclo de cuatro fases.

En resumen, la teoría de las fluctuaciones de Schumpeter puede ser calificada de psicosociológica en este sentido: que la diferenciación de los comportamientos es esencial para explicar la ruptura del circuito walrasiano y el nacimiento de los ciclos.

Pero es necesario hacer notar que la innovación es el producto de algunos individuos de elección, no de un grupo social, y además que esos individuos no tienen derecho al título de "innovadores" sino en ciertos momentos de sus vidas. Ser empresario en este sentido, no es una profesión, y los empresarios, de acuerdo a la concepción de Schumpeter, no pueden constituir una clase social de ninguna manera: no hacen más que desempeñar episódicamente una función social.

Existe pues, en la teoría schumpeteriana de los *Business Cycles,* una ambigüedad fundamental: el sujeto económico actuante es el patrono en calidad de individuo genial y no en calidad de representante de un grupo, siendo sin embargo, el sistema de Schumpeter, macroeconómico por su visión sociológica [18].

Esta visión sociológica se manifestará, por otra parte, en toda su amplitud, cuando Schumpeter pase del estudio de los *Business Cycles,* es decir, de la dinámica de período corto, a la dinámica de período largo del sistema capitalista, analizando el "ocaso de la función de patrono" y la "destrucción de las capas protectoras" y del "cuadro institucional". Pero, en el análisis de los movimientos cortos de la economía, es el patrono individual quien, debido a la chispa de su genio, pone en marcha el motor de la evolución, ya sea porque obedezca al goce puro de crear o a motivaciones de orden social.

Por otra parte veremos que Akerman, que ha llegado mucho más lejos en la explicación de los movimientos cortos por la vía sociológica, estima, sin embargo, que ciertas fases del ciclo (el fin de la depresión, la reanudación y el comienzo del florecimiento) exigen otro tipo de análisis, donde los fenómenos de naturaleza microeconómica vuelven a ser dominantes.

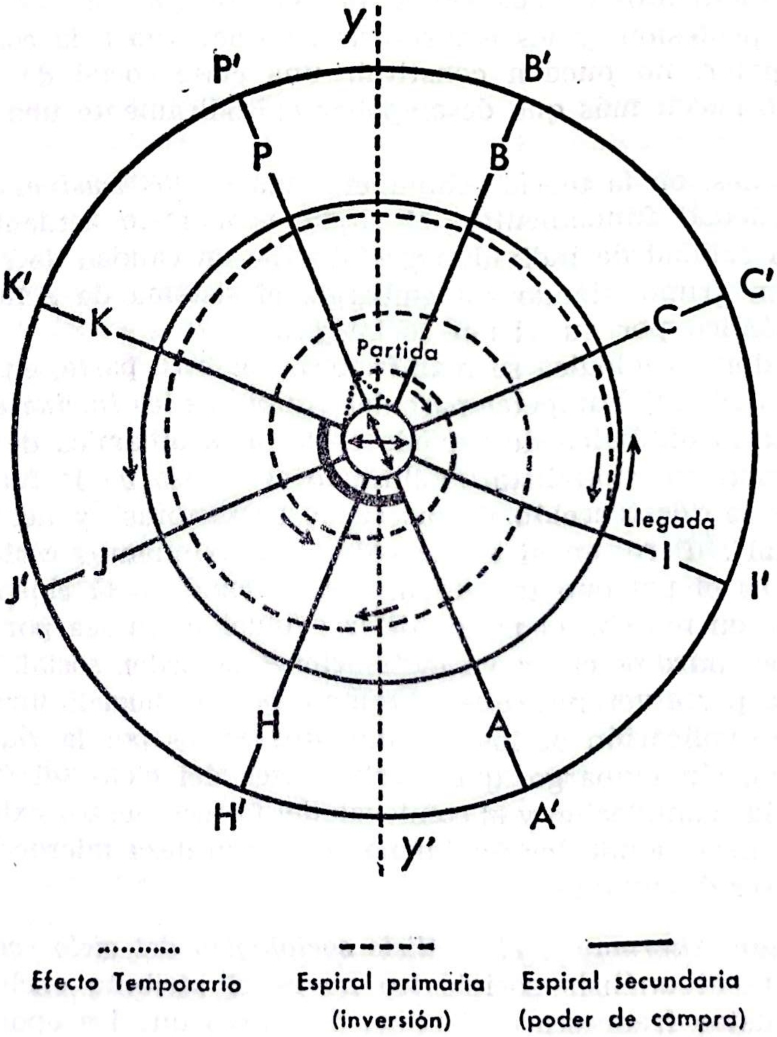
III. *Johan Akerman y el análisis sociológico del ciclo económico.* Actualmente el análisis sociológico no es el atributo exclusivo de los economistas franceses o el rasgo distintivo que los opone a sus colegas anglosajones. El sueco Johan Akerman también ha recurrido a él para explicar el proceso acumulativo en el transcurso de la fase de expansión, la detención de esta expansión y la depresión igualmente acumulativa. Es así como este autor propone un verdadero modelo sociológico del ciclo —el único que yo conozco— en su importante obra *Ekonomisk Teori,* obra traducida y editada en francés con el título de *Structures et cycles économiques.*

---

[18] Como lo evidencia F. PERROUX, en su artículo *Économie appliquée* (abril-junio de 1951), la evolución presentada por Schumpeter no apreciará en su esencia ni al Estado, ni a los conflictos de poderes de los grupos sociales, ni a los conflictos de poderes públicos entre ellos y con los "grupos sociales". Se podría oponer a la "dinámica monista de la innovación" una "dinámica monista de la *dominación*".

Para él, el ciclo de circunstancia es el resultado de los esfuerzos de ciertos grupos sociales en su contacto, cooperación y conflictos con los otros grupos sociales.

Con vistas a construir su modelo, separa los ocho grupos siguientes: los empresarios de las industrias de bienes capitales (P), los dirigentes de bancos de negocios (B), los dirigentes de bancos centrales (C), los inversores de capitales, particulares, capitalistas, compañías de seguros (I), los obreros, particularmente los trabajadores sindicados de la industria (A), los comerciantes, sobre todo los mayoristas (H), los agricultores, pequeños y grandes (J) y, finalmente, los patronos de las industrias de consumo (K).


y
P'
B'
P
B
K'
C'
K
C
Partida
Llegada
J'
J
I
I'
H
A
H'
A'
y'
Efecto Temporario
Espiral primaria (inversión)
Espiral secundaria (poder de compra)

En la presente figura, en la que se han inscripto los ocho grupos fundamentales que no cesarán de desempeñar un papel más o menos importante durante todo el proceso, la extensión —o la longitud— del campo visual se mide partiendo del centro.

Esto aclarado, el punto de partida de la espiral cíclica es el grupo (P), es decir, la industria de los bienes capitales. En efecto, en el fondo de la depresión, las perspectivas, los campos visuales de ese grupo (P) están menos limitados que los de los otros grupos. En la mayoría, las perspectivas corresponden solamente a la fluctuación temporaria, pero la necesidad temporaria se cubre a sí misma y no puede suscitar más que exigencias provisionales de crédito y una demanda solamente ocasional de factores de producción. Ocurre algo muy distinto en la industria de los bienes capitales donde los campos visuales deben ser más largos, aun en el transcurso de la depresión. Esto proviene en parte, de los largos rodeos del proceso de producción en esas industrias, en parte porque las necesidades de reinversión no pueden ser descuidadas.

En estas condiciones, el punto de partida del florecimiento se encuentra, pues, localizado en la industria y, en particular, en la industria de los bienes capitales.

Una mejoría de las perspectivas puede producirse entonces en (P) como resultado, a la vez, del efecto temporario y de otros factores de carácter fortuito que se le superponen: movimientos del oro, innovaciones, cambios en los gustos y en las necesidades.

Esta mejoría provoca una impulsión que se comunica primeramente a los bancos de negocios (B) (que recobran la posibilidad de utilizar sus fondos líquidos inactivos), luego al banco central (C); hay detención de la caída de la tasa del interés y de la acumulación de líquido. Los inversores (I), sobre todo las compañías de seguros que esperaban esta ocasión, se ponen en movimiento y colocan sus capitales disponibles (espiral de la inversión).

Hasta el presente, los trabajadores (A) no se han beneficiado con la ola de optimismo más que por el aumento de la suma de los salarios pagados en la industria de los bienes capitales. Pero el desarrollo del florecimiento, bajo la forma de una espiral que se propaga de grupo en grupo, engendra pronto un aumento general del empleo, que engendra una espiral secundaria (de A en K en la figura) —verdadera espiral del poder de compra— de la que se benefician, en orden, los comerciantes (H), los agricultores (J) y las industrias de consumo (K).

Las industrias de bienes capitales son, nuevamente, estimuladas por la extensión de las industrias de consumo, y la espiral se prosigue hasta que las disparidades se tornan visibles entre las necesidades reales de inversión y ciertas inversiones nuevas excesivas.

El movimiento en espiral termina cuando las perspectivas futuras de los inversores (I) disminuyen, es decir, cuando se hacen pesimistas. Este movimiento se comunica a los bancos de negocios y al banco central; dicho de otra manera, se realiza entonces un retroceso, siguiendo siempre la misma espiral, alternándose en este movimiento de retroceso los diversos grupos sociales, siempre en el mismo orden.

J. Akerman especifica además que la espiral se propaga de manera análoga en los otros países, pues cada grupo nacional ejerce su influencia sobre el grupo correspondiente de los países extranjeros y la recibe de él.

Así, concluye el autor, "hemos podido describir el proceso cíclico como un proceso acumulativo que se propaga de un grupo social a otro, y que origina una espiral primaria y una espiral secundaria con motivo de los dos aspectos de la actividad industrial, el cambio en la inversión y el cambio en el poder de compra". Es decir, en resumen, que existen dos espirales, que se apoyan y se refuerzan la una a la otra: una espiral de la inversión y una espiral del poder de compra.

Agreguemos que los que rigen, en el esquema de Akerman, el orden de sucesión de los diversos grupos, son los diferentes móviles de las categorías sociales. Todos los grupos situados a la izquierda de la vertical *yy'* —industrias de bienes de producción (P) y de consumo (K), agricultura (J) y comercio (H)— están regidos por el principio de rentabilidad tal como aparece en los cálculos económicos de la producción y del comercio.

Los grupos situados a la derecha de *yy'* están movidos, por el contrario, por móviles diferentes para cada uno de ellos: para los bancos de negocios, se trata de la rentabilidad y de la liquidez según principios que están muy alejados de los cálculos de la producción y del comercio; para el banco central, guardián de la moneda, el móvil determinante es el principio regulador del valor monetario, de un orden muy diferente al de los bancos privados; para los inversores, cuando se trata de los particulares, son los principios del presupuesto que dependen del *standard* de vida actual y del *standard* de vida esperado por los interesados; cuando se trata de las compañías de seguros, son las necesidades de la constitución de fondos; para los obreros, en fin, es un cálculo del ingreso hebdomadario sin grandes posibilidades de encarar un ahorro o una liquidez a largo plazo.

Se ve, pues, cuánto se deformaría la realidad si se redujeran esos móviles extremadamente diversos a un principio general de ganancia, y en qué medida es necesario considerar en el análisis del desarrollo circunstancial, las formaciones diferentes de los móviles de los ocho grupos sociales separados, así como sus diversas posiciones en la espiral cíclica.

Recordemos y precisemos que la espiral de Akerman no pretende explicar todo el ciclo, sino solamente la forma en que se producen el movimiento acumulativo hacia arriba, la crisis, el vuelco y el descenso acumulativo. El fin de la depresión, la reanudación y el principio del florecimiento, según Akerman, exigen otro tipo de análisis, pues se desarrollan no en la macroesfera, sino en la microesfera: el elemento decisivo ya no es la reacción de los comportamientos de un grupo social sobre el comportamiento del grupo social económicamente vecino, con un efecto acumulativo de origen psíquico o psicosociológico (anticipaciones pesimistas u optimistas, prolongación o restricción de los campos visuales). El elemento decisivo es el comportamiento del patrono individual que decide, por ejemplo, modernizar o racionalizar su empresa (proceso técnico).

Conclusión

El análisis sociológico parece haber adquirido así, en la época presente, entre los economistas un lugar de privilegio. ¿Puede ser capaz de reemplazar al análisis puramente económico?

En lo que respecta a las fluctuaciones económicas, nada es menos seguro. Y es porque las fluctuaciones económicas, que afectan a la totalidad del sistema económico-social, presentan dos fases, dos aspectos: un aspecto producción y un aspecto distribución.

En el campo de la *distribución,* el análisis sociológico puede trastornar, como lo han demostrado ciertos trabajos recientes, la visión tradicional. Pienso en el artículo de H. Aujac quien trata de presentar la inflación, no como un fenómeno puramente monetario (caracterizado por una emisión excesiva de signos monetarios) que pudiera tener consecuencias sociales, sino como un fenómeno social que engendrara consecuencias monetarias y económicas. Para él, la inflación que, en ciertas condiciones, provoca el alza de los precios y la depreciación monetaria, surge del comportamiento de los grupos sociales, y aclara "los que la historia ha formado y que el análisis sociológico permite determinar": el Estado, el grupo de patronos, el grupo de asalariados, etc. La inflación nace del esfuerzo que hacen todos esos grupos para modificar (en su provecho) el tipo de compatibilidad de los comportamientos fijados por el vínculo monetario. Cada grupo posee medios más o menos eficaces para aflojar su opresión. Y la inflación cesa "cuando un nuevo tipo de compatibilidad, consecuencia de esos esfuerzos, se impone a los diversos grupos, ya sea porque ellos la aceptan, o bien porque no pueden ya liberarse."

Jean Marchal, por su parte, en vez de considerar la ganancia como el resultado de las imperfecciones de la competencia, la considera como el resultado de una acción del grupo de los patronos, a la vez sobre la circunstancia y también sobre la estructura, con vistas a agravar esas imperfecciones para provocar ganancias más considerables. Toda la teoría de la distribución, opina, debe ser renovada por un estudio del comportamiento de los grupos (trabajadores especializados y no especializados, cuadros, funcionarios, patronos, prestamistas, etc.), estudio al que se dedica actualmente.

Pero si en los fenómenos de mera distribución el análisis sociológico parece adecuado por ser el papel de los grupos incontestablemente preponderante, no ocurre lo mismo, parecería, en el ciclo, que es también un fenómeno de *producción,* donde dominan los imperativos técnicos tales como el tiempo de vida de los bienes del capital, la duración del proceso de producción, los "rubros de salida" (materias primas, mano de obra, transporte, etc.), imperativos técnicos a los que hay que añadir límites de orden institucional (normas de garantía de los bancos, sistema de cálculo de los impuestos, derechos de aduana, etc.).

Esto limita algo el alcance de los análisis sociológicos y, sobre todo, demuestra el peligro de las explicaciones "monistas" como la de Schumpeter, donde un solo factor, la innovación, permite dar cuenta de todos los tipos de movimientos económicos, sean de corto o largo período.

En la visión de *corto período* (menos de 10 años), se aprecia mejor el desarrollo económico en el plano de la producción, sea en la escala microeconómica (ganancias o pérdidas de la empresa), o bien en la escala macroeconómica (variaciones del producto y de la renta nacional).

En la visión de *muy largo período* (secular) es el progreso económico (más aún que el crecimiento) que se aprecia en el plano de la distribución, y entonces uno se coloca en la escala intermedia, que es la de los grupos sociales.

En la visión *media* (50 años), factores técnicos y factores sociológicos se disputan el primer lugar, las fluctuaciones largas se explican para unos por las sucesivas revoluciones industriales; para otros por la alternancia de las generaciones y de los períodos de guerra y de paz.

Podríamos resumir así la posición de los autores.

La explicación de las fluctuaciones cortas surge propiamente hablando del análisis económico, pero éste puede ser renovado y enriquecido por la introducción de consideraciones sociológicas. Por el contrario, ligado a una evolución de largo período, un análisis que no fuera más que económico y que no considerara los cambios en las estructuras, instituciones y comportamientos, estaría absolutamente desprovisto de sentido.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

PRIMER PARÁGRAFO

AFTALION (A.). *Les crises périodiques de surproduction* (París, 1913).

DAVIS (H.B.) *Theory of union growth* (Quartely Journal of Economics, 1941).

DESFORGES (J.). *Le divorce en France, étude démographique* (tesis de Derecho, París, 1945).

DURKHEIM (E.). *Le suicide* (París, Alcan, 1897).

FROMONT (P.). *Démographie économique* (París, 1947).

GEMÄHLING (P.). *La statistique des divorces en France* (Journal de la Société de Statistique de París, enero-febrero 1947).

HALBWACHS (M.). *Les causes du suicide* (París, Alcan, 1930).

Hexter (M. B.). *Social consequences of business cycles* (Boston, Nueva York, 1925).

Lajugie (J.). *Salaires et grèves* (I.S.E.A., París, 1945).

Lescure (J.). *Des crises générales et périodiques de surproduction* (París, 1932).

Marchal (A.). *L'action ouvrière et la transformation du régime capitaliste* (L.G.D.J., París, 1943).

— *Réflexions sur une théorie économique du développement du syndicalisme ouvrier* (Revue économique, feb. 1951).

Moore (H. L.) *Law of Wages* (1911).

Rist (Ch.). *Le mouvement des grèves en France* (Rev. d'écon. politique, 1907).

Thomas (D.). *Social aspects of business cycles* (Londres, 1925).

Wagemann (E.). *Introduction à la théorie du mouvement des affaires* (París, Alcan, 1932).

PARÁGRAFO SEGUNDO

Haberler (G.). *Prospérité et dépression* (Ginebra, 1943).

Jöhr (W. A.). *Le rôle des facteurs psychologiques dans l'explication des fluctuations économiques et de leurs irrégularités* (Économie appliquée, enero-junio 1954).

Pigou (A.). *Industrial fluctuations* (Londres, 1927).

Schumpeter (J.) *Business cycles* (1939).

Varios autores. *Fluctuations économiques* (col. « La théorie économique du temps présent », Domat-Montchrestien, 1954, 2 tomos).

PARÁGRAFO TERCERO

Akerman (J.). *Structures et cycles économiques* (París, P.U.F.; t. I, 1955; t. II, 1957).

Lavergne (B.). *La théorie psychologique des crises* (Revue des études cooperatives, julio-sept. 1935).

Marty (A. G.). *Analyse critique de l'œuvre de J. Schumpeter* (tesis de Derecho, Burdeos, 1955).

Morazé (Ch.). *La leçon d'un échec : essai sur la méthode de F. Simiand* (Mélanges d'histoire sociale, 1942).

Perroux (F.). *Les trois analyses de l'évolution et la recherche d'une dynamique totale chez J. Schumpeter* (Économie appliquée, abril-junio 1951).

Schumpeter (J.). *Théorie de l'évolution économique* (París, Dalloz, 1935).

— *Capitalisme, Socialisme et Démocratie* (París, Payot, 1951).

Simiand (F.). *La psychologie sociale des crises et les fluctuations économiques de courte durée* (Annales sociologiques, serie D, fasc. 2, 1937).

[illegible]

[illegible]

[illegible] 1933;

[illegible]

[illegible] Standard [illegible]

[illegible]

QUINTA PARTE

PROBLEMAS DE SOCIOLOGÍA INDUSTRIAL

GEORGES FRIEDMANN, PROFESOR EN EL
CONSERVATORIO NACIONAL DE ARTES Y OFICIOS

J. D. REYNAUD Y J. R. TRÉANTON, AGREGADOS DE
INVESTIGACIONES AL C. N. R. S.

PRELIMINARES

La fase experimental de la sociología industrial ha nacido modestamente a raíz de un incidente científico en la fábrica Hawthorne de la *Western Electric.* Se estudiaban los efectos de la iluminación sobre la productividad del trabajo. Habiéndose explicado a los obreros el objeto del estudio para evitar cualquier perturbación, los ingenieros hacían variar sistemáticamente la iluminación de los locales y medían la producción. La primera parte de la experiencia se realizó bien: a mejor luz, mejor rendimiento. Por escrupulosidad se hizo la contraprueba. Con general sorpresa, el rendimiento aumentó aún, mientras la luz disminuía. Una variable inesperada se había ocultado. Se recurrió a psicólogos que la persiguieron y que midieron correlaciones durante años. Fue necesario admitir la evidencia: algo en las relaciones de los trabajadores, entre ellos y el medio circundante, podía ser determinante. El estudio de la vida social de la empresa dejaba de ser un tema de conversación o una materia de especulación para convertirse en materia de estudio.

Generalizando, puede decirse que es a raíz del fracaso relativo de las racionalizaciones técnicas que se ha impuesto el "factor humano" y, en particular, un aspecto nuevo de ese factor humano, el factor social. La sociología industrial nació de un problema práctico y de la voluntad de aplicación. Pero la naturaleza misma de lo que ella estudiaba la obligó muy rápidamente a ensanchar su esfera.

En efecto, en cuanto se quiere analizar el comportamiento humano, y más exactamente un comportamiento complejo, en una situación concreta, se torna difícil tratarlo como un mero objeto. Además, ese comportamiento es de los que impulsan a violentas discusiones, cargadas de juicios de valor. Le era, pues, casi imposible a esta disciplina nueva analizar y definir, sin preocuparse de las aplicaciones que podrían surgir. A menos de aceptar la idea de una mera manipulación de los hombres —y todavía es poco probable que ella pudiera tener éxito indefinidamente, sobre todo cuando se enfrentan grupos adversos y tienen completa libertad de palabra— la sociología industrial encuentra a cada instante y en cada etapa de sus investigaciones, el problema de su papel social. En este sentido, ella ha dejado muy rápidamente de orientarse hacia la aplicación inmediata. El interrogante que necesariamente ella se hace sobre sí misma tiene por efecto también orientar su actividad puramente científica hacia objetivos más generales.

En segundo lugar, la complejidad de su objeto la ha conducido igualmente a un ensanchamiento. Ya en los estudios de la *Western Electric,* para estudiar a los individuos, había que salir de la fábrica e interesarse en su vida familiar. Es verdad que no se citaban casi a los grupos sociales de los que ellos formaban parte, pero Warner, con la intención explícita de llenar esas lagunas, emprendió la enorme monografía de *Yankee City,* y encontró, gracias a la ausencia de ideas preconcebidas de un etnógrafo, la historia industrial y el movimiento sindical. Por otra parte, el estudio de los efectos y los límites de la racionalización ha llevado en Francia a una vasta encuesta sobre la evolución técnica y la evolución profesional que ofrecía un campo inexplorado. Finalmente, el desarrollo de las técnicas de producción impuso la idea de que ellas creaban un medio nuevo no sólo en la fábrica, sino en la vida cotidiana fuera de ella y que el objeto de la sociología industrial no era solamente la empresa y su vida interna, sino el *conjunto de la sociedad industrial* como tal.

De este vasto programa, sólo una parte ha sido realizada. Otras pertenecen a ramas especializadas de la sociología: estudio de las clases sociales y de las estratificaciones sociales por una parte, sociología económica por otra. Nos parece, sin embargo, esencial puntualizar, en la introducción, esta orientación. Ella es, creemos, la que hace que, al interesarse en tecnología y en el estudio de los oficios, al recurrir a la psicología social, a la dinámica de los grupos, a la psicología del comportamiento organizacional, abierta ante una vasta descripción del medio técnico y de las estratificaciones sociales, la sociología industrial siga siendo una y continúe siendo sociología: apoderándose de una realidad compleja en su dimensión histórica, se esfuerza por abarcar las estructuras en movimiento.

Es aún esta orientación la que permite a la sociología industrial no ser una rama aplicada de la psicología social o un comentario al margen del desarrollo económico. Como toda ciencia del hombre, tiene ella misma una función social: exponiendo con rigor los grandes problemas ante la opinión pública, pertenece al "control social" [1] y contribuye, porque es científica, a esa objetivación de las relaciones sociales que caracteriza al mundo contemporáneo. En cierto sentido, destruye el sueño de Comte: no es un elemento de una dictadura científica apoyada en una religión del progreso. Pero, extendiendo el conocimiento y estableciendo un terreno de objetividad para el acuerdo de los espíritus, debe contribuir a aclarar las decisiones y a extender el campo de los que participan. Es necesario también que plantee sus problemas en su verdadera perspectiva, es decir, no como problemas técnicos, sino como problemas sociológicos [2].

---

[1] Véase, sobre los problemas del "control social", es decir, de las reglamentaciones sociales diversas, el tomo II de este *Tratado.* (*Nota del Director.*)

[2] Los capítulos I y II han sido redactados por G. FRIEDMANN y J. D. REINAUD; los capítulos III y IV por G. FRIEDMANN y J. R. TRÉANTON.

1

SOCIOLOGÍA DE LAS TÉCNICAS DE PRODUCCIÓN Y DEL TRABAJO

GEORGES FRIEDMANN Y JEAN DANIEL REYNAUD

I. *La evolución de las técnicas de producción.* El desarrollo de la industria moderna no es, evidentemente, un fenómeno aislado en la transformación de la sociedad. Causa y efecto a la vez, está ligado al crecimiento demográfico, a la urbanización, a la extensión de la economía de mercado. No podría ser analizado sino en un estudio de conjunto del desarrollo de las sociedades industriales.

No se podría pues cometer el error de ver en él la simple consecuencia de un proceso acumulativo de inventos y descubrimientos técnicos o científicos. La causalidad es recíproca: hay un vínculo entre los primeros cálculos estadísticos y el desarrollo de los seguros en el comercio holandés del siglo XVII, pero no tiene el carácter de una simple relación causal en uno u otro sentido. A menudo privilegiado porque es muy fácil de percibir y de definir, el progreso técnico no es más que un elemento motor ciertamente, pero entre otros muchos, de una transformación de conjunto.

Las relaciones que mantiene con lo que depende más inmediatamente de él, es decir, la naturaleza de las tareas de producción, deben ser ellas mismas discutidas, pues no surgen sin duda de una causalidad simple y de sentido único.

Amparados por la salvedad de esta discusión, es fácil presentar primeramente algunos rasgos de la evolución técnica y encontrar un punto de referencia para seguir la evolución de los oficios y de las tareas.

1º *Condiciones generales.* Una de las condiciones fundamentales de la segunda revolución industrial[1] ha sido la utilización por parte de la industria de una energía fácilmente movilizable: la electricidad.

Revolucionaria por la cantidad de energía liberada, como por su precio de costo, la electricidad se ha impuesto tanto por su facilidad de uso: disponible a voluntad, permite también, más que la nafta, el motor individual. En otros términos, permite organizar los puestos de acuerdo a las necesidades intrínsecas de organización y no a la necesidad de sus vínculos con una fuente de energía central, por sistemas complicados (y peligrosos) de transmisión. Es decir, que viene a reemplazar el esfuerzo humano de una manera más diversificada y más universal. Es una condición fundamental del reemplazo de la energía animal o humana por lo que se ha llamado los "esclavos mecánicos".

---

[1] Cf Friedmann (G.), *La crise du progrès,* (París, Gallimard, 1936, Cap. I).

Esto ha hecho que se acentuara el movimiento de división del trabajo ya secular. Si la división del trabajo, en el sentido de especialización de los oficios, es tan antigua como la humanidad misma, la aparición de la manufactura industrial le ha conferido un nuevo sentido: ha hecho una descomposición de los oficios en operaciones[2]. Ya descripto por Adam Smith en 1776[3], el fenómeno se ha acelerado y generalizado con el crecimiento industrial. Ha sido posible describirlo en la fabricación de relojes[4], en la galletería-pastelería y en la confección[5]. Desde ya está ligado a una técnica de análisis del trabajo y elevado al rango de principio de organización industrial (y administrativa).

El progreso de la precisión es complementario. En la historia de la industria, es una fecha significativa el día de octubre de 1906 en que por primera vez, en una plaza de Londres, Leland desmontó cuatro *Cadillac,* mezcló las piezas y reconstruyó cuatro autos en estado de funcionar: la era del ajuste de las piezas unas con otras, de la construcción de un conjunto mecánico por corrección recíproca de los elementos, se acababa. Se abría la de la producción en serie. De la misma manera se puede datar el nacimiento de la producción en serie en la industria relojera desde el momento en que la precisión de los esbozos y de las piezas producidas separadamente han transformado su ajuste complejo en un simple montaje[6]. La reducción de las "tolerancias" es, pues, más que un progreso cuantitativo, una simple mejora del producto. Ésta permite un nuevo acrecentamiento de la división de las tareas, conduce a una nueva organización y distribución de los trabajos, y es la condición, en muchos casos, de la producción en serie.

2º *La transformación de las máquinas.* La máquina nació del instrumento. Primeramente ha sido, como el instrumento mismo, la prolongación de la actividad y la habilidad del obrero. Aumentando sus medios de acción u ofreciéndole nuevos, ella seguía estando a su servicio en la medida en que la calidad del producto o más sencillamente la exactitud del resultado alcanzado eran por fin determinadas por el valor profesional del hombre de oficio. En este sentido, puede calificársele de máquina universal: no está concebida para un producto determinado sino para una categoría, muy general, de operaciones.

---

[2] Allí reside la diferencia entre la división social del trabajo y la división técnica del trabajo.

[3] El ejemplo, hoy clásico, de la división de las operaciones en una fábrica de alfileres, se encuentra en *Sur la richesse des nations* (ed. Methuen, 1904, t. I, pág. 6.)

[4] Isambert-Jamati (V.), *L'industrie horlogère dans la région de Besançon* (París, P.U.F., 1954).

[5] Friedmann (G.), *Le travail en miettes* (París, Gallimard, 1956).

[6] Isambert-Jamati (V.), *op. cit.*

El desarrollo de la división de las tareas ha exigido una división y desde luego una especialización de las máquinas. La máquina especializada está concebida para una operación determinada. Exige al hombre que la regule, la alimente y la vigile. Pero dentro de esos límites, el resultado no depende ya del obrero que la conduce, o por lo menos no depende de él, sino muy parcialmente. Las consignas, las especificaciones y las "tolerancias" han venido de arriba; la regulación ha sido establecida para una serie de operaciones. Ante todo, el obrero debe suplir los posibles desperfectos.

La historia del torno puede servir de ejemplo. Partiendo del torno universal fueron creados poco a poco tornos especiales; el torno de filetear, nacido en 1800, es un primer paso hacia la automatización del trabajo. Pero, cada operación hecha por un mecánico especializado exigía un cambio de instrumento y, por lo tanto, una regulación de la altura y del ángulo de corte. Para evitarlo se inventó la torrecilla a mediados del siglo XIX; sobre ella se monta una batería de instrumentos ya regulada y el cambio de operaciones se transforma en un simple ajuste. El trabajo puede entonces confiarse a un obrero especializado. El órgano de transmisión automático de la torrecilla se agregó en 1870. Si se le añade una alimentación automática, se obtiene así una fabricación continua que no se detiene más que por el desgaste excesivo del instrumento.

Por último, el número limitado de instrumentos que se pueden agrupar sobre un carrete obliga a buscar máquinas para múltiples carretes. La generalización del procedimiento es el principio mismo de la máquina transportadora[7].

Se llega así a una nueva etapa de la transformación de las máquinas que ha sido vulgarizada con el nombre de automación. A pesar de la vaguedad del término se está de acuerdo generalmente en distinguir tres aspectos, de desigual importancia para el trabajo industrial:

a) Un aumento de la mecanización permite reducir o suprimir las intervenciones humanas en una serie de operaciones; en particular, automatización de los ajustes, del lanzado y del traslado de piezas. El mejor ejemplo es el invento de las máquinas transportadoras, reagrupamiento de una serie de máquinas-instrumento con pasaje automático de una a otra. De rápido desarrollo en la industria del automóvil, en Inglaterra, en Estados Unidos y en Francia, estas máquinas pueden ser empleadas para todo objeto producido en gran escala. Dos tendencias se oponen: la máquina transportadora, rigurosamente especializada para una producción determinada, y la máquina adaptable, por estar subdividida en unidades (cabezales electromagnéticos que pueden ser cambiados para adaptarse a las transformaciones del producto). La segunda fórmula, más flexible, parece predominar.

---

[7] Véase *Automation* (Londres, H.M.S.O., public. del Department of Scientific and Industrial Research).

Desde el punto de vista técnico, este tipo de automación no hace más que prolongar un esfuerzo ya secular de mecanización. No es algo esencialmente nuevo en la medida en que reemplaza el esfuerzo muscular del hombre por la energía mecánica. Pero al suprimir los "huecos del maquinismo", suprime también los trabajos que eran el simple complemento de la máquina o que suplían sus insuficiencias. El reagrupamiento de las operaciones transforma profundamente el papel del trabajador.

b) La extensión de los controles automáticos no proviene tampoco de un invento radical. A partir del regulador de Watt, los procedimientos mecánicos que permiten una autorregulación se han desarrollado regularmente. Sin embargo, la intervención de la electrónica ha permitido un gran aumento de esos controles proporcionando mayor finura y seguridad en los instrumentos de precisión.

El principio es sencillo: un instrumento de precisión verifica constantemente un determinado número de cualidades del producto (temperatura, presión, humedad, espesor, etc.). Toda desviación que exceda las tolerancias establecidas es transmitida a una unidad de control que a su vez gobierna una unidad de corrección. El resultado es, pues, debido a una acción de retorno (*feed-back*), mantener constantes (o mejor, conformes a las exigencias) las características controladas.

En ese caso, la máquina reemplaza no al sistema muscular, sino al sistema nervioso del obrero. La medida y la corrección de los errores se hace automáticamente y en cambio la máquina está encargada de las funciones de percepción y vigilancia. La combinación de los dos primeros tipos de automación crea conjuntos integrados. La intervención del obrero en la producción está prácticamente suprimida.

c) Por último, el invento de las calculadoras electrónicas permite el manejo automático de las informaciones. Además de los estudios científicos para los cuales ellas fueron en un principio concebidas, las calculadoras tienen diversos usos: establecen hojas de pago o facturas, reservan asientos de aviones, tienen al día las pólizas de seguros, etc. Reservadas hasta ahora para las tareas de oficina, en ciertos casos son capaces de llevar el control completo de los diferentes procesos de fabricación de una fábrica y permiten concebir la extensión de "la fábrica automática". Sin embargo, las realizaciones en este campo son extremadamente escasas. Actualmente, el resultado más evidente concierne al personal de oficinas, a quien suplen en muchas tareas rutinarias, y a las técnicas de dirección, que proporcionan al hombre responsable, decisiones, e informaciones más completas y más rápidas, dándole medios de control mucho más extensos.

Naturalmente, la extensión de la automación está limitada, a pesar de que esos límites no estén definidos precisamente. Se ha podido demostrar que, si bien muy a menudo tenía necesidad de grandes escalas (y aun así hay excepciones: el gobierno de las máquinas-instrumento por calculadoras puede producir beneficios en producciones limitadas), no estaba, sin embargo, reservada para las grandes empresas. Por otra parte, si no se aplica igualmente en todas las ramas de la industria, existen pocas donde no tenga una aplicación por lo menos limitada. Por las consecuencias que crea en la mano de obra (responde ya en muchos casos a la dificultad de encontrar personal para los trabajos penosos o especialmente rutinarios) así como por sus consecuencias directas, es probable que transformará profundamente el carácter de las tareas industriales.

3º *La organización de la producción.* A pesar de que en rigor no puede separársela de las máquinas, la organización de la producción merece ser considerada como una técnica propia. Lo primero que salta a la vista cuando se compara un departamento de una fábrica de automóviles moderna con un viejo taller mecánico, es muy a menudo la diferencia de las máquinas empleadas, pero siempre, y más aún, la disposición de esas máquinas. No es una casualidad que el término máquina transportadora designe no el objeto producido o las operaciones efectuadas, sino la relación entre esas operaciones. Y en particular es el resultado del análisis del trabajo que permite concebir, por la distinción y la relación rigurosa de las operaciones, una producción como un conjunto integral.

La obra de F. W. Taylor[8], inventor de la "organización científica del trabajo", puede ser definida como el esfuerzo de un ingeniero para tratar las tareas de producción como problemas técnicos. Así como había inventado los aceros de corte rápido o analizado las transmisiones por correas, Taylor analiza el paleo según los materiales y las cargas. Es comprensible que Le Châtelier, su introductor en Francia, haya visto en ello "una aplicación nueva y lograda del método científico"[9]. Se trataba de un esfuerzo para introducir la racionalidad en la organización del trabajo. Pero una racionalidad de tipo particular, porque tomaba como modelo el de las ciencias físico-químicas, o más vale porque trataba su objeto, el hombre trabajando, como un objeto técnico. Que el "motor humano" no sea exactamente comparable a un motor de explosión, que el estudio de los gestos no se reduzca a adicionar desplazamientos en el espacio (si bien la línea recta es el trayecto más corto de un punto a otro, esto no siempre es exacto para el gesto humano para el que el trayecto más económico, y a menudo más corto, es una curva), en una palabra que existan datos fisiológicos irreductibles a una descomposición mecánica, tiempos de recuperación, ritmos propios, que ese organismo viviente sea un todo, he aquí lo que ha limitado singularmente el valor científico de los análisis taylorianos. Si se agregan, por último, hechos más difíciles de medir y describir pero no menos importantes, que la psicología del hombre trabajando no se reduce al deseo de "pingües ganancias" y al miedo al látigo, que existen aptitudes individuales e intereses que las movilizan, que el aburrimiento debido a la monotonía, la defensa de la autonomía ante las presiones del rendimiento, el interés profesional y las relaciones en el interior del grupo de trabajo no podrían ser olvidados aun si no se pensara más que en el rendimiento inmediato, se valora todo lo que faltaba a la organización llamada "científica" para lograr su objeto[10].

---

[8] *La direction scientifique des entreprises* (París, Dunod, nueva ed., 1957).

[9] LE CHÂTELIER (H.), *Le taylorisme* (París, 1928, pág. 51).

A pesar de que haya fracasado su ambición por reducir el trabajo a ciertas variables técnicas, el taylorismo y toda su secuela han marcado profundamente la evolución del trabajo. Haciendo de las tareas el objeto de un estudio que quiere ser riguroso, han creado una separación entre la concepción y la ejecución del trabajo; aunque ya no se considera más que el pensamiento es el patrimonio de algunos y que los ejecutores deben abstenerse cuidadosamente de él, la distinción entre las tareas de preparación y de estudio por una parte, y las de ejecución por otra, sigue siendo muy a menudo rigurosa. La "dicotomía del trabajo" no es ya un dogma; sigue siendo ampliamente un hecho y las dificultades con que tropiezan los sistemas que recurren a sugestiones de los obreros son el mejor ejemplo. Además, analizando las tareas, la organización del trabajo ha contribuido a reducir los oficios complejos a operaciones simples. Ha transformado los problemas de producción haciéndolos pasar de la conjunción de cierto número de calificaciones o de oficios individuales a la coordinación de operaciones.

El acento se ha desplazado. Los ejemplos dados por Taylor eran todavía de trabajos individuales en los que se trataba de mejorar el rendimiento. El estudio de Gilbreth sobre la colocación de ladrillos conseguía transformar el puesto de trabajo suprimiendo los gestos inútiles y mejorando la ubicación de los materiales para su empleo. Por el contrario, los problemas con que tropezó Ford desde 1913 se referían a la relación de las operaciones entre ellas. El invento de la cadena de montaje reposaba menos en la mejora de las *performances* individuales que en un cálculo riguroso de su coordinación. Es sabido que los primeros ensayos de cadena parcial estuvieron a punto de provocar catástrofes: debido a la falta de previsión en la fabricación de los otros elementos, la cadena de motores llegaba a una congestión que paralizaba el conjunto. En efecto, una de las características de la cadena es que su velocidad total no puede ser superior a la de su parte más lenta y que la detención del más pequeño afluente la detiene, a diferencia de lo que ocurre con los ríos.

---

[10] FRIEDMANN (G.), *Problèmes humains du machinisme industriel* (París, Gallimard, nueva ed., 1955, págs. 29-59).

Ciertamente la cadena aquí no es más que un ejemplo. Toda organización rigurosa de la producción plantea los mismos problemas de análisis, cálculo y coordinación.

En la medida que abandonaba cierto número de prejuicios (*the one best way*, cualquiera que sea el hombre, el desconocimiento de las realidades fisiológicas y psicológicas tales como la fatiga y la motivación, el logro exclusivo del rendimiento a corto término), la organización se volvía sensible a otros factores. Pasando del corto al largo término, debía ceder su lugar a problemas de reclutamiento, de promoción, de formación, de moral. En su origen era el tipo mismo de la ilusión tecnicista. Su fracaso al no poder reducir el hombre a un elemento de una máquina hacía surgir el "factor humano" y, poco a poco, ante la complejidad de esos factores, colocaba en el centro de los problemas la realidad humana del trabajo.

II. *La transformación del trabajo.* Las posibilidades técnicas así como las exigencias de la organización, bajo el efecto de la necesidad de producir en serie, han provocado una división intensa de las tareas. ¿Cuáles han sido sus consecuencias sobre el trabajo mismo?

1º *Del oficio al puesto de trabajo.* El relojero que conoce "el reloj" es actualmente un artesano o un arreglador. El obrero de la fábrica de relojes hace una pieza, la coloca o la regula; pero su trabajo no es más que un elemento del conjunto; más exactamente, una o algunas operaciones, definida de una vez para siempre, y que él repite durante toda su jornada de trabajo. El oficio unitario, que supone un conocimiento del conjunto del objeto producido, ya no es privativo del obrero de fabricación. Éste no tiene más que una tarea, limitada y por lo tanto parcelaria, siempre igual a sí misma y por lo tanto repetida.

Sería fácil acumular ejemplos[11]. El de la confección es muy evidente. El saco de hombre puede ser actualmente dividido en unos cincuenta trabajos especializados: una obrera se limita a coser el forro de las mangas, otra las uniones de la espalda, otra el cuello. Cada una de estas tareas es lo bastante sencilla como para no exigir más que ser puesto al corriente. Las obreras no son ya modistas; son obreras especializadas en la confección.

Desaparecen así cierto número de cualidades tradicionales. El conocimiento del material primeramente: un pastelero calificado vigila un equipo de obreros especializados y peones para la fabricación de los postres; su responsabilidad esencial concierne mucho menos a los huevos, la harina o la levadura que a las máquinas. El obrero textil ya no necesita conocer la fibra que hila. Y el mejor ejemplo ha sido la facilidad, en muchos casos, con que se ha pasado del textil

[11] ISAMBERT-JAMATI (V.) *(op. cit.)*; FRIEDMANN (G.), *Problèmes humains..., Où va le travail humain?* (París, Gallimard, nueva edic. 1954); y *Le travail en miettes;* TOURAINE (A.), *L'évolution du travail ouvrier aux usines Renault* (París, ed. del C.N.R.S., 1955); VERRY (P.). *Les laminoirs ardennais* (París, P.U.F., 1955).

natural al textil artificial. Generalizando, el paso de una fabricación a otra puede plantear problemas de adaptación de la mano de obra. Muy raramente atañen al material tratado.

De la misma manera se tornan inútiles muchos conocimientos adquiridos antiguamente por una larga práctica: la "habilidad manual", necesaria antes, desaparece. La reposición de chapas, trabajo de fuerza y habilidad, está suprimido debido a las placas de repuesto. Antes, el forjador juzgaba la temperatura del lingote por el color, ahora se vuelve un lector de cuadrantes. El operario que regulaba los tornillos de ajuste, a simple vista y de acuerdo al aspecto de la chapa, hoy sigue las indicaciones de una hoja de trabajo que le indica cómo debe manejar los mandos. Toda una calificación hecha de experiencia en el doble sentido de la palabra, familiarización con el trabajo y conocimiento de su desarrollo y de los posibles incidentes, desaparece ante la medida precisa y las instrucciones detalladas.

Lo que desaparece, en muchos casos, es el oficio. Donde se necesitaba un profesional capaz de abarcar el conjunto del trabajo y formado por una larga experiencia, ahora basta con un obrero especializado que se limita a "atender" una máquina. Las exigencias de este trabajo pueden ser grandes. Pero está estrictamente limitado y definido en un conjunto coordinado: es, en la organización general, un puesto que puede ser difícil de ser cumplido pero cuyas dificultades son de una naturaleza muy diferente de las de un oficio completo.

"El ajustador determina los medios a emplear, los trabajos a ejecutar, busca él mismo el material necesario para su trabajo. (...) (Él) medita largo rato, va en busca de las barras de hierro y los trozos de chapa, trabaja sucesivamente en varias máquinas y él mismo va a probar el modelado que ha fabricado. (...). Lo que tal obrero ha comenzado no puede ser continuado por otro [12]".

Esta sucesión de fases de trabajo es lo inherente al oficio completo, así como esta necesidad de reflexión e iniciativa. Por el contrario, el trabajo de un obrero semiespecializado [13] está regido rigurosamente por una hoja de trabajo, un "vale" que le indica la cantidad de piezas a fabricar y su especificación; la preparación del trabajo se le escapa: un regulador ajusta la máquina; el instrumental o los montajes han sido preparados en una parte y son reparados en otra; sólo le pertenece la ejecución.

La dicotomía del trabajo, es decir, la separación entre concepción y ejecución, tiene por resultado dejar una parte extremadamente reducida a la iniciativa del ejecutante. Naturalmente, existen incidentes de producción que le exigen el suficiente criterio como para recurrir a un profesional. Naturalmente, también, la ingeniosidad encuentra una expresión en el invento de "abreviamientos" que permiten alcanzar más fácilmente los "tiempos" requeridos. Y no es menos cierto que el trabajo mismo, en su desarrollo normal está determinado esencialmente desde el exterior.

---

[12] TOURAINE (A.) (*op. cit.*, pág. 66).

[13] La categoría "obrero especializado" (o O.E.) designa a obreros sin calificación adquirida por medio de un aprendizaje metódico, sino especializado en una máquina.

Y lo es tanto que, en una fábrica que mejora sus métodos, los cambios pequeños son frecuentes. Se inventa un instrumento mejor, se ajusta una máquina más perfeccionada se modifica un procedimiento de fabricación o la forma de una pieza para disminuir los costos. Cada una de esas transformaciones se traduce, para el obrero especializado, en un cambio brusco de la tarea y de los tiempos establecidos. No solamente choca con la rutina o con la fuerza de la costumbre. Refuerza ese sentimiento de dependencia o más exactamente la heteronomía que crea la dicotomía del trabajo.

Es así como cambian las exigencias del trabajo. Ciertamente exige actualmente menos esfuerzo físico, menos resistencia y se realiza en condiciones por lo general menos penosas. La fatiga muscular y la fatiga "pesada" disminuyen considerablemente: la carga de los altos hornos por medio de vagonetas suprime penosas tareas de maniobra. Hoy, los operadores de una laminadora moderna están sentados cómodamente, protegidos del calor y las irradiaciones por una cabina con aire acondicionado cuyo vidrio verde suaviza el resplandor de los lingotes al ser aplanados. El esfuerzo físico ha sido reemplazado por la manipulación de palancas. Pero aparece otra fatiga que exige otra resistencia. La cadencia del trabajo es más rápida; la atención siempre en acecho delante de un tablero complejo de señales y palancas. La seguridad y la precisión de las reacciones se vuelven imperiosas, porque el error es más grave y más costoso. La constante atención, la velocidad y la seguridad reemplazan, a la vez, a las cualidades de fortaleza física y fineza de percepción basadas en la experiencia, cualidades del laminador de antaño. Los obreros mismos son comparables a conductores de camiones. El que maneja la cizalla es apodado por sus compañeros "pianista". Estas imágenes son ilustrativas: responsables de la marcha de una máquina enorme, vigilando un área compleja de señales, y manipulando un teclado de palancas, estos obreros de la industria establecen la forma de una nueva calificación.

Más se adelanta en las industrias automatizadas, más se precisa esta figura. Un ejemplo permitirá demostrarlo. Las placas de los acumuladores son sumergidas antes del montaje en un baño químico. Un primer procedimiento de fabricación consiste en fijar las placas ya cortadas sobre un platillo provisto de pinzas que luego se sumerge en el baño. La tarea del O. E. es sencilla: colocar las placas en las pinzas, sumergir el platillo, retirarlo después de un tiempo determinado y sacar las placas. Tarea típicamente parcelaria de producción. Un segundo procedimiento, de invento relativamente reciente, consiste en recortar las placas después del baño: un cilindro de metal se desenrolla continuamente, pasa por el baño, donde, gracias a un trayecto en zigzag, queda el tiempo necesario y se enrolla nuevamente al salir después del secado. Un O. E. subsiste aún para vigilar la operación; pero su intervención está limitada a los casos de accidente: rotura de la banda o paro del desenrollamiento por cualquier otro motivo. Pasa casi todo su tiempo, parado al lado de la banda, para vigilarla. Un paso más, y la operación se realizará amparada del aire, vigilada por instrumentos de precisión. La tarea del O. E. será entonces anotar regularmente los datos de los cuadrantes.

Por lo tanto se pasa de tareas de producción a meras tareas de observación y también de vigilancia. La intervención del O. E. se reduce a pedir auxilio en caso de accidente y a llamar al profesional competente. La situación es virtualmente la misma en una máquina transportadora: observando un tablero que le indica inmediatamente cualquier incidente en la marcha, el O. E. no tiene más —salvo excepciones en que debe todavía alimentar la máquina— que una función de vigilancia. Por el contrario, sus responsabilidades se han acrecentado. De él depende reducir al mínimo los paros y pedir inmediatamente ayuda; el costo de las detenciones, así como el de los errores, aumenta considerablemente su importancia.

¿Qué formación puede exigírsele a tales obreros? Profesionalmente, es bastante indefinida. No se necesita ningún aprendizaje determinado. Pero, en cambio, es necesario saber interpretar señales complejas, comprender la importancia de un detalle de funcionamiento, aunque se ignoren los mecanismos, y tener un sentido elevado de sus responsabilidades. Es así como las fábricas seleccionan a sus candidatos por medio de tests psicotécnicos de atención y rapidez de reacción; otras se fundan en criterios mal determinados de formación general como garantía de inteligencia y seriedad. En la fabricación continua de placas de acumuladores que ya hemos descripto, el capataz del equipo había sido elegido por un certificado de aptitud profesional de fresador, prueba de "instrucción". En un taller vecino, se había tomado un bachiller, por motivos análogos.

Es así como las cualidades necesarias parecen cada vez menos apropiadas para una rama industrial determinada. Más aún, atención, responsabilidad y rapidez son cualidades que, en más de un aspecto, acercan el personal obrero al de oficina. Y como es sabido que, por su parte, el trabajo de este último se mecaniza, es probable que en muchos casos las cualidades exigidas sean bastante similares.

No se puede estar más alejado del oficio tradicional; lo cierto es que toda una gama de habilidades y calificaciones desaparece; pero también que otras exigencias aparecen. De todas maneras es interesante verificar que, en ciertos casos por lo menos, los obreros tienen la sensación no de una calificación menor, sino de una calificación superior[14]. Ciertamente, esa sensación emana de un número de hechos extrínsecos a la calificación misma: modernismo de la instalación y mejora de las condiciones materiales de trabajo, inclusive progreso general de la instrucción. Pero la discusión de este punto exige la de la noción misma de calificación.

---

[14] Véase Reynaud (J. D.), Touraine (A.), Dofny (J.) y Durand (C.), *Les attitudes des auvriers de la sidérurgie à l'égard des changements techniques* (Instituto de las Ciencias sociales del Trabajo, 1958 (roneo).

2º) *La transformación de la calificación.* ¿Podría intentarse, de acuerdo a los datos de los censos o de los diversos sondeos representativos, trazar aproximadamente la evolución de las grandes categorías profesionales: obreros calificados (o profesionales), obreros semicalificados (o especializados) y peones? Las dificultades son grandes[15]. A *grosso modo* se pueden distinguir tres tendencias netas en las estadísticas de los Estados Unidos:

a) Un aumento considerable del número de los obreros semicalificados (doblemente de 1910 a 1950) y un notable aumento de su proporción entre los trabajadores manuales de la industria (de 30,7 % en 1910 a 40,7 % en 1940);

b) Una proporción más o menos constante de obreros calificados y capataces, de 1910 (24,4 %) a 1940 (22,8 %), con un aumento pequeño a partir de 1940 (25,7 % en 1950);

c) Una disminución neta de la proporción de peones[16].

Por el contrario, es muy difícil sacar conclusiones claras de las cifras correspondientes a Francia e Inglaterra y completamente imposible compararlas entre sí, por ser los criterios de definición visiblemente diferentes.

Numerosos factores de deformación, en efecto, intervienen. La relación de las calificaciones y los salarios ha provocado en período de estancamiento de los salarios en Francia, superclasificaciones sistemáticas que han podido tomar una amplitud bastante considerable. Además, la clasificación francesa, a pesar de ser oficial (data de los decretos Parodi de 1945), tiene, en la práctica, un sentido muy diferente según las ramas de industria. Por último, parecen existir, igualmente, factores de deformación inherentes a los métodos de recuento.

En realidad, la dificultad es más profunda todavía. Reside en la ausencia de un criterio preciso de calificación.

En efecto, ante todo, se excluye el utilizar los salarios como criterio de calificación. Aun dentro de una rama industrial, el estado del mercado del trabajo, la posición de lucha de un grupo profesional determinado y el monto de las inversiones necesarias para crear un puesto, influyen tanto como la calificación misma[17]. Más aún, se conocen numerosos casos en que el salario del O. E., por efecto de las primas al rendimiento, sobrepasa al del profesional. Y no hablando siquiera de las disparidades entre las ramas, tal criterio es estrictamente inaplicable.

---

[15] Friedmann (G.), *Le travail en miettes* (apéndice estadístico, págs. 265-308).

[16] Según Jaffe y Stewart, *Manpower resources and utilisation* (Nueva York, 1951).

Las cifras elaboradas por Pollock (F.), *Sociologica* (vol. 1, Francfort-sur-le-Main, 1955), acentúan estas tendencias; citados por Friedmann, *Le travail...* (pág. 306).

[17] Véase Warner (W. L.) y Low (J. O.), *The social system of the modern factory* (New Haven, Yale Univ. Press, 1947).

¿Se podría, como lo propone P. Naville en un estudio reciente[18], tomar como criterio los tiempos de formación? Virtualmente es el criterio legal en Francia y es, sin duda, el mejor porque es el más sencillo. Sin embargo, por útil que pueda ser desde el punto de vista económico o por la previsión del empleo, nos parece que ofrece graves inconvenientes para el análisis sociológico.

Primeramente, el tiempo medido no es una cantidad homogénea. Se pueden distinguir por lo menos tres especies diferentes: un tiempo de habituación, de familiarización (aculturación en un sistema social y técnico dado, habituación a las condiciones y al ambiente del trabajo); un tiempo de aprendizaje propiamente dicho (adquisición de datos técnicos estrictamente necesarios para el ejercicio de la función); y, por último, un tiempo de práctica y entrenamiento (adquisición de las "astucias" del oficio y de la rapidez de ejecución). Además, el tiempo de aprendizaje propiamente dicho varía considerablemente según que el aprendizaje esté más o menos organizado. Ahora bien, la proporción de estos diferentes tiempos es sensiblemente diferente según los oficios: un buen agricultor se forma durante varios años porque su aprendizaje, disperso en su vida familiar, no comprende más que una parte limitada de conocimientos técnicos y mucho más de habituación, práctica y entrenamiento. El aprendiz de la imprenta tradicional, encargado de trabajos pequeños y creándose poco a poco su lugar en el mundo adulto, emplea años en adquirir su oficio. Formado sistemáticamente, puede ser tipógrafo —y tomamos como ejemplo un oficio muy calificado— en un tiempo sensiblemente más corto. Se verifica igualmente, en la formación profesional de los adultos, que un apredizaje, ciertamente reducido, pero no abarcando más que elementos técnicos puede ser considerablemente abreviado.

Por otra parte, el tiempo de formación quizás no es siempre una variable determinante. El operario de laminación clasificado P 1 puede formarse en pocos días. Pero no se pone en duda que la dificultad de su tarea así como sus responsabilidades justifican su clasificación. Y es porque su función exige ciertas cualidades, que no son reductibles a una formación técnica.

Si el análisis que hemos hecho de la evolución de las tareas es exacto, se puede sacar la conclusión lógica: la calificación no pertenece ya al hombre, pertenece al puesto[19]. Cualesquiera que fueran las razones que inducen a mantener en muchos casos una calificación personal (garantías de carrera al obrero, garantías de salarios en caso de cambio de puesto), ellas no pueden ocultarnos ese hecho fundamental. En ese sentido, habría que hablar no de una clasificación de los obreros sino de una clasificación de los puestos.

La evaluación de los puestos, que poco a poco se difunde en Francia, puede servir para aclarar este problema y para dilucidar la noción misma de calificación que está muy lejos de ser clara. Sabemos que consiste en analizar un puesto en factores y en acordar una nota a cada factor. La mejor prueba de la validez del método está en que permite llegar, en cuestiones particularmente candentes puesto que el salario depende del resultado, a un acuerdo entre las partes.

---

[18] NAVILLE (P.), *Essai sur la qualification du travail* (París, M. Rivière, 1956).

[19] TOURAINE (A.), *La qualification du travail, histoire d'une notion (Le travail, les métiers, l'emploi,* número especial del Journal de Psychologie, enero-marzo 1955, págs. 97-112).

Pero también revela dos puntos fundamentales:

a) No es suficiente con distinguir factores; es necesario también determinar la importancia de cada uno, es decir, atribuirles una valoración. Ahora bien, es fácil ver que esta valoración no está determinada en modo alguno por un método objetivo. Resulta de una valuación generalmente aceptada. Por ejemplo, se ha podido demostrar que las mismas funciones eran clasificadas como calificadas o no, según los países, es decir, según los sistemas culturales y económicos. Al comparar Estados Unidos y Rusia, por ejemplo, se verifica que la habilidad para conducir una máquina vale más en Rusia y que igualmente la competencia puramente intelectual es más estimada[20].

b) El sentido mismo de esta valuación no es unívoco. Por eso figuran en el análisis las cualidades técnicas necesarias así como también los "perjuicios", es decir, las incomodidades de la tarea. Se pagan las primeras porque son valorizadas y los segundos porque son desvalorizados, es decir, que la mano de obra los evita. Se ve también que ciertas características son pagadas simplemente porque son escasas.

Parecería que pudieran distinguirse en la calificación, por lo menos, cuatro elementos:

1) Una competencia técnica que en muchos casos puede ser medida por el tiempo de formación a condición de distinguir formación general, formación técnica y entrenamiento.

2) Una situación en una escala de prestigio que emana de una valuación efectuada por todos los interesados (y que, naturalmente, puede variar considerablemente de una región o de un momento a otro).

3) Una frecuencia relativa de las cualidades requeridas, se trate de cualidades innatas (aptitudes) o adquiridas (familiarización con el manejo de las máquinas).

4) Por último, una responsabilidad en la producción que elevará la calificación de los obreros responsables de un conjunto importante de máquinas o del manipuleo de un material precioso.

Ahora bien, la evolución actual de las calificaciones significa, en particular, un cambio en la importancia relativa de esos elementos. Es difícil describirla en términos de aumento o disminución porque al mismo tiempo es una transformación de la calificación misma. Es por eso que los pocos estudios monográficos que están a nuestra disposición son más ricos en enseñanzas que el análisis de las estadísticas. Suponiendo que éstas fueran perfectas no nos proporcionan

---

[19] Froomkin (J.) y Jaffe (A. J.), *Occupational skill and socio-economic structure* (American Journal of Sociology, julio, 1953).

más que el resultado bruto de un movimiento complejo. Aquéllos nos permiten comprender el significado de ese movimiento, o mejor, de esos movimientos.

El primero, que ya hemos descripto, consiste en el enorme acrecentamiento de las tareas del O.E. Es un movimiento de descalificación en la medida que suprime un gran número de oficios tradicionales: el "revestidor" de la relojería o el calderero. Pero es justo señalar, sin embargo, que es también un movimiento de calificación en la medida en que la mecanización suprime numerosos empleos de peones y que, ligado a un enorme acrecentamiento de los efectivos industriales, en realidad no ha suprimido más que un número muy limitado de empleos profesionales. Desde un punto de vista estadístico naturalmente, es el movimiento más importante, por lo menos hasta una fecha muy reciente.

El segundo, por el contrario, es un movimiento de recalificación. La mecanización no sólo crea tareas de O.E., sino que también exige nuevas funciones de cuidado, de instrumental, de regulación, de preparación del trabajo. Ciertamente, han sido bien indicados los límites de lo que Ford llamaba "un artesanado nuevo". Ante todo, su amplitud es limitada; luego, crea más empleos de técnicos (dibujantes, preparadores, cronometristas, etc.) es decir, empleos de oficina y no empleos manuales propiamente[21]. Por último, puede estar en función de un cierto orden de grandeza: el instrumental en gran serie vuelve a ser un trabajo poco calificado; el regulador especializado en una máquina puede ser un simple O. E. El cuidado de la máquina por el fabricante, más que por el usuario, disminuye igualmente el número de profesionales necesarios[22]. Sin embargo, la aparición de la automación ha acelerado este movimiento. Al reducir considerablemente las tareas de producción, refuerza otro tanto la proporción de las tareas de cuidado. El aumento del número de los profesionales comprobado en las fábricas Renault desde 1948, evidencia esta tendencia, que se confirma cuando se consideran ciertas industrias muy automatizadas, como la refinería de petróleo donde la proporción de calificados alcanza los dos tercios del efectivo obrero.

Sin embargo, ¿es exacto hablar de artesanado nuevo? A. Touraine ha demostrado que la calificación de estos profesionales había cambiado: menos meramente profesional, es más técnica en el sentido amplio del término. Ya no se trata más del conocimiento empírico de un oficio, rico en experiencia, sino que es una formación general, a la vez tecnológica y científica la que se necesita.

Por último, el tercer movimiento consiste en la transformación de las tareas semicalificadas. Parecería, en efecto, que la automatización condujera a suprimir cada vez más las intervenciones en la producción para confinar a los obreros especializados en tareas de vigilancia y control. Estas tareas parecen ser cada vez menos apropiadas para un tipo de fabricación dado y se agrupan más vale por tipo de operación. De ahí que una de las funciones esenciales de esos obreros sea una función de comunicación. Sus puestos se definen como un elemento en un sistema, a menudo difícil de separar de los otros. Un conocimiento, por lo menos general, del sistema de producción se torna indispensable, por ejemplo, al inspector de una central eléctrica. La valuación de este puesto es inseparable de un sistema social como es el de la empresa. Y lo es tanto más cuanto la separación de los puestos está menos determinada por la técnica misma de producción y lo es más aún por una organización de conjunto[23].

---

[21] FRIEDMANN (G.), *Problèmes humains...* (pág. 190-193).
[22] TOURAINE (A.), *L'évolution...* (págs. 121-124 y 99).

Podría agregársele otro fenómeno que, si bien no tiene la amplitud y la generalidad del precedente, sin embargo es sintomático de un cierto estado de la técnica: la ampliación del trabajo, reaccionando contra la división excesiva de las tareas, se esfuerza por reagruparlas. En las fábricas *I.B.M.*, en los Estados Unidos, luego en Francia, se ve al obrero de fabricación extender su tarea hasta el control de la pieza, incluso hasta la regulación de su máquina. Esta recalificación es rentable. ¿Lo sería más allá de las fabricaciones de máxima precisión? Es cierto que estos esfuerzos no surgen de una reacción ideológica contra la ortodoxia del O.E. sino de los imperativos de una situación técnica y humana determinada. A pesar de su extensión limitada, tienen mayor significado[24].

Ciertamente estos movimientos tienen determinantes económicas. Uno de los factores que explica el "forzamiento" de la habilidad profesional, era ciertamente el deseo de reemplazar a obreros mejor pagados y mejor armados para la reinvindicación por una cantidad intercambiable de O.E. Pero, ¿actualmente no se produce esto en sentido inverso? En la medida en que los salarios de las diferentes categorías se han aproximado, el ahorro de profesionales es menos provechoso. En la medida en que el sindicalismo se ha transformado en un sindicalismo de masa, los profesionales no son más de temer que otros, y a veces menos. Por último, en la medida en que es difícil reclutar para tareas penosas o desagradables, se trata de suprimir las tareas poco calificadas. Ciertamente el estado del mercado de la mano de obra puede variar mucho y cambiar estos datos. Sin embargo, es posible que la presión económica actúe también en favor de estos dos últimos movimientos que hemos señalado.

3º) *La estructura profesional*[25]. No basta precisar la distribución numérica de las categorías profesionales. Es fácil advertir que el papel de cada uno no es ya el mismo; en otros términos, que la estructura profesional del trabajo ha cambiado.

El profesional ha estado primeramente en el centro de la producción. Sus cualidades lo hacían el verdadero responsable del producto. Rodeado por un equipo de peones o semicalificados en vías de promoción, él mismo organizaba el trabajo y dirigía su ejecución. El viejo equipo de laminación es de esta manera un equipo extraordinariamente estructurado: en torno al primer laminador, el colocador de tornillos y los maquinistas obedecen sus órdenes y obran de acuerdo. Pero, actualmente, el cuadro es muy diferente: el laminador propiamente dicho no gobierna más a su equipo, cuyas tareas están determinadas por las hojas de trabajo. Vigila, controla e interviene en los casos difíciles. Ya no es más el centro de la producción.

Generalizando, los profesionales, cada vez menos numerosos en la producción, se multiplican en las tareas de cuidado, de instrumental o de regulación, es decir, en las tareas paralelas a la producción en sí. El vínculo que tienen con los O. E. de producción no es más jerárquico. Si bien su competencia generalmente es respetada, ya no está más en el centro del equipo de trabajo. La definición de las tareas, y la organización, vienen de arriba y los calificados intervienen como especialistas funcionales. A menudo, pertenecen al servicio de cuidado, distinto de la línea jerárquica directa.

---

[23] Extraemos lo principal de este párrafo de A. TOURAINE *(obra y art. citados)*.

[24] FRIEDMANN (G.), *Le travail en miettes (op. cit.)*.

Esta situación puede cambiar, y cambia sin duda, con la automación. El estudio hecho por el *Department of Scientific and Industrial Research* evidencia que la automación, al establecer vínculos más estrechos entre O. E. en vigilancia y profesionales del mantenimiento o técnicos, transforma la organización actual debilitando el principio jerárquico en provecho de las relaciones funcionales. P. Naville demuestra que se trata de un nuevo equipo estructurado y no ya de pseudoequipos de trabajo en cadena resultantes de "la adición o colección de operarios individuales..."[25]. El equipo de producción de bloques-motores en la fábrica Renault, en una primera fase de automación, comprendía 120 O. E. de producción, 15 reguladores y 12 profesionales de mantenimiento no permanentes; en una segunda fase, tiene 20 O. E. de producción, 12 reguladores, 12 obreros de mantenimiento permanentes y 6 electricistas permanentes. El mantenimiento quedó integrado en el equipo y la coherencia de este equipo es fuerte. Los puestos de trabajo tienen menos importancia por sí mismos, y mucha más en razón de su dependencia mutua[26].

La automación restablecerá así el equipo coherente de trabajo que la parcelación de las tareas y el estrechamiento excesivo del ciclo habían suprimido. Así como se ha podido hablar de una dialéctica del maquinismo, partiendo de las tareas unificadas, haciéndolas dispersarse debido a una extremada división del trabajo y reagrupando las operaciones en los conjuntos automatizados[27], podría hablarse de una dialéctica de la estructura del equipo de trabajo, primeramente reunida alrededor del profesional, luego atomizada, y finalmente reagrupada por el vínculo de las tareas de vigilancia y mantenimiento.

El trabajo parcelario había hecho bambolear a todo el antiguo edificio profesional con sus tradiciones y su estructura. Las consecuencias lejanas se ven en la desaparición progresiva de los sindicatos profesionales que tan eminente papel han desempeñado en la historia del movimiento obrero. La ampliación de los sindicatos, su transformación en asociaciones de masa, son paralelas a la transformación de las calificaciones. Las nuevas tendencias que hemos evi-

[25] *Les effets de l'automatisation sur la structure de la main-d'œuvre industrielle* (*Veus sur l'automatisme,* Agencia Europa de Productividad. Francia III. romeo, pág. 17).

[26] *Ibíd.* (pág. 19). En el mismo sentido, desaparición de las especialidades y rotación hacia el interior del equipo, véase MANN (F.) y HOFFMAN (R.), *Individual and organizational correlates of automation* (Journal of Social Issues, XII, 2, 1956, págs. 7-17).

[27] FRIEDMANN (G.), *Problèmes humains...* (págs. 170-171).

denciado, ¿invertirán el movimiento? Sin duda, no, pues intervienen otros factores (aunque no fuera más que el número absoluto de los trabajadores). Sin embargo, es muy probable que este nuevo peso de los profesionales cambie las condiciones de ejercicio del poder sindical.

La antigua estructura profesional era también una estructura muy jerarquizada. En ausencia de un cuadro muy denso, los grandes profesionales eran personajes eminentes. Los obreros de la siderurgia todavía recuerdan la época en que el primer laminador era el quinto en la jerarquía de la fábrica y se distinguía de los otros por el traje[28]. Actualmente, es un buen profesional como tantos otros. La jerarquía se ha debilitado, ya se trate de diferencia de salarios o de prestigio, y hasta ha perdido mucho de su significado, en la medida en que los O. E. no dependen más, en sus trabajos, de las órdenes de los profesionales.

Por el contrario, la antigua jerarquía era frecuentemente continua. El *rapisseur*, peón que echaba ramas al paso de las chapas para descalaminarlas, formaba parte del equipo y dependía de su aplicación, su trabajo y sus capacidades que llegara al cabo de años hasta la cumbre de la jerarquía obrera. Actualmente, nada en su trabajo cotidiano permite al O. E. perfeccionarse. Su trabajo no es más un aprendizaje progresivo; está definido una vez por todas. Si quiere ascender habrá que ayudarlo o deberá perfeccionarse fuera de la fábrica en cursos nocturnos. Menos rígida, la jerarquía es ahora discontinua. No parecería que la automación viniera a cambiar mucho los datos del problema. Sin duda, la distancia es aún más grande entre el O. E. de vigilancia y el profesional del mantenimiento. Es verdad que en cambio las relaciones son más íntimas y más fáciles. Pero en todos los casos el ascenso puede ser el objeto de una política de la fábrica, ya no es más una posibilidad ofrecida naturalmente por el trabajo.

Por último, el desarrollo del cuadro y de los servicios técnicos transforma aún la estructura profesional. Para el O. E. de producción, el hombre que sabe, no es actualmente el profesional; es el técnico o el ingeniero. Los profesionales ven su iniciativa y sus responsabilidades muy limitadas por el desarrollo de los servicios de preparación y organización.

La evolución de las funciones de mando debe ser considerada paralela a la evolución obrera. El capataz primeramente ha sido un pequeño patrón, investido de poderes amplios (contratación, disciplina) reteniendo todas las funciones a la vez. Ordenando por intermedio de "compañeros", respetaba, como compensación, sus hábitos profesionales y su competencia. Próximo a ellos por sus conocimientos (casi siempre era un antiguo profesional ascendido, capaz en todos los casos de predicar con el ejemplo) y al mismo tiempo distante por su salario, su poder y su escalafón, encarnaba el poder personal, con todo lo que él significa de familiaridad y arbitrariedad.

---

[28] Verry (M.), *Les laminoirs*...

La racionalización tayloriana se proponía suprimir ese *hombre orquesta,* distribuyendo sus funciones entre ocho especialistas funcionales. De hecho, muchas de ellas se han separado: la preparación del trabajo es confiada a servicios diferentes, toda la disciplina está reglamentada por la dirección del personal, el control es casi siempre una tarea especializada y la regulación de las máquinas se convierte en el patrimonio de un pequeño profesional. Pero no se comprende bien esta transformación si no se tiene en cuenta que, estando la producción asegurada por O. E., las relaciones entre el capataz y sus subordinados han cambiado profundamente; por una parte, lo esencial de la organización no proviene ya de él, a pesar de que por lo general conserva la distribución de las tareas; por otra, ningún "atrincheramiento profesional" defiende al O. E. de órdenes superiores[29]. Preso en el conjunto jerárquico y funcional estrechamente coordinado, el capataz necesariamente ve disminuir su autoridad y su iniciativa.

Sus responsabilidades siguen siendo pesadas. Y son cada vez más desproporcionadas con respecto a sus poderes[30]. En cambio, con la función administrativa se desarrolla una función relativamente nueva: la del mando. Es gracias a esto que el capataz es irreemplazable y que ha podido resistir a la dispersión proclamada por Taylor. En la medida en que la producción exige un cierto grado de colaboración en el equipo de trabajo y también a pesar del exceso de la racionalización de iniciativa, se necesita, para estructurar el equipo y convertirlo en algo más que en una adición de individuos[31], un arte de dirigir, una competencia psicológica que es una exigencia nueva de la función. El éxito de los métodos de formación interior (T.W.I.), con sus programas de relaciones de trabajos, es el mejor de los índices.

Mucho más difícil es precisar la evolución de la función de los cuadros. Se sabe cuál es su importancia creciente con la mecanización. En las fábricas Renault, pasan de 1,31 % del personal en 1938 a 2,60 % en 1954[32]. Se ve también —cualesquiera que fueren la imprecisión del término y el error posible de las estadísticas— que su proporción crece con la mecanización de la industria: de 1 % en la explotación de la hulla a 4,7 % en la industria química y 6,8 % en el petróleo[33]. Pero no se tienen estudios precisos sobre sus funciones reales en la empresa que permitan trazar un panorama comprensible. Quizás esta laguna sea colmada por estudios que se están realizando.

En resumen, ¿es posible presentar una vista de conjunto de esta evolución técnica y profesional? "La evolución profesional de la industria moderna debe ser considerada en toda su amplitud como el paso de la habilidad del antiguo compañero a la vigilancia de las máquinas y los aparatos pasando por el reemplazo progresivo de los profesionales de fabricación por obreros especializados[34]. El interés en distinguir tres fases en la evolución, como hace Touraine, está en demostrar que de la primera a la última no es sólo el número de cualidades que cambia; es la naturaleza de la calificación, el papel del trabajo obrero, la estructura del equipo, el sentido de la distribución de las tareas. En una palabra, que no se trata de un desplazamiento continuo sino del paso de un sistema de trabajo a otro. Bien entendido, este modelo teórico no es un esquema histórico que podría ser aplicado sin discriminación a todas las industrias. La evolución real significa desplazamientos según las ramas, saltos de una fase a otra, y en ciertos casos tiene límites estrechos. Aporta a la captación de esos hechos históricos una dimensión de inteligibilidad al interpretarlos en el choque —y la mezcla— de dos estructuras. Aunque los progresos de la automatización y de los estudios que a ella se refieren conduzcan a graduar ciertas características de la fase del automatismo, aunque la extensión de este último sea limitada, nos ha parecido que ese cuadro de interpretación era suficientemente válido como para orientar nuestra exposición.

---

[29] TOURAINE (A.), *L'évolution...* (págs. 150-161).

[30] *The foreman, a study of supervision in British industry* (National Institute of Industrial Psychology, Londres, Staple Press, 1951).

[31] Véase el estudio de WESTERLUND (G.), *Group Leadership* (Estocolmo, Rotogravyr, 1952).

[32] TOURAINE (A.) *L'évolution...* (págs. 165-166).

[33] JACQUIN (F.), *Les cadres de l'industrie et du commerce en France* (París, A. Colin, 1955, pág. 72).

En cambio, sería erróneo deducir que la evolución técnica determina los fenómenos. Es una condición estricta. Pero, por una parte, uno de los resultados del análisis es demostrar que esta determinación de los puestos y de las calificaciones por las condiciones técnicas es, con el progreso de la mecanización, cada vez menos rigurosa. Por otra, la racionalización y la ciencia de la organización, que han desempeñado un papel esencial en la evolución no están constituidas por verdades intemporales. Se ha podido demostrar en un caso preciso, el de la siderurgia del Rhur, que, en parte, ellas reproducen un sistema de valores sociales y que descansan sobre una cierta estructura de la población[35]. Por último, las preferencias de la mano de obra y su nivel de instrucción, su *status* social, pueden desempeñar un papel determinante en las modificaciones técnicas. La detención de la inmigración o, por cualquier otra razón, la desaparición de una capa inferior de mano de obra dispuesta a aceptar las tareas elementales, pueden acelerar considerablemente los progresos de la mecanización[36].

Si hay causalidad, es pues, también ahí, compleja y recíproca. En otros términos, es la de un sistema social. Además, está presa en un movimiento histórico que no se puede reducir al movimiento continuo de algunas variables.

---

[34] TOURAINE (A.), *La qualification*... (pág. 98).

[35] LUTZ (B.), *La fin de l'émigration dans la Ruhr et l'évolution de la structure et de l'organisation sociales de la sidérurgie allemande* (Actes du IIIe. Congrès mondial de Sociologie. Asoc. intern. de Sociología, 1956, t. II, págs. 78-85).

[36] FOOTE (N.), *The movement from jobs to careers in American industry* (Actes du IIIe. Congrès mondial de Sociologie, Asoc. intern. de Sociología, 1956, t. II, págs. 30-40). Véase LUTZ (B.), *La fin*...

III. — *La formación profesional.* Cualquiera que fuera la importancia actual de las tareas poco calificadas, cualquiera que fuera también su extensión, actualmente en muchas ramas, no es justificado deducir que el aprendizaje debería ser simplificado, acortado o limitado a un simple estar al corriente.

En efecto, si no se quiere tener en cuenta la circunstancia actual y las necesidades premiosas de mano de obra calificada que existen en la mayor parte de las ramas, esas necesidades, lo hemos demostrado, tienen probabilidad de acrecentarse con el progreso de la mecanización y la automatización. Además, es posible que el nivel de formación pedido sea cada vez más elevado y, si es verdad que esta calificación es sobre todo una calificación técnica, es una sólida cultura científica y técnica de base la que será cada vez más necesaria.

Estas necesidades han sido estudiadas suficientemente en Francia como para que se insista más en ellas. Pero la misma línea directriz es válida para la preparación de obreros menos calificados.

Ante todo, probablemente será una exigencia creciente de la mano de obra el poder considerar su vida de trabajo como, por lo menos en parte, una carrera profesional. Si es verdad que la conjunción de la acción sindical, del progreso de la instrucción y de las exigencias de la población conduce poco a poco, en los casos más favorables, a transformar los puestos de trabajo por las garantías ofrecidas y las posibilidades de perfeccionamiento, en algo que se aproxime a profesiones propiamente dichas o por lo menos a carreras[37], es necesario sacar conclusiones prácticas y proporcionar a los futuros obreros, sino una formación muy avanzada, por lo menos las bases generales que les permitan seguir aprendiendo.

Además, es evidente que el efecto combinado del desarrollo económico y de las transformaciones técnicas será imponer transferencias de mano de obra y reconversiones profesionales en una escala mayor que nunca. Esas transferencias serán tanto más fáciles cuanto que los obreros sometidos a ellas tendrán una formación menos exclusivamente práctica y limitada al mantenimiento de un puesto. Ciertamente la responsabilidad de las empresas (aunque no fuera más que a causa del costo de los nuevos materiales y de la dificultad de poseerlos para los centros de aprendizaje) será mayor que nunca. Corresponde a la enseñanza dar esta instrucción de base sin la cual ningún cambio es posible.

Hemos subrayado el papel que desempeña actualmente, en muchos puestos que, sin ser calificados, no son ya los del O. E. clásico, una formación general (instrucción, capacidad para comprender indicaciones numéricas, seriedad en las anotaciones) que no es una preparación técnica. Ninguna "formación en montón", por mejor organizada que sea, podría reemplazarla.

Por último, en muchos puestos, comienzan a ser determinantes para el éxito o el fracaso la capacidad de comprender, aunque fuera a *grosso modo*, la organización de conjunto del trabajo y la capacidad de comunicarse rápidamente con los otros eslabones. Estas dos capacidades no se adquieren con sólo ser puesto al corriente o con un entrenamiento. No pueden ser más que el resultado de una formación general.

---

[37] FOOTE (N.), *The movement...*, v. también capít. IV.

No podría ser nuestro propósito examinar las soluciones pedagógicas y administrativas propuestas. Lo que por lo menos revela el examen de la evolución del trabajo es la necesidad técnica y económica de una enseñanza técnica que sea también una enseñanza científica y una formación de la inteligencia. En este campo, las exigencias técnicas abarcan las exigencias más generales que inspiran los estudios y los proyectos de los educadores.

[illegible]

[illegible]

2

PSICOSOCIOLOGÍA DE LA EMPRESA

GEORGES FRIEDMANN Y JEAN DANIEL REYNAUD

Es sabido que normalmente hay una diferencia neta entre la capacidad teórica de producción de una instalación y su producción real. A menudo esa diferencia no es menor que la que existe entre las aptitudes de un individuo para producir y su producción real. El mejor ejemplo ha sido proporcionado por el primer estudio importante de psicosociología de la industria, el de la *Western Electric*. He aquí la clasificación obtenida por nueve obreros en un test de destreza (en estrecha relación con sus trabajos), en un test de inteligencia y, por último de acuerdo a su rendimiento horario medio.

Sujetos	*Orden de clasificación*		
	Rendimiento	*Destreza*	*Inteligencia*
1	6	2	3
2	1	7	9
3	2	6	4
4	5	9	2
5	4	8	6
6	3	4	8
7	8	5	5
8	7	1	7
9	9	3	1

Como fácilmente se puede comprobar no hay ninguna correlación posible entre el rendimiento y la destreza, o la inteligencia, o una combinación de las dos[1]. Entre las capacidades de un individuo y su rendimiento real se interponen sus motivaciones. La dilucidación de ese complejo es un problema de psicología social.

---

[1] ROETHLISBERGER (F.J.), y DICKSON (W.J.), *Management and the worker* (Cambridge, Harvard Univ. Press, 1943, pág. 446).

Ciertamente, éste no es más que un ejemplo, pero sacado de un trabajo típicamente parcelario, y donde el desempeño del productor está particularmente simplificado. Ya hemos demostrado que los problemas psicológicos (iniciativa, comunicaciones) se vuelven más importantes y no menos con el progreso y la mecanización. Por otra parte, el aumento del tamaño medio de las fábricas [2], generalmente acompañado de una complicación de la organización, vuelven más urgentes los problemas de administración del personal. Por último la presión de las organizaciones sindicales, sensibles por función a los disgustos y forzando por su propia acción a una codificación de las prácticas, contribuye a dar a las dificultades y a las soluciones una forma sistemática.

Por lo tanto es necesario explorar ahora la psicología de las motivaciones y de las relaciones en la empresa.

I — *La moral de la empresa. 1º El sistema social de la empresa.* Una organización es para nosotros "un sistema de actividades personales... conscientemente coordinadas" [3]. Es decir que no se podría analizarla en acciones individuales, que los rasgos de personalidad o carácter son secundarios en la medida en que no adquieren su significado más que en relación con una función en la empresa. Una organización es un sistema porque sus componentes son variables interdependientes. Hacer la psicología social de la organización es buscar cuáles son las motivaciones individuales que forman parte del sistema y cuáles tienen relación con la organización [4]. De este sistema, un aspecto nos interesa en particular: es el sistema social de la empresa, es decir un sistema de *status* y un sistema de roles. Primeramente, un sistema de *status*: el *status* de un individuo está definido por sus "derechos, privilegios, inmunidades, deberes y obligaciones en la organización..., todo lo cual determina la expectativa de los demás con respecto a él" [5]. Se funda en la importancia o la dificultad del trabajo requerido, en las capacidades individuales, hasta en las necesidades de la jerarquía. Se expresa en la determinación del puesto, del salario, de las obligaciones y ventajas y de todos los detalles de instalación material. Fácil de captar cuando uno se limita a sus aspectos oficiales, el sistema del *status* puede pasar más desapercibido en el interior de un taller. La antigüedad, la habilidad y la cuota de base son sus elementos. Pero a veces se expresa de una manera imprevista en la situación de un puesto de trabajo, la proximidad de un punto de interés, las relaciones con un superior o un camarada más calificado. Cualquiera que, en un taller, tuvo que desplazar mesas, regular la abertura de una ventana o ayudar en uno de esos cambios mínimos que significan una pequeña modificación técnica ha experimentado cuán valorizados estaban esos elementos y con qué precaución hay que manejarlos, tan ligados están al *status* del obrero en el taller, a lo que define su valor relativo, a su prestigio, al fundamento de su seguridad psicológica. Son elementos de un equilibrio, "una interacción de sentimientos e intereses en una relación de dependencia mutua que llega a un estado de equilibrio de manera tal que, si es alterado, entran en juego fuerzas que tratan de restablecerlo" [6].

---

[2] Véase CAPLOW (Th.), *The effect of increasing size on organizational structure in industry* (Actes du IIIe. Congrès mondial de Sociologie, Asoc. intern. de Sociol., 1956, t. II, págs. 157-164).

[3] BARNARD (C.I.), *The Functions of the Executive* (Cambridge Harvard Univ. Press, 1938, pág. 72).

[4] y [5] BARNARD (ibíd., pág. 208).

Luego, un sistema de roles: la definición del rol de cada uno no es meramente técnica. Está acompañada de actitudes, es decir, convicciones, prejuicios y juicios. Un excelente estudio del *Survey Research Center,* de la Universidad de Míchigan, demuestra hasta qué punto las actitudes de los individuos pueden surgir directamente de su rol. En posesión de *interviews* de todos los obreros de una fábrica, el estudio ha podido comparar luego las actitudes de los futuros delegados del personal *(shop steward)* y de los futuros capataces con las de los obreros que quedaban en sus puestos y con las actitudes de los mismos después de la elección o del ascenso. Los resultados muestran que los futuros capataces y delegados del personal, si bien difieren netamente de los otros obreros (mayor instrucción y responsabilidad, menor satisfacción por su trabajo, mayor ambición, mayor conocimiento del contrato de trabajo, mayor severidad con respecto a la empresa y al salario por rendimiento), no difieren mucho entre ellos; a lo sumo, los futuros capataces tienen un poco más a menudo la ambición de ser capataces. En cambio, una vez asumida la nueva función, las oposiciones se afianzan: los capataces critican más al sindicato, defendido por los delegados. La hostilidad de los delegados contra el sistema de salario por rendimiento se hace más viva mientras que los capataces ahora encuentran ventajas. El respeto a la ancianidad llega a ser mucho más importante para los delegados en tanto los capataces la critican más. Los dos grupos "han *aprendido* a pensar, a sentir y a conducirse diferentemente porque se han encontrado en situaciones nuevas y diferentes [7]".

Ciertamente se puede discutir el alcance de este ejemplo: la función de un delegado de personal y las motivaciones que puede tener un obrero para tomar una responsabilidad sindical no son las mismas en Francia y en los Estados Unidos: la política de reclutamiento difiere también. Pero la conclusión general sigue siendo válida: una situación determina en gran parte las actitudes, que generalmente tienen valor instrumental [8]. El rol crea parcialmente al personaje.

---

[6] ROETHLISBERGER y DICKSON, *Management and the worker* (pág. 365, n. 1).

[7] KAHN (Robert), *Leadership patterns and organizational effectiveness* (Survey Research Center, Univ. of Michigan, enero de 1955).

2º *La moral de la empresa.* ¿Se puede, al menos en este conjunto complejo de relaciones sociales que es una empresa, definir una resultante de las diversas motivaciones y satisfacciones, un índice global de contento-descontento? Es lo que corrientemente se llama la moral de la empresa. En resumidas cuentas, los miembros de la empresa se quedan o se van; dan mucha importancia a su trabajo o se ausentan frecuentemente; hacen un esfuerzo más o menos grande para producir. ¿No existe en ello una actitud general, digna de ser conocida, y medios precisos para medirla?

El ausentismo, la rotación del personal [9] y la productividad, en efecto, pueden proporcionar criterios de análisis cómodos y precisos. ¿Pero miden una sola cosa o permiten solamente distinguir, además de poseer un indicador y una señal de alarma, la complejidad de los problemas?

Desde 1949, D. Katz notaba que la moral, sin duda, no era un concepto simple. Y distinguía cuatro dimensiones: la satisfacción intrínseca del puesto de trabajo derivada de una necesidad fundamental de expresión de sí mismo; el orgullo del grupo donde se trabaja, unido a la necesidad que tiene el individuo de pertenecer a un universo social; la satisfacción del salario y de las posibilidades de ascenso, función de las normas culturales y de las perspectivas que crean; por último la identificación con la empresa, que depende del tipo de personalidad y de los valores propios del individuo. Ahora bien, de estas cuatro dimensiones, sólo una tiene correlación positiva con la producción: el orgullo de pertenecer a su grupo de trabajo. Las otras tenían correlaciones nulas o negativas [10]. El criterio, a menudo sostenido, de la producción, no tenía, pues, más que un valor limitado [11].

Por lo tanto había que distinguir entre motivación para producir y motivación para quedarse en la empresa. Una buena parte de las satisfacciones que puede causar la empresa, debido al sistema de recompensas que propone su política del personal tiene por efecto incitar a los obreros a quedarse en la empresa, pero no a acrecentar su producción. En otros términos, se hallará una correlación entre un cierto número de satisfacciones y el ausentismo (del que razonablemente se puede pensar que refleja bajo una forma flexible el deseo

[8] Para una discusión más general de este problema véase NEWCOMB (T.), *Attitude development as a fonction of reference group*, en SHERIF (M.). *An Outline of Social Psychology* (Nueva York, Harper, 1948, págs. 139-155).

[9] Para la rotación del personal como medio de analizar el trayecto en la empresa, véase el cap. IV.

[10] La satisfacción del salario se correlaciona negativamente con la productividad. La interpretación propuesta por el autor es que los más fuertes productores son también los que sienten más los defectos del sistema de salario. Dicho de otra manera, una motivación más fuerte rinde la percepción más aguda y por lo tanto más crítica.

[11] KATZ (D.), *Morale and Motivation in industry*, en *Current trends in industrial psychology* (Pittsburg, Univ. of Pittsburg Press, 1949, págs. 145-171)

de quedarse o irse) pero no entre esas satisfacciones y la producción. Es lo que se verifica con una serie de puntos: "Estoy satisfecho con el grado de responsabilidad que tengo en mi trabajo", "Aquí saben reconocer el trabajo bien hecho", "Estoy satisfecho con mi salario actual". "En resumidas cuentas, estoy satisfecho con la empresa y con mi trabajo".

Ciertamente, ese tipo de motivación no está en absoluto desprovisto de relación con la productividad. Ante todo, en un cierto grado de satisfacción, el trabajador tratará por lo menos de hacer lo suficiente como para ser un miembro aceptable de su grupo. Luego e inversamente, un descontento probablemente tendría por efecto frenar la producción. Sin embargo, excluyendo los casos extremos, se puede decir que existe allí una motivación que no está ligada esencialmente con la producción [12].

Para sacar una conclusión de esta discusión, agregaremos una observación: las diferentes dimensiones del temperamento así analizadas parecen diferir no sólo por el campo cubierto o por sus fundamentos psicológicos, sino también por el grupo de referencia de cada uno. Se puede formular la hipótesis de que las motivaciones profesionales son las que están en más estrecha relación con el sistema social de la empresa. Pueden estar ligadas a tradiciones familiares, al ejemplo de amigos, a modelos sociales generales; pero probablemente son las más puramente individuales. Las motivaciones económicas son más complejas: pertenecen a la vez a las necesidades culturalmente definidas del individuo, a las normas del grupo de trabajo donde él se encuentra y a reivindicaciones colectivas (que emanan de un grupo más vasto, profesional y de industria, pero generalmente organizado por un sindicato). El apego a un grupo de trabajo es, de manera característica, un fenómeno de psicología social y la explicación de su importancia emana de la dinámica de los grupos. Por último, la identificación (o la no identificación bien entendida) con la empresa emana de actitudes mucho más generales y se proyecta a grupos más vastos, clase social o grupo obrero [13].

Ciertamente, los campos que así definimos, si bien se inspiran en los análisis de Katz y Kahn, están muy lejos de aceptarlos rigurosamente y no sería justo apoyarse en las demostraciones precedentes para demostrar la validez de nuestras distinciones. Digamos que las presentamos bajo beneficio de inventario, es decir, como hipótesis que una investigación sistemática puede verificar poco a poco. En el peor de los casos servirán, por lo menos, para la comodidad de nuestra exposición.

---

[12] KAHN (Robert) y KATZ (D.), *Some relationships between organizational characteristics and productivity* (Survey Research Center of Michigan, 7 pág., roneo). Los autores anotan que no se podría deducir de estos resultados la necesidad de ligar las satisfacciones (jubilaciones, seguros complementarios, etc.) a la productividad individual. Otros datos harían irrealizable, por otra parte, este proyecto.

[13] Estos últimos escapan al cuadro de este capítulo.

II. — *Las motivaciones individuales. Las motivaciones profesionales.* ¿Por qué está definido el interés de un trabajo? ¿Qué es lo que hace que el contenido mismo del trabajo sea una motivación para trabajar o, por el contrario, un obstáculo que es necesario vencer? Es realmente una cierta relación entre la tarea y las aptitudes e intereses del que la realiza. Aun omitiendo aquí el problema del individuo mismo, es decir, el de su orientación profesional [14], el de la empresa no se reduce a una mera y simple selección de entrada. Habría que tener, además, una política general de notación y progreso para asegurar, no solamente que los puestos sean cubiertos, sino que todo individuo encuentre el que mejor le convenga.

La subdivisión de las tareas ha dado, sin embargo, a este problema una forma particular: la de la monotonía del trabajo. Tareas parceladas y repetidas, reducidas a algunos gestos simples; he aquí muy a menudo en qué consiste el trabajo del O. E. Sin duda, no puede generalizarse esto en exceso: una tarea elemental a los ojos del espectador puede tener sus dificultades. Por otra parte, miles de trabajos del O. E. no están reducidos al esquema popularizado por la película *Los tiempos modernos*, de Chaplin. Pero no por eso la monotonía deja de ser un problema frecuente. El hecho de que ella suscite pocas quejas —porque uno se habitúa y también porque ella se manifiesta fácilmente de diferentes maneras— no atenúa su gravedad.

¿En qué forma se manifiesta? Objetivamente, por la irregularidad del rendimiento, la caída en medio del período de trabajo y el ascenso al final. Subjetivamente, por la cavilación, fácilmente taciturna, en que se mastican las decepciones o los agravios; es por eso que, a menudo, ella es responsable de pequeños trastornos mentales o, por lo menos, de una apatía que extiende sus efectos fuera del trabajo. No influye casi sobre la cantidad de la producción, sino, más a menudo, sobre su calidad.

Los psicólogos han dedicado muchos de sus esfuerzos a determinar las tareas que engendran la monotonía, o a los individuos aptos a experimentarla, con resultados limitados. Solamente dejemos constancia que parece que existieran rasgos de carácter que predisponen a ella y sobre todo que las tareas que la provocan, a menudo no son ni las que no exigen ningún esfuerzo de atención ni las que exigen demasiado, sino aquellas que exigen una atención mínima y discontinua (por ejemplo, el control de un único movimiento de una pieza)[15].

La conclusión es que la monotonía nace de una cierta relación entre el hombre y su tarea. Una tarea es monótona cuando no presenta, para quien está encargado de ella, una dificultad o un problema para resolver, cuando no lo fuerza a movilizarse para reali zarla. Es fácil comprender, pues, que según las capacidades y los fines que se fijen, la monotonía de una tarea varía mucho.

---

[14] Véase el cap. IV.

[15] Se encontrará un excelente análisis en GHISELLI (E.) y BROWN (C.), *Personnel and Industrial Psychology* (Nueva York, McGraw Hill, 1948).

Se han buscado diversos remedios: se puede tratar de estructurar las tareas interrumpiéndolas, especialmente por pausas; pueden organizarse cambios de puesto (legalizando una práctica corriente) con excelentes resultados; por el contrario, se puede tratar de automatizar el trabajo lo más completamente posible como para suprimir lo que pudiera quedar de atención [16]; pueden usarse derivativos (música durante el trabajo, etc.). El esfuerzo más interesante ha sido el de la ampliación del trabajo de la que ya hemos hablado [17]. Lo importante para el sociólogo de la empresa es retener tres puntos [18]:

a) En un número importante de casos, la monotonía del trabajo es, en diversos grados y a pesar de los arreglos posibles, un hecho irreductible. Depende de una organización técnica de la producción, a través de regímenes jurídicos, económicos y sociales muy diferentes y solamente puede desaparecer totalmente con ella. Ligada a la desaparición de las motivaciones profesionales antiguas (orgullo del objeto producido, orgullo de las capacidades profesionales), ella constituye un elemento importante de la moral en la empresa actual [19].

b) Esta frecuente desaparición de las satisfacciones profesionales puede ser en parte compensada por el sentimiento de una participación en una producción colectiva. Es lo que tratan de hacer numerosas empresas francesas creando un "sentimiento casa", celebrando los éxitos de la producción o tratando de interesar directamente a los obreros en los resultados —con un éxito variable—. Es también, en otro plano, lo que trata de crear "la emulación socialista" en los países en que la propiedad privada ha desaparecido (nos faltan medios para apreciar los éxitos de esta política, puesto que no conocemos más que los fracasos). Pero, en el mejor de los casos, este traspaso no puede ser más que parcial, como lo prueba en Francia el ejemplo de las comunidades de trabajo [20].

c) Por último, las escasas satisfacciones profesionales llevan naturalmente a adjudicar una importancia mayor al salario, a las relaciones entre camaradas y con la dirección. Quien se interesa en una tarea variada y en la que puede mostrar su capacidad, hará depender su satisfacción mucho menos del humor o del buen trato de un superior. El que puede afirmar su personalidad en su trabajo y conserva su iniciativa, está mejor defendido de una fiscalización rigurosa.

---

[16] Véase WALTHER (L.), *Psychologie du travail* (Ginebra, Éd. du Mont Blanc, 1946).

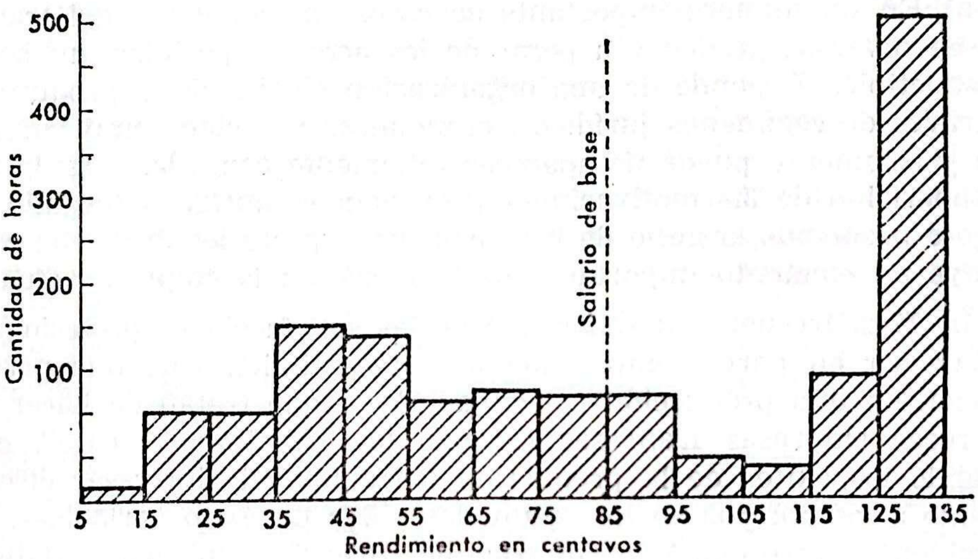
[17] Véase pág. 510.

[18] Se encontrará un estudio mucho más detallado en FRIEDMANN (G.), *Problèmes humains...* y *Le travail en miettes.*

[19] WALKER y GUEST pudieron por ejemplo, establecer una correlación entre el ausentismo y la medida en que el trabajo depende de la producción en serie (duración del ciclo, variedad de la tarea, ritmo determinado, aprendizaje necesario, etc.). *The man on the assembly line* (Cambridge, Harvard Univ. Press, 1952, págs. 118-121).

[20] MERMOZ (M.), *Quinze ans d'expérience ouvrière: La Communauté de Travail Boimondau* (Actes du IIIe Congrès mondial de Sociologie, t. II, págs. 107-120).

Teniendo en cuenta las dos últimas razones puede decirse, pues, que hay un traspaso de satisfacciones profesionales hacia otras. Si no se olvidan los límites de este traspaso, es razonable actualmente insistir en las otras satisfacciones. Además, a medida que los progresos de la automación van a contribuir a empobrecer aun el contenido profesional del O. E., estas tendencias van a acentuarse. En efecto, todos los estudios insisten en la importancia (técnica y personal) de las buenas relaciones en un conjunto automatizado.



Según ROY (D.), *Quota-Restriction and Goldbricking in a Machine Shop*, American Journal of Sociology, LVII, marzo de 1952, págs. 427-442.

2º *Salario y motivación.* Ciertamente el hombre trabaja para vivir, es decir, para ganar un salario. Pero de esta afirmación pueden sacarse pocas conclusiones prácticas. De hecho, el análisis de las motivaciones frente al salario revela sobre todo su complejidad. No hay nada más superado que la simple idea de Taylor de acuerdo a la cual el esfuerzo era estimulado directamente por un salario proporcional a la producción y que ha inspirado, con pequeñas correcciones, la mayor parte de los sistemas de salario por rendimiento. De hecho las reacciones son mucho más complejas a pesar de no ser desalentadoras más que para los que se aferran a la ficción del *homo œconomicus.*

Para oponerse al salario por rendimiento existe una respuesta casi universal: la sujeción, es decir, la limitación voluntaria de la producción a un cierto nivel. Estudiado desde 1931 por Mathewson [21], analizado minuciosamente por Roethlisberger en un pequeño grupo de obreros[22], el problema se ha renovado recientemente debido a los trabajos de D. Roy[23].

---

[21] MATHEWSON (S.B.), *Restriction of output among unorganized workers* (Nueva York, The Viking Press, 1931).

D. Roy ha trabajado quince meses en una empresa mecánica, pagado por piezas. Su comportamiento, acomodándose estrictamente al de sus compañeros de trabajo, puede considerarse como representativo[24]. Ha establecido un cuadro de 1350 horas pagadas por rendimiento y realizadas en un momento en que él había adquirido una buena destreza en el oficio. Esas horas son clasificadas según su rendimiento real, expresado en dinero, es decir, multiplicando por cada una la cuota de la pieza por el número de piezas producidas. Ciertamente, existía un salario base garantizado (85 centavos) cualquiera que fuere la producción. Las cifras no indican pues el salario percibido sino el rendimiento de la hora (véanse cuadro y fig. 1).

CUADRO I

Rendimiento hora (en centavos)	*Número de horas*		*%*	
Desconocido	103,9		7,7	
5— 14	3,0		0,2	
15— 24	51,0		3,8	
25— 34	49,8		3,7	
35— 44	150,1		11,1	
45— 54	144,5		10,7	
55— 64	57,7		4,3	
65— 74	63,8		4,7	
75— 84	57,7		4,3	
Total inferior a 85 ctvs.		681,5		50,4
85— 94	51,2		3,8	
95—104	19,5		1,5	
105—114	17,9		1,3	
115—124	83,0		6,1	
125—134	496,3		36,7	
165—174	1,5		0,1	
Total 85 ctvs. y más		669,4		49,6
Total	1.350,9		100,0	
		1.350,9		100,0

---

[22] ROETHLISBERGER (F.I.) y DICKSON (W.I.), *(op. cit.)*.

[23] ROY (D.), *Quota-Restriction and Goldbricking in a Machine Shop* (American Journal of Sociology, LVII, marzo de 1952, págs. 427-442); *Work Satisfaction and social Reward in Quota-achievement: an analysis of piece Work incentives* (American sociologicae Review, XVIII, octubre de 1953, págs. 507-514), y *Efficiency and "the fix": informal intergroup Relations in a piece Work Machine Shop* (American Journal of Sociology, LX, noviembre de 1954, págs. 255-266). El conjunto de estos artículos está retomado por WHYTE (W. F.) y co'ab., *Money and Motivation, an Analysis of incentives in Industry* (Nueva York, Harper, 1935).

[24] Veremos, más adelante, qué normas de grupo rigen este comportamiento. Este hecho justifica nuestra afirmación. Por otra parte, se ve por el detalle de las

La curva obtenida puede ser dividida en dos: una, a la izquierda del salario base, tiene, *grosso modo* la forma de una curva normal con un máximo entre 35 y 55 centavos; otra, a la derecha del salario base, es típicamente una curva en J. Cada una de ellas corresponde a un comportamiento diferente frente al salario por piezas.

La segunda, presenta el fenómeno más conocido: más de las tres cuartas partes de horas se agrupan en una sola categoría, la más elevada. Dicho de otra manera —es la explicación normal de la curva en J— se impone una norma: se quiere ganar lo más posible, pero con la condición de no sobrepasar un máximo. Hay una producción tope a la que se aproxima tanto como es posible, pero que no se sobrepasa nunca. Ese tope no está impuesto por la necesidad de la *performance*: si fuera así no sería tan riguroso. Además, D. Roy ha tratado de realizar el máximo: ha sobrepasado ampliamente este límite (es la hora y media que "vale" entre 165 y 175 ctvs.). Igualmente, es muy poco probable que pueda ser explicado como el punto en que la inutilidad debida al esfuerzo creciente aventaja a la utilidad de la ganancia. Ese punto de equilibrio tendría por lo menos fluctuaciones según los días o según las piezas.

¿Qué significado tiene pues? Evidentemente una restricción voluntaria, y D. Roy lo demuestra frente a las afirmaciones de la escuela de Mayo, fundada en un sólido razonamiento económico: si la "bonificación" es excesiva, se cambiarán los "tiempos" demasiado ventajosos[25]. Para protegerla conviene, pues, mantenerla dentro de los límites razonables.

La primera parte de la curva sugiere otra interpretación: colocada completamente por debajo de la cuota de base, corresponde a una "merma" voluntaria de los "tiempos" juzgados malos, es decir, donde parecería que no fuera posible obtener una prima que valga la pena. Tiene el valor de una protesta que D. Roy resume en estos términos: "¡Con esa cuota, no pueden esperar conseguir que yo trabaje mucho!"[26]. Y hasta a veces es un medio muy consciente de lucha para obtener una mejora de los tiempos, suponiéndose que la fábrica perdiera con ello, puesto que continúa pagando el salario base. Por último esta actitud es imperativa cuando las cuotas no han sido todavía fijadas, para obtener una cuota ventajosa.

Entre el tope y la merma, se está lejos evidentemente del esfuerzo máximo que algunos esperaban obtener muy naturalmente por el salario por rendimiento[27]. Pero hasta ahora, y a pesar de ser más complejo, el comportamiento parece estar guiado esencialmente por motivaciones económicas

observaciones de D. Roy que se ha ejercido efectivamente una presión sobre él para que se conformara a esas normas.

[25] Ciertamente, los "tiempos" una vez establecidos no se reducen jamás..., excepto si se cambia algo en el trabajo, lo que obliga a calcular uno nuevo. John Mills escribe, debido a su experiencia como ingeniero en la *Western Electric*: "Si un procedimiento de fabricación demostrara pagar más de lo que fuera normal a la categoría profesional que trabajase en él —en otros términos, si los cronometristas se hubieran equivocado— se enviaría esta pieza a los ingenieros para que la modificaran y establecieran un nuevo "tiempo" para la nueva pieza. En otros términos, los trabajadores son pagados según su categoría". (*The engineer in society*, Nueva York, Van Nostrand, 1946, pág. 93; citado por D. Roy, *art. cit.*) Esta práctica no parece ser normal de la *Western Electric*.

[26] Roy (D.), *Quota-Restriction...* (pág. 436).

[27] D. Roy trata de estimar el tiempo perdido con relación al esfuerzo máximo razonable. Oscila entre 15 y 75 % según los casos.

En realidad, a pesar de que en las conversaciones todo se expresa en términos de salario, o mejor de "bonificación", se han presentado otras motivaciones, aun en el caso en que el rendimiento es satisfactorio desde el punto de vista de la dirección. Ante todo, el esfuerzo para alcanzar la bonificación a menudo es en sí mismo una fuente de interés. En un trabajo monótono, vuelve a introducir una dificultad, fija un fin, estimula durante todo el trabajo y de ahí que disminuya la fatiga. Este efecto es limitado: un trabajo demasiado conocido, aun pagado, cae en la monotonía: cuando el resultado depende de muchas circunstancias (rotura frecuente de los instrumentos, por ejemplo), la ejecución se vuelve "agotadora para los nervios". Pero, "aun en un clima de dirección autoritaria y de conflicto, el juego de la "bonificación" crearía un interés por el trabajo y un esfuerzo de producción [28]. Por otra parte, el éxito proporciona también una parte de libertad. Llegar a la cuota anticipadamente, significa tener tiempo libre para charlar o para no hacer nada. Significa "hacer callar" al capataz, y hasta ofrecerse el lujo de desafiar abiertamente el reglamento —y a la oficina de los reglamentos, aunque en su ausencia— haciendo alarde de un momento de ocio. Es también una fuente de prestigio frente a los otros obreros; D. Roy observa también que, cuando se fracasa, se pretende siempre haberlo hecho expresamente. Sin embargo, negarse a realizar "bonificación" en "buenos tiempos" no es uno de los numerosos medios admitidos para molestar a la dirección [29]".

Este resumen muy breve basta para demostrar la complejidad de las motivaciones en juego. Habría que agregar aún la importancia del salario como elemento de *status* y más generalmente la importancia del salario relativo. Es sabido que las reivindicaciones concernientes a la justicia relativa de los salarios son menos frecuentes que las que conciernen a su monto. Ciertamente, las primeras a menudo son un medio para conseguir las segundas. Pero es indudable que los salarios de una empresa forman también ellos un sistema y que no es fácil cambiarle un elemento sin que repercuta en el conjunto. La mejor ilustración de esto la constituyen los problemas que se presentan y cuando una prima mal calculada favorece a un grupo con respecto a otros de igual categoría.

III. — *El grupo de trabajo.* 1º *El control del rendimiento por el grupo.* Hasta ahora hemos hablado de la merma como si fuera un comportamiento individual. En realidad no hay nada de eso. Se trate del tope, de la "bonificación" o de la merma, la reglamentación es recia y colectiva. D. Roy lo descubre gracias a las reiteradas advertencias de sus compañeros. Coch y French lo verifican en el caso de una recién llegada cuya producción primeramente elevada rápidamente es llevada al término medio por la presión del grupo;

---

[28] Roy (D.), *Work Satisfaction...* (pág. 54).

[29] Roy (D.), *Work Satisfaction...* (pág. 512).

aislada de nuevo, su producción aumenta considerablemente [30]. Este hecho había sido ya comprobado en la *Western Electric* [31].

En parte, los motivos son los que ya hemos dado: protección de los "tiempos" favorables y lucha contra los malos. Pero hay que añadir la preocupación para no perjudicar a los más lentos, para no exponerlos a la presión del capataz o a las sanciones. Además, ofreciendo un frente unido ante los ojos del exterior, el grupo reduce al mínimo las posibilidades de intervención y se asegura un cierto grado de autonomía. El tope permite hacer frente a los incidentes de producción o hacer pausas. Pero permite también sustituir una obligación y un control exteriores por una disciplina interna.

Así se explica el cuidado que se pone, por medio de los procedimientos más variados, en conservar una producción constante: se carga el tiempo ganado en un encargo o en un día sobre otro; se intercambia el trabajo o se ayudan mutuamente; se falsean las cifras un día, pero se las compensa al día siguiente: "Más que un tope de producción..., es una norma de conducta" [32].

D. Roy demuestra que puede existir hasta una red de relaciones oficiosas que ayuda al individuo a respetar esta norma. El sistema subsiste gracias a la ayuda de los reguladores, del control de tiempo, del almacenamiento, de los proveedores de herramientas y la complicidad de los capataces. Gracias a los intercambios de favores, los grupos son mutuamente dependientes y las intervenciones de la dirección para hacer el control más riguroso fracasan una después de otra: contrariando órdenes, los obreros tienen en reserva montajes ya listos o instrumentos para ganar tiempo; cuando se trata de reforzar el control en el depósito, los reguladores, indispensables al jefe del depósito para encontrar más rápidamente lo que se le pide, apresuran rápidamente el paso. Los inspectores, solidarios, aceptan marcar horas inexactas. El jefe de equipo o el capataz dejan hacer porque al fin de cuentas la producción sale más rápidamente [33]. Ante esta madeja de interayuda, se piensa en la expresión "vida paralela" de la empresa [34], muy apropiada para describir esta organización subyacente en los esquemas oficiales.

Pero esta organización sigue siendo oficiosa, si no secreta, y a menudo obra como un grupo de defensa. Lo que afirma la solidaridad son las presiones venidas de arriba. Hay contradicción entre el sistema oficial de pago, cuando es rigurosamente individual, y el llamado a las sugestiones. Una sugestión es considerada como individual y pagada como tal. El ofrecimiento debería estimular la inventiva. En realidad, el obrero que tiene una idea se encuentra en una situación difícil. Ante todo si se trata de un procedimiento que puede aplicar sin decirlo, la ventaja de proponerlo oficialmente es discutible: ¿no es mejor conservar para sí el margen de seguridad así adquirido? Además el cambio de los tiempos que se originará corresponderá no sólo al inventor sino también a sus compañeros, quienes no habrán obtenido ninguna ventaja. ¿No se temerá romper la solidaridad del grupo? Finalmente, la mayor parte de las ideas son sólo en parte individuales o, en tal caso, ganarían al ser discutidas. Pero, ¿entonces a quién atribuir el mérito? Pueden presentarse conflictos. "El sistema de sugestiones aconseja al obrero someter su idea a la dirección, pero el salario por rendimiento (así como el grupo informal que en esta ocasión se ha desarrollado) le aconseja guardarla para sí" [35].

---

[30] Coch (L.) y French (I.R.P.), *Overcoming resistance to change* (Human relations, I, 4, 1948, págs. 512-532). El artículo ha sido reproducido por Cartwright (D.) y Zander (A.), *Group Dynamics* (Nueva York, Row Peterson, 1953, págs. 257-280).

[31] Rothlisberger (F. J.) y Dickson (W. J.), *Management and the worker* (pág. 423).

[32] *Ibíd.* (pág. 419).

[33] Roy (D.), *Efficiency...*

[34] El término pertenece a J. Barbichon.

Estas deducciones conducirían a un análisis psicosocial de los sistemas de salarios. A pesar de que todavía no ha sido hecho en detalle (habría que estudiar, en especial, sus efectos sobre los tipos de fabricación y las categorías de mano de obra), por lo menos se puede señalar con Whyte, la ineficacia, en muchos casos, de los sistemas que no respetan la realidad colectiva del grupo de trabajo. Sobre el funcionamiento real de los otros sistemas (plan Scanlon, que se basa en la distribución de las economías de mano de obra en el precio de costo; sistema Schueller, de salario proporcional, en que la mano de obra se reparte una cantidad fija del número de negocios; sistemas diversos para despertar el interés por la productividad o de asociación capital-trabajo) se tienen solamente algunas monografías [36] todavía insuficientes como para formar un juicio de conjunto.

Debería plantearse cierto número de problemas esenciales: ¿en qué medida la evolución de los métodos de producción trastorna los sistemas clásicos de salarios? Un poco rápidamente se ha saludado el fin de todo salario por rendimiento con la automación. P. Naville, por el contrario, demuestra que se pueden mantener perfectamente primas colectivas, basadas en la cuota de detención de las máquinas; mucho más, la evaluación del aporte individual, a pesar de ser más difícil, no desaparece y, sin duda, persistirá una jerarquización de la prima. Pero la responsabilidad tendrá una parte más grande [37]. En cambio, hay que reconocer que la política actual de algunas empresas es volver pura y simplemente al salario horario, y hasta trasladar un gran número de obreros a la categoría de mensuales [38]. Pero aquí, ¿cuál es la proporción de las condiciones técnicas y cuál la de una política del personal determinada? Es sabido, por ciertos análisis, que el paso al salario horario no es necesariamente causa de relajamiento del esfuerzo [39]. Pero, ¿en qué condiciones esta afirmación es válida y cuál es su alcance? Nos faltan estudios que respondan a esta pregunta.

---

[35] Whyte (W.F.), *Money...* (pág. 256).

[36] Whyte (W. F.), *Money...*; Dubois (A.), *L'expérience des forges et aciéries de Bompertuis* (Actes du IIIe Congrès..., t. II, págs. 121-128); Migeon (H.) *La telémécanique électrique: essai d'étude sociologique sur ses réalisations* (*ibíd.*, t. II, págs. 129-148), y Zamansky (I.), *L'avenir de l'entreprise* (París, E.P.E.E., 1948).

[37] Naville (P.), *Vues préliminaires...* (pág. 21).

[38] En particular, en las refinerías de petróleo y en la fabricación de automóviles.

[39] Jaques (E.), *The social and psychological impact of a change in method of wage payment* (Human relations, 1951, nº 4, págs. 315-340).

Y, por otra parte, ¿cuáles son los efectos posibles de una situación de competencia o de una situación de colaboración? Un estudio de P. Blau es singularmente ilustrativo[40]. Una oficina de colocaciones tiene dos secciones: una, la sección A, en la que reina una gran competencia, y otra B, en la que ésta es muy débil. Considerada globalmente, la sección B produce más que la sección A: satisface un 67 % de pedidos de empleo, contra un 59 % de A. La diferencia de las dos situaciones se explica fácilmente: los empleados de B tienen mayor antigüedad y son titulares (en A son contractuales); los empleados de B han elaborado un código profesional que hace hincapié en la calidad del empleo; por último, el jefe de la sección A tiene en cuenta la producción; en la sección B se tienen en cuenta otros criterios.

La competencia que reina en la sección A es, por lo tanto, la respuesta a una situación de inseguridad. Esto explica que B produzca más que A porque allá la seguridad es mayor, pero también porque en B los más competentes son los más productivos ($r = + 0{,}92$; mientras que en A es a la inversa: $r = -0{,}20$), porque son ellos quienes mejor se defienden de la inseguridad. También la productividad es el fundamento del *status* en A, mientras que en B está considerada abiertamente como secundaria.

Pero, ¿por qué una mayor seguridad permite una producción mejor? Porque ella facilita la colaboración, es decir, el intercambio de informes; porque vuelve inútil la vigilancia recíproca (la frecuencia de los contactos de trabajo está en correlación con la productividad en A, no en B); por último, porque exime del esfuerzo incesante de contactos privados para aliviar las tensiones (la frecuencia de los contactos privados está en correlación con la productividad en A, no en B).

Se puede deducir de este estudio, por limitado que sea, una conclusión importante: es necesario comparar globalmente los dos sistemas. En el interior de un sistema de competición, la competencia es la condición de la productividad. Pero, en una comparación global, el sistema cooperativo puede aventajarlo y esta relación no existe más.

2º *Sentimiento de grupos y productividad.* De la misma manera, una serie de estudios del Survey Research Center, de la Universidad de Míchigan, llega a una relación estrecha entre el sentimiento de pertenencia al grupo y la productividad y permite analizar los mecanismos que ligan los dos fenómenos[41]:

a) "La elevación de la norma del grupo informal, norma que a menudo ha sido establecida para proteger a los miembros del grupo de las exigencias de la dirección."

El mejor ejemplo fue dado por un estudio sobre la introducción de un cambio técnico[42]. El problema que plantean los cambios frecuentes de las formas de fabricación había sido ya señalado en el estudio de la Western Electric, donde los autores lo interpretaban como un conflicto entre la lógica de la eficacia y del costo, perteneciente a

[40] BLAU (P.M.), *Competition and cooperation in a bureaucracy* (American Journal of Sociology, LIX, marzo de 1954, págs. 530-535).

[41] KHAN (R. L.) y KATZ (D.), *Some recent finding in human relations research*, en SWANSON (E.), NEWCOMB (T.) y HARTLEY (E.), ed., *Readings in social psichology* (Nueva York, H. Holt, 1952).

[42] COCH (L.) y FRENCH (J.R.P.), *Overcoming...*

la empresa, y la lógica de los sentimientos que traduce las realidades sociales del grupo de trabajo [43]. Eso era desconocer que la oposición de los dos grupos es algo diferente a la oposición de la eficacia y los sentimientos [44] y que el tipo de defensa del grupo de trabajo puede ser simplemente el de todo grupo sometido a una presión autoritaria. Desde ese momento, el problema de la introducción de un cambio técnico, característico en la práctica corriente de ese género de presión, puede ser modificado en sus fundamentos si se otorga al grupo respectivo una cierta participación en las decisiones.

De acuerdo a un esquema experimental, Coch y French han constituido, en un taller de confección, cuatro grupos: un grupo testigo, en el que el cambio era aplicado en forma autoritaria (es decir, como de costumbre); un primer grupo experimental donde, después de una cuidadosa información, las obreras designaban sus representantes encargadas de discutir los nuevos "tiempos"; otros dos, donde todo el grupo era admitido en la misma discusión. En el primer caso, el grupo no recupera, después del cambio, su nivel anterior de producción. Lo sobrepasa ampliamente en el segundo y mucho más aún en los dos últimos. Paralelamente se verifican muchas recriminaciones y dificultades en el primer caso, ciertas inquietudes en el segundo y ningún trastorno en los dos últimos [45]. "La cuota de recuperación es directamente proporcional al grado de participación y... la cuota... de agresividad es inversamente proporcional..." [46].

Y hasta se puede comprobar que se trata de una norma de grupo, pues la variabilidad de los rendimientos individuales disminuye de 3 a 5 veces, después de la experiencia, y eso en todos los grupos, ya se trate del grupo-testigo o de los grupos experimentales.

Una experiencia de Bavelas [47] está orientada en el mismo sentido: a un pequeño grupo de obreras que se quejaba del ritmo demasiado rápido de una cinta se le permite variarlo a voluntad. El rendimiento aumenta inmediatamente en proporciones considerables: un *leader* ha surgido y el mismo grupo ha establecido su norma, mayor que la que la dirección trataba de imponer en vano.

b) El segundo mecanismo es "la aceptación de la responsabilidad colectiva de una tarea y la colaboración más estrecha que trae aparejada entre los miembros del grupo" [48].

Es lo que ya P. Blau demostraba en su estudio. Por su parte, Katz y Kahn comprueban una correlación entre la productividad y la ayuda mutua en el trabajo tal como es apreciada por el capataz del grupo en una fábrica de tractores [49].

---

[43] ROETHLISBERGER (F.J.) y DICKSON (W.J.), *Management and the worker* (págs. 542-567)

[44] D. ROY ha podido oponer al esfuerzo de eficacia de los trabajadores el apego afectivo de la dirección por reglamentos más molestos que útiles (su "sentido de eficacia"), *Efficiency*... (pág. 266).

[45] Se comprueba también que el grupo testigo no es excepcional y que la diferencia es debida a la variable estudiada al disolverlo y reunirlo luego, después de tres meses, para aplicarle el tercer método. Los resultados son los mismos que los de los dos últimos grupos experimentales.

[46] COCH (L.) y FRENCH (J.R.P.) *Overcoming*... (pág. 524).

[47] Relatada por G. STRAUSS en WHYTE, *Money*... (págs. 90-96).

[48] KAHN (R.L.) y KATZ (D.), *Some recent*...

c) Y, por último, el tercero pone en juego el orgullo de pertenecer a "su" equipo. En la medida en que se está orgulloso de su grupo, se está orgulloso también de lo que es capaz de hacer y hay un esfuerzo por llenar bien su puesto. Planteado el problema en una compañía de seguros, en talleres de reparación del ferrocarril y en una fábrica de tractores ha dado resultados concordantes: los miembros de los equipos de mayor producción tienen mayor aprecio por su grupo [50].

3º *El mando del equipo de trabajo.* Es evidente que esta cohesión del equipo de trabajo depende en gran parte del mando. Inspirándose en los análisis clásicos de Lewin y Lippitt sobre los tipos de dirección [51], se ha elaborado una doctrina del "buen capataz" que debe ser un *leader* "democrático": debe considerar a los obreros como un grupo y considerarse a sí mismo como parte de ese grupo, haciéndolos participar, por ejemplo, en ciertas decisiones, obtener su colaboración en la distribución del trabajo, dirigir con el menor número posible de intervenciones, evitando multiplicar las órdenes y las fiscalizaciones y establecer una comunicación en los dos sentidos [52].

De hecho, los estudios de Míchigan han verificado que, en las secciones de alta productividad, los obreros tenían la sensación de que el capataz se interesaba más personalmente en ellos, que se ocupaba mejor de su formación, que tenía menos rigor represivo en la disciplina; además, los capataces de esas secciones se preocupaban menos de la producción inmediata que de los hombres que tenían bajo sus órdenes [53].

Sin estar en todo de acuerdo con las definiciones lewinianas, este cuadro es lo suficientemente aproximado como para dar validez a la doctrina del capataz "democrático" y una base a los innumerables métodos de formación de capataces que los preparan en sus responsabilidades psicológicas.

Pero el problema no está completamente resuelto. Si bien es verdad que el capataz es la articulación de los dos grupos, que necesariamente pertenece a dos partes, una la dirección a quien representa y de la que debe hacer ejecutar las órdenes, y otra la de los obreros a quienes debe asemejarse lo suficiente como para hacerse aceptar, comprender y obedecer[54], las posibilidades que tiene de llegar a ser "democrático" no dependen solamente de su buena voluntad o de su capacidad de aprender. Dependen de su situación y la única forma de conseguir que se ajuste a ese modelo ideal es aligerar las presiones que soporta: presiones de la línea jerárquica que lo hacen responsable de la producción sin informarlo suficientemente de las decisiones y de su política (y muy a menudo todavía, sin darle participación en ellas); presiones de los servicios funcionales que lo dejan de lado al regular los problemas de la preparación del trabajo, de cálculo de los tiempos, de los salarios o de disciplina; presiones de la organización sindical la que, por costumbre, reglamento o principio, va a dirigir directamente sus reclamaciones al escalón superior o al servicio de personal.

---

[49] Los resultados de WESTERLUND (G.), *Group leadership* (Estocolmo, Rotogravyr, 1952), están dirigidos en el mismo sentido.

[50] Es poco probable que la relación sea en sentido inverso, es decir, que los obreros aprecien más su grupo porque saben que su productividad es mayor. En dos casos por lo menos, les era prácticamente imposible saberlo. Por otra parte, otros indicios de la cohesión del grupo (por ejemplo, la sensación de pertenecer a él) igualmente están en correlación con la productividad.

[51] Citemos solamente a WHYTE (R.) y LIPPITT (R.), *Leader behavior and member reactions in three social climates* en CARTWRIGHT (D.) y ZANDER (A.), *Group Dynamics* (págs. 585-611).

[52] GARDNER (B.B.), *Human relations in industry* (Chicago, Irwin, 1945, pág. 281).

[53] KATZ (D.), MACCOBY (N.), GURIN (G.) y FLOOR (L.G.), *Production, supervision and morale among railroad workers* (Ann Arbor, Univ. de Míchigan, Survey Research Center, 1951).

Se ha podido verificar, por ejemplo, que la actitud favorable del capataz con respecto a sus subordinados, no está en correlación con la satisfacción de éstos más que si el capataz dispone de influencia suficiente. En caso contrario, el vínculo es negativo pues entonces el capataz despierta esperanzas que no puede satisfacer y su actitud crea una frustración suplementaria[55].

En otros términos, llegado a este punto, el estudio del mando remite al estudio de la organización.

IV. *Psicología social de la organización.* Si la ciencia de la organización fuera una ciencia rigurosa, con sus criterios propios[56], el psicólogo social podría detenerse allí. Pero, actualmente ella ha perdido mucho de su dogmatismo original. Se está menos dispuesto a aceptar que exista una estructura ideal, cualquiera que fuere el tipo de fabricación, o que el número de subordinados que puede fiscalizar un superior sea determinado de una vez por todas, cuando en realidad varía ampliamente. Al hacerse más flexible, la ciencia de la organización otorga al mismo tiempo mayor lugar a variaciones menos rigurosamente definidas: la "personalidad" de los individuos en cuestión o la calidad de las relaciones entre ellos. En otros términos, hasta los problemas que plantea[57] son en gran parte problemas de psicología social: ya se trate de distribución del poder de decisión, de decisiones colectivas, de delegación de responsabilidades, de la creación de los servicios funcionales, del mantenimiento de buenas comunicaciones, cada uno de estos capítulos podría ser tratado también por un psicólogo.

---

[54] GARDNER (B. B.) y WHITE (W. F.), *The man in the middle; positions and problems of the foreman* (Applied Anthropology, primavera de 1945); ROETHLISBERGER (F. I.), *The foreman: master and victim of double talk* (Harvard Business Review, primavera de 1945; MANN (F. C.) y DENT (I. K.), *The supervisor, member of two organizational families* (Harvard Business Review, nov.-diciembre, 1954).

[55] PELZ (D.C.), *Influence: a key to effective leadership in the first line supervisor* (Personnel, nov. de 1952).

[56] Actualmente conviene distinguir, aun si originariamente estaban algo confundidas, la organización técnica de la producción, de la organización general. Es de esta última que hablamos aquí.

[57] Se hallará una excelente exposición del estado de estos problemas en DALE (E.), *Planning and developing the company organization structure* (Nueva York, American Management Association, 1952).

De hecho, se puede ya señalar un esfuerzo para integrar los resultados y los medios de análisis de la psicología social en lo que se nombra cada vez con mayor insistencia la "ciencia de la administración" [58]. Ciertamente, este esfuerzo todavía no ha llegado a una sistematización que permita presentar una teoría coherente, pero ofrece algo más que promesas. Sin pretender presentar aquí una nueva teoría de la organización que, de todas maneras, sería inoportuna, por lo menos podemos exponer algunos aportes sugestivos.

1º *Las comunicaciones en la empresa.* La orden, la boleta de servicio, el informe, la reclamación y la ficha de control son comunicaciones. Una empresa puede coordinar sus actividades en la medida en que todos los informes necesarios llegan correctamente hasta aquel que debe tomar una decisión (vía ascendente) y en la medida en que las decisiones tomadas descienden en la jerarquía y llegan al ejecutante sin deformaciones excesivas (vía descendente). Naturalmente, en los dos sentidos, no se trata más que de una simple transmisión: a cada nivel, los informes son filtrados, reunidos e interpretados; asimismo, una decisión de política general debe ser traducida poco a poco, descendiendo los escalones, por una serie de medidas prácticas y órdenes concretas. Naturalmente, también, los circuitos de comunicación son generalmente mucho más complejos que ese simple movimiento de ascenso y descenso. No sólo los servicios funcionales intervienen a diversos niveles de la escala jerárquica sino que existen intercambios y ajustes recíprocos. La preparación de un nuevo producto, por ejemplo, supone no solamente una colaboración de los diferentes servicios técnicos encargados de ponerlo a punto, sino la intervención del servicio comercial (¿qué producto tendría cabida en el mercado?, ¿qué características pueden exigírsele?), del servicio financiero (¿dónde puede buscarse el dinero para las inversiones necesarias?, ¿es el mejor empleo que de él podría hacerse?) o del servicio del personal (¿se encontrará la mano de obra necesaria?). Las exigencias de cada servicio deben corregirse recíprocamente y no es poca tarea la de poner en orden los intercambios y llegar a una decisión de conjunto.

Admitamos no considerar más que el aspecto racional de esas decisiones. Es evidente que esa racionalización no será jamás total: nunca nadie tiene todos los elementos necesarios para fundamentar su decisión y queda una parte de suposición de oscuridad o de azar. Pero hay, sobre todo, factores que limitan activamente esta racionalidad de los intercambios: no todo se dice a un superior [59] y no siempre se ejecutan sus órdenes exactamente como él quisiera. Toda comunicación encierra un cierto grado de filtrado o de distorsión.

---

[58] A este respecto, citemos solamente: la creación, en junio de 1956, de la *Administrative science quarterly*, publicada por la Graduate School of Business and Public administration de la Universidad de Cornell, Ithaca, N. Y., y CROZIER (M.), *Pour une sociologie de l'Administration publique* (Revue française de science politique, VI, 4, octubre-dic. 1956).

[59] Por lo general, se le dice: 1º) lo que quiere saber; 2º) lo que él podría saber por otras vías y 3º) lo que su propio superior podría preguntarle. Por lo tanto, queda siempre un gran margen de apreciación personal sobre el contenido que es necesario transmitir. Véase GARDNER (B.B.), *Human relations*... (págs. 26-37).

El problema es tan antiguo como la teoría de la organización misma. Mucho más, las dificultades de la comunicación de hecho remiten a una serie de problemas, por ejemplo: estructura de la empresa, grado de delegación de los poderes, confianza y estímulos mutuos. ¿En qué reside, pues, el interés por plantear aparte los problemas de comunicación, si no son problemas aislados, y qué aspecto nuevo puede introducirse en esta descripción clásica?

Los progresos de la teoría de las comunicaciones permiten actualmente plantear esos problemas de manera soluble o, por lo menos, proporcionar elementos sólidos de análisis para sus soluciones. Tomemos un ejemplo: el de la reciprocidad de las comunicaciones o, para emplear el término en uso, de su lateralidad [60]. Se ha podido demostrar que la comprensión recíproca —medida por la eficacia del trabajo realizado por un individuo receptor— estaba en relación inversa con la lateralidad y que la estima recíproca variaba también [61]. Sin duda, esta conclusión surge de una experiencia de laboratorio y habría que estudiar sus condiciones de aplicación en la práctica. Pero es evidente el interés que habría en considerar sistemáticamente el problema de las comunicaciones en la empresa, valorando, por ejemplo, las barreras que detienen a las reflexiones, las críticas o, simplemente, los pedidos de informes de aquellos a quienes se les ha dado una orden.

Asimismo, se insiste frecuentemente en la necesidad que hay en toda empresa de "autentificar" la comunicación, es decir, de adjuntarle la mención de su verdadero origen, probando en su detalle que aquel que la emite está capacitado para hacerlo. Sin embargo, otras experiencias de Bavelas muestran que el papel desempeñado en un grupo de trabajo puede ser determinado ampliamente por la situación más o menos central en el sistema de las comunicaciones [62]. Si se trasladara esta experiencia de laboratorio, sin duda sería posible analizar con rigor los poderes que confiere una situación determinada. Por ejemplo, se podrían valorar, mucho más claramente, las ventajas y los inconvenientes que existen con la creación de puestos de "asistentes de un director o de un comité de dirección y, hecha esta valoración, definir en consecuencia los poderes de acuerdo al fin perseguido (aliviar a un director sobrecargado, en forma temporaria o definitiva, hacer admitir un nuevo miembro del estado mayor, etc.).

Basándose en técnicas de análisis radicalmente diferentes, se puede tratar también de discernir los obstáculos psicológicos a la comuni-

---

[60] Si A emite siempre y B se limita siempre a recibir, la lateralidad de la comunicación entre los dos es máxima. Por lo tanto, es proporcional al porcentaje de las emisiones totales que pertenecen a A.

[61] BAVELAS (A.) y BARRETT (D.), *An experimental approach to organizational communication* (Personnel, marzo de 1951, págs. 366-371).

[62] BAVELAS (A.), *Communication patterns in task-oriented groups*, en CARTWRIGHT (D.) y ZANDER (A.), *Group Dynamics* (págs. 494-506).

cación. El modelo ha sido proporcionado por el estudio de Elliot Jaques[63] sobre el funcionamiento de un consejo de dirección y un comité de empresa y sobre negociaciones entre dirección y sindicato para la aplicación de un nuevo sistema de salarios. Considerando el fracaso de las comunicaciones "menos como un problema de mala organización o como el efecto de circunstancias fortuitas, sino como un tipo de comportamiento inconsciente, pero muy justificado, que trata de poner remedio a la presión y al malestar, pero que produce en realidad una segmentación social[64]", el grupo de investigaciones se esfuerza porque los interesados tomen conciencia de esas motivaciones. La dirección, por ejemplo, desconfía del comité de empresa y limita su derecho a conocer la política general, pero trata de otorgarle poderes ejecutivos cuando las medidas a tomar son impopulares. Los representantes obreros, por su parte, dudan ante cualquier acuerdo: por desconfianza hacia la dirección, ciertamente, pero también porque, sintiéndose lejos de sus electores, no se sienten seguros del apoyo que pudieran prestarles, sino en caso de lucha franca. El mejoramiento de las comunicaciones, es decir, la desaparición de discusiones interminables sobre puntos de detalle, se obtendrá solamente estrechando los vínculos de los miembros obreros del comité con la sección sindical para que estén más próximos a sus dirigentes y ampliando los poderes del comité sobre la política general de la empresa, mientras se le quita el impedimento de las tareas anexas[65].

Las comunicaciones en la empresa no son, pues, un problema aislado. Al analizarlas se encuentra una serie de problemas de los cuales algunos sobrepasan ampliamente el marco de la empresa. No es menos cierto que su estudio permite comprender mejor ciertas dificultades clásicas de toda organización industrial.

2º *La distribución de la facultad de decisión.* Ciertamente no es un problema nuevo el de la centralización o la descentralización del poder[66]. Es tan viejo como la existencia de las grandes empresas. En favor de la descentralización se puede argüir que la decisión es más rápida y más adaptada a la situación inmediata, que los responsables locales disponen de más iniciativa, que da a los escalones superiores más tiempo para reflexionar sobre los problemas importantes, que disminuye el número (y el costo) de las transmisiones y las coordinaciones. La centralización, en cambio, permite mayor coherencia en las decisiones, mejor utilización de los especialistas muy calificados y exige servicios funcionales menos importantes en el nivel local. Ciertamente, es necesario considerar la situación económica (expansión, absorción de otras empresas, seguridad), la dispersión geográfica y la diversidad de la producción [67]. Pero también pueden tener valor estratégico los datos psicológicos.

---

[63] Jaques (E), *The changing culture of a factory* (Londres, Tavistock Publications, 1951).

[64] *Ibíd.* (pág. 304).

[65] No citamos estos hechos más que a título de ejemplo y deberían ser ubicados nuevamente en el contexto para ser interpretados. Hagamos notar, sin embargo, que sobre el último punto (vínculo de la actitud "constructiva" del comité y de la extensión de sus poderes), los estudios de Scott tienen la misma orientación. Véase, por ejemplo, Scott (W.H.), *Joint consultation in a Liverpool manufacturing firm* (Liverpool, Univ. of Liverpool, 1950, págs. 56-57).

[66] Se sobreentiende que esta descentralización del poder no tiene ninguna relación obligada con la descentralización geográfica, la que sin duda sería mejor designar con otro término.

Ante todo, el mismo movimiento de centralización o descentralización se basa en estos datos: cuanto más inseguro se sienta en su posición un superior más inclinado estará a controlar todo por sí mismo. Cuanto más dependiente se sienta el subordinado más se negará a asumir responsabilidades [68]. Seguridad, dependencia, iniciativa: quizás esas nociones sean vagas pero solamente un análisis psicológico podría precisarlas.

Bavelas ha demostrado en grupos pequeños que una gran centralización provoca motivaciones muy diferentes, según sea "central" o no [69]. Los centrales están orgullosos del trabajo realizado y satisfechos de sus tareas. Los periféricos manifiestan un interés y un empeño personales menores. Parecería que la inventiva y la iniciativa estuvieran a veces francamente frenadas en un sistema centralizado. En un grupo estudiado por Bavelas, la solución del problema planteado exigía una invención: se pudo observar a un jefe hacer callar a un subordinado cuando éste acababa de concebir la idea necesaria.

También éste no es más que un modelo de laboratorio. No se podrían trasponer directamente las conclusiones a la práctica. Lo importante no es tanto probar que la centralización suprime la iniciativa o debilita las motivaciones de los subordinados [70], como proponer un modelo de análisis del que habría que estudiar empíricamente la aplicación. Por ejemplo, sería necesario examinar el efecto real de los diferentes medios de fiscalización y corrección que posee un superior para distinguir aquellos que debilitan la iniciativa y la responsabilidad, de aquellos que las refuerzan. Rectificar por sí mismo es transformar a la larga al subordinado en ejecutor. Emitir nuevas normas a menudo tiene el mismo resultado. En cambio, cualquier medida que aumente los conocimientos del subordinado y mejore su formación le permite reforzar poco a poco su autonomía [71].

Los mejores estudios concretos en este aspecto, sin duda, son los inspirados por las nacionalizaciones inglesas [72]. Un estudio minucioso de las tareas y los poderes de los "jefes de producción" [73] permite plantear el problema de la unidad de decisión a nivel de la producción: definición y límite de las tareas, poderes necesarios, posibilidad para el jefe de producción de ver y apreciar los resultados obtenidos, sensación de que su obra es apreciada en el nivel superior. Por supuesto, la organización de los escalones superiores es determinante: la composición del comité de dirección (comité de política general, comité funcional o comité mixto) es un factor esencial para hacer aceptar la política que él decida; asimismo, el lugar acordado a los especialistas funcionales influye tanto como para ser considerados por la dirección local como una amenaza o como una ayuda. Pero, cualquiera que fuere la importancia de esta organización administrativa, no alcanza para lograr una descentralización. En efecto, ésta supone la existencia de un alivio para la empresa, una formación o preocupaciones profesionales que tengan algo en común, y, por último, la creación de confianza entre los diferentes escalones de la dirección.

---

[67] Según Dale (E.), *Planning*... (págs. 110-117).

[68] Se encontrará un análisis detallado en Simon (H. A.), *Administrative Behavior,* (Nueva York, MacMillan, 1950, págs. 234-240).

[69] Bavelas (A.), *Communication*...

[70] Se demuestra igualmente que la eficacia de la centralización varía según la distribución de la información.

[71] Véase Simon (H. A.), *Administrative*...

[72] *Management under nationalisation* (Margate, The Acton society trust, 1953). Véanse Glegg (H. A.) y Chester (T. E.), *The future of nationalisation* (Oxford Blackwell, 1953); Chester (T. E.), *The nationalised industries of Great Britain* (Actes du IIIe Congrès..., t. II, págs. 49-55), y *La centralisation et la décentralisation de l'autorité et de la responsabilité* (Les relations humaines dans l'industrie, París, Agencia europea de Productividad, s. d., 1956, págs. 35-38).

[73] Definidos como el nivel de la dirección cuya tarea esencial es "la responsabilidad del funcionamiento cotidiano de una o varias unidades de producción", *Management*... (pág. 7).

¿Cómo se crea esta confianza? ¿Cuáles son los mecanismos por medio de los cuales, en una organización compleja, los intercambios se mantienen o se mejoran, los diferentes servicios se esfuerzan por comprender sus puntos de vista mutuos y se crea una situación de seguridad? Por paradojal que pueda parecer, tenemos para esto más medios de acción que medios de interpretación. Es verdad que el refinamiento de las técnicas de discusión de grupo o las conferencias les ha dado poco a poco una eficacia creciente. Pero las ideas que las inspiran surgen de la experimentación de laboratorio sobre grupos restringidos más que de un conocimiento adecuado del funcionamiento de una empresa. La dinámica de los grupos ha puesto en evidencia una serie de mecanismos cuyo análisis ya es riguroso: cómo se forman las normas de un grupo y cómo determinan el comportamiento de sus miembros, cómo el grupo llega a una decisión o a un cambio de normas, cuáles son las condiciones del éxito y de la colaboración en un trabajo colectivo, cómo se forma y se estructura el poder y cuáles son los efectos de la jerarquía sobre las comunicaciones [74]. Pero nos falta aún una trasposición sistemática de esos resultados y de esas nociones en la realidad concreta de una empresa, lo que supondría que se toman en consideración numerosas variables concretas.

Esta dinámica de los grupos en la empresa difiere, en efecto, por lo menos en dos aspectos de aquella que el laboratorio permite estudiar: ante todo, los problemas de la empresa tienen un peso y una dimensión histórica. La centralización, por ejemplo, no es un dato; es un proceso. Toda reorganización o más simplemente todo esfuerzo por plantear nuevamente los problemas de una organización se ubica en una serie de acontecimientos. En segundo lugar, las relaciones de mando o colaboración no se realizan en un vacío social: ingenieros, técnicos o capataces no se definen solamente por sus tareas o sus funciones; se distinguen por su formación, por los grupos profesionales o sindicales a los que pertenecen y se vinculan a grupos sociales que poseen actitudes, esperanzas o exigencias diferenciadas.

---

[74] No damos más que ciertos ejemplos, algunos de los cuales han sido presentados anteriormente. Para un cuadro de conjunto, véase CARTWRIGHT (D.) y ZANDER (A.), *Group dynamics*.

Si conociéramos mejor la historia de algunas grandes empresas elegidas a título de ejemplo, quizás podríamos extraer elementos para guiar un análisis sistemático. Un estudio detallado de la forma en que se ha creado y desarrollado el *Ford Service*, por ejemplo, aclararía la dinámica de una estructura represiva. La historia de una huelga, como la de Renault en 1913, permitiría poner en claro, sin dudas, un gran número de actitudes obreras en el momento en que se introduce en Francia la organización científica del trabajo.

Evidentemente escapamos al enfoque de este capítulo. Pero —y puede ser nuestra conclusión—, es imposible olvidar, a pesar de querer limitarse a los problemas internos de la empresa, que ésta está atravesada por corrientes que ella misma no crea ni controla. Pero, en el caso que parece estar más ligado a la vida interior del taller, el de la contención, se ha podido verificar la influencia de la pertenencia social y de los medios de origen [75]. Es más evidente aún cuando se trata de las limitaciones de la comunicación o de la inteligencia recíprocas. Ciertas actitudes fundamentales (sentimiento y deseo de participación, confianza en el futuro, coparticipación o no en fines sindicales) en las que se basan, en particular, las mayores opciones de las políticas sindicales [76], se vinculan a las clases, a la estratificación social, a la historia del movimiento obrero o a la historia política mucho más que al contexto limitado de la empresa. Ignorarlo, sería transformar la psicología de la empresa en una fuente de errores graves y hasta de mistificación.

Actualmente es difícil negar pura y simplemente, como lo han hecho algunos, la importancia de los problemas que hemos presentado brevemente en este capítulo [77]. Pero falta hacer un gran esfuerzo de análisis para determinar su lugar y en particular el que ocupan en la red de antinomias y compromisos, puestos de relieve por el estudio de los conflictos del trabajo y del movimiento sindical.

---

[75] Dalton, al comparar dos grupos extremos, ha podido distinguirlos por su origen, su educación y sus relaciones (los más poderosos productores, a menudo, son rurales que han recibido una educación autoritaria y que tienen poco apego entre sus compañeros). DALTON (M.), *The industrial "rate-buster". A characterization* (Applied anthropology, VII, invierno de 1948, págs. 5-18).

[76] No planteamos aquí el problema de saber cómo se traducen.

[77] El sociólogo yugoslavo A. Fiamengo, por ejemplo, considera que han sido demasiado descuidados, en las democracias populares, por razones doctrinarias (Actes du IIIe Congrès... t. VIII, pág. 36).

3

SOCIOLOGÍA DEL SINDICALISMO, DE LA AUTOGESTIÓN OBRERA Y DE LOS CONFLICTOS DEL TRABAJO

GEORGES FRIEDMANN Y JEAN RENÉ TRÉANTON

Si se contempla la empresa como un mundo cerrado, una "comunidad" de intereses, las relaciones entre sus miembros, dirección, cuadros, asalariados, etc., pueden dar la ilusión de una armonía natural. La sociología no siempre evita las trampas del funcionalismo. Se ha reprochado a Elton Mayo y sus continuadores, los postulados ideológicos, la complacencia por el orden establecido que implicaba su actitud científica. En una perspectiva diferente, que por otra parte llega a otros conformismos, las relaciones de trabajo ofrecen la imagen de una fatalidad de conflictos y ajustes.

Ningún escalón de la empresa escapa a las hendiduras internas, a las oposiciones en cuanto a pensamiento, a sentimiento y a acción que dividen a todos los grupos. Se han realizado excelentes análisis de las tensiones que nacen entre los "manuales" y los "no manuales", los obreros calificados y los no calificados, los "jerárquicos" y los "funcionales". La dimensión de la fábrica moderna, la separación acentuada sin cesar entre las tareas de preparación y las tareas de ejecución, multiplican los riesgos de choques. Los más graves se producen entre los escalones de dirección (que los norteamericanos designan por *management*) y los escalones inferiores, entre la patronal y los asalariados. Veamos ahora cómo esos dos grupos se organizan y de qué medios dispone cada una de ellos para defender su tajada del pastel económico[1].

1. *Sindicalismo y acción obrera.* El sindicato es una forma de asociación que los trabajadores instituyen para proteger sus intereses profesionales. Es la más frecuente, pero no es la única. Ciertos asalariados (cuadros, funcionarios, policías, militares, etc.) se contentan, a veces, de grado o por fuerza, con confiar esos intereses a simples

---

[1] Hay que destacar que se han observado conflictos análogos entre escalones de dirección y ejecución, cuando sus manifestaciones son toleradas y eso bajo formas distintas, en ciertas economías colectivistas y planificadas. Limitamos nuestro análisis a la sociedad donde domina el capitalismo, liberal o semiliberal. En el espacio restringido que se nos ha asignado, nos limitamos voluntariamente a describir las condiciones que se acercan más a la situación francesa. Por las mismas razones, nos vemos obligados a dejar de lado las organizaciones sociales de tipo preindustrial de los países nuevos o subdesarrollados.

asociaciones de tipo mutualista o amistoso. Sin vínculo que unifique su acción, sin facultad para negociar contratos colectivos, éstas obran de manera más o menos oficiosa, como *lobbies,* como grupos de presión, para influir en el desarrollo de las políticas que atañen a sus adherentes. Únicamente el molde sindical, a donde terminan por entrar, por otra parte, estas asociaciones, permite a los agrupamientos profesionales alcanzar la plenitud de la personalidad y la acción.

El sindicalismo se ha extendido en la escala mundial; sus variedades son numerosas. Para describirlas y compararlas, habría que remontarse a los orígenes históricos y tener en cuenta situaciones particulares en los diferentes países industriales. Están muy lejos estas páginas de ser suficientes. A lo sumo, ¿el momento de una síntesis ha llegado? Los materiales de base todavía son escasos: algunos estudios sobre el pasado del movimiento obrero, pero pocas encuestas metódicas, pocos análisis serios de su condición presente. Hay que contentarse con puntos de referencia, con perspectivas, con "modelos" tan precarios que es difícil no admitirlo.

A) *El sindicato en la empresa.* Dejemos de lado el "sindicato-casa", forma bastarda que el empleador manipula a su gusto, instrumento temible de lucha contra el sindicalismo auténtico. Son escasos los casos en que él conserva una apariencia de independencia. Y aun así se lo ve vegetar: aislado entre los muros de una sola empresa, su apoyo exiguo lo condena al papel de rehén. ¿Cómo conducir una huelga de cierta importancia sin el apoyo exterior, sin la solidaridad de los otros sindicatos?

La empresa sigue siendo, sin embargo, el marco elemental del sindicalismo "industrial" que tiene por fórmula unir a todos los trabajadores de una misma rama de actividad, se trate de carpinteros, mecánicos, electricistas, dibujantes, etc. Es un poco historia antigua el subrayar sus diferencias de esencia y de método con el sindicalismo de "oficio"; preocupado éste por defender los intereses profesionales y los empleos de una *élite* obrera, y aquél por atraer la masa de los "no calificados" típica de la gran industria; uno particularista y malthusiano por tradición; otro sensible a la solidaridad del conjunto de los trabajadores [2]. El sindicalismo "industrial" domina en lo sucesivo los sectores-llaves de la economía; el sindicalismo de "oficio" por mucho que experimente ciertos resurgimientos en el seno mismo de los sindicatos de industrias, tiene vigor sólo en los escasos sectores productivos donde el trabajo calificado conserva un papel esencial.

¿El sindicalismo "industrial" implica *que un solo* sindicato reine en cada empresa? La respuesta varía según los países: en Alemania, Estados Unidos y Gran Bretaña la tradición está por la unicidad; en Francia, Italia y Bélgica prevalece el pluralismo. Existen así, en una misma empresa o en un mismo establecimiento, sindicatos rivales, autónomos o de confederaciones diferentes (en Francia, por ejemplo, C.G.T., C.F.T.C., Fuerza obrera, etc.). Participan de las funciones y las atribuciones que la ley reserva a las organizaciones obreras, de acuerdo a un sistema de representación proporcional que significa reglas complejas; bajo el régimen mayoritario, en cambio, existen muchos menos problemas: una vez designado el "representante colectivo" del personal por libre acuerdo o por escrutinio, sólo él trata con el empleador por el conjunto de los asalariados. Esta sujeción autoritaria, en la que es necesario ver la contribución de una cierta forma de eficacia, se manifiesta en grado mayor en los sistemas de obligación sindical. Las estipulaciones del *closed shop,* de la *union shop,* etc., obligan a todos los trabajadores a inscribirse en el sindicato mayoritario y al empleador a despedir a los recalcitrantes.

---

[2] COLLINET (M.), *L'ouvrier français: esprit du syndicalisme* (París, 1957), ha descripto muy bien las diferencias de tradiciones y métodos entre las dos fórmulas de organización.

Francia sigue siendo fiel a la libertad sindical, siendo raras las excepciones. Cada uno es libre de no pertenecer a ningún sindicato. La consecuencia de este principio es la irregularidad del nivel sindical, punto neurálgico del sindicalismo de masa. Solamente una minoría de trabajadores conserva por el movimiento obrero una fidelidad sin desfallecimientos; los otros pagan sus cuotas por compulsión. Hay varios matices en esa fidelidad: simpatizar, adherir, contribuir, militar. ¿Cómo medir la importancia respectiva de esos diferentes estratos sindicales? Las estadísticas, cuando existen, son a menudo confidenciales. He aquí una: en la firma Renault, cuyo personal ha subido de 37.000 a 50.000 asalariados, de 1947 a 1954, los efectivos de la C.G.T. han disminuido regularmente de 20.000 a 4.700 entre esas dos fechas; los de la Fuerza obrera de 2.000 a 500 miembros, de 1948 a 1951. "El número de estampillas mensuales pagadas por un adherente llega raramente a 12, y se puede estimar, sin temor de equivocarse mucho, que el término medio de las estampillas pagadas por un militante de la C.G.T. durante los años de prosperidad sindical (1945-47) se elevaba a 7,5 por año"[3]. En un régimen de libre adhesión, se necesita un fuerte apego para pagar regularmente. Esta debilidad financiera y esta irregularidad de los efectivos empeñan gravosamente al sindicato en su acción cotidiana. El régimen de la obligación tiene, también él, su reverso: embarca en la nave común a una multitud de tibios, descontentos, sublevados en potencia, tanto más virulentos cuanto las cuotas se vuelven más pesadas y las obligaciones más apremiantes. Los jefes sindicales toman forma de cobradores; su prestigio y autoridad se resienten por ello en las situaciones difíciles en las que deberían contar con la lealtad de cada adherente.

Estas observaciones nos conducen a los confines de un campo mal explorado aún: la psicología obrera en sus relaciones con el sindicalismo. ¿Por medio de qué vínculos los sindicatos están unidos a sus organizaciones? ¿Por qué se adhieren? Entre los obreros calificados y los "peones especializados", entre los "blusas blancas", los funcionarios, los cuadros, etc., las motivaciones psicológicas difieren sin duda tanto como las fórmulas institucionales. Es un tema mal aclarado en Europa. Algunos estudios sistemáticos hechos por los psicólogos y los sociólogos norteamericanos ponen de relieve la preocupación de seguridad que anima a la mayor parte de los sindicatos. La adhesión sindical desempeña el papel de una prima de seguros contra los riesgos, contra las incertidumbres de la vida obrera. El sindicato garantiza al trabajador contra el retorno al *boss system,* a la férula arbitraria del dominio y del *management,* preserva el mantenimiento de las normas de antigüedad que son el mejor de los escudos en caso de despido parcial; apuntala el edificio complejo de los beneficios sociales *(fringe benefits)* en los que el individuo ve otras salvaguardas de su seguridad material. Sin el sindicato, ¿en qué se convertirían todas esas garantías, logradas una a una en el transcurso de una larga lucha? El sentimiento de solidaridad con el conjunto del movimiento obrero parece mucho más vago, en el sindicalista norteamericano actual, que esos apegos muy concretos, esas motivaciones prosaicas.

---

[3] Según TIANO, en TIANO, ROCARD y LESIRE-OGREL, *Expériences françaises d'action syndicale ouvrière* (París, 1956). Tales comprobaciones hacen aparecer el carácter siempre incierto de las estadísticas relativas a los efectivos sindicales.

Es dable pensar que los factores ideológicos desempeñan un papel más importante en la psicología de los asalariados franceses; pero el pluralismo sindical tiene una influencia negativa en la participación obrera. Sería necesario precisar las diferencias de actitudes entre los adherentes de las confederaciones rivales. La encuesta publicada en *Sondages* (1956) proporciona apreciaciones muy nuevas sobre este tema: compara en numerosos aspectos las respuestas de los inorganizados y de los sindicalistas agrupados de acuerdo a sus confederaciones. Pero queda por hacer el análisis de las diferencias de *comportamiento* en el trabajo y fuera del trabajo, entre los sindicalistas y los otros trabajadores: ¿qué correlación existe, por ejemplo, entre la adhesión al movimiento obrero y el tipo de relaciones con el poder, la participación en la vida política[4], en los ocios colectivos, etc.?

El vínculo del trabajador con su sindicato depende, sin duda, del método y del terreno de acción que este último elige. Los sociólogos se han ingeniado en distribuir las organizaciones obreras en tipos funcionales, según que ellas se dediquen a proteger los *jobs,* desarrollar los socorros mutuos, multar al capitalismo, provocar una revolución, etc. Fórmulas y dosis varían según las circunstancias. Cada tipo de sindicato desarrolla una lógica interna. El sindicalismo de "colaboración" (tipo norteamericano o escandinavo) obedece a un principio-clave: no cuestionar nunca el sistema de la empresa patronal fundado sobre la propiedad privada del capital. Al *management* corresponde dirigir la empresa; al sindicato proteger los derechos individuales y colectivos de sus adherentes. Como carta de esta división de funciones, el contrato colectivo libremente negociado. Toda la filosofía de las relaciones mutuas, su ley de equilibrio, reposa en el establecimiento de actuaciones muy minuciosas que restringen las pruebas de fuerza. En los mejores casos (los que describen, por ejemplo, los *case studies* de la National Planning Asociation), un clima de confianza se instaura en los dos campos...

---

[4] Una de las mejores tentativas en este sentido es la de KORNHAUSER (A.), MAYER (A. J.) y SHEPPARD (H. L.) *When Labor votes, a Study of Automobile Workers* (Nueva York, 1956).

Ninguno invade exageradamente los derechos y prerrogativas del compañero. La colaboración entre ellos puede llegar muy lejos; se ha descripto con el término *market unionism* la tendencia de ciertos sindicatos norteamericanos a formar parte integral con los intereses particulares de los industriales de su rama, en perjuicio del interés general del público y hasta del movimiento obrero.

El empleador tiene todo en su favor si afianza la estabilidad del sindicato, es decir, la de sus dirigentes en los puestos de mando. Más seguros están de sus puestos, menos puede tentarlos la demagogia, menos temen la impopularidad temporaria de ciertas iniciativas. La unicidad del sindicato en la empresa es un primer factor de estabilidad; la obligación sindical del tipo *union shop* la perfecciona. La patronal "ilustrada" sabe acoger con beneplácito ambas fórmulas institucionales; asimismo alienta todo lo que refuerza el prestigio, el "sentido responsable" de los *leaders* y la autoridad del movimiento obrero. Cierto número de dificultades pasan así de los hombros del empleador a los del sindicato. Éste desempeña el papel de un enlace de comunicación, de un agente de gestión en los desacuerdos secundarios que afectan las relaciones industriales. Apacigua los descontentos, aplaca las quejas y contribuye a la marcha de la empresa.

Algunos sociólogos norteamericanos se interrogan sobre la "doble fidelidad": ¿existe una correlación entre el apego al sindicato y el apego a la empresa? Las respuestas positivas obtenidas en ciertas encuestas se prestan a las mismas reservas que todas las investigaciones sobre las actitudes de los asalariados. La prosperidad sin nubes que los Estados Unidos han conocido desde 1945 hasta 1957, el clima general de colaboración entre los empleadores y los sindicatos, y finalmente, las mismas lagunas de las técnicas de investigación, falsean la previsión de los comportamientos reales. Es posible preguntarse qué papel desempeñaría la "doble fidelidad" en caso de conflicto declarado entre los sindicatos y la patronal, o hasta de simple crisis económica.

Si queda una zona sensible en el sistema norteamericano, es la de todo lo que concierne a la gestión económica y técnica de la empresa. Ésta sigue siendo tradicionalmente la responsabilidad del *management*, mandatario del capital. Las relaciones mutuas se hacen tensas toda vez que el sindicato amenaza con invadir el campo sacrosanto de esos poderes discrecionales. Nada permite pensar que las *Unions* norteamericanas quieran llegar muy lejos en este sentido.

Al nivel de los talleres, la acción de los sindicatos norteamericanos conoce también algunos escollos. Los voluntarios para las funciones de "delegados" son poco numerosos: sus funciones están sembradas de excesivas cargas y asechanzas. No terminan nunca de arbitrar, conciliar y dirimir en los conflictos de intereses y de actitudes que enfrentan los nuevos a los antiguos, los calificados a los no calificados, determinada camarilla o tal grupo étnico a otro. Imposible satisfacer a unos sin disgustar a los otros. Sus funciones sindicales exigen una acción fatigosa y cotidiana, un desgaste ininterrumpido de energías, paciencia y elocuencia. Melville Dalton ha trazado un cuadro muy elocuente de los compromisos entre delegados y capataces que permiten a unos y a otros asentar sus poderes y protegerse contra las ingerencias y las presiones exteriores [5].

La función de los escalones locales declina en la misma medida en que el movimiento obrero se centraliza. El desarrollo de los organismos de arbitraje y conciliación y la intervención creciente de los poderes públicos en las relaciones profesionales hacen inevitable el cambio. Las decisiones esenciales (en particular, las que se refieren a los salarios) se toman en los escalones superiores de las organizaciones patronales, obreras y gubernamentales. Los sindicatos copian su centralización de la del gran capitalismo y del Estado.

Si esta centralización refuerza su poder de combate (insistiremos a propósito de las huelgas) es al precio de un cierto debilitamiento de las células de base: ¿qué libertad de mano de obra, qué iniciativa conservan éstas? Ciertamente, conservan la función de aplicar las convenciones colectivas, de flexibilizarlas, de adaptarlas a las condiciones locales, y también de proteger los derechos individuales de sus adherentes. Pero, las luchas *jurídicas,* los procedimientos y los conflictos de derecho, ¿pueden acaso provocar el mismo impulso, el mismo entusiasmo, la misma participación de la masa? Para el trabajador que no está movido por una concepción suficientemente elevada del movimiento obrero en la sociedad global y que no tiene una conciencia bastante clara del sostén que cada uno puede aportar por su acción personal al nivel de la empresa o de la unión local, la militancia ha perdido su empuje de antaño.

Los sindicatos tienden en consecuencia a multiplicar las ventajas materiales (seguros mutualistas, obras sociales, colonias de vacaciones, cooperativas de consumo, etc.), que atraen y retienen a los adherentes. También aquí la inseguridad financiera, la modicidad de los recursos reducen el margen de acción. Las asociaciones de jóvenes, las asociaciones de turismo, los clubes recreativos y los medios de propaganda y formación de los sindicatos franceses no pueden compararse con sus equivalentes norteamericanos o escandinavos [6].

Esta debilidad se presenta tanto más grave cuando los métodos de gestión de las empresas y de dirección del personal se flexibilizan, se afinan, pierden cuanto tenían de autoritarismo y de paternalismo cerrados; y cuando la patronal, por intermedio de sus diarios, sus obras sociales, sus técnicas de "relaciones humanas", encuentra los medios de obrar cada vez más eficazmente sobre el espíritu de los asalariados (en especial, de los "cuellos duros" y los técnicos del sector terciario), y reforzar la fidelidad de los trabajadores hacia sus empresas, combatiendo con éxito la influencia y el prestigio de los sindicatos. ¿Éstos estarán *técnicamente* en situación de contraatacar con armas tan poderosas?

---

[5] DALTON (MELVILLE), *Unofficial Union-Management Relations* (American Sociological Review, octubre de 1950).

[6] En Suecia, por ejemplo, los seguros sociales están regidos por los sindicatos, lo que en parte explica la gran proporción de sindicatos. Un estudio sobre la ciudad de Windsor, en Canadá, muestra el lugar que el Sindicato del Automóvil (U. A. W.) han alcanzado en todos los sectores de la vida local; véase HART (C. W. M.), *Industrial Relations Research and Social Theory* (Canadian Journal of Economics and Political Science, febrero de 1949).

B) *Sindicalismo y auto-gestión de la empresa.* Asociacionismo, cooperativismo, codeterminación, auto-gestión, ¡qué cantidad de términos para designar las formas presentes o pasadas de la democracia industrial! Tienen un rasgo común: eliminar o por lo menos atenuar, por medio de ciertas reformas institucionales [7], el autocratismo patronal, ligado o no a la propiedad privada del capital. Es una vieja reivindicación de los sindicatos; la realidad no responde siempre a sus esperanzas.

Dejemos de lado las cooperativas de producción, que han producido una literatura muy abundante, y en las que hay que ver una de las múltiples variedades institucionales del trabajo en común. Existen otras en las que el régimen de propiedad de los medios de producción, el tipo de gestión y el género de vida de los participantes, bajo formas privadas colectivas, son susceptibles de combinaciones muy diversas. Nos ocuparemos de tres de ellas, que son las más recientes y las más generalizadas.

1) Los "consejos de fábricas", los *workshops* y los *joint councils,* de tipo británico; los "comités de empresas", de tipo francés; los *Betriebsräte,* de tipo alemán, etc., asocian representantes obreros a representantes de la patronal en comités mixtos dotados de poderes consultivos o deliberativos más o menos extensos. La "codeterminación" en la industria alemana del hierro y del acero no es más que una variante de este género de instituciones.

2) Los "consejos obreros", en la forma como funcionan en Yugoslavia, difieren de los precedentes por la extensión de sus poderes y por el simple hecho de estar incluidos en una sociedad global y en una organización económica de tipo socialista.

3) Las "comunidades de trabajo" (existen en Francia unas cincuenta) se definen por su propiedad común, una gestión común y formas de vida semicomunes y semiprivadas, sin darles una organización tan "integralista" como la de las comunidades norteamericanas del siglo XIX o de los *kibbutsim* israelitas, esos rasgos estructurales bastan para diferenciarlas netamente de las simples cooperativas de producción [8].

---

[7] Sobre experiencias de democracia industrial anteriores a 1930, véase Gurvitch (Georges), *Le temps présent et l'idée de droit social* (París, 1932), así como la bibliografía indicada en esta obra. Véase, también, su artículo *Les voies de la démocratisation industrielle* (Esprit, junio de 1953, págs. 964-72).

[8] Para una actualización más reciente, véase Desroche (H.), *Formes ouvrières de gestion collective, coopératives de production et communautés de travail,* en

¿En qué medida las diversas formas institucionales que acabamos de enumerar armonizan con el tipo de organización y el espíritu mismo del sindicalismo? ¿En qué medida realizan su propósito fundamental que es el de favorecer la participación de los asalariados en la gestión y en la prosperidad de las empresas y, de acuerdo a la definición de Sir Georges Shuster, "de hacer de cada unidad industrial una comunidad de cooperación y de armonía viviente, trabajando con un sentido de fines comunes que sea comprendido y aceptado por todos sus miembros..."?

Los consejos de fábricas, los comités de empresas, los *joint committees,* funcionando en el marco tradicional de las empresas, privadas o nacionalizadas, no parecen tener una influencia notable sobre las actitudes obreras. Las encuestas inglesas [9], que a este respecto nos ofrecen la mejor documentación, llegan a conclusiones pesimistas. La *joint consultation* no modifica casi el conjunto de las relaciones jerárquicas entre obreros, agentes de mando y miembros del *management*; por el contrario, parece tener una influencia más marcada sobre las actitudes y los comportamientos mutuos de los representantes del personal y de los agentes de mando; y todavía esta influencia no siempre es favorable.

Los miembros obreros de esos organismos paritarios están sometidos a conflictos de pertenencia fácilmente previsibles para el sociólogo. A la vez representantes de los asalariados y detentores de responsabilidades patronales, pocos son los que se sobreponen a las contradicciones y a las ambigüedades de esa doble función. Es una de las comprobaciones más evidentes, tanto de las encuestas inglesas como de las alemanas, sobre la reciente experiencia de la "codeterminación" *(Mitbestimmung)* en la industria del hierro y del acero y en la más antigua de los *Betriebsräte* (delegados de empresa) [10]. Algunos escapan a estos conflictos adoptando, pura y simplemente, actitudes propatronales; otros identificándose con los intereses de los asalariados. En uno y otro caso, el resorte mismo de la institución va al fracaso. Y este fracaso no depende solamente de la exigüidad de los poderes reales de que disponen esos organismos mixtos. Aparentemente es muy exacta la conclusión de A. Touraine cuando dice que: "...en las sociedades capitalistas, por lo menos, el campo posible de la participación no puede ser definido más que en función de las actitudes y de las políticas de las partes presentes, de la misma lógica de su conflicto..." [11].

Y no es excepcional que los organismos paritarios tengan por fin, o por resultado, circunscribir estrechamente al sindicalismo. En

---

DESROCHE y colaboradores, *Études sur la tradition française de l'association ouvrière* (París, 1956).

[9] Por ejemplo, *Joint Consultation in British Industry* (Londres, 1952) y la obra de SCOTT (W. H.), *Industrial Leadership and Joint Consultation. A Study of Human Relations in three Merseyside Firms* (Liverpool, 1952).

[10] Véase, sobre este tema, PIRKER, etc., obra ya citada en la bibliografía.

[11] TOURAINE (ALAIN), *La participation des travailleurs à l'exploitation des entreprises* (Cahiers internationaux de Sociologie, t. XXIII, 1958).

cuanto se le ofrece desempeñar su función, él se encuentra colocado ante una doble serie de dificultades. Por una parte, y en general, no posee ni los recursos en hombres, ni la experiencia técnica que le permitirían influir profundamente en la gestión de la empresa; por otra parte, su participación oficial en las responsabilidades de esta gestión debilita su poder reivindicador y lo aleja de las masas.

Las dificultades encontradas por las comunidades de trabajo atraen la atención sobre una serie de problemas del colectivismo. Unos dependen estrechamente de la misma naturaleza de la organización del trabajo y de la gestión de la empresa: hendidura siempre renovada entre dirigentes y dirigidos, dificultades de selección y de renovación de jefes capaces de sobrellevar responsabilidades tan pesadas, problemas de jerarquía interna entre los diferentes niveles de calificación, y de tasación de los beneficios sociales entre las inversiones y las remuneraciones directas o indirectas. Un segundo orden de dificultades se refiere a las ambiciones mismas de educación y promoción humana que han sido, desde los orígenes, las de las comunidades de trabajo [12].

En cuanto a la experiencia yugoslava, es demasiado reciente (comienza recién alrededor de 1950) y muy poco estudiada para que pueda juzgársela en pocas líneas. Es difícil prever en qué medida los consejos obreros conseguirán contrabalancear, por una parte, la influencia de la burocracia tecnocrática; por otra, la del Estado y sus organismos planificadores (cualquiera que fuere su flexibilidad); y en qué medida conseguirán no sólo fiscalizar y organizar la gestión de las empresas, sino participar directamente en la planificación central. Uno de los aspectos más interesantes y más prometedores de la experiencia yugoslava parece ser, por el momento, el esfuerzo que ella realiza en favor de la formación de los obreros y su iniciación en los problemas técnicos, administrativos y económicos de la industria.

C) *Sindicalismo y sociedad global.* Existen países donde el sindicalismo es fuerte y otros donde es débil; es ésta una verdad elemental. Y esto puede ser discriminado de acuerdo a la importancia de los medios de presión sobre la patronal y sobre el gobierno, de acuerdo a la capacidad de arriesgar en la lucha los fondos de sostén, las boletas de voto y las alianzas políticas. Comparemos Francia y Gran Bretaña: en un caso, de 20 a 30 % de los asalariados no agrícolas pertenecen a los sindicatos; en el otro, más del 50 %. Cuatro confederaciones en Francia, y una sola en Gran Bretaña. El monto de las cuotas sigue siendo en Francia mucho más débil que en otras partes; hemos visto cuán irregulares son. La parte que corresponde a los escalones federados y confederados puede variar también mucho de un país a otro: las organizaciones centrales siguen estando, en Francia, en adecuada proporción.

Los efectivos sindicales se distribuyen diferentemente según las industrias y las regiones geográficas. La existencia de grandes empresas y grandes concentraciones urbanas favorece la expansión del movimiento obrero. Es el caso de los Estados Unidos: los sindicatos han conquistado rápidamente las grandes fábricas y las grandes ciudades, sus progresos en las menores son mucho más lentos. Todo se realiza como si el florecimiento del movimiento obrero hubiera alcanzado una especie de umbral de "rendimiento decreciente" que explicaría en parte "la estabilidad" de sus efectivos desde hace unos años [13]. Asimismo, la estructura de la economía (empresas pequeñas, urbanización limitada) en cierta medida puede rendir cuenta de la debilidad del sindicalismo francés.

---

[12] Véase DESROCHE (H.), *(op. cit.)* y MERMOZ (MARCEL), *Quinze ans d'expérience ouvrière: la Communauté de Travail Boimondau* (Actes du IIIe Congrès International de Sociologie, Amsterdam, vol. II, págs. 107-120).

La evolución técnica modifica sin cesar el cuadro del movimiento obrero. Decadencia relativa del carbón, marasmo de lo textil, prosperidad de la construcción eléctrica y automotriz: he aquí hechos comunes a todos los grandes países industriales y que convulsionan los campos de fuerza de la acción obrera. D. Bell emite pronósticos reservados sobre el porvenir de los sindicatos norteamericanos, teniendo en cuenta que los sectores de empleo que se desarrollan (trabajo de oficina, función pública, investigación) son aquellos donde el sindicalismo no ha conseguido nunca implantarse profundamente por razones que dependen de su estructura económica, técnica y profesional. La automación corre el riesgo de acelerar esos traspasos de poder. Otra fuente de convulsión: la dispersión de los habitantes de las ciudades hacia las afueras (¿existiría una correlación negativa entre la jardinería individual y la actividad militante, entre las compras a crédito y el mordiente de las huelgas?). Los sindicatos disponen para cada período de una masa limitada de recursos en hombres, en dinero y en ardor combativo. Distribuyen diversamente la utilización de acuerdo a las circunstancias. El reagrupamiento del A.F.L. y del C.I.O. norteamericanos, en 1955, ¿permitirá consagrar a la expansión externa del sindicalismo las fuerzas que las dos confederaciones malgastaban luchando entre ellas? Allí donde la *union shop* resuelve el problema del reclutamiento y de la estabilidad de los efectivos en las empresas sindicalizadas, el movimiento obrero hará esfuerzos similares sobre los sectores aún no cubiertos por él. Las estadísticas dadas por Knowles [14] sobre el empleo de los fondos sindicales en Gran Bretaña muestran cómo la disminución de los conflictos ha permitido a los sindicatos ingleses invertir la proporción entre el monto de sus fondos de huelga y el de sus presupuestos de acción política y obras sociales. Otro ejemplo: la escala móvil de los salarios, su "fijación de índices" sobre el progreso técnico, deben permitir economizar los medios consagrados hasta entonces a ese aspecto esencial de las reivindicaciones obreras. Estos ejemplos muestran que de acuerdo a las circunstancias, los sindicatos pueden tener interés en estabilizar tal sector de su frente de combate para intensificar, en otro, la guerra ofensiva.

---

[13] BELL (D.), en *Fortune* (abril de 1953, mayo de 1955 y junio de 1956).

[14] KNOWLES (K. C. G.), *Strikes, a Study in Industrial Conflict* (Oxford, 1952).

Esta estrategia maniobrera conviene, en especial, a los sindicatos que confían en la acción directa —y no en la ayuda del gobierno— para realizar su programa. En los países donde el Estado se interpone entre el movimiento obrero y la patronal, todos se esfuerzan por presionar al Estado. Las alianzas políticas, los contactos administrativos y los llamados a la opinión pública, ocupan así el primer lugar en las preocupaciones, y esto puede llegar hasta la alianza estrecha entre los sindicatos y un partido político: cuando éste llega al poder, sus mutuas relaciones conocen momentos difíciles. El peligro de esta "politización" estriba en que los sindicatos pierden su independencia, su empuje, su iniciativa y, por último, su aureola y su dominio sobre las masas.

La "politización" tiende también a reforzar el centralismo sindical: implica la creación de una burocracia en la cúspide, activa y competente. Los sindicatos franceses no disponen de los medios financieros como para asegurarse todos los "estables", expertos y técnicos, que les permitirían intervenir, en forma incesante y original, en todos los niveles de la nación.

Una fuerte burocracia sindical, tal como existe en ciertos países, no presenta sólo ventajas. Hace peligrar la organización democrática, el mínimo de descentralización y libertad de expresión a la que el movimiento obrero, por lo general, es fiel. Nadie ignora las figuras pintorescas o inquietantes de los "zares" y los *bosses* inamovibles del sindicalismo norteamericano. ¿Cómo proteger a los sindicatos de las maniobras personales y de las luchas de clanes? ¿Cómo mantener el vínculo de confianza entre los militantes y los *leaders*, pero también la fiscalización de los primeros sobre los segundos? Ciertos sindicatos tratan de hacerlo limitando el sueldo o la duración del mandato de sus responsables electos; algunos, los obligan a retornar periódicamente a los escalones locales para retomar contacto con la base. El Sindicato norteamericano de tipógrafos posee dos partidos uno de los cuales desempeña el papel de una oposición a los dirigentes del momento[15]. Otras organizaciones admiten la existencia de minorías constituidas: las "fracciones" que han sido definidas como "políticas, permanentes y clandestinas", las "tendencias" que no serían "ni necesariamente políticas, ni necesariamente permanentes, ni, en particular, clandestinas..."

Los poderes muy eficaces de las jerarquías sindicales les permiten influir poderosamente en la vida de nuestras sociedades. A menudo, ofrecen medios de adelanto individual que no tienen nada que envidiar a los de los negocios, de la administración o del Parlamento. Conducen a las responsabilidades económicas así como a los cargos nacionales e internacionales más altos, a los honores ministeriales, diplomáticos o proconsulares, tanto más buscado cuanto la influencia y las seducciones del movimiento obrero no tienen generalmente equivalente con las de los otros poderes.

---

[15] LIPSET (S. M.), *Democracy in Private Government, a Case Study of the International Typographical Unión* (British Journal of Sociology, marzo de 1952, págs. 47-63).

Es posible imaginar un tipo de sociedad donde esta desnivelación sea menos evidente. La idea que tiene Walter Reuther, en los Estados Unidos, de su función y su poder, su posición ante el progreso técnico, ante la automación, ante la política de los precios y de las inversiones, ante las elecciones presidenciales, ante los asuntos internacionales, etc., bastan para dar una idea de la función de *countervailing power*, de "poder compensador", del que el sindicalismo es capaz.

Eso supone que él resuelve su problema fundamental: retener esas masas oscilantes de donde extrae su peso político. Eso supone también aceptar integrarse en una cierta medida en el conjunto del sistema económico y social. Un sindicalismo revolucionario que niegue el orden establecido de la sociedad global, cierra ciertas vías de acción. Si traduce sus reivindicaciones en términos demasiado precisos, se arriesga a aparentar que participa en un juego cuyas reglas le repugnan. Pero, de practicar siempre la política de la reivindicación máxima, al involucrar siempre sus tácticas de negociación profesional en una estrategia *política* de finalidad revolucionaria, corre otro riesgo: el de perder contacto con sus propios adherentes, o con los no sindicados cuyo apoyo se manifiesta indispensable en toda acción de envergadura. Otro inconveniente: priva a sus militantes de medios considerables que el Estado, las Universidades, las asociaciones privadas, etc., pueden poner (por ejemplo, en materia de formación) a disposición del sindicalismo. Es ésta la situación de la C. G. T. francesa. Aun conformándose con una actitud más realista, renunciando a la política poco promisoria de la "reivindicación máxima" para practicar el *give and take* del sindicalismo norteamericano o escandinavo, tendría que procurarse todavía los medios del poder, el instrumento de estudio económico y estadístico, y el "botín de guerra", sin el cual la lucha obrera con la patronal, en el mundo del siglo xx, sería demasiado desigual.

II. *Los conflictos del trabajo: los procedimientos de reivindicación y la huelga.* Para apoyar sus ideas, para hacer admitir sus reivindicaciones, los sindicatos disponen de medios pacíficos cuya multiplicación es el índice de su integración creciente en el sistema económico. El Derecho del Trabajo y las convenciones colectivas particulares en las diferentes industrias establecen la carta de esta acción sindical que se ejerce tanto en el plano nacional e internacional como en el interior de las empresas. En Francia, las organizaciones sindicales "más representativas"[16] dejan oír su voz en el Consejo económico, en el Consejo superior de Seguridad Social, en las comisiones departamentales y paritarias de la mano de obra, en los organismos de gestión y fiscalización de las empresas nacionalizadas, etc.; en una palabra, en los numerosos organismos nacionales y locales, públicos y semipúblicos. Intervienen en la gestión de las empresas privadas por intermedio de los delegados del personal y de los comités de empresa; éstos, en derecho, son distintos a las organizaciones sindicales, pero los asalariados no pueden elegir sino en las listas de candidatos propuestos por esas organizaciones. La acción sindical se manifiesta, finalmente, y sobre todo, en la negociación de los convenios colectivos.

---

[16] Para el criterio de sus designaciones, véase DURAND (P.), *Traité de droit du travail* (t. III, n°s. 127 y siguientes, París, 1956).

Los detalles jurídicos pueden variar según los países; un hecho conserva un valor universal: la influencia del movimiento obrero, en todos los niveles de la organización económica, se mide por la fuerza bruta de que dispone; dicho de otra manera, por su poder de realizar huelgas. "Prohibir la huelga, ya sea abiertamente, o bien poniendo bajo arbitraje obligatorio el derecho de los árbitros o del Estado para imponer la decisión arbitral con miras a prohibir la huelga, es encaminarse hacia una orientación autoritaria y corporativista..." [17]. La huelga no es solamente el episodio más espectacular de los conflictos entre los asalariados y la patronal, es el último recurso, es la piedra angular del poder sindical, el arma más eficaz de que disponen los trabajadores. Método de lucha admitido por la ley, no deja de ser para la patronal y las clases medias, un espantajo, un signo precursor de revolución social. Y es bajo esta doble perspectiva que es necesario esforzarse por considerarla.

Para los asalariados, ¿que significado tiene la huelga? El de una protesta, de una rebelión, pero también de un acto de libertad. Ruptura de relaciones de trabajo, pero aparición de una nueva solidaridad. Estas fórmulas no dejan de tener un cierto grado de esquematismo y abultamiento. Según las categorías de los asalariados y según los tiempos y los lugares, la detención del trabajo reviste diferentes significados. Cuando los mineros belgas decretaron la huelga después de la catástrofe de Marcinelles, mostraban su voluntad de exigir de la patronal un suplemento de seguridad, pero también de una manera propia de apretar los puños ante la incertidumbre y la dureza de sus trabajos. Las variaciones de "propensión a la huelga", de acuerdo a las industrias, como han sido estudiadas por Knowles, traducen, por una parte, esas diferencias de actitudes entre los "manuales" y los "no manuales", los calificados y los no calificados, los trabajadores de tal rama de actividad o de aquella otra.

A menudo se ha notado la desproporción entre los pretextos de las huelgas y su amplitud. Los motivos declarados no son los más profundos. Toda huelga arranca de una situación de conjunto... "La huelga, nuestra huelga, no era un hecho accidental, una cuestión sentimental. Por fin, íbamos a expresarnos. Todos los sentimientos que desde años conservábamos en estado latente acababan bruscamente de manifestarse. Todo cuanto habíamos encerrado en lo más hondo, todas las injusticias de nuestra condición, todo eso, subía a la superficie. Todos los embriones de huelga que existían en estado constante en el trabajo cotidiano, todo cuanto había de tenso en nosotros —la gran mordaza que se nos había impuesto—, todo eso ahora estaba suprimido. Nada podía ya detener nuestro deseo de expresarnos. Y eso en todas las fábricas, en todos los talleres..." (declaración de Cáceres en la huelga de Latécoère, en 1936; *La rencontre des hommes,* pág. 104). Toda huelga un poco larga implica un gasto demasiado grande de energía, un sacrificio material demasiado pesado para que su motivo sea sólo superficial y la razón, contingente.

---

[17] G. Gurvitch, *Déclaration des droits sociaux* (Nueva York, 1944, y París, 1946, pág. 152).

La huelga desempeña un papel considerable en el movimiento obrero porque moldea las actitudes colectivas, porque les da una conciencia común. Los primeros sindicalistas veían en ella el mejor medio de preparar los hombres para la lucha, de probar reciamente el ánimo de los tibios y los recién llegados, de grabar en ellos el sentimiento de un destino compartido. Aún cuando su objetivo sigue siendo estrictamente económico y su desarrollo pacífico, la huelga conserva algo de esta función social de integración: mudanza súbita del estado de "masa" al de "comunión".

La huelga y la opinión pública. El reconocimiento legal del derecho de huelga coincide con el apogeo del orden social fundado en la propiedad privada, la libre empresa y la expansión industrial. Responde a ciertos valores "claves". Los que, en nuestra civilización, favorecen y alientan la lucha de competencia de los individuos y de los grupos para mejorar sus suertes, para extraer el máximo de lo que las normas del juego social quieren acordarle...[18]. Sabido es que existen reglas de juego, que han variado, varían y variarán todavía. En forma general, la ley, la jurisprudencia y la costumbre no admiten la huelga sino a condición de que ella no amenace los fundamentos económicos y políticos de la sociedad liberal. En Francia, desde 1864, la acción de los poderes públicos ha consistido no sólo en servir de intermediario eficaz entre los dos campos (que ha sido siempre función de los alcaldes, los prefectos y los inspectores de trabajo), sino en limitar la huelga al sector *profesional.* La actitud asumida por ellos para con las huelgas "políticas" surge de un juicio de fondo tan severo como el de Pierre Laroque sobre la huelga general de noviembre de 1938: "...esta huelga toma el carácter de una protesta violenta contra el orden establecido, contra la ley, contra el gobierno legal. La huelga política, aún sin estar acompañada de ninguna violencia, se asemeja al motín y a la insurrección. Es un acto revolucionario". (*Droit social,* 1939, pág. 199). La democracia prevé para los ciudadanos una serie de canales de expresión y de acción política; ¿excluye a la huelga? Más adelante retomaremos el problema.

Múltiples restricciones jurídicas y culturales limitan la práctica de la huelga, aun cuando se trate solamente de relaciones de trabajo. No se trata de hacer una lista exhaustiva. Algunos ejemplos serán suficientes para medir el registro de valores sociales en los que la huelga tiene resonancia:

---

[18] KORNHAUSER (A.), en *Industrial Conflict,* editado con la dirección de KORNHAUSER, DUBIN y ROSS (Nueva York, 1954).

A) Limitaciones *legales:* ciertas categorías profesionales, como los hombres de mar, el ejército, la policía, etc., escapan al derecho común de la huelga. Su régimen particular se justifica por las condiciones mismas de sus actividades o por el lugar esencial que ocupan en el mantenimiento del orden público.

B) Limitaciones *impuestas por la costumbre*: las huelgas de médicos, jueces, profesores, etc., tienen un carácter chocante al que son sensibles, en primer lugar, los mismos interesados: por eso no recurren a ella sino con vacilaciones y escrúpulos. ¿La impopularidad de esta clase de huelgas depende del hecho de que afectan directamente la vida de los individuos o de las colectividades? ¿O porque, de rebote, corren el riesgo de herir a categorías sociales (enfermos, niños, etc.) que tradicionalmente despiertan solidaridad? ¿O porque los huelguistas (médicos, jueces, profesores, etc.) pertenecen a cuerpos profesionales donde las innovaciones sociales sólo maduran lentamente?

La hostilidad de la burguesía, de las clases medias y hasta de ciertos asalariados (en particular, los "cuellos duros"), en resumen, de una parte de la opinión pública, no se limita por otra parte a este tipo de huelgas. Toda detención del trabajo ataca los intereses y las costumbres de los *consumidores.* Y esto es cierto, sobre todo para las huelgas de los servicios públicos, los transportes, la energía, etc., que perturban las funciones de intercambio esenciales en la vida nacional e internacional. De manera general, la oposición a las huelgas reviste el aspecto de ciertas formas fijas y estereotipadas que las presentan:

1º Como caprichos, arranques emocionales y disparatados, a los que se les opone con satisfacción el carácter lógico, ponderado, de la marcha patronal y gubernamental.

2º O bien, como aspiraciones de *leaders* irresponsables que explotan desvergonzadamente la credulidad obrera en provecho de intereses bajamente egoístas.

El argumento llave, la tosca subyacente de toda crítica a la huelga, es que ésta significa un contrasentido, una aberración económica, una confusión de fuerzas y dinero, que un país civilizado no puede tolerar. Tema muy a menudo tratado: los estadísticos están de acuerdo en considerar irrisorio el porcentaje de las jornadas de trabajo perdidas debido a las huelgas. Knowles (págs. 262 y sigs.), discute detenidamente todas las incidencias económicas que pueden atribuírseles; frente a otras fuentes de "confusión" industrial (ausentismo, accidentes de trabajo, etc.) dicha incidencia se presenta como muy poco digna de ser tomada en cuenta. Y hasta está ampliamente compensada por ciertas ventajas: la huelga da una sacudida estimulante al espíritu de la empresa, desata las tensiones latentes en las relaciones de trabajo y prepara su apaciguamiento; en ciertos casos hasta sanea el mercado.

La técnica de la huelga y su fiscalización. ¿Es posible limitar la huelga por la ley penal? La experiencia parece demostrar lo contrario. ¿Poner presos a los jefes sindicalistas? La huelga se tornará más peligrosa. Si los sindicatos no la fiscalizan más, ¿quién puede hacerlo? En este caso, el único recurso del gobierno es poner la policía al servicio de la ley y castigar con brutalidad; pero la opinión pública de las democracias admite cada vez menos que se obligue a la tropa a disparar contra los huelguistas: consideraciones que reducen medianamente el valor intimatorio de la ley penal.

Hay medios más sutiles para quebrar las huelgas. "La mayor parte fracasa porque los huelguistas pierden contacto entre ellos. Quedan en sus casas, ven disminuir sus raciones de alimento y leen en los diarios que la huelga está perdida por anticipado. La falta de empuje y las mentiras de la prensa de la patronal los traen de vuelta al trabajo..." Así habla uno de los *leaders* de la huelga troztkista de Minneápolis[19]. La difusión de las noticias por la prensa, la radio y la televisión, ligadas a los empleadores y al gobierno, desempeña un papel importante para minar la moral obrera. Knowles (pág. 130) recuerda cuán hábilmente la había utilizado el gobierno inglés durante la huelga general de 1926.

Se encuentra este empleo de los *mass media* y también de otras técnicas en el breve balance trazado por Warner y Low (pág. 32) de los medios utilizados por los patronos de Yankee City para quebrar la resistencia de sus huelguistas: "La táctica del *management* fue la de enviar capataces a hablar individualmente con los obreros, difundir rumores desalentadores, inspirar artículos en la prensa local, insistir en un escrutinio secreto cuando los obreros tuvieron que votar sobre su retorno al trabajo y, por sobre todo eso, agitar la amenaza de un traslado de sus industrias a otras ciudades si los trabajadores insistían en sus reivindicaciones y adherían al sindicato..." Algunos de estos medios no tienen eficacia más que en función del tipo mismo de la industria: la amenaza de traslado no tiene sentido más que en las ramas de actividad donde las inversiones fijas tienen poca importancia (en las fábricas de calzado, a menudo, las máquinas están *alquiladas*: factor muy favorable a la movilidad). Asimismo el empleo de "rompehuelgas" ofrece más o menos facilidad según los sectores profesionales. Si bien es difícil reemplazar de improviso a especialistas muy calificados, la operación es mucho menos ardua cuando se trata de simples peones: en ciertos puestos, por ejemplo, para mantener una presión constante sobre los portuarios, los armadores organizan verdaderas brigadas de rompehuelgas profesionales. En cuanto a la delación y al espionaje sistemático, conocieron su apogeo en esa América de 1935 donde 220 agencias especializadas mantenían legiones de soplones profesionales.

Todo lo que suaviza las asperezas, todo lo que debilita la unidad de los huelguistas, es un medio indirecto de hacerlos volver al trabajo. Ciertas leyes, ciertos reglamentos bajo apariencias de objetividad y de razonamiento, que impresionan al público, obedecen en forma abierta o encubierta, a esta lógica de la lucha antiobrera. Vale esto para los preavisos, para los *cooling-off periods*, que a veces los sindicatos están obligados a respetar antes de declarar una huelga: el impulso colectivo tiene tiempo de quebrarse y la patronal de obrar sobre los eslabones más débiles de la resistencia obrera. Además, cualquier escrutinio es peligroso: "Votar a favor o en contra de la declaración o la prosecución de una huelga, es como votar por o contra una guerra; es dable pensar que eso mismo inclina a la pacificación..." (Knowles, pág. 120). Un escrutinio *antes* de la huelga priva a los huelguistas de la ventaja de la sorpresa; un escrutinio *durante* la huelga dispersa el impulso colectivo en una polvareda de decisiones individuales.

La respuesta sindical puede desarrollarse en otros tantos frentes. En Yankee City "consiste en mantener la unidad de los huelguistas, en contrarrestar los esfuerzos de la patronal para quebrar esa unidad y para destruir su moral. Los trabajadores utilizan, a este respecto, procedimientos rituales y formales, con símbolos de solidaridad reconocidos por todos: banderas, himnos patrióticos, charanga de la American Legion, etc. Ponen en pie una organización defensiva, multiplicando los *meetings*, las arengas, las fiestas recreativas y constituyendo un gran número de comités para proporcionar a la masa de trabajadores la ocasión de *participar*, ser y sentirse miembros de un grupo poderoso y agresivo. Toman la ofensiva contra la patronal presentando una serie de reivindicaciones para el mejoramiento de sus salarios y de sus condiciones de trabajo, organizando piquetes de huelga, multiplicando en la prensa los ataques contra la patronal y lanzando violentos llamados a la opinión pública..." (Warner y Low, pág. 32). La organización de los huelguistas de Minneápolis para sostener el físico y la moral de sus hombres está a la altura norteamericana: una cocina equipada para 10.000 comidas, un auditorio con escenario, un hospital a fin de evitar el enviar a los heridos a los hospitales municipales donde la policía los secuestraría con diversos pretextos *(...to the employer this is a legitimate use of the city institutions: to the striker, this is strike-breaking...)* [20]. El todo ha exigido seis meses de preparación; a eso se le agrega una impecable logística del teléfono, de la radio, de los automóviles (con sus patrullas volantes de huelguistas) y una estrategia muy elaborada que permita concentrar rápidamente las tropas de choque en los puntos cruciales de los combates en las calles.

---

[19] Citado por WALKER (C. R.), *American City, a rank and file history* (Nueva York, 1937).

La evolución de las huelgas y su interpretación. Las tentativas de análisis científico de las huelgas no son numerosas. Pueden clasificarse en dos categorías: las que recurren al acercamiento psicosociológico y tratan de explicar el desarrollo de las huelgas por la personalidad de los responsables obreros y patronales, sus relaciones mutuas, la mentalidad de los huelguistas, etc. (acabamos de ver algunos ejemplos); por otra parte, las que recurren a explicaciones más lejanas y más generales, analizando los movimientos de huelga en función de datos exteriores: curva de los precios, lucha de clases, situación política, etc. Los dos métodos no se excluyen. La primera aclara las condiciones inmediatas de los conflictos, pero, evidentemente, su uso es muy delicado: el sociólogo tropieza con dificultades casi insuperables para recoger informaciones. La segunda permite analizar la evolución general de los conflictos sociales para un país o una época determinada; deja a oscuras la génesis y el desarrollo de los conflictos particulares [21].

Las estadísticas de los conflictos de trabajo se prestan a numerosas críticas de métodos. La mayoría de los países hacen el descuento de los trabajadores en huelga y de las jornadas de trabajo perdidas. La definición de cada uno de esos términos y los métodos de cálculo para medirlos presentan tales diferencias que el alcance de las comparaciones internacionales se ve muy disminuido.

---

[20] WALKER (C. R.), (*op. cit.*, págs. 102 y sigs.).

[21] TIANO (Véase bibliografía *in fine*) analiza muy bien, desde el punto de vista económico e institucional a la vez, la huelga y los otros medios de acción sindical que nuestra exposición, demasiado breve, debe dejar de lado en gran número.

Los escasos estudios profundos, realizados por los estadísticos, permiten, sin embargo, sacar algunas conclusiones generales sobre la evolución de los conflictos de trabajo en los grandes países industriales:

1) De 1890 a 1914, se puede verificar, en Francia y Estados Unidos, un aumento continuo del número de huelgas; en Gran Bretaña, por el contrario, una cierta disminución. De 1919 a 1935, las curvas bajan regularmente en los tres países. Las huelgas se multiplican nuevamente, en Francia, de 1936 a 1939 y de 1946 a 1955.

2) La duración media de las huelgas tiende a disminuir. Los resultados a los que llega Knowles, para Gran Bretaña, muestran netamente la reducción del porcentaje de las huelgas largas en relación al de las huelgas cortas [22]. La comparación de las cifras francesas para los dos períodos de 1919-1928 y 1946-1955 arroja resultados paralelos.

¿Cómo explicar la evolución de las huelgas?. Tomemos las estadísticas de huelga en su valor nominal. ¿Con qué variables podemos ponerlas en relación? ¿Con fenómenos económicos (salarios, precios, etc.)? ¿Con fenómenos políticos? ¿Con la evolución de las estructuras sindicales? Es difícil aislar algunos de estos datos. Varios investigadores han tratado de comparar las curvas de huelgas y las de los ciclos económicos. Citemos el trabajo de Forcheimer (1948), analizado por Knowles (pág. 146), que considera 6 grandes países industriales, el de Lajugie (1945) y el de Albert Rees (1954), establecidos uno y otro partiendo de las estadísticas norteamericanas. Todos están conformes en sugerir un cierto paralelismo entre las dos series de fenómenos, pero también discordancias pasajeras que se explican porque las huelgas (sobre todo aquellas cuyos motivos no son los salarios) no obedecen a los determinantes económicos solamente.

Knowles explica el acortamiento de las huelgas en Gran Bretaña por los factores siguientes:

Factor Nº 1: La elevación del nivel de vida disminuye las huelgas de la miseria, las huelgas de la desesperación, que se arrastran hasta el agotamiento completo de uno u otro de los adversarios.

Factor Nº 2: El desarrollo de las técnicas de "regateo" colectivo (*collective bargaining*) facilita la solución pacífica de los conflictos del trabajo.

Factor Nº 3: Toda una serie de cambios han intervenido en la *composición* de los sindicatos (que cuentan cada vez más con no manuales y obreros calificados), pero también en el *estilo de actividad* de ellos: importancia creciente del trabajo administrativo, de las obras mutualistas o para-mutualistas (*friendly benefits*), y de la acción política.

---

[22] KNOWLES (*op. cit.*, págs. 156 y sigs.).

Factor Nº 4: La fiscalización incesantemente más extendida de los escalones centrales a los escalones locales del sindicalismo.

En una palabra, debilitamiento de la actitud militante; el obrero, cada vez menos oprimido por la miseria, teme perder, con la huelga, más de lo que pudiera ganar haciéndola (de verse obligado, por ejemplo, a interrumpir sus pagos a los *friendly benefits* sindicales). Esclerosis del *leadership*: el largo desgaste del *collective bargaining* impulsa a los responsables sindicalistas a negociar, a conciliar, a conservar más que a luchar, a cambiar sus botas de guerra por pantuflas de burócratas.

La situación francesa se presenta bastante diferente: sin lugar a dudas, las explicaciones Nos. 1 y 2, dadas por Knowles (elevación del nivel de vida y desarrollo de las técnicas de negociaciones colectivas), conservan su valor en Francia. Las dos últimas parecen ser más específicamente británicas. El sindicalismo francés presenta otras características estructurales. Su debilidad financiera puede ser la causa de que evite prolongar los conflictos; y el hecho de que una gran parte de las huelgas acaecidas desde la Liberación hayan alcanzado la función pública y las industrias nacionalizadas explica también que hayan adquirido el carácter de "huelgas de advertencia", de huelgas rápidas, acompañadas de una acción política. La experiencia francesa, desde 1936, aparece cada vez más condicionada a la relación que el sindicalismo mantiene con los poderes públicos.

Huelga y sindicalismo. Estamos acostumbrados a asociar esos dos términos. De hecho, no siempre los sindicatos son el origen de las huelgas; pero cuando ellas se declaran les es difícil permanecer apartados. Desgraciadamente las estadísticas son muy escasas sobre las proporciones respectivas de las huelgas "sindicales" y las "no sindicales", "concertadas" y "espontáneas". Los pocos estudios históricos hechos sobre los primeros movimientos de huelga prueban dos cosas: que a fines del siglo XIX, las huelgas "efervescentes", extrañas a toda iniciativa sindical, eran aún numerosas y más violentas que las huelgas "organizadas" por un sindicalismo todavía embrionario. Actualmente, las huelgas "espontáneas", las huelgas "salvajes" (*wildcat*, dicen los norteamericanos), se declaran a menudo *por oposición* a los sindicatos. Sucede entonces que recobran ese carácter de brutalidad y anarquía que puede abrir los ojos a la patronal sobre la función moderadora del encuadre sindical.

Las huelgas "organizadas" son en lo sucesivo las más importantes en los grandes países industriales. Su técnica varía mucho según que el sindicalismo sea fuerte o débil, que se desarrolle o que retroceda. Una huelga dura en función de la solidaridad sindical, del socorro exterior que pueda beneficiar a los huelguistas. En los Estados Unidos, donde las federaciones son lo suficientemente ricas como para mantenerlas durante mucho tiempo y de manera sustancial, las huelgas de varios meses no son excepcionales; en Francia, aún continúan siéndolo.

Las estadísticas suecas sin duda, ofrecerían un argumento para apoyar esta interpretación. Suecia presenta uno de los grados de sindicalización más elevados del mundo, puesto que la proporción de los asalariados no agrícolas, inscriptos en los sindicatos alcanza a más del 75 %. Las huelgas son relativamente escasas, pero su duración media, tomada de acuerdo al número de jornadas perdidas en relación al número de huelguistas, excede en mucho las cifras de los otros países: 51,4 en vez de 19,1 en los Estados Unidos, 10,9 en Canadá, 8,8 en Australia y 7,4 en Gran Bretaña durante los años 1927-47. Esta cifra elevada se explica, a la vez, por la fuerza del sindicalismo sueco y por su continua expansión: las huelgas de implantación destinadas a imponer los sindicatos a los empleadores han sido siempre las más largas. El florecimiento sindical las multiplica allí donde el movimiento obrero conoce un nivel de poder y centralización que le permite elaborar una estrategia y secundarla gracias a caudales de huelgas copiosamente alimentados.

En los países en que el sindicalismo se apoya sobre todo en la acción política, las huelgas, a menudo, presentan un carácter de advertencia, de llamado de atención al gobierno y a la opinión pública. Es esa la misión de esas huelgas de una hora, de un día, etc., anunciadas por anticipado y expresamente limitadas en su duración: alertar a los que están en condición de resolver el conflicto o de apresurar el desenlace en vez de obligar al adversario a pedir gracia debido a una presión económica. La huelga de advertencia es sólo una forma más concreta y palpable dada a la amenaza de huelga.

Hay casos en que la mera amenaza de un paro del trabajo, aún existiendo *bluff*, permite obtener con menos gasto, idénticos resultados. Y para eso es necesario también que los sindicatos se reserven la libertad jurídica y el poder material de pasar a la acción y de que sus adversarios estén persuadidos de ello. Esta técnica de amenaza de huelga, que se asemeja al juego de poker, y de la que sería necesario realizar toda una psicosociología, nos lleva insensiblemente a soluciones "pacíficas" de los conflictos del trabajo.

El arbitraje y la mediación. Es un renglón completo de la enorme literatura producida por las relaciones del trabajo que trata de definir las condiciones sociales, económicas y jurídicas de la desaparición de las huelgas. Numerosos son los sistemas de conciliación, mediación y arbitraje concebidos para llegar a ello. Hemos visto ya que la disminución de las huelgas está en relación con el desarrollo de dichos medios pacíficos. Pero éstos, ¿procuran a las huelgas sustitutos valederos? Es dudoso.

Existen dos formas, una contractual, otra autoritaria, para reprimir la huelga. Una se fía en las "cláusulas de renunciación" insertas en las convenciones colectivas. Como compensación de ciertas ventajas (por ejemplo, el reconocimiento de una correlación positiva entre los salarios y la productividad) el sindicato se compromete a renunciar a la huelga o, por lo menos, antes de llegar a ella, de agotar todos los medios pacíficos para arreglar sus diferendos con la patronal. Esto significa, muy a menudo, que se generaliza el arbitraje como coronación de todo el procedimiento de solución de los conflictos. Y eso implica también la existencia de una red eficaz y completa de jurisdicciones de trabajo; pero, en particular, una disciplina muy estricta de las organizaciones obreras, una gran autoridad de los *leaders* sobre su gente.

El segundo método reposa en la intervención de los poderes públicos: interdicción o limitaciones draconianas del recurso de huelga en ciertos sectores llaves de la economía nacional, sistemas de arbitraje o de mediación obligatorios y plazos rigurosos de preaviso. Las formas de la acción estatal pueden ser más o menos flexibles, más o menos favorables, abierta o tácitamente, para una u otra parte.

Conflictos del trabajo y democracia. La intervención creciente del Estado en el campo económico proporciona una dimensión política a los conflictos del trabajo más importantes. La frontera entre la huelga profesional y la huelga política ya no tiene la precisión de antaño. "...Desde el momento en que las reivindicaciones obreras no pueden ser satisfechas sino por decisión del gobierno, aun para una modificación de la orientación de la política llevada por éste y la mayoría parlamentaria, está claro que las organizaciones sindicales no podrían hacerlas triunfar sino por una acción dirigida contra el Gobierno y el Parlamento, es decir, por una acción política..."[23]. Cuando el Estado nacionaliza sectores cada vez más amplios de la economía, cuando rige cada vez más estrechamente los salarios y los precios, deja de ser árbitro para ser *parte* en los conflictos del trabajo. Es el drama del Estado-patrón.

Es grande la tentación de instaurar un "orden" de tipo corporativo donde los poderes públicos sean los únicos jueces de las reivindicaciones que es necesario o no satisfacer. Ciertas sociologías se dejan seducir fácilmente por un ideal de sociedad "armoniosa", inspirada en una imaginería medieval. Otras, se rinden a esta evidencia: los conflictos del trabajo son, en las sociedades plurales, fenómenos normales de regulación y de cambio. Los intereses de los productores nunca son idénticos a los de los consumidores. Hay que dejar, a unos y otros, los medios de expresarse y defenderse. "El problema de la salvaguardia y la consolidación de la libertad sindical, en un régimen de economía planificada y nacionalizada, es de una importancia capital. Toda limitación a esta libertad, bajo pretexto de que no está justificada sino en un régimen de capitalismo liberal, cuando ella encuentra su compensación en la libertad de acción de las organizaciones patronales, no es más que un atentado mal disfrazado contra la libertad de los grupos y contra la libertad de los productores. Es una de las mentiras preferidas del sistema corporativo, el peor enemigo del sindicalismo y la democracia..."[24]. El progreso social implica una acción paciente de educación y persuación, que orienta los conflictos hacia sus formas menos destructoras; consiste, sobre todo, en suprimir o atenuar la razón de ser de esos conflictos.

III. *Cambios en la condición de los asalariados.* ¿Podemos emitir un juicio sobre los cambios acaecidos desde hace unos cincuenta años en la condición, en el comportamiento y en las actitudes de los obreros y los empleados? Admitamos, desde el principio, la pobreza de nuestros instrumentos de análisis: algunas observaciones "sobre el terreno", algunos sondajes de opinión, un principio de estadísticas electorales[25]. Y aún así este acercamiento metódico arranca de la posguerra. Para el período precedente, en el que investigaciones como las de Halbwachs fueron muy escasas, nos es forzoso remitirnos a los historiadores y literatos.

---

[23] LAROQUE (P.), en *Droit social* (setiembre-octubre, 1953, pág. 475).

[24] GURVITCH (G.), *Déclaration des droits sociaux* (pág. 148).

Los asalariados (y más especialmente, los obreros manuales) viven bajo la amenaza de una inseguridad que toma varias formas. Ante todo, es el temor a la desocupación. Muchos han tenido esa experiencia durante la crisis económica de 1930 o durante la última guerra. La falta absoluta de desocupación durante los últimos diez años no ha borrado por completo aquel recuerdo; y esto es válido no sólo para Francia sino para el conjunto de los grandes países industriales. La encuesta publicada en *Sondages,* en 1956, muestra que el 9 % de los obreros interrogados han conocido la desocupación durante más de 6 meses. La aprensión a la desocupación *futura* aparece ligada de manera significativa a la experiencia *pasada* de desocupación. Dejemos constancia, sin embargo, que los obreros no parecen ser siempre los más sensibles en esto: El estudio hecho por I.N.E.D.[26], a fines de 1956, demuestra que si bien el temor de una "crisis de desocupación" es compartido por todos los grupos profesionales (con variantes muy débiles comprendidas entre el 59 % y el 67 % de aquellos que lo manifiestan), los que se muestran más inquietos son los empleados y cuadros medios, los comerciantes y los artesanos[27].

Otro factor de inseguridad es la poca solidez del vínculo que une al asalariado con su empresa. Durante mucho tiempo el empleo de cada uno ha dependido de la buena voluntad patronal, representada por la omnipotencia del capataz en el taller. Únicamente el advenimiento del sindicalismo y las convenciones colectivas y los progresos de la legislación del trabajo han puesto fin a la arbitrariedad y al favoritismo característicos del *boss system.* Pero, en un país de empresas pequeñas y de sindicalismo débil, como Francia, la patronal conserva un margen muy amplio de poder unilateral sobre las condiciones del empleo: contratación y despidos; cambio de puestos de trabajo, determinación de los sistemas de salario, etc.

Si la acción del movimiento obrero en los países de sindicalismo poderoso no ha conseguido influir bastante en la conducción de la economía, por lo menos ha limitado mucho la arbitrariedad del empleador en la gestión cotidiana de la empresa. Los ejemplos más notables de las garantías de seguridad que han podido conseguir para sus adherentes los encontramos, sin lugar a dudas, en los Estados Unidos: derechos de antigüedad, procedimientos de reclamaciones (*grievances*) que llegan hasta el arbitraje, sistema eficaz de recursos judiciales, etc. Las empresas que evitan la ingerencia multiforme de los sindicatos no lo consiguen si no es acordando espontáneamente a su personal las ventajas obtenidas en otras partes por los sindicatos. Las últimas conquistas de las *unions* norteamericanas consisten en extender al salario mismo esos mecanismos de previsión y seguridad. Los contratos colectivos más recientes vinculan, de manera automática, los salarios a los progresos de la productividad, y hasta llegan a anticipárseles previendo de antemano coeficientes anuales de aumento. Por último, las cláusulas de "salario anual garantizado" atan todavía más íntimamente los destinos individuales de los trabajadores al destino colectivo de la economía norteamericana. Toda esta serie de reformas cambia completamente los términos del problema de la inseguridad obrera.

---

[25] Véase. por ejemplo, KORNHAUSER (A.), MAYER (A. J.) y SHEPPARD (H. L.), *op. cit.*

[26] GIRARD (A.) y BASTIDE (H.), *Niveau de vie et répartition professionnelle: enquête sur l'information et les attitudes du public,* Population, enero-marzo de 1957).

[27] Sería esencial conocer la influencia que sobre tales previsiones pudieran tener, no solamente la circunstancia y la evolución estructural de la economía, sino también el clima de opinión favorecido por las campañas de propaganda y el estímulo gubernamentales en favor de la productividad, la expansión y la descentralización industriales.

El trabajador norteamericano o escandinavo posee un capital de derechos adquiridos ligados a su antigüedad en la empresa y a su *status* de afiliado sindical. Si la calificación técnica, que antes constituía su único bagaje, se ve desvalorizada, si la propiedad colectiva de los *jobs*, que los sindicatos de oficio de inspiración malthusiana habían tratado de obtener para sus propios miembros, no ha sobrevivido a los progresos de la gran industria, por el contrario, el obrero actualmente se ve en el centro de una red de garantías y procedimientos que lo protegen de la arbitrariedad individual de su empleador y, en grado menor, de *algunas* contingencias de la circunstancia económica.

El informe de Nelson Foote [28] traza un cuadro notable de esta evolución. Está caracterizada, según él, por el paso de la "ocupación" a la "profesión". Una "profesión" en el sentido anglo-norteamericano del término, es un empleo que implica: 1) una técnica especializada que tiene como fundamento una teoría; 2) una sucesión ordenada de *status* y funciones, garantizada y controlada por una asociación de colegas, y ligada a un cierto número de valores y símbolos; 3) un *status* admitido y reconocido por el medio local. Si la interpretación de N. Foote es exacta, el obrero y el empleado se aproximan rápidamente a lo que llamamos en Francia "profesiones liberales" y cuyo ciclo de empleo tiende a convertirse, en el sentido estricto del término, en una "carrera".

Habría que retomar, para poder seguir su demostración, varios de los puntos mencionados en los capítulos precedentes. Los cambios introducidos por la automación en la técnica del trabajo y en la calificación obrera y el acrecentamiento de los empleos "terciarios" a expensas de los "primarios" y los "secundarios" elucidan el elemento primordial de la "profesionalización". El sostén sindical y la red de derechos y garantías obtenidos por las *unions* norteamericanas justifican el segundo aspecto: "...El salario anual garantizado significa no sólo la estabilidad del ingreso, sino también la dignidad y la responsabilidad del empleo y del que lo ejerce; otros aspectos de la "carrera" en el sentido estricto..." Y Nelson Foote imagina un paso más: las ventajas y los derechos adquiridos por el trabajador alcanzarán su plenitud cuando él pueda transferirlos libremente de una empresa a otra, de una industria a otra, sin dejar de ser nunca el igual de sus "colegas".

---

[28] Véase, anteriormente, pág. 515, nota 37.

Sin lugar a dudas la demostración de N. Foote vale solamente para una *élite* de obreros. La automación aumenta su número, pero ya hemos visto que ella no suprime totalmente los empleos no calificados. El poder del sindicalismo deja sumidas en el pasado tiranías antiguas, pero la seguridad de empleo de un simple peón sigue estando todavía muy alejada de la de un escribano o un magistrado.

Por más que el sociólogo norteamericano se esfuerce, es incontestable que hay un cambio y que se realiza en el sentido indicado. ¿En qué medida los trabajadores tienen conciencia de ello? ¿Sus actitudes y su comportamiento se ven por eso influidos? Muy pocos estudios norteamericanos lo analizan. En Francia, las garantías individuales están lejos de alcanzar el mismo desarrollo. Las encuestas de opinión que hemos citado pecan por no aportar luces a la sensación de *inseguridad* que el trabajador francés —y en particular el militante sindicalista— sigue experimentando, sino en su "vida de trabajo", por lo menos en sus relaciones cotidianas con el empleador.

4

VIDA DE TRABAJO Y VIDA FUERA DEL TRABAJO. INDUSTRIA Y SOCIEDAD

GEORGES FRIEDMANN Y JEAN RENÉ TRÉANTON

El estudio científico del trabajo tiene en cuenta variables exteriores al trabajo mismo: es la última etapa de una toma de conciencia que le ha permitido desprenderse progresivamente de formas de pensar inspiradas en la mecánica, en la fisiología o en la psicología aplicada. El comportamiento del trabajador, debido a algunas de sus dimensiones, escapa a los cuadros de referencias (ligas, grupos de trabajo, empresas, etc.) a cuyo estudio han contribuido notablemente Mayo y sus sucesores. Todo trabajador pertenece a grupos definidos por su lugar en la producción y la sociedad, por determinantes económicas y socioculturales cuya acción no se detiene en las puertas del taller. Hemos visto ya un ejemplo a raíz del sindicalismo: ¿cómo analizarlo sin tener en cuenta la sociedad global, sus ideologías, su organización interna, sus tradiciones históricas? La dificultad que la ciencia no ha conseguido todavía superar, es medir cada una de esas variables y su grado de interacción. El psicosociólogo del trabajo está en "las primeras pinceladas"; todavía no se ha elaborado un método que le permita substituir esos trazos vagos por una arquitectura rigurosa.

1) *Aspectos psicológicos y sociales de la vida de trabajo.* Entre las diferentes fases de la "vida de trabajo", de la "carrera" [1] profesional de un individuo, es legítimo sostener una cierta interindependencia que permite aprehenderla como una estructura, como un conjunto inteligible.

A) *La iniciación en el trabajo y el período de la elección profesional.* Dos circunstancias, íntimamente vinculadas entre sí, condicionan las etapas ulteriores de la vida de trabajo: el nivel de instrucción y la elección del primer oficio. En nuestras sociedades industriales, esa elección depende, teóricamente, de la libre decisión del individuo. De hecho, se realiza debido a influencias que no siempre son fáciles de ser valoradas. Exigencias y orientaciones de los padres, de la familia, de los educadores, consejo de los amigos y los vecinos, prestigio de las tradiciones, de los "modelos" culturales presentados por las relaciones directas o por la sociedad global: el adolescente se encamina hacia tal oficio o tal empresa porque un ejemplo personal (un compañero que ya trabaja allí, etc.) lo decide, o porque el prestigio, la aureola de esa profesión de ese empleador, en el medio local, lo impresionan. Metódicas investigaciones permitirán, sin duda, precisar el efecto respectivo de las diferentes fuentes de atracción y distinguir, en forma exacta, las que se relacionan con el medio de contacto directo, familiar o local, y las que surgen de variables ideológicas, económicas, culturales, etc., de la sociedad global. No expondremos más que dos ejemplos de las investigaciones emprendidas para aclarar ese tipo de relaciones. Uno se refiere a la elección profesional de las enfermeras[2]: "... la admiración hacia una amiga o pariente que ejerce esta profesión, la descripción idealizada de la vida de enfermera influyen a menudo en su decisión que está así más determinada por el valor social y moral que ellas atribuyen a su trabajo futuro que por las aptitudes o cualidades que creen tener...".

---

[1] Tomamos aquí el sentido amplio del término carrera: "...el tiempo durante el cual se ejerce un cargo, un empleo...." (Littré), los años consagrados al trabajo profesional; la "vida de trabajo" es, pues, su sinónimo.

La segunda investigación se relaciona con la orientación y la selección de los niños en edad escolar[3]. Entre los factores que determinan si el niño continuará sus estudios o comenzará a trabajar, la profesión del padre y el número de hijos en la familia parecen ocupar el lugar más importante después del nivel del éxito escolar. Llegamos así a otra categoría de determinantes económicos y sociales: medios financieros, "antenas" de información y decisión, determinados por la categoría socio-profesional de los padres, desigualdad de bagaje escolar según las regiones, los barrios o los grupos étnicos. Todos esos factores aportan, a igualdad de nivel de aptitudes, variaciones de probabilidades en las elecciones profesionales o en la preparación de esas elecciones.

Es sabido que, gracias a diversas encuestas, las aptitudes intelectuales de los niños, como surgen de los tests, varían en el mismo sentido que el nivel socio-económico de los padres. La influencia de los determinantes sociales (tradiciones, medio familiar, etc.), sobre las decisiones relativas al ingreso al trabajo puede manifestarse de otra manera. Una encuesta hecha por *interview* a niños que abandonan sus estudios al finalizar la escolaridad obligatoria demuestra que el deseo de los interesados desempeña a este respecto un papel capital: "El medio observado está constituido, sobre todo, por cultivadores y obreros, pequeños comerciantes y artesanos, a veces hasta por pequeños empleados. En esos medios, rurales y urbanos, el proceso de maduración de los niños y la formación de la personalidad no obedecen a las mismas leyes ni se realizan al mismo ritmo que en otros grupos sociales. El adolescente que tiene ante él la perspectiva del bachillerato y de estudios superiores se encamina normalmente por esta vía donde adquiere independencia y prestigio ante sus propios ojos. Se integra mientras prosigue su vida escolar. Por el contrario, la necesidad de emanciparse por el trabajo sin duda es experimentada mucho antes por el joven obrero o el joven cultivador. Si esta necesidad es experimentada por los alumnos mejores, debe serlo mucho más por aquellos que no lo son tanto. El ambiente de la escuela no satisfacía el deseo que tenían de introducirse en la vida social a la que están impacientes por pertenecer...."[4].

---

[2] C. LÉVY-LEBOYER y E. RAGUENEAU, *Avant et après l'entrée dans la vie professionnelle évolution des attitudes envers le métier* (Le travail humain, 1956, XIX, págs. 240-255). Véase también, de los mismos autores, el estudio, *La formation des goûts professionnels. Résultats d'une enquête effectuée dans un collège technique de jeunes filles* (Le travail humain, 1953, XVI, págs. 81-88).

[3] A. GIRARD, *Enquête nationale sur l'orientation et la sélection des enfants d'âge scolaire* (Population, 1954, págs. 597-634).

El libro de Ginzberg[5] tiene interés en insistir sobre la formación *progresiva* de las elecciones profesionales. De 6 a 11 años, período de las elecciones imaginativas; de 11 a 18 años, período de las elecciones de prueba; luego, de 18 a 24 años, el de las elecciones realistas: todo un proceso en el transcurso del cual el aprendizaje del mundo real coincide con la formación de la personalidad; el individuo aprende a conocerse, pero aprende también a explorar las condiciones objetivas de su vida profesional. Este período de transición e irresolución, que constituyen los años de la Universidad, permite a los sujetos pertenecientes a un medio acomodado realizar esta doble evolución en las mejores condiciones psicológicas y sociales. En cada etapa eliminan posibilidades, determinan opciones hasta llegar a la elección definitiva.

Los individuos de origen modesto no tienen las mismas posibilidades. El número de probabilidades de elección se ve limitado no sólo por la carencia de medios monetarios sino también por el débil nivel de aspiración que nace de la estrechez de horizonte del medio de origen. En vez de una maduración armoniosa, por etapas sucesivas, queman el de las "elecciones realistas" y desembocan demasiado temprano en una zona de incertidumbre, de indecisión, donde se ven librados sin defensa a las seducciones, a las falsas apariencias de una civilización que coloca en primer término los valores de dinero, de "popularidad", de prestigio exterior. Son otros tantos espejismos que distraen a los adolescentes sin dejarles ver las ventajas y las satisfacciones a largo plazo de los oficios elegidos.

Junto con los padres, los educadores y los orientadores, pueden desempeñar un papel capital. Consiste no sólo en sondear al individuo, en establecer la ficha de sus aptitudes, sino en liberarlo de la rutina y los prejuicios de su medio de origen. El orientador puede llamar la atención de su pupilo sobre el carácter irreversible de ciertas "decisiones filtros"; puede ayudarlo a evitar graves errores.

---

[4] Girard (A.) y Bastide (H.), *Orientation et sélection scolaires: une enquête sur les enfants à la sortie de l'école primaire* (Population, 1955, págs. 605-626).

[5] Ginzberg y colabor., *Occupational Choice, an Approach to a General Theory* (Nueva York, 1951). Véanse, también, León (A.), *Psychopédagogie de l'orientation professionnelle* (París, 1955) y Rousselet (Dr. Jean), *L'adolescent, cet inconnu* (París, 1956, págs. 159-187).

Puede contribuir también a reducir las tensiones que acompañan a la iniciación en el trabajo. Ésta significa una ruptura inevitable con ciertos valores y costumbres de la familia, del medio social, de los grupos de edad, en los que hasta entonces el adolescente ha participado. Las ocasiones de traumatismo se multiplican en ciertos medios profesionales. No daremos más que un ejemplo, extraído de la investigación sobre el oficio de enfermera que ya hemos citado[6]: "...A pesar de que las escuelas se esfuerzan por graduar las etapas para poder introducir poco a poco a las jóvenes alumnas en la atmósfera cruda y dolorosa del hospital, están a merced de un primer espectáculo brutal, de una enfermera que quiera mostrar a las jóvenes nuevas "que no siempre es gracioso". Profundamente afectadas, cada día más sensibilizadas y menos adaptadas, esas alumnas pierden el fervor de los primeros días (...). Basta un incidente traumático para que la joven se sienta rechazada por el medio profesional, extraña a sus preocupaciones esenciales, hostil a sus convenciones sociales..." Tales observaciones podrían ser fácilmente traspuestas a la situación de los aprendices en los numerosos talleres[7].

2) *Tipología de las carreras profesionales.* Ya se la considere desde el punto de vista del beneficio, de las responsabilidades, del prestigio, etc., cualquier vida de trabajo pasa por diferentes fases. Consideremos la carrera de un empleado público: su sueldo, su rango y sus prerrogativas, siguen, sin excepción, una curva que continúa subiendo hasta la jubilación. En el otro extremo, la carrera de un trabajador manual, cuyo salario reposa únicamente en sus aptitudes musculares o sensoriales, alcanza rápidamente la cima, luego, declina más o menos rápidamente con los años. Entre esos dos casos límites, evidentemente pueden distinguirse una infinidad de tipos intermedios que tienen, cada uno, su encadenamiento particular de "altos" y "bajos".

Las diferencias entre las curvas individuales pueden estar determinadas por la edad, el sexo, las aptitudes y las motivaciones de los trabajadores; las variables económicas y técnicas de los oficios y de los puestos de trabajo pueden marcar también su desarrollo. Miller y Form han tratado de precisar y explicar los rasgos distintivos, los *patterns* específicos de una colección de 276 "carreras". Clasificando los empleos en dos categorías, "empleos de prueba" o "empleos estables", según su duración sea inferior o superior a 3 años consecutivos, consiguen distinguir 6 "familias de carreras" que ofrecen cada una, una sucesión típica de empleo de las diversas categorías: 1) carrera de tipo "estable" en la que el individuo encuentra rápidamente un empleo fijo y durable; 2) carreras "clásicas", que proporcionan una progresión regular, de acuerdo a las costumbres, desde los empleos de prueba hacia un empleo estable; 3) carreras "inestables", en las que el individuo después de haber alcanzado la estabilidad por las sendas tradicionales, vuelve al empleo de prueba; 4) carreras de arranque, en las que el individuo, generalmente muy joven, no hace más que dar los primeros pasos en la vida profesional; 5) carreras "destronadas" (*disestablished*), caída brusca hacia un empleo de prueba después de una ascensión fulgurante hacia un empleo estable; y 6) carreras de pruebas repetidas, en las que las experiencias profesionales se suceden sin conducir a un empleo estable. ¿Cómo se distribuyen las diferentes categorías profesionales en función de las "familias de carreras"? Si se agrupan las familias Nº 1 y Nº 2, "estable" y "clásica", que corresponden a un grado elevado de *seguridad* de empleo, se ve que están comprendidos aquí un 73 % de los "cuellos duros" (profesiones liberales y semiliberales, cuadros, empleados), contra un 46 % solamente de los trabajadores manuales [8].

---

[6] Lévy-Leboyer (C.), *La réussite dans les écoles d'infirmières: motivation, adaptation au milieu professionnel ou aptitudes?* (Le travail humain, 1956, 3-4, págs. 256-277).

[7] Véanse las observaciones del Dr. Rousselet (*op. cit., págs.* 188-216).

El estudio de Miller y Form representa una de las escasas tentativas de investigación metódica —y es por eso que insistimos— hechas en este campo. Sus autores tienen el mérito de haber trazado los vínculos entre las "vidas de trabajo" y las clasificaciones profesionales, primera etapa de un estudio sistemático de los factores sociales, económicos, técnicos, etc., que pueden contribuir a aclarar la tipología de las "carreras". Pero las categorías que utilizan no permiten extremar el análisis hasta las variaciones de roles y *status* en un mismo empleo; más adelante veremos cuánto influye la edad en esas variaciones.

3) *Estabilización y vejez.* Cuando el individuo llega a los 35 años, entra generalmente en un período de estabilidad profesional. Debido a sus experiencias precedentes, se fija o trata de fijarse en un oficio y busca un empleador que le convenga. Esta estabilización de la carrera, coincide muy a menudo, con la de la vida familiar y la de la residencia. Se prolonga hasta los sesenta años, cuando la declinación de sus aptitudes y la proximidad de la jubilación pueden significar nuevas migraciones.

---

[8] MILLER y FORM, *Industrial Sociology* (Nueva York, 1951, págs. 700 y sigs). Sin entrar a detallar la distribución de los 6 tipos de carreras según las categorías profesionales, es interesante dejar establecido que la familia de carreras "pruebas repetidas" alcanza su máximo entre los trabajadores de servicios personales y domésticos (29,2%) y entre los empleados (22,5%), mientras que las carreras "inestables" son más frecuentes entre los trabajadores no calificados (alrededor de un 20%).

Las carreras profesionales varían también según los sexos; se sabe que la "vida de trabajo" de las mujeres es generalmente más breve y más irregular que la de los hombres.

Es éste el esquema más corriente; naturalmente, tiene excepciones. Caplow insiste en que ciertos casos de inestabilidad "horizontal" se explican menos por una personalidad patológica que por una ambición insatisfecha de ascenso social, una impaciencia febril por escapar al *ghetto* de la condición obrera. Una de las principales características de la industria moderna es la de limitar las posibilidades de ascenso. Estudios recientes[9] demuestran que los obreros que albergan la esperanza de llegar a ser capataces —o, más sencillamente, de obtener el tipo de *job* que les plazca— constituyen la minoría en las fábricas norteamericanas. La conciencia de los obstáculos que se presentan (tanto o más que la ausencia de ambición) limita las perspectivas de movilidad.

La encuesta norteamericana de Reynolds y Shister muestra hasta qué punto la falta de información y la ausencia de puntos de referencia en el mundo exterior entorpecen la movilidad obrera. Todo cambio profesional, ya se trate de la fábrica, del oficio, del puesto de trabajo, etc., representa una aventura en la misma medida en que la zona de información sigue siendo reducida. ¿A qué se deben las anteojeras? Se deben: 1) a la ausencia de medios de comparación entre los sectores profesionales y geográficos del mercado del trabajo, y 2) a la inercia de la que hacen gala los individuos en cuanto se trata de comparar sistemáticamente su situación presente con las posibilidades ofrecidas; todo sucede como si estuvieran implícitamente convencidos de que la diferencia de salarios y de condiciones de empleo, para un nivel profesional dado, fueran insignificantes y no merecieran que ellos realizaran un esfuerzo para descubrirlas. Si encuentran un empleo que responde a sus mínimas exigencias, tienen tendencia a acomodarse en él y dejarse estar. Hay recogimiento en sí mismo en la misma medida en que no se presentan las posibilidades de orientación.

A lo largo de toda su carrera, los trabajadores conocen cambios de *status*, de rol, y de responsabilidades. La declinación de sus aptitudes físicas o mentales puede obligar al hombre que envejece a reducir un rendimiento, o bien, aún conservando su empleo o su categoría profesional, a pasar de un puesto de trabajo a otro o a cambiar sus funciones por otras menos pesadas. Esta amenaza de cambio de categoría no actúa de la misma manera en todos los oficios. Los trabajadores manuales están muy expuestos a ella.

Ely Chinoy, mientras subraya la importancia de las normas de antigüedad y de las otras "garantías" que les aseguran la salvaguardia de sus empleos, agrega que "a pesar de esas protecciones, algunos de los trabajadores entrevistados creían que la dirección de la empresa trataría, quizás, de desembarazarse de los trabajadores de más edad: rehusaría tomarlos nuevamente después de una desocupación temporaria con el pretexto de que ya no serían capaces de realizar su trabajo..." Aun si la empresa los retenía, dichos trabajadores corrían el riesgo de verse rebajados a puestos menos pagados o menos considerados.

Cuando la declinación de sus *status* se vuelve inevitable, algunos prefieren cambiar de empresa, emigrar hacia un nuevo medio de trabajo donde no se vean condenados a desacreditarse. ¿En qué proporción? No se tienen muchos datos precisos. Las estadísticas norteamericanas sobre la "estabilidad del empleador" muestran que tiende a aumentar con la edad: la proporción de los asalariados que trabajan con su empleador actual desde hace 10 años es, en término medio, de 22 %; pero alcanza al 44,5 % para los de 55 a 64 años y al 52 % para los que pasan de 65 años. Esta estabilidad de los de más edad puede explicarse por las "garantías de antigüedad": todo asalariado que deja a su empleador reduce a cero ese capital de seguridad. Depende también de otros motivos: declinación de la iniciativa individual ligada al envejecimiento; resistencia creciente al cambio, manifiestamente ligada a ciertos factores psicológicos y fisiológicos y también a ciertas circunstancias del pasado individual; "son numerosos los que no han tenido ocasión de encontrar un empleo después de la gran crisis económica o desde la adolescencia y que no saben ya cómo buscar trabajo, dónde buscarlo, cómo prepararse o buscarlo. Muchos necesitan "refrescar" su formación profesional o adquirir una nueva en otro sector de trabajo, más o menos cercano al de ellos; pero la colectividad no les ofrece sino escasos medios para adquirir esa nueva formación...[10]. "Los servicios de mano de obra hacen girar sus preocupaciones alrededor de la juventud; los seleccionadores emplean tests estandardizados para jóvenes, concebidos conforme a su intención". Para tomar..., "tienen en cuenta, arbitrariamente, la edad para evitar las críticas de los capataces y los jefes de taller, aun cuando la dirección no tenga a este respecto ninguna política restrictiva..." Basta recorrer en la prensa francesa los anuncios de ofrecimientos de empleos de técnicos o de cuadros, para darse cuenta de la importancia de las barreras levantadas para los de "más de 40 años".

---

[9] CHINOY (ELY), *Automobile Workers and the American Dream* (Nueva York, 1955), y GUEST (R.), *Work Careers and Aspirations of Automobile Workers* (Am. Sociological Review, abril de 1954).

El individuo que elige un oficio, ¿tiene, desde la iniciación, conciencia de esas limitaciones? Se puede pensar que descubre progresivamente las limitaciones que le impone la edad. Más amplia es la separación entre esas "esperas" de juventud y la realidad vivida, más intensa puede ser su desilusión y más aguda su inquietud ante la inseguridad creciente de su empleo.

4) *Los trabajadores de edad y el mercado del empleo.* Las estadísticas muestran que la duración media de la vida activa ha aumentado mucho desde hace unos cincuenta años; sin embargo, menos que las esperanzas de vida total y de vida no activa. Tendremos ocasión de insistir en este punto. El cuadro que sigue proporciona una idea precisa de ese fenómeno y de la forma diferente en que afecta a los dos sexos.

---

[10] ODELL (CHARLES E.), *Aptitudes and Work Performance of the Older Worker (Psychological Aspects of Aging,* publicado con la dirección de John E. ANDERSON por la American Psychological Association; Wáshington, 1956).

ESPERANZAS DE VIDA TOTAL Y VIDA ACTIVA AL NACER
(ESTADOS UNIDOS, 1900-1955) [11]

	Hombres			*Mujeres*		
	Vida total	*Vida activa*	*Vida no activa*	*Vida total*	*Vida activa*	*Vida no activa*
1900	**48,2**	**32,1**	**16,1**	**50,7**	**6,3**	**44,4**
1940	**61,2**	**38,3**	**22,9**	**65,9**	**12,1**	**53,8**
1950	**65,5**	**41,9**	**23,6**	**71,0**	**15,2**	**55,8**
1955	**66,5**	**42,0**	**24,5**	**72,9**	**18,2**	**54,7**

Pueden plantearse otros interrogantes: ¿cuál es la distribución de las diferentes edades en la población activa? ¿Cómo ha evolucionado en estos últimos años? Los cálculos de los demógrafos son complicados, puesto que utilizan índices muy variados, "tasas de actividad"; es decir, relación de la población activa con la población global tal como puede calculársela para cada grupo de edad; "estructura de edad" de la población activa, es decir, su distribución por grupos de edad, "esperanza de vida total", "esperanza de vida activa", etc. [12]... Pierre Naville muestra con detalle cómo estos datos varían según las categorías profesionales, los oficios y las "situaciones" en el oficio. Expongamos aquí dos de sus principales conclusiones:

1) Las diversas actividades socio-profesionales presentan distribuciones de edad típicas, con límites variables.

2) La proporción de personas de edad en los grandes grupos económicos tiende a crecer cuando se pasa de las actividades productivas primarias a las actividades semiproductivas de los sectores secundario y terciario.

Una verificación más general, aplicable al conjunto de la población, es que la prolongación de la duración media de la vida activa trae aparejado el envejecimiento global del empleo. Así se explica, por una parte, el interés cada vez más vivo suscitado por la adaptación de las personas de edad al trabajo industrial y por la evolución, en el tiempo, de sus aptitudes fisiológicas y psicológicas. En este campo, las investigaciones de S. Pacaud, en Francia y de Welford y sus discípulos, en Gran Bretaña, han permitido determinar algunos datos fundamentales [13]. Antes que los trabajos pesados, son las tareas de ritmo rápido, típicas de las fabricaciones en gran serie, las que perjudican más particularmente a los trabajadores de edad. El envejecimiento afecta también a la adquisición de nuevas aptitudes mucho más gravemente que a la conservación de las aptitudes ya formadas: es un verdadero castigo en las industrias donde el progreso técnico lleva a modificar sin cesar los procedimientos de trabajo. Pero, se debe hacer notar que, por el contrario, los trabajadores de edad son mucho más cuidadosos que los jóvenes, y por lo tanto indicados para las tareas que exigen una atención minuciosa, y que sus promedios de ausentismo y rotación están por debajo de la media; fenómeno naturalmente favorable para los costos de producción. En cuanto a los accidentes de trabajo, si bien su gravedad es a menudo mucho más importante, su frecuencia parece disminuir con la edad, pero este punto se presta a controversias.

---

[11] Según WOLFBEIN (S. L.), *The Length of Working Life*, comunicación al IVº Congreso Mundial de Gerontología (Merano, julio de 1957). Véase también NAVILLE (PIERRE), *La vie de travail et ses problèmes* (París, 1954).

[12] El libro de DARIC (R.), *Vieillissement de la population et prolongation de la vie active* (París, 1948), contiene excelentes tablas de demografía profesional por grupos de edades y categorías de empleo.

Más allá de los 60 o 65 años, el problema se plantea en términos diferentes. La "tasa de actividad" de esos grupos de edad tiende a disminuir desde hace cincuenta años aproximadamente. Mientras que en 1900 la esperanza de vida activa de un norteamericano de 60 años era todavía de 11 años, en 1947 ya no era más que de 9,9 años; paralelamente, su esperanza de vida de jubilado aumentó de 3,1 a 5,7 años [14]. La generalización de las pensiones de jubilación explica, en parte, el aumento constante del número de quienes cesan voluntariamente su actividad profesional cuando llegan a cierta edad. Otra variable se presenta: es la política de los empleadores en materia de jubilación. ¿Cuáles son las prácticas, las tradiciones y las normas que rigen la cesación de empleo, según los oficios, las ramas de actividades y las empresas? El sistema de la edad límite, uniforme y reglamentario, como lo pone en práctica el ejército y la administración, parece estar poco extendido en la industria francesa. Los norteamericanos mismos parecen ser cada vez más sensibles a sus inconvenientes, rindiéndose a la evidencia de que el envejecimiento profesional del individuo no está ligado necesariamente a su edad cronológica [15]. Uno de los pocos méritos que se le puede reconocer al sistema "jubilación guillotina" es que incita al individuo a prepararse, psicólogica y materialmente, a la suspensión del trabajo.

5) *La cesación de la actividad profesional.* Representa un cambio considerable en el modo de vida y en el *status* social del trabajador. Baja del nivel económico, desocupación, desinserción del medio ambiente habitual; la frecuencia de los fenómenos y sus repercusiones

---

[13] PACAUD (S.), *Le vieillissement des aptitudes: déclin des aptitudes en fonction de l'âge et du niveau d'instruction* (Biotypologie, 1953, 3-4, págs. 65-94), y WELFORD (A. T.). *Skill and Age* (Londres 1951), y *Ageing and Human Skill* (Londres, 1958).

[14] De acuerdo con las cifras citadas por P. NAVILLE (*op. cit.*, pág. 52).

[15] Esta evolución aparece muy claramente en el libro de BRECKINRIDGE (E.), *Effective Use of Older Workers* (Chicago, 1953), que traza un cuadro muy completo de los problemas vinculados al empleo de los trabajadores de edad.

psicológicas varían, no solamente en función de los individuos y los oficios, sino de acuerdo a los usos, costumbres, tradiciones e ideologías de las sociedades globales. Para no dar más que un ejemplo, recordemos que la asimilación del hombre a su oficio, a su profesión, y, en consecuencia, la ruptura psicológica y social que significa la jubilación, aparecen más netamente en los países de tradición puritana que en los de tradición latina.

¿Hasta dónde llevar el análisis? Friedmann y Havighurst[16] han tratado de relacionar la adaptación a la jubilación con la categoría socio-profesional y la naturaleza del trabajo realizado. Partieron de las siguientes hipótesis: 1) cuanto más exclusivamente el trabajo significa un medio de ganarse la vida, mejor recibe el trabajador su jubilación (siempre que ésta, naturalmente, le procure un mínimo económico); 2) inversamente, más significado extraeconómico tiene el trabajo, más se apega el individuo a prolongarlo. La situación nº 1 sería típica de los oficios menos calificados (fundiciones, minas, etc.); la situación nº 2, la de los oficios más calificados (puestos comerciales, profesiones médicas, etc.). Investigándolos no se ha llegado a demostrar un vínculo muy claro entre el *pasado* y el *presente* de los jubilados. De hecho, el paso de la vida activa a la vida no activa significa una reestructuración completa de las actitudes y las conductas. Las muy numerosas variables (nivel de aspiración, recursos físicos, intelectuales y afectivos, medio ambiente inmediato, etc.), que condicionan la adaptación del jubilado, todavía no han sido exploradas en detalle.

Es indudable que cierto número de jubilados no consigue adaptarse al nuevo género de vida. ¿Cómo ayudarlos? ¿Procurándoles ocasiones de trabajo subsidiario? Muchos de ellos se muestran completamente ineptos. ¿Ayudándolos a ocupar el tiempo libre de una manera que realice su personalidad en vez de disminuirla? Friedmann y Havighurst advierten con razón que eso supone una cierta amplitud de miras, una formación, un desarrollo preliminar del que muchos trabajadores de edad, por la fuerza de las condiciones sociables, se han visto privados durante sus años de adolescencia y madurez. Es una de las relaciones más aclaratorias que se haya podido trazar entre la "vida de trabajo" y el largo período "fuera del trabajo" que la termina.

II. *Grandes lineamientos de un estudio de las variables "fuera del trabajo"*. Entendemos por esto las actividades de mantenimiento biológico y doméstico (comida, sueño, hogar, etc.), las conductas, los usos, los ritos familiares, las ceremonias, las obligaciones mundanas, las actividades de formación y entrenamiento, la meditación, la oración y, para completar, el ocio. Si el programa es amplio, el balance de los estudios realizados es pobre. Las relaciones que fenómenos sociales tan diversos y tan numerosos mantienen con los principales aspectos del trabajo humano pueden bastar para ocupar a generaciones de investigadores. Un hecho fundamental justificará el interés de ellos: la disminución progresiva de la duración del trabajo, que reduce el contacto con el medio profesional y acrecienta otro tanto la vida del hombre moderno en su medio familiar y residencial.

---

[16] FRIEDMANN (E.) y HAVIGHURST (R.), *The Meaning of Work and Retirement* (Chicago, 1954).

A) *Organización residencial y familiar.* Un médico de Kaiser-Frazer atribuía el 40 % de los casos de inadaptación al trabajo monótono, a causas exteriores al trabajo mismo. Las tareas repetitivas parcelarias dejan al individuo mucho tiempo para "rumiar" sus preocupaciones domésticas y conyugales: su mujer o sus hijos enfermos, su alquiler por pagar, las dificultades y las fatigas del *commuting*, etc.[17]. Desgraciadamente son escasos los estudios metódicos que se refieran a los vínculos de estos fenómenos con las actitudes y el comportamiento en el trabajo. Se han calculado relaciones precisas entre el estado de salud de los aprendices de ciertas fábricas y la longitud de sus trayectos hasta el trabajo[18], o entre la organización del trabajo, la estructura del empleo y la composición étnica de la mano de obra[19]. Algunos estudios, en la orientación de la obra de Warner y Low, analizan la influencia del medio local sobre las relaciones de los empleadores y los asalariados y sobre la actividad de los sindicatos. Es un problema importante saber si la descentralización industrial, la dispersión de las fábricas en el campo, donde algunos ven una de las posibles consecuencias de la automación, disminuirá la amplitud de las huelgas y la influencia del movimiento obrero.

Los estudios que se refieren a la vida familiar, a los presupuestos de gastos y al trabajo profesional y doméstico de la mujer casada, surgen de una tradición más antigua. Desde comienzos de este siglo, Rowntree advertía una relación muy clara entre el nivel de vida de los obreros de York (con alternativas de "vacas gordas" y "vacas flacas") y ciertos acontecimientos de la vida familiar: casamiento, nacimiento de hijos, iniciación de los hijos en la vida profesional, etc. Los trabajos de Chombart de Lauwe[20] proporcionan datos más recientes y más completos sobre la situación material y moral de los matrimonios obreros, sobre la importancia relativa de los tiempos de trabajo y de no trabajo, sobre la función compensadora de las relaciones de vecindad y de la "vida de barrio". Brams, por su parte, compara la cohesión familiar y la integración social de dos poblaciones obreras: una en un pueblo industrial de 1.500 habitantes; otra en una localidad cercana de las afueras parisienses. El trabajo de la mujer fuera del hogar, trabajo más agotador y prolongado hasta una edad más tardía en el segundo caso, aparece como una de las variables esenciales que diferencian su *status* y su rol, de un medio local al otro[21]. En las localidades semirurales y semiindustriales, donde los recursos económicos de la célula familiar suponen la combinación o la alternancia de las actividades (industrial, agrícola, comercial, etc.) de sus diferentes miembros, la solidaridad de los hechos de trabajo con los hechos sociales exteriores al trabajo aparece de modo muy evidente. Los vínculos muy estrechos de la vida profesional con la vida familiar, los deseos y las actividades dirigidas en las comunidades de trabajo constituyen un campo de elección para ese género de estudios[22].

---

[17] FRIEDMANN (G.), *Où va le travail humain?* (1955, pág. 148).

[18] Para un análisis de conjunto de las relaciones entre el trabajo y el medio residencial, urbano o rural, véase *Villes et campagnes*, recopilación publicada con la dirección y una introducción de FRIEDMANN (G.), (París, A. Colin, 1953).

[19] Por ejemplo, el trabajo ya citado de LUTZ (B.) sobre la inmigración en el Ruhr, y el de TRYSTRAM (J. P.), *L'instabilité dans les mines du Maroc oriental* (Travail humain, 1954, 3-4, págs. 180-186).

[20] CHOMBART DE LAUWE (P. H.), *La vie quotidienne des familles ouvrières* (París, 1956).

No es disminuir el interés de las investigaciones ya publicadas el hacer notar que aportan, a menudo, mucho más a la sociología urbana, a la sociología de la vecindad o a la sociología de la familia que al conocimiento del trabajo industrial. El enorme salto que deben realizar cuando relacionan los hechos del trabajo a los hechos "fuera del trabajo", es pasar del inventario y de la descripción al análisis riguroso. El número mismo de variables que intervienen, la dificultad de abarcar el conjunto de las actitudes y las conductas, en el trabajo y fuera de él, han limitado hasta el presente el número y el alcance de los resultados adquiridos.

B) *Trabajo y ocios.* Los obreros negros de los barrios industriales de Detroit se comportan como si se tomaran, en sus momentos de ocio, una especie de desquite sobre el trabajo monótono, repetitivo y parcelario que realizan en el taller[23]. Alcohol, apuestas, juego de "números", extravagancias de ciertas compras, etc.: todo es pretexto para afirmar una personalidad que las condiciones del trabajo moderno ahogan y debilitan.

Entre el trabajo y el ocio el contraste salta a la vista: por un lado, la necesidad, la sujeción, la fatiga; por el otro, la iniciativa, la expansión, la alegría y la libertad. Es una oposición polar que se aplica muy a menudo a las condiciones de la vida moderna. Dumazedier, ciertamente, tiene razón al advertir que las necesidades y las obligaciones a las que él opone el ocio no dependen solamente del trabajo profesional y que las actividades familiares, domésticas, mundanas, etc., ocultan una parte importante de sujeción. No es menos verdad que para el hombre de hoy, el trabajo profesional es sinónimo, por excelencia, de la necesidad y la obligación.

---

[21] BRAMS (L.), *Structures sociales et famille ouvrière* (Actes du IIIe Congrès mondial de Sociologie, vol. 4, págs. 146-154, Londres, 1956), y su contribución al coloquio internacional sobre la *Sociologie comparée de la famille contemporaine* (Ediciones del C. N. R. S., París, 1955). Se encontrará, en este último volumen, una bibliografía muy completa sobre el trabajo femenino; véase, igualmente, GUILBERT (M.) e ISAMBERT-JAMATI (V.), *Travail féminin et travail à domicile* (París, 1956).

[22] Véanse DESROCHE (H.) y MEISTER (A.), *Une communauté de travail dans la banlieue parisienne* (París, 1956), y MEISTER (A.), *Coopération d'habitation et sociologie du voisinage* (París, 1957).

[23] FRIEDMANN (G.), *Où va le travail humain?* (pág. 149).

Si los ocios proporcionan los medios más seguros para compensar las frustraciones del trabajo industrial, es posible preguntarse por qué esos obreros de Detroit se inclinan por las distracciones más groseras y más agotadoras. Que un trabajo profesional "destructor" arrastre a ocios degradantes, eso puede depender de ciertos aspectos de la psicología humana, pero también de las condiciones económicas y culturales (mercantilismo, invasión publicitaria, etc.) que son las de los ocios modernos: "...La función de desarrollo del ocio está cotidianamente trabada en provecho de la función de diversión. Todo un ambiente, toda una red de sugestiones, de incitaciones, de presiones, lleva más a las actitudes de evasión que a las actitudes de reflexión..." [24].

Las investigaciones sobre el terreno deben dar una forma más precisa a nuestras ideas sobre los ocios. Deben ayudar a precisar el contenido de esa "cultura popular", de esos ocios "activos y creadores" que ayudan a la personalidad a manifestarse [25]. Dichos estudios deben proseguirse en dos direcciones a) enumeración sistemática de las conductas, los usos y los ritos de "distracción", de acuerdo a las edades, a los grupos socio-profesionales, a las sociedades globales, etc.; b) análisis en profundidad de las motivaciones vinculadas a las diferentes formas de ocio, en función de esta idea "que el verdadero ocio es, a la vez, ritmo y variedad, que hace estallar las formas sociales pero para recrearlas incesantemente, que es fuente de tensión pero que no la lleva al exceso, y que se manifiesta a la vez pleno de significado porque nos colma de placer y desprovisto de significado porque no se vincula a nada utilitario..." [26].

Una concepción tan amplia permite sobrepasar la oposición tradicional entre el trabajo y el "tiempo libre", entre la obligación rutinaria y la libertad creadora. Si existen "distracciones" que degradan y otras que destilan un aburrimiento insidioso (Riesman destroza esta *fun-morality,* este puritanismo invertido que incita a sus compatriotas a presentarse siempre como gentes que se divierten), hay formas de trabajo que divierten y ayudan a la expansión. ¿En qué medida la vida industrial puede ofrecer tanta satisfacción como el "tiempo libre"; por lo menos procurar "poros" de ocio, en el sentido profundo del término? Es éste uno de los más importantes problemas que debe resolver la organización del trabajo.

III. *Industria y sociedad.* Los problemas de estratificación y movilidad social exceden en mucho nuestro tema, pero no es posible dejar de citarlos antes de concluir. Hemos visto que la evolución del trabajo industrial aumenta las probabilidades de "suspensión" profesional. La condición de los asalariados aparece cada vez más encerrada en sí misma. Condenados a su nivel de mediocridad, "¿no "subliman" sus ambiciones burladas en cuanto a voluntad de avance social para sus hijos?". Girard y Bastide subrayan la proporción importante de aquellos que desean para sus hijos el mismo sector donde ellos ejercieron su oficio: "...Si se aspira a otro sector, se trata del sector vecino. Las aspiraciones, los cambios deseados en consecuencia, se presentan como razonables; no han sido dadas respuestas sin referencia a las posibilidades del medio en que se vive..." Las encuestas francesas relativas al acceso a las enseñanzas secundaria y superior revelan una proporción irrisoria de hijos de obreros y campesinos. Es por esto que se puede hablar del aislamiento de las categorías socio-profesionales menos favorecidas: la sociedad global y sus canales de ascenso (entre los que la instrucción ocupa el primer lugar) pueden compararse a un laberinto cuyas categorías privilegiadas prolongarían la complicación.

---

[24] DUMAZEDIER (J.) *Les loisirs dans la vie quotidienne* (Encyclopédie française, vol. XIV). Véase, también. su artículo: *Ambigüité du loisir et dynamique socio-culturelle* (Cahiers internationaux de sociologie, vol. XXII).

[25] Véase FRIEDMANN (G.), *Le travail en miettes* (París, 1956; cap. VII, "Les loisirs et l'insatisfaction au travail").

[26] RIESMAN (D.), *Some Observations on Changes in Leisure Attitudes* (Individualism Reconsidered, Free Press, Glencoe, 1954, págs. 212-218).

¿Resultaría de todo esto que en sus comportamientos y en sus actitudes los diversos grupos socio-profesionales tienden a separarse, a encerrarse cada vez más? Los sondeos de opinión dan por resultado escalas de actitudes bastante restringidas. En el del I.N.E.D., "...los sujetos consultados, las preguntas formuladas se referían en especial a la vida profesional y a diversos sectores de actividad. Podían esperarse variaciones muy marcadas y oposiciones según se perteneciera a ciertos grupos profesionales. Pero, no ocurre así en la mayoría de los casos. En conjunto, se trata más vale de matices o inflexiones más sensibles, en tal o cual grupo, de apreciaciones que son las de toda la colectividad. *La población parece reaccionar en conjunto y en forma afectiva ante problemas que ponen en juego su estructura actual*"[27]. Esta observación de A. Girard y H. Bastide podría aplicarse también a los resultados de la encuesta realizada por el I.F.O.P.: las variaciones de actitudes registradas se inscriben en un *continuum* donde el nivel económico es el que parecería asignar los rangos[28].

Ciertamente, esos resultados no tienen más que un significado parcial y provisional: pueden oponérseles objeciones metodológicas de las cuales unas se aplican al conjunto de los sondeos de opinión y otras a la elección y a la redacción misma de las preguntas formuladas[29]. Por eso hay que aceptar a beneficio de inventario la interpretación general que se puede sacar: las diferencias de actitudes dependen mucho más de la posición de los individuos como consumadores que de su pertenencia a clases sociales fundadas en la producción.

---

[27] Subrayado en el texto.

[28] "Es así como el sentimiento de participación en la comunidad nacional, más que en la clase social, se acrecienta con la elevación del nivel de vida..." (*Sondages*, número citado, pág. 50). Más lejos, "...el juicio sobre la evolución del nivel de vida se presenta como una función del nivel de vida alcanzado...".

[29] Para las primeras, véase A. Touraine, *L'évolution de la conscience ouvrière et l'idée socialiste* (Esprit, mayo de 1956); para una crítica sobre la elección y la redacción de las preguntas del I.F.O.P., véase *France-Observateur* (26 de febrero de 1956); brevemente, ciertas preguntas que hubieran podido poner de relieve actitudes de clase no han sido formuladas y otras lo han sido en forma imprecisa.

La investigación sociológica toma conciencia de manera cada vez más clara de las estrechas relaciones que existen entre los *status* sociales y las actitudes en el trabajo. Crozier, considerando la profesión de los padres, la profesión del cónyuge, los títulos y el estilo de vida general, como índices de medio social, advierte que existe un vínculo muy estrecho entre éste y el gusto por el trabajo de los empleados que él ha estudiado[30]. C. W. Mills, por su parte, observa que si bien la vida urbana y, en particular la evasión hacia las afueras de los trabajadores norteamericanos acentúa la separación entre las relaciones de trabajo y las relaciones de residencia "... eso significa que el individuo debe ubicarse en dos escalas de *status*, la de su lugar de trabajo y la de su residencia suburbana (...). Podría ocurrir que, en la medida en que sus necesidades y sus aspiraciones de *status* fueran frustradas en la situación de trabajo, hiciera un esfuerzo tanto mayor para satisfacerlos *fuera* del trabajo..."[31]. Su descripción de las conductas de ocio como comportamientos privilegiados de consumo no es el punto menos interesante de sus análisis.

No es incontestable que en una sociedad donde los valores de consumo ocupan un lugar cada vez mayor, ellos influyan, en el lugar y asiento de las situaciones de trabajo, sobre *todas* las actitudes y *todos* los comportamientos. Es evidente que se establece un intercambio, una dialéctica, entre esas dos fuentes de valores y de motivación y que la sociología industrial debe tenerlas en cuenta.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Aron (Raymond). *Le développement de la societé industrielle et la stratification sociale* (2 fasc. roneotipados; París, C.D.U., 1956 y 1957).

Caplow (Th.). *The Sociology of Work* (Minneápolis, University of Minnesota Press, 1954).

Crozier (Michel). *L'ambiguïté de la conscience de classe chez les employés et les petits fonctionnaires* (Cahiers internationaux de Sociologie) (vol. XVIII, págs. 78-97).

Foote (Nelson). *The Professionalisation of Labor in Detroit* (American Journal of Sociology, enero 1953) (pág. 371-80).

Friedman (Georges). *Problèmes humains du machinisme industriel* (nueva ed., París, Gallimard, 1955).

— *Où va le travail humain?* (nueva ed., París, Gallimard, 1954).

— *Le travail en miettes* (París, Gallimard, 1956).

— *Quelques aspects et effets psycho-sociologiques de l'automation* (Annales, 1958, nº 4).

Hoslett (S. D.). *Human Factors in Management* (Nueva York, Harper, 1951).

---

[30] Crozier (M.), *Petits fonctionnaires au travail* (París, 1955, pág. 70).

[31] Mills (C. W.), *White Collar: the American Middle Classes* (Nueva York, 1951, pág. 255).

Kornhauser (A.), Dubin (R.) y Ross (A. M.). *Industrial Conflict* (Nueva York, McGraw Hill, 1954).

Miller (D. C.) y Form (W. H.). *Industrial Sociology, an Introduction to the Sociology of Work Relations* (Nueva York, Harper, 1951).

Moore (W.). *Industrial Relations and the Social Order* (nueva ed., Nueva York, MacMillan, 1951).

Naville (Pierre). *Vues préliminaires sur les transformations de la main-d'œuvre industrielle dues à l'automatisme* (Cahiers d'étude de l'automation, nº 2, junio 1958).

— *La vie de travail et ses problèmes* (París, 1954).

Philip (André). *Trade Unionisme et Syndicalisme* (París, Aubier, 1936).

Pirker, Braun y Lutz. *Arbeiter, Management, Mitbestimmung* (Ring-Verlag, Dusseldorf y Stuttgart, 1955).

Popitz (K.). *Das Gesellschaftsbild des Arbeiter* (Mohr, Tubingen, 1957).

Reynolds y Shister. *Job Horizons* (Nueva York, Harper, 1949).

Roethlisberger (F. J.) y Dickson (W. J.). *Management and the Worker* (Cambridge, Harvard Un. Press, nueva ed., 1950).

Tiano. *L'action syndicale ouvrière et la théorie économique du salaire* (París, Génin, 1958).

Touraine (Alain). *L'évolution du travail ouvrier aux Usines Renault* (París, Ediciones del C.N.R.S., 1955).

Warner (W. L.) y Low (J. O.). *The Social System of the Modern Factory* (New Haven, Yale Un. Press, 1947).

Année sociologique, troisième série (vol. 1940-48, 1949, 1950, 1951, 1952, 1953-54, 1955-56). Sección de sociología del trabajo, bajo la dirección de G. Friedmann y luego de P. Naville.

Bulletin international des sciences sociales (publicado por la Unesco, vol. IV, nº 2, año 1952: *Les conséquences sociales du progrès technique*; y vol. X, nº 1, primavera de 1958: *Les conséquences sociales de l'automation*).

IIe Congrès mondial de Sociologie, Liège (Actes du). Vol. II: *Les conflits industriels et leurs solutions* (Oslo, 1953, roneotipado).

IIIe Congrès mondial de Sociologie, Amsterdam (Actes du). Vol. II: *Changements dans l'organisation industrielle* (Londres, 1956).

Industrialisation et Technocratie (publicado bajo la dirección de Georges Gurvitch) (París, Colin, 1949).

Journal de Psychologie normale et pathologique (número especial de enero-marzo de 1955: *Le travail, les métiers, l'emploi.*

Revue économique (setiembre 1957): *Qualification et comportement des* salariés.

Sondages (1956, nº 2): *Enquête sur les attitudes ouvrières.*

Villes et campagnes (publicado bajo la dirección y con una introducción de Georges Friedmann) (París, Colin, 1953).

La EDITORIAL KAPELUSZ, S. A.,
dio término a la impresión de esta
obra en el mes de febrero de 1962, en
FRIGERIO *Artes Gráficas*, Perú 1257,
Buenos Aires.

K. 7557

61060 400282

uFN 10916